LA MALDITA MANÍA DE QUERERTE

Manuel Montalvo



Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Fin
Créditos

1

La vida, cuando uno tiene diez años, se ve con un toque de surrealismo. Pasaba horas observando a los mayores y caía en la tentación de intentar entenderlos. Pero no, eso era casi imposible siendo tan pequeño. Iban con prisa a todos lados. Corrían hacia algún lugar aunque creo que ni ellos mismos tenían claro hacia dónde. Me parecía realmente curioso.

Como niño que era, había cosas que se escapaban a mi entendimiento. Pero gracias a lo poco que sabía, o a lo poco que quería saber, vivía feliz en un mundo lleno de entusiasmo. En aquel momento, y durante unos años más, mi mayor preocupación iba a ser jugar todo el rato. Era genial.

Antes de empezar a contaros mi historia, me gustaría presentarme. Me llamo Kilian. Nombre bastante extraño pero con un significado con mucha fuerza: «pequeño guerrero», aunque desde niño la gente cercana siempre me ha llamado Kil. O sea que, si queréis, vosotros también podéis llamarme así.

Nací en Nueva York, en un peculiar barrio residencial llamado Upper East Side. Las calles estaban tan limpias que podría haberme arrastrado por el suelo mientras trasteaba y hubiera llegado impoluto a casa. Grandes árboles se erguían en el interior del majestuoso Central Park como inmensos protectores de cualquier invasor que quisiera adentrarse en sus lindes. Yo los llamaba «mis gigantes guardianes». Pienso que tuve bastante suerte al nacer en un lugar como ese.

Era un niño «mono», según decían las amigas de mi madre. Flaco como una espátula y relativamente alto para la edad que tenía. Pero mi característica principal, y el motivo de gran parte de los halagos hacia mi persona, eran mis enormes ojos de un color, como poco, extraño. Por regla general, verde menta, pero, cuando el sol apretaba, se volvían entre azul cielo y gris.

Mi casa era tan grande que podría haber jugado al escondite y nunca me hubieran encontrado. Teníamos una terraza enorme inundada de plantas de mil colores que cuidaba un hombre llamado Jack: él es americano pero nacido en Colombia. Podría decirse que de estatura media, tez morena y siempre intentando mostrar su aspecto más serio. Pero se notaba que bajo esa solemnidad se escondía una bellísima persona, la cual parecía tenerme un cariño como si de un padre se tratase. De vez en cuando, jugaba conmigo a la pelota en un pequeño campo de fútbol que mi padre hizo instalar después de mucho insistirle. Aunque en América no fuera un deporte muy practicado, me encantaba. Mis raíces españolas tenían que salir a relucir por algún sitio.

Jack tiene una mujer llamada Mady, pequeña y regordeta, con gesto muy amable y siempre enfundada en una especie de babi de color blanco parecido a los que nos ponían en el colegio cuando éramos pequeños. Aquella simpática mujer se encargaba de cocinar y mantener el orden en nuestra casa, pero siempre ayudada por Andrea, su hija. Ellos se alojaban en una de las alas de nuestra vivienda. Eran una familia entrañable y, aunque no teníamos la misma sangre y trabajasen para mis padres, yo los quería como tal.

Andrea tenía dieciséis años por aquel entonces. Era muy morena y rechoncha como la madre: a mí me parecía realmente guapa. Tenía unos enigmáticos ojos color avellana y siempre lucía una gran sonrisa dibujada en su rostro. Contagiaba felicidad a todo el que se detuviera a observarla un instante.

Eran una familia muy unida y llevaban con nosotros desde que tengo uso de razón.

Jack era parco en palabras, pero cuando decía algo, lo hacía de una manera contundente. Recuerdo con cariño el primer día que sentí el impacto de sus palabras en lo más profundo de mi

corazón.

Era un día lluvioso. El invierno neoyorquino se apoderaba del alma de sus viandantes. Estar en la calle más tiempo del prudencial podría acabar contigo por muy abrigado que fueses. Como todas las mañanas, aquel hombre me llevaba al colegio a regañadientes, porque, por lo general, yo no quería ir. El camino desde mi casa se transformaba en un infierno. Las aceras de nuestro barrio se cubrían por una gran capa de nieve y escarcha, con lo que andar por ellas se convertía en una labor muy complicada. Odiaba con todas mis fuerzas los minutos que duraba ese trayecto.

—¡Jack! ¡No quiero ir al cole hoy!

Una mañana más se iniciaba con una pataleta de un odioso niño rico. Viéndolo ahora con perspectiva, si me hubiera tocado aguantar a un chiquillo como yo, le hubiera matado y habría dicho que se me perdió entre la nieve.

El hombre era paciente y comedido. Sin rechistar, ni regañarme, intentaba hacer lo más llevadero posible el trayecto hasta la escuela. Pero, aquel día, iba a hacer todo lo que estuviera a mi alcance para conseguir mi propósito: no iría por mucho que insistiese.

—Vamos, Kil. Vístase rápido, que al final llegaremos tarde.

Después de engullir el apetitoso desayuno que Mady, como cada mañana, me preparaba, lo que realmente me apetecía era volver a la cama para seguir debajo del mullido edredón de plumas tapándome hasta la nariz.

—No, ¡he dicho que hoy no voy!

En un acto inusual de rebeldía, me levanté corriendo de la mesa y fui a toda prisa hasta mi cuarto. Al entrar, cerré de un portazo y me metí en la cama de nuevo.

—Kil. Venga, salga de ahí.

Al otro lado de la puerta, podía escuchar la voz conciliadora de Jack, intentando convencerme.

A los pocos minutos, oí cómo entraba.

—Señorito, ¿usted no se da cuenta de que es por su bien? Debe ir a la escuela. Es bueno y necesario para usted. Tiene que estar preparado para cuando sea mayor. Cuantos más estudios tenga y más conocimientos, mejor le irá en la vida.

En aquel momento, sus palabras me parecían una tontería. ¿Para qué tenía que ir al colegio si mis padres eran ricos y yo iba a tener todo lo que quisiera?

—No. ¡He dicho que no! ¡Déjame! Además, tú no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer.

Sin mirarle y escondido bajo el edredón, solté esa retahíla de incongruencias en un tono despectivo.

La respuesta del hombre se hizo esperar y, como no sabía si seguía allí, me asomé para cerciorarme. Pero, al mirar, me percaté de que no se había ido y que se encontraba con el rostro serio y compungido. Tenía un rictus de congoja. No había sido correcto dirigiéndome a él de esa forma. Mi cuarto, por un momento, se inundó de tristeza. Ver a aquel hombre derrotado por las palabras de un crío, hizo que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo.

—Kilian, sé que no soy quién para decirle lo que debe hacer, pero sus padres me asignaron esa tarea. Si insisto es porque creo que es mi deber y mi trabajo. No tiene que tomárselo así, yo no quiero mal para usted. Además, ya no es un niño pequeño como para no entender lo que le digo. Y menos para hablarme de esa manera tan fea.

El sonido de su voz era suave. Más que enfadado, le notaba afligido. Al terminar, se dio media vuelta y salió de la habitación dejándome allí solo. Me hablaba con total sinceridad y como si fuera un hombre, no un niño. Aunque era muy joven, aquella situación me dejó unos

segundos pensando.

—Jack, siento haberte hablado así. Pero es que hace muchísimo frío y no entiendo por qué tenemos que ir andando pudiendo ir en cualquiera de los coches.

Era la típica frase que diría un niño rico malcriado. Incluso la manera de pedir perdón no parecía sincera del todo.

—Vea, siéntese un segundo aquí, que le voy a contar una historia.

Retiró uno de los taburetes donde minutos antes había estado desayunando y me indicó que tomase asiento. Estaba más serio de lo normal y percibía algo que hasta ahora no conocía. Él siempre se había dirigido a mí con mucho cariño y de una forma muy correcta. La enorme cocina se llenó de misterio esperando las palabras de Jack. Le hice caso y ocupé mi sitio en una banqueta alta de madera. En aquella estancia solíamos comer a diario. En el centro había una gran mesa de roble con seis taburetes del mismo material. A un lado, una gran isla en la que Mady campaba a sus anchas y nos deleitaba con una gran variedad de platos. Las paredes eran blancas y estaban adornadas por unos cuantos cuadros de frutas y paisajes psicodélicos. Además subiendo desde el suelo, un metro de azulejos gris clarito. Era muy moderna pero a su vez con un toque rústico que le daba un ambiente muy cálido.

—Cuando yo era pequeño, tenía que andar kilómetros para llegar a la escuela. Nunca me quejé por tener que hacerlo porque para mí era un privilegio poder estudiar. Mi madre se mataba a trabajar para darme una educación. Usted tiene la suerte de ir a los mejores colegios. Tiene todo lo que un niño puede desear, pero no por eso lo debe menospreciar. No sabe la cantidad de niños que no tienen ese privilegio. —Me miraba fijamente mientras hablaba y sus ojos brillaban como nunca había visto antes—. Señorito, debe aprovechar esta oportunidad tan bonita que le está ofreciendo la vida. Cierto que tendrá todo lo que desee. Ni siquiera le haría falta una buena educación para ello. Pero esto no lo debe hacer por tener, sino por ser. Usted debe de ser un hombre culto. Y no solo por usted, sino porque en el mundo en el que crecerá tendrá que serlo. La vida no siempre se le presentará tan bonita como lo es ahora. Aparecerán adversidades y problemas que harán que todo sea mucho más complicado. Aproveche, Kilian. Aprovéchese de esta gran familia en la que tuvo la suerte de nacer.

Su voz se coló en mí como un torbellino de emociones. Sus palabras llegaron a un corazón que latía con ímpetu. Era la verdad más sincera que alguien me había dicho. Y esto no era palabrería, no. Era la demostración de cariño más bonita que me habían regalado. Aquel hombre adulto, sin ser de mi sangre, expresaba con su mirada que me quería por encima de cualquier cosa. A pesar de que, a veces, fuese un niño rico repelente.

Después de darnos un abrazo de esos que te dejan sin aire, corrí a mi habitación y me vestí con la mayor ilusión del mundo. Tenía la fortuna de ser quien era y no debía desaprovecharlo. Y, gracias a Jack, desde ese día, el camino al cole fue totalmente distinto.

Esa charla marcó un antes y un después en mi vida. Las palabras de aquel hombre serían un referente a lo largo de mi recorrido por esto que muchos llamamos mundo.

Bueno, y después de esta especie de reflexión, un poco rollo, vamos a seguir con las presentaciones.

El nombre de mi padre es José. Nacido en España. En concreto en un sitio llamado Sevilla. Muchas veces me hablaba con nostalgia de su tierra y me enseñaba fotos para que viera el encanto del lugar que le vio crecer. Siempre me decía que pronto iríamos y podía sentir el brillo de sus ojos cuando recordaba con cariño sus vivencias. Lo que más me llamaba la atención de aquello que me enseñaba era el esplendor de sus paisajes, siempre iluminado por un sol radiante y lleno de vivos colores. Sin lugar a dudas, tenía que ser un paraje digno de conocer.

Vino a vivir a los Estados Unidos cuando tenía veinte años. Pasábamos horas sentados en un enorme sillón que había en uno de los salones, mientras me contaba historias de cuando era joven. Aterrizó en la ciudad de los rascacielos hacía casi dos décadas. Como él decía, vino con una mano delante y otra detrás, expresión que significa que no tenía ni un duro, según me daba a entender. Empezó trabajando como repartidor en unas calles que le eran totalmente desconocidas. De ahí en adelante invirtió su tiempo en estudiar hasta que montó la empresa de la que es el único propietario. Lo que tenía claro era que no paraba de trabajar y viajar por todo el mundo, porque pasaba poco tiempo con nosotros. Pero, cuando estaba en casa, no quería separarme de él en todo el día. Fue el mejor padre que cualquier niño puede tener y me quería con absoluta devoción. Se percibía solo con mirarle mientras me hablaba.

Mi madre se llama Alyn. Una preciosa americana de uno ochenta, ojos verdes y esbelta figura. Siempre muy comedida, seria y firme en todas sus decisiones. Trabajó como modelo y en aquel entonces presidía una asociación que ayudaba a la gente. Una ONG o algo así. En ocasiones, salía en televisión y en revistas rodeada de gente muy conocida.

Ella se encargaba de regañarme todo el santo día e intentar que hiciera cosas sin ningún interés para un niño de aquella edad. Por lo visto, lo hacía por mí, para que fuera un hombre de provecho. Vamos, un rollo. Aun así, percibía el amor que una madre tiene por su único hijo.

Fui a un colegio relativamente cerca de casa. De ambiente elitista y muy selecto. La mayoría de mis compañeros eran niños insoportables que carecían de educación, aunque todo el mundo intentara conseguir cierta apariencia de tenerla.

Levantarme por las mañanas era uno de los peores inventos que existían, como bien dije antes. Alguien podría haber tenido la maravillosa idea de que las clases empezasen a las doce de la mañana. De esa manera, los niños serían mucho más felices y pondrían más atención en sus estudios. Todos los días peleaba con Mady intentando rascar unos cuantos minutillos de sueño.

Una peculiaridad de nuestro hogar era el idioma. La mezcolanza de inglés y castellano hacía muy divertido escuchar una conversación entre nosotros. Mamá hablaba en inglés cuando estaba enfadada y en *spanglish* cuando estaba tranquila. Papá lo hacía en un medio castellano con tintes andaluces muy gracioso. Y yo, según me diese. A veces, para fastidiar, cosa que me gustaba bastante, contestaba a mi madre en español porque le costaba entender cuando hablábamos a toda velocidad.

Cuando estábamos juntos en casa, había un ambiente inmejorable. Éramos la familia perfecta, y reconozco que la felicidad fue el aspecto a destacar en una época que recuerdo como mágica.

También convivía con nosotros Joy. Una mujer de unos cuarenta y pocos años, de apariencia refinada y aspecto muy cuidado, cuyo cometido era yo. Sí, lo que leéis. Se encargaba de mí, haciendo un papel bastante curioso: me llevaba al cole con Jack, me recogía, me ayudaba en los deberes, me enseñaba francés, alemán y chino. Me regañaba, me decía cómo vestirme y cuidaba todos los detalles para que fuera uno de esos niños que tanta grima me daban. Prácticamente, desde que tengo uso de razón, había estado a mi lado hablándome cada día en un idioma distinto. No sé si debido a la edad las cosas eran más fáciles de asimilar, o porque soy un maldito superdotado para los idiomas, pero entendía cualquiera de ellos con total fluidez. En alguna ocasión oí decir a mi padre: «Sabiendo idiomas podrás llegar lejos», y si no se equivocaba, yo llegaría mucho más que lejos. Mi cerebro era un torbellino de palabras en todas las lenguas posibles.

La calle de nuestra residencia era bastante tranquila para el lugar donde se encontraba: estaba a escasos pasos del famoso Central Park y la Fifth Ave (Quinta Avenida). El edificio parecía

muy antiguo, aunque estaba perfectamente conservado. El portal era lo que más me gustaba. Un enorme pórtico de granito daba acceso a un precioso patio presidido por una pequeña fuente de inmaculado mármol blanco donde aparcaba papá sus coches. Los adoquines del suelo relucían, a pesar de ser tan antiguos como el majestuoso entorno. Y como una inmortal estatua, justo en la entrada, se encontraba Franklin: un señor afroamericano vestido con un traje de época, que, para mi gusto, le daba un aire bastante cómico. Siempre que pasaba a su lado me regalaba una gran sonrisa y me guiñaba un ojo. Era de ese tipo de personas que parecen felices a simple vista.

—Kil, ¿te apetece venir conmigo hoy al trabajo?

Mi padre, para hablar conmigo, siempre se agachaba poniéndose a mi altura. Nunca me había tratado como un niño, ni me hacía las típicas carantoñas que utilizan los mayores haciendo que parezcas más pequeño de lo que eres. Bueno, y bastante ridículo en alguna que otra ocasión. Me sentía un niño grande siempre que estaba a su lado.

—Papá, si no voy al cole, creo que mamá me va a regañar mucho.

La matriarca tenía un genio que *pa* qué. Cuando desobedecía alguna de sus órdenes, sabía que nadie iba a librarme de una tremenda regañina. Y el colegio era una de las prioridades de aquella dictatorial mujer. Aunque, después de la charla de Jack, iba a hacer todo lo posible para no faltar nunca.

—No te preocupes, será nuestro secreto.

Con un gesto pícaro y una media sonrisa, me dio a entender que nunca iba a ser más padre que amigo.

—Vale, pero seguro que Joy se chiva.

Eran cómplices en todo lo que se refiere a mi persona. No podía mover ni un dedo sin que ella se lo contase a mi madre.

—Hijo, por eso no hay problema. Joy está completamente dominada.

Guiñándome un ojo me hizo saber que todo estaba solucionado. Iba a ser el primer día que iría a su trabajo, y me hacía muchísima ilusión. Habíamos hablado mil veces sobre ello, pero no terminaba de imaginármelo.

Después de vestirme y despedirme de Mady, Jack y Joy, bajamos a la calle. En el patio de casa nos esperaba un inmenso automóvil reluciente. Me sentía un niño importante sentado en aquel majestuoso y enorme coche negro. Mientras miraba por la ventanilla desde el asiento de atrás, papá iba hablando por teléfono justo a mi lado. En la parte delantera había dos señores vestidos con trajes oscuros y gafas de sol. En aquel momento me impusieron bastante respeto porque no acostumbraba a ver gente con una apariencia tan seria como ellos. De todos modos, lo primero que se me vino a la cabeza fue que aquellos hombres seguramente trabajaban para mi padre, y aunque no sonrieran, más tarde o más temprano, se convertirían en mis amigos. Yo tenía la extraordinaria capacidad de caer bien a casi todo el mundo.

Al detenerse el vehículo, los dos hombres se bajaron aprisa para abrirnos la puerta. De un pequeño salto, salí del coche mientras les daba las gracias, sonriente. Al levantar la vista y mirando hacia el cielo, pude leer en la puerta de un altísimo y enorme edificio de cristal mi primer apellido presidiendo la parte superior de la entrada.

SOTOMAYOR & CO.

Durante unos segundos, y hasta que mi padre me cogió la mano, me quedé perplejo al ver esas enormes letras metálicas en la puerta de semejante armazón de hierros y vidrio. Al parecer, papá tenía un buen trabajo.

Al entrar con los dos hombres trajeados detrás, las miradas de todos los allí presentes se clavaron en nosotros haciéndome sentir mucho más pequeño si cabe.

—Buenos días, señor. ¿Quieren algo para desayunar? —nos preguntó una mujer guapísima

que se acercó a nosotros a toda velocidad.

—Kilian, ¿tienes hambre? ¿Quieres algo de comer?

Antes de salir de casa, Mady me había preparado, como todos los días, un riquísimo desayuno que había devorado con ansia. Una virtud más de aquella mujer: cocinaba de maravilla.

—No, no quiero nada. Muchas gracias.

Uno de los valores que siempre intentaron inculcarme fue ser agradecido. Tanto mi padre, como mi madre, no os imagináis los cabreos que se cogían si no daba las gracias cada vez que alguien hacía algo por mí.

Justo frente a nosotros, y a unos veinte metros de la entrada, había una hilera de ascensores con las puertas metálicas en color negro. Estaban tan limpios que parecían haberlos puesto esa misma mañana. El vestíbulo tenía los techos altísimos y era completamente diáfano. Ni un solo obstáculo en una enorme sala que daba entrada a lo que parecía ser el mundo de mi papá.

De inmediato, un pitido nos indicó que uno de los ascensores había llegado a nuestra planta. Aún agarrado a la mano de mi padre, y los dos señores trajeados escoltándonos, entramos en el ascensor. Mis ojos se detenían en cada detalle de todo lo que había a nuestro alrededor. Era extremadamente curioso como todo niño que se precie. Una peculiaridad de semejante artefacto era que no tenía botones como acostumbraban los otros ascensores en los que había subido. Parecía sacado de una película de ciencia ficción. Los números se iluminaban en un azul intenso justo en uno de los laterales y unas rayitas intermitentes parpadeaban a un ritmo frenético con lo que aumentaba la sensación de velocidad.

Después de unos segundos, volvió a sonar el pitido y las puertas se abrieron. El *shock* fue exagerado. Una enorme estancia con una mesa de escritorio de cristal y un majestuoso sillón de oficina en color negro era lo único que tapaba la gran cristalera que había frente a nosotros. Sin poder evitarlo, me solté de mi padre y corrí hacia allí para poder admirar más de cerca las maravillosas vistas. Se veía todo Manhattan. No sé qué piso sería, pero estaba en verdad alto. Era espectacular.

Había amanecido un día precioso. El cielo y el océano se confundían a lo lejos. Se veía perfectamente la Estatua de la Libertad y un montón de edificios de diferentes estilos arquitectónicos. Desde modernos y vanguardistas, hasta antiguos y curtidos por el paso del tiempo. Aquella ciudad tenía algo inexplicable. Incluso para un niño de mi edad escondía un trasfondo inquietante. La gran manzana parecía ser el centro del universo.

—Jo, papá. ¡Es una pasada!

Con las manos puestas en el cristal y la mirada perdida en el infinito, no podía dejar de contemplar el horizonte. Debía de ser increíble trabajar en un sitio como ese, tener aquellas vistas a diario y poder disfrutar de la calma de una ciudad que nunca duerme.

—¿Te gusta?

Mi padre se puso a mi lado, también con la mirada fija sobre aquella maravillosa panorámica.

—¡Claro! ¡Yo quiero trabajar en un sitio así!

Sonriendo y entusiasmado, no pude evitar que me saliera esa frase. Aquel mágico lugar pertenecía a mi padre y, claro, como es normal, algún día sería mío.

—Pero para trabajar en un sitio como este, tendrás que estudiar mucho y ser muy muy aplicado.

La respuesta no fue la esperada. Estudiar era una tortura, el colegio era un coñazo y hacer los deberes mucho más. En resumidas cuentas, como antes dije, no me gustaba en absoluto ir a la escuela. Pero en el fondo, y aunque su contestación no me hizo gracia, me había tocado uno de los mejores padres del mundo. Ya no solo por la suerte de poder tener cualquier cosa incluso

antes de pedirla, sino porque me quería con locura y nunca me había tratado como un crío. Aunque era muy duro y exigente. Hablaba muchísimo conmigo e intentaba hacerme entender aspectos de la vida que para un niño eran bastante difíciles de asimilar. Quería inculcarme una serie de valores que, en el mundo en el que iba a crecer, no eran del todo reales: el respeto, la humildad, la humanidad, el valor de las cosas, la amistad, el amor hacia los míos, pero, sobre todo, ser una buena persona. Y parecía preocuparle muchísimo. Casi todas nuestras largas conversaciones derivaban a este tema.

—Perdón, señor Sotomayor, le recuerdo que le esperan en la sala de juntas.

Una mujer altísima, elegantemente vestida y muy educada, se acercó con sigilo para interrumpir el viaje por el *skyline* de aquella majestuosa urbe.

—Gracias, Daniela. Mira, te presento a mi hijo.

Mirándome desde ahí arriba y sonriendo, tendió su mano para saludarme. Su piel era suave como la seda.

—Encantada, Kilian. Después de tanto oír hablar de ti, por fin te conozco.

Su mirada parecía tan sincera como sus palabras. Tenía un ligero acento americano, pero hablaba el castellano a la perfección. Aquella frase corroboró la importancia que tenía en la vida de mi padre. Dicen que no existe un amor más puro que el de los padres hacia sus hijos. Y no me cabía la menor duda, sintiendo el comportamiento de aquel hombre para conmigo en cada instante que compartíamos.

—Hijo, ahora voy a dejarte con Daniela porque tengo que asistir a una reunión. No te importa, ¿verdad? Ella te enseñará mucho mejor que yo todo el edificio.

Poniéndose a mi altura, se disculpó por tener que dejarme con aquella desconocida. Sabía que no era un chico muy abierto y no me gustaba sociabilizar en exceso. Pero ella me daba buena sensación, por lo que no puse impedimento.

—Claro, padre. No te preocupes, estaré bien.

Siempre le trataba con muchísima educación. Aun sintiéndole como un amigo más, cuando me dirigía a él intentaba cuidar mis palabras porque así me lo hacía ver en la forma de relacionarnos. Éramos padre e hijo, pero al mismo tiempo amigos y cómplices.

La compañía estaba ubicada en el centro financiero de Manhattan. El inmenso edificio reflejaba un negocio próspero y fructífero. No podía encuadrarse en un sector concreto. Era un entramado financiero muy complejo para que un niño pudiera llegar a entenderlo. Mi guía hizo lo posible por explicarme cada sección con la mayor simpleza posible. Pero solo tenía diez años, aunque me consideraba lo suficientemente inteligente para llegar a asimilar parte de las explicaciones que me daba Daniela.

Después de una turné de más de una hora, volvimos al último piso donde se encontraba el despacho de las hermosas vistas. Al abrirse el ascensor vi a papá sentado en el sillón tras el escritorio.

Siempre vestía con traje. Era espigado y de complexión atlética. El atuendo le sentaba como un guante. Reconozco que tenía un padre elegante a la par que sencillo. Y lo más extraño es que aquella vestimenta le daba un toque juvenil bastante curioso. Todo lo contrario que al resto de los mortales. Los trajes de chaqueta siempre dan un aspecto serio y formal, pero a él, no. Quizá por su aspecto físico y el pelo largo arremolinado o incluso por la forma de llevarlo, pero le hacía más joven de lo que era.

—Bueno, ¿qué te ha parecido? ¿Te ha gustado?

—¡Sí! ¡Muchísimo!

Mi gran sonrisa fue mucho más expresiva que aquella exclamación. Había sido un acierto por

su parte traerme a conocer el lugar donde pasaba casi todo el día.

—Bueno, Kilian. Ha sido un placer conocerte —se despidió Daniela, dejándonos solos.

Después me acerqué hasta la mesa y vi algo que me llamó mucho la atención. Una gran foto. Una foto enorme en un marco de cristal presidía su centro de operaciones. Eso me hizo realmente feliz. Era yo un poco más pequeño. Un gesto tan bonito que sin entenderlo me hizo darle un fortísimo abrazo.

—¿Y esto?

Mientras sonreíamos, agarrados el uno al otro, me di cuenta de que a unos brazos también se les puede llamar hogar.

—Te quiero, papá.

2

Sevilla en primavera se convierte en un auténtico espectáculo. El colorido es la característica principal de una ciudad que vive con intensidad. El olor a azahar lo inunda todo. Es muy difícil no enamorarse de un lugar como este.

Dicen que las personas son más felices en sitios donde el paisaje es bonito, pues, por esa regla de tres, aquí resultaría imposible no serlo. Sevilla es magia durante todo el año, pero cuando llega esta época se transforma en algo en verdad especial.

No llevo mucho tiempo aquí como para hacer una descripción detallada de este paraje, pero lo que sí os aseguro es que hay pocos lugares en el mundo con tanto arte y alegría.

—Hola, venía para la entrevista de trabajo.

Si me dejaba guiar por la apariencia, aquella mujer no era la más adecuada para estar al frente del departamento de recursos humanos de una empresa, pero, por lo que ponía encima de su mesa, lo era. Unos cuarenta y tantos años de mala leche, gafas de culo de botella y un peinado con el cual es imposible que la vida te sonría.

—Deja ahí tu currículum y siéntate un segundo —me indicó, con la misma amabilidad que un comandante nazi. Tímidamente acaté la sugerencia—. Bueno, ¿has trabajado alguna vez en este sector?

Evidentemente, la maldita hoja que me había costado hacer una noche entera en donde resumía mi vida laboral (que, por cierto, era casi nula) no había servido para nada. No había tenido la delicadeza ni de echarle un vistazo.

—Pues… No, la verdad es que nunca he trabajado en un restaurante.

Me enteré de esta vacante a través del dueño del gimnasio al que voy. Me dijo que estaban buscando mucha gente para un nuevo local que iban a inaugurar en breve, y decidí llamar a un teléfono que me dio. La experiencia era muy importante, pero, quizá, con ganas y dedicación puedes ganarte un puesto en casi cualquier sitio si de verdad te lo propones.

—Bien. O sea que nunca has trabajado en hostelería, ¿no?

Arqueó las cejas y me miró de reojo.

—Pues no, señora. Pero si me lo permite, y me da el trabajo, le aseguro que pondré todo de mi parte para aprender lo antes posible.

Con parsimonia y apartando la vista, cogió el currículum.

—Aquí pone que hablas cinco idiomas a la perfección y dos en un nivel medio. ¿Es cierto?

Noté en ese momento que mostraba cierto interés.

—Sí, es cierto. Hablo castellano, inglés, alemán, francés y chino. Con el portugués y el árabe me defiendo.

Sonaba a cachondeo, pero era verdad. Quizá fue aquel uno de los mayores aciertos de mis padres: haber insistido tanto en la educación y darme la oportunidad de aprender esa cantidad de idiomas.

—También pone que tienes dos carreras y que te licenciaste en Yale. Eso es en los Estados Unidos, ¿no? Pero, *mi arma*, ¿qué hace un muchacho como tú buscando un trabajo como este?

El acento andaluz era una de las características más peculiares de esta ciudad. Aquella mujer con su cara de pocos amigos se convertía en simpática simplemente por esa graciosa forma de expresarse.

—Parece un buen oficio.

Me hacía mucha ilusión que me cogieran en la primera entrevista a la que acudía.

—Ea, pues a trabajar. Ve a esta dirección a que te den el uniforme y déjame el DNI para que

haga una fotocopia.

—¿Le vale el pasaporte? Es que todavía no me ha dado tiempo a ir a sacarme ese documento.

—Sí, claro. Pero imagino que tendrás permiso de trabajo.

—Sí, sí. Tengo doble nacionalidad. Mi padre nació aquí.

Con una media sonrisa me devolvió el documento después de fotocopiarlo y me entregó un papel con una dirección y una fecha: «Avenida de la Constitución, 10. 25 de marzo a las diez de la mañana. Encargada: María Ramos».

Me explicó que tenía que ir a ese lugar el día señalado para que me comentasen la labor por desempeñar, el sueldo y las condiciones. Era la primera reunión con el personal antes de la inauguración.

Salí de la sala con una sensación estupenda. Me habían aceptado sin haber trabajado en algo que tuviera relación con lo requerido. En este caso, la educación había dado su fruto. Tantas y tantas regañinas de mi madre adquirieron sentido por primera vez. Me di cuenta de que, sea cual sea tu futuro laboral, es imprescindible tener una buena base estudiando.

A las diez estaba allí como un clavo. La preciosa y céntrica avenida estaba llena de vida a esa hora. Al llegar al número que ponía en la nota, me quedé unos segundos observando la bonita fachada y el peculiar edificio que habían elegido para montar el nuevo negocio. Tenía un cierto aire islámico. Pequeños minaretes árabes adornaban una construcción de una marcada tendencia neomudéjar. Me apasionaba la historia y el arte de esta zona. Intentaba leer y empaparme de la ciudad en la que esperaba pasar una larga temporada. Llevaba apenas un mes y no sé si por la ilusión de comenzar una nueva etapa o por el sol radiante y la alegría desmesurada, Sevilla me emocionaba a todas horas. Después de buscar un sitio para dormir, que por cierto ya tenía, me faltaba encontrar algo que me proporcionase el suficiente dinero para sufragar mis gastos y necesidades. Lo poco que había traído desaparecía a una velocidad desorbitada.

Alquilé una pequeña habitación en una bonita casa andaluza en el casco antiguo. La familia que me acogió era muy agradable. Se trataba de un matrimonio de unos cincuenta años, con un acento muy marcado, que me hacían sentir muy cómodo y casi como en casa. La mujer, Virginia, se pasaba las horas cantando canciones populares —«Qué tiene la Zarzamora, llora que llora…»—, y cuidando una infinidad de flores que llenaban de alegría y colorido la fachada. Alegría por los cuatro costados.

—Hola, quería hablar con la señorita María Ramos —pregunté, al entrar en el local, a un hombre trajeado que daba instrucciones a un grupo de obreros.

—Sí. Pasa al final, estará en el salón principal —me contestó, sin mirarme siquiera.

Parecían estar poniendo todo a punto para la apertura. Tenía pinta de que iba a ser un restaurante moderno, pero sin perder la esencia del sur. Nada más entrar, había una larguísima barra de madera con una encimera de mármol blanco veteado, sobre la que sobresalían un sinfín de grifos de cerveza de un brillante dorado. Y colocadas en línea a lo largo de toda ella, una hilera de banquetas altas de madera ajada por el paso del tiempo. Del techo colgaban maceteros con enredaderas de un color verde intenso..

—Hola, ¿María?

Al final de la barra, una puerta enorme de doble hoja, también de madera envejecida, daba paso a una amplia sala de techo alto y paredes adornadas por azulejos blancos con motivos florales en color azul pálido. En el centro, un grupo de personas prestaba atención a una señorita morena. Al escucharme, interrumpió la charla y se quedó mirándome.

—¿Cuál es tu nombre?

Parecía no haberle sentado muy bien la interrupción.

—Kilian —respondí escuetamente, avergonzado por la seriedad con la que formuló la pregunta.

—Únete al grupo —me ordenó en tono un tanto altivo, como había hecho el hombre de la entrada.

Me daba la impresión de que la educación no era la característica principal de la gente que iba a dirigir el negocio. Eso, o los trabajadores no tenían la importancia necesaria como para tratarles con dignidad. El comienzo no había sido muy prometedor.

Durante más de media hora, la señorita en cuestión no paró de hablar ni un segundo. Se le notaba un punto de arrogancia muy característico en alguien que quiere demostrar quién es el que manda. Era alta y muy proporcionada, con los tacones, casi era de mi altura: un metro y ochenta centímetros. Pelo negro muy rizado. Ojos color miel y facciones bastante marcadas. Era guapa, y lo peor de todo era que lo sabía. Pero lo que más destacaba de ella era una boca grande de labios carnosos y dientes blancos como el marfil.

—Bueno, ahora podéis sentaros. Os iré llamando para asignar el puesto que os corresponde y hablar de las condiciones del contrato.

El salón estaba repleto de mesas antiguas con las patas de forja y la parte superior en granito grisáceo. Las sillas eran del mismo material que las banquetas de la entrada, también con un aspecto muy antiguo pero perfectamente conservadas. Del techo colgaban unas grandes lámparas con cristalitos brillantes. Y adornaban las paredes enormes cuadros de una ciudad antigua.

Los allí presentes permanecimos en silencio mientras la mujer iba charlando con cada uno de nosotros. Lo que más me llamó la atención fue la edad media del grupo. Éramos muy jóvenes, aproximadamente entre veinte y treinta años.

—¡Kilian!

La exclamación me despertó de un extraño viaje que estaba teniendo por mis sueños: casi me había quedado dormido esperando. Me levanté rápido y fui hasta la mesa en la que estaba sentada la señorita Ramos.

—Hola.

Con una gran sonrisa intenté reconducir la situación. Pero, sin responderme, sacó una hoja de una carpeta y se puso a ojearla. Mientras lo hacía, ya sentado frente a ella, esperaba envuelto en un inquietante silencio.

—Bien. Aquí pone que sabes idiomas. Imagino que es cierto, ¿no?

La pregunta parecía formulada con cierto retintín. Me daba la impresión de que no íbamos a congeniar muy bien.

—Sí. Es cierto.

—Pero, no entiendo… ¿Inglés, alemán, chino, francés, árabe y portugués?

Su mirada era desconfiada.

—Los cuatro primeros bastante fluidos, el árabe y el portugués los entiendo, pero me cuesta un poco hablarlos.

Con la mayor humildad que pude, respondí a una pregunta que tenía pinta de ir con segundas.

—También pone que has estudiado en Yale. Curioso. —Daba la sensación de que más que leer el papel, lo estaba memorizando. Lo observaba poniendo gestos un tanto extraños—. Bueno, pues te explico. En dirección te han elegido como *hostess*. Es un término que se utiliza para las mujeres, pero debido a tu formación el director ha decidido que seas tú el que desempeñe esta función. Básicamente, tu cometido será recibir a la gente cuando entren en la zona de restauración y asignarles una mesa. ¿Sabes de lo que te hablo?

Se dirigía a mí como si fuera un niño de diez años. Evidentemente, entendía de lo que me

hablaba.

—Sí.

No me salía ser más agradable. No me estaban gustando el trato ni las formas.

—Pues si lo entiendes, perfecto. La empresa te proporcionará el uniforme. Tendrás que ir siempre vestido como se te indique y, lo más importante, guardando una muy buena imagen. Es imprescindible que vengas todos los días afeitado, bien peinado y con el atuendo en perfecto estado.

No sé si me lo decía porque ahora iba mal o porque se veía en la obligación de hacerlo. Tenía el pelo bastante largo, casi media melena, y ondulado. Nunca me peinaba porque no lo veía necesario, me gustaba cómo me quedaba así. Y casi nunca me dejaba barba porque me crecía a trozos y me picaba muchísimo. No veía mucho impedimento en venir como me pedía.

—¿Bien peinado? ¿Así como lo tengo valdría?

No tenía claro a qué se refería con «bien peinado».

—Sí, así está bien.

Desde joven había tenido facilidad para congeniar con la gente. Incluso con los que no me caían bien o tenían algo que no me gustaba, sabía la fórmula para crear un vínculo e intentar ser lo más agradable posible. Pero, con ella, no sé por qué, me resultaba imposible. No solo por su altanería y ese aire de superioridad completamente forzado, sino porque su mirada me hablaba de desconfianza sin apenas conocernos.

Después de exponerme las condiciones —salario y horarios—, finalizó mi primer contacto con el mundo laboral. Aunque suene un tanto descabellado, mi percepción del valor del dinero era un tanto peculiar. Al hablarme del sueldo intenté hacer un cálculo rápido a ver si era suficiente para cubrir los gastos que más o menos tendría. No era el mejor salario del mundo, pero con control sería suficiente para comenzar esta nueva etapa.

Por la habitación pagaba doscientos cincuenta euros. En comer gastaría trescientos euros al mes descontando los días que lo hiciese en el local. El transporte no era un problema, de momento, porque iba andando a casi todos los sitios. Y, por lo demás, tenía lo necesario para sobrevivir en un nuevo mundo que se planteaba interesante.

—Hola, ¿tenían reserva para hoy?

El negocio había arrancado con fuerza. La inauguración fue todo un éxito y la afluencia de comensales superaba con creces las expectativas. Podríamos decir que Lolita comenzó de la mejor manera que se puede esperar. El horario que me habían dicho al principio no resultó del todo real. Mis ocho horas diarias se convirtieron en casi catorce, haciéndome pasar más de la mitad del día allí, y los días libres brillaban por su ausencia. Pero no sé si por la ilusión de emprender un nuevo trayecto o por la necesidad de no pensar más de la cuenta, lo llevaba bastante bien. El equipo que habían formado era estupendo. El buen ambiente que se respiraba ayudaba a pasar todo ese tiempo con la dedicación que nos exigían nuestros encargados. Al final, la chica estirada con la que tuve la reunión del primer día no resultó tan desagradable como quería aparentar.

—Sí. Teníamos mesa para seis.

El público era muy variopinto, pero, en general, de un alto nivel adquisitivo. Los precios no eran asequibles para todos los bolsillos. Sobre todo, mucho extranjero y familias de un nivel social superior a la media. Parecía que la alta sociedad me perseguía dondequiera que fuese.

—¿A nombre de quién?

—Agustín Freisa.

Una característica que me llamaba mucho la atención era el parecido de la gente. Los señores

vestían prácticamente todos igual y llevaban el mismo peinado. Pantalón de pinzas subido hasta los sobacos, camisa o polo metido por dentro, unos zapatos de vestir muy curiosos con unas borlas como adorno y el pelo engominado hacia atrás. Las mujeres, perfectamente arregladas, con vestidos muy coloridos y tocados elaborados. Me parecía curioso que la apariencia en la sociedad sevillana fuera tan cuidada y definida. Bueno, y como dato importante, la cantidad desmesurada de mujeres bonitas. Solo se podría definir con una palabra: espectacular. Las sevillanas no solo eran guapas, sino que el desparpajo y la alegría se sumaban a su belleza.

—Sí, aquí está. Acompáñenme, por favor.

El patriarca de la familia iba enfundado en un traje hecho a medida. Sin duda, aquel hombre desprendía clase a raudales. Eran seis, la pareja de señores y cuatro jóvenes que parecían las hijas.

Después de coger las cartas, les conduje hasta la mesa que tenían asignada. Con cuidado, aparté la silla, en la que iba a sentarse la mujer mayor, ayudándola a tomar asiento. Una de las máximas que me habían dado, y exigido, era cuidar todos los detalles relativos a la etiqueta. Y de eso sabía un rato. Me había criado en un ambiente refinado. Aunque ahora lo veía desde una perspectiva muy distinta. Era yo el que servía cuando estaba acostumbrado a lo contrario. Curioso cambio de vida.

—Señor, aquí tiene la carta de vinos por si desea echarle un vistazo.

Repartí las cartas a cada uno de los comensales y por último entregué la de las bebidas al hombre.

—Perdón, ¿me puedes indicar dónde están los aseos? —me preguntó una de las chicas con voz delicada.

Parecía la mayor de las cuatro, y hasta ese instante no me había fijado en ella. Era morena, con el cabello castaño y unos enormes ojos color esmeralda. Le brillaban de una manera tan intensa que parecían querer gritar. Su piel era tostada y a simple vista delicada y suave. Las facciones no muy marcadas y una pequeña nariz respingona que le daba un toque infantil. Por lo que intuí, parecía no tener más de veinticinco años.

Llevaba mucho tiempo sin que una mujer me impactara de tal modo. Desde lo que pasó no había sido capaz de fijarme en nada que tuviera que ver con el sexo opuesto. Desde Carmen no había tenido ojos para nadie más.

—Sí, con gusto. Justo en la entrada a mano izquierda y hasta el fondo.

¡Será posible! Mi voz parecía la de un niño de parvulario. No solo su mirada me intimidaba, sino su comportamiento en general. Tenía aspecto de niña pero el aplomo y la seguridad de toda una mujer. Algo en ella resultaba inquietante.

Al levantarse, después de darme las gracias, la estudié de soslayo para que no se dieran cuenta, sobre todo, el padre. Llevaba unos ceñidos vaqueros azul claro y una amplia camisa blanca, con rayas a juego con los pantalones. Y unas sandalias planas que dejaban todo el pie al descubierto dándome a entender que no le hacían falta unos zapatos de tacón para resaltar su esbelta figura. Fue inevitable mirarle el culo, aquella prenda parecía estar hecha solo para ella.

Me sorprendí ante esa reacción. Tal vez la distancia había propiciado la recuperación de un golpe que hasta entonces no me permitía avanzar.

—Estaré pendiente para que les tomen nota en cuanto decidan lo que quieren. ¿Les apetece algo de beber mientras tanto?

Cuando me pidieron las bebidas, les dejé unos minutos para que escogieran entre la extensa variedad de platos que componían el menú.

Aquel día el restaurante estaba repleto, tanto el salón como la parte de la barra en la que la

gente se apiñaba tomando cañas y tapas. Sevilla era alegría. Y sin querer eso se te contagiaba haciendo que sonreír fuera más sencillo. El carácter estadounidense poco a poco se iba diluyendo entre el desparpajo de Andalucía y sus gentes.

El volumen de trabajo era excesivo. Tenías que volar de una mesa a otra para intentar dar un buen servicio, pero mi inexperiencia todavía me causaba un poco de inseguridad. Ponía todas mis ganas en hacer lo posible para aprovechar aquella oportunidad que me habían brindado.

—¿Han decidido ya los señores?

Cuando vi que el hombre dejaba la carta sobre la mesa, me acerqué con premura para tomar la comanda.

—Sí. Vamos a pedir unos entrantes y después nos pones carne para cinco.

Escogieron unos cuantos platos típicos de la tierra para picar. Después de anotarlo en una pequeña tableta electrónica, me di media vuelta para seguir atendiendo el resto de las mesas.

—Perdón —oí de nuevo la voz de la chica.

Me giré de inmediato para prestarle atención.

—Yo no voy a tomar carne. ¿Me puedes poner una ensalada?

No entendía si era su forma de mirar o es que esos ojos tenían la virtud de clavarse en el alma.

—Por supuesto. ¿Qué ensalada quiere?

—Por favor, no me hables de usted, que no soy tan mayor. Lo dejo en tus manos, tráeme la que más te guste, pero, por favor, que no lleve ningún animalito.

Me dio la sensación de que estábamos solos los dos. Por un momento desaparecieron todas las personas de aquel lugar y me perdí en el laberinto de sus palabras.

—Perfecto, espero acertar —repliqué.

Se podría decir que notaba cierto coqueteo. Aunque no tenía muy claro si el carácter afable y abierto de aquellas gentes me estaban confundiendo. Para mi sorpresa, yo también había entrado al trapo y le correspondía un poco con cierta actitud juguetona.

Había una ensalada que era la que más me gustaba. La habían denominado Lolita por ser uno de los platos fuertes. Se componía de canónigos, rúcula, nueces, queso de cabra y un aliño que le daba un sabor más que especial. Era sencilla pero sabía a gloria. Quizá también me decanté por ella porque la chica de mirada intrigante parecía ser vegetariana.

Mientras correteaba por el salón y atendía a los clientes nuevos, no podía evitar que mis ojos se fueran tras aquella mujer. Me tenía completamente desconcentrado en un día que el trabajo me superaba con creces.

—¡Kilian! ¿Quieres espabilar? ¿Qué te pasa hoy, muchacho? —La encargada me soltó esta pulla una de las veces que pasé junto a ella, dándome a entender que estaba distraído.

Pero me resultaba inevitable. El voluminoso y suave cabello y el tono bronceado de piel de aquella chica se me habían quedado prendidos en la retina como si fuera una droga. Parecía un yonqui en busca de su dosis. Su mesa se había convertido en una prioridad para mí.

—¿Han comido bien los señores? —les pregunté cuando vi que habían terminado, acercándome con rapidez para ver si todo había sido de su agrado.

—Sí. Todo estaba exquisito —admitió el padre, que era el portavoz del grupo. El resto charlaba sin prestarme atención.

—Y a la señorita, ¿le ha gustado la ensalada? —Tuve que formular esa pregunta para dejar de parecer invisible.

—Te dije antes que no me hablaras de usted, por favor. Y sí, la ensalada estaba deliciosa.

Entonces me guiñó un ojo. Y a mí se me encendió el corazón como si hubiera estallado la

maldita bomba atómica dentro de mi pecho.

Llevaba tanto tiempo sin notar sus latidos que me costó asimilarlo.

—Me alegro. Es mi ensalada preferida.

Sin importarme lo que pudieran pensar los miembros de la familia, le tiré con disimulo una piedra a su tejado.

—Yo creo que a partir de ahora también será la mía.

Y la chica de ojos verdes me la devolvió y casi me descalabra. Mi flirteo era correspondido de una manera muy sutil.

—¿Desean algo de postre? —pregunté al hombre para desviar la atención y que mis piernas dejaran de temblar.

Nunca me consideré una persona tímida, pero tal vez por falta de costumbre o por tratar con una mujer que había logrado despertar mi interés, mi estómago se encogió y me empezaron a sudar las manos.

Rápidamente y sin dilaciones, cada uno escogió dentro de la gran variedad. Era muy típico un riquísimo sorbete de limón, por lo que se lo ofrecía a todos los clientes como algo especial. Sin pensar, cambiaron de opinión aceptando mi sugerencia.

—Pon cuatro sorbetes, una tarta de queso para ella y un café solo.

La que parecía más pequeña sonreía mientras su padre pedía. Se notaba que era especialmente golosa y esa deliciosa *chesscake* era para ella. Listo y apuntado todo en mi sofisticada tableta, emití la comanda y seguí atendiendo.

Aquel mediodía fue especialmente duro. Los domingos eran los días de mayor afluencia. Doblábamos y triplicábamos los turnos de mesas mientras la gente esperaba horas para poder comer. El volumen de trabajo era insufrible. Nunca pensé que la hostelería fuera tan dura hasta ese momento. Pero con la cantidad de cosas que había que hacer se te pasaba el tiempo volando. Aunque ese día no fue como todos los demás. Había sido especialmente mágico. La chica de la mesa dieciocho hizo que mi mundo se pusiera un poco más contento.

El primer día que vi a Cristina, la fascinación me duró mucho tiempo. La noté tan próxima que me asusté. Porque cuando alguien te mira y se te detiene el corazón no significa que te estés muriendo. Todo lo contrario. Es una señal de que empieza para ti una nueva existencia que te hará sentir, sin duda alguna, mucho más fuerte.

3

Junio era mi mes preferido en todos los aspectos. Cumplía años, acababa el cole y el sol brillaba con fuerza en una ciudad que se llenaba de alegría, colorido y entusiasmo. Nueva York se convertía en un desfile de nacionalidades dispuestas a descubrir todos los rincones de una ciudad con magia. El calor se asentaba y la ropa de abrigo era olvidada para dar paso a los pantalones cortos, las camisetas y las zapatillas de deporte.

Como todas las temporadas, los nervios se instalaban en mi estómago como si fueran una bandada de pájaros que migran hacia nuevos parajes. Estaban a punto de darme las calificaciones escolares, y de ello dependía que mi cumpleaños fuera una explosión de júbilo o un infierno de deberes y cuadernillos de verano. Por regla general, tenía muy mal acostumbrados a mis padres. Sacaba tan buenas notas que cualquier cosa que no fuera un sobresaliente lo tomaban como una pequeña derrota. Incluso a mí me hicieron volverme un poco obsesivo y siempre intentaba ser el mejor de la clase. Realmente, no sabía cuál era el motivo de tanto éxito escolar, porque no hacía gran esfuerzo para aprobar todo con excelentes notas. Cosa que también generaba cierta envidia entre mis compañeros. Había veces que me hacían sentir el bicho raro de la clase, aunque no me importaba en absoluto. Incluso puedo reconocer que me gustaba ser distinto entre aquella jauría de niños adinerados.

En toda la escuela solo había una persona que era afín a mí. Compartíamos un montón de cosas y nos reíamos juntos con situaciones que únicamente nosotros entendíamos. Se llamaba Dakota, un nombre cuyo significado no podía hacerle más justicia: «amiga». Nacimos el mismo año, aunque ella tres meses antes que yo. Poseía unos rasgos indios muy característicos: tono de piel tostado, larga melena negra como el azabache y unos ojos rasgados azules que, a veces, al mirarlos fijamente un escalofrío hacía que todo tu cuerpo se estremeciera. Nunca había conocido a nadie que irradiara tal magnetismo y belleza. Era la verdadera imagen de la ilusión y la alegría de vivir, con una sonrisa constante como carta de presentación. Todo ello se sumaba a un cuerpo pequeño y menudo que le daba un aire de treviesa que me hacía mucha gracia. Le gustaban los dulces tanto como a mí, el fútbol, las trastadas y todo lo que tuviera referencia a los deportes de chicos. Era una niña preciosa con el alma de un crío rebelde y aventurero.

Daki (así la llamábamos los más cercanos) no era tan buena en los estudios. Pero no por falta de inteligencia sino por una tremenda dejadez y poca perseverancia. Era capaz de distraerse con una mosca. Pero los idiomas se le daban fenomenal. Hablaba un castellano tan perfecto que parecía originaria de un país de habla hispana. Sus padres siempre estaban de viaje y no había nadie que estuviera pendiente de ella para que pusiera empeño y dedicación. Se puede decir que era un completo y maravilloso desastre. Durante el curso yo le ofrecía siempre mi ayuda incondicional para que aprobase y poder continuar juntos nuestro periplo escolar. No sé qué habría hecho sin ella entre tanto troglodita juvenil.

El día de la evaluación se celebraba de una manera especial en nuestra escuela. Todos los alumnos teníamos que asistir a una especie de fiesta de fin de curso en la que uno por uno recibiríamos las calificaciones del año lectivo. A mí me horrorizaba. Me daba muchísima pereza vestirme con el traje color caqui de chaqueta y pantalón, camisa blanca y una horripilante corbata azul con el escudo del colegio. Y ya no solo por tener que vestirme de esa guisa, sino porque me daba una vergüenza tremenda que al oír mi nombre por megafonía tuviese que salir delante de todo el alumnado a recoger el dichoso sobrecito. Parecíamos niños envejecidos prematuramente. Los trajes a los jóvenes les sientan fatal. Los niños son niños. Y han de comportarse como tal y dar una imagen de lo que son.

—Kil, *come here!* Ya te hice el nudo de la *corbeta*.

El español de mi madre era muy gracioso: un compendio de letras que ordenaba según a ella le venía en gana. Y para colmo, estos saraos le encantaban. La semana anterior era un monotema continuo: la graduación de Kilian. Se ponía más nerviosa que yo y no paraba de darme la plasta.

—*Mum, can Dakota come with us? She's coming with Dolores because their parents aren't in town.*

Los padres de Dakota, como siempre, estaban fuera rodando. Eran actores de cine muy conocidos y pasaban la mayor parte del tiempo lejos de casa. Dolores era la mujer que la cuidaba. Más que su asistenta, desempeñaba un perfecto papel de segunda madre. Incluso puede ser que estuviera más tiempo con ella que con la biológica. Prácticamente, fue la que la crio. Era una señora muy agradable. De origen cubano, pero más americana que el McDonald's. Casi se le había olvidado su idioma natal. Tenía una altura considerable, flaca como una escoba, el pelo muy rizado y castaño y un tono de piel color café. Coincidíamos habitualmente a la entrada del colegio porque todas las mañanas acompañaba a Daki. Yo me llevaba genial con ella y bromeábamos intentando sonsacarle alguna palabra en español. Cuando me saludaba siempre decía un ¡oleee! para darme la bienvenida. Vamos, para comérsela.

Me daba mucha pena que tuvieran que ir las dos solas. Y más sabiendo cómo eran los niños del colegio. Que sus padres no le acompañaran iba a generar cientos de comentarios dañinos e innecesarios.

—Claro, hijo. Dile que pasaremos a buscarla para ir juntos.

Antes de que le diera tiempo a contestar, mi padre lo hizo por ella. La autoridad de sus palabras dejó claro que no aceptaría réplica alguna.

—Gracias, *daddy*.

Corriendo fui a por el teléfono para llamarla. Esa fiesta me daba grima, pero al ir con mi amiga la cosa cambiaba. La ilusión con la que recibió la noticia fue increíble. Se percibía la felicidad aunque estuviera al otro lado del auricular.

—*Daki, what are you doing?* ¡He hablado con mis padres y me han dicho que podéis venir con nosotros a la fiesta!

—*Really?* ¡¡Es genial!! Ahora mismo se lo digo a Dolores para que lo sepa. Diles de mi parte que *thank you so much*.

Quedamos en su casa a las nueve y media de la mañana. El evento comenzaba a las diez pero vivía a escasos metros del colegio. Éramos vecinos del mismo barrio aunque nuestras casas estaban a cierta distancia.

Aquella mañana me levanté con entusiasmo. Me hacía mucha ilusión que mi compañera y cómplice viniera con nosotros. Quizá ese día iba a ser la hermana que nunca tuve pero que tanta falta me hacía.

Alyn, mi madre, había elegido un traje de pantalón y chaqueta color negro y unos zapatos de tacón del mismo tono. Estaba insultantemente guapa. Su altura la hacía destacar por encima de cualquier cosa como un misterioso obelisco en lo alto de una colina.

José, mi padre, fue mucho más sencillo en su atuendo. Unos vaqueros, camisa blanca y una americana azul con coderas de color camel. Pero lo que más me gustaba de él era el buen gusto escogiendo los zapatos. Siempre llevaba un calzado que, a mi parecer, era idóneo. Ese día se puso unos mocasines del mismo color que las coderas de la americana.

Hacían una pareja perfecta. Parecían sacados del *Vogue*.

A la hora acordada estábamos en la puerta del domicilio de Dakota. Como no cabíamos todos en un solo coche, mi padre había hecho que dos enormes todoterrenos vinieran a buscarnos. Al

ver a Daki y a Dolores en el portal no pude evitar salir del coche para recibirlas, lo que hizo que me llevara una buena regañina por parte de mi madre.

—¡Kilian! *Where are you going!* Ven aquí ahora *mesmo.*

Obviando los gritos, me acerqué hasta el portal de la casa y le di un fuerte abrazo a Dakota. El señor que conducía el coche y uno de los dos hombres trajeados que acompañaban a papá constantemente se bajaron aprisa tras de mí quedándose cerca. Después de que mis padres saludaran cariñosamente a mi amiga y a su asistenta, salimos para el colegio. En uno de los automóviles íbamos mis padres y yo, y en el otro Daki y Dolores. Bueno, y los dos señores serios que tanta intriga me causaban, aunque esta vez se habían repartido uno en cada coche.

Lo que en principio parecía que iba a ser una pesadilla se convirtió en un día que recordaré toda mi vida. Las notas fueron estupendas, el acto relativamente corto y no tan aburrido como otros años, aunque imagino que la compañía tuvo que ver mucho en ello. Nos reunieron a alumnos y familiares en un enorme salón de actos con un escenario presidido por el director, los profesores y alguna que otra persona que no reconocí. Lo que no imaginaba es que aquella mañana me llevaría una lección que jamás olvidaré: la amistad es un valor imprescindible. Y que no hace falta tener la misma sangre para querer a alguien con toda el alma. Me sentí inmensamente feliz al ver la sonrisa de Dakota por algo tan simple como compartir con nosotros aquel día y por el cariño que le demostraron mis padres en todo momento. La trataron como si fuera su propia hija. Incluso cuando le dieron las notas vino corriendo a enseñárselas con la misma ilusión con la que se las hubiera mostrado a sus padres. Y un punto más a favor de aquel andaluz que me trajo al mundo es ver cómo le brillaban los ojos mientras abrazaba a una niña necesitada de unos brazos que la abrigasen. Se comportó con ella exactamente igual que conmigo. Y en cuanto a mi madre, a pesar de ser menos expresiva, yo sabía que la pequeña de ojos azules había conquistado su corazón. No podía ser de otra manera.

—Hijo, dile a Dakota si quieren Dolores y ella venir a comer con nosotros —propuso mi padre cuando el acto estaba a punto de acabar.

Nos dejaron elegir el sitio para celebrar las buenas calificaciones obtenidas. Como niños que éramos, no tuvimos ninguna duda: un restaurante en el que hacían las mejores hamburguesas de todos los Estados Unidos. De vez en cuando, y sin que la matriarca se enterara, papá me llevaba y nos poníamos de comer guarrerías como dos verdaderos animalitos. Era un enorme local decorado al más puro estilo yanqui. Cosas tan simples como esa me hacían inmensamente feliz.

Pasamos una agradable sobremesa. Aquel día Dolores se convirtió también en un miembro más de nuestra familia. La distinción entre clases sociales no era impedimento para los míos. Me asombraba la sencillez que demostraban mis padres hacia los demás. Podrían tener todo el dinero del mundo, todos los lujos que quisieran, pero, al fin y al cabo, eran personas como las demás. Eso era bonito. Realmente bonito.

Cuando llegamos a casa, después de haber dejado a Dakota y a Dolores, fui corriendo a mi cuarto a quitarme el incómodo uniforme. No os podéis imaginar lo que es llevar una americana en Nueva York en pleno mes de junio. Sudaba como un pollo. Mientras me cambiaba, papá entró en la habitación.

—¿Te lo has pasado bien? —me preguntó.

—¡Sí! ¡Ha sido genial! —repliqué sin dudar.

Al hablar podía sentir que mi felicidad era su felicidad. Sentado en mi enorme cama, me observaba con una mirada que significaba mucho más que mil palabras. Aquel hombre me quería. Lo hacía por encima de cualquier cosa. Lo notaba. Creo que su cometido era hacerme feliz cada segundo de su vida.

—Me alegro, Kil. Ahora ve pensando qué te apetece hacer para tu cumpleaños, que ya queda muy poquito —dijo.

¡Cierto! Siempre buscábamos algo especial que hacer. Ya faltaba poco y era uno de mis días preferidos. Y no solo por la cantidad de regalos que recibía, sino porque ese día, pasase lo que pasase, estábamos los tres juntos.

El fútbol era el deporte que más me gustaba. En Nueva York no se practicaba mucho, pero, poco a poco, había ido popularizándose. Desde muy pequeño me apuntaron en un equipo local y cuando las obligaciones se lo permitían, mi padre disfrutaba viéndome jugar casi más que yo haciéndolo. Entrenaba muy duro y fantaseaba con convertirme en una estrella del fútbol mundial. Los niños tienen la capacidad de soñar muy alto. Pero cuando nos vamos haciendo mayores la ilusión se va solapando con los problemas cotidianos. Por eso creo que nunca debemos perder ese niño que todos llevamos dentro.

—Eh, ¿cómo estás? Ha organizado mi padre un partido de fútbol para celebrar mi cumple, ¿te apetece venir? —le pregunté a Dakota.

—¡Claro! Me encantaría ir —no dudó ni un instante.

Dakota era todo un «chicazo». Le gustaba el fútbol tanto como a mí. Y encima jugaba bastante bien. En el equipo había muy buen ambiente y lo que más me llamaba la atención era que mientras jugábamos éramos todos iguales. Daba igual de dónde vinieras o quién fueses, el deporte era lo único importante. En general, nos llevábamos todos muy bien. Podría decir que ahí conocí a los pocos amigos que tenía.

—*Perfect!* —exclamé—. Pues el partido será el sábado y luego iremos a mi casa, que mamá ha preparado algo para celebrarlo.

Me pasé toda la semana esperando el gran día con ansiedad. La temporada estival había comenzado y eso significaba que las pocas obligaciones que tenía se reducían a prácticamente nada. Era esa época en la que volvía loco a Jack buscando algo que hacer, intentando evitar estar todo el día encerrado en casa. Me gustaba la calle, aunque solo fuese para pasear y observar a la gente. Jack era un verdadero amigo. Alguien con el que pasas casi todo el tiempo y que sientes que a su lado todo va bien.

—Jack, ¡quiero ir al centro a dar una vuelta! —le pedí.

Times Square era una locura y me encantaba. La mezcolanza cultural y la gran variedad de personajes atípicos me llamaban mucho la atención.

—Kil, sabe que a su madre no le gusta nada que andemos por ahí dando vueltas —dijo él.

La jefa y sus manías. Su carácter protector me crispaba. Si por ella fuese, me habría metido en una urna de cristal para que nada me pasase. Entendía la preocupación por su parte, pero ¿qué le puede pasar a un niño, acompañado por un mayor, en un lugar repleto de gente y miles de policías velando por la seguridad de los viandantes? Manhattan era un fortín, o eso me parecía a mí. Y yo lo único que quería era darme un paseo y que Jack me comprara un gigantesco helado en mi lugar favorito. Desde que un día papá me llevó, me quedé completamente prendado de unos increíbles helados italianos que vendía un señor regordete, en una especie de caravana, mientras cantaba canciones de ópera a voz en grito. El de *chesscake* superaba los límites del entendimiento. Me podría comer un barreño entero.

—Venga, Jack. Porfa —insistí yo, poniendo cara de perrillo abandonado y forzando el aleteo de mis pestañas. Debo reconocer que tenía muy estudiadas las técnicas de persuasión.

—Espere un segundo que llame a la señora y se lo comente —me contestó.

¡Mala idea! Evidentemente, si se lo decía, no habría ni helado, ni paseo, ni nada.

—Pero, Jacky, si no tiene por qué enterarse. Además, si dice algo o pregunta por nosotros le

podemos decir que estamos en el parque jugando a la pelota.

Esa era una de las pocas cosas a las que no se oponía. Casi todas las tardes bajábamos a Central Park a dar unos toques al balón aunque las leyes del recinto no lo permitiesen. Éramos un poco gamberros en ese aspecto, pero es que en aquella ciudad no había más que coches, gente y edificios.

—Mmmm… bueno, vale. Pero una vuelta rápida y pronto para casa.

Como alma que lleva el diablo fui a mi habitación para ponerme las zapatillas. Mi casa se componía de tres partes. Tenía siete habitaciones, dos enormes salones, dos cuartos de estar (así los llamaba mamá) en los que hacíamos vida, muchos baños y dos cocinas. En una de las alas había una pequeña vivienda adyacente en la que vivían Jack, Mady y su hija. Subiendo unas escaleras llegabas al *rooftop,* una gran azotea adornada con infinidad de plantas y hasta unas cuantas palmeras que no sabía cómo pero sobrevivían al frío invierno neoyorquino. También había un amplio dormitorio con una cristalera inmensa, que ofrecía unas extraordinarias vistas a Central Park, en el cual dormían mis padres. La vivienda tenía techos altísimos y una decoración muy cuidada. Me imagino que habría sido obra de mi madre porque aquella casa era muy de su estilo. Sencilla, sobria, elegante y vanguardista. Ocupaba la última planta de un edificio que creo que nos pertenecía en su totalidad.

Mi padre tenía distintas propiedades por todo el mundo. No me enteraba muy bien, pero por algún comentario que escuchaba y por los sitios a los que íbamos de vacaciones, podía hacerme una idea. Todos los veranos pasábamos una temporada en la casa de Los Ángeles, situada en Holmby Hills, un precioso y tranquilo barrio residencial en el que las grandes mansiones y unas típicas farolas eran su atractivo principal. Aquella casa era tan enorme que te perdías por ella. En realidad, no sé bien la función de una vivienda de ese tamaño, al final solo utilizas una zona y lo demás forma parte del decorado. Pero allí sí que teníamos palmeras. Y no como las de Upper East Side. Aquellas sí eran palmeras de verdad. Gigantes. Casi se te nublaba la vista al mirar hacia arriba para intentar ver la parte más alta. No sé por qué pero eran sinónimo de alegría. Aquellos gigantescos árboles me hacían sentir feliz sin querer. También poseía una explanada de césped que nada tenía que envidiar al campo de los Giants de Nueva York.

Allí vivía otra familia que trabajaba para mis padres, y se encargaban de cuidar la finca durante todo el año. Eran una agradable pareja de mexicanos que tenían un niño de mi edad y tan apasionado del fútbol como yo. Pasábamos todo el tiempo jugando a la pelota en un pequeño campo que tenía la propiedad. Fuésemos adonde fuésemos, mi padre mandaba instalar unas porterías. Era genial.

—¿De qué quieres el helado? —me preguntó Jack.

Bajamos por la Quinta Avenida hasta llegar a la calle 46, en donde se encontraba el puesto de helados. Las aceras estaban llenas de gente y casi no se podía andar por ellas. Tan pronto mejoraba el tiempo, los neoyorquinos salían en hordas.

Esa mañana el heladero no estaba tan simpático como de costumbre. Pedí un helado extragrande. El intenso sabor a tarta de queso y frambuesa inundó mis sentidos desde el primer lametazo. La felicidad se encontraba concentrada en aquel cucurucho en ese momento. Con una cucharilla de plástico degustaba aquella delicia en pequeñas dosis, las justas para que aquel placer durase el mayor tiempo posible.

La céntrica plaza me deslumbraba. Por el día era espectacular, pero recuerdo el impacto que sentí alguna vez que pasamos por la noche. Las numerosas bombillas led le daban un colorido y una luminosidad que se asemejaba a una película de ciencia ficción.

La tienda por excelencia era el Toys R Us. Siempre que pasaba por allí tenía que perderme en

aquel mundo surrealista repleto de juguetes. Era el mejor parque de atracciones al que podías llevar a un niño.

—Es increíble, Jack. ¿Podemos entrar un momento? —le pedí.

—Bueno, vale. Pero solo un momento —concedió él.

Los pasillos estaban repletos de todo tipo de muñecos. La sección que más me gustaba era la de los peluches. Había algunos tan grandes y tan bien hechos que parecían animales de verdad. Era increíble. Desde que entramos fui incapaz de cerrar la boca. Cada paso que daba, algo me sorprendía.

En uno de mis cumpleaños, cuando era más pequeño, papá apareció en casa con un gigantesco oso color marrón, con la panza en un tono más clarito y dos enormes ojos saltones. Prácticamente no se le veía porque aquel muñeco lo tapaba todo. Todavía me emociono al recordarlo.

Estaba con mamá en la sala donde teníamos la tele, creo que viendo una de esas películas de dibujos que me gustaban. Llevaba todo el día esperando a que papá llegara del trabajo pero no tenía muy claro si lo haría. En aquellos tiempos viajaba muchísimo y se pasaba largas temporadas fuera. Hacía una noche estupenda y teníamos las ventanas abiertas. El poco aire que corría entraba silencioso y las luces amarillas de aquella misteriosa ciudad iluminaban el interior de la estancia. Pero, de repente, sin saber por qué, me giré alertado por la presencia sigilosa de alguien. Era mi padre. Sonriente. Con los ojos brillantes como dos luceros y abrazado a ese peluche. Llevaba la americana abierta y la camisa por fuera. Tenía cara de cansado. Al acercarse a nosotros lo dejó en el suelo (sentado medíamos prácticamente lo mismo). Era enorme. Pero no sé a quién le hizo más ilusión. Papá brillaba de entusiasmo. Y no por el mero hecho de regalarme algo, sino por ver mi cara al recibir semejante obsequio. No pude evitar salir corriendo para arrojarme en sus brazos. En ese momento, tras recibir el abrazo cariñoso de mi padre, comprendí que hay cosas que se hacen por el simple hecho de hacerlas, sin contrapartida alguna. Ya casi ni me fijé en el regalo porque, para mí, el verdadero regalo era él. Me bastaba con tenerle allí con nosotros y poder estar los tres juntos. Porque no hay nada como sentir el cariño incondicional de alguien que te quiere intensamente. Me abrazó con el corazón encogido. Me colgaban los pies ya que me había enganchado a su cuello como un monito. Y entonces percibes que nada malo puede sucederte. Que ese es un lugar seguro. Que es el lugar más seguro que existe. Mi padre me estrechaba con fuerza. Y yo no quería soltarme jamás. No sé cuánto tiempo estuvimos en esa posición pero daba igual. A veces los relojes deberían detenerse, porque hay instantes que tendrían que ser para siempre.

La vida te da momentos inolvidables. Es capaz de regalarte algo tan simple como el cariño de una persona. Pero todo va tan rápido que casi nunca prestamos atención o no le damos la importancia que tiene.

Y, por si fuera poco, mamá apareció en escena como un invitado inesperado. Se agarró a nosotros convirtiéndome en un sándwich repleto de amor. Los dos me abrazaban con el alma. Aquel quizá fue el momento más feliz de mi vida. Sentía el calor de dos personas para las que eres todo. Y, lo principal, para aquellas que viven por y para ti.

Alyn era una mujer fría. Su carácter refinado le impedía mostrar el cálido interior que poseía. Pero cuando se trata de un hijo todo cambia. Tu forma de ser se transforma por completo porque hay una criatura que tiene necesidad de sentirte. Seguramente solo aquellas que son madres sean capaces de comprender un sentimiento que resulta difícil de explicar. Se trata de amor verdadero en forma de una personita que sale de ti misma, inofensiva, sin maldad, que tiene la ilusión de vivir y que iluminará los días más oscuros.

—¡Jack! ¡Mira este! ¡Es alucinante! —exclamé, alborozado.

Al final de una de las largas galerías, un gracioso elefante, de más de un metro, me miraba con ganas de venirse a casa con nosotros. Era el muñeco más simpático de todo el establecimiento. Nunca había visto sonreír a un animal de su especie, pero aquel lo hacía. Los que habían diseñado ese peluche lograron hacer algo maravilloso. El color azul clarito te llamaba constantemente pidiendo un gran abrazo. Tenía pinta de ser tan esponjoso y suave que era muy difícil no tirarse a sus brazos.

—¿Jack?

Al ver que no contestaba, me giré buscándole. La tienda estaba repleta de gente. Cientos de niños correteaban por los pasillos abducidos entre tanto juguete, y sus acompañantes persiguiéndoles intentando que no se perdieran entre el tumulto.

—¡Jacky!

Miré a mi alrededor. El corazón me empezó a latir a toda velocidad. Comencé a gritar desconcertado:

—¿Jack? ¡Jack! ¡¡¡Jack!!! ¡¡¡¡¡Jaackyyy!!!!!

Sin poder evitarlo, los ojos se me anegaron. Mi cuerpo dejó de responder a las órdenes que le mandaba el cerebro. Me quedé petrificado. Estaba rodeado de personas pero al mismo tiempo solo y desprotegido.

—¡Jackyyy! *Where are you?*

Los nervios estaban jugándome una mala pasada. Me convertí en una pequeña estatua de carne y hueso. Tenía el estómago encogido, las manos sudorosas y una sensación tan violenta que no podría definirla con palabras.

—¡Dónde estás! Jack, Jackyyyy. Por favor, Jack. *Come here!* ¿Por qué me has dejado solo?

Hablaba bajito. Intentaba moverme pero una fuerza extraña parecía haberme anclado al suelo. Nunca había sentido tanto pánico.

—*What's wrong?*

Oí la voz de alguien muy cerca, pero mis ojos eran incapaces de centrarse en un punto fijo. Estaba petrificado por una sensación extrema e incontrolable.

—*Boy! What happens?? Are you ok?*

Al notar una mano en mi hombro, hice un gran esfuerzo por ver a quién pertenecían esas palabras.

Un señor de tez oscura me zarandeaba intentado despertarme de lo que a mí me estaba resultando una agónica pesadilla.

—Jack, ¿dónde está Jack?

El señor de color estaba agachado justo frente a mí. No sabía quién era. Nunca le había visto en mi vida pero en un acto reflejo le agarré de una mano.

—¿Qué te pasa, chico?

Tenía unos enormes ojos oscuros, la cara muy redonda, la cabeza afeitada y barba de tres o cuatro días. Su mirada reflejaba bondad. Quizá no fue lo más acertado, pero le abracé mientras mi llanto se hizo dueño del silencio.

—Vamos, no llores. Dime qué te sucede.

Lloraba tanto que las palabras no me salían. Era incapaz de emitir sonido alguno. El cuerpo entero me comenzó a temblar de una manera inaudita.

—Venga, va. No te preocupes. Tranquilízate.

La voz conciliadora de aquel hombre no surgía efecto. En aquel instante parecía tener el epicentro de un destructivo terremoto bajo mis pies.

—Goreti, ve a buscar a alguien que trabaje aquí. Yo me quedo con él hasta que vengas —oí que le decía a la mujer que estaba a su lado.

—No sé dónde está Jack, señor —pude balbucear por fin. El disgusto empezaba a disminuir.

—Pero ¿quién es Jack? ¿Tu papá? —preguntó él.

Entonces apareció la mujer de antes con un señor vestido de uniforme. Realmente, no era consciente del tiempo que había pasado desde que me di cuenta de que estaba solo.

Con un acento americano muy marcado, el vigilante me preguntó qué me pasaba. Todavía con lágrimas en los ojos, intenté explicarles lo que me sucedía. Les conté que Jack y yo habíamos entrado en la tienda hacía unos minutos. Que iba mirando los muñecos cuando de repente me percaté de que mi acompañante no estaba. Y que no sabía dónde se había metido ni por qué me había dejado solo. Me preguntaron si sabía su teléfono o tenía alguna forma de localizarle. También quisieron saber dónde vivía y si iba alguna persona más conmigo. El torbellino de preguntas me dejó mucho más paralizado si cabe. Estaba viviendo una auténtica película de terror.

—*In Upper East Side. Near Fifth Ave*.

Cuando les di mi dirección, me pidieron que les acompañara. Entonces, el pánico volvió. No quería irme de allí. Quizá Jack me estaba buscando y si me movía no me encontraría. En aquel momento sentí la necesidad de tener a mi padre cerca. Mis pensamientos se sucedían a una velocidad vertiginosa. Fue la primera vez que entendí la psicosis de mi madre. Aquel mundo no estaba preparado para que un niño de mi edad pudiera ir solo campando a sus anchas. Y ahora no encontraba a Jack. No era capaz de entenderlo.

De la mano del vigilante nos dirigimos hasta la puerta del establecimiento. Miraba obsesivamente a mi alrededor buscando a Jack. Mientras tanto, el señor que me custodiaba me pedía calma e intentaba tranquilizarme.

—¿Cómo te llamas, pequeño?

El hombre de color nos acompañó hasta una especie de oficina. En ella había una mesa con un ordenador y unos cuantos monitores. Prefería hablar con él porque me ofrecía algo más de confianza que el otro señor grande y serio.

—Kilian —respondí con timidez.

—Qué bonito nombre tienes. Yo me llamo Aurelio.

Me dio la mano junto con una gran sonrisa dibujada en su rostro. Mientras tanto, el otro llamaba por teléfono. Con desconfianza observaba todo lo que tenía a mi alrededor.

—¿Y cuál es tu apellido?

—Sotomayor.

Entonces, oí cómo el vigilante pronunciaba mi nombre completo a alguien que debía de haber al otro lado del móvil. Hablaban entre ellos y percibía cómo lo hacían discretamente intentando que no me enterase de lo que decían. Pero era imposible, el cuarto era muy pequeño y les escuchaba a la perfección. Decían que iban a llamar a la policía, que ellos sabrían cómo localizar a algún familiar mío y que ya habían dado la orden de dar mis datos por megafonía.

De repente, comencé a llorar de nuevo. Me puse muy triste otra vez. Intentaba darle sentido a todo aquello pero no encontraba una respuesta coherente. Quería que me llevaran a casa. Quería abrazar fuerte a mi madre y no separarme jamás de ella.

—¡¡¡Kil!!!

La puerta se abrió y reconocí la voz al instante. Me giré rápido y vi cómo Jack entraba con otro hombre con el mismo uniforme que el que me había traído hasta allí. Tenía el gesto desencajado, los ojos inundados de lágrimas y una expresión que me resultó desconocida.

Inmediatamente me agarró por la cintura y me cogió en brazos. Me miraba asustado mientras se secaba los ojos con una de las manos. Nunca me había abrazado a alguien con tanta fuerza.

Fueron los minutos más agónicos de mi corta vida. Nunca había pasado por algo similar. Tenía la suerte de tener unos padres que estaban pendientes de mí de forma constante. La soledad no formaba parte de mi vida. Ese término era aún desconocido para un niño que siempre había estado rodeado de gente que le quería. Pero aquel día, por un descuido o qué sé yo, la soledad se me presentó como un nuevo y horrible invitado.

Después de dar las gracias a aquellos hombres, salimos de la gran juguetería. Jack aún seguía cargando conmigo, parecía no querer soltarme. Justo al llegar a la calle, en la misma puerta, nos esperaba uno de los chóferes que trabajaban para papá.

—Kil, perdóname. Te juro que nunca más te dejaré solo —me dijo antes de subirnos al coche, poniéndose en cuclillas y mirándome fijamente al tiempo que me sujetaba con delicadeza la cara con las dos manos.

No podía ver mi rostro, pero de algo estoy seguro: si yo pasé miedo, el gesto de Jack reflejaba un temor mucho más profundo.

Jack tenía un aspecto muy curtido. En ningún caso demostraba ser sensiblero ni de carácter débil. Su imagen era la de un hombre muy vivido. Siempre serio y sobrio. Verle en aquel estado me causó mucha impresión. Y si lo analizamos ahora desde este punto de vista, ese día su preocupación no había sido provocada por haber fallado en su trabajo. Aquel hombre me quería. Tanto como puede quererse a un hijo. Era impensable que fingiera ese sentimiento. Lo que sí es cierto es que cuando lo vi aparecer mi mundo volvió a restablecerse de nuevo. Y sentí que todo estaba en orden en ese mismo instante.

4

Los días se sucedían sin descanso y, sin poder remediarlo, estaba perdiendo el control de mi vida. Realmente, nunca tuve obligaciones y ahora me debía a un horario y a unas normas. Cuando eres un alma libre, las adversidades del mundo que te rodea son inexorables. No puedes luchar contra algo que te supera. Te metes en un bucle del cual es prácticamente imposible salir. Trabajas casi todo el día y, aun así, el dinero no es suficiente para pagar los gastos del mes. Pero el mayor problema no es ese, el problema real es que sientes que estás desperdiciando el tiempo, que es algo que no se puede recuperar.

Tenía veintiocho años recién cumplidos y una vida nueva por descubrir. Pero ¿conseguiría ser feliz de esta manera?

El restaurante era lo único. Un día a la semana no era suficiente para poder disfrutar de mí. Al principio me resultaba curioso e iba a trabajar con ilusión y ganas. Pero tras varios meses realizando la misma función, la monotonía estaba empezándome a pesar. Era tanto el tiempo que ocupaba en ese trabajo que apenas podía disfrutar de este nuevo camino que había elegido. Nunca pensé que mi vida podía convertirse en algo así.

Me levantaba a las nueve, iba al gimnasio, después a casa a preparar la ropa y de ahí al restaurante. De doce a cinco de la tarde trabajaba sin descanso. Después, tres horas muertas en las que no te da tiempo a nada, y a las ocho de vuelta al local. Hasta que cerrábamos, que era muchas veces a la una o las dos de la mañana. Así, día tras día, menos los lunes que libraba. Semana tras semana. Todo ello empañado por el mísero sueldo que me pagaban. Tenía el dinero justo para comer, el alquiler, el teléfono, la cuota del gimnasio y algún que otro gasto que surgía de imprevisto.

Las condiciones que me habían ofrecido al darme el puesto no se ajustaban ni mucho menos a la realidad. Sin querer, se habían adueñado de mi libertad y de mi vida, la cual se había convertido en un bucle de difícil salida: si no trabajaba tenía tiempo para mí, pero no podía sufragar mis gastos.

¿En qué mundo había vivido hasta ahora? Nunca había tenido este tipo de problemas. Bueno, a decir verdad nunca había tenido problemas de ningún tipo. Durante toda mi existencia no fui consciente ni del precio de un café. Tampoco del valor de las cosas en general. Ni siquiera me había preocupado por nada económicamente hablando. Lo que deseaba, lo tenía. Esto ocupaba la mayor parte de mis pensamientos. Incluso me planteé en varias ocasiones volver de nuevo a los Estados Unidos: quizá mi vida fuese aquella y no me quedara más remedio que aceptarlo. Cuando naces con una serie de privilegios es muy difícil acostumbrarte a algo distinto. Te quitan eso que siempre has tenido y tú solo te pierdes en un laberinto en el que no ves salida.

Pero cuando tomé esta decisión fue porque aquello no me hacía feliz. Lo que tenía al otro lado del océano estaba destruyéndome como persona. Quería ser yo. Una persona normal a la que los demás viesen como tal. Sin que hubiese detrás interés de ninguna clase. Yo mismo, con todo lo que representaba como ser humano. Y eso allí me resultaba imposible. Allí siempre sería el señor Sotomayor. Aquí, por primera vez, era Kilian. Un chico que intentaba vivir como el resto del mundo. Con los problemas de la mayoría. Un luchador más.

Y aquí estaba, consiguiendo recuperarme del dolor de todo lo sucedido. Incluso podía conciliar el sueño más de cinco horas seguidas sin despertarme asustado por las pesadillas. El trabajo me ocupaba tanto que mi cabeza estaba teniendo unos minutos de descanso. Alejarme de tanta tristeza me ayudaba a superarla.

Esta era mi lucha interna. Todas las noches, antes de dormir, mi cerebro se iba él solo de

viaje a través de mis recuerdos. Vivía en una habitación más pequeña que cualquier baño de mi casa. Con una cama en la que entraba justo, un escritorio de madera con una lamparita antigua, una silla de colegio y una ventana con unas cortinas blancas de encaje, tan pequeña que la luz tenía que pedir permiso para entrar. Las paredes llenas de humedades y sin pintar. Cuando la alquilé, lo hice con toda la ilusión del mundo pero las precarias condiciones me estaban empezando a pasar factura. Era bastante triste y sin querer se te contagiaba. Si bien la señora Virginia (la casera) era un amor de mujer y, sobre todo, un torbellino de alegría constante, y estaba cogiéndole el gustillo al flamenco gracias a ella. Cantaba como los ángeles. Y siempre que me veía me regalaba una preciosa sonrisa. Me llamaba Carlitos porque decía que Kilian no le gustaba. Que si estaba en España, tenía que llamarme como los españoles. Y así me bautizó, y con ese nombre me quedé.

—*Carlito, iho. ¿Cómostá?*

Hablaba su propia lengua. Cosa que me costó bastante pillar al principio. El primer mes no entendía ni una sola palabra de lo que me decía. Me contaba que se había criado en La Línea (Cádiz), que se ganaba la vida cantando en un grupo de flamenco y muchas más vivencias realmente interesantes. Tuvo que ser una persona digna de conocer porque era una fuente de vitalidad inacabable.

Era una mujer de costumbres. Cada día, cuando salía para ir al gimnasio, la encontraba barriendo la calle y arreglando unas plantas que tenía en las ventanas de la casa y en la puerta de entrada.

—Buenos días, señora Virginia, ¿cómo va la mañana? —la saludaba.

—Aquí con las planticas *liá*. Pasa buen día, *mi arma* —me deseaba ella.

—Igualmente. Buen día —replicaba yo.

Y allí se quedaba tarareando sus canciones típicas y desprendiendo alegría por los cuatro costados. Aquella tierra era eso. Y seguramente era lo que me estaba ayudando a continuar. Por una parte quería volver a recuperar mi libertad, pero, por otra, la verdadera libertad era esa: ahí podía ser quien yo quisiera. O, mejor dicho, quien en realidad soy.

—Oye, Kil. ¿A qué hora sales del restaurante este sábado? —me preguntó Raúl, el dueño del gimnasio.

Raúl era un tipo que daba miedo a simple vista. Me sacaba media cabeza, por lo que le podía calcular uno noventa de estatura y pesaría más de cien kilos. Un armazón de músculos y tatuajes con cara de pocos amigos. Vamos, alguien con el que llevarse bien, porque no quería ni imaginarme cómo era cuando estaba enfadado. Aunque tenía un carácter agradable y muy educado. Siempre, desde que me apunté, me saludaba amablemente al entrar. Incluso alguna vez me ayudó en algún ejercicio o me corrigió cosas que a su juicio estaba realizando mal.

Como a esa hora el gimnasio estaba bastante vacío, habíamos conversado varias veces. Él fue quien me dijo que estaban buscando personal para el restaurante. Tenía un negocio muy familiar y llevaba toda la vida en esa ciudad, por lo que la conocía bastante bien.

—Pues depende. Pero los sábados es el día que más tarde cerramos. Más o menos a la una o una y media. ¿Por? —quise saber.

Se me acercó. Llevaba una camiseta de tirantes y los típicos pantalones de culturista (anchos y de colorines) Su imagen era peculiar. Muy moreno, ojos marrones y mandíbula pronunciada. Tenía unas cuantas cicatrices en la cara que reflejaban que había llevado una vida un pelín ajetreada.

—Es que tenemos un conciertillo y necesito alguien que hable inglés para acompañar a la cantante —me explicó—. Pero sería a partir de las nueve de la tarde, o sea que *na*. Gracias,

quillo.

¿Acompañar a la cantante? Seguí con el entrenamiento pero le daba vueltas a la conversación. Me hubiera gustado ir. Era algo distinto para mí y me llamaba la atención. Pero ¿tenía yo pinta de *segurata*? Me miré al espejo e intenté ponerme en situación. Serio y con pose de guardaespaldas me di cuenta de que más que impresión causaba risa. Era alto, pero de complexión atlética. En ningún caso daba el tipo de persona fornida a la que confiarías tu vida. Nunca pensé que un día me pedirían que desempeñara esa función.

Cuando terminé, me despedí de Raúl y me dirigí a casa para desayunar algo y coger el uniforme. Por el camino fui imaginando cómo sería ser el escolta de una *celebrity*. Por un instante me sentí como Kevin Costner en *El guardaespaldas*. Con un traje oscuro y gafas de sol. Con el rictus impasible y pendiente de las posibles amenazas. No pude evitar sonreír al recrear tan descabellada imagen.

Me pasé el día entero pensando en la charla con Raúl. Las tres horas entre un turno y otro fueron determinantes para tomar una decisión: iba a decirle a la encargada que me diera el sábado libre. Tenía que inventarme una excusa de peso para que no sospechase y no se lo tomara mal del todo. Mi presencia era necesaria pero no imprescindible. Debido a la gran afluencia de clientes, habían contratado a una chica para ayudarme. Por un día que estuviera sola, no creo que pasara nada.

—Hola, María. ¿Podemos hablar un segundo? —le pregunté a la encargada. Aunque al principio no habíamos congeniado, finalmente habíamos acabado por llevarnos bien y teníamos un trato cordial.

—Claro. Dime, Kil —me contestó mientras colocaba unos vasos encima de una estantería.

—Es que quería pedirte algo.

Dejó lo que estaba haciendo para prestarme más atención.

—Venga, di. Déjate de misterios.

—Es que… el sábado me ha surgido un problemilla y no voy a poder venir por la noche a trabajar —planteé con un tono tímido y algo indeciso.

Se quedó unos segundos mirándome seria y pensativa.

—¿Un problemilla?

Se me daba fatal mentir. Nunca me había visto en esa tesitura. Además, ¿qué problema puede surgirte un sábado por la noche? Cualquier cosa que dijese iba a sonar un tanto extraño.

—Sí. Viene un familiar a verme de fuera y no puedo dejarle solo.

Era la excusa más mala que se le puede ocurrir a alguien. Encima de familia yo andaba muy justo. Pero, bueno, podía ser que vinieran de los Estados Unidos a visitarme. Sabía que era extranjero y entraba dentro de las posibilidades.

—Ya, pero, Kilian, el sábado es uno de los días más fuertes. ¿No puedes pedirme otro turno que no sea ese?

Parecía tener posibilidades de que aceptase. Solo faltaba insistir un poco más y desplegar todos mis encantos.

—María, nunca te he pedido nada, ¿verdad? Te prometo que jamás faltaré.

Haciéndole ojitos y con cara de cordero degollado, conseguí el resultado esperado. Aceptó a regañadientes, pero lo hizo. ¡El sábado tenía noche libre!

A la mañana siguiente, nada más levantarme, fui al gimnasio para decirle a Raúl que podía contar conmigo. Sentí la misma ilusión que cuando me cogieron para el restaurante. ¿Será que ese sentimiento se va perdiendo cuando nos acostumbramos a él?

Un día leí que si encuentras algo que te apasiona como forma de vida, nunca lo llamarás

trabajo. Y qué razón tenía. Jamás pensé en tener que hacerlo. Mi futuro estaba bastante definido y siempre supe lo que iba a ser, hasta que un día subí a un avión y todo eso cambió de golpe. Ahora tenía que buscar esa pasión con la que viven algunos y por la que levantarse merece la pena. Y no solo en lo laboral. Esto quizá puede aplicarse para cualquier cosa que tenga que ver con uno mismo.

«Ser feliz no es una opción, es un deber».

Y a partir de ese momento entendí que, para obtener un propósito, debes recorrer un camino lleno de obstáculos e impedimentos. No siempre vas a poder hacer lo que quieres. Pero luchar por ello te hará ser feliz, poco a poco, hasta que consigues eso con lo que sueñas despierto. La vida es difícil, pero más aún si no logramos entenderla.

Me tiré toda la semana esperando impaciente a que llegara el sábado. Me habían explicado lo que tenía que hacer y estaba especialmente ilusionado. Había un concierto benéfico en el estadio olímpico de La Cartuja. Era un lugar enorme. Más de cuarenta mil personas verían cantar a estrellas de todos los continentes por una buena causa: la lucha contra el cáncer.

Artistas como Alejandro Sanz, Enrique Iglesias, Ricky Martin, Marc Anthony, Juanes y Ariana Grande iban a deleitar a los asistentes con su magia. Un acontecimiento único que iba a utilizar la música como medio para recaudar fondos para la lucha contra esa terrible enfermedad.

Mi cometido era acompañar a la última estrella citada: Ariana Grande. Una chica joven con una voz preciosa y muy comprometida con esa causa. El puesto en sí no parecía complicado. Nos teníamos que limitar a recogerla en el aeropuerto, llevarla al hotel y de ahí al lugar del acto. Al finalizar, de vuelta al hotel y poco más. Íbamos a ir un equipo de cuatro chicos con ella, pero el encargado de hablar con su representante era yo, debido al idioma. Me explicaron las rarezas que tenían estos artistas. Según me daban a entender, no podíamos dirigirnos a ella a no ser que lo hiciera antes. Entendía, más o menos, lo que me querían decir porque fui criado en un mundo con gente de ese tipo. El dinero y la fama nos hace comportarnos como seres extraños con los demás. Pero lo que no sabían es que yo fui una de esas personas de las que me hablaban.

Intentando hacerme una idea de cómo debía actuar, solo tuve que recordar a los dos hombres que siempre acompañaban a mi padre a todos los sitios. Y que durante mucho tiempo fueron también mi sombra. Eran serios, comedidos, distantes, pero cercanos y muy observadores. El trato con ellos era cordial aunque siempre manteniendo una línea imaginaria que separaba el trabajo y la amistad. Aunque al pasar juntos tanto tiempo, al final, terminas cogiéndoles cariño. Yo siempre los respeté y los traté lo mejor que supe. Se merecían algo así cuando son ellos los encargados de velar por ti. Además, me parecía una labor realmente dura. Debes abandonar tu vida para vivir la de otros.

Pero había un pequeño contratiempo. Una de las condiciones era que había que ir de traje y camisa blanca. Vestimenta que, evidentemente, no tenía, porque al hacer la maleta había metido lo básico para sobrevivir hasta que me asentase en algún lugar. Y, para colmo, tampoco tenía suficiente dinero para comprar uno. Iba tan justo que tenía que medir hasta los refrescos que me tomaba. El uniforme del restaurante se componía de unos pantalones negros de vestir y una camisa blanca. Comprándome una chaqueta podría salvar, a duras penas, la situación. No iba a ir tan elegante como Kevin Costner en la película, pero podría valer.

La única solución que encontré fue pedirle al dueño del gimnasio un adelanto de lo que me pagarían para así poder comprarme la americana. Me daba muchísima vergüenza tener que hacerlo y más cuando nunca en mi vida había tenido que pedir nada a nadie. Tener dinero implica eso. Siempre es a ti al que le piden, nunca al contrario.

—Perdona, Raúl. ¿Tienes un momento?

—Claro, ¿qué pasa? —me contestó, mientras engullía un enorme *tupper* repleto de arroz con trozos de pollo, sentado en un sillón negro tras la recepción. Cuando aquel hombre comía se enteraba todo el gimnasio. Olía de tal manera que no entiendo cómo se podía meter todo aquello entre pecho y espalda.

—Pues… es que cuando me dijiste cómo había que ir vestido, no caí en la cuenta de que no tenía traje.

Dejó el tenedor encima de la montaña de comida y se recostó en el asiento.

—¿Entonces? —Se puso muy serio de repente.

—No, Raúl. No pienses que no quiero ir. Solo quería… a ver si es posible… que… bueno, que si me podías adelantar algo de dinero para comprarme uno.

Ver a aquel tío tan grande mirándome así de serio hizo que pedirle el dinero fuera una situación mucho más incómoda de lo que pensaba.

—¡Claro, muchacho! ¿Cuánto necesitas?

Al verle sonreír de nuevo, me relajé. ¿Pero ahora qué le decía? No tenía ni puñetera idea de cuánto valdría una americana.

—Pues, no sé. ¿Sabes tú cuánto puede valer eso?

El hombre se echó a reír tras mi pregunta. Resultaba algo cómico que un chico de mi edad no supiera el valor de una prenda en los tiempos que corren.

—Mira, toma cien euros y *arreglao*. Espero que con eso te llegue.

Después de darle las gracias, fui corriendo a un Zara que había muy cerca del restaurante para ver si con eso tenía suficiente. En donde yo viví era una marca de mucho prestigio y por lo que había escuchado, al ser española, aquí los precios iban a ser más asequibles. Nada más entrar, me dirigí a la sección de caballeros y fui directo a una dependienta para que me ayudase.

—Hola, buenos días.

La primera persona que encontré fue una chica menuda, morena y de ojos claros que estaba doblando una montaña de camisetas.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarte?

Le expliqué lo que necesitaba. Dejó lo que estaba haciendo para llevarme hasta la sección en la que se encontraban ese tipo de prendas. Había una gran variedad. El establecimiento era enorme y bastante concurrido.

Mirándome de arriba abajo, descolgó una chaqueta y me la ofreció para que me la probase. Se notaba que llevaba tiempo desempeñando esa función porque acertó con la talla a la primera. Me quedaba bastante bien aunque, quizá, un poco corta de mangas. Pero tampoco había que ponerse sibarita. Era suficiente para salvar la ocasión.

Con discreción, busqué la etiqueta para mirar el precio. Era la primera vez que compraba algo fijándome en su coste: ciento veinte euros. Un poco más de lo que me había dejado Raúl. Me quedaban cincuenta para terminar el mes y no podía gastarme ni un céntimo más de lo que pedí, o no tendría ni para comprar una bolsa de pipas. Pero me dio vergüenza decirle a la chica si había algo más barato.

—Vale, me la llevo.

Con una bonita sonrisa, me acompañó hasta la caja para dejar la prenda a una compañera. Después de darme las gracias amablemente, se despidió de mí y volvió al montón de ropa desdoblada.

De camino a casa fui pensando en lo que me había sucedido: empezaba a saber cuál era el valor del dinero. ¿Cómo había podido vivir sin ser consciente de los problemas que tiene el resto de la gente?

Ahora me daba cuenta de la suerte que tuve al nacer en una familia como la mía. Vives en una especie de burbuja en la que la realidad parece no afectarte. Tienes problemas, evidentemente. Pero de otro tipo. Cuando la gente dice que el dinero no da la felicidad puede ser cierto. Y a las pruebas me remito: yo lo tuve y no conseguí serlo. Pero no hay que ser hipócritas y saber que ayuda. Cuando no tienes para cubrir los gastos del mes, la vida es muy muy complicada.

Por fin llegó el día. Antes de salir de casa, me miré en un espejo de cuerpo entero que tenía la señora Virginia, justo a la entrada de la casa. El *hall* era un maravilloso desbarajuste de cachivaches de todo tipo. La decoración de aquel hogar era, sin duda, muy particular. Cuando llegué, lo primero que hice fue preguntar por unos extraños utensilios que colgaban de la pared. Con mucho arte, la mujer me dijo: «¡Unas castañuelas, *mi arma*!».

Me sentí muy extraño al verme de esa guisa. Al final, la americana no quedaba tan mal con el pantalón y la camisa del uniforme de trabajo. Pero, para nada tenía aspecto de guardia de seguridad; eso sí, podía pasar como acompañante o algo parecido. Aquel sí que fue un giro de ciento ochenta grados en mi vida. Pasé de ser el vigilado al vigilante.

Las directrices que me dio Raúl fueron muy claras. Mi único cometido era estar pendiente de la representante por si necesitaba algo o le surgía algún imprevisto.

A las ocho y media en punto, estábamos en el aeropuerto con dos monovolúmenes oscuros, en una zona habilitada para la gente vip. En los paneles electrónicos ponía que el avión llegaría a las nueve y diez de la noche. Un vuelo privado en el cual vendrían la *celebrity* y su equipo.

Mis tres compañeros eran del tamaño de un armario y con cara de pocos amigos. Sus trajes estaban más acorde con la situación, pero he de reconocer que yo era bastante más guapo. Había que poner un poco de alegría al grupo. Aunque mi aspecto se parecía más al de alguien que ha pasado una mala noche.

Pasados diez minutos de la hora de aterrizaje, a lo lejos, por un pasillo muy largo e iluminado, avisté un grupo de gente custodiado por un par de agentes de la Guardia Civil. Nosotros esperábamos en una antesala habilitada en un lateral de la terminal de llegadas.

Cuando se aproximaron hasta nosotros, una mujer de unos cuarenta años se acercó y preguntó por mí a uno de los chicos. Señalándome, le indicó a quién se refería. Después de saludarnos cordialmente, me pidió discreción e ir lo más rápido posible hasta los coches.

A la chica que iba a cantar prácticamente no se la veía. Llevaba una sudadera negra con capucha y unas grandes gafas de sol. Quería pasar desapercibida pero no se daba cuenta de que yendo así, en pleno mes de julio, llamaba más la atención que cualquiera del grupo. Era muy menuda, así que al rodearla fue bastante fácil de ocultar entre nosotros.

Al abrirse las puertas automáticas, una multitud de jóvenes se agolpaban con carteles esperando a que saliera su ídolo. Entre los cuatro, los agentes de seguridad del aeropuerto y la Guardia Civil conseguimos con relativa facilidad llegar hasta las furgonetas. En ellas nos esperaban los chóferes con el motor encendido. La situación me produjo una subida de adrenalina hasta entonces desconocida. Era curioso estar del otro lado. Comprendí en ese momento que cuidar de alguien te hacía sentir vivo.

En uno de los vehículos íbamos la representante, la cantante, otra persona que les acompañaba, el chófer y yo. Y en el otro, los demás chicos del grupo de seguridad.

Tardamos veinte minutos aproximadamente en llegar al Gran Meliá Colón, sin duda, uno de los mejores hoteles de toda la ciudad. De nuevo, en la entrada, un grupo de fans se apelotonaba en torno a la puerta. Con la misma eficacia y rapidez, procedimos para dar paso a nuestros custodiados hasta el interior.

El *lobby* era de una espectacular majestuosidad. Una gran cúpula central de vidrio, adornada por una preciosa lámpara antigua en forma de araña, daba un toque clásico pero a su vez vanguardista al lugar. La decoración estaba exquisitamente cuidada. Los colores blanco y rojo eran los tonos dominantes. Pero lo mejor fue el trato. Tan pronto cruzamos el umbral, el personal del hotel nos dirigió rápidamente y con mucha amabilidad hasta un ascensor que nos esperaba para subir al ático. Uno de los chicos se quedó abajo vigilando el *hall* y el acceso a ese elevador.

Al llegar a la habitación, un señor trajeado con una chapita del hotel en la solapa les abrió la puerta que se apresuraron a cruzar. Sin preguntar, esperamos en el descansillo a que la representante nos diera las instrucciones a seguir. Me habían informado del protocolo, pero siempre con la supervisión y aprobación de la mánager.

En todo momento, durante el camino, la chica permaneció callada, pendiente del móvil y sin levantar la vista. En ocasiones, la fama no es tan bonita como nos la imaginamos. Ella era la viva imagen de lo que os digo.

Rápidamente, la mujer que se había presentado como Lay salió para hablar conmigo. Con un acento inglés muy marcado, me dijo que a las diez y cuarto estuviéramos listos para partir hacia el estadio. Su turno era a las once y media y debíamos llegar con tiempo para que le dieran los últimos retoques de maquillaje y de vestuario.

Y con la misma exactitud que un reloj suizo, a la hora acordada salieron sin dilación. Desde el hotel hasta el lugar del evento, según me dijo el chófer, no tardaríamos más de diez minutos.

Entramos con los vehículos en el interior del estadio. Antes de que bajasen nuestros acompañantes lo hicimos nosotros para ver si todo estaba en orden. Entonces vi que Raúl nos esperaba con otro grupo de vigilantes.

—Qué, Kil. ¿Cómo ha ido? —me preguntó, dándome una palmada en la espalda como señal de aprobación de nuestra actuación hasta el momento. Imagino que le habrían tenido informado de todos los pasos.

—*Perfect.*

Con premura me asomé al interior de la furgoneta y avisé de que ya podían salir. Fuimos a toda prisa hasta un camerino que tenían habilitado exclusivamente para la cantante y su representante. Ariana seguía impasible y con el gesto serio. La habitación era bastante grande y diáfana. Tenía un enorme espejo bien iluminado, un par de sillas en un lateral y dos sillones blancos esquinados al otro lado de la salita. Y en el centro, un biombo que utilizaría para cambiarse de ropa y tener cierta intimidad.

—Te quedas dentro con ellas, ¿vale? Si necesitan cualquier cosa, avísame con esto.

Raúl me dio un *walkie-talkie* con un pinganillo. Jamás había utilizado un cacharro de esos, pero tampoco debía de ser muy complicado. Analizándolo unos segundos entendí su funcionamiento.

Me resultaba un poco incómodo estar dentro del camerino mientras maquillaban a Ariana y se probaba el atuendo con el que saldría a actuar.

Al minuto, entró un equipo compuesto de cuatro personas. Maquillador, peluquera y dos más que debían ser los estilistas. Organizados como un ejército de hormigas, comenzaron a acicalar a la estrella americana. Mientras tanto, observaba fascinado todo lo que tenía que ver con ese mundo visto desde esa curiosa perspectiva.

Entonces, de repente, oí su voz por primera vez. Era tímida y calmada. Y el gesto impasible se convirtió en una enorme y deslumbrante sonrisa. En un segundo, esa niña se volvió magia pura. Tenía unos ojos enormes para una cara tan pequeñita. Le habían soltado el pelo y apareció de imprevisto una espesa melena castaña. Era preciosa. Y no solo eso. Tenía estrella. Porque es

cierto que hay personas que nacen para alumbrar vidas. Y ella, sin duda, era una de esas elegidas.

—Perdona, ¿puedes pedir que nos traigan la bebida que dijimos?

La representante me interrumpió mientras observaba a Ariana embobado. En estos momentos me hubiera gustado volver a ser el Kilian de Nueva York. Quizá así habría tenido alguna posibilidad de llamar la atención de esa preciosa chica.

Algo que me resultaba muy curioso desde que aterricé en Sevilla era que me había convertido en un protagonista de cómic: ¡el hombre invisible! No es que fuera el chico más guapo del mundo, pero parecía haber desaparecido para el género femenino. Cuando vivía en los Estados Unidos, las chicas me miraban. Además notaba cierto coqueteo. Pero ahora, siendo el mismo desastre de chico y con la misma pinta de vagabundo estiloso, mi *sex appeal* estaba sufriendo una caída en picado hacia el abismo de los olvidados.

Después de esta rápida y estúpida reflexión, llamé por el *walkie* para que trajeran lo que Lay necesitaba.

—Kil, en una de las esquinas hay una nevera. Ahí tienes todo lo que pidieron. Cambio.

Echando un rápido vistazo a la estancia, me percaté de que Raúl estaba en lo cierto. Raudo me acerqué y saqué las bebidas para ofrecérselas.

—Recibido —le dije a Raúl.

Lay las cogió con actitud amable y yo volví a la posición anterior. Para mi sorpresa, me fijé por el rabillo del ojo en que Ariana me estaba observando. Con discreción, intenté que no advirtiera que me había dado cuenta. ¿Quizá no era tan invisible como pensaba? Pero no me miraba sutilmente, no. Lo hacía con bastante descaro, mientras los asistentes la preparaban y acicalaban. Sentía sus enormes ojos oscuros taladrándome.

—Oye, perdona. ¿Te puedo hacer una pregunta? —se dirigió a mí en inglés, interrumpiendo al maquillador y a la peluquera.

—¿A mí? —respondí con cara de sorpresa y señalándome con mi propio dedo.

—Sí. A ti.

Todos los que estábamos en el camerino nos quedamos alucinados esperando qué diría. Se había girado en la silla mientras hablaba.

—Claro.

—Sé que no tiene mucho sentido, pero ¿es posible que nos conozcamos?

Al preguntar aquello, me quedé en blanco. Evidentemente, no nos conocíamos. Puede ser que me pareciera a algún amigo suyo de los Estados Unidos.

—¿Conocernos? Mmmm… no, seguro que no —contesté de forma rotunda, pero me salió así.

Ella puso un gesto como de «me estaré equivocando de persona», se volvió a girar de cara al espejo y los esteticistas continuaron con la labor.

Me quedé como un pasmarote el tiempo que tardaron en prepararla. Su pregunta me había dejado sin habla y mi comportamiento había sido digno de un niño pequeño. Pero, vamos, no se me ocurrió mejor respuesta cuando no encontraba sentido a tan descabellada suposición.

Le pusieron un vestido blanco con transparencias. Decir que estaba guapa es quedarme corto para describir tan indescriptible belleza. Como antes apunté, y aunque me repita, era pura magia.

Hizo una actuación antológica. Cantó tres canciones. Nunca la había escuchado y no sé de dónde procedía esa tremenda voz siendo un ser tan chiquito. Cantaba precioso. Un punto más para una gran lista de virtudes.

Cuando terminó, volvimos de nuevo al camerino con una única banda sonora de fondo: los aplausos enfervorizados del público asistente.

Ahora ya no había prisa. Por fin había terminado lo más complicado y parecía que todo había salido genial. Solo quedaba esperar órdenes y llevarles de nuevo al hotel. Al llegar a la salita donde antes estábamos, el personal de imagen esperaba por si la cantante les necesitaba. La ayudaron a cambiarse de ropa rápidamente y, cuando estuvo lista, la mánager me informó de que podíamos partir cuando quisiéramos. Utilizando el transmisor advertí que todo estaba preparado para la evacuación de la cantante.

Fue todo sobre ruedas. Llegamos al hotel sin problema y volvimos a subir con ellas hasta su habitación.

—Ya sé. Ya sé de qué me suenas —dijo, nada más entrar en el ascensor, mirándome fijamente.

—¿Perdón? —repliqué, quedando de nuevo como un muñeco atontado.

—Pero da igual, es una tontería.

Sin darle importancia, me dejó con la intriga. Pero no pude resistirme y la animé:

—No, dime.

—Es que eres exactamente igual que un chico de mi país.

Habíamos llegado ya a la antesala de su *suite*. Todos los allí presentes estaban pendientes de la conversación.

—¿De un chico de tu país?

—Sí. Hay un chico en mi país muy conocido al que te pareces muchísimo. Pero, claro, evidentemente, no eres tú.

Esas palabras me dejaron petrificado. Ni siquiera encontré una salida que pudiera justificarme.

—Bueno, venga, Ari —interrumpió la mánager, salvándome de aquella extraña situación.

—Pues, sí. Qué más da. Pero que sepas que eres el doble de un niño muy rico en los Estados Unidos.

Sonriendo y con aire de chiquilla revoltosa, entró a la habitación. Y yo me quedé sin habla anonadado por aquel comentario. Alguien tan famoso como ella había sido capaz de reconocerme a miles de kilómetros de mi casa, removiendo mi pasado de tal manera que esa noche no hubo forma de conciliar el sueño.

Eso es lo único que era. Un maldito niño rico.

5

Aquel cumpleaños fue uno de los más especiales de mi vida. Papá organizó un partido de fútbol digno de cualquier final de un campeonato europeo. No era consciente de hasta dónde podía llegar la influencia de aquel hombre. Pero lo que me quedó claro es que mi padre tenía muy muy buenos amigos.

Vinieron futbolistas superconocidos. Profesionales de las mejores ligas que se dignaron a jugar un encuentro conmigo y los niños de mi equipo. Fue increíble. No puedo explicar la ilusión que me hizo aquella inesperada sorpresa. Sin duda, el mejor regalo que se le puede hacer a un niño que lo tiene todo.

Aquel inesperado partido fue sonado en todos los medios de comunicación del país. Porque no era normal que esa cantidad de estrellas, y más con lo apretadas que debían de ser sus agendas, acudieran para hacer feliz a un niño el día de su cumpleaños. Fue increíble.

Cumplía once años. Una edad en la que vivir es precioso. Careces de problemas y obligaciones. En la escuela te tratan con relativa condescendencia y no son demasiado exigentes. Además tienes tiempo para divertirte y ser feliz. La felicidad en esa época es sencilla.

Ese verano se me pasó volando. Viajamos un montón. Mis padres se tomaron un tiempo de asueto para disfrutar de la época estival y la familia. Los tres juntos formábamos un equipo inmejorable. Me encantaba ver sonreír a mamá mientras mi padre, aparentemente serio, hacía el tonto al bromear conmigo. Era increíble sentir tanto cariño y tan real.

No paramos durante casi dos meses seguidos. Recorrimos sitios que todavía tengo grabados en la memoria. Y aprendí una lección imprescindible: no importaba el lugar si estaba con ellos. No hay mejor destino que el amor de dos personas que te quieren de verdad. Eso era lo importante.

Por primera vez, vi a mamá plenamente feliz. Sin guardar las apariencias, ni tratar de tener todo bajo control. La oí reír a carcajadas. Bromeaba. Jugaba conmigo y hasta nos revolcamos por la arena de la playa como si fuera una chiquilla revoltosa.

Papá la quería con toda su alma. No hacía falta entender mucho sobre amor para saber que eran el uno para el otro. Porque eso es lo que representaban: dos personas que están predestinadas a encontrarse. Nunca les vi un mal gesto, ni una palabra mal sonante, pero lo que pasó aquel verano superó todos los sentimientos que hasta entonces había experimentado.

Mientras yo me divertía con las enormes olas del océano Pacífico, ellos coqueteaban como si fueran una pareja de recién casados. El tiempo no fue capaz de separar dos corazones que se necesitan.

Ahí supe que hay amores que son para siempre. Que no existe impedimento cuando tienes a esa persona especial que te hace ser más. Llevaban casi quince años juntos y parecían unos novios que acababan de encontrarse. Eso era muy bonito. Ellos lo eran.

—¡Kil! ¡Sal ya del agua que pareces un garbanzo en remojo!

El mar era una de mis pasiones. Podía sentarme en la orilla a observarlo durante horas. Me calmaba. Me hacía sentir bien. Parecía llenarme de algo especial, era como una fuente de energía inagotable. Pero lo que más me gustaba era jugar con las olas cuando el agua estaba revoltosa. Me lo pasaba en grande. Y sin saber por qué, le entendía y escuchaba. Teníamos una complicidad inaudita. Me consideraba más pez que ser humano.

—¡Voy, papá! Unos minutillos más, porfa.

Aquellos meses fueron felicidad y paz. Los lujos, el dinero, los coches y las enormes casas pasaron a un segundo plano. La plenitud al estar unidos fue suficiente para contentar a un crío

que lo único que necesitaba era que le quisieran. Y aunque nuestra familia era muy pequeña, para mí era la más grande que existía. Nunca pregunté por qué no tenía abuelos, ni tíos, ni primos, ni todo eso que tienen los demás niños. Pero tenía dos padres tan perfectos que cumplían la función de una gran familia numerosa. Me daban todo lo que cualquier persona necesita. Yo también les quería con todo mi corazón.

—Venga, señorito. Despierte y lávese, que ya tiene el desayuno.

No existía despertador más insistente que Mady. Hasta que no me sacaba de la cama no paraba. Como era consciente de la tozudez de aquella mujer, no me entretenía demasiado y me levantaba rápido. Aunque aquel día me costó más de lo normal. No sé si fueron pesadillas o qué, pero pasé una noche horrible. Encima papá y mamá no estaban porque se habían ido de viaje. Cuando me sentía así me iba a su cama y me metía entre los dos. Eran como un fuerte medicamento contra todos los males. No tardaba ni dos segundos en conciliar el sueño.

—Hola, Mady. Buenos días.

En una de las cocinas había una mesa de hierro y madera con unas banquetas muy cómodas en la que siempre desayunaba. Me encantaba el pan tostado con mermelada. Podía comerme todo lo que me pusieran. Además, después de engullirlo, me espabilaba y me resultaba más fácil asearme y vestirme.

—Vea. Cómase el pancito, que está recién hecho.

Pero aquella mañana no tenía cuerpo para panes, ni mermelada, ni nada.

—No tengo hambre. No sé qué me pasa, pero tengo la tripa mal.

Me sentía muy raro. Nunca perdonaba el desayuno. Era una de mis comidas preferidas y ese empujón necesario para afrontar el día.

—Pero cómo no va a comer nada, señorito. Tiene que alimentarse, que luego en el colegio va a estar muchas horas sin nada en la pancita.

La mujer se preocupaba por mí como si fuera mi madre. Además, me lo decía con ese acento sudamericano tan dulce. Siempre vestida con su babi blanco y el pelo recogido con un moño. Era adorable.

—De verdad, Mady. No quiero nada, gracias.

Hasta el olor me revolvía el estómago. Volví a la habitación y me quité las legañas como si fuera un gato. No tenía ganas ni de lavarme.

En un sillón de colorines que había frente a mi cama siempre me dejaban preparado el uniforme para que me lo pusiera. Una vez vestido, regresé a la cocina.

—Buenos días, señorito.

Jack y Joy estaban listos para llevarme a la escuela. Menos mal que todavía hacía buen tiempo porque en ese estado no me imagino cómo hubiera sido el trayecto hasta el colegio.

Nos despedimos de Mady y nos marchamos. Hacía un día extraño. Había muchas nubes, pero no parecía haber llovido. El cielo estaba gris y el viento soplaba con fuerza. No hacía frío pero la temperatura era incomoda. Era una de esas mañanas que no sabes qué ponerte. Si te abrigas mucho, te asas. Pero si vas muy fresco, el aire se te cuela hasta las entrañas. En general, no era un buen día.

Las clases acababan de empezar. Llevábamos solo un par de semanas y las vacaciones todavía estaban en nuestra memoria. Me costaba volver a coger el ritmo después de unos meses de jolgorio y libertad. Encima, mi única alegría aún no se había incorporado al cole porque estaba de viaje con sus padres. La vida de Dakota era digna de una película de Hollywood. Yo la titularía *La pequeña india del mundo,* vivía en todas y en ninguna parte. Con su residencia a unos kilómetros de mí. Pero nuestros corazones siempre muy cerca.

Al llegar a la puerta de entrada, como era habitual, Jack se despidió dándome un beso en la cabeza y Joy revisó la mochila para supervisar que no me faltaba nada. Después de la inspección pertinente, me la entregó y se marcharon dejándome entre la algarabía de aquellos niños de familias adineradas. Llevábamos todos el mismo uniforme. Parecíamos sacados de una fábrica de criaturas repelentes. Pero decían que aquella escuela era una de las más prestigiosas de los Estados Unidos. No quería imaginarme cómo serían las demás.

Había soñado muchas veces con ser un niño normal y haberme criado en un entorno donde los pequeños actúan como tal. Jugando a los juegos comunes y teniendo conversaciones propias de esa edad. Era terrible escucharles y ver cómo siendo tan jóvenes daban importancia a cosas que no deben tenerla. La apariencia y el qué dirán era la característica principal de un lugar que olía a felicidad forzada. Y no en los críos de mi edad, porque todavía eran muy jóvenes para ser absolutamente insoportables, sino en los cursos superiores. Yo solo tenía once años, pero me bastaba para entender qué quería ser y qué no. Y, por supuesto, no deseaba convertirme en uno de ellos. Rotundamente no.

La profesora de matemáticas, la señorita McLaughlin, era la viva imagen de la seriedad y el refinamiento. Es imposible estar así de tiesa tanto tiempo seguido, pues ella lo conseguía. Tenía un tono de voz estridente que se te colaba por todas las rendijas del cerebro, lo que hacía que fuera imposible no prestar atención a su asignatura. Aunque era una buena maestra. Y nos trataba con respeto y equidad. Su asignatura era una de las que más me gustaban y la que mejor se me daba. Los números y yo nos entendíamos a la perfección. Casi siempre nos la ponían a primera hora, ya que veníamos frescos de casa. Según pasaban las horas, el nivel de atención, inevitablemente, disminuía.

Todavía me sentía raro. No se parecía a nada que me hubiera sucedido: ni a un resfriado, ni a una gastroenteritis… era un malestar más profundo. Algo de más dentro. No podía estar pendiente de las explicaciones de la profesora con esa sensación tan incómoda.

—Perdón. Kilian, ¿puedes venir un momento?

Una señora mayor, que creo que era la directora, irrumpió en la clase. Sorprendido, me levanté y fui hasta ella. No podía imaginar qué podía querer de mí. No recordaba haber hecho nada malo como para que me tuvieran que regañar y, menos aún, interrumpiendo a la profesora y llamándome delante de todos mis compañeros. Me dio muchísima vergüenza.

Cuando llegué hasta la puerta, hizo un gesto para que la acompañase. En realidad, no era solo por la vergüenza, también estaba un poco asustado. No me gustaba nada que me llamasen la atención, me ponía muy triste.

—¿Qué tal? ¿Te importa acompañarme un segundo a mi despacho?

Pero era muy raro. La gente cuando va a regañarte se pone muy seria y fea. Todo lo contrario que aquella mujer. Tenía un tono de voz sosegado y sonreía al hablarme. Hoy, sin duda, el día pintaba mal.

Ni siquiera pude contestarle, simplemente me limité a seguir sus pasos.

Llegamos hasta una habitación llena de estanterías con libros, algún cuadro y una vieja mesa de despacho. La decoración era muy conservadora. Típica de esas salas inglesas recargadas y con un claro toque intelectual. El lugar obligaba a la seriedad y el silencio.

Cuando entré, al principio no me di cuenta, pero al girar la cabeza vi que Jack miraba por un gran ventanal con el marco de madera envejecida. Al oírnos, se giró.

—Hola, Kilian.

Cuando oí su voz, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Tenía algo en la mirada que no se puede explicar. Los ojos de aquel hombre querían llorar palabras. Brillaban. Pero no ese brillo

que te da la felicidad, no. Algo distinto y que nunca había visto reflejado en la mirada de alguien.

—Hola, Jacky.

La mujer se sentó en un sillón de cuero marrón que había tras la mesa.

Se respiraba algo siniestro en el ambiente que te erizaba la piel. Además, cuando Jack me llamaba por mi nombre completo significaba que algo malo había hecho. Intenté recordar cualquier trastada por la que me podían haber traído hasta aquella sala, pero no fui capaz. Llevábamos muy poco tiempo de colegio como para haber metido la pata tan pronto.

—Señorito, nos tenemos que ir a casa. ¿Vale?

Ahora sí que no entendía nada. Me esperaba una reprimenda y fue todo lo contrario. Irnos para casa era ¡genial!

—¡Vale!

Se me quitó el susto de golpe. No parecía que el motivo fuese un fallo mío. Pero, sin duda, algo había tenido que suceder porque el comportamiento de Jack era muy raro. Tanto, que no parecía él.

Nos despedimos de la directora y salimos de la sala. Nunca había visto a aquella señora tan cercana y amable. Incluso me dio dos cariñosos besos en la mejilla. Todos los niños del colegio la comparábamos con un ogro por su seriedad y su comportamiento recto y marcial.

—¡Jacky! ¡Me he dejado la mochila en clase! —exclamé al darme cuenta de que no llevaba mis cosas.

—No te preocupes.

Me llevaba agarrado de la mano. Y su tono de voz no correspondía a la actitud cariñosa de la directora. Él sí parecía estar enfadado o que le pasaba algo. Quizá la reprimenda estaba por llegar.

En la entrada nos esperaba uno de los chóferes de papá con uno de esos vehículos oscuros enormes. Eso era nuevo, muy pocas veces habían venido a buscarme en coche al colegio. El camino de casa hasta la escuela y a la inversa era como un ritual del día a día.

Con esa amabilidad característica, el hombre que conducía me abrió la puerta del automóvil para que entrase en la parte trasera. Jack se sentó en el asiento de copiloto.

Tardamos pocos minutos en llegar a casa, pero, cuando nos íbamos acercando al portal, vi a lo lejos una multitud de gente concentrada en la puerta de nuestro edificio.

—¿Quiénes son esos, Jack? —le pregunté, asombrado al ver a todas aquellas personas allí.

Tuvimos que entrar muy despacio porque se echaban encima del coche. Pero lo que más me sorprendió es que decenas de señores nos hacían fotos y grababan con cámaras mientras entrábamos dentro del edificio por la puerta del garaje.

—¡Kilian!¡Kilian! *How are you? How do you feel?*

—¡Kil! ¡Kilian! ¡¿Cómo se encuentra?!

Escuchaba mi nombre seguido de todo tipo de preguntas. ¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes? Según pasaban las horas, entendía menos lo que estaba sucediendo.

—Jacky, ¿qué le pasa a toda esa gente? ¿Por qué me llaman? Yo, de verdad, que no he hecho nada.

Me asusté al ver que todas esas personas pronunciaban mi nombre con tanta inquietud. ¿Habría hecho algo malo?

Una vez en el patio donde aparcábamos los automóviles, y antes de bajarnos, quise que Jack me aclarara qué estaba pasando. Necesitaba una explicación coherente.

—Nada, señorito. No pasa nada. No se preocupe —me respondió, eludiendo la pregunta con la misma actitud y seriedad que hasta entonces había mostrado.

Y como me di cuenta de que no tenía muchas ganas de hablar, permanecimos en silencio en el ascensor hasta subir hasta nuestra planta. ¡Qué mosca le habría picado a este hombre!

Nada más entrar en casa, fui corriendo hasta uno de los cuartos en el que los balcones daban a la calle. Quería ver si seguía allí toda esa gente y qué hacían. Intentaba encontrar un sentido a todo aquello.

—No, Kilian. No salga ahí fuera.

Jack me cortó el paso antes de que me diera tiempo a abrir el gran ventanal. Ya me estaba empezando a enfadar esa situación tan misteriosa. Entonces, tuve una muy buena idea: buscar a Mady. Sabía que ella no iba a poder ocultarme qué pasaba. Su cara era el espejo de su alma.

Al entrar en la cocina, vi algo que me dejó completamente petrificado. Mady, que siempre era la viva imagen de la alegría, se hallaba sentada en la mesa llorando, con el rostro desencajado. Me quedé quieto, sin habla, intentando asimilar aquella imagen tan desoladora. Las dudas, el silencio, la tristeza eran demasiado profundas para mantener la ilusión y la sonrisa de un niño de once años.

—*Mady, what's the matter?*

Cuando me ponía nervioso confundía los idiomas. Quizá mi lengua natal prevalecía sobre las demás cuando la situación me superaba. Pero necesitaba saber de una vez qué pasaba. Necesitaba saber qué era eso que hacía tener un comportamiento tan extraño a todos los que me rodeaban.

—Hola, señorito. Nada. No me pasa nada —respondió, levantándose del taburete y acercándose a mí mientras se secaba las lágrimas con las manos.

Y entonces me dio un abrazo tan triste que lo sentí muy al fondo. Nos quedamos unos segundos agarrados. Le resultaba imposible contener el llanto. Al estar tan juntos percibía sus latidos con una claridad aterradora. El corazón golpeaba con fuerza su pecho.

—Kilian, venga un segundo. Siéntese aquí.

Al girar la cabeza, me di cuenta de que Jack también lloraba. Quizá al ver a su mujer con semejante desconsuelo. Muchas veces, los sentimientos son contagiosos.

Le obedecí tímidamente y tomé asiento donde siempre desayunábamos. Él también lo hizo justo frente a mí, mientras Mady permanecía de pie apoyada en la isla de la cocina.

—Tengo que contarle una cosa. Y quiero que me escuche con mucha atención.

Hablaba muy despacio y con una pesadumbre que me ponía muy nervioso. Percibía que lo que iba a decirme no sería de mi agrado. Sus palabras dolían antes de ser pronunciadas.

Con un gesto le di a entender que estaba preparado para escucharle.

—Esta noche ha pasado algo muy malo. Algo muy muy malo —empezó, y luego se detuvo, tragando saliva.

—Jacky, ¿qué pasa? Venga, di —le apremié. Intenté ponérselo más fácil sonriendo y quitándole importancia. Pero, a decir verdad, no podía hacerme una idea de qué iba eso que tanto le costaba soltar.

—Sus papás.

Entonces, Mady rompió a llorar y salió de la cocina.

—¿Mis papás?

Era tanta la pena que no pude evitar que se me cayera una lágrima a mí también. No sabía bien por qué pero hice mío su dolor.

—Sí, Kil. Sus papás. Les pasó algo muy malo, *mijo*.

¿Algo muy malo? ¿Y lloraba? Pero ¡a mi papá no le podía pasar nada! Él era muy fuerte y siempre estaba bien.

—Jacky, ¿por qué dices eso? —pregunté. No entendía nada—. Venga, ¡di!

Me resultaba incomprensible ver completamente derrotado a un hombre que siempre había demostrado solidez y autoridad.

—Sus papás sufrieron un accidente. Y…

Entonces se levantó y me dio el abrazo más fuerte que había recibido en toda mi vida. Pero no me gustó. Ese no era como los demás. Ese abrazo sabía a dolor. A tristeza. A final.

Durante unos minutos lloramos agarrados. Aún sin saber bien el porqué, su llanto fue rabia y dolor. ¿Un accidente?

—Pues, quiero verlos —dije.

Se separó un poco de mí y me sujetó la cara con las manos. Tenía los ojos enrojecidos y la respiración muy agitada. Transmitía algo inconcebible. Algo que daba miedo.

—No se puede, hijo. No se puede.

¿Cómo que no se puede? Daba igual lo lejos que estuvieran. Quería verlos y punto.

—Sí se puede, Jacky. Quiero verlos, por favor. ¡Llévame!

Entonces volvió a abrazarme. Y cada vez dolía más. No me podía creer que les hubiera pasado algo tan malo como para no poder ir adonde fuese. La distancia no existe cuando necesitas a alguien, y ahora yo los necesitaba más que nunca.

—No, hijo. No puedo llevarle.

Me enfadó muchísimo aquella negativa, por lo que me solté y me fui corriendo a la habitación. ¡Claro que se podía! Y por supuesto que iba a ir a verles.

Mientras corría por el pasillo, pude escuchar cómo me llamaba.

—¡Kil! ¡Kilian!

Pero no presté atención y me encerré en mi cuarto.

Tumbado en la cama, hice lo posible para entender lo que estaba pasando, pero no encontraba explicación. ¿Un accidente? ¿A ellos? ¿Y no podía ir a verlos?

Mis padres eran lo único y lo eran todo. Además, papá me prometió que nunca se separaría de mí. Tampoco estaba pidiendo mucho. Y aunque a mamá no le gustaba que fuese lejos de casa sin ella, esto era un caso excepcional. Era para verles y sabía que no le molestaría. Porque si estaban mal quería estar a su lado. Siempre me habían dicho que los problemas serían mucho más fáciles de resolver mientras estuviéramos unidos.

Algo me hizo llorar con angustia. Un sentimiento inexplicable y terriblemente doloroso. Tanto que me costaba respirar. La cama se hizo pequeña de repente y mi mundo se quedó vacío. Inconscientemente y sin motivo perdí la ilusión. Esa que todo niño tiene solo por vivir.

—Señorito, señorito, ¿quiere que le traiga algo de comer?

Al sentir la suave voz de Mady, me di cuenta de que me había quedado dormido mucho rato. Era casi de noche. Me dolía la cabeza y me picaban bastante los ojos.

—Hola, Mady. Ya me levanto.

Necesitaba que todo hubiera sido una pesadilla. Un terrible sueño del cual por fin había despertado.

—Cuando quiera, no se preocupe. Si necesita cualquier cosa, estoy por aquí.

Era raro que no insistiera en que saliera de la cama porque siempre me sacaba de ella lo más rápido posible. Una cosa extraña más para añadir a una gran lista en un día horrible.

Con pesadumbre me lavé la cara y me quité el uniforme del colegio. Me había quedado frito con él puesto.

—*Hi* —saludé.

En la cocina estaban Jack, Mady, su hija Andrea y Joy. Parecían estar esperando a que me levantara porque permanecían sentados en la mesa con la comida lista pero sin empezar a comer.

—Kil, ¿qué le apetece para cenar? Le hice las papas que tanto le gustan.

Mady preparaba unas patatas al horno con queso que superaban los límites de la realidad. Papá y yo podíamos comernos una fuente entera sin pestañear. Pero no las hacía mucho porque mamá nos regañaba: esa no era una comida saludable, según decía.

—Gracias, pero no tengo mucha hambre. —Se me había cerrado el estómago con tanta emoción. Aunque olía riquísimo—. Jack, ¿cómo están papá y mamá? —quise saber.

Mi pregunta llenó la habitación de un incómodo silencio. Mady y Andrea dejaron de mirarme y perdieron su vista en el infinito. Joy se puso a llorar mientras me observaba con cariño.

—Venga, siéntese aquí —respondió Jack al cabo de un tenso silencio, posando sus ojos en mí. En un gesto poco habitual, me ofreció su rodilla para que me sentara. Tenía una medio sonrisa que no me gustaba. Todavía había algo que no me había contado y que parecía no saber cómo—. Mire, jovencito. Sus papás se fueron lejos una temporada muy larga. Pero no se preocupe, que me llamaron y me dijeron que estaban bien. Y que le querían muchísimo. Ahora no le pueden llamar ni podemos ir a verlos porque allí donde se fueron no hay teléfonos, y usted tiene que ir a la escuela, pero le aseguro que siempre estarán aquí con usted.

Puso su mano derecha en mi corazón. Y la mirada se le volvió a llenar de tristeza. Los ojos le brillaban y la voz le temblaba. Pero no sé bien por qué no pude preguntar nada más. Me quedé callado intentando asimilar unas palabras que se me antojaron surrealistas. Todo era demasiado complejo. Aquel día lo fue.

—Kil. Usted sabe que la vida es un poco difícil, ¿verdad? —intervino Joy—. Pues ahora tiene que ser un chico fuerte y hacer mucho caso a Jacky y a Mady. Ellos le van a cuidar, o sea que no tiene que preocuparse por nada. Sus papás nos pidieron que estuviéramos con usted y que no dejásemos que nada malo le pasase, y así será.

Joy tenía un carácter muy fuerte. Su voz era directa y contundente, pero ese día fue distinta. Hablaba pausadamente y con mucha delicadeza. El sonido de sus palabras demostraba cariño y ternura.

Mientras, Andrea me observaba con dulzura. Y Mady lloraba tímidamente, escondiendo su tristeza bajo una sonrisa forzada. En aquella habitación no había más que un alma rota por la distancia que supone no tener a esas dos personas que son necesarias. ¿Una temporada muy larga? Y ahora qué iba a hacer yo sin mis padres tanto tiempo. ¿Y el accidente? ¿Y por qué no me habían dicho nada de que se iban mucho tiempo? Quizá, como sabían que no me gustaría, prefirieron que fuese Jack quien me diese la noticia. Los padres de Dakota también se ausentaban mucho tiempo y ella se quedaba con Dolores mientras tanto. Y parecía feliz. Tal vez yo también llegaría a serlo, aunque no pudiera verlos cuando quisiera.

—Pero, Jacky. Prométeme una cosa.

Después de sacar esa conclusión, volví a recuperar un poco la esperanza e intenté sonreír para aplacar la nostalgia del momento.

—Diga.

—Prométeme que en cuanto se pueda, me llevarás a verlos.

Y mi sonrisa fue tan contagiosa como sus lágrimas. Los cinco sonreímos. Y se apagó un poquito esa tristeza que me había acompañado todo el día.

—Se lo prometo.

Entonces dejó de llorar, aunque todavía le quedaba alguna lágrima cayendo tímidamente por su mejilla, que decidí limpiarle con mis pequeños dedos. No podía seguir viéndole así. Él siempre había sido un faro para mí y debía seguir siéndolo. Jack era ese pilar que todos necesitamos alguna vez en nuestra vida. Un referente al cual acudes cuando hay algo que va mal

o no eres capaz de superar.

Sabía que no les podía haber pasado nada malo porque mi padre era un hombre muy fuerte. Y que ningún accidente podría separarnos. Además, ese verano vi con mis propios ojos cómo se querían. Y él no permitiría que nada le sucediese a mamá. Seguro que este iba a ser como todos los demás viajes y pronto volverían para estar de nuevo juntos los tres.

6

La ilusión quizá solo dure instantes. Es como ese viento que te alivia en los días más calurosos.

El restaurante se convirtió en rutina y con ello desapareció mi entusiasmo. Y sin embargo no podía quejarme ni del trato ni del buen ambiente que se respiraba. Nuestra encargada era un amor de mujer. Nos apreciaba y tenía muchísima paciencia. Lo que nos había parecido brusquedad en la primera entrevista no había sido más que simple apariencia. Estaba a cargo de una jauría de jóvenes impulsivos y era capaz de encauzar el ímpetu y la explosión hormonal del grupo.

Pero sentía que ya había exprimido todo lo que ese trabajo me podía dar. Porque cada función que desempeñamos a lo largo de nuestra vida es una nueva experiencia que nos enseña y aporta algo útil. Y esto, sin duda, había sido una lección de humildad y constancia. Nunca había tenido jefes. Nunca había recibido órdenes. Y nunca formé parte de un grupo de personas dirigidas por un líder, sin serlo yo. Cuando no eres tú el que manda, las cosas se ven desde un prisma completamente distinto.

He aprendido que la vida está compuesta de decisiones. Y que ellas son las que nos llevan hasta nuestra felicidad. Siempre pensé que el dinero y la posición social podían proporcionarte todo eso que necesitas: si te va bien económicamente hablando, es más fácil que la vida te sonría. Pero, después de tantos meses siendo un chico más, sentí que había cosas más importantes y con las cuales también puedes ser feliz. Muy feliz.

—María, ¿tienes un rato para comentarte una cosa? —le pregunté un día a nuestra encargada.

—Claro, Kil. Dime.

Era una situación bastante comprometida. La había meditado mucho y dado mil vueltas, pero tenía que hacérselo saber cuanto antes.

—Mmm… María. Tengo que decirte algo, pero no quiero que te lo tomes a mal. —Dejó de ojear unos papeles que tenía en la mano y me miró con gesto de sorpresa. Yo continué—: He pensado mucho sobre esto y he tomado la decisión de dejar el trabajo. La verdad es que no tengo queja, pero siento que debo hacer otras cosas y en este lugar invierto demasiado tiempo.

Nos quedamos callados unos segundos. Su expresión no me permitía adivinar qué impacto habían tenido en ella mis palabras.

—Pues si te digo la verdad, no me sorprende en absoluto. Lo qué no entiendo es qué hace un chico como tú en un trabajo como este.

Al final, iba a resultar que la señorita encargada era más perspicaz de lo que pensaba. Siempre andaba paseando por el local como si no se enterase de nada, pero, en el fondo, nos consideraba más que simples trabajadores. No quiero decir con esto que fuera un mal trabajo. Era igual de digno que cualquier otro, pero no me veía toda la vida acompañando al personal a sus mesas con una bonita sonrisa constantemente.

—Muchas gracias, María. Tómate el tiempo que necesites para buscar un sustituto. Me quedaré hasta que lo encuentres.

La conversación prosiguió, aunque cambiamos de tema. Se le veía una mujer bastante interesante y con una sonrisa muy sincera. Era fácil hacerle reír con alguna payasada y su mirada reflejaba una profundidad con una cierta dosis de misterio. Pero lo importante era que me llevaba una bonita amistad que tenía pinta de perdurar muchos años.

El tiempo que estuve contratado en el restaurante fue un aprendizaje constante. No era un trabajo complicado, pero el trato con el público me ayudó a entender un poco más a los seres humanos. No somos conscientes de lo que cada uno esconde tras un uniforme mientras desempeña una función determinada. Tú tienes que ofrecer una sonrisa a todo el mundo pero no

suele ser correspondida. Es curioso y triste. La educación brilla por su ausencia cuando somos clientes y pensamos que tenemos más derechos que los propios trabajadores. Y seguramente yo fui uno de esos a los que podía haberse metido en el saco de los maleducados. Vamos pensando en nuestras cosas y no nos detenemos a observar que hay personas a nuestro alrededor.

El primero que me vino a la mente para preguntarle por trabajo fue al propietario de mi gimnasio. El día que hice de acompañante de aquella cantante creo que quedó bastante satisfecho con mi actuación.

—Raúl, perdona.

—Dime, *picha*.

Aquel hombretón musculoso era más andaluz que los rebujitos. Mientras colocaba unas cuantas mancuernas en su sitio me prestó atención.

—He dejado el restaurante y estoy buscando lo que sea. Si te enteras de algo, dime. Cualquier cosa me vendría genial —le expliqué.

Habíamos congeniado bastante bien y durante estos meses labramos cierta amistad. Me creía con la suficiente confianza como para comentárselo.

—Mira por dónde. Creo que en uno de los garitos que llevo estaban buscando camareros. ¿Has currado alguna vez de eso?

Raúl, aparte del gimnasio, tenía una empresa de servicios que abastecía de controladores a varias discotecas de la ciudad. Vamos, para que me entendáis mejor, era el jefe de los porteros en varias salas de Sevilla.

—Pues, la verdad es que no. Pero creo que podría aprender rápido.

—Bueno, tú pásate el viernes a primera hora por aquí y hablamos con el encargado.

Aquel hombre todo lo que tenía de bruto, lo tenía de buena gente. Hay veces que encuentras personas por el camino que te ayudan sin querer obtener nada a cambio. Simplemente lo hacen.

Me dio una especie de tarjeta del local en la que ponía la dirección y el horario. Trabajar de camarero era otra novedad y, sinceramente, me hacía bastante gracia verme tras una barra atendiendo a la gente en ese tipo de ambiente.

El viernes a las once y media estaba en la puerta del local como un clavo. Unos chicos trajeados y con aspecto de pocos amigos se encontraban colocando unas cuantas catenarias en la entrada de la discoteca.

Aquel día me puse mis mejores galas para intentar dar buena impresión. Unos vaqueros oscuros, camisa blanca y los únicos zapatos de vestir que tenía. Hice todo lo posible para que mi media melena no pareciese una maraña de pelo salvaje.

Decidido a conseguir el puesto, me acerqué a uno de los chicos que tenía aspecto de ser el más agradable y le pregunté por Raúl. Él me comentó que aparecería por allí antes de abrir.

Con cierta amabilidad forzada, me dijo que esperase un segundo que enseguida le avisaba. Mientras tanto, me quedé a un lado observando cómo los demás terminaban de colocar el acceso a la sala.

El lugar parecía ser un club elitista. Una flamante entrada en color blanco con una puerta de doble hoja de cristal daban acceso a lo que parecía una sala de fiestas de cierto nivel. En el suelo habían colocado una moqueta de color rojo y, sobre ella, los trabajadores pusieron unos cordeles muy refinados del mismo color.

Todos los empleados llevaban el mismo uniforme: traje negro, camisa blanca y una corbata fina también oscura. Debo reconocer que estaban muy elegantes.

A los pocos minutos, salió Raúl del interior del local. No pude evitar sonreír al verle enfundado en una americana. Esa cantidad de músculos comprimidos en una prenda de vestir le

hacían parecer el protagonista de un cómic de superhéroes.

—¿Qué pasa, *picha*? Hay que ver lo guapete que te has puesto.

Intenté sacarme todo el partido posible. Mi figura espigada resaltaba por una camisa blanca que dejaba entrever mi complexión atlética. No estaba tan fuerte como los muchachos de los trajes, pero mi aspecto era menos intimidante y más agradable.

—¿Cómo estás, Raúl? —le saludé.

—Aquí andamos. A ver si abrimos esto. Dame un momento que llame al encargado.

Enseguida sacó el teléfono de uno de los bolsillos del pantalón. Después de colgar, un hombre de unos treinta años, de estatura media, pelo engominado y vestido con elegancia salió de dentro de la discoteca y se acercó hasta nosotros.

—Hola. Mi nombre es Javier —se presentó educadamente, tendiéndome la mano.

—Encantado, Kilian —le devolví el saludo con igual cortesía.

—Me ha dicho Raúl que estás buscando trabajo, ¿no?

Mientras tanto, el hombre del traje de *Men in Black* permanecía expectante a nuestro lado.

—Sí. Acabo de dejar el restaurante en el que estaba.

Mantuvimos una charla distendida sobre las funciones que tendría que desempeñar en el caso de que me cogiesen. Agradeció mi sinceridad al decirle que no tenía experiencia alguna y me ofreció trabajar en la puerta del local llevando la lista de invitados vip. Otra vez, saber idiomas me dio ese pequeño empujón necesario para que me aceptasen en un nuevo trabajo. Ser camarero tenía su gracia, pero no sabía ni meter un hielo en un vaso. Sin embargo, estar con una carpetita en la puerta, buscando nombres escritos en una lista, lo veía mucho más sencillo y cómodo.

El encargado parecía bastante majete. Demostraba un trato cordial y un saber estar digno de un buen profesional que se encuentra cara al público. En pocas palabras, me causó muy buena impresión.

—Bueno, entonces ¿qué? ¿Te animas esta noche?

Las condiciones eran infinitamente mejores que las del restaurante. En solo dos días (viernes y sábado) me iban a pagar lo que ganaba antes en un mes. Encima, y según me había explicado, sin ningún tipo de prisa ni agobios.

Sin pensarlo, acepté.

—¿Y tengo que venir vestido de alguna manera?

Después de explicarme todo: atuendo, función, horario y salario, se despidió y entró de nuevo al local.

—¡Ea! Pues ya tienes trabajo.

Raúl se mantuvo al margen durante toda la conversación pero expectante por saber cuál sería el resultado. Otro favor más de un hombre que prácticamente no conocía. El grandullón andaluz tenía un gran corazón.

—Muchísimas gracias —le dije, entusiasmado—. No sé cómo voy a poder compensarte esto que estás haciendo por mí.

Es difícil encontrar personas así. Pero en ocasiones la vida te las pone en tu camino. Alguien al que, seguramente, nunca me hubiera acercado por esa imagen tan dura, hizo más por mí que muchos que estuvieron a mi lado durante años. El aspecto no tiene por qué ir relacionado con el color de nuestros sentimientos.

De inmediato, me presentó a los cuatro chicos que iban a estar en la puerta conmigo. Ellos tenían la función de porteros. También a una chica muy rubia y despampanante que iba a estar supervisando la puerta en general. Aquel día llevaba un vestido rojo que daba susto al miedo. Tenía más anatomía a la vista que bajo el traje. Pero lo poco que hablé con ella me produjo

buena impresión y me pareció bastante simpática.

Poco a poco iba saliendo el personal y Raúl, como buen anfitrión, me indicaba quién era cada cual. Nunca me había interesado por un negocio como aquel, por lo que mis conocimientos sobre salas de fiesta eran prácticamente nulos, pero lo más destacable era la cantidad de jefes que había. Tenía que aprenderme bien el puesto de cada uno porque entre directores, *maîtres* y relaciones públicas varios, aquello podía convertirse en un sinfín de órdenes sin lógica alguna.

Las dos primeras horas fueron muy tranquilas. La afluencia de público era escalonada. La media de edad de los asistentes era bastante alta. Podría calcular a ojo entre veinticinco y treinta años. Por lo que iba viendo, la gente más elitista de Sevilla tenía ese local como centro de reunión. Y algo que me resultó curioso fue la educación de los clientes. Antes de empezar me había hecho una imagen muy distinta de lo que en realidad era. Me imaginaba una multitud de jóvenes desenfrenados y enloquecidos bailando enfervorecidos hasta altas horas de la madrugada.

—Hola, buenas noches, ¿estáis en lista?

La gente se iba reuniendo en torno al cerco que habían creado los porteros con los cordeles. Para acceder a la zona en donde yo estaba, habían dejado una especie de pasillito en el que los clientes esperaban pacientes a que llegase su turno. Justo a mi lado, uno de los controladores pondría orden si en algún momento fuese necesario.

—Hola. Sí, estamos en la lista de Caro.

Las mujeres guapas eran multitud. La mayoría de las que estaban apuntadas para acceder por mi zona eran féminas.

—Un segundito, ¿su nombre?

—Qué manía con hablarme de usted.

Al oír la frase, levanté la mirada sorprendido. Era ella. Aquella chica que había conseguido que me fijara en una mujer después de mucho tiempo.

—Perdón, es la costumbre —respondí, alelado y nervioso, como si me faltara un hervor. No sé qué tenía aquella chica que anulaba por completo mi capacidad de reacción.

—Pues, si me haces el favor, olvida esa costumbre conmigo. Mi nombre es Cristina Freisa.

La chica de ojos verdes desprendía seguridad a raudales, pero, a su vez, era educada y comedida. Eso sí, sus ojos tenían la capacidad de traspasarte.

Venían un grupo de seis chicas, más o menos todas de la misma edad. No iban despampanantes, pero la sencillez a veces es mucho más atractiva que el exceso de equipaje. Aunque la que llamaba mi atención, por encima de cualquier otra, era ella.

Rápidamente, busqué el nombre y les permití el acceso. Al hacerle la seña, el portero abrió uno de los cordeles para que entraran.

—Muchas gracias.

Y volvió a guiñar un ojo. Recordaba perfectamente cuándo lo hizo la otra vez. Tenía una maravillosa habilidad para dejarme aturdido con un simple gesto.

La noche transcurrió con tranquilidad. No hubo gente en exceso y se me hizo muy corto y ameno. Sin duda, un trabajo mucho más llevadero que el anterior.

A las cuatro y media terminó mi jornada. Pero el encargado me dijo que hasta el cierre no me podría pagar, por lo que decidí entrar a echar un vistazo y tomarme un refresco. Era el primer día que salía por la noche en Sevilla a un local de ese tipo, aunque nunca fui de ir a discotecas. El volumen estaba altísimo y el ambiente parecía muy divertido. La gente bailaba al ritmo de la música mientras socializaban en un entorno idóneo para conocer gente. Apoyado en una barra, eché un vistazo para intentar localizar a la chica misteriosa. Pero, entre tanto barullo, fue

imposible.

A los pocos minutos, alguien me tocó la espalda para llamar mi atención. Al darme la vuelta, vi a una rubia alta de ojos azules que me sonreía mientras me miraba.

—Hola —me saludó.

—Hola —respondí.

El excesivo volumen no te permitía escuchar a no ser que estuvieras muy cerca de la otra persona.

—Es tu primer día, ¿no?

La chica era una preciosidad. Parecía una princesa recién sacada de un cuento de hadas. El cabello liso y perfectamente peinado, dos enormes ojos, delgada y unas facciones delicadas y muy proporcionadas.

—¡Sí! Hoy es mi primer día —contesté, elevando la voz. Tener que gritar para hablar era bastante incómodo. Me resultaba raro que la gente eligiese un lugar como aquel para ligar, dadas las dificultades de comunicación. Aunque suponía que el alcohol y la predisposición serían de gran ayuda.

La Barbie Simpatía me hizo un cuestionario digno del más astuto espía ruso. Y aunque yo no estaba muy por la labor, su insistencia y amabilidad no me permitió eludir las preguntas.

—Pero, no eres de aquí, ¿verdad?

—No.

—Bueno, ¿y cuál es tu nombre?

—Kilian.

Y nada más responder, vi a lo lejos, observándome, a la chica que buscaba. En cuanto notó que yo también la estaba mirando, apartó la vista.

—Hola. Holaaa. ¿Hola?

La voz insistente de mi repentina acompañante me devolvió a Sevilla.

—Perdón —me disculpé.

La dejé con la palabra en la boca y, en un acto inusual de valentía, decidí ir a hablar con aquella que nublaba mi entendimiento. Mientras me abría paso entre la gente iba pensando en algo para comenzar una conversación coherente. Aunque me daba a mí que sería prácticamente imposible debido a mi aturdimiento general.

Cuando estaba cerca, ese sensor que tenemos le avisó de que alguien la miraba y se estaba aproximando.

—¿Qué tal? ¿Cómo lo estás pasando?

«¿Qué tal? ¿Cómo lo estás pasando?». Eso es todo lo que se le ocurrió a la versión más absurda de Kilian. ¡Qué desastre!

—¡Bien! ¿Ya has terminado?

Por lo menos respondió con una pregunta. Eso me dio a entender que tenía cierto interés por conversar.

—Sí. A las cuatro y media termina la lista.

Esa noche iba preciosa. Llevaba un vestido de tirantes hasta las rodillas con flores de vivos colores y unos zapatos de tacón rojos. Había recogido su larga melena con una coleta e iba casi sin maquillar, solo los labios de un color tan intenso como el tono de su calzado. Muy sencilla pero exageradamente bonita.

—Y… ¿ya no estás en Lolita?

Para que me escuchase, inevitablemente tuve que acercarme más de lo que la prudencia establecía. Entonces, un fuerte aroma a mujer penetró hasta lo más profundo de mis sentidos. Era

extraño, olía a ella. Por regla general, todas las mujeres utilizan perfumes, pero ella, no. No había cosa que más me pudiera desestabilizar que eso.

—No, ya no. Tenía un horario demasiado complicado y decidí dejarlo.

Sin querer, estábamos pegados hablándonos al oído. La música, en este caso, ayudó a que dos cuerpos que se atraen perdiesen la timidez.

Le sacaba media cabeza, sus ojos estaban a la altura de mi boca. Mientras hablábamos meneaba su cuerpo menudo al ritmo de la canción que sonaba. Era muy graciosa. Conseguimos quedarnos solos en medio de tantísima gente.

La conversación prosiguió durante un buen rato. Charlamos sobre Sevilla y la cultura en esta ciudad. Hablaba con pasión de su tierra. Pero el lugar era muy incómodo para mantener una comunicación fluida.

—¿Me acompañas a la calle a fumarme un cigarro?

Fue la primera vez que aprobé el uso del tabaco. Recuerdo, de muy joven, la primera calada que di y todavía siento el mareo y el mal cuerpo que se me puso.

Salimos del local a una zona habilitada que tenían para los fumadores. Una especie de jardín con mesas altas y banquetas en las que la gente podía tomar el aire y descansar sus tímpanos del fuerte estruendo musical.

—Bueno, y tú ¿no me vas a contar nada?

Desde que comenzamos a hablar, ella había llevado las riendas de la conversación. Se la veía una chica bastante dicharachera y alegre.

—Dime, ¿qué quieres que te cuente? —pregunté.

Yo era bastante parco en palabras. En general, la sociabilidad nunca fue una de mis grandes virtudes. Papá, cuando yo era muy pequeñito, me dijo algo que se me quedó grabado: «Si aprendes a escuchar, te resultará más fácil entender a las personas», y eso hacía. Observando a la gente y prestando atención, puedes llegar a hacerte una imagen de quién tienes enfrente.

—Pues… no sé. Algo, cuéntame algo —me pidió.

Jamás me resultó tan sexi ver a alguien fumar como hasta entonces. El carmín de sus labios impregnaba la boquilla de aquel cigarro con sutileza.

—Es que mi vida no es muy apasionante que digamos —respondí.

Temía que me preguntase por el pasado. Era algo que quería ocultar y no me apetecía en absoluto tener que mentirle en la primera toma de contacto.

—¿De dónde eres? —Era una pregunta inevitable.

—Soy de los Estados Unidos.

Al escuchar aquello, noté cómo su gesto cambió.

—¿De los Estados Unidos? ¡Qué bueno! Siempre he soñado con vivir allí. ¿Y de qué parte?

—De Nueva York.

Ahora sí que demostraba interés. El aluvión de preguntas parecía inminente.

—Guauu. Nueva York… Estuve hace unos años y me resultó la ciudad más increíble del mundo.

Al hablar de aquella ciudad, sus ojos se iluminaron. La Gran Manzana, para los que no son de allí, puede ser uno de los espectáculos más impresionantes que existen. Las personas somos así. Normalizamos las cosas cuando las tenemos a nuestro alcance. La amplitud de sus calles y la enormidad de sus rascacielos se convierte en simple cuando tus ojos se acostumbran a estar entre ellos.

—¿Y por qué estás aquí? Vamos, si yo fuera de allí no sé qué se me habría perdido en Sevilla. —Mientras hablaba volvió a sacar otro cigarro de la cajetilla y lo encendió. Esa pregunta

era justo la más difícil de contestar, pero, a su vez, ineludible. Ella pareció notarlo y, al ver que tardaba en contestar, con desparpajo trató de quitarle hierro al asunto para retomar el diálogo—: Oye, si hay algo que no quieras contarme, no te preocupes. Me lo dices y yo me callo.

—No, no hay problema. Pero es que, a decir verdad, no sé bien por qué he aterrizado aquí.

Con una sonrisa solté esa pequeña mentira piadosa. No sabía cómo explicarle el motivo real de mi huida a tierras españolas. Era demasiado complicado.

—Kilian, te llama Javier.

La imponente rubia del vestido rojo irrumpió como agua de mayo. Me salvó de una situación bastante comprometida y de la que no veía escapatoria sin tener que mentir en repetidas ocasiones.

—Perdona, Cristina. Me llama el encargado. Ha sido un verdadero placer charlar contigo.

—Igualmente, Kilian. Un placer…

Al darle dos besos, volví a sentir su olor con violencia. Ni siquiera el tabaco pudo aplacar el fuerte aroma a mujer que desprendía. Antes de darme la vuelta, durante unos segundos, nuestros ojos se dijeron todo lo que nuestras bocas no se atrevieron. Éramos atracción pura.

De camino a casa, mientras paseaba por las silenciosas y solitarias calles de la capital andaluza, no pude evitar que mi cerebro emprendiese un viaje hasta mi lugar de origen. El amor fue eso que me hizo tanto daño y por lo que me alejé de mi mundo. Pero ¿estaba preparado para sentirlo de nuevo? ¿La distancia es suficiente para curar un corazón completamente destrozado?

7

—¡Kilian! ¡Vamos! Diosito, ¡qué chiquillo este!

Abrir un ojo y ver nevar por el gran ventanal de mi habitación hacía mucho más difícil levantarse. El frío había llegado con fuerza. Decían en la tele que estaba siendo uno de los inviernos más duros que había vivido esta ciudad en muchos años. Menos mal que Jacky había decidido llevarme en coche a la escuela.

Era mi primer día de colegio después de haber estado un tiempo sin ir. Desde que papá y mamá se fueron de viaje, parecían haber decidido que los profesores acudieran a darme las clases a casa. Por una parte, era bueno. Así no tenía que soportar a todos esos niños ridículos. Pero, por otra, me pasaba todo el día encerrado sin salir. Imagino que esto había sido cosa de la señora Alyn. Al estar tan lejos y no poder cuidar de mí, seguro habría dado órdenes de que no saliera a la calle. Pero como su viaje estaba alargándose, tuvieron que decirle a Jack que ya podía reanudar los estudios con normalidad. Evidentemente, no era razonable tenerme recluido toda la vida entre esas cuatro paredes. Aunque tenía que reconocer que desde que no estaban mis padres todo el mundo actuaba de una manera muy extraña.

—¡Señorito! ¡Ya está bien! Venga, levántese.

Cuando Mady se enfadaba, se ponía muy graciosa. Ver a esa rechoncha mujer con el gesto torcido resultaba una imagen más cómica que otra cosa. De vez en cuando la hacía rabiar porque al final terminábamos los dos muertos de risa. Creo que sentía debilidad por mí.

—Ya vooooyyy.

En casa siempre hacía una temperatura muy agradable. No hacía falta ir muy abrigado, lo cual se agradecía. Era un contraste increíble mirar por la ventana y poder sentir el frío aterrador que debía hacer en la calle a través de un cristal estando tan calentito.

Cada mañana, el aroma a pan tostado me llevaba hasta la cocina como las ratas siguen al flautista del cuento. Aunque siempre desayunase lo mismo, creo que nunca me iba a cansar de hacerlo.

Aquel día, por fin, se acabaría mi encierro. A pesar de que el colegio no era una de mis grandes aficiones, iría con toda la ilusión del mundo. Incluso no me sentó tan mal tenerme que poner de nuevo el horrible uniforme. Después de comer, asearme y vestirme con toda esa cantidad de prendas, bajamos al patio donde nos esperaba un coche para el trayecto hasta la escuela. Jack parecía ser inmune al frío. Iba siempre muy poco abrigado. Todo lo contrario que Joy: ella parecía un esquimal que acaba de llegar del Polo Norte.

El motor del coche estaba encendido esperando a que nos subiéramos. Jack se montó en el asiento del copiloto y Joy conmigo en la parte trasera.

—Kilian, ¿tienes ganas de volver al colegio? —me preguntó Jack, girándose y mirando hacia atrás.

—Sí —respondí.

Aunque ir a la escuela fuese un rollo, después de tanto tiempo, me apetecía bastante respirar un poco de aire fresco. Llevaba unos meses en los que casi no había pisado la calle. Parecían querer aislarme de la sociedad en general. Incluso me limitaban los programas de televisión. Estaba como loco por que papá y mamá volviesen y que todo el mundo se comportarse como siempre.

—Vea. Pero tengo que advertirle una cosa —me indicó Jack, poniéndose de repente muy misterioso—. Quizá hoy escuche a algún niño decir algo sobre sus papás que le sonará raro o que no le guste. No haga caso. Ya sabe cómo son esos críos…

La verdad es que no sabía a qué se refería. No tenía mucho trato con mis compañeros y casi no hablaba con ellos, exceptuando a Daki.

Asintiendo con la cabeza, hice como si entendiera algo de lo que me decía. Pero, como ya apunté antes, Jack estaba realmente extraño desde que mis padres no estaban.

—Bueno, cuídese, *mijo,* y pórtese bien —me recomendó.

Siguiendo el ritual, Jacky se despidió dándome un beso en la cabeza y Joy revisó la mochila para cerciorarse de que no me faltaba nada.

El edificio del colegio era una construcción muy antigua con forma de iglesia gótica. El enclave era perfecto para conferir sobriedad y elegancia a uno de los colegios más elitistas de todos los Estados Unidos. Estaba rodeado por un gran muro de piedra y se entraba por una puerta metálica en forma de arco. De ahí hasta el acceso principal, había un gran patio con sauces gigantes en el que, cuando el tiempo lo permitía, los niños solían corretear antes de ir a clase. En esta época era prácticamente imposible a causa de la nieve y el frío.

Otra cosa que no me pareció normal fue que Daki no se hubiera preocupado por mí ni una sola vez, ni que tampoco respondiera a mis llamadas en alguna ocasión que quise ponerme en contacto con ella para saber cómo estaba. Siempre había sido mi mejor amiga y no era muy normal que actuase de aquella manera. Pero, bueno, a lo mejor seguía de viaje con sus padres y no tenía cómo contactar conmigo si estaba muy lejos. Papá y mamá me querían muchísimo y ellos tampoco podían hacerlo, o sea que debía de ser algo habitual.

Una de las cosas que más me gustaba de esa estación era que podías ocultarte bajo una gran cantidad de ropa impidiendo a los demás que te reconociesen a simple vista. Te evitabas muchos saludos innecesarios y alguna que otra charla absurda. Gorro, orejeras, cazadora mullida, botas altas, todo ello sobre un cuerpo menudo, que encontraba dificultades para moverse, pero que iba bien pertrechado contra las inclemencias del tiempo.

Nada más entrar en el aula, hice un análisis general para ver si encontraba a Dakota. Pero nada, no estaba. Como el curso ya estaba avanzado, imaginé que todos habrían escogido sus sitios correspondientes, por lo que me fui, prudente, a la última fila y esperé, mientras me quitaba todas las prendas, a que tomaran asiento para elegir el que quedase libre. Al descubrirme, sentí que gran parte de esos niños me miraban sorprendidos. Pero no le di importancia porque sabía que se habrían percatado de mi ausencia.

—*Come on, guys, sit down, please.*

Una mujer mayor apareció en escena y, rápidamente, todos los niños fueron a sus pupitres. No la conocía. Llevaba unas gafas parecidas a la mala de una película de dibujos y un traje de chaqueta y falda muy sobrio. Desprendía seriedad y disciplina.

En la última fila quedaban libres tres mesas. Elegí una de ellas, tomé asiento y me fijé en uno de mis compañeros para ver cuál era el libro que sacaba: lengua y literatura. Menudo rollazo. Pero tenía que haberlo imaginado, una profesora con esa pinta no podía enseñar otra cosa que no fuera eso.

—Bienvenido, señor Sotomayor. Un placer tenerle de nuevo entre nosotros.

De pie, desde su mesa, y con todos los niños expectantes, me dio la bienvenida haciéndome sentir absolutamente ridículo. Todos se giraron y me miraron mientras algunos cuchicheaban. Para estas situaciones me hubiese gustado tener poderes y haberme convertido en el hombre invisible.

La mañana se desarrolló con normalidad y se hizo bastante corta. Sin darme cuenta, sonó el timbre que advierte de la llegada del recreo. Media hora en la que tienes tiempo para comer, si es que tienes hambre, o jugar a algo con tus compañeros, cosa que yo no hacía porque evitaba todo

contacto con los demás. Prefería sentarme por ahí revisando los deberes, cuando tenía, o simplemente pensando en mis cosas con tranquilidad. Siempre fui un niño muy solitario y retraído.

—Hombre, Kilian, ¡cuánto tiempo! —oí a mi espalda.

Max era el crío más odioso del colegio, y creo que del mundo entero. Capitaneaba un grupo de chicos que se creían los amos y señores de la escuela. Tenían un par de años o tres más que yo y estaban en el último curso. Siempre intentaba evitarlos porque iban haciendo la vida imposible a todos los alumnos que no eran de su círculo. Se podría decir que eran los «chicos malos» del lugar.

Había decidido salir del aula para darme un respiro, y me encontraba sentado en la escalera principal hojeando el libro de la asignatura que venía después del recreo, cuando Max y tres de sus secuaces se sentaron a mi alrededor.

—¿No quieres hablar con nosotros? —insistió Max.

Sin apartar la vista del libro, intenté obviarlos para ver si así me dejaban tranquilo.

—Mira, Peter. El pobre huérfano no quiere ser nuestro amigo.

Al escuchar aquella palabra, levanté la cabeza y le miré fijamente. No sabía bien a qué se refería, pero no me gustaba nada el tono, ni la manera de hablar. Y ¿cómo que huérfano?

—¿Qué pasa, Kilian? No me mires así, hombre —se burló. Los demás sonreían, siguiendo la corriente al jefe de la pandilla. Odiaba a la gente así.

Para evitar problemas, bajé la mirada e hice como si volviera a leer. Aunque, evidentemente, no estaba para lecturas ni para nada.

—¡Eh! ¡Que estamos hablando contigo! —soltó, y de un manotazo, me tiró el libro al suelo.

He de reconocer que me asustó bastante. Nunca había tenido problemas ni me había peleado en mi vida.

—¿Qué haces? Déjame en paz.

Cuando fui a levantarme para recogerlo, me dio un empujón que me hizo volver a la posición anterior. Ahora sí que estaba asustado. Me temblaban tanto las manos que no era capaz de dejarlas quietas.

—¿Cómo que te deje en paz? ¿O sea que queremos ser tus amigos y tú nos dices esto?

Estaban burlándose de mí claramente, pero no podía hacer nada. Además eran cuatro, más grandes que yo, y, encima, nunca me había visto en una situación como esa. Ya no solo me temblaban las manos, sino todo el cuerpo.

—Venga, chicos, dejadme tranquilo —les pedí.

Tragando saliva y haciéndome el valiente, me puse en pie. Estaba dos escalones más arriba, frente a él, y, aun así, nos encontrábamos a la misma altura.

—Pero, bueno, mirad qué chulito se ha vuelto este chico.

—Yo creo, Max, que deberíamos darle un escarmiento —apuntó otro del grupo, mientras me observaba desafiante y con cara de pocos amigos.

Los cuatro llevaban el uniforme del colegio, pero para demostrar ser los rebeldes no llevaban zapatos como todos. Ellos iban con zapatillas de deporte para dar a entender que no cumplían las normas. Para ser exactos, eran cuatro pijos de familias adineradas, pero siempre, en todos los sitios, existe este tipo de personas que hacen más difícil la vida a los demás.

—¿Y qué vas a hacer si no te dejamos tranquilo? Además, ahora no tienes a tus padres para defenderte. ¡Estás solo! —exclamó Max.

Parecía que la noticia de que mis padres se habían ido fuera había corrido como la pólvora entre el alumnado.

—¡Eso no es verdad!

Al intentar bajar los escalones para salirme del círculo, Max volvió a empujarme, pero esta vez con más violencia. No pude evitarlo y tropecé cayendo de culo en las escaleras. Me hice bastante daño en la espalda y en la rabadilla. Desde el suelo, podía ver a todos cómo se reían de mí. La impotencia hizo que me levantara como un resorte.

—¡Sí, es verdad! ¡Tus padres están muertos!

Tan pronto como escuché la última palabra, y en un gesto inaudito, cerré el puño con fuerza y le di con toda mi alma en la cara. En milésimas de segundo, recordé algo que papá me había dicho en repetidas ocasiones: «Hijo, si alguna vez intentan hacerte algo malo, defiéndete. Pero no quiero que seas tú el que empiece a pelear. Debes respetar a todo el mundo por igual. En las peleas nadie gana».

Al recibir el inesperado impacto, cayó de espaldas. Verle tirado en el suelo, por un instante, me hizo sentir poderoso. Pero esa sensación duró demasiado poco. Los otros se abalanzaron sobre mí y comenzaron a darme una andanada de golpes que intenté evitar haciéndome una bola en el suelo. Lo cierto es que en ese momento, no sé si por los nervios o por qué, no notaba dolor alguno.

—*Stop! Stop!!!*

Rápidamente, unos hombres con uniforme nos separaron. Un montón de niños estaban arremolinados en torno a nosotros.

Al poco, apareció la directora seguida de otros dos profesores.

—Vengan conmigo, muchachitos —nos ordenó con cara de enfadada.

Caminando tras ellos, y con los vigilantes custodiándonos, nos dirigimos al despacho al que me habían llevado el día que Jack vino a buscarme. Justo antes, había una antesala con una mesa de escritorio y unas cuantas sillas en las que nos obligaron a sentarnos.

Max me miraba desafiante al igual que los otros tres niños. Notaba el sabor de la sangre en mi boca y ahora sí sentía los golpes en alguna que otra parte del cuerpo. Pero no sé por qué motivo, me encontraba bien. Haberles plantado cara hizo que estuviera orgulloso de mí mismo.

—Pasa, Kilian —me pidió una chica joven que parecía la secretaria de dirección. Antes de mí, habían entrado los otros cuatro involucrados en la pelea. Que me dejaran el último no era muy buena señal.

—Hola.

—Siéntate ahí, jovencito.

Cuando se refieren a ti con el «ito» como final es que algo no va bien.

La que mandaba en el colegio estaba sentada en un cómodo sillón tras el antiguo escritorio. Y, justo al lado, los otros dos profesores con aspecto serio.

—Nos han dicho que ha empezado usted la pelea, ¿es cierto?

Era raro, pero no me sentía mal por lo que había hecho. Y cuando oí esa pregunta lo primero que me vino a la cabeza es que papá también me decía que nunca había que mentir, pasase lo que pasase.

Sin hablar, asentí con la cabeza. Era la mejor forma de responder a algo tan comprometido.

—¿Y le parece bonito andar peleándose con sus compañeros? —Esa era una pregunta trampa: digas lo que digas, la lías—. ¿No va a decir nada? Pues que sepa que hemos llamado a su tutor y tomaremos medidas disciplinarias contra usted, señorito.

El silencio era la mejor defensa poniendo cara de bueno y haciéndote el arrepentido.

A los pocos minutos de tenerme sentado en una silla, como si me estuvieran sometiendo a un interrogatorio nazi, se abrió la puerta y apareció Jack. Estaba más serio que de costumbre y se le

notaba cierta preocupación en el rostro.

—Señor Ramírez, tome asiento.

Su tono de voz era muy desagradable. No sabía quiénes serían las otras dos personas, pero me causaron una malísima impresión: estiradas como el palo de una fregona y con cara de haber chupado un limón.

—Dígame, ¿qué ha pasado? —preguntó Jacky directamente a la directora.

—Eso nos gustaría saber a nosotros, pero parece que este joven no quiere hablar con nadie.

Entonces, el hombre que estaba a cargo de mis cuidados se quedó mirándome fijamente y me habló con firmeza y autoridad.

—Kilian, vea, ¿qué pasó?

Pocas veces me había reñido o hablado así. Me quedé unos segundos pensando antes de contestar.

—Jacky, te prometo que no fue culpa mía.

Al hablar me di cuenta de que había recibido un fuerte golpe en la boca porque me molestaba bastante y la sentía algo hinchada. También percibí un ligero sabor a sangre, por lo que imaginé que me habrían hecho una herida por dentro.

—¡He preguntado qué pasó! —repitió, con un gesto todavía más serio.

Sin querer se me cayó una lágrima. En ese momento, necesité a mi padre más que nunca. Él seguro que lo entendería y no se hubiera enfadado tanto. Y mucho menos hubiera permitido que nadie me hablara en ese tono.

—Estaba sentado en la escalera cuando ellos vinieron.

—¿Quiénes vinieron? —me interrumpió antes de que me diera tiempo a contarlo todo.

—Los cuatro chicos.

Intentaba no llorar, pero la impotencia y la rabia superaban mi autocontrol. Parecía que por mucho que dijera iban a culparme de lo sucedido.

—Bueno, ¿y qué?

Sentía los ojos inquisidores de los dos profesores y la directora.

—¡Él dijo que estaban muertos!

Y de repente, se hizo un silencio sepulcral. Y yo, sin poder controlarlo, comencé a llorar de pura cólera. Esa maldita palabra se me quedó clavada en el corazón.

—Vea, Kil. Venga. Tranquilícese.

Puso una de sus manos sobre mi hombro y cambió su semblante. Creo que escuchar aquello le hizo sentir el mismo dolor que a mí.

—Déjenos un momento, ahora salgo.

Muy despacio, me levanté y salí apesadumbrado del despacho. Sin despedirme, abrí la puerta y volví a la antesala donde había esperado al principio. Fui capaz de sofocar un poco el llanto y tranquilizarme, pero no pude controlar el temblor de mis manos.

Hay veces que la vida es muy injusta. Yo no tenía la culpa de que esos niños fueran malos y quisieran herirme. Y no me refiero a un daño físico, sus palabras habían sido más dolorosas que cualquier golpe que pudieran darme. Quizá la violencia no sea el medio para defenderte de una agresión como esa, pero el instinto y el amor hacia esos seres que para ti son todo, en ese instante, no te deja pensar con claridad. Es difícil controlarte cuando la sangre te quema por dentro.

Pasado un rato, salió Jack con la directora.

—Kilian. Discúlpese y despídase de la señora Guilvert. Nos vamos a casa.

Sin sentirlo de verdad, pedí perdón con la cabeza gacha.

—Espero que esta sea la última vez que tiene un comportamiento parecido. Buenos días, señor Ramírez.

Con ese tono arrogante y cara de satisfacción, se volvió a meter en su madriguera. Me hubiera gustado decirle un par de cosas, pero ya la había liado bastante por lo que decidí seguir con esa actitud sumisa.

Mientras caminábamos por el pasillo hacia la salida, no pude evitar recordar el día que Jack vino a buscarme aquella vez. De nuevo dejaba mis cosas en el aula y me tenía que marchar del colegio con una sensación tan desagradable.

Jack se quitó la chaqueta y me la puso por encima para ir hasta el coche que nos esperaba en la puerta principal. El viento era tan frío que cortaba. Rápidamente, nos subimos ambos en la parte trasera del vehículo.

—Jacky, ¿por qué dijeron eso los chicos? ¿Dónde están papá y mamá?

No pude aguantarme y tuve que romper el silencio con una pregunta que dolía demasiado como para guardármela. Era un niño. Quizá muy joven. Pero no era tan tonto como se debían creer. Desde que me dijeron que mis padres se habían ido de viaje, el comportamiento de la gente conmigo había cambiado por completo. Fui capaz de percibir detalles que me indicaban que había algo que no cuadraba. Incluso el día en cuestión, ver la cara de todos con los que hablé me hizo sentir que estaban ocultándome un terrible sentimiento. Pero, posiblemente, uno no quiere ver la realidad y más si es tan dolorosa como imagina. Pero no. No era tan estúpido como para pensar que ellos estaban en un lugar en el que no existía ningún medio de comunicación.

—¿Por qué me pregunta eso? Ya le advertí que no hiciera caso.

Intentó no darle importancia a mi pregunta. Ni siquiera fue capaz de mirarme al responder.

Aquel día, la nieve se posaba sobre la ciudad creando un inmenso manto blanco. Era capaz de cubrirlo todo y convertía los colores en claridad y pureza. Las calles se rendían ante una estación que era más fuerte que la propia urbe. Todo estaba predestinado a congelarse. Incluso el corazón de un niño que vive con ilusión y esperanza. Pero, de repente, eso que mueve tus latidos deja de funcionar. O, más bien, desaparece y se llena de tristeza. Las mentiras alivian en el momento, pero terminan matando con el tiempo.

Nadie está preparado para escuchar unas palabras que pesan más que la propia vida. Es inalcanzable el sentimiento que se evapora tras unos brazos que ya no te cobijaran jamás. Pero así es la vida. Pasa y duele al mismo tiempo. No tenemos otra forma de vivirla.

—Jacky. Por favor, dime la verdad.

Aquella lágrima eran mis padres. Se deslizó por mi mejilla dejando una huella imborrable. Y, sin entenderlo, las manillas de mi reloj biológico se quedaron sin ganas.

—Ya no vendrán más, pequeño. Ya no vendrán más.

En la parte trasera de aquel coche, perdí un trozo de alma. Hay abrazos que curan, otros que unen las partes que se rompieron. Pero el que me dio aquel hombre fue dolor y tristeza en su más profunda esencia. A partir de ese momento, supe que jamás volvería a ver a esos dos seres que vivían por y para mí. Esas dos personas que lloran tu propio dolor como si fuera suyo. Desde ese instante, entendí que la vida duele demasiado. Pero decidí guardarme todas las preguntas porque no estaba capacitado para seguir llorando por dentro.

8

Era momento de volver a casa. Mientras hacía la maleta, New Haven me despedía con un sol radiante. La vorágine estudiantil y las obligaciones que conlleva ser un joven universitario no te dejaban tiempo para pensar en nada más.

Por fin había llegado el verano. Y con él la alegría y la libertad. Nueva York me esperaba.

Siempre vivía con entusiasmo el trayecto hasta el Upper East Side. Regresar al hogar me llenaba de ilusión. En apenas dos horas y media volvería de nuevo a estar con los míos.

Ese año me había ido bastante bien en los estudios. Cosa de la que me sentía orgulloso y realizado. Pero eran tantos los deberes y las obligaciones que tienes que tener la cabeza muy en su sitio para no desviarte, y más, siendo tan joven. Las hormonas a esa edad son incontrolables.

—¡Kil! ¡Qué alegría tan grande tenerle de nuevo por aquí!

En la puerta del edificio, Franklin, con esa graciosa mueca característica, nos dio la bienvenida y abrió el garaje para darnos paso. Al llegar al patio, Jack y Mady esperaban impacientes. Hay cosas que jamás cambian, y una de ellas era la sonrisa de dos personas que te echan de menos.

Nada más bajar del coche, los abrazos sinceros fueron determinantes para saber cuál es el sitio que te corresponde. Aquella era mi casa, y ellos mi hogar.

—¿Cómo estáis?

Mientras el chófer sacaba el equipaje del maletero, me fijé en un pequeño cambio en el decorado. El patio estaba inundado de flores y la fuente que había en el centro, y que nunca vi funcionar, echaba un hilillo de agua. Me gustaba el giro que le habían dado a una entrada demasiado sobria para ser el domicilio de alguien tan vivo.

—¡Qué bonito! ¿Esto es cosa tuya?

A Mady se le puso cara de satisfacción al ver que el resultado era el esperado.

—Sí, señorito. ¿De verdad le gusta?

—Claro, por supuesto que me gusta.

La construcción era seria y elegante. Un toque de color no le venía nada mal a un lugar en el que el gris predominaba por encima de cualquier cosa.

La casa seguía exactamente igual. Al entrar, ese olor característico me transportó hasta miles de recuerdos preciosos. Llevaba casi un año sin sentir la magia del sitio que me vio crecer.

Pero, como siempre que regresaba, un enorme cuadro situado en el salón principal me dio la bienvenida. Allí estaban, sonrientes, con esa luz tan bonita que desprendían sus ojos. Mis padres presidían mi vida y llenaban de amor un hogar que les echaba en falta. Realmente ellos nunca me abandonaron. Porque hay personas que se quedan para toda la vida. Y papá y mamá siempre iban a estar conmigo.

—¿Le apetece algo de comer?

Mady seguía siendo tan servicial como de costumbre. Y era cierto que echaba muchísimo de menos su cocina. Cuando vives solo, te alimentas de lo primero que encuentras.

Me había cocinado decenas de platos que despedían un aroma exquisito. La mesa principal estaba puesta y todo preparado para sentarnos y degustar un festín digno de reyes.

Charlamos distendidamente y, mientras glotoneaba con ansia, les fui contando mis progresos universitarios y deportivos. Disfrutaban viéndome comer, lo notaba.

Cuando terminamos, subí a mi habitación para deshacer la maleta y ponerme más cómodo.

El cuarto estaba exactamente igual que cuando me fui. Seguía todo según lo dejé. Aquella era la habitación de mis padres. Esa en la que tantas noches me refugié de unas pesadillas que no me

dejaban dormir y que, al meterme en la cama con ellos, todo se volvía calma. Siempre que regresaba, era inevitable que se me encogiera un poquito el corazón. Todavía conservaba un tocador en el que mamá pasaba horas acicalándose y cuidando su imagen. Porque, como antes dije, ella era preciosa.

Tumbado en la cama, decidí llamar a una de las pocas personas que consideraba importantes en mi vida.

—*Hey! Daki! What are you doing?*

—¡¡¡Kilian!!!! ¡Cuánto tiempo! *I'm with mom, shopping*. ¿Dónde andas tú?

Toda ella era alegría. Simplemente con escucharla me hacía sentir bien.

—Estoy en la *city*. Acabo de llegar.

—¡No te creo! Quiero verte ¡ya!

Daba igual lo que estuviéramos haciendo, si sabíamos que nos encontrábamos cerca se paraba el mundo. Llamábamos a Nueva York de esa manera porque para nosotros era el centro de nuestro mundo. La ciudad.

—Dime dónde estás y voy para allá.

Quedamos en la puerta de su casa en una hora. Me moría de ganas de verla y darle un achuchón en condiciones.

Me puse lo primero que pillé (unos vaqueros, una camiseta ancha y unas zapatillas) y bajé a buscar a Jack para que avisara al chófer de que iba a salir.

—Señorito, Simón le espera abajo.

La eficacia de aquellos hombres era increíble. No me hacía falta casi ni abrir la boca para que lo que necesitaba se cumpliera.

Ya en el vehículo, di las indicaciones pertinentes al conductor para que me llevase hasta el lugar donde iba a verme con mi pequeña india.

Una de mis grandes virtudes era la puntualidad. Odiaba llegar tarde a las citas, y, como todo el que acostumbra a ser puntual, no me gustaba que la gente me hiciera esperar.

Mientras aguardaba a que Dakota llegase, me quedé observando a la gente desde la parte trasera del automóvil. Esa ciudad te obligaba a vivir con intensidad. Debes ir aprisa para que su ritmo vertiginoso no te pase por encima. Nueva York es velocidad en estado puro. Y me resultaba maravilloso ver a todas esas personas volando al son de sus sueños.

—*Simón, please. Wait here for a few minutes.*

Al mirar hacia el portal, vi a Daki donde habíamos pactado. Justo acababa de llegar. Parecía que se había dado cuenta del enorme automóvil en el que me encontraba y hacía gestos con una de sus manos para llamar mi atención.

Llevaba unos vaqueros azules desgastados, unas zapatillas blancas y una camiseta ceñida del mismo color. La diminuta india revoltosa de la que os hablé se había convertido en una preciosa y altísima mujer que tenía revolucionado el mundo de la moda americana. Desde muy jovencita, su carrera como modelo había avanzado a pasos agigantados hasta llegar a ser una de las más cotizadas en su sector. Pero no era algo que me sorprendiera, porque desde pequeños supe que esa niña iba a llegar adonde se propusiera. La gente que nace con estrella no necesita nada más que centrarse en un objetivo para obtener el resultado que le dictan sus sueños. La magia no solo consiste en sacar un conejo de una chistera, es algo que va mucho más allá. La magia significa ser especial sin querer.

Antes de que me diera tiempo a cruzar la calle, salió corriendo y se tiró a mis brazos. Oírle reír era una de las melodías más bonitas que pueden escucharse.

—Madre mía, estás preciosa.

—Bueno, pero que sepas que me tienes muy enfadada —me dijo, y, al separarnos, frunció el ceño y puso el gesto más feo de su repertorio.

—¡Qué dices! Pero ¿yo qué he hecho?

Estábamos en mitad de la calle, sin importarnos que los coches no pudieran circular.

—¡Eres un sinvergüenza! ¡Me enteré de que viniste hace no mucho y ni siquiera me lo dijiste!

Tenía razón. Hacía unos meses tuve que volver a Nueva York a solucionar unas cosas, pero no tuve tiempo ni de pasar por casa.

—Estuve solo dos días. Deja de gruñir y dame otro abrazo, anda.

Con mi media melena de vagabundo estiloso y una sonrisa radiante como el sol que nos alumbraba, incité a esa preciosa mujer a que volviera a refugiarse entre mis brazos.

Hablar de amistad refiriéndome a ella es todo. Esa jovencita significaba mucho más que eso. Ella era mi hermana, mi confidente, mi felicidad, mi ilusión… Fue mi apoyo cuando tuve la desgracia de perder lo único que tenía. Y se convirtió en mi sombra el tiempo que hizo falta para sacarme una sonrisa aun sin haber motivo para ello. Dakota, como bien dice su nombre, fue y será amistad en su sentido más amplio.

Después de darnos todos los abrazos que nos debíamos, fuimos a un café que había en el Soho. Era nuestro lugar preferido y donde habíamos pasado horas hablando de nuestras cosas. El dueño se llamaba Marck. Un gracioso italoamericano al que le gustaban los hombres tanto o más que a mí las mujeres. Siempre que me veía tenía que sacarme los colores diciéndome alguna burrada en un castellano prácticamente ininteligible.

Pedimos nuestra bebida favorita: un café con nata y una bola de helado blanco. Y nos sentamos en unos sillones bajitos desde los que se veía la calle a través de una enorme cristalera. Allí podía ver a Simón, estacionado un poco más adelante esperándonos.

Nos contamos con pelos y señales todo lo que nos había sucedido desde la última vez que nos habíamos visto. Aunque mucho más ella que yo, porque hablaba por los codos. Me encantaba escuchar la forma y la ilusión con la que me explicaba sus progresos como estudiante y modelo.

—Oye. Esta noche tengo que ir a una fiesta. Porfi, porfi, porfi… —me dijo, agarrándome una mano con las suyas, los ojos abiertos como platos y una sonrisa pícara. Sabía perfectamente lo que significaba eso que quería decirme. ¿Acompañarla? ¡Odiaba ese tipo de saraos!

—Noooo, ¡por Dios! Una fiesta, ¡noooo!

—Venga, *please. Just today.*

Era imposible decirle que no. Y más con esos enormes ojos azules taladrándome el alma.

Al final, accedí. De camino a su casa no paró de decirme lo bien que lo pasaríamos y la cantidad de chicas guapas que iban a asistir. Sabía perfectamente cómo convencerme y cuáles eran mis gustos; una fiesta de una marca de lencería conocidísima a la que asistirían cientos de modelos. Vamos, un martirio.

Las mujeres eran mi asignatura pendiente. No sé bien por qué, pero no conseguía enamorarme. Siempre veía algo que no me gustaba o terminaba cansándome demasiado rápido. Y, hombre, no es que fuera el chico más guapo del mundo, pero no podía quejarme en lo que se refiere al arte de la seducción. Joven, guapo a ratos, pero, sobre todo, multimillonario. Quizá esa última cualidad era la que no me dejaba encariñarme y dar un paso más. Cuando uno tiene dinero, por regla general, lo que atrae al resto es eso mismo. El maldito dinero.

—Simón, si no le importa, prepáreme el Lamborghini para esta noche, que voy a salir.

—Perfecto, señor. Pero sabe que a Jack no le gustará que vaya usted solo.

Mi protector era muy meticuloso en lo que se refiere a mi seguridad. Vamos, más que meticuloso, un tanto neurótico. No me permitía que fuera a ningún sitio sin que alguien me acompañase. Esa era una de sus funciones y una de las cosas que mi padre dejó claramente especificadas. El señor Sotomayor lo hizo bien hasta en su propia muerte. Fue capaz de dejar redactado una especie de papel en el que explicó, con rotundidad, las obligaciones de cada uno de los que iban a formar parte de mi vida si algún día ellos faltaban. El punto en el cual hizo más ahínco fue ese: la seguridad de su hijo.

—No te preocupes, ya hablo yo con él.

Eso iba a costarme una discusión, pero, al final, sabía que le convencería. Quizá fui ese hijo que nunca tuvo y me quería como tal. En muy pocas ocasiones recibí una negativa por su parte.

A las diez de la noche comenzaba el cóctel. Después habría un desfile en el que se presentaba la nueva colección de la firma y, luego, una fiesta en la que los asistentes podrían sociabilizar y tomarse una copa. El evento iba a llevarse a cabo en la azotea de un emblemático edificio de la ciudad. Esta vez no me quedaba más remedio que ir solo, porque mi acompañante era una de esas modelos que lucirían parte de las prendas que iban a ser exhibidas.

Elegí un atuendo sencillo pero elegante: unos pantalones vaqueros, zapatos negros de una famosa firma y camisa blanca. Por mucho que hubiera insistido Dakota en que me pusiera traje, sabía perfectamente que no iba a hacerle caso. Uno de mis muchos defectos era ese: nunca me regía por lo que suelen dictar las normas o el protocolo. Era bastante rebelde en ese aspecto.

A la hora en punto, llegué a la puerta del lugar en cuestión. Una cantidad exagerada de periodistas y curiosos se encontraban arremolinados en la entrada. Al ver llegar el coche, todas las miradas se desviaron hacia él para averiguar quién sería el propietario de tan lustroso deportivo.

—Kilian!!! Kilian!!! Look over here!!

—Kilian!! Here!!

—Kil!! How are you!

—Just a second!!!

—Mr. Sotomayor, please.

Los periodistas, al verme salir del automóvil y ensordecidos por el estruendo salvaje de ese motor desbocado, se abalanzaron sobre mí, teniendo que intervenir el personal de seguridad que organizaba el acto.

Desde la muerte de mis padres, sin querer, me había convertido en el centro de atención de muchos medios de comunicación. Un niño tan joven que había heredado una de las fortunas más grandes de América y atraía a todos los medios. Cuando era pequeño, respetaron mi intimidad, pero al cumplir la mayoría de edad, el acoso se había convertido en constante y exagerado.

Rápidamente, unas señoritas, que parecían ser las encargadas del acceso de los invitados, me acompañaron hasta el interior. Justo en la puerta de uno de los ascensores, una mujer muy guapa y dos vigilantes se ocupaban de comprobar si estabas invitado al evento. Delante de mí había algunas personas, por lo que tuve que esperar varios minutos. La elegancia de los asistentes me hizo bastante gracia; como bien me advirtió Dakota, haber venido de traje no hubiera estado de más.

—Hi. Goodnight. Do you have invitation or are you on the list?

—Yes. My name is Kilian Sotomayor.

Al cerciorarse de que estaba apuntado, me permitieron la entrada.

Un amplio ascensor nos subió, a otros invitados y a mí, hasta el último piso del edificio. Al abrirse la puerta, me quedé impresionado por el despliegue de medios y la exuberante decoración

del lugar. Estaba todo iluminado por focos azules. Había unos inmensos jarrones blancos distribuidos por toda la terraza y tantas plantas que parecía el Jardín Botánico. Justo en el centro, unas catenarias blancas delimitaban un pasillo con decenas de sillas de metacrilato a ambos lados, cada una con el nombre de la persona que fuese a ocuparlas. Unas cuantas azafatas se encargaban de conducirte hasta el asiento que te correspondía, mientras unos camareros servían un *catering* muy vistoso en bandejas de plata.

El público era de lo más variopinto. Pero, sobre todo, gente conocida del panorama actual norteamericano: actores, actrices, periodistas, diseñadores, cantantes…

En pocos minutos, después de haberme traído un camarero una copa de vino para amenizar la espera, se apagaron las luces y todos los asistentes se callaron y tomaron asiento. Un único haz de luz iluminaba el pasillo en toda su extensión. El suelo estaba cubierto por una moqueta blanca inmaculada que reflejaba el azul del foco dando brillo a toda la azotea.

Una música de fondo muy psicodélica dio paso a la primera modelo. La altísima chica de rasgos escandinavos se movía con firmeza mientras mostraba un conjunto de lencería adornado con plumas vistosas. Salieron, tras unas cortinas de strass, varias maniquíes con la misma actitud que la primera: serias y con virtuosa seguridad en el caminar. Más o menos, en mitad del acto apareció Daki con un conjunto color hueso y una bata transparente. Su espigado cuerpo y el tono de piel tostado hacían que la ropa interior brillase. Estaba realmente hermosa. Su gesto impasible cambió al verme sentado casi al final de su recorrido. Al notar su expresión, consiguió que haber asistido mereciese la pena.

El desfile duró relativamente poco. Todas las chicas que participaron eran preciosas, pero, al final, como colofón, una mujer morena de piel, con el pelo negro brillante y unos enormes ojos, puso el broche a la demostración de belleza más impactante de mi vida. Nunca imaginé que pudiera reunirse esa cantidad de bellezas en un mismo sitio y a la vez.

Cuando cesó la música, se le atribuyeron los honores a la diseñadora con unos sonoros y duraderos aplausos. Después, los invitados se levantaron y pasaron a una carpa transparente en la que había decenas de camareros y todo preparado para comenzar el festejo.

—Señor Sotomayor, ¿le importaría responderme a unas preguntas?

No me gustaba que siendo tan joven se dirigiesen a mí de esa forma. Me hacía sentir más mayor de lo que era.

—Perdón. No quiero parecer maleducado, pero como sabrá no concedo entrevistas.

Desde mi mayoría de edad, todos los programas y revistas habían intentado por todos los medios hablar conmigo en repetidas ocasiones, algo que siempre había rechazado sin pensarlo un segundo. Era reacio a todo lo que tuviera que ver con exponerme públicamente.

—De verdad. Será solo un momento.

Alababa la perseverancia de los periodistas. Nunca aceptaban una negativa a la primera.

—Señorita. No se lo tome a mal, pero…

—¡¡¡Kil!!! ¿Y tu traje?

Y entonces apareció Dakota salvándome de la insistente reportera. A cierta distancia, y examinándome de arriba abajo, su expresión hablaba por sí sola.

La elegancia de todos los allí presentes era el denominador común del evento. La apariencia en este tipo de saraos es primordial para demostrar tu estatus social, algo que a mí me traía al pairo.

—Dame dos besos, anda —le pedí.

Dakota iba preciosa. Llevaba un minúsculo vestido negro de tirantes que dejaba al descubierto gran parte de sus atributos. Subida en unos altísimos tacones, su esbelta figura

destacaba, haciéndola brillar y dándole un toque entre salvaje y sofisticada. Parecía una hermosa y moderna aborigen.

—¿Has venido solo?

Después de achucharnos y felicitarle por el desfile, decidí dar por terminada mi asistencia.

—Sí. Vine única y exclusivamente para verte. Pero, te voy a dejar, ya que imagino que tendrás que atender a un montón de compromisos.

A mis veintidós años, quizá por la situación y el camino escogido en mi vida, no aparentaba esa edad. Posiblemente me había tocado madurar antes de tiempo. Las fiestas y los actos de sociedad no eran algo que me llamase la atención, e incluso me hacían sentir un poco incómodo.

—¿Ya? Jooo, tómate una copa conmigo aunque sea.

Tampoco me gustaba mucho beber. El alcohol y yo nunca habíamos sido muy amigos. Pero la bonita sonrisa de mi amiga fue determinante para no poder rechazar su invitación.

—*Hey, Dakota! What's going on?*

Mientras pedíamos un cóctel, la chica de la brillante melena negra se acercó a nosotros. Llevaba un minúsculo vestido blanco que impresionaba al verla de cerca. Podría asegurar que era una de las mujeres más bellas que me había cruzado hasta ese momento.

—¡Carmen! Mira, te presento a Kilian.

Al darme un beso (en los Estados Unidos, cuando te presentan a alguien, no se acostumbra darle dos besos, sino uno o, en su defecto, la mano) percibí que su aroma no se ocultaba tras ninguna fragancia: olía a ella.

—Encantada, Kilian.

Sus ojos eran negros y profundos, como un abismo demasiado peligroso. Y su mirada demostraba sed y curiosidad por todo lo que observaba. Era alta, con los tacones incluso un poco más que yo, tenía poco pecho pero su figura parecía una carretera de montaña: tanta curva que debías tener cuidado para no tener un accidente al transitarla con tu mirada. Era bonita, muy bonita.

—Igualmente, Carmen.

Nuestras miradas se encontraron con fuerza. Tenía algo que no te dejaba apartar la vista.

—¿Recuerdas que te hablé de un amigo que era español por parte de padre?

—Sí, claro que me acuerdo.

Mientras ellas hablaban, no podía dejar de investigar el cuerpo de aquella mujer. Lo hacía discretamente para que no se notase mucho, pero era imposible.

No tenía acento americano, su castellano parecía perfecto. Sus labios eran gruesos y delicados. Movía las manos mientras hablaba y sonreía dejando sin luz aquel lugar. Alguna vez enredaba sus dedos entre una gran mata de pelo negro que brillaba tanto como sus infinitos ojos.

—¿Kil? Estamos aquíííí.

La voz de Dakota me despertó de un viaje por las curvas de ese inesperado ser misterioso.

—Perdona, Daki, ¿qué decíais?

Puede resultar exagerado, pero, sin entenderlo, todos mis sentidos se centraron en ella.

—Bueno, os dejo. Un placer conocerte.

Y se marchó llevándose un trozo de mí. Aquel vestido era el pecado que todo el mundo alguna vez ha deseado cometer.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa?

Mi cara de pánfilo debía de ser un auténtico poema. Tanto que no pude ocultar el brutal impacto que sentí al tenerla cerca.

—¿Quién es ella?

—Huy, huy, huy. ¿Que a nuestro chico del corazón de piedra le ha llamado la atención alguien? —se burló mientras me miraba sorprendida.

—Venga, déjate de risitas, graciosa —le pedí. Necesitaba saber algo más de aquella chica.

—Ella es Carmen.

—Ya, claro. Eso ya lo sé, listilla. ¿Y qué más?

—Una actriz española. Lleva viviendo en la *city* unos años. Nos llevamos genial, la han escogido los de esta marca como imagen. Pero ¿a qué se debe tanto interés?

Dakota me conocía perfectamente. Nunca le había preguntado por ninguna chica. Y eso que siempre había intentado hacer de casamentera, presentándome a un regimiento de amigas a lo largo de nuestra vida. Pero el resultado siempre había sido negativo. La soledad era una de mis grandes pasiones.

Nunca creí en el amor a primera vista. Ni en todas esas tonterías de los flechazos. No puedes enamorarte de alguien sin saber a qué huelen sus sentimientos. Pero ese día sentí un fuerte pinchazo en un músculo que prácticamente tenía olvidado. Unos ojos negros me llevaron hasta ese abismo en el que deseas perderte para descubrir si tendrá final.

Carmen tuvo el poder de adueñarse de mis sentimientos.

9

Desde la muerte de mis padres, los cumpleaños dejaron de tener sentido. Celebrar un año más no me alegraba en absoluto, sino todo lo contrario, me hacía sentirles más lejos.

Ese día debía ser especial. Para todos los chicos los dieciocho pueden significar un antes y un después en su vida. Se supone que eres mayor de edad y se te concede el privilegio de hacer muchas cosas que antes no podías.

Pero no sé si porque me resultaba imposible ilusionarme o porque la muerte de mis padres se había llevado ese sentimiento, vivir se había convertido en un simple pasar del tiempo. Resultaba descorazonador ser tan joven y decir estas palabras. Y mucho más sentirlas. Pero no encontraba solución.

Me iba mal en el colegio. No me relacionaba con casi nadie. Incluso dejé una de mis grandes pasiones: el fútbol.

Mi tristeza era contagiosa. Jack y Mady asumieron mi custodia y desempeñaron un duro papel que, encima, yo no les hice nada fácil. Pero aquellas dos personas, aun sin ser de mi sangre, me querían y me aguantaban como si lo fueran. Reconozco que fui demasiado impertinente con ellos. Aunque debían entender que es devastador para un niño perder lo único que tiene en su vida. Y yo nunca lo asimilé por completo.

Los primeros años tuve que asistir a una psicóloga varias veces a la semana, negándome en rotundo a hablar con ella durante una larga temporada. Todavía puedo recordar cómo me sentaba en un cómodo diván y pasaba la hora que duraba la consulta sin pronunciar una sola palabra. Así durante días, semanas, incluso meses.

Perdí el contacto con la realidad y me aislé en un mundo en el que aún estaban mis padres conmigo. Y, en ocasiones, hablaba con ellos como si nunca me hubieran dejado.

Jack lo pasó fatal viendo cómo yo parecía estar perdiendo la cabeza.

Mi habitación se convirtió en mi refugio. Salía exclusivamente para ir al colegio, y no todos los días, y a la psicóloga. Me convertí en alguien al que seguramente hubiera odiado. Además traté a todo el mundo con desprecio e ignorancia.

Sin querer, olvidé todos los valores que me habían inculcado. Me encerré en mí mismo y obvié cualquier información que me pudiera llegar del exterior. Es posible que aquel día también muriese una parte de mí.

—Señorito, ¿quiere que preparemos algo especial para este lunes?

—No, Jack. No te preocupes.

Como todos los días, Mady me preparaba la comida y la dejaba en la cocina lista para cuando quisiera comer. Solía salir a por ella y volvía a mi habitación con una bandeja repleta de alimentos para encerrarme de nuevo. Ni siquiera les permitía traérmela para que no perturbasen mi tranquilidad en ningún momento.

Es increíble cómo tu vida puede cambiar de un día para otro. De la felicidad más absoluta a una tristeza que es capaz de adueñarse de todo.

Soñaba todas las noches con que volvían de nuevo. Incluso me despertaba y salía corriendo hasta su habitación para cerciorarme de si sería cierto. Pero lloraba. Lloraba en ese maldito cuarto al darme cuenta de que seguía vacío. Demasiado vacío.

Derramé tantas lágrimas que me sequé por dentro. Un llanto inconsolable. También un dolor tan profundo que es imposible aplacarlo. Dicen que el tiempo lo cura todo. Pues es mentira. Ese refrán es una maldita mentira que la gente utiliza para intentar aliviar algo que siempre estará clavado en tu corazón. El tiempo lo único que hacía era partirme el alma. Y conseguir

convencerme de que jamás volvería a tenerlos.

De repente, te quedas solo en el mundo. Pero solo de verdad. Sin nadie. Con todo, pero sin nada. Con una gran fortuna pero completamente vacío. Y pobre, el más pobre. Pobre de sentimientos y de caricias. Pobre de miradas bonitas. Pobre de abrazos que te hacen sentir que todo irá bien. Pero, sobre todo, pobre de «te quieros».

En la mesilla de mamá aún había una foto. Un precioso retrato de los tres juntos en la playa. Ese verano. Lo recuerdo y es inevitable que me duela. Pasaba horas mirándola. Justo fue ese verano. Seguramente uno de los más bonitos que viviré jamás. Porque ahí sí que lo tenía todo. Y sentía más aún. Fui el niño más feliz del mundo y en una contrapartida casi mortal, ahora el más triste. Qué curioso, ¿verdad?

La vida es así. Es imposible luchar contra ella. Va pasando y te suceden cosas buenas y malas. Hay gente que opina que todo pasa por algo, pero ¿por qué murieron mis padres? ¿Qué explicación puede tener eso? ¿Qué sentido tiene dejar a un niño huérfano?

—Kilian. Hijo, tiene una llamada de Dakota.

Ella era lo poco que me quedaba y la única persona que sentía que, cuando me miraba, me entendía. Nunca me dejó del todo. Cuando necesitaba espacio, me lo daba. Pero cuando estaba a punto de romperme, llegaba ese abrazo que era capaz de unirlo todo de nuevo. Era y siempre será mi pequeña india.

—*Hey! What's up, Kil?*

Su voz siempre venía acompañada de una bonita risa contagiosa.

—Qué pasa, Daki, ¿cómo vas?

—¿Quieres que hagamos algo?

Nunca me apetecía salir a la calle. Pero, a veces, me obligaba a hacerlo para despejarme y sentir que, en el fondo, era libre. Me había condenado a mí mismo sin haber cometido ningún crimen.

—¿Vienes a casa?

—¡No! Venga, sal de ahí y ven tú a por mí.

Hacía un día estupendo. El sol entraba con fuerza en un hogar que se había quedado a oscuras. La luz no siempre ilumina. Y menos cuando tú no quieres que lo haga.

—Vale, me cambio y voy.

Después de darme una ducha y ponerme un chándal y unas zapatillas, avisé a Jack de que iba a salir.

—Perfecto, señorito. Ahora mismo le preparo un coche.

Cuando estaba en el patio, listo para salir en busca de Dakota, me di cuenta de que me había dejado la gorra en casa.

—Jack, por favor, ¿te importa bajarme una gorra?

Aquel hombre era mi sombra. Estaba pendiente de mí cada segundo de su vida.

—Aquí tiene. Cogí dos para que elija.

Sabía que nunca salía de casa sin esa prenda. Había adquirido tantas manías que hasta yo mismo me daba cuenta de lo insoportable que podía resultar.

Al principio, cuando sucedió la desgracia, la prensa no fue nada delicada. Sufrí durante los primeros meses un acoso que me hizo adquirir cierto rechazo hacia todo lo que tuviera que ver con ellos. Y posiblemente algo de manía persecutoria. Veía periodistas por todas partes.

Pusimos rumbo a casa de Dakota. Siempre me acompañaba uno de los hombres que trabajaban para nosotros. Jack nunca me dejaba salir solo a ningún sitio. En este caso, íbamos el chófer, el vigilante y yo. Pero aun estando siempre rodeado de gente, me encontraba solo. Muy

solo.

—¡Joder! No veas qué pesada Dolores con que adónde vas y dejas de ir —se quejó Dakota nada más abrir la puerta del coche—. Menos mal que le he dicho que venías a buscarme y parece que se ha tranquilizado. ¡Da la sensación de que todavía se cree que tengo diez años!

Ser adolescente en Nueva York no era fácil. Y menos para una mujercita que se había desarrollado antes de tiempo. La niña ya no lo era tanto. Ahora se había convertido en una altísima y preciosa amazona de ojos azules. Y entendía perfectamente la preocupación de dejar por ahí suelto a un ser de esas características. Era tan bonita que era imposible no fijarse en ella.

—Bueno, ¿adónde vamos? —pregunté.

Subidos en la parte de atrás del coche y después de recibir ese abrazo característico de Dakota, teníamos que pensar un plan divertido. Y yo, en eso, no era de gran ayuda porque tenía la misma vida social que el pequeño Frankenstein.

—¿Nos vamos de compras? Mírate, chico, vas siempre igual. Qué muermo de tío.

La moda no me preocupaba en absoluto. Prefería la comodidad por encima de cualquier cosa. Lo único que podías encontrar en mis armarios era ropa deportiva. Incluso en el colegio, en donde todos iban con un horrible uniforme, aceptaron que llevara un chándal negro. Creo que si me hubieran obligado a ponérmelo o hubiera cambiado de escuela o no habría asistido nunca más. Perder a mis padres me convirtió en eso: mi vida, mis normas. Porque pensaba que bastante me dolía el corazón por sí solo como para complicarme la existencia con idioteces del exterior.

—¿De compras? Madre mía. Venga, vale. Pero solo un rato, ¿eh?

Daki le dio las indicaciones necesarias al chófer para que nos llevara adonde quería. Mientras nos dirigíamos hacia allí, en medio del horrible tráfico neoyorquino, me iba contando no sé qué de algún trabajo que le había salido como modelo. Soñaba con ser una gran *top model* y parecía que iba bien encaminada. Tenía todo lo necesario para conseguirlo.

Pasamos toda la tarde de tienda en tienda. No puedo enumerar la cantidad de bolsas con las que salíamos de cada establecimiento. Estaba loca de remate. Todo lo que veía que le gustaba me lo compraba. Aunque con una condición: no estaba dispuesto a probarme nada.

«¡Mira! ¡No me digas que no es genial!», fue la frase más oída del día.

En cada tienda, un regimiento de dependientas nos seguía para ir cogiendo todo lo que la compulsiva clienta iba indicándoles. Mi papel era ir tras ella asintiendo con la cabeza.

Pero verla feliz se convertía, sin querer, en mi propia felicidad. Mientras correteaba por los locales como una hermosa loca, yo la observaba y olvidaba todo lo malo que tenía dentro. Poseía esa maravillosa capacidad: estar a su lado me transmitía paz y calma. Ella era la única que lo conseguía. Estaba enamorado perdidamente de Dakota. Pero no ese tipo de amor que pensáis al leer esa palabra. Era amor puro. Era mi hermana. Mi amiga. Mi familia. Mi alma. El color en los días más grises.

—Bueno, pues ya te hemos comprado ropa para un par de vidas.

Tras meter las últimas bolsas en el maletero del coche ya atiborrado, me dio un beso en la mejilla que me removió por dentro. Hay veces que la falta de cariño es peor que cualquier enfermedad. Y de eso también se puede morir.

Con tanta compra se nos hizo de noche. Aquel maldito ajetreo me había abierto el apetito.

—¿Quieres que cenemos algo? —me preguntó.

—¡Sí! ¡Por favor! Tengo un hambre que me muero. —Apenas conocía algún restaurante. Mi vida social, en general, era nula. Pero seguro que ella sí sabría algún sitio—. ¿Y adónde vamos?

Eligió un restaurante que, según decía, estaba muy de moda entre los jóvenes de nuestra ciudad. Un local de comida japonesa con una decoración vanguardista y juvenil. Pese a ser dos

adolescentes, parecíamos más mayores de lo que ponía en nuestro documento de identidad. Pero los diecisiete no es una edad como para estar solos por ahí hasta altas horas. Aunque nosotros teníamos el hándicap de mis dos perseguidores.

Justo en la entrada del japonés, sonó mi teléfono.

—*Mijo*, me dijo Simón que cenarás fuera. —Era Jack, que vivía preocupado por mí. No estaba acostumbrado a que saliera y menos hasta esas horas. Imaginé que había estado en constante comunicación con el vigilante que me acompañaba, cerciorándose de que todo marchaba bien.

—Sí, Jacky. No te preocupes. Cenamos y voy para casa.

—Vale, pero no llegue muy tarde. Se me cuide.

Aun dándome su beneplácito, tenía claro que no le hacía gracia que estuviera por ahí de noche.

La velada fue muy agradable. Pedimos mil platos para probar un poco de todo. No acostumbraba a comer fuera de casa, por lo que la curiosidad me llevó a pedir una cantidad ingente de comida y sobró buena parte de ella. Me sorprendió bastante porque estaba buenísimo. Nunca pensé que el pescado crudo pudiera saber tan rico.

Sentado en la mesa de al lado, Simón no nos quitaba ojo pero siempre con absoluta discreción. No me gustaba que la gente se percatase de su presencia. Durante toda mi vida quise ser un chico normal.

Dakota no paraba de bromear y de hablar. Era una pequeña criatura muy dicharachera. Y se metía conmigo constantemente, reprochándome mi desconocimiento gastronómico. Me llamaba: el niño rico troglodita. Decía que vivía en una cueva y que me faltaba un hueso en la nariz y vestir con taparrabos.

También me resultó divertido comer con palillos. Mi acompañante se moría de risa al ver cómo intentaba coger los alimentos con ellos.

—Jo, Kil. Tenemos que salir más y hacer más cosas de estas. Lo he pasado genial.

La verdad es que pasé una tarde increíble. Desde que salí de casa fui otra persona. Me reí, me divertí y me comporté como un joven normal. Eso era muy raro en mí. Llevaba tantos años encerrado en mí mismo que había olvidado la cantidad de cosas que te puede regalar la vida. Y más teniendo la posibilidad de poder disfrutar de todo lo que se me antojase.

El dinero no fue capaz de devolverme a mis padres. Tenía más del que cualquier persona podía imaginar, ni yo mismo sabía realmente lo que tenía. Pero eso no podía hacerme feliz. Sin pensarlo un segundo, hubiera dado todo por que ellos volvieran a mi lado. Papá me dejó la vida resuelta, pero al mismo tiempo me quitó lo más importante que tenemos: la felicidad.

—Sí. Yo también lo he pasado muy bien. Muchas gracias, Dakota —le contesté, agradecido.

Nos despedimos en el portal de su casa. Hay veces que no somos conscientes de lo que tenemos a nuestro alrededor. Nos ponemos a vivir sin detenernos en detalles tan simples como la verdadera amistad de alguien que te ofrece todo sin pedir nada a cambio. Ella era eso. Amistad pura y dura. Siempre lo fue. Desde pequeñitos conectamos de una manera brutal. Porque creo que hay personas que están predestinadas a encontrarse. Y yo tuve la suerte de encontrarla.

Al llegar a casa, justo en la cochera, vi que Jacky nos esperaba fumando uno de esos cigarrillos que siempre intentaba ocultar. Decía que el tabaco era malo, pero no era capaz de dejarlo. Lo hacía a escondidas, pero no podía desprenderse del fuerte olor que ese humo dejaba en su ropa.

—Qué tal, Kil. ¿Cómo lo pasó?

Su gesto reflejaba algo distinto. No podría describir el qué, pero notaba un comportamiento

extraño por su parte.

—Bien. Estuve con Dakota toda la tarde.

Mientras tanto, el chófer y Simón sacaban todas las bolsas del maletero.

—Veo que estuvo de compras. Me alegro de que lo pasara bien.

Ordenó que subieran todo a casa. Pero yo, sin pensarlo, me puse a echarles una mano también. No fui consciente de la cantidad de cosas que la loca de mi amiga había adquirido hasta que no vi la gigantesca montaña de bolsas apiladas en el *hall* de entrada. Creo que iba a tener ropa para el resto de mi vida.

—Pero, hijo, ¿qué es todo esto? ¡Usted enloqueció!

A Mady le hizo más ilusión que a mí ver todo aquello amontonado en la puerta y saber que había pasado un día fuera de casa haciendo cosas relativamente normales.

—No, no. ¡Esto es cosa de Dakota! —me justifiqué.

—Ya decía yo, *mijo*, ¡usted no gasta ni bromas!

Y los tres reímos al escuchar cómo se mofaba Mady de mi capacidad ahorrativa. Pero tenía toda la razón. Era un chico muy raro en ese aspecto. No me gustaban los videojuegos, ni los juguetes, ni ir de compras, me daban igual las cosas de marca y no veía la tele casi nunca. Mi gran pasión eran los libros. Quizá eran los únicos que me hacían olvidar y me transportaban hasta un mundo imaginario en el que podía ser el protagonista de cualquier historia. Esa era mi verdadera adicción.

Jack me conocía perfectamente. Sabía cuáles eran mis gustos e intentaba hacer cualquier cosa por complacerme. Casi a diario, traía libros nuevos completando una gran biblioteca que papá hizo construir en una habitación contigua a su despacho. Le apasionaba verme tirado en cualquier rincón de la casa leyendo alguno de los libros que él había comprado. Y quizá ese fue uno de los únicos temas de conversación con el que me entusiasmaba de verdad. Les contaba todas y cada una de las historias a las que me conducían esos seres de tinta y papel. Porque los libros eran vida. Y a mí me sacaban de un hogar en el que se respiraba tristeza.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, Mady se encontraba preparando la comida del mediodía. No sé cómo se las apañaba, pero todo lo que hacía desprendía un olor riquísimo. Ella tenía muchas cosas buenas, y una de ellas era que lo que se le pasaba por la cabeza lo soltaba sin importar lo que pensasen los demás y si era correcto o no.

—Mire, jovencito, me va a permitir que le diga que me parece fatal que no vaya a celebrar su cumpleaños —me dijo.

—Venga, Mady. No empieces.

Untando una tostada con mermelada de uva y recién levantado, sabía que la única manera de eludir aquella conversación iba a ser salir corriendo de la cocina.

—No, no. Venga aquí, muchachito. —Cuando me disponía a levantarme para abandonar el campo de batalla, la incansable enemiga frenó mi huida a base de palabras—: Usted me va a escuchar. Mire. No todos los días se cumplen dieciocho años, ¿sabe? Y me parece bien triste que no vaya a celebrar ese día como es debido.

Era reacio a cualquier tipo de festejo o reunión multitudinaria. De amigos iba muy justo en esa época. Ni siquiera con los chicos de mi escuela tenía afinidad alguna. Lo más que podía hacer ese gran día era lo que casi todos los demás: cenar con Jack y Mady algún plato rico que preparasen. A lo sumo, Dakota podría unirse a la celebración y así reuniría en la misma estancia a todos los seres importantes de mi vida. Esa era mi gran familia. Triste, ¿verdad?

—Pero, Mady… ya sabes que no me gustan nada ese tipo de cosas —traté de oponerme.

—¡Vea! Pero es que a usted no le gusta nada, *mijo*.

Era la única persona del mundo que me regañaba y se lo permitía. Además, me hacía mucha gracia cuando intentaba poner cara de enfado. Nunca consiguió echarme la bronca sin que acabáramos los dos muertos de risa. Cuando veía que su cabreo estaba llegando al punto álgido, la abrazaba con fuerza y llenaba su cara de besos hasta que se le pasaba. Luego iniciábamos un pequeño combate, ella intentado apartarme y yo haciéndole carantoñas y clavándole la nariz en el cuello.

Aquella pareja de colombianos, para mí, lo eran todo. Y creo que yo para ellos también.

Esa pequeña familia también había sufrido una gran pérdida en su vida. Por eso creo que teníamos esa conexión tan mágica. Los tres sabíamos lo que era echar en falta a las personas más importantes de tu vida y que ya no volverán jamás.

Al poco tiempo de fallecer mis padres, las obligaciones que tenían con respecto a mí les exigían pasar la mayor parte de su tiempo a mi lado. Sufrí el impacto de la pérdida con tanta violencia que tuve una época en la que vivir se me hacía muy complicado. Porque siendo tan joven es muy difícil saber afrontar ciertas situaciones.

Me costó mucho rehacerme como persona. Era incapaz de asimilar que ellos nunca más volverían, pero, sobre todo, que nunca más volvería a verlos. Tenía apenas once años, una edad en la que te enteras de casi todo, pero, a su vez, no terminas de entender casi nada. Mil preguntas sin responder no me dejaban casi ni conciliar el sueño.

Asignaron a Jack mi custodia por orden de mi padre, según me explicaron unos hombres que decían ser sus abogados. Me dijeron que papá dejó todo escrito en unos papeles que cuando fuera más mayor me enseñarían. En esa época todavía no era capaz de comprender ciertas cosas y, menos aún, en lo que a trámites legales se refiere.

Los primeros meses fueron fatídicos. Incluso sabiendo que estaban muertos, no paraba de preguntar por ellos y suplicarles que me llevasen adonde estuvieran. Mi mente no podía asumir tan triste noticia. Nuestro hogar se desestabilizó por completo y, sin querer, empecé a odiar todo lo que tenía relación con mi vida antes de pasar la desgracia. Hice que echaran a Joy. Me expulsaron de varios colegios porque andaba siempre en peleas y no hacía caso a nadie. Trataba con desprecio a Mady y perdí el respeto por todo. Pero Jack aguantó como pudo las impertinencias de un crío al que solo le movía el dolor.

Andrea, la hija del matrimonio, se vio muy afectada por el suceso y, como no podían atenderla por no disponer de tiempo, tuvieron que mandarla a su país a estudiar. Yo era la prioridad y les ocupaba todo el día. De repente, se vieron con un hijo adoptivo al cual debían cuidar y criar como si fuera de su propia sangre. Pero todo ello con los problemas que acarreaba mi comportamiento y una rebeldía exagerada. Fueron dos superhéroes que lucharon contra demasiadas adversidades juntas.

Una mañana, al cabo de los años… Nadie me despertó para ir a la escuela como de costumbre. Cuando me levanté vi que era muy tarde en un reloj grande de pared que tenía justo frente a la cama. Sorprendido, decidí ir a la cocina para ver cuál sería el motivo. Nada más abrir la puerta, observé cómo Mady lloraba desconsoladamente sentada en la mesa donde solíamos desayunar. Esa imagen me trajo recuerdos que me partieron el alma. El día que Jack fue a buscarme a la escuela, y al llegar a casa quise hablar con Mady, allí estaba, en el mismo lugar que entonces, llorando en la misma posición. Por un instante me quedé petrificado. No fui capaz de reaccionar. Quizá porque no entendía el motivo o porque ya había vivido la misma situación en su momento y no estaba preparado para revivirla de nuevo.

—¿Qué pasa, Mady? —le pregunté, asustado y temeroso de lo que pudiera responder.

—Hola, cariño. Nada, no pasa nada. Disculpe, pero ahora mismo le preparo el desayuno —

me respondió, secándose las lágrimas con los dedos y haciendo el amago de levantarse de la banqueta. Estaba completamente destrozada.

—No, no te preocupes. No tengo hambre —dije lo primero que me vino a la cabeza para evitar que se moviera del sitio. Nunca le había visto tan mal. Ni siquiera aquel fatídico día—. ¿Y Jack?

Me resultaba extraño que no estuviera allí con ella. Y más viéndola en ese estado.

—Ha tenido que salir a hacer unas cosas.

Notaba que intentaba ocultar algo. Percibía exactamente la misma sensación que cuando el accidente. En esa cocina se respiraba una pena que me era demasiado familiar.

—Mady, por favor. Ya no soy un niño, ¿qué pasa?

Era consciente de lo que había sucedido entonces. Era demasiado pequeño como para afrontar una situación tan dolorosa, de ahí que, al principio, intentasen engañarme con lo de que papá y mamá se habían ido de viaje. Pero ahora no. Ahora era un hombre que vivía en el cuerpo de un adolescente. Ese tipo de vivencias, inevitablemente, te hacen madurar antes de la cuenta.

—Hijo, pasó algo muy muy malo. —Su silencio dolía. No era capaz de apaciguar un llanto que se percibía desgarrador. Cuando consiguió respirar más tranquila, siguió hablando. Pero lo que primero me vino a la mente fue eso de «pasó algo muy malo», lo recordé con absoluta violencia y tristeza—: Nos llamaron hoy del pueblo. La niña…

Y, antes de que pudiera terminar la frase, cayó desplomada. El estruendo de su tronco y de su cabeza al golpear contra el suelo me dejó petrificado. Durante bastantes segundos no fui capaz de reaccionar. Solo podía observar el cuerpo inerte de aquella mujer, tendido a escasos metros de mí.

—¡Mady! ¡Mady! ¡Despierta! —exclamé, cuando recuperé mi movilidad y me dirigí corriendo hacia ella para levantarla. Pero me resultó imposible, no tenía fuerza suficiente. Como pude, de rodillas a su lado, la sujeté por el cuello y los hombros y puse su cabeza sobre mis piernas. No se movía—. Mady, por favor. Venga, ¿me oyes? Despierta, por favor —le supliqué.

Me temblaban las manos y sentí cómo mi corazón empezó a galopar con intensidad. No tenía ni idea de cómo actuar, pero tampoco quería dejarla sola. La zarandeé y le di suaves palmadas en la cara para procurar despertarla de aquella terrible pesadilla.

No soy consciente del tiempo que pasó, pero a mí se me hizo interminable.

—Mmmm… ¿Qué pasó?

Al abrir los ojos y verse en aquella posición, me miró entre sorprendida y asustada.

—Te caíste. Pero no te preocupes, ya está.

Quizá fue uno de los sustos más grandes que me había llevado. Ver a esa mujer, una de las pocas personas a las que quería de verdad, en aquel estado hizo que volviesen todos esos demonios que, más o menos, parecía tener controlados.

—Kilian, hijo, ¿qué hago así?

Tardó unos minutos en incorporarse. Yo hice todo lo posible para ayudarla porque tenía miedo de que se fuese a caer de nuevo. Tenía la mirada perdida y estaba pálida como un fantasma.

—Ven. Siéntate aquí.

Agarrándola por un brazo, la acompañé hasta uno de esos taburetes altos. Todavía notaba cómo me temblaba el pulso.

—Ay, *mijo*, ¿me caí?

Se echaba mano a la cabeza como si le doliera. Al fijar la vista y después de haberme tranquilizado un poco, me di cuenta de que una de sus cejas estaba comenzando a inflamarse. El

golpe había sido fuerte.

—Sí, Mady. Te caíste.

Con cuidado la abracé. Y al hacerlo comenzó a llorar, pero esta vez con timidez. Tenía su cabeza apoyada en mi hombro. Por un momento sentí que era yo el que debía protegerla.

—Andrea, hijo. Se la llevaron.

Sin poder remediarlo, me entraron unas terribles ganas de llorar. Intenté por todos los medios controlarme, pero las lágrimas salían solas. Sabía que lo único que puede hacer que una persona se destruya de aquella manera era la muerte de un ser querido. Al escuchar esas palabras, me di cuenta de que aquella cruel maldición había vuelto de nuevo a nuestro hogar.

No pude abrir la boca. No se me ocurría nada coherente para consolar un corazón completamente roto.

Nos mantuvimos en aquella postura lo suficiente como para darle a entender que yo estaría allí para lo que necesitase. Hice lo posible por abrigar a un cuerpo helado por el dolor de la peor pérdida que existe. Porque hay cosas que van contra natura. De algún modo, todos nos vamos preparando para la muerte de nuestros mayores. Pero, cuando sucede al contrario, cuando es un hijo el que se va, el dolor debe ser inconsolable. Y esa mujer lo tenía grabado en su rostro.

Durante toda la mañana, resonó una única y triste melodía en el Upper East Side: el llanto desconsolado de una madre que había perdido un trozo de su vida.

Pasado el mediodía, apareció Jacky. No podría encontrar suficientes calificativos para describir lo que sus ojos reflejaban. Su mirada era triste. Quizá la más triste que sentí hasta el momento. Mi protector, ese guardián silencioso estaba hecho pedazos. Y lo peor de todo era que no había manera de ocultarlo.

Estábamos en el cuarto de estar. Yo sentado en el sillón con un libro abierto y él en el umbral de la puerta. La distancia que nos separaba no era suficiente para disimular tanto dolor. Cuando tienes una imagen de alguien seria, segura, firme, y, de repente, se convierte en todo lo contrario, el impacto es exagerado. Nunca imaginé que iba a ver a ese hombre hecho añicos.

—Kilian, hijo. Con su permiso, Mady y yo nos tenemos que ir a Colombia. Será solo por un par de días.

—No te preocupes, Jacky. Tomaos el tiempo que haga falta. Estaré bien.

Es difícil saber cómo actuar en estas situaciones. Pero, sin pensarlo, me levanté y fui a darle el abrazo más sincero que hasta ahora le había dado. No me salió decirle lo mucho que sentía la muerte de Andrea. Porque creo que esas cosas hay veces que no hace falta hablarlas para saber que se llevan muy dentro.

—Gracias, hijo. Muchas gracias.

Esa misma tarde cogieron un vuelo privado hacia su lugar de origen. Pero, antes de irse, dejaron todo organizado para que no me faltase de nada. Margarita, una paisana de Mady que venía a diario para ayudarle en las labores del hogar, se quedaría de interna para todo lo que se refiere a comidas y limpieza. Y Simón, con dos hombres más, se encargaría de llevarme a la escuela y permanecer conmigo para cualquier cosa que necesitase.

—¡Espero ser la primera en felicitarte! *Happy birthday to you, happy birthday to you…*

Nada más descolgar el teléfono, la loca de mi amiga, después de esa exclamación, me cantó la canción de cumpleaños a voz en grito. No pude evitar reír al escucharla. Como modelo tenía un futuro prometedor, pero como cantante iba a morirse de hambre.

—Muchas gracias, Daki. Por supuesto que eres la primera.

Eran las doce en punto. A esa hora comenzaba un día en el que los recuerdos serían el protagonista principal. Habían pasado siete años de la muerte de mis padres y la sentía tan

cercana como el primer día. Pero antes dije que ese refrán era un engaño, que el tiempo no cura a nada, pues en realidad no cura pero sosiega. Adormece un dolor que será siempre eterno.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer?

Parecía que la que estaba de celebración era ella. Pero gracias a su entusiasmo, consiguió sacarme una sonrisa muy valiosa.

—Pues, de momento, ¡dormir! Mañana ya veremos.

No había planeado nada. Y encima Jack y Mady no habían regresado todavía porque se tuvieron que quedar arreglando papeles, aunque manteníamos contacto constante. Aquel hombre se preocupaba tanto por mí que ni en la distancia me sentía desprotegido. Ellos eran las únicas personas a los que de verdad invitaría ese día. Aunque amigos no me faltaban aun siendo un asocial empedernido. Bueno, amigos no es la palabra más acertada: gente que pululaba a mi alrededor. Cuando tienes dinero, siempre tienes personas cerca.

—*Oh, my gosh!!!* Es usted un auténtico coñazo, señor Sotomayor.

Nos despedimos muertos de risa. Dakota tenía la bonita virtud de hacerme feliz incluso cuando me regañaba.

Antes de dormirme, pensé en todos esos cumpleaños que me faltaban por celebrar sin mis padres. Y quizá, si me estuvieran observando por un agujerito, no les gustaría ver cómo su hijo era incapaz de ser feliz en un día que se supone que debe ser especial para el resto del mundo.

10

Me desperté temprano. Me había quedado dormido leyendo y el libro amanecía en el suelo justo al lado de la cama. No podía conciliar el sueño sin antes leer un poco. Porque cuando te duermes de esa forma, es más fácil soñar cosas bonitas.

Me gustaban las novelas de escritores españoles. Intentaba leer siempre en castellano para descubrir las miles de palabras que posee mi idioma paterno. Había autores fantásticos y, como buen lector, siempre fantaseé con cómo sería escribir tu propia historia. Debía de ser una experiencia única.

Margarita era una señora bajita y muy morena de piel. Colombiana, al igual que Mady, y con unos ojos marrones llenos de entusiasmo. Era muy educada y servicial. Y se preocupaba por cuidar todos los detalles al máximo. Su complexión era menuda, pero tenía una vitalidad que la hacía parecer mucho más grande de lo que su cuerpo representaba. Con el uniforme (seguían vistiendo igual que cuando mamá vivía: cofia y babi blanco) tenía un aspecto muy pizpireto.

Aquella mañana, el desayuno fue distinto. Era un chico de costumbres y, por lo general, no me gustaba cambiar. Pero la nueva cocinera me preparó un manjar digno de dioses: unos cruasanes con jamón y queso, un zumo de naranja natural enorme y un trozo de tarta de queso casera. Para chuparse los dedos. Así sí se podía empezar con alegría un nuevo día.

Durante toda la mañana, estuve recibiendo mensajes y llamadas para felicitarme. No es que fueran muchas pero las suficientes como para que no pudiera olvidar la fecha que era. Pero la más importante fue la de Jack y Mady. Percibía su tristeza a miles de kilómetros, aunque hicieron lo posible por ocultar su dolor y demostrarme lo que se alegraban en ese día tan especial.

—Hijo, quiero que sea muy feliz hoy, ¿me oye?

La voz de mi guardián sonaba apagada. La ilusión que desprendía aquel hombre parecía haberse esfumado como el humo de un cigarrillo solitario.

—Muchísimas gracias, Jacky, ¿cómo estáis? ¿Cuándo regresaréis?

Echar de menos era una sensación extraña y desconocida. También dolía. Nunca me había separado de ellos y, ahora que no estaban, me di cuenta de que les necesitaba.

—Pronto, *mijo*. Pronto. Usted páselo muy bacano hoy y no se preocupe por nosotros. Que sepa que le estamos queriendo mucho.

Escuchaba a Mady llorar cerca del teléfono. El llanto de aquella mujer me partía el corazón en mil pedazos.

—Y yo a vosotros. Y yo a vosotros…

Sin querer, regresaron esas lágrimas que tanto miedo me daban. Siempre que aparecían era para recordarme que la vida hace daño.

—La mamá también le manda un beso enorme. Cuídese mucho, mijo. Pronto nos vemos.

Al colgar sentí un fuerte pinchazo en el pecho. Como si alguien me hubiera clavado un alfiler justo en el centro. Fueron unas palabras preciosas pero cargadas de un valor emocional demasiado intenso como para que no te impactasen. Aquellas dos personas me querían por lo que era, no por lo que tenía.

Las felicitaciones prosiguieron. Había muchos a los que casi no conocía, pero este día siempre se acordaban y tenían un momento para llamarme. Sobre todo los hombres que trabajaban para papá que, se suponía, ahora lo hacían para mí.

Todo lo que tenía que ver con las empresas lo llevaba un señor llamado Markus. Markus Fellner. Según me explicaron en su día y por el trato que tenía conmigo, había sido uno de los

hombres de confianza de mi padre.

—*Morning, Kilian. How are you?*

Tenía un tono de voz muy característico: entre ronco y sobrio. Era un hombre altísimo, rubio, de ojos cristalinos y muy blanco de piel. Tendría alrededor de cincuenta años pero se conservaba en perfecta forma. Aparentaba bastante menos edad. Era originario de Alemania, pero había vivido en muchas partes del mundo. De ahí su perfecto conocimiento de varios idiomas, entre ellos, un castellano bastante fluido. Él se había hecho cargo de todo el entramado financiero de nuestra familia. Siempre me trató con mucho respeto y cariño. Aunque solo nos comunicábamos cuando necesitaba algo de mí con respecto a las empresas, que fue en muy pocas ocasiones.

—Hola, Markus. Muy bien, ¿y tú?

Le solía hablar en castellano porque me hacía gracia escuchar cómo se atascaba con las erres.

—Bien, todo bien. ¡Muchas felicidades! Ya *erres* todo un hombre.

Intentaba mostrarse cordial, pero su seriedad y ese tono de comandante nazi lo hacían casi imposible. Menos mal que le conocía un poco, si no parecería que más que felicitarme me estaba echando la bronca.

—¡Muchas gracias! Gracias por acordarte, Markus.

—No hay de qué, Kilian. Si mañana tienes un hueco, me *gustarría* que *vinierras* a mi despacho *parra* hablar unas cosas.

—Por supuesto, dime una hora y allí estaré.

Quedamos a las cinco de la tarde del día siguiente. Me gustaba ir de vez en cuando a la empresa a darme una vuelta. Me traía muchísimos recuerdos. Y, encima, todo el mundo me trataba genial.

Como celebración particular, pedí unas *pizzas* a domicilio, que por cierto eran una de mis guarrerías preferidas.

A las cuatro de la tarde, Dakota se presentó en casa de imprevisto.

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todos, cumpleaños feliz.

Apareció con una tarta enorme y una gran sonrisa. Después de haber engullido toda aquella cantidad de comida grasienta, estaba tirado en el sillón sin poder moverme, tanto, que ni siquiera me levanté para recibirla.

—Madre mía, estás como una cabra —le dije.

Después de dejar la tarta sobre una pequeña mesa de centro, se tiró encima de mí y me dio decenas de besos por toda la cara.

—¡Para!

Mientras nos reíamos a carcajadas, la aparté con facilidad, pesaba menos que un suspiro.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué vamos a hacer hoy, señor aburrido?

No tenía ningún plan pensado. Cuando hablé con ella el día anterior, lo único que se me ocurrió fue ir a cenar y, quizá, después, ir a tomar algo a un local de esos de mayores. Sería la primera ocasión que podría entrar legalmente.

—Si te apetece, elige el sitio que más te guste y te invito.

Se quedó pensando unos segundos mientras sonreía como una niña traviesa.

—¡Ya sé! Quiero que me lleves a Masa.

Había oído hablar de ese restaurante. Era uno de los lugares más caros de la ciudad y más elitistas. Reservar una mesa allí era prácticamente imposible. Había unas enormes listas de espera para poder degustar la comida del gran chef, Masayoshi Takayama. No sé qué le pasaba a Dakota con ese tipo de cocina. Parecía que tenía algún pacto con la comida oriental. De nuevo iba a llevarme a comer cosas crudas con esos terribles instrumentos de madera.

—Pero, he oído que ahí hay que reservar con unos meses de antelación, ¿no?

—Sí. He intentado ir varias veces, pero ¡es imposible!

Mientras hablaba puso gesto de cría revolera y caprichosa. Pero los retos eran una de las cosas que más me atraían. Siempre que alguien decía que algo era imposible, a mí me llamaba la atención sobremanera.

—Bueno, déjame que mire qué se puede hacer —le dije.

Tenía dieciocho años. Pero mi mente iba muy por delante de esa edad. Era un jovencito aviejado.

Mientras ella colocaba las velas en la tarta y preparaba una improvisada fiesta de cumpleaños con solo un par de invitados, no podía dejar de darle vueltas a la manera de conseguir la dichosa reserva en el prestigioso restaurante.

Cuando por fin me quedé solo, comencé a maquinar el plan de la noche.

—Simón. Por favor, ¿puedes subir un momento?

No había nada en la Gran Manzana que aquel hombre no pudiera conseguir. Fue la primera persona en la que pensé para resolver el problema de la cena. Él conocía todos los entresijos de la ciudad.

En cuestión de unos minutos, apareció en la sala de estar.

—Dígame, señor.

Que me hablasen de ese modo me hacía sentir mucho más mayor de lo que era. Entendía que podía ser por educación y normas del trabajo, pero a mí me resultaba un tanto incómodo.

—Por favor, Simón, ¿cuántas veces tengo que decirte que me llames por mi nombre y me tutees?

—Perdón, es que…

Parecía avergonzado. Antes de que me diera una explicación le interrumpí:

—No, no pasa nada. De veras. Y te lo agradezco. Pero es que me resulta mucho más cómodo así. Además, soy muy joven para que alguien mayor me trate de ese modo, ¿no crees? En teoría, debería ser yo el que lo hiciera, no al contrario.

Me miró sorprendido, asintiendo con la cabeza.

Era un hombre grandísimo. Me sacaba una cabeza y yo, por aquel entonces, mediría más de uno ochenta. Tenía la cabeza rapada y cara de muy pocos amigos. Sus ojos eran pequeños, un mentón muy definido y la nariz aplanada, imagino por algún tipo de deporte de contacto. Tenía pinta de bruto, pero, al mismo tiempo, de ser un trozo de pan.

—Vale, pues no se preocupe… perdón, perdón. Pues no te preocupes, que a partir de ahora será como dices.

Sabía que iba a costarle bastante acostumbrarse. Incluso tendría que decírselo a Jack para que no le regañara. Pero es que era demasiado formal para mi gusto.

—Oye, una pregunta, ¿habría posibilidad de conseguir una reserva en un restaurante para esta noche celebrar mi cumpleaños?

—Por supuesto, señor. Digo, mmmm… Kilian, ¿a qué restaurante quieres ir?

Aunque lo intentaba, no podía. Se le escapaba el «señor» y tratarme de usted de una forma inconsciente.

—Quería ir a un sitio que se llama Masa, ¿lo conoces?

—Sí. Lo conozco. Pero, me parece que ahí, justo, va a resultar muy difícil. Y más siendo para esta misma noche.

Creo que le había puesto en un compromiso. Su cara hablaba por sí sola.

—Eso me han dicho. Pero se puede intentar, ¿verdad?

Como buen niño rico, era bastante caprichoso. En pocas ocasiones no había conseguido mi propósito. El dinero tiene esa gran cualidad: hay muy pocas cosas que no se puedan comprar.

—Por supuesto. Ahora mismo me pongo a ello. Ah, y por cierto, feliz cumpleaños, señor.

Al marcharse, proseguí con las pesquisas. Se me había metido en la cabeza y ya no había quien me parase. Llamé a Markus, al amigo de papá, que horas antes me había felicitado, y a todo el que se me ocurrió que pudiera tener buenos contactos. Quedé en avisar a Dakota en cuanto tuviera la reserva y estaba como loco por oírla cuando le diese la buena noticia.

A media tarde recibí una llamada de la secretaria de Markus. Reconocí la voz al instante, porque ella era la que siempre me llamaba cuando Markus quería ponerse en contacto conmigo.

—Señor Sotomayor, hemos conseguido lo que quería. Necesito saber el número de personas porque el restaurante solo tiene sitio para veintiséis comensales —me informó.

¡Hecho! Lo había conseguido.

—Hola, Patricia. Seremos solo dos —le dije.

—Mmmm… ¿Solo dos? Me dijo el señor Fellner que quería celebrar allí su cumpleaños, ¿cierto? —preguntó sorprendida al escuchar el número. Cualquier fiesta de esas características sería mucho más multitudinaria.

—Sí, solo dos.

—Perfecto, entonces. La reserva está lista para las nueve.

Nada más colgar, llamé a mi joven india para contárselo. No imagináis la ilusión que le hizo. No podía verla, pero por su voz daba saltos de alegría.

Esa noche iba a vestirme como un hombre. Revisé las compras que había hecho Dakota y elegí un pantalón de vestir negro, una camisa blanca con diminutos puntos grises y unos zapatos muy elegantes, negros también. Al probármelo, me percaté de que aquel niño ya no lo era tanto. Parecía un hombre que había crecido antes de tiempo. Mi media melena me daba el aire que tenía papá. Elegante pero desenfadado. Serio pero divertido. No eres consciente de la imagen que das hasta que no te detienes a mirarte unos segundos. Pasamos por la vida correteando sin apenas intentar entendernos.

A las nueve menos cuarto, como habíamos pactado, estaba en casa de mi acompañante. Esperé en el coche mientras bajaba. El restaurante estaba bastante cerca, por lo que no tardaríamos en llegar. Como siempre, Simón nos acompañaba junto con el chófer.

Al verla salir del portal, fui consciente de que los ángeles existen. Llevaba un vestido blanco de vuelo que resaltaba su piel canela. Y en los pies, unas sandalias de tacón muy finas con una especie de cuerda enrollada por la pierna hasta la rodilla. Estaba mucho más que preciosa.

Al ver el coche, ese día habían cogido el enorme Rolls-Royce negro, se dirigió hacia nosotros. Andaba que parecía que iba a romper el suelo. Era una auténtica muñeca de carne y hueso.

—No he tardado, ¿no? —Se subió en la parte de atrás conmigo. Después de saludar a nuestros acompañantes, me dio un beso en la mejilla, y exclamó—: Pero, bueno, ¡qué guapo te has puesto! —Separándose de mí, me estudió sorprendida.

—Tú mucho más.

Entre cumplido y cumplido, llegamos a la puerta del Time Warner Center. Un edificio altísimo de cristal en una de las esquinas de Central Park, en el Upper West Side. Desde mi casa, casi podría irse andando.

El conductor nos dejó justo en la entrada. Unas letras enormes sobre una cornisa metálica no dejaban lugar a duda del nombre de aquella desmesurada construcción. La puerta principal era un reflejo de la clase y el poder de una de las ciudades más vanguardistas del planeta.

Subimos hasta la cuarta planta en la que estaba ubicado el prestigioso restaurante. Al intentar entrar, una señorita de origen asiático, muy educada, nos indicó que el establecimiento acababa de cerrar. Con cara de sorpresa, solo se me ocurrió decirle a Simón que hablase con ella porque la secretaria de Markus me había confirmado la reserva. No podía creerme que justo el día de mi cumpleaños me estuviera pasando eso. A lo mejor había entendido mal la hora.

Mientras nuestro acompañante charlaba con ella, Dakota me miraba desconcertada.

—*Excuse me, Mr. Sotomayor. Follow me please*.

Ya me parecía a mí que no tenía que poner en duda la efectividad de aquel alemán. Era meticulosamente perfecto.

Seguimos a la señorita hasta el interior del local. La decoración estaba diseñada con gusto. Predominaba el minimalismo y la sencillez. La madera y una luz cálida daban un ambiente muy acogedor al establecimiento.

Nos quedamos sorprendidos porque el salón estaba completamente vacío. La mujer nos condujo hasta una especie de barra de bar con unas banquetas altas. Nos invitó a tomar asiento y con exquisita educación pidió que esperásemos unos minutos.

—Pero, Kil. Esto está vacío.

—Ya, no entiendo nada.

Una vez acomodados y observando atónitos en silencio, apareció un hombre de origen oriental. Se puso justo frente a nosotros, tras una encimera de madera. A un lado había un pequeño fregadero y, al otro, un panel metálico que parecía una plancha para cocinar. Detrás de él, un curioso árbol desprovisto de hojas y con cientos de ramas culminaba un decorado idóneo.

—*Hi. My name is Masayoshi Takayama*.

Tenía la cabeza afeitada y el rostro curtido. Su mirada era inquietante y misteriosa. Y su voz… Su voz era grave y algo ronca. Era de ese tipo de personas que te apetece conocer tan solo con sentir su presencia y que al escucharle te pierdes en el laberinto de sus palabras.

Nos mostró un adelanto de lo que iba a suceder desde ese momento hasta pasadas un par de horas, más o menos. Iba a ser nuestro cocinero particular y elaboraría los platos en nuestra presencia.

Y entonces comenzó a confeccionar con delicadeza y minuciosidad los platos que íbamos a degustar. Fue la experiencia culinaria más especial de mi vida. El sabor de todos y cada uno de los ingredientes superaba con creces cualquier cosa que pudieras haber imaginado. La cara de mi compañera era todo un poema cuando probaba lo que nos iba ofreciendo el chef. La fama de aquel lugar era mucho más que merecida. Sin duda, el mejor restaurante al que había acudido jamás.

Las dos horas y media que duró la degustación se me pasaron volando. Para beber nos ofrecieron sake de distintos sabores. La combinación entre comida y bebida era perfecta. Cada paso que ese hombre llevaba a cabo estaba cuidado al milímetro. De ahí su reconocimiento a nivel mundial.

Cuando finalizó, el chef, muy amablemente, se despidió de nosotros. Dakota, obnubilada por el embrujo de aquel hombre, le pidió, con toda la educación del mundo, si podía hacerse una foto con nosotros. Cuando conoces a alguien que te impacta tanto, cualquier recuerdo que te lleves lo tendrás para siempre grabado en tu memoria.

Salimos los dos impactados por lo que acabábamos de vivir. Fue tal la impresión que permanecimos en silencio hasta llegar al automóvil.

—Jo, Kil. Muchísimas gracias. Ha sido una de las experiencias más increíbles de mi vida. Nunca lo olvidaré.

Sentados en el cómodo asiento del coche, mi compañera de vida me dio un abrazo precioso. Uno de esos que te hacen suspirar muy fuerte.

La influencia de Markus alcanzaba mucho más allá de lo que imaginaba. Consiguió que uno de los cocineros más prestigiosos del mundo cocinase para nosotros en ese día tan especial para mí.

—Perdón, señor. ¿Adónde nos dirigimos ahora?

Simón permaneció en la sombra durante toda la velada. Tenía el don de estar siempre cerca sin apenas sentir su presencia.

—Eso digo yo, ¿adónde vamos?

—Ahora la que te tengo una sorpresa soy yo —me respondió Daki con una sonrisa traviesa.

Acercándose al conductor, le susurró algo al oído para que no pudiera escucharlo. Entonces, el chófer se puso en marcha hacia un destino incierto.

La *city* de noche era pura magia. El color amarillento de sus farolas y esa mezcolanza entre lo antiguo y lo moderno te hacían enamorarte de ella incondicionalmente. Era la ciudad de los sueños por cumplir.

Mientras comentábamos entusiasmados lo que había sucedido en aquel restaurante, llegamos al lugar enigmático: la puerta de uno de los clubs más de moda del momento. La entrada estaba abarrotada de jóvenes e iluminada por unos grandes focos.

—Señor, una cosa. Jack me dio órdenes que nada de discotecas.

Mi guardián se giró desde su posición y, muy serio, me transmitió aquel mensaje.

—Venga, Simón. Es mi cumpleaños. Además, nadie se lo dirá, ¿verdad, Daki?

Los locales nocturnos no me llamaban la atención en absoluto. Nunca había mostrado interés por ir a uno de ellos, pero ese día era distinto y especial. Por una vez en mi vida iba a celebrar algo como Dios manda, y como cualquier joven de esa edad lo haría.

—Va, Simón. Solo un ratito —insistí.

Dakota puso ese gesto que era capaz de amansar a cualquier fiera, mientras movía sus pestañas a la misma velocidad que las alas de un colibrí en pleno vuelo.

—Señor, se lo pido por favor. Solo un rato.

El chófer aparcó justo en la puerta. Decenas de personas deseosas por acceder, al ver el majestuoso coche, se giraron para descubrir quién saldría de su interior.

Simón bajó primero y nos abrió la puerta. Me sentía como una estrella de cine que llega al estreno de su película y atrae toda la atención.

Unos hombres trajeados nos abrieron un cordel para darnos paso. Nada más entrar, otro muy elegante saludó a Dak y nos pidió que lo acompañáramos. Recorrimos un largo pasillo hasta llegar a una puerta grande de color negro. Al abrirla, una bofetada musical me dejó perplejo. El volumen era atronador. Nada más entrar, me quedé unos segundos parado observando lo que tantas veces había visto en la televisión. Era la primera vez que entraba en un sitio así. La oscuridad, el ambiente, las miles de luces, toda esa cantidad de gente bailando al son de una misma canción. Todo me parecía realmente asombroso.

—¡Venga, Kil! ¡Vamos!

Dakota me despertó de aquella ensordecedora visión. Caminando entre la gente avanzamos tras la estela del señor trajeado.

En uno de los laterales había una especie de zona acordonada. Un par de vigilantes, también trajeados, custodiaban el acceso. Justo antes de entrar, una exuberante señorita con todos sus atributos casi al descubierto nos puso una pulsera de color dorado. Después, pudimos acceder a aquel lugar desde el cual podía verse toda la sala. Parecía uno de esos sitios vip en los que la

gente adinerada se gastaba cantidades ingentes de dinero mientras lo pasaba en grande y bailaba hasta altas horas de la madrugada (eso era lo que había visto en la tele). El hombre al que seguimos nos asignó una de las pocas mesas que había dentro de esa zona e hizo que un camarero nos atendiera de inmediato. Nos preguntaron qué deseábamos beber. Pero, la verdad, es que no sabía qué pedir en estos sitios. Quizá, una coca-cola no fuera muy apropiado.

—¡Qué quieres!

Para comunicarnos había que gritar. El sonido estaba altísimo.

—No sé. Pide tú lo que sea.

Mientras Daki hablaba con el chico de la pajarita, me apoyé en una barandilla metálica a observar con detenimiento el lugar. La gente bailaba frenéticamente al son de la música. El *disc-jockey*, situado en un escenario a nuestra derecha, era el encargado de mantener a toda la masa dando brincos como posesos. El género musical era *funky*. Y el tipo de público, gente de entre veinte y treinta años.

A los pocos minutos, cuatro chicas con bodis negros y portando unas bandejas con bengalas, se acercaron a nosotros y depositaron en nuestra mesa un montón de bebidas. Casi me muero de vergüenza. Toda la discoteca se giró para observar ese extraño espectáculo.

Después de ellas, unos cuantos jóvenes, casi todo chicas, se acercaron a mi acompañante y la saludaron efusivamente.

—¡Ven, Kil!

Me presentó al grupo entero. Parecían sacados de un catálogo de maniquíes. Eran todos y todas igual de guapos, altos y modernos que Dakota.

Al rato de conversar con esos inesperados invitados, volvieron a aparecer las chicas con más bengalas y una gran tarta. En aquel instante me hubiera gustado convertirme en avestruz para hacer un hoyo y esconder la cabeza en el suelo. Pero, para más inri, el *disc-jockey* paró la música y puso un improvisado y moderno *Happy Birthday*.

Vergüenza no sería la palabra más indicada. Casi palmo de la impresión. Nunca había tenido tantos ojos observándome mientras canturreaban la cancioncita al unísono. Pero tengo que reconocer que, para un recién llegado al mundo de los mayores de edad, fue una sorpresa increíble.

—¡Te voy a matar!

Cuando finalizó el dantesco espectáculo, no pude evitar estrechar a Dakota entre mis brazos. Ella había sido la responsable de todo aquello y era de agradecer. En el fondo, y aunque siempre estuve rodeado de gente, era un adolescente solitario e introvertido. Mi vida social se limitaba a todos esos libros de los que me imaginaba ser el protagonista. Sin embargo mi vida, mi verdadera vida, era demasiado triste para tener tan solo dieciocho años. Porque a esa edad debes reír. Meter la pata. Hacer locuras. Disfrutar de la vida. Pero sobre todo vivir. Y eso parecía que a mí se me había olvidado. No puedes vivir anclado a unos recuerdos que pesan lo suficiente como para que no te dejen continuar ese camino que todos llamamos vida.

La velada fue muy divertida. Nunca había charlado con tantas chicas. Y, por cierto, tan guapas. Se mostraban muy simpáticas y movían sus cuerpos con una destreza hipnotizadora. El local estaba de bote en bote. No cabía un alfiler. Desde nuestro privilegiado rincón se veía perfectamente toda la sala. Pero allí era un gusto porque no estaba muy masificado.

—¡Kilian! ¿Me acompañas al lavabo? —me preguntó Dakota.

Miré a mi alrededor para localizar a Simón y advertirle que salía un segundo del reservado. Teníamos que cruzar parte de la discoteca para llegar hasta los aseos. Pero, no le vi. Era raro, porque él siempre se mantenía cerca de mí. Aunque me lo estaba pasando tan bien que no le di

importancia.

—¡Venga! ¡Vamos, que me hago mucho pis! —me apremió.

Como una niña pequeña, sonriente y vivaracha, me cogió de la mano llevándome tras ella como a un pelele. Mientras caminaba, iba dando pequeños saltitos y bailando al son de la animada música.

Los servicios estaban bajando unas escaleras en otra pequeña sala con distinto estilo musical. Caminar entre el gentío era realmente complicado, por lo que no nos soltamos hasta llegar a nuestro destino.

—Un segundo, ¿vale?

Mientras ella hacía sus necesidades, intenté esperarla a escasos metros de la puerta de los lavabos, pero el paso era tan concurrido que tuve que apartarme un poco más para no molestar. Me sentía algo incómodo entre todo ese barullo de gente, muchos de ellos bajo la influencia de demasiado alcohol en sangre.

—*Hey, men! Are you that rich boy who speaks on TV?* (¡¿Eres tú ese niño rico del que hablan en la tele?)

Un grupo de tres chicos se acercó a mí irrumpiendo de imprevisto y no con mucha educación. Al escuchar su pregunta, me quedé unos segundos pensando.

—*No. You're wrong.* (No. Estás equivocado) —les contesté serio y tajante. No me apetecía tener que contar mi vida a ningún desconocido y menos aún abordándome de esa manera.

Desafiándome con la mirada, se marcharon en dirección al aseo. Los jóvenes tenemos la manía de retarnos cuando algo no es de nuestro agrado. Pero no puedes pretender hablar sin educación y que te correspondan con una gran sonrisa.

Extrañado por la tardanza, a los pocos minutos me acerqué de nuevo hasta el pasillo que conducía a los baños. Desde lejos, vi a Dakota hablando con los tres maleducados de antes. No podía creer que los conociera. Eran de esos jóvenes que se creen gánsteres por ir vestidos con ropa ancha, pañuelos y gorras como los raperos que salen en la televisión.

—Que pasa, Daki, ¿nos vamos?

Cuando estaba más cerca, me percaté de que el gesto de Dakota no era normal. Parecía intimidada o asustada.

—*Look who is here! The rich boy has a pretty girlfriend, right?* (¡Mira quién está aquí! El niño rico tiene una novia muy guapa, ¿verdad?)

Con un tono burlesco, uno me siguió desafiando con la mirada, mientras los otros dos jóvenes le reían su actitud de jefe de la manada. Era un joven más alto que yo, tendría entre veinte y veinticinco años y vestía como si acabara de salir del rodaje de una película con Tupac y 50 Cent.

—Venga, Daki. Vámonos.

Al intentar cogerla de la mano para sacarla de entre los tres, el chico me dio un manotazo en el brazo y siguió con su actitud amenazante.

—*Listen. I don't want any trouble. Let us go, all right?* (Escucha. No quiero problemas. Dejad que nos marchemos, ¿vale?)

El grupo se rio al unísono de la bravuconada de su comandante. Dakota tenía cara de estar muy asustada.

—*And if I don't want? What are you going to do about it, man?* (¿Y si no quiero? ¿Qué vas a hacer al respecto, chico?)

Y pegó su cara a la mía demasiado mientras me hablaba con desprecio. No entendía el porqué de esa agresión gratuita y la actitud chulesca de esos jóvenes. Yo no les había hecho

nada.

Sin pensarlo, en un acto reflejo e impulsado por una ira incontenible, le di un fuerte golpe usando mi frente contra su cara. El chico cayó desplomado al suelo. Los otros dos se quedaron perplejos al ver mi inesperada reacción. Pero dejándome llevar por una fuerza extraña, comencé también a pelearme con ellos.

No recuerdo nada de lo que sucedió de ahí en adelante. Lo único que os puedo contar es que, cuando recuperé la noción del tiempo, estaba esposado y en el interior de un coche de la policía.

Sentado en la parte trasera del vehículo, dolorido, imagino por golpes que me habrían dado, pude observar el gran revuelo que había en la puerta del local y la cantidad de agentes que se encontraban en la zona. No era capaz de creer que todo ese follón fuera por mi culpa.

11

—Señor Sotomayor. Acompáñeme.

Nunca imaginé que unos calabozos fueran así. En las películas los había visto como habitaciones mugrientas, infectadas de delincuentes peligrosos y en condiciones precarias. Pero aquel era todo lo contrario. Una salita con una pequeña cama metálica, el suelo de baldosas estaba limpio y las paredes no tenían los típicos dibujos o frases que siempre veías en la tele. Pero lo que más me sorprendió fue la tranquilidad con la que afronté la situación. Parecía estar detenido pero nadie me había explicado nada aún y yo me mantenía en calma esperando a que alguien me dijera algo.

Tumbado en el incómodo catre, una voz de hombre atrajo mi atención. Era un señor trajeado e iba acompañado por un agente. Después de abrir, me pidieron que les siguiera. Caminamos por unos pasillos muy iluminados con más salas, similares a aquella en la que había estado recluido, hasta llegar a un ascensor metálico. Los dos hombres permanecieron en silencio hasta detenerse en una habitación con las paredes amarillentas, una mesa y varias sillas.

Con severidad, el agente me pidió que me sentara. El otro hombre se sentó justo enfrente de mí.

—Señor Sotomayor, mi nombre es Federico Luganni y soy su abogado.

El tipo llevaba un traje italiano que le quedaba como un guante. Un pañuelo en la solapa a juego con la corbata y los gemelos, y el pelo engominado hacia atrás con tal perfección que parecía pintado. Una persona elegante pero en absoluto sencilla. Su pose demostraba seguridad y prepotencia.

—Encantado —dije, tendiéndole mi mano, que estrechó con firmeza.

Como donde me metieron no había ventanas, no era consciente del tiempo que había pasado. Incluso me quedé dormido y no me podía hacer a la idea de cuánto había durado ese sueño. No sabía si era de día o de noche. Lo que sí tenía claro, y más después de analizar la situación, fue que me había llevado más palos que una estera. Me dolían hasta las pestañas. Tenía la camisa rota por todos los sitios y me faltaba un zapato. Vamos, un auténtico desastre. Y lo que tampoco podía creer era que aquellos tres chicos fueran los causantes de tremenda paliza, porque, por lo poco que podía recordar, con ellos la cosa estaba bastante igualada.

—Me manda el señor Fellner y, a partir de este momento, seré su representante legal. —El hombre sacó unos papeles de un maletín clásico color caoba—. Se le acusa de dos delitos de agresión y uno de desorden y desacato.

No tenía ni idea de qué me hablaba y, menos aún, cuando todo estaba empañado por una pérdida de memoria insólita.

—Perdón. Es que no me acuerdo muy bien de lo que pasó ayer. ¿Me lo puede explicar más claro?

El agente permanecía de pie justo en el umbral de la puerta.

—¿No se acuerda? ¿Ingirió bebidas alcohólicas? —preguntó el abogado, sorprendido.

—Hombre…, algo bebí, pero para nada iba borracho.

—Pues, a ver cómo le explico. Según el informe policial, agredió a tres jóvenes dentro del establecimiento, cuando intervinieron los vigilantes que trabajaban en el local intentó atacarles y, por si no fuera bastante, cuando llegaron los agentes de la ley, también arremetió contra ellos.

Eso que decía me parecía una alucinación. Desde lo de los tres chicos tenía un vacío mental.

Por lo que ponía en ese documento, me había querido pegar hasta con mi propia sombra. No era la primera vez que me peleaba con alguien, tuve una época en la que fui un poco «revoltoso»,

pero de ahí a que hubiera perdido la razón, iba mucho trecho.

—Pues le juro que no me acuerdo de casi nada. Lo de los tipos en la discoteca sí puedo decirle que es cierto, pero todo lo demás, no.

Mientras yo hablaba, el hombre releía los documentos.

—¿Me puede decir la hora? —le pedí.

Desde esa distancia no era capaz de ver las finas manecillas del reloj del letrado.

—Las nueve y media.

—¿De la mañana o de la tarde?

—De la mañana.

No llevaba encerrado tanto tiempo como pensaba. Más o menos, el altercado había sido a las tres de la mañana y, entre unas cosas y otras, habría llegado a comisaría a las cinco. Tenía la mala costumbre de no llevar nunca reloj ni teléfono móvil, cosa que siempre me reprochaba Jack y por lo que me solía regañar con frecuencia. Pero el principal motivo era porque me lo dejaba por todas partes. Era bastante despistado en ese aspecto.

Mientras el abogado estaba explicándome los trámites que iba a llevar a cabo, para que pudiera salir lo antes posible, el señor Fellner, acompañado por otro hombre, entró en la sala.

—Buenos días, Kilian —me saludó.

—Hola, Markus.

Según me miró, noté que parecía molesto o enfadado.

—Por favor, déjenos solos un momento.

El acompañante del recto germano ordenó al agente que saliera de la sala.

—Te presento a Anthony Barrymore. Es el jefe de policía de Nueva York.

Para saludarle, me levanté de inmediato. No llevaba uniforme y tampoco parecía tan mayor como para tener un cargo tan alto.

—*Pleasure, sir.*

El hombre estrechó mi mano con firmeza, a la vez que me miraba fijamente. Era un poco más bajo que yo. Tenía el pelo negro, usaba gafas y era de complexión gruesa. De gesto adusto pero su mirada desprendía bondad.

—Me puedes hablar en castellano, jovencito.

Después del saludo correspondiente, tomaron asiento y yo les imité.

—¿Qué pasó anoche, Kilian?

El sonido rotundo de su acento alemán se percibía distinto. Parecía preocupado.

—No lo sé bien, Markus —contesté al cabo de unos segundos—. No recuerdo casi nada. Solo que unos chicos se metieron con Dakota y terminamos peleándonos.

Quizá pensasen que estaba mintiendo. Pero era completamente cierto. Había un agujero en el tiempo que duraba desde la discusión hasta que me vi montado en el coche patrulla.

—Pues, jovencito, según me han contado, no parecías estar tan bebido como para no acordarte de nada.

El comisario jefe me observaba con desconfianza. Tenía pinta de no estar creyéndose nada de lo que le decía.

—Señor, le juro que no iba borracho. No puedo decirle que no bebí en absoluto porque le mentiría, pero no tanto como para emborracharme de tal manera que no consiga acordarme de nada.

Todas las miradas apuntaban en una única dirección. Sentía sus ojos acusadores sobre mi persona.

—Los cargos son muy graves, Kil. No puedes comportarte así. Y menos aún ensuciar el

apellido de tu padre de esa *manerra*.

Markus no me estaba regañando. Su tono de voz no daba esa sensación. A aquel hombre se le veía triste. Triste porque el hijo de alguien muy importante para él se había metido en un tremendo lío.

—De verdad, Markus. Lo siento muchísimo, pero te juro que yo no tuve la culpa.

Intentar arreglarlo lo ensuciaba aún más. Pero no podía permitir que me echaran las culpas de algo que en realidad no había hecho.

—Da igual quién tuviera la culpa, señor Sotomayor. Todas las acusaciones apuntan a que fue usted el agresor, y en eso se basará el juez. Además, los que presentan lesiones más graves son ellos, no usted.

El resabidillo abogado, con el Código Penal en la mano, nos dio la charla sobre las posibles consecuencias que podía acarrear dicha denuncia.

—Espero que esta sea la única y última vez que te veo por aquí. He hablado con los policías que te detuvieron y con los chicos que agrediste y van a retirar los cargos. —El jefe de policía iba a darme una segunda oportunidad. Imagino que en esto tenía mucho que ver la influencia de mi apellido y la amistad que tenía con el amigo de mi padre—. Pero te aseguro que no habrá más oportunidades. La próxima vez tendrás que asumir la culpa y serás juzgado como cualquier otro ciudadano, ¿me entiendes?

Desde el colegio, nunca había llevado bien las regañinas. Reconozco que en aquel momento tenían motivo para hacerlo. Pero seguía en mis trece: yo no había tenido la culpa y los que habían empezado todo este lío fueron ellos.

—¿Has escuchado al señor Barrymore, Kilian? No habrá más oportunidades. No creas que porque *erres* quién *erres* te vas a librar de todo lo que te pase.

Markus seguía mirándome con un gesto extraño. No podía creer que la primera vez que tenía un problema de esa magnitud fuera suficiente para colgarme un sambenito que no me correspondía. No digo que hubiera sido un niño modelo, pero de ahí a que me tacharan de delincuente, iba mucho trecho.

—Sí, entiendo. Muchas gracias, señor Barrymore.

Con la cabeza gacha y asumiendo la culpa, di las gracias e intenté poner fin a la conversación en aquel mismo instante. Sabía que si seguían preguntando, al final, la cosa podía torcerse un poco más. Tenía claro que había hecho algo malo, pero ellos nunca entenderían que ese acto había sido provocado por aquellos malditos jóvenes.

Al salir de la comisaría, vi a Simón esperando. Me extrañaba que la noche anterior él no hubiera estado cerca para impedir lo sucedido. Pero, bueno, no todo se puede entender en esta vida.

—Hola, señor. Le he traído una camisa para que se cambie.

Con una bolsa en la mano y cabizbajo, me saludó. Parecía sentirse culpable de lo que había pasado.

Hacía un sol radiante. Tanto, que me molestaba un poco a la vista. El no dormir y la oscuridad hicieron que me costase acostumbrarme a tanta claridad.

—Gracias, Simón.

Me quité la prenda que estaba hecha jirones y me puse la nueva.

—Imagino que *estarrás* cansado, ¿no? —dijo Markus. Parecía más tranquilo después de haberme sacado de aquel embrollo. Justo detrás del coche en el que Simón me había venido a buscar, estaba su chófer esperándole.

—No mucho, la verdad.

—Pues como *quierras*, hijo. Ve a casa a descansar y luego nos vemos o, si lo *prefierres*, puedes venir conmigo al despacho.

Me recordó que ayer había quedado con él para hablar de no sé qué cosa.

—¿Puedo ir a casa a darme una ducha y voy en un rato?

Asearme no me vendría mal. Además, hacía unas horas, cuando me metieron en el calabozo, uno de los agentes me había entregado una botella de agua con unos cuantos apósitos para que me limpiara los restos de sangre que tenía por la cara.

—Sí, *clarro*. *Ahorra* nos vemos entonces.

Cada uno en su coche, pusimos rumbo a nuestro destino. De camino hasta Upper East Side permanecimos sin decir una sola palabra.

Al llegar a casa, me dirigí directamente a darme un buen baño. Lo necesitaba para relajarme. Menudo cumpleaños movidito había tenido.

Una de mis preocupaciones era cómo se encontraría Dakota. Ella se había tragado toda la movida en primera persona e imagino que estaría preocupadísima.

Metido en la bañera hasta arriba de agua caliente, decidí coger el teléfono para llamarla.

—*Hey, Daki. How're you?*

—¡Kilian! *My gosh!* ¡Estaba muy preocupada! *Are you ok?* —gritó al escuchar mi voz. Casi no necesitaba teléfono para oírla.

—Sí. Estoy en casa.

—¡Ayer casi me da un infarto! No he podido dormir nada pensando en qué te pasaría.

Sentía su voz exaltada. Hablaba más rápido de lo normal y notaba su respiración incluso al otro lado del inalámbrico.

—No te preocupes, de verdad. Estoy bien.

Mientras charlábamos, iba observando mi cuerpo para analizar los daños sufridos. Tenía moretones por todos lados, un ojo a la *virulé* y la mano derecha hinchada como si llevase un guante de boxeo. Vamos, no sé si había ganado o perdido, pero tenía el cuerpo hecho un asquito.

—Oye, ¿me puedes contar un poco que pasó ayer? Es que no te creas que me acuerdo muy bien.

No iba a decirle que no recordaba nada porque no quería que ella me tachase también de loco psicópata.

—¿Que qué pasó? Madre mía, Kil. De repente, ¡te pusiste a darte golpes con toda la discoteca! ¡Estás loco! —Eso no me esclarecía nada—. Intenté separarte en varias ocasiones, pero no me hacías caso. ¡Estabas endemoniado!

Ante su última exclamación, no pude evitar soltar una carcajada.

—¡Qué dices! ¡Pero si empezaron ellos!

—Ya ya. Pero todo lo de después fue una pasada. Se te fue la cabeza, Kilian.

No quise seguir con las preguntas porque tenía una cita con Markus y debía vestirme para ir a la empresa. Pero en cuanto quedase con ella iba a hacer lo posible para que me aclarase esa laguna mental que me tenía un poco preocupado.

Me despedí de Daki y salí de la bañera. Después, me vestí rápidamente y fui en busca de Simón.

—Señor, me ha dicho Jack que le llame urgente.

Nada más verme, me ofreció un teléfono que tenía en la mano. Pero no estaba preparado para recibir otra reprimenda de nadie.

—Sí. Luego le llamo. No te preocupes. Nos vamos, ¿ok?

El hombre acató mis órdenes y partimos hacia el despacho del señor Fellner.

Al llegar al gran armazón de hierros con mi apellido como bandera, recordé aquel primer día que papá me llevó a conocer un poco de su mundo. Todavía seguía impresionándome la magnitud de lo que consiguió aquella gran persona en su vida.

El despacho de Markus estaba situado en la misma planta que el de mi padre. Un último piso que albergaba a los altos cargos de ese complejo entramado financiero.

No había vuelto a entrar en el centro de operaciones de mi progenitor. Cuando pasaba por delante de la puerta, una fuerza demoledora me apretaba el corazón. Allí era donde pasaba sus días y donde su esencia iba a permanecer siempre viva.

—*Hi*, Markus —saludé.

—Hola, Kil. Siéntate.

Markus ocupaba también una enorme sala de preciosas vistas. Con una decoración muy sencilla y sin muchos adornos. Pero la gran cristalera le daba mucha luminosidad y alegría. Justo en el centro había un gran escritorio con un sillón y dos sillas para atender a las visitas. La mesa estaba perfectamente ordenada y todo meticulosamente cuidado y limpio como una patena. En un lateral, un par de sillones con una mesita de centro y en la pared una gran estantería repleta de libros. Y en el otro lado, un único cuadro de él con una mujer preciosa y dos pequeños muy graciosos exactamente iguales.

—Markus. Antes no te he dado las gracias, pero quiero que sepas que estoy muy agradecido por todo lo que haces por mí.

Dentro de sus deberes, no venía especificado hacer de ángel de la guarda de un adolescente problemático. Desde que me quedé huérfano, había estado en la sombra, pero siempre muy cerca y preocupado por mi futuro. Aunque Jack no me lo dijese, sabía que mantenían contacto habitual para cerciorarse de que todo iba bien.

—No te preocupes, no es nada. Tú *padrre* hubiera hecho lo mismo por mí.

Charlamos sobre lo sucedido la noche anterior en la discoteca. Parecía que se le había pasado el disgusto y pudimos mantener una conversación normal. Le expliqué con pelos y señales el motivo por el cual comenzó todo e incluso noté cierta aprobación en sus palabras. Defender a los tuyos debe ser un valor que nunca debes olvidar.

Al rato, mientras hablábamos, entró su secretaria y le dio una carpeta.

—*Mirra*. Cuando pasó lo de tus *padrres*, los abogados y el *notarrio* se *reunierron* con el consejo *parra* leer el testamento. Él dejó todo escrito especificando los puntos que querría que se siguiesen si algún día le pasaba algo. En la reunión se leyó absolutamente todo lo que tu padre decidió antes de su muerte. —Hablar de aquello, sin querer, me ponía triste—. Y ahí es cuando entras tú. Su mayor preocupación *erra* esa: tú. Ni la empresa, ni el dinero, ni nada.

Se me estaba revolviendo el estómago escuchándole. Había recuerdos que dolían, y ese, sin duda, era uno de ellos. Todavía no era capaz de hablar de mis padres sin que me entrasen ganas de llorar. Y, encima, para mí, era una contradicción enorme, porque me consideraba un chico fuerte. Pero aquello era capaz de romper cualquier armadura que pusiese a mi corazón herido.

—Cuando redactó ese papel, escribió otro adjunto que, según dice aquí, se te debía entregar a su muerte. *Perro*, antes de eso, dejó especificado que si le pasaba algo antes de que *fuerras* mayor de edad, *esperrásemos* a que *cumplierras* los dieciocho para dártelo.

Un regimiento de hormigas correteaba por mi interior haciendo imposible que me estuviera quieto en la silla. Me ponía nervioso escucharle y me ponía más nervioso aún saber que dentro de esa carpeta había un trocito de papá.

—Toma, esta carta es *parra* ti.

Tendiendo su mano me ofreció un sobre blanco con un sello lacrado en color rojo. Al otro

lado, escrito a mano: «Para Kilian».

Al cogerla me comenzaron a temblar las manos. Y simplemente por reconocer su letra, mis ojos se humedecieron. Estaba nervioso, me puse demasiado nervioso. Porque hay cosas que uno jamás podrá controlar. Y esa era una de ellas.

—Gracias, Markus. Si no te importa, la leeré en casa.

No estaba preparado para abrir ese sobre. Ni siquiera sabía si algún día lo estaría. No podía creer que papá estuviera ahí dentro. No quería imaginar cómo sería sentir un trocito de él de nuevo.

—Por supuesto. Es *parra* ti.

Dejé la carta sobre el escritorio porque no era capaz de mantener mis manos quietas y se notaba demasiado teniendo algo entre ellas. La conversación prosiguió. A Markus, papá le había asignado una dura misión. Y esa misión era yo. Él iba a ser el encargado de irme explicando, poco a poco, todo lo relacionado con nuestros negocios.

—Kilian, aquí, en estos papeles, que son el testamento de José, pone *clarramente* una cosa. Tú erres el *herredero* universal de todos sus bienes. ¿Sabes lo que significa eso?

Mientras hablaba, mis ojos se iban hacia el sobre lacrado sin poder evitarlo. Me moría de ganas por saber que ponía, pero, al mismo tiempo, me daba miedo sentir algo tan fuerte.

—Sí. Imagino que será que todo lo de mis padres es para mí, ¿no? —admití.

—Exacto, Kilian. *Perro* es que no se si *erres* consciente de lo que *quierre* decir todo.

Mientras ojeaba los documentos, para lo que se tuvo que poner unas graciosas gafas, iba apuntando cosas en una libreta color gris.

—Pues no sé. Todo significará eso. Todo.

Tampoco tenía muy claro lo que me quería decir pero es que el significado de esa palabra era bastante claro.

—Sí. Todo significa todo, *clarro*. A lo que me *refierro* es a la magnitud de esa palabra —afirmó, dejando los papeles y mirándome fijamente—. Kilian, tus padres poseían una de las fortunas más importantes de este país y quizá del mundo. Eso *ahorra* es tuyo, ¿entiendes?

Nunca fui consciente del valor de las cosas. Ni me preocupé por lo que tenían o dejaban de tener. No era algo importante para mí.

—Pues no sé a qué te refieres, Markus.

—Que ya tienes dieciocho años. Ya *erres* mayor de edad y vas a tener que asumir una serie de responsabilidades. Aunque hasta los veintiuno, como está especificado aquí, tus actos deberán ser supervisados por mí y el bufete de abogados de la empresa, aunque podrás hacer uso del capital y los bienes como tú *quierras*.

Eso significaba que, a partir de hoy, el que era rico era yo. Sentí algo muy fuerte al pensarlo unos segundos.

—Pero esto no cambia nada, ¿verdad? ¿Seguiré estudiando y teniendo la vida que tenía?

—Por supuesto. Y tendrás que estudiar *durrante* muchos años más. Además, sabes perfectamente que una de sus grandes ilusiones *erra* que lo *hicierras*. Aunque sea por ellos, tienes que licenciarte y ser el mejor, Kilian. Creo que se lo debes.

El amor que desprendían sus palabras dejaba claro lo que ese hombre sentía por mi familia. Se le iluminaban esos inquietantes ojos transparentes.

—Y lo haré, Markus. Te juro que lo haré.

Si algo tenía claro era eso. Donde quisiera que estuviesen, si podían verme por un agujerito, iba a hacer todo lo que estuviera en mi mano para que se sintieran muy orgullosos de ese que se les había olvidado llevarse. Porque, en el fondo, soy un trozo de ellos que se ha quedado en la

tierra para nunca dejar que mueran del todo.

Después de hablar largo y tendido, de enseñarme toda la documentación y explicarme, más o menos, lo que papá había dejado especificado, cogí la misteriosa carta y me fui. Lo único que quería en ese momento era buscar un lugar solitario, donde nadie pudiera molestarme, para leer a papá. Él y yo solos.

En la puerta de mi edificio, porque ahora sí sentía que lo era, me esperaban mi sombra y el chófer.

—Simón, te tengo que pedir un favor.

—Dígame, señor.

Misión imposible. Por mucho que quisiera aquel hombre nunca me tutearía como a cualquier persona.

—Quiero ir andando a casa.

—Perfecto. Ahora mismo le digo a Will que se vaya.

Antes que le diera tiempo a abrir la puerta del copiloto para hablar con el chófer, le interrumpí:

—No, Simón. No me entiendes. Quiero ir yo solo.

Su cara se transformó. Le había puesto en un compromiso. ¿Dejarme solo?

—No te preocupes, de verdad. Estaré bien. Por favor.

En el fondo, era su jefe. Y, encima, a partir de ahora, sería yo el que tomase muchas decisiones sobre mi vida. Como bien había dicho el señor Fellner: «Vas a tener que asumir una serie de responsabilidades», y esa iba a ser una de ellas. Llevar guardaespaldas constantemente me incomodaba. Porque nunca estabas solo y eso, a veces, era necesario. Y porque siempre sentía cómo me perseguían los ojos de alguien.

—Pero, señor. Es que Jack…

—Simón, olvídate de Jack. Él lo entenderá —le ordené, sin dejarle terminar.

—Perfecto, señor. Usted manda —claudicó, agachando la cabeza.

Y ese fue el primer día que tomé las riendas de mi vida.

La Gran Manzana a la hora de comer era un laberinto intransitable. Miles de personas llenaban unas calles repletas de historias personales. El trabajo, la ilusión, las oportunidades, el día a día de un lugar que lleva tanta inercia que parece imposible ponerle freno. La *city* era constancia y dedicación. Porque sus gentes hacían que lo fuera. Era una urbe que vivía con intensidad. Y esa misma hacía que todo se moviera a un ritmo vertiginoso. Fue la primera vez que pude disfrutar de mi soledad y del pueblo que me vio nacer. Y también fue la primera vez que me sentí libre. El simple hecho de caminar sin rumbo me hacía muy feliz. Tanto que no recordaba una sensación parecida. Era un chico joven, en zapatillas, normal, como todos los demás.

Observaba con ojos curiosos todo lo que me rodeaba. Cosas tan simples como un puesto ambulante, un supermercado, una tienda de ropa… Me fijaba en ellas como si fuera de otro planeta. Porque nunca había tenido la posibilidad de ir a ningún sitio sin antes decirle la dirección a alguien. Y eso, pensándolo bien, no era vivir.

Tenía un largo camino hasta el Upper East Side pero me daba igual. Estaba tan contento por haber tomado esta decisión que podría ir caminando hasta la luna o más allá.

Después de andar durante un buen rato, subí por la Quinta Avenida casi todo el trayecto y llegué a las puertas del pulmón de Nueva York. Ya estaba muy cerca de casa. Contemplando los grandes árboles que desde pequeño habían protagonizado parte de mi vida, sentí que ese era el sitio donde debía leer la carta. Sin pensarlo, me adentré en el corazón de Central Park. Mientras

caminaba vi un gran olmo en medio de una pradera verde. Aquel era el lugar perfecto. Con la ilusión de reencontrarme de nuevo con papá fui hasta él y me senté con la espalda apoyada en el robusto tronco. Olía a naturaleza y a libertad. Con las manos temblorosas, saqué el sobre del bolsillo trasero del pantalón y lo abrí. El sonido del papel rasgándose hizo que algo dentro se me moviera con fuerza. Estábamos allí. Los dos. Solos. Con delicadeza desdoblé el folio y comencé a leer sin pensarlo.

Hola, hijo:

Solo con leer esas dos palabras, tuve que parar. Mis ojos se volvieron frágiles y las lágrimas me recordaron de nuevo que no tenerle duele.

Estaba escrita a mano. Cosa que la hacía mucho más especial.

Realmente, no sé por dónde empezar. Esto es muy difícil. Si tienes en tu poder esta carta es porque ya no estoy contigo y puedo imaginar el dolor que eso supone. La vida es así, Kilian. Todos, en algún momento, tenemos que partir. Pero espero que haya sido lo más tarde posible. Y solo puedo pedirte perdón por haberte dejado allí solo, aunque tendrás a mamá, que seguro es capaz de cuidarte como si estuviéramos los dos.

He decidido escribir esto porque no sé si a lo largo de mi vida habré tenido el valor de hacer que sientas lo que eres y fuiste para mí. Hijo, eres lo más bonito que me ha pasado y me pasará en la vida. Cuando tu madre me dijo que estaba embarazada, no fui consciente de lo que significarías. Empezaste a crecer y, sin entenderlo, te fuiste adueñando de mi corazón. Todavía recuerdo la primera vez que pronunciaste papá. Fue increíble.

Querer a alguien tanto te hace tener muchos miedos e inseguridades. Miedo a que le pase algo. Miedo a que te pase algo a ti y dejarle solo. Miedo a no poder hacerle feliz. Por eso, creo que todo lo que he hecho en mi vida después de ti ha sido con un propósito. Kilian, no puedes imaginar lo importante que has sido para mí. Te considero el motor de mi vida.

Hablar en pasado es muy triste, pero contra eso ni tú ni yo podemos luchar. No sé en qué momento de tu vida te llegará esta carta, pero espero que hayamos tenido el suficiente tiempo para disfrutar de mil cosas juntos. Porque, como alguna vez te he dicho: nunca seré más padre que amigo, ¿lo recuerdas? Espero haber asistido a tu graduación. Espero que fuese a mí al que le contases tu primer beso. Trabajar codo con codo. Verte ilusionado con tu vida. Ver cómo eres realmente feliz. Estar a tu lado cuando te cases, ¡que me hagas abuelo! Espero haber vivido todo eso juntos. Pero, lo más importante, es que al leer esto recuerdes que tuviste un padre que te quería con toda su alma.

Tampoco sé si habrá sido Markus el encargado de entregarte el sobre, pero, si ha sido así, quiero que sepas que él es una de las pocas personas en las que podrás confiar en todo momento. Hazle caso, nunca hará nada que yo no hubiera hecho por ti.

También haz caso a mamá. Siempre. Ella tiene ese carácter fuerte y autoritario, pero en el fondo es una mujer muy dulce y te quiere tanto o más que yo. Hazle caso, por favor, Kilian. Y quiérela por los dos. Porque, hijo, ella fue la que me enseñó el significado real de la palabra amar. Y ojalá, algún día, encuentres esa persona que te haga sentir eso que Alyn me hizo sentir a mí. Quiérela, hijo.

No podía leer una solo palabra más después de esas dos. «Quiérela, hijo».

—Papá, ella también se fue contigo.

Sin querer, balbuceaba palabras al aire. Aquellas letras dolían tanto que tuve que dejar el folio en el suelo para intentar tranquilizarme unos minutos. Llorar no es la palabra correcta para definir mi estado. No puedo decir que estaba llorando, era mucho más. Se me estaba escapando un trozo de alma por los ojos.

En una carpeta he dejado todo especificado. Todo lo mío es vuestro. Tampoco sé si llegado ese momento será mucho o poco, pero ojalá lo suficiente para que el dinero no sea un problema en tu vida. He luchado mucho para que así sea.

Kilian, otra cosa muy importante es que debes ser una buena persona. Por favor. Debes intentarlo. No podrás complacer a todo el mundo, pero inténtalo, hijo. Eso hará que te sientas bien contigo.

No desaproveches el dinero. No te conviertas en un rico insoportable como los cientos con los que he tenido que tratar a lo largo de mi recorrido. Sé humilde. Aunque tengas la suerte de poder tener lo que quieras, no lo despilfarres. Hay gente que no tiene nada, intenta ayudar.

Pero sé que vas a ser un buen hombre. Porque tus ojos lo dicen. Aunque ahora seas muy niño, lo presiento. Siento que he sido afortunado al tenerte. Porque aun siendo una familia tan pequeña, dejo un legado precioso al mundo. Y tengo claro que nuestro apellido será recordado por lo que tú fuiste, no yo. No permitas a nadie que te diga que todo lo que tienes es gracias a mí. Lucha por ello y haz que tu vida se convierta en la que tú quieras. Pelea, Kil.

Ahora toca despedirse. Pero esto no es un adiós, es un hasta ahora. Porque, ya te lo he dicho antes, siempre me tendrás a tu lado. Hijo, te quiero. Te quiero por encima de todo. Y siempre te querré. Recuérdame. Y no estés triste, por favor. No podría soportar ver cómo por mi culpa no eres capaz de ser feliz. Piensa que estaré muy cerca.

Y que nunca te dejaré solo.
Un beso de tu padre.

José Sotomayor

12

—¿Qué haces?

Acababa de llegar a casa después de una larga carrera por Central Park. Me gustaba correr por allí porque me traía recuerdos preciosos. Después de un día duro en la oficina, acostumbraba a hacer algo de deporte para aliviar todo el estrés acumulado. Antes de que me diera tiempo a ducharme, recibí una llamada de Dakota. Desde el desfile, no habíamos coincidido porque yo había estado muy ocupado.

—¡Eh! ¡Dak! ¿Cómo estás?

—¡¡¡Bien!!! Oye, ¿te vienes al cine esta noche? ¡Hay una película que estoy deseando ver!

Esa era una de sus grandes pasiones. Imagino que de casta le venía al galgo: sus padres eran actores, así que no podía ser de otra manera.

—¿A qué hora? —quise saber.

Seguía teniendo problemas de sociabilidad. Y más en aquella ciudad plagada de periodistas y curiosos. Tengo que reconocer que me había vuelto un poco neurótico en lo relativo a mi privacidad.

—Pues… a la última sesión. Creo que hay un pase a las nueve y media.

Tenía que reconocer que no me apetecía nada, pero no me vendría mal salir un poco a despejarme y charlar de cosas que no fueran el trabajo o el trabajo.

Nueva York era sinónimo de obligaciones. Desde que llegaba a la ciudad, no me dejaban tranquilo un segundo. Quizá uno de los motivos de haber elegido Yale para estudiar había sido ese. Allí, a cierta distancia de mis deberes, obtenía esos momentos de tranquilidad que tanto me llenaban.

—Venga, vale. ¿Te recojo? —claudiqué.

—No. Te recogemos nosotras mejor.

¿¿Nosotras?? Ya estábamos con las sorpresas inesperadas de mi misteriosa amiga.

—¿Cómo que nosotras? —pregunté. Por ahí sí que no iba a pasar. No me apetecía en absoluto, tener que hacerme el simpático con alguna joven casamentera que Daki quisiera meterme por los ojos.

—¡Calla! ¡Gruñón! A las nueve estamos ahí.

Y colgó, dejándome con la palabra en la boca. No os podéis imaginar el poder de convicción de aquella flaca, le importaba un bledo lo que los demás opinasen cuando se le antojaba algo.

Ese verano, al llegar de la universidad, tuve que asumir el cargo de varias transacciones de la empresa. Markus intentaba, por todos los medios, meterme de lleno en el negocio familiar. Mientras, yo hacía lo posible por delegar obligaciones para tener un poco de tiempo libre.

Los estudios marchaban sobre ruedas. Mis calificaciones superaban con creces la media. Por decisión propia, decidí matricularme en dos carreras a la vez y eso ocupaba gran parte de mi vida dejándome pocos momentos de libertad. Durante el periodo lectivo no paraba de devorar libros y jugar al fútbol americano, que, por cierto, no se me daba nada mal.

El baño de mi habitación era del tamaño de una casa convencional. Mis padres, cuando diseñaron la vivienda, hicieron de aquel espacio un pequeño refugio que les aislaba del resto del domicilio. La planta superior fue su lugar de paz y ahora era el mío. Parecía que dormir donde ellos lo hicieron me conectaba de una manera extraña y me ayudaba a no echarles tanto en falta.

Sin perder el tiempo, me di una ducha rápida y me vestí para la cita que Dakota prácticamente me había impuesto. El verano en Nueva York es bastante caluroso, por lo que decidí ponerme algo cómodo y fresco. Unos pantalones vaqueros y una camiseta de tirantes

ancha y larga. Me gustaba la ropa amplia porque me hacía sentir más libre.

A las nueve en punto, bajé a la calle acompañado de dos hombres que trabajan para mí. La decisión de haberme venido a buscar no era la más adecuada porque mis acompañantes iban a tener que seguirnos en otro coche y eso no le haría mucha gracia a Jack. Por aquel entonces, seguía preocupándose por mi seguridad como si todavía tuviera doce años.

A los pocos minutos de estar esperando en el portal, apareció un bonito deportivo que aparcó justo en el vado de entrada del edificio.

—¡Kil!

Con medio cuerpo sacado por la ventanilla del copiloto, vi a Dakota haciendo aspavientos con uno de sus brazos.

—Perdón, señor. Sacamos uno de los coches, ¿verdad? —me preguntó, incrédulo, uno de los hombres de la escolta al ver el automóvil.

—No, no os preocupéis. Hoy iré solo.

—Pero, señor, Jack…

Sabía lo insistente que era el colombiano respecto de ese tema. Y, como siempre, daba órdenes estrictas a los que me custodiaban para que no me dejasen ni a sol ni sombra. Pero, cuando podía, intentaba despistarles.

—No te preocupes. Está bien. Podéis tomaros lo que queda del día libre.

Al fin y al cabo, el que mandaba y tomaba decisiones era yo. Y ya no era un crío como para tener que ir acompañado a todos sitios. Una de mis grandes luchas era esa: ser un chico corriente y hacer lo que todos los de esa edad hacen.

Cuando conseguí que los hombres me dejasen solo, me acerqué hasta el coche en el que estaba mi amiga.

—Qué pasa, Daki, ¿cómo estás? —le pregunté.

Salió para darme un abrazo. Siempre que nos veíamos era para los dos un momento especial. Incluso cuando lo hacíamos asiduamente.

—¡Bien! ¿Y tú, qué? No te dejan tranquilo un segundo, ¿no? Madre mía, es más difícil quedar contigo que con el presidente —bromeó ella.

Mientras charlábamos y me recriminaba mi nulo interés por ella en los días anteriores, reclinó el asiento del copiloto para entrar en la parte trasera y dejar que me sentara delante. Cuando subí al coche, sentí un estremecimiento al ver quién era nuestro inesperado conductor…

—Hola, Kilian, ¿qué tal?

—Hola, Carmen —saludé, aunque me quedé completamente inmóvil. Fui incapaz de reaccionar con normalidad. Viví esa situación como si el tiempo se hubiera ralentizado.

—Mira, Kil. Ella es Laya —oí decir a Dakota.

Me giré para saludar a otra chica rubia con aspecto de muñeca que había sentada justo a su lado. Pero, en ese instante, el impacto de volver a ver a Carmen no me permitía prestar atención a nada que no fuese ella.

—Encantado —balbuceé.

Con la mirada al frente, evité cualquier contacto visual con Carmen. Me ponía nervioso y eso no era nada normal.

Fuimos a un *mall* a las afueras de la ciudad. Uno de esos lugares en los que hay miles de tiendas, restaurantes y sitios de ocio. Durante todo el trayecto, las tres mujeres no pararon de hablar de cotilleos y cosas de su trabajo. Por lo que pude averiguar, Daki y la otra chica rubia compartían la misma profesión: modelos. Mientras que la inquietante mujer española parecía dedicarse al cine o algo parecido.

Estacionamos en un *parking* gigante próximo a la zona de los cines. Ya había oscurecido y las farolas alumbraban nuestro camino. Era martes, si mal no recuerdo, y no había demasiada gente, cosa que celebré.

Andando hacia los cines, pude fijarme bien en la chica que era capaz de desatar un cataclismo en mi interior. Llevaba unas zapatillas Nike muy modernas y de varios colores vistosos. Unos pantalones vaqueros que le quedaban perfectos y una camisa de cuadros atada con un nudo a la cintura, dejando un abdomen liso y marcado a la vista. Era muy morena de piel y se apreciaba, a simple vista, la tersura y firmeza de su figura. Al andar, con aquella seguridad despampanante, su larga melena se movía con estilo cubriéndole parte de los hombros. Al prestar atención a mis acompañantes, me di cuenta de que iba a ser la envidia de todos los hombres de aquel centro comercial. Las tres chicas eran un despropósito de belleza.

—Mira, Carmen —dijo Laya, señalando un inmenso cartel publicitario, para que todos nos fijáramos en él—. Sales guapísima, tía.

Tenía frente a mí a esa mujer en tamaño gigante. Sus profundos ojos brillaban alumbrados por unos focos que iluminaban la enorme fotografía.

—Madre mía. Me hicieron mil fotos para esa campaña, ¡qué pereza!

El anuncio era de un perfume muy conocido. Bajo su torso, ponía en inglés: «A ella también le gusta…».

Quizá no era consciente de quién era aquella chica y de su popularidad. Pero, por el tamaño de aquel cartel y aquel mensaje escrito, mi curiosidad fue en aumento.

Llegamos muy justos de tiempo. La película había empezado ya, lo que hizo que Dakota se quejase como una niña gruñona. Nos tuvimos que sentar corriendo para no molestar al resto de los espectadores.

Hacía muchísimo tiempo que no iba al cine. Ni siquiera podía recordar cuál había sido la última película que vi.

Las butacas eran bastante amplias, tenía a un lado a Dakota y al otro a Carmen. No sé si os ha pasado alguna vez que vais a apoyaros en el reposabrazos y os encontráis que la otra persona lo hizo primero. Pues eso, exactamente, fue lo que sucedió. Al tocar el brazo de Carmen sentí electricidad. Y creo que ella también porque lo retiró rápidamente y me miró sonriendo.

—Perdón —me disculpé, algo avergonzado.

Parecía un crío la primera vez que tiene cerca una chica que le gusta. A mis veintidós años y estaba completamente embobado, increíble.

—¿Me quieres electrocutar? —me preguntó en voz baja y con picardía.

Creo que si hubiera sabido lo que en realidad quería hacerle no se habría reído tanto.

—No, no —acerté a balbucear. Era como si alguien estuviera poniendo freno a mis palabras. Me resultaba imposible construir una frase ocurrente y con cierto sentido.

La película transcurrió sin más. Pero si os digo la verdad, no me enteré de nada porque mi cabeza estaba entre dos aguas. Por un lado el espécimen que tenía al lado y, por otro, miles de quehaceres que me traían por el camino de la amargura. Por si no era suficiente la responsabilidad que supone estudiar dos carreras, la empresa ocupaba la otra parte de mi tiempo.

—Jo, me ha encantado, ¿y a ti? —me preguntó Dakota al salir, entusiasmada por lo que acababa de ver y poniéndome en un compromiso. Si me hubieran preguntado cualquier cosa acerca del contenido, no hubiera podido decirles ni el nombre del protagonista principal.

—Sí. Muy buena —mentí. Hay veces que las mentiras son necesarias. Decir siempre la verdad puede meterte en un laberinto sin salida. Y más cuando son para evitar una bronca de mi amiga. Todo lo que tenía de bonita, lo tenía de mal genio.

—¿Tenéis hambre? —intervino Carmen.

Yo estaba pensando justo lo mismo. Mi estómago protestaba como si llevara una semana sin comer. Pero había un pequeño inconveniente, eran casi las doce de la noche e iba a estar todo cerrado.

La decisión fue unánime. Cenar se convirtió en nuestro objetivo prioritario.

—Yo conozco un sitio por el centro que está guay y cierran supertarde.

—Esperad un segundo a Carmen.

Había perdido un segundo de vista a la despampanante morena que nos acompañaba. Unos cuantos chicos jóvenes la habían reconocido y la pararon para sacarse una foto con ella. Me hizo gracia ver cómo atendía al grupo de seguidores con una amabilidad y una sonrisa digna de una humilde estrella de cine.

—Ya está, disculpadme —nos dijo cuando volvió a unirse a nosotros por habernos hecho esperar, algo que me pareció digno de elogio. Su sencillez no dejaba traslucir hasta dónde podía alcanzar su fama.

La chica con aspecto de Barbie nos llevó hasta un local, de típica comida americana, cerca del Madison Square Garden. Un restaurante de esos en el que lo más sano que puedes comerte es una servilleta. Pedimos mil guarradas para compartir y, por si no fuera suficiente, yo continué con una gigantesca hamburguesa con patatas fritas. Estaba todo buenísimo. Pero lo que me sorprendió no fue la comida, lo que más me impactó es cómo engullían las tres damas que me acompañaban. ¡Madre mía! No sé dónde podían almacenar toda esa cantidad de alimentos, porque estaban flacas como palos de escoba.

La cena fue muy agradable. Teniendo la oportunidad de vivir ocasiones como aquella, me daba rabia ser tan insociable. Si me abriera un poco, seguramente sería más feliz. Una simple cena con amigos, muchas veces, te aporta más que cualquier otra cosa.

—Perdón, ¿te importa hacernos una foto?

Cuando trajeron los postres (no se puede explicar el tamaño de los platos de aquel establecimiento), Dakota, con mucha educación, le pidió a una camarera que nos hiciera un retrato del grupo.

Carmen pidió un *brownie* con el que podría alimentarse un pueblo entero. Pasé toda la velada observándola. Su comportamiento era comedido. Se reía tímidamente y hablaba con mucha tranquilidad. Tenía un timbre bastante grave para ser mujer, pero le quedaba muy bonito. Su voz podría servir para amansar cualquier fiera. Pero la virtud que más destacaba de aquella mujer era una seguridad inexplicable. No puedo definir algo que no tiene sentido. Y eso no lo tenía. Simplemente, su forma de andar, de pararse la convertían en un ser muy especial.

No esperaba conversaciones tan intensas como las que tuvimos aquella noche. Siempre nos creamos una imagen de la gente guiándonos por el aspecto físico. Pero no debería ser así. La apariencia no tiene nada que ver con lo que cada uno llevamos dentro. Ellas eran tres mujeres preciosas. Casi rayaban la perfección. Y no por eso tenían que ser tontas o superficiales. De Dakota lo tenía claro porque la conocía. Ella estaba llena de color y tenía una mente privilegiada. Pero las otras dos albergaban un mundo que tenía pinta de ser muy interesante.

Salimos del restaurante casi rodando. Comimos hasta reventar. Parecíamos cuatro bolas por el centro de la Gran Manzana.

—Yo voy a coger un taxi, que es tardísimo.

Laya nos abandonó nada más terminar de cenar. Y tenía razón, el tiempo había pasado volando.

Después de despedirnos de ella, fuimos caminando hasta un *parking* cercano donde habíamos

dejado el coche. Aquella ciudad por la noche era espectacular: un sinfín de luces alumbraban las calles que siempre permanecían despiertas.

—Bueno, ¿y ahora qué? ¿Para casa?

Dakota parecía tener ganas de continuar. Eran las dos de la mañana y tenía los ojos como platos. No daba el mínimo síntoma de querer irse a dormir.

—¿Nos tomamos algo?

Por lo que veía, ninguna de las dos tenía sueño. Todo lo contrario que yo. Llevaba desde las ocho de la mañana sin parar y no acostumbraba a estar hasta esas horas despierto. Pero algo me impedía poner fin a una noche tan interesante.

—Como queráis. Pero yo en estos temas estoy poco puesto —admití. De Derecho y Económicas entendía un montón, pero de locales nocturnos y fiestas en general muy poco.

—Creo que hay un sitio en TriBeCa que abre todos los días y siempre está guay —apuntó Dakota.

TriBeCa era uno de los barrios de moda entre la gente más elitista de Manhattan. En él había infinidad de comercios vanguardistas, restaurantes y locales de moda.

—Vale, pues vamos —se sumó Carmen.

Por lo que se veía, dormir no parecía entrar dentro de los planes de mis acompañantes.

Tardamos poco en llegar al local. La entrada estaba iluminada con una intensa luz blanca, lo que hacía muy fácil reconocerlo. Al parar el coche, unos señores con chalecos fluorescentes se acercaron y amablemente nos abrieron las puertas. Después, se lo llevaron para aparcarlo. Cuando nos acercamos hasta unos cordeles que impedían el paso, me di cuenta de las pintas que llevaba. Seguramente, con ese tipo de atuendo nos pondrían problemas para acceder.

—Daki, ¿crees que me van a dejar entrar así?

—Tú calla. Déjame a mí.

Mi amiga, con esa actitud deslumbrante, se acercó a los dos señores trajeados que custodiaban el lugar. Carmen y yo nos quedamos unos pasos atrás. Al decirles algo, que por la distancia no pudimos escuchar, uno de los porteros contestó moviendo la cabeza hacia los lados. Vamos, por lo que parecía, no nos iban a dejar entrar.

—Mala suerte, chicos. Vamos a tener que ir a otro sitio —nos informó con el ceño fruncido y hablando entre dientes. Yo tenía razón: las camisetas de tirantes no parecían el tipo de atuendo apropiado para entrar en aquel club.

—Bueno, si queréis me acerco en un segundo a casa y me cambio —les propuse, avergonzado por lo sucedido. Mientras ellas tomaban algo, yo apenas tardaría en ir a adecentarme un poco.

—¡Qué va! ¡Qué dices! Si estás guapísimo así —exclamó Carmen. La palabra «guapísimo» en su boca sonaba distinta que en la de cualquier otra chica. Aquel piropo espontáneo me puso contento y al mismo tiempo nervioso.

—¡Será por sitios! —afirmó Dakota.

Nos dimos media vuelta y pedimos el coche a los aparcas. Mientras tanto, ellas discutían sobre otro posible lugar al que poder ir y que nos dejasen entrar con mis pintas de vagabundo moderno.

—¿Kilian? —A mis espaldas, oí una voz de mujer pronunciando mi nombre. La curiosidad hizo que me girara—. *Sorry. Kilian Sotomayor, really?* —La pregunta me dejó bastante sorprendido. Asintiendo con la cabeza, le contesté—. *Excuse us. Please, come in.*

La que se disculpaba era una chica trajeada que nos abrió los cordeles para permitirnos el acceso al local. No quise averiguar el porqué y, mientras nos mirábamos atónitos, aceptamos la

invitación.

El local estaba bastante animado y había una clientela muy variopinta. Me sorprendía que un martes, a esas horas de la madrugada, hubiera tanta gente de fiesta. ¿No trabajaba nadie en la ciudad?

El volumen de la música era perfecto. Lo suficiente como para poder charlar sin tener que gritar.

—¿Qué queréis tomar? —preguntó Dakota, llevándonos a la barra para pedir algo de beber.

Ellas eligieron dos cócteles con un nombre imposible de pronunciar, y yo, la alegría de la fiesta, un zumo de tomate.

—¿No bebes alcohol? —me preguntó Carmen, curiosa y extrañada al oír mi elección.

—Pues, no. La verdad es que no suelo beber. El alcohol y yo no nos llevamos muy bien.

No había bebido en muchas ocasiones, pero alguna vez que lo había hecho los acontecimientos posteriores fueron una advertencia para saber que el alcohol no me sentaba demasiado bien.

—Qué curioso.

Me apetecía tener una conversación con ella a solas, pero ese día iba a ser imposible porque Dakota hablaba por los dos. No callaba ni debajo del agua.

Mientras bailaban y yo las observaba en la distancia (yo tenía menos arte que un sonajero), un chico mulato, con el pelo a lo afro, se acercó a ellas saludándolas muy efusivamente.

El sitio no era muy grande y la distribución bastante sencilla: según entrabas había tres o cuatro escalones que te llevaban a una pequeña pista de baile. Justo al fondo, ocupando casi toda la pared, una larga barra muy iluminada con tres guapas y atentas camareras. Y en los laterales, unas pequeñas mesas con taburetes bajos acogían a aquellos que quisieran disfrutar de una zona más exclusiva dentro del local. La iluminación de todo el conjunto era muy tenue predominando los tonos fríos.

El nuevo integrante del grupo hizo que me quedara solo con mi zumo de tomate. Ellas dos seguían bailando mientras el joven les contaba algo que, por sus expresiones, parecía muy divertido. Martes, casi las tres de la mañana, y yo haciendo el pardillo con un vaso en la mano y una camiseta de tirantes similar a un pijama. Penoso.

—Venga, Kilian, anímate.

Carmen, alertada por la imagen que debía de estar dando (parecía el perro del anuncio al que nadie quiere), se acercó para invitarme a que moviera las caderas. Asustado cual niño pequeño, rechacé la proposición de inmediato.

—¿No te gusta bailar? —insistió ella. Los focos alumbraban su piel brillante. Y sus ojos se habían encendido y no podías mantenerle la mirada más de unos segundos.

—No. No soy muy bailarín —admití.

—¿Pero tú de dónde has salido? No bebes, no bailas… ¿Te puedo preguntar cómo te diviertes?

Y tenía más razón que un santo. Si lo pensaba bien, no tenía *hobbies* como las personas normales. Lo único que realmente me atraía eran todos los deportes que implicasen cierto riesgo.

—Jajajajaja. Hombre, tengo formas de hacerlo —dije, riendo.

La situación, gracias al simpático mulato, se volvió idónea. Dakota estaba entretenida bailoteando con el chico y Carmen, por primera vez, fue para mí solo.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber cómo? —quiso saber Carmen.

De repente, percibí cierto interés. Toda la noche se había comportado muy correcta y sin dar síntomas de flirteo.

—¿Te atreverías a saltar de un avión? —solté.

El paracaidismo era una de mis aficiones secretas. Bueno, en general todo lo que tuviera relación con las alturas. No sé qué me pasaba cuando sentía la adrenalina de hacer algo que no controlaba del todo. También me gustaban los deportes en los que tuvieras que ir subido en una tabla: *snow*, surf, *skateboard*, *wakeboard*… y, como colofón, la velocidad. Disfrutaba como un enano con todo lo que me hiciese sentir muy fuerte.

—¿Saltar de un avión? Pero ¿tú estás loco? —respondió, riendo.

Tenía pinta de ser una chica valiente o, por lo menos, curiosa.

—Eso es.

Se quedó unos segundos pensando y mirándome. Fue un instante en el que percibes que no es necesario hablar para decir mil cosas. Que el silencio es muy elocuente y puedes perderte en unos ojos de los que no quieres salir jamás.

—Jo. Nunca me lo había planteado. Pero ¿me lo estás diciendo en serio?

Se le veía en ese punto en el cual la curiosidad vence al miedo. Necesitaba un pequeño empujón para decir que sí.

—¿Mañana? —Con esa pregunta la puse en un aprieto. Pero, no sé por qué, sabía su respuesta.

Al día siguiente, casi me da un paro cardiaco al escuchar el despertador. No recordaba que había quedado muy temprano para una reunión. Solía ser responsable, pero entre el sueño y que tenía una cita, llamé a la secretaria para que anulase todos los compromisos y, de paso, al aeródromo para que preparasen todo.

Y sí. Habéis leído bien: ¡tenía una cita!

Hacía un día perfecto para saltar. Antes de nada, eché un vistazo a la previsión meteorológica para cerciorarme de que las condiciones eran óptimas. No daban corrientes térmicas, que en verano son muy frecuentes, y prácticamente no soplaba el viento.

No llegamos a quedar a una hora concreta: el que se levantase antes de los dos llamaría al otro. Aunque, mientras estábamos concertando la cita, sucedió algo bastante curioso: Dakota se había olvidado de nosotros embelesada por los encantos del chico mulato. Carmen me estaba sometiendo a un interrogatorio digno del KGB. Pero, no sé por qué, no me importaba responder a sus preguntas. Y, de repente, mientras charlábamos, se quedó unos segundos mirando mis labios.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes una boca muy bonita?

Me quedé callado y me puse rojo como un tomate. La chica española tenía el poder de desestabilizarme con unas cuantas palabras. Pero lo peor de todo no fue eso. No. Sabía el poder que ejercía sobre mí. Y al ver que me quedaba pasmado sin poder hablar, se rio haciéndome sentir como si fuera la primera vez que hablaba con una mujer. Pues, en vez de ponerme violento, me gustó que fuera ella la que llevaba las riendas de la situación. Siempre estuve acostumbrado a lo contrario. Incluso me podía considerar un hombre con don de liderazgo. Pero esa noche mandaban sus inquietantes ojos negros.

Rebuscando en los bolsillos del pantalón, encontré el papel en el que me apuntó su teléfono. Como siempre, me había dejado el mío vete tú a saber dónde y no tenía la manera, ni de darle mi número, porque no me lo sabía, ni de anotar el suyo. Tenía un gran problema con ese chisme y me negaba en rotundo a tener que estar todo el día pendiente de él como si fuera una droga adictiva.

—¿Carmen?

—Sí, ¿quién es?

Tenía voz de acabarse de despertar.

—Soy Kilian. *Are you ready?*

Noté cierta risa nerviosa al escucharme.

—¡No! ¿Me estás diciendo en serio que nos vamos a tirar de un avión?

El día anterior, los cócteles la habían envalentonado. Pero, por la mañana, con las cosas más claras, le iba a costar mantener ese alarde de coraje.

—Muy en serio —respondí. Ahora iba a pagar el rato que me hizo pasar ayer con esa actitud dominante.

—¡Madre mía! ¡Estoy muy nerviosa! —exclamó.

Quedamos en que pasaría a buscarla al cabo de dos horas. Nada más colgar, recibí un mensaje con la dirección de su casa.

Había algo en ella que me movía por dentro. Solo con saber que iba a volver a verla, sentía un cosquilleo intenso en el estómago. ¿Nunca os ha pasado que al mirarte en el espejo ves que estás sonriendo como un idiota? Pues, eso mismo es lo que vi cuando fui al baño a darme una ducha.

Me vestí y preparé una bolsa con las cosas necesarias para pasar el día. Con todo listo, puse a Jack en conocimiento del plan a seguir.

—Señor, ¿cuándo va a dejar de hacer esas cosas tan peligrosas?

A mi niñera no le hacían gracia mis aficiones. Siempre, y aunque fuera mayorcito, me reñía cuando iba a practicar algún tipo de deporte extremo.

Por aquella época, era joven e impulsivo. Realizar ese tipo de actividades me hacía evadirme del día a día. Tenía demasiadas obligaciones y una vida llena de contratiempos. Casi nunca disponía de espacio para estar conmigo mismo y disfrutar de lo que en realidad me gustaba. Estaba desaprovechando una época que jamás podría recuperar.

Tardé en llegar a casa de Carmen más de lo que pensaba. El tráfico de aquella ciudad era un caos. Pero, por suerte, fui más o menos puntual. A los diez minutos de estar esperando en el portal, y después de haberle avisado con un mensaje que ya estaba allí, apareció.

Llevaba el pelo recogido en una coleta. Su belleza aumentaba con la cara totalmente limpia. Estaba preciosa.

Primero me dio dos besos que olían a ella y después se quedó unos segundos observando al hombre que me acompañaba en la distancia. Me había bajado del coche a recibirla y conmigo mi fiel guardaespaldas.

—¿Lista? —le pregunté.

—Pues, no mucho, la verdad —me respondió, con un gesto de niña traviesa, similar a cuando sabes que vas a hacer algo peligroso, pero te puede la intriga.

—Tú tranquila. Te va a encantar.

Pusimos rumbo hacia un aeródromo a las afueras de Nueva York. En el trayecto, emocionada por la experiencia, no paró de hacer mil preguntas. Se la veía ilusionada y nerviosa al mismo tiempo. Tenía algo que superaba a todas las mujeres que había conocido hasta entonces. Ya no solo por su aspecto físico, me gustaba hasta cómo gesticulaba cuando hablaba, su manera de comportarse, la educación con la que saludó a mis acompañantes.

Según se iba acercando el momento, su sonrisa se iba haciendo más amplia. Sabía que sería una experiencia que nunca iba a olvidar y que me ayudaría a irla embaucando poco a poco.

Las relaciones anteriores, que no habían sido muchas, fueron muy planas y lineales. Sin grandes picos emocionales que me hicieran sentir como ese día. Sabía que ella era distinta. Y me quedaba embobado solo por el simple hecho de estar a su lado.

—Pues parece que ya no tienes escapatoria —le dije.

Llegamos al hangar en el que se encontraba la avioneta. Una Pilatus Turbo Power iba a ser la encargada de subirnos a cuatro mil metros de altura para disfrutar de su primer salto en tándem. Uno de los encargados del mantenimiento y la seguridad le ofreció a Carmen un mono para que se lo pusiera. El atuendo que traía puesto no era el más apropiado para desempeñar este tipo de actividades. Se había vestido como si fuéramos a pasar un día de playa: pantalones vaqueros cortos, camiseta de tirantes y unas deportivas.

Cuando la vi salir del vestuario, no pude evitar sonreír al percatarme de cómo le quedaba la dichosa prenda. Parecía la protagonista de un cómic de los cuatro fantásticos. Estaba deslumbrante.

Las hélices del aeroplano hacían ese ruido característico que te pone la adrenalina por las nubes. Siempre, por muchos saltos que hubiera dado, me invadía una sensación brutal cuando me preparaba para saltar al vacío de nuevo. Y, en este caso, más aún. Iba a vivir el primer salto de alguien que me tenía desconcertado.

—Madre mía, Kilian. Me va a dar un infarto —reconoció Carmen.

El avión ligero tenía capacidad para diez personas. En él nos habíamos subido mi acompañante, el piloto y un experto saltador que iba a ser el encargado de cerciorarse de que todo estaba correcto. Recordaré para siempre la cara de Carmen cuando despegamos. Tenía los ojos abiertos como platos y miraba por la ventanilla con la misma ilusión que un niño al que acaban de regalar su juguete más deseado.

A mitad del vuelo, el instructor nos pidió que nos fuéramos preparando. Ocupamos nuestros puestos: yo sentado y Carmen, en la misma posición, con su espalda pegada a mi pecho. Mi corazón latía tan fuerte que tenía que sentirlo. Con meticuloso cuidado, el hombre nos unió con un arnés sujeto por unos seguros mosquetones. Ahora sí que era el momento de hacerla sentirse libre de verdad.

—*Kilian. When I tell you, come to the door and, at my warning, jump. Ok?* (Kilian. Cuando os diga os acercáis a la puerta y, a mi aviso, saltáis, ¿vale?)

Aquel hombre había sido el encargado de enseñarme todo lo que sabía acerca de aquel deporte. Confiaba en sus conocimientos al cien por cien. La gente cree que es una actividad peligrosa y de mucho riesgo, pero a mí nunca me lo había parecido. Me hacía sentir tan libre que todo lo demás daba igual.

—¿Nerviosa? —le susurré a Carmen al oído. Estábamos tan cerca que noté que su cuerpo se arrimaba más al mío.

—Kilian, te voy a matar —musitó.

El aire entraba con violencia por la puerta del aeroplano. Ya nos habíamos situado justo en el borde con todo preparado para lanzarnos a una experiencia inolvidable.

—*Go!*

La exclamación y un estridente sonido nos condujeron hasta la libertad en su máxima extensión. Teníamos el mundo a nuestros pies y un sentimiento difícil de explicar. Fuimos dos pájaros surcando nuestro propio cielo.

Los pocos segundos que duró la caída, Carmen no dejó de soltar exclamaciones y hacer aspavientos de alegría constante. Fue un viaje muy corto, pero de tal intensidad que lo llegas a vivir como si hubiera sido el más largo de tu vida. Su júbilo fue el mío durante todo el trayecto. Disfruté como un enano al darme cuenta de que teníamos muchas más cosas en común de las que imaginaba. Ella también era un espíritu libre. Una chica que se deja llevar por sus impulsos y no hace caso a lo que el resto del mundo cree que es correcto. Ese deporte solo es apto para gente

que necesita vivir con ganas.

—¿Te ha gustado? —le pregunté, una vez que nos desprendimos de todo el aparatoso equipo. Nos miramos y percibí la influencia de ese experimento. Sus ojos, por lo general, brillaban. Pero, en aquel instante, eran capaces de iluminar la oscuridad más tenebrosa. Porque hay personas que son luz y, Carmen, sin lugar a dudas, lo era.

—¿Que si me ha gustado? ¡Esto ha sido lo más *heavy* que me ha pasado en mi vida!

Y me dio un abrazo que me causó la misma impresión que a ella el salto. ¡Fue el abrazo más *heavy* que me habían dado en mi vida!

—¿Te apetece comer algo? —le propuse.

Me había entrado un hambre salvaje. Son solo cincuenta segundos en el aire saltando desde esa altura, pero la tensión que genera es como si hubieras hecho deporte durante un día entero. Mientras ella no paraba de explicarme las sensaciones que había experimentado, yo pensaba en qué hacer para retenerla a mi lado un poco más. Su sonrisa me generaba una extraña necesidad.

—Pues no sé si podré comer algo porque todavía estoy alucinando. Pero, vale. Te acompaño.

No era hora de cenar pero seguro que encontraríamos algún sitio en el que nos sirviesen algo.

Mi equipo de seguridad era muy numeroso. Siempre me acompañaban una o dos personas y otra se quedaba en el edificio custodiándolo. Eso las veinticuatro horas, aunque por la noche solo permanecían dos de los hombres en un apartamento habilitado única y exclusivamente para ellos. En él había todas las comodidades que puede tener cualquier casa.

El jefe del equipo era Simón. Llevaba con nuestra familia desde que tengo uso de razón. E incluso puedo recordar haberle visto escoltando a papá en alguna ocasión. Pero el que organizaba y supervisaba todo era Jack.

Realmente, era un poco incómodo. Mi propia libertad era algo relativo. Con el paso de los años conseguí asimilarlo, pero, al principio, llevaba fatal tener que ir siempre con alguien pendiente de mí. Ser millonario tenía un precio y esa era una de las partes negativas de haber nacido en una familia de ese estatus social. Aunque muchas veces me ponía cabezón y me escapaba yo solo a dar una vuelta. Mi vida no era tan compleja, ni tan oscura, como para estar en el punto de mira de algún psicópata.

—Dexter, queríamos comer algo, ¿sabes de algún sitio cerca? —le pregunté a uno de mis guardaespaldas.

—Por supuesto, señor. ¿Algún tipo de comida en especial? —me respondió al instante. No solo ejercían de guardaespaldas, me ayudaban en cualquier cosa que necesitase. Eran geniales.

Carmen no dejaba de hablar del salto. Describía con pelos y señales la emoción que había experimentado. Y era imposible no ser partícipe escuchándola con esa inmensa sonrisa.

Tardamos bastante en llegar a Manhattan a causa de un embotellamiento terrible. Pero no me importó en absoluto, y eso que odiaba los atascos. Estar sentado en el asiento trasero del coche con aquella chica era suficiente para que me diera igual casi todo.

La noche anterior habíamos hablado de mil cosas. Tenía tema de conversación para dar y tomar, y un desparpajo que debía de ser característico de la tierra de donde provenía. Los americanos somos más comedidos y no tan efusivos y sociables. Pero eso mismo me confundía un poco. No tenía claro las intenciones de aquella misteriosa señorita. Su simpatía quizá era algo innato. Y, aunque me costara reconocerlo, Carmen me gustaba. Sí. Me llamaba tanto la atención que me resultaba curioso. Quería saber más y más.

Nos llevaron a un restaurante en pleno centro. Al final, comió tanto como yo. Parecía que se le habían quitado los nervios del momento. Disfrutaba viéndola engullir la comida sin importarle las calorías.

—Y de ti, ¿no me cuentas nada? —me preguntó de pronto.

Llegar a ese punto era inevitable: hablar de mí. Había intentado hasta entonces rehuir de todas las preguntas que tenían que ver conmigo, pero sabía que en algún momento no tendría más remedio que responder a ellas.

—¿Qué quieres saber? —dije.

Estábamos sentados en una mesa con vistas a la calle. La gente avanzaba apresuradamente por la gran avenida atestada de coches. El restaurante estaba casi vacío. Los camareros se encontraban ocupados preparando las mesas para la llegada de los clientes a la hora de cenar. Pero estábamos allí solos. Sin importarnos nada que no fuera nosotros. Su interés se veía reflejado en sus ojos negros llenos de curiosidad.

—Pues no sé. He oído cosas de ti. Me tienes intrigada.

Sus últimas palabras me impactaron. Pero necesitaba saber qué tipo de interés sentía por mí.

—¿Has oído cosas? ¿Como cuáles? —pregunté expectante.

Prefería que fuera ella la que se descubriese. Y eso era algo que se me daba bien. Llevaba toda mi vida escuchando antes de hablar, un consejo que papá me dejó como legado antes de marcharse.

—Mmm… cosas. Muchas cosas. Ya sabes cómo es la gente y la prensa en este país.

Desde que cumplí los dieciocho, había ocupado la portada de ciertas revistas en bastantes ocasiones. Reconozco que alguna vez me había comportado como un excéntrico niño rico y eso me había convertido en el centro de atención de muchos curiosos. Pero, en el fondo, ellos no sabían nada de mí. Elaboraban una imagen basada en habladurías y rumores. Odiaba todo lo que tuviera que ver con ser un personaje público.

—Ya. Imagino. Pero ¿sabes una cosa? —repliqué.

—¿Qué?

—Nunca hay que hacer caso a lo que dicen los demás hasta que no lo descubres por ti mismo —admití con un gesto pícaro que dejaba claras mis intenciones. Quería saber más y que ella también supiera más de mí.

—Pues eso se soluciona de una manera muy simple. Tendrás que contármelo tú.

El tiempo se paró. Las manecillas de un reloj imaginario dejaron de funcionar para dos personas que se estaban empezando a descubrir. Porque eso era lo que estaba sucediendo en aquel lugar. Dos seres que no pueden dejar de mirarse mientras hablan y hablan sin parar.

Le conté muchas cosas que hasta ese momento no había desvelado a nadie: desde la muerte de mis padres, hasta mi rebeldía con la vida al no entender por qué me estaba tratando tan mal. Carmen no dejó ni un segundo de absorberme con su mirada. Pero me hacía sentir muy cómodo. Y no podía explicarme por qué. Veía algo en ella que no había sentido con nadie más. Mi dinero parecía no importarle. Simplemente quería descubrir la vida de un niño que había tenido la suerte de nacer siendo rico.

—*Sirs. If you'll excuse us, we're going to have to close*. (Señores, si nos disculpan, vamos a tener que cerrar.)

El camarero nos despertó de un viaje por el pasado. Nos hicimos un resumen de nuestras vidas en una tarde. Quizá una de las mejores que podía recordar. En ocasiones, alguien puede darte tanto que el resto del mundo pierde importancia. Y eso es lo que me hizo sentir Carmen aquel día.

—¡Madre mía! ¡Se nos ha hecho supertarde! —exclamamos casi al unísono.

Cuando salimos del local, del que prácticamente nos habían echado, nos dimos cuenta de que la ciudad parecía haberse ido a dormir. No miramos el reloj desde que nos sentamos a merendar

y no fuimos conscientes del tiempo que pasamos allí sentados, escuchándonos. Pero, por lo que se podía apreciar, tenía que ser pasada medianoche. Apenas había coches, ni transeúntes, ni nada de nada.

—¿Te llevo a casa? —le pregunté.

Y aunque resultase increíble, no me apetecía en absoluto alejarme de su encanto. Imagino que a todos os ha pasado alguna vez que conocéis a alguien y parece que lleváis compartiendo toda una vida, ¿no? Pues eso mismo es lo que me sucedió con esa española de ojos infinitos.

—Deberíamos —respondió.

La intuición me decía que ella sentía lo mismo. Aunque en algún momento uno de los dos tendría que despedirse y cortar aquellos hilos invisibles que nos atraían poderosamente.

El camino hacia su casa fue muy extraño. No volvimos a pronunciar una palabra más. Íbamos mirando por la ventanilla y parecía que ninguno quería que nuestros ojos se encontrasen de nuevo. Era raro. Y así me sentía, raro.

—Muchísimas gracias, Kilian. De verdad, me has hecho pasar uno de los días más especiales de mi vida —se despidió, tras darme un tímido abrazo.

Me quedé solo. Mucho más solo que antes. Aun estando con Dexter y Nain, estaba solo. Porque el corazón es el que más entiende de soledad. Y sin duda esa chica consiguió adueñarse de un trocito sin tan siquiera haberme enterado.

Al llegar a mi habitación, mientras me desvestía, hice un análisis exhaustivo de lo acontecido. Y la única cosa que saqué en claro fue que Carmen era distinta a todas las demás. Chicas guapas había conocido cientos. Personas interesantes alguna que otra. Pero la intensidad que esa criatura me hizo sentir había sido algo inexplicable.

Tenía veinticinco años. Había abandonado su país natal persiguiendo sus sueños. Vivía sola en una ciudad en la que hay que echarle mucho coraje para poder soportar su ritmo. Y aun así tenía una sonrisa que era capaz de decirte que todo iba bien. La palabra que podía definir lo que me contó fue admiración.

Esa noche iba a ser la protagonista principal de mis sueños. Os lo aseguro.

13

El nuevo trabajo me resultaba mucho más llevadero. Mi vida había adquirido cierto sentido y podía disfrutar un poco más de mí y de aquella ciudad mágica. Poco a poco, me estaba acostumbrando a trabajar de noche en ese horario tan complicado. Pero lo que más me gustaba era que parecía que me había hecho un hueco en ese lugar. Había pasado de ser el chico de la lista a tener cierta responsabilidad asignándome todo lo que tenía que ver con las reservas e invitados VIP. Javier, mi encargado, se portaba conmigo genial y, como él decía, teníamos muy «buen rollo».

El sueldo no era gran cosa, pero ganaba un poco más que en el restaurante y solo tenía que asistir tres días a la semana, y muchas menos horas. Me estaba costando bastante, pero parecía que, pasito a pasito, iba encontrando mi sitio en un escenario completamente nuevo.

Ya conocía a alguna gente y no pasaba todo el santo día solo como si estuviera loco. La soledad está bien, pero de vez en cuando hay que abrirse a los demás para no perderte en tu mundo. Me asombraba el carácter andaluz y todo lo que tenía que ver con su vida social. Casi todos los días podías quedar con algún grupo de amigos para ir a tomar una cerveza y pasar un rato agradable. El chico americano cayó bien en un entorno que todo se lo toma a guasa. Aun sin tener motivos, la risa y la alegría eran el denominador común de aquel maravilloso lugar. Cuando papá me hablaba con admiración de su tierra, no terminaba de entenderlo; ahora, que estaba empezando a conocerla, lo comprendía perfectamente. América es sinónimo de progreso y desarrollo, pero Andalucía es alegría y arte en toda su extensión.

—¿Qué pasa, *Carlito*? ¿Te vienes *pa* la feria un rato antes de ir al curro?

Manuel era uno de mis compañeros del trabajo. Desempeñaba la función de portero con otros seis chicos más que formaban el equipo de seguridad, pero con él era con quien mejor había conectado. Aunque el ambiente general era bastante bueno.

Era sevillano y demostraba estar orgulloso de serlo. Tenía un acento tan marcado que a veces ni le entendía, pero era gracioso a más no poder. Medía unos centímetros más que yo, como uno noventa aproximadamente, bastante guapo y con un cuerpo muy trabajado a base de horas de gimnasio. Además tenía muchas aficiones similares a las mías. Le gustaban todos los deportes que implicaran cierto riesgo y que te mantuviesen en sinergia con la naturaleza. Siempre me decía que, en invierno, iríamos a un sitio llamado Sierra Nevada a hacer *snow* para demostrarme que los americanos no teníamos ni idea. Tenía ganas de verle subido a una tabla y darle unas lecciones de ese deporte ya que no se me daba nada mal.

Ah, por cierto, como habréis leído, mi nombre allí dejó de ser Kilian. Gracias a Virginia, e intentando ocultar mi pasado, me presentaba a todo el mundo como Carlos. Aunque, por decisión unánime, Carlitos fue el escogido por una sociedad que todo se lo tomaba a cachondeo.

—Venga, *quillo*, ¿quedamos en algún sitio?

Sin querer, iba adoptando palabras del habla andaluza y me sorprendía la facilidad con la que iba adquiriendo el acento. Había veces en que no me reconocía al escucharme. Mi castellano era casi perfecto, pero todavía daba síntomas guiris, según me decían mis compañeros de la discoteca.

Era principios de mayo. Una de esas épocas en que Sevilla se vuelve mucho más mágica. Había oído hablar de la Feria de Abril a todo el mundo y por fin había llegado la fecha de celebrarla. La ciudad se vestía de gala para que tanto los sevillano como los miles de extranjeros que llegaban pudieran deleitarse y disfrutar. La gente se enfundaba en unos trajes típicos que me llamaban muchísimo la atención. Sobre todo los de las mujeres: les hacían verse realmente

bonitas Eran muy coloridos y vistosos, llenos de volantes y adornos.

Manuel pasó a recogerme por casa a eso de las seis de la tarde. Se había puesto como un pincel para la ocasión. La apariencia en la sociedad andaluza era uno de los aspectos a destacar: la gente se arreglaba muchísimo para las ocasiones especiales.

Al verle de esa guisa, sentí vergüenza de mí mismo. Me puse unos vaqueros y una camiseta como cualquier otro día, mientras que él llevaba camisa, americana y zapatos de vestir.

—Madre mía, Manuel. Déjame que me cambie y me ponga algo más apañado —le dije.

—¡Qué dices, *mi arma*! Aquí el que es guapo no le hace falta *na* más.

Con ese descaro característico hizo que se me quitara la vergüenza de un plumazo y partimos rumbo al emblemático barrio de los Remedios. Según había investigado, la feria se llevaba celebrando desde el año 1847. Una fiesta que pertenecía al patrimonio cultural de la ciudad y una de las más conocidas a nivel nacional. Estaba deseoso por descubrir qué hacía tan especial dicho acontecimiento.

Tuvimos que aparcar el coche lejísimos. Durante el trayecto me quedé maravillado con el ambiente jovial y la buena atmósfera que se respiraba por parte de todos los asistentes. La edad no era impedimento para disfrutar de unos días en los que la música, la comida y los «finos» (un vino blanco seco de Jerez de la Frontera) son la clave y esencia principal.

Las calles estaban abarrotadas de gente. La mayoría vestidos con sus trajes típicos: los de flamenca lo llenaban todo de colorido. Otra cosa que me dejó impresionado fueron los caballos engalanados y carruajes. Animales perfectamente cuidados y dignos de la majestuosidad de aquel festejo.

—¡Qué! Increíble, ¿verdad? —me decía Manuel, ante mi cara de asombro permanente.

Él, mientras caminaba, iba saludando a conocidos y amigos. Pero yo no podía dejar de mirar a mi alrededor, intentando que no se me escapase nada de lo que tenía delante.

La gente bailaba y cantaba sin parar. Llegamos finalmente a una zona en la que había un montón de casetas, todas en línea, adornadas con infinidad de flores de vivos colores y mesas y sillas para que los invitados pudieran sentarse, comer o lo que ellos quisieran. Cada una tenía su propio hilo musical, pero casi todas con un sonido en común: sevillanas, aunque en muchas eran los propios asistentes los que cantaban y tocaban la guitarra, dando un toque personalizado a cada una.

La decoración de las calles era preciosa. Del cielo, como si estuvieran suspendidas en el aire, colgaban guirnaldas y farolillos de colores, especialmente rojo, verde, azul y amarillo. Incluso algunos tenían lunares y otras decoraciones. Era parecido a la Navidad, pero sin frío y con mucho arte.

—¿Manuel?

Embobado por el gentío y esa maravillosa experiencia, al ir a decirle algo a mi acompañante, me di cuenta de que le había perdido. Intenté buscarle poniéndome de puntillas, pero nada. No estaba por ningún sitio. Y, para más inri, al ir a echar mano del teléfono móvil, maldije mi falta de atención y la maldita manía de no prestar cuidado a ese aparatejo. Se me había olvidado en casa.

Fui consciente de que sería muy difícil hallarle entre esa gran multitud. La bonita experiencia pasó a ser un auténtico desastre.

Ahora debía tomar una decisión: o me quedaba por allí esperando a que él diese conmigo, o volvía por donde había venido fijándome a ver si yo le veía. La segunda opción me pareció mucho más acertada.

Las calles estaban abarrotadas y hacía un calor digno de verano. El gentío ya no me resultaba

tan cómodo ni tan agradable. Y la alegría de la gente empezó a agobiarme un poco. Mientras caminaba entre la muchedumbre, buscando a Manuel como un loco, recordé el día que perdí a Jack en aquella inmensa juguetería. Evidentemente, no sentí lo mismo porque ya era un hombrecito, pero el recuerdo fue tan real que tuve que cesar el rastreo para tomar un poco de aire y tranquilizarme.

—¿Kilian? —oí a mi espalda.

Una voz familiar llamó mi atención mientras me mantenía abstraído en el pasado. Al girarme y enfocar, vi a Cristina Freisa.

—¡Hola! ¡Qué sorpresa!

Iba vestida con un traje de gitana blanco con lunares rojos. El pelo recogido y un precioso clavel del mismo color adornando su cabello castaño. Estaba muy linda.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás solo?

Mirando a mi alrededor, se dio cuenta de algo imposible de ocultar. Me había quedado más solo que la una. Y si no explicas algo así, la gente puede creer que estás un tanto trastornado. Ir a la feria sin acompañantes era especialmente extraño.

—Pues, aunque no lo creas, he perdido a mi acompañante.

Los dos nos reímos. Un hombre hecho y derecho más perdido que la madre de Marco resultaba bastante cómico. Por un instante, me sentí como el típico guiri que acaba de llegar a un lugar nuevo. Solo me faltaba la cámara y llevar chanclas y calcetines blancos.

—No te preocupes, aquí eso es muy normal. Con tanto jaleo lo más fácil es perderse.

La bonita andaluza iba con un grupo bastante grande. Todos enfundados en esa peculiar vestimenta y con aire festivo y muy alegre.

—Ya. Y más siendo la primera vez que voy a un sitio así.

—¿Te quieres unir a nosotros? Íbamos camino de una caseta de unos amigos ahora mismo.

La decisión era bastante obvia. Total, a Manuel ya no le iba a encontrar a no ser que tuviera un golpe de suerte.

—¿No les importará a los demás? No quiero molestar, de verdad.

Me resultaba muy extraño sumarme a un grupo de gente que no conocía en absoluto. Nunca lo había hecho y creo que ni siquiera había imaginado que lo haría. El señor Sotomayor en medio de un grupo de personas de los que ni siquiera conocía su nombre. Increíble. Si esto me lo hubieran dicho hace unos años, no me lo hubiera creído.

—¡Qué les va a molestar! ¡Todo lo contrario!

Fuimos caminando hasta una caseta bastante grande y muy bien decorada, con infinidad de macetas y farolillos. En la puerta había un par de señores que parecían restringir el acceso del público en general, pero de una manera muy discreta.

Nada más entrar, mis jóvenes e improvisados amigos comenzaron a bailar y a saludar a todos los que ya estaban dentro. Me causaba admiración su forma de moverse mientras tocaban las palmas al ritmo de la música. Era realmente curioso.

A un lado, y sin terminar de integrarme, observaba con detalle el comportamiento general de la gente. Tenían una cultura y unas tradiciones dignas de admirar. Me imaginaba que se celebrase la feria de Nueva York y no podía evitar reírme al imaginar a sus ciudadanos en un ambiente semejante. ¡Oleee! ¡Arsaaa!

—Venga, anímate, chiquillo —me alentó Cristina, que se acercó a mí bailando con garbo al verme en un rincón como una estatua. Mi proverbial timidez me impedía unirme al grupo y convertirme en uno más. Eso y que el baile y yo éramos incompatibles.

—Pero es que… —traté de resistirme.

Cogiendo mis manos me condujo hasta el centro del jolgorio. Mis pies intentaban moverse con cierta gracia pero no había manera. Mi aparato locomotor fallaba irremediablemente. Entonces es cuando notas que la señal de peligro se ilumina y quieres salir corriendo de allí sin mirar atrás. Estaba a punto de morir de vergüenza y era bastante difícil ocultar mi cara de consternación.

—Jajajajajaja. Tenemos que dar unas clases de esto porque estás «*mu* verde», *¡mi arma!*

Mientras Cristina se contoneaba a mi alrededor, y yo hacía como si estuviera bailando, me fijé en que la gente estaba más pendiente de pasarlo bien que del ridículo que yo pudiera estar haciendo. Eso me calmó e hizo que me relajase un poco. Todos estaban tan contentos y metidos en la fiesta que lo demás les importaba muy poco.

—Venga, anda. Vamos a tomar algo —me propuso ella, dándome por imposible y percatándose de que aquella situación me resultaba un poco incómoda.

Los clubs neoyorquinos no tenían nada que ver con los festejos en aquella tierra. El ruido que pinchaban en las discotecas era más fácil de bailar o, por lo menos, de aparentar que estabas bailando. Un poco de movimiento de cuello y pie, y arreglado.

—Mira, prueba esto. Es una bebida típica de aquí.

Me dio una copa pequeña con una bebida amarillenta. Antes de probarla acerqué el recipiente hasta mi nariz para aspirar su aroma. No estaba preparado para llevarme una sorpresa y que ese líquido me achicharrase la garganta.

—¿Qué es?

—Es una mezcla de vino de manzanilla con refresco de gaseosa.

Tenía un olor neutro. Con decisión di un trago para descubrir el sabor. Tenía un toque dulce y suave. Estaba bastante bueno y no se notaba para nada la graduación de alcohol.

—¿Me acompañas a echar un cigarrillo?

Con desparpajo y una sonrisa constante, cogió mi mano y salimos fuera de la caseta. El ambiente en la calle era similar al del interior de los locales improvisados. Todo era fiesta y entusiasmo.

—Bueno, y qué, ¿de qué trabajabas en América? —me preguntó para romper el hielo mientras encendía el pitillo

—Pues… allí trabajé de varias cosas, pero tampoco me dio tiempo a mucho porque estuve estudiando hasta que prácticamente me vine.

No mentir era casi imposible. Ocultar el pasado resultaba una labor digna de un espía chino. Pero no me quedaba otra, porque inesperadamente me apetecía hablar con ella.

—¿Ah, sí? ¿Qué estudiaste?

Estas eran cuestiones fáciles de responder pero sin querer me iban llevando hasta la parte que no quería mostrar.

—Hice Económicas y Derecho.

—Anda, qué coincidencia. Mi padre es abogado también.

Recordaba al señor que la acompañaba el día del restaurante. Con un traje que le quedaba como un guante y esa planta de hombre sofisticado. Por lo que había podido observar, debían de ser una familia acomodada. El círculo en el que se movía la chica, el ambiente familiar después de haberles visto en el restaurante, todo me indicaba que era una niña «pijita». Aquella palabra la aprendí de mis compañeros en la discoteca. La escuchaba muy a menudo cuando se referían a clientes de alta cuna. Por lo que deduje que yo también me podía encuadrar en el grupo de «niños pijos».

Nos quedamos charlando un buen rato en medio de la calle. Le conté muchas anécdotas de

mi vida universitaria, pero siempre escondiendo mi posición y todo lo que tenía que ver con el poder del dinero. Incluso tuve que decirle alguna mentira piadosa para no descubrirme del todo. Mostraba tanto interés que me hacía muy fácil hablar del pasado.

—¡Cris! Te busca tu padre —le gritó uno de los chicos del grupo desde la entrada de la caseta, interrumpiendo nuestra conversación.

—Ven. Vamos.

Siguiendo sus pasos, volvimos a introducirnos en el jolgorio sevillano.

Buscando entre la gente, reconocí al señor que la acompañaba el día del restaurante. Un grupo de hombres mayores, todos vestidos con trajes inmaculados, charlaban en círculo de una manera muy animada.

—Mira, papá, él es Kilian.

Primero dio dos besos a su hija y cambiando el gesto me ofreció su mano. De repente, noté cierta seriedad.

—Encantado.

La mirada del hombre no me causó buenas vibraciones.

—¿Te acuerdas de él? Es el chico que nos atendió en Lolita —explicó Cristina. Su alegría solventó la severidad de la presentación. Imagino que su forma de actuar venía precedida por el instinto protector de cualquier padre hacia sus hijos.

—Encantado, Kilian —dijo, aunque en sus ojos verdes había desconfianza, y no me gustó la reacción que tuvo conmigo.

Los dos se enfrascaron en una conversación que me excluía totalmente. Con discreción, decidí dejarles solos y me retiré con sigilo sin que pudieran darse cuenta. No quería pasar ni un segundo más cerca de aquel ejemplo de padre celoso.

De nuevo, me había vuelto a quedar solo en un lugar en el que ya no me apetecía estar. Sin pensarlo, salí de la caseta y miré hacia los lados para intentar buscar la dirección acertada hacia mi casa. Pero ni sabía dónde estaba, ni cuál sería el camino hacia villa Virginia.

—¡Kilian! ¿Te marchas?

La voz de Cristina hizo que me girase mientras estaba en medio de la calle como un pasmarote.

—Sí. Además, debe de ser muy tarde y tengo que trabajar esta noche.

Ella, al igual que yo, se tuvo que dar cuenta del mal rollo que se había producido al presentarme a su padre.

—Disculpa a mi padre… es que hay veces que es para matarle —admitió, corroborando así la sensación que había tenido.

—Qué va, no te preocupes. No pasa nada. Oye, ¿me puedes decir cómo se va desde aquí hasta el casco antiguo?

Con su simpatía habitual, me indicó el camino más corto para llegar a mi destino. Aunque también me avisó del largo trayecto que me esperaba.

—Oye, si algún día te apetece, podemos quedar y te enseño bien la ciudad —me propuso, poniendo el broche perfecto en su despedida.

Su rostro indicaba timidez y sus ojos color esmeralda inquietud. Cristina siempre se había comportado de una manera muy correcta. Mi intuición me decía que no tenía más interés que una simple curiosidad por conocer la historia de un chico extranjero. Pero con aquella propuesta, me di cuenta de que había algo más que eso.

—Me encantaría —acepté.

A mí también me apetecía descubrir un poco más de aquella mujer de profunda y ardiente

mirada. No es fácil encontrar gente que te haga partícipe de su felicidad simplemente estando a su lado. Y a mí, me hacía mucha falta eso. Porque yo había dejado ese sentimiento en mi país. Desde mi llegada a España, no había hecho más que ver cómo pasaban los días en un vano intento de llevar a la práctica el dicho de «El tiempo lo cura todo».

—¿Te apuntas mi teléfono? —me preguntó, con un halo de timidez que la hacían aún más guapa.

Estaba abriendo la caja de sus deseos sin importarle lo que los demás pudieran pensar. Al fin y al cabo, para su entorno imagino que sería un simple camarero que viene a buscarse la vida a un país extranjero. Todos los jóvenes de su grupo parecían ser chicos de familias acaudaladas y no tenían aspecto de querer abrir su pequeño mundo a nadie que no fuera como ellos. A decir verdad, aquella tarde, la única persona que me había tratado como si fuera uno más fue ella. El dinero y la posición social volvían a aparecer en mi vida como un enemigo inesperado.

—Pues, si te digo la verdad, no tengo dónde. ¿Me apuntas tú el tuyo? —confesé, avergonzado, y para que no pensase que no se lo quería dar, saqué el forro de mis bolsillos para mostrarle que estaban vacíos.

—Un segundo.

Y dejándome con la palabra en la boca corrió hacia el interior de la caseta. Al poco, volvió a aparecer con su hermosa expresión y una servilleta en la mano.

—Aquí lo tienes.

Sus dos besos se quedaron grabados en mi memoria. Había vuelto a desestabilizarme ese intenso olor a ella. De camino hacia casa, no pude dejar de pensar en las consecuencias de que alguien nuevo irrumpiera en mi vida. No sabía si estaría preparado para afrontar el amor otra vez y, aunque fuese demasiado pronto para llegar a esas conclusiones, tenía tanto miedo de volver a sentir con intensidad que inconscientemente no pude evitar pensar en ello con cierto temor.

La feria duró unos cuantos días más, lo que significaba que había que trabajar sin descanso. Cuando el recinto cerraba sus puertas, todos los asistentes buscan cobijo en salas que abrían hasta altas horas de la madrugada. Aquella semana, la ciudad se vestía de fiesta y nadie parecía tener ganas de irse a dormir.

La paliza fue monumental. Cuando terminó no me lo podía creer. No conocía esa faceta y me había dejado muy sorprendido. Sevilla era una perfecta anfitriona a la hora de hacer disfrutar a miles de personas. Había escuchado tantas veces decir olé, que de vez en cuando se me escapaba.

Tumbado en la cama, después de haber dormido hasta la saciedad, me vinieron a la mente los ojos curiosos de aquella muchacha al despedirnos. Había sido tal el jaleo durante esos días, que ni siquiera había podido pensar en ella.

Intrigado, me levanté para echar un vistazo por encima de la mesa de escritorio que tenía en la habitación, buscando la servilleta donde Cristina me apuntó su teléfono. Bajo un par de camisetas y unos vaqueros, la encontré. El orden era uno de mis mayores problemas. Cuando te acostumbras a que te lo hagan todo, es muy complicado habituarse a ese gran cambio. Una de las cosas que aprendí en Sevilla fue a doblar la ropa, penoso, ¿verdad?

Apunté los dígitos en la memoria del móvil y me quedé unos segundos decidiendo si llamaba o no. Sentía muchísima curiosidad, pero, en realidad, no tenía claro si era por ella o por la necesidad de volver a sentir ilusión hacia alguien. Lo que tuve con Carmen iba a ser muy difícil de igualar.

Finalmente pulsé el botón de llamada y esperé varios tonos.

—Hola, ¿Cristina?

—¿Sí?

—Hola, soy Kilian. El chico americano.

Mi nombre era muy poco común, por lo que no creo que le resultase difícil reconocerme.

—¡Eh! ¿Cómo estás? Pensé que ya no me llamarías —dijo, indicándome con aquella frase que seguía teniendo interés.

Habían pasado unos cuantos días desde que nos vimos. Pero, como antes dije, fue tanto el ajetreo que no tuve tiempo de nada. Aunque quizá un mensaje para hacerle llegar mi teléfono no hubiera estado de más…

—Puffff. Es que no he parado estos días. La gente está muy loca y tiene muchas ganas de fiesta.

—Ya. La ciudad en esta fecha se convierte en una locura.

Hablamos durante un rato de la cantidad de gente que había pasado por la discoteca y otros temas de poca relevancia. Pero lo que percibía me gustaba. Parecía que le había hecho ilusión mi llamada.

—Una cosa. ¿Te apetece ir al cine esta tarde? Hay una película que me interesa y mis amigas ya la han visto.

Durante unos segundos me quedé en silencio pensando si realmente quería continuar con aquella historia. Cristina me atraía, pero no tenía las cosas claras del todo. Todavía los fantasmas del pasado estaban demasiado presentes como para haberlos olvidado tan fácilmente.

—¿Kilian? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí. Perdona. Es que se cortó.

Fue la excusa más rápida y mala que se me ocurrió para tener un poco de tiempo para pensar.

—Oye —dijo unos segundos después—, si no te apetece, no pasa nada, no te preocupes.

Noté cierta aspereza en sus palabras. Pudo interpretar mi silencio como una negativa.

—No, no. De verdad. Sí me apetece, solo estaba pensando si tenía libre —mentí de nuevo, para no ponerme en una situación comprometida—. Pero… vale. ¿A qué hora?

A las seis de la tarde quedamos en la puerta de Lolita. Era uno de los pocos sitios que conocíamos los dos y que no me pillaba muy lejos de casa. Durante todo el día, desde el momento en que acepté la invitación, hubo algo que me llenó de inquietud. No había pensado en mi desastrosa situación financiera. Pero no me podía echar atrás. Seguro que quedaba fatal si la llamaba a última hora para anular la cita.

Antes de salir de casa, rebusqué por la habitación hasta el último céntimo que pudiera encontrar. Al verme en esa tesitura, fui consciente del giro tan exagerado que había dado mi vida. Estaba sentado en la mesa contando monedas y billetes cuando hasta no hacía mucho ni siquiera era consciente del valor real del dinero.

—Treinta y seis euros y cincuenta céntimos. Madre mía, Kilian —exclamé en voz alta, abrumado por la situación, echándome las manos a la cabeza.

Con ese capital no tenía claro si iba a poder pagar la entrada del cine. Y no me parecía correcto que cada uno pagase la suya. En el manual del perfecto caballero ponía bien claro que el hombre es el que debe invitar a su acompañante. Y no penséis que esto es machismo, ni ser un antiguo; simplemente, creo que es la manera de actuar que cualquier hombre debe adoptar en una primera toma de contacto.

Llegué un cuarto de hora antes, los recuerdos de aquel lugar me hicieron sonreír sin motivo aparente. No había vuelto al restaurante desde que dejé el trabajo, ni había mantenido contacto con ninguno de mis compañeros, pero me sentía en deuda con ese sitio. Ellos fueron los primeros que ofrecieron una oportunidad a alguien que viene de muy lejos para intentar encontrarse. Aunque la mejor experiencia había sido empezar a vivir como alguien normal. Aprendí el valor

de muchas cosas y fui consciente de lo que cuesta ganar un sueldo digno.

—Kilian, hola.

La dulce voz de Cristina me devolvió a la tierra. Tenía la virtud, o el defecto (según se mire), de revivir situaciones como si estuvieran pasando de nuevo.

—Hola, Cristina.

Se había puesto guapísima para la cita. Llevaba unos vaqueros desgastados, una camisa azul celeste y un jersey fino anudado al cuello que le caía por los hombros. Y, en los pies, unas deportivas blancas que me dejaron ver su altura real. Era mucho más baja de lo que pensaba: su nariz me llegaba justo a la mitad del pecho. Pero estaba muy graciosa así vestida. Era tan menuda que daban ganas de apretujarla.

—Perdona por el retraso, pero es que dejar el coche por aquí es casi imposible —se disculpó, sonriendo y mostrando unos hoyuelos muy graciosos al hacerlo. Era una preciosidad de criatura. Sus ojos tenían la capacidad de demostrarte que el mundo puede ser mucho más bonito cuando son ellos los que te lo muestran.

—Nada, no te preocupes. Han sido solo unos minutillos.

Y sin querer, lo que siempre me había molestado dejó de hacerlo. La impuntualidad, si venía de su parte, no me importaba tanto. Ese sentimiento me sonaba de algo.

—¿Has venido en coche?

Su pregunta me hizo bastante gracia. No tenía ni para invitarla a cenar, así que ya no digamos de tener coche. Intentaba ir a todos sitios andando para ahorrar. Lo único que me faltaba era tener un gasto más. Si me costaba llegar a fin de mes con lo que ganaba, no quería pensar si me surgiese algún tipo de gasto añadido.

—No, qué va. He venido andando. Vivo bastante cerca —expliqué.

Ese cerca dependía mucho de cómo lo mirases. Para mí lo era porque me había convertido en andarín impenitente, pero, para cualquier otra persona, esa distancia a pie sería impensable.

—Pues, si quieres, vamos en el mío.

Mientras charlábamos, fuimos a donde había aparcado. Al ver el coche, ratifiqué lo que pensaba acerca de su estatus social. Tenía un automóvil que pocas personas se pueden permitir: un pequeño y nuevo deportivo de la marca Mercedes Benz. Algo que dice mucho de su propietario y que me hizo sentir mucho más incómodo: si tenía ese nivel adquisitivo no iba a poder estar a la altura de su ritmo de vida. Allí solo era un chico que vivía al día y que trabajaba humildemente para ir sufragando los gastos como buenamente podía.

Nos dirigimos hasta un centro comercial situado enfrente de un estadio de fútbol. Esa era una de las cosas que tenía pendientes de hacer: quería ver un partido porque seguro que me traería recuerdos muy bonitos. En un sitio como aquel, viví una de las experiencias más especiales junto a mi padre…

—¡Kil! ¡Vístete que hoy no hay cole!

La voz alegre de papá me despertó de un profundo y placentero sueño. Con muchísima pereza abrí los ojos.

—Jo, papá. ¡Es muy pronto!

Se encontraba en los pies de mi cama con una cara de felicidad que era incomprensible. ¡Cómo se podía estar tan sonriente a esas horas!

—Venga, vamos, dormilón. ¡Tengo una sorpresa! —exclamó, y de inmediato salió de la habitación.

¿Una sorpresa? Abrí los ojos de golpe y fui tras él para descubrir de qué hablaba. Corrí por el pasillo, a la misma velocidad que un fórmula uno, hasta llegar a la cocina.

—¡Mady! ¿Y papi?

A la pobre Mady le di un susto que casi se le cae lo que tenía entre las manos.

—¡Ay! Señorito, usted me va a matar un día de estos.

Me hacía mucha gracia cuando ponía esa cara intentando parecer enfadada.

Al ver que no estaba allí, proseguí la búsqueda por toda la casa hasta que di con él. Se encontraba en su despacho colocando unos cuantos libros en una estantería que tenía tras el escritorio.

—¿Qué sorpresa? Venga, diiiiii.

Al oírme, se giró.

—Vamos, no seas impaciente. Vístete y desayuna, que nos tenemos que ir.

Hice el camino a la inversa acatando sus órdenes. ¡Qué fácil era ser feliz con aquel hombre!

Después de engullir lo que me habían preparado y ponerme algo de ropa que Mady dejaba lista todas las noches antes de acostarme, regresé a su lado

—¡Ya!

—¿Te lo has comido todo?

—¡Sí! ¡Venga! Dime qué sorpresa.

Me costaba contener mi curiosidad, resultaba prácticamente imposible. Como buen niño, la ilusión movía mi pequeño cuerpecillo. Y, sin duda, ese era uno de los motivos principales: las sorpresas.

Después de ponerme gorro, cazadora, botas y todo lo necesario para salir al crudo invierno neoyorquino, bajamos a la calle y nos montamos en uno de los coches acompañados por los dos hombres que siempre escoltaban a papá. Los nervios no me dejaban permanecer quieto; iba sentado en el asiento pero moviéndome como un chinche y con la mirada clavada en los ojos de mi padre, como si al hacerlo fuera a desvelar el misterio.

Después de un buen rato rumbo a un destino desconocido, llegamos hasta la entrada de un extraño lugar. Una caseta con una barrera nos impedía el acceso.

—Míster Sotomayor —dijo el conductor, abriendo la ventanilla, a un par de hombres que estaban en la garita, al tiempo que les entregaba unos documentos. La barrera se abrió de inmediato.

—¿Dónde estamos? —no pude evitar preguntar.

—Nos vamos a España.

Con una gran sonrisa y entusiasmado por la noticia, llegamos hasta una explanada de cemento en la que un avión nos esperaba. Hacía un frío insoportable y soplaba un aire helado, pero eso no podía amargar un día que se presentaba muy especial.

—¿A España? —repetí, incrédulo.

No me podía creer que por fin fuese a conocer la tierra de papá. Tenía una sensación tan intensa que no podría describirla. Quería llorar de alegría, saltar, gritar…

—Sí. Te gustará, ya verás.

Él permanecía tranquilo, como siempre, pero el brillo de sus ojos le delataba. Estaba tan ilusionado como yo y, más aún, viendo la cara de tonto que se me tenía que haber puesto al darme la noticia.

Alguna vez había volado en aquel avión cuando íbamos de vacaciones a cualquiera de las otras casas. Me gustaba la sensación al despegar, aunque reconozco que luego era un rollo tener que estar todas esas horas allí dentro sin poder moverme. Lo bueno era que unas amables y muy atentas señoritas permanecían pendientes de mí durante todo el trayecto y me dejaban elegir entre una gran variedad de películas de dibujos.

—Mira, hijo. Eso de ahí abajo es Madrid.

Desde la ventanilla del avión, se veía una gran ciudad pero en miniatura. Si no me fallaba la memoria, ese no era el sitio del que tantas veces había oído hablar.

—¿Ahí es donde naciste?

Estaba un poco confundido. Aquel nombre no era de quien mi padre tantas veces me habló. Además, como buen aficionado al fútbol, sabía perfectamente dónde estábamos. Ese sitio era la cuna de uno de los mejores equipos del mundo.

—No, Kil. Yo nací en Sevilla. Está cerca. Solo a unas cuantas horas en coche.

Ahora sí que estaba confundido No entendía bien qué hacíamos allí. Ya me había hecho a la idea de ir a ese rincón donde mi padre creció y del que tantas historias había escuchado.

—¿Y entonces? ¿En Sevilla no hay sitios para aparcar aviones?

Mi inocente pregunta infantil hizo reír a papá, a sus dos serios acompañantes y a las señoritas uniformadas que nos atendieron durante el viaje.

—Sí, hijo. Sí hay aeropuertos, pero no vamos a ir allí. Vamos a ir a un sitio mucho mejor y que te va a gustar muchísimo más. Ya verás.

El pájaro de metal aterrizó en una explanada similar a la de antes. Estaba tan emocionado que se me hizo relativamente corto el trayecto. Aunque uno de los responsables de que no me aburriera en exceso fue un pequeño pez de dibujos y todas sus aventuras.

Al llegar nos esperaba una gran furgoneta oscura con cristales tintados. Nada más bajar del avión, un hombre muy amable vestido de traje nos abrió una puerta lateral para acceder al interior. Sentado en un cómodo sillón, me di cuenta de que aquel vehículo también tenía televisores como los coches de Nueva York.

—Papá, ¿aquí también se puede ver al pez?

No sabía por qué pero eso también hizo reír a todos los presentes, aunque yo no le vi la gracia por ningún lado.

—Claro, hijo. Claro.

Mi padre, educadamente, pidió al conductor, si era posible, poner la película del dichoso pececillo. Suena a capricho de niño, pero es que me había quedado en la mitad de la peli y estaba ansioso por saber cómo terminarían las aventuras de aquel pez.

Tardamos un buen rato en llegar a nuestro destino. Ya se había puesto el sol y el colorido de aquella ciudad era muy distinto al de la nuestra. Una ancha avenida con luces amarillentas, árboles, una gran variedad de flores y edificios muy bonitos e imponentes nos daban la bienvenida a la capital española. Aquella urbe desprendía historia y miles de sueños cumplidos.

—Bienvenido, señor Sotomayor.

En la puerta de un altísimo edificio, unos hombres, enfundados en extrañas vestimentas, nos abrieron la puerta del monovolumen y nos acompañaron hasta el *hall*. Aquella sala era un lugar espectacular. Se parecía un poco a nuestro edificio, antiguo pero muy bien conservado. Pero de unas dimensiones mucho más exageradas. Los techos altos y sus pinturas eran especialmente llamativos. La ornamentación era muy sencilla y muy cuidada, y los elementos predominantes eran unas grandes figuras de cristal, simulando animales psicodélicos y unos sillones blancos de cuero.

Al llegar a una especie de recepción, un par de chicas, bastante guapas, nos atendieron rápidamente, acompañándonos hasta una gran *suite*, situada en el último piso. Había tanto espacio en aquel cuarto que me dio pena no haber llevado una pelota conmigo: se podía jugar al fútbol perfectamente. Pero, sin explicarme por qué, estaba muy muy cansado. No sabía que los viajes fueran tan agotadores. De lo único que tenía ganas era de comer algo rápido y probar una

gigantesca cama que no paraba de llamarme.

A la mañana siguiente, la intensa luz que entraba por los ventanales me despertó después de haber dormido como un verdadero oso. Estaba impaciente por descubrir el misterio que papá todavía no me había desvelado. Tanta intriga me tenía en vilo.

Como no podía volver a conciliar el sueño, y sentía un hambre voraz, decidí despertar a papá. Habíamos dormido los dos en la misma cama, pero era tan grande que casi no noté su presencia. El colchón era duro pero muy cómodo y las almohadas esponjosas como pequeñas nubes de cuento. Una perfecta combinación para tener un placentero sueño.

—Papi. Papi. Despierta.

Al final, después de mucho insistir, conseguí que sus ojos se abrieran. Quejándose como yo lo hacía cuando Mady me despertaba para ir al colegio, se incorporó mirándome con cara de pocos amigos.

—¡Tengo hambre! —exclamé, con una enorme sonrisa y saltando sobre la cama, porque sabía que él no iba a enfadarse conmigo por ello.

Al rato, y después de haber llamado por teléfono, un camarero tocó la puerta y entró en la habitación empujando un carrito metálico repleto de deliciosos manjares con una pinta deliciosa. Lo que más me llamó la atención de aquel banquete fueron unas rebanadas de pan tostado con tomate untado y algo que papá llamó jamón serrano. Estaba tan rico que me comí casi todo lo que nos habían traído. La comida de aquel lugar tenía un sabor muy especial.

—Venga, deja ya de comer y vístete —me pidió mi padre, un poco asustado por la cantidad de comida que había ingerido. Nunca desayunaba tanto pero aquel día, entre el hambre y los sabores nuevos, tragué todo aquello como si llevase toda una vida sin comer.

Por suerte, aquella mañana nos recibió un sol brillante. Hacía muchísimo frío, pero no tanto como en casa. La capital española brillaba incluso en una estación en la que el gris era todavía el color dominante.

Dimos un paseo por el centro de la ciudad. Aunque era muy niño, el bullicio de las calles me llamó muchísimo la atención. En tan solo unas horas, aquella urbe fue capaz de enamorar a un crío que todo lo vivía con pasión.

Visitamos un sitio llamado la Puerta del Sol: una gran plaza con el suelo de adoquines antiguos y repleta de gente. Pero lo que más me gustó fue disfrutar de las indicaciones que mi padre me iba dando según paseábamos tranquilamente. Él estaba solo para mí. Sin llamadas telefónicas, trabajo, ni gente que desviara su atención. Además, los dos hombres que nos acompañaban siempre nos dejaron un poco más de espacio, lo que agradecí porque de esa manera me sentía como un niño normal con su progenitor como cualquier otro. Fue un día perfecto, pero no podía creer que esa fuera la sorpresa de la que me habló. Visitar Madrid me había encantado pero algo me decía que todavía faltaba algo.

—Kil, mira, eso de ahí es el Palacio Real.

Llegamos hasta un parque con el suelo y los bancos para sentarse de granito y las plantas perfectamente cuidadas. Pero, justo frente a nosotros, un extraordinario edificio como nunca había visto antes, me explicó el pasado apasionante que debía albergar aquella ciudad. El mismo material empleado en los elementos decorativos de la plaza parecía haber sido utilizado para su fachada: el granito y la piedra blanca daban un aspecto vigoroso a aquel precioso monumento.

Exhaustos de andar, paramos a comer por las inmediaciones. La comida volvió a ser espectacular. Un plato muy sencillo, elaborado con huevos fritos y patatas, fue una de las cosas más buenas que había probado nunca. ¡Ah! ¡Y el pan! Todo ello mezclado podría definirse como la octava maravilla.

Después de ese increíble banquete, regresamos al hotel. Estaba destrozado gracias a la visita turística. Aunque no me arrepentía en absoluto y había quedado encantado con todo lo que mi padre me fue enseñando. Madrid, sin duda, iba a ser un bonito recuerdo.

Cansado, decidí echarme una siesta mientras papá hacía unas llamadas y trasteaba con el ordenador. Siempre buscaba un hueco para atender sus obligaciones.

—Hijo, despierta —me zarandeó con delicadeza para despertarme. Demostraba su amor en cada gesto. Somos tan idiotas que no sabemos apreciar ciertos detalles. Nos acostumbramos a que nos quieran y lo damos por hecho. Pero eso es un gran error. No debemos menospreciar los sentimientos de alguien sin darles la importancia que tienen. Pensamos que un padre te tiene que querer sin más, y no es así. Nuestra obligación es corresponder con equidad—. Venga, Kilian, que nos tenemos que ir.

Al segundo aviso, me levanté. Él ya estaba vestido y seguía con el ordenador en la misma posición que le dejé. Su constancia y dedicación hacia el trabajo decía mucho de él.

En cuanto fui capaz de desperezarme, recordé que todavía teníamos algo pendiente: la sorpresa. Ese pensamiento me impulsó a vestirme rápidamente y estar en listo para marchar en cuestión de unos minutos.

—¡Ya! —exclamé, contento, y bien pertrechado para protegerme del frío.

Bajamos en el ascensor sin hablar. Yo no podía apartar mis ojos de él. Pensaba que al mirarle fijamente podría llegar a adivinar sus pensamientos. Pero no. No había forma de que mi padre soltara prenda.

En la puerta del hotel nos esperaban los dos guardaespaldas habituales con la misma furgoneta oscura. Nos saludaron amablemente y abrieron la puerta.

—Ahora, hijo, te voy a llevar a un sitio que te va a encantar. Ya verás.

Montados en el cómodo vehículo, sus palabras me dejaron sin habla. Expectante, miraba por la ventanilla intentando descubrir constantemente hacia dónde nos dirigíamos. Al poco tiempo, la gran avenida empezó a llenarse de coches y de transeúntes. Había un tráfico exagerado y nos costaba bastante avanzar. Los nervios no me permitieron aguantar más.

—Venga, papi, ¿adónde vamos?

—Ahí. Vamos ahí —me contestó, ilusionado y sonriente.

Y señalando con el dedo por su ventanilla, me mostró algo que no se puede describir con palabras. Era el estadio del Real Madrid. Ese lugar que tantas veces vi en la televisión y con el que soñé en infinidad de ocasiones. Quizá uno de mis mayores deseos. Imaginaba cómo sería ver un partido de fútbol allí y no podía evitar emocionarme al recrearlo. Todas las estrellas de aquel deporte reunidas en un mismo sitio y yo viendo en directo cómo nos deleitaban con su magia. Fue imposible ocultar la emoción. Mis ojos se humedecieron y sentí unas ganas locas de abrazar al hombre que hacía posibles todos mis sueños. El gran armazón de cemento nos esperaba con los brazos abiertos para asistir a una de mis mayores ilusiones.

—Gracias, papá. Nunca lo olvidaré.

Los recuerdos se me clavaron en el corazón. Sentir la presencia tan cercana de mi padre me devolvió a una época en la que la felicidad era el motivo principal de mi existencia. Lo tenía todo. Y, sin querer, recordarlo dolía mucho. Mucho…

—¿Kilian? ¿Estás aquí?

La voz de Cristina me trajo de vuelta a la realidad. Todavía era incapaz de controlar mis emociones cuando se trataba de mis padres. Aún después de tanto tiempo, ellos seguían apareciendo asiduamente en mi vida para advertirme que nunca me dejarían solo.

—¿Qué te pasa?

Me miraba sorprendida al ver mi extraña reacción. Tenía los ojos clavados en aquel edificio y no podía ocultar la tristeza que debía reflejar mi rostro.

—Nada, no me pasa nada.

Sin darle más importancia, entramos en el centro comercial en donde se encontraban los cines. Aquel *déjà vu* me puso muy triste y era imposible no exteriorizarlo. Inevitablemente, se me habían quitado las ganas de pasar un rato agradable con aquella chica y de hacer cualquier cosa que no fuera viajar por mi pasado. Mientras caminábamos en silencio, bastante incómodo por cierto, toda mi vida anterior resurgió como un tenebroso fantasma: la pérdida de mis seres más queridos, el recuerdo de un amor pasado, la nostalgia y la lejanía…

—Cristina, un momento —le dije, agarrándola por un brazo para detenernos a pocos metros de la entrada.

Estábamos el uno frente al otro y se percibía una sensación extraña. Algo me decía que no estaba preparado para dejar entrar en mi vida a nadie. El pasado podía con todo. Incluso con mis ganas y la preciosa sonrisa de aquella bonita mujer.

—¿Qué pasa? —me preguntó, un poco asombrada y mirándome fijamente. Sus ojos habían perdido el expresivo brillo que decía tantas cosas.

—No te lo tomes a mal. Y te juro que no es por ti. Pero te tengo que dejar.

Abrumado y nervioso conseguí construir una frase coherente. Necesitaba estar solo.

—¿Te vas?

Su expresión no podía reflejar más que incredulidad. Sus cejas se arquearon tanto que casi le rozaban el cabello. Mi reacción consiguió destruir la magia que había entre ambos.

—Sí. Lo siento.

Le di un beso en la mejilla y me fui. Las puertas automáticas del centro se abrieron y cerraron a mi paso. Sin mirar atrás la dejé allí plantada y sin opción a réplica o discusión. Carmen todavía me dolía. Sí. Me dolía muy dentro. Su imagen era más fuerte que cualquier nueva experiencia. Las mujeres parecían haber dejado de tener sentido después de ella. Aunque reconozco que aquella chica andaluza tenía algo que me desestabilizaba y me llamaba la atención. Pero quizá no tanto como para imponerse a mis malditos recuerdos. Carmen fue tanto que era imposible olvidarla.

14

—¿Puedes hacer el favor de contarme qué pasó el otro día con mi amiga? —me preguntó Dakota, y en su voz al teléfono percibí su entusiasmo.

Sabía que sucedería algo así y que tarde o temprano Carmen le contaría lo acontecido.

—*What?* ¿Qué pasó? —respondí, haciéndome el tonto. Esa fue la manera más sencilla de sonsacarle qué le había dicho.

Me moría de curiosidad por saber qué sentía por mí. Y, como es normal, quién mejor que su amiga para desvelarme todos sus secretos.

—¿Cómo que qué pasó? No te hagas el tonto conmigo, ¿eh?

Su respuesta me causó risa. Subestimaba a Dakota si pensaba que me iba a soltar lo que quería tan fácilmente.

—Bueno, a ver. El otro día quedé con ella. Pero, no pasó nada de nada, ¡lo juro!

—Ya sé que quedaste con ella, listo. Incluso antes de que quedaseis lo sabía. Pero ¡qué demonios le hiciste para que no pare de hablar de ti!

¡Bingo! Eso explicaba todo lo que quería saber. Si hablaba de mí era porque su interés iba por el camino adecuado.

—No le hice nada, lo prometo. Pero tengo que decirte que tu amiga es una pasada —repliqué, dejando claras mis intenciones y consciente de que mis palabras iban a ser repetidas. No hay mejor interlocutora que una amiga chismosa.

—¡Huy, huy, huy! ¿Eso quiere decir que le gusta alguien al soltero de oro?

Y su expectación nos llevó hasta una larga charla sobre lo sucedido. Le conté con pelos y señales la experiencia y no me dejé nada en el tintero. Tenía la necesidad de abrirme a alguien porque lo que sentía por aquella mujer no me lo podía guardar para mí solo.

—Madre mía, Kilian. Me dejas alucinada. Me alegro muchísimo de que sientas eso por ella. Carmen es una mujer increíble, ya verás.

El beneplácito de Dakota era muy importante. Tenía claro que ella siempre querría lo mejor para mí y no iba a dejar que me enamorase de cualquiera. Y ese era uno de mis grandes problemas. Siempre desconfiaba de las chicas que se me acercaban, porque nunca podía saber con certeza si sería porque les gustaba en realidad o por todo lo que me rodeaba. El dinero era como una sombra que me perseguía y no me dejaba actuar como una persona normal. Generaba mucho recelo en las relaciones personales. Era triste pero inevitable. El poder es un atractivo muy peligroso para según qué tipo de personas, y justo esas eran las que quería tener muy lejos. Aunque no se puede vivir cerrado a los demás y con temor de conocer a alguien. Tal vez las personas que se acercasen con esas intenciones, al final, perderían más que yo.

—Te quiero mucho, ¿sabes? Y me alegro muchísimo por ti. Ya era hora de que demostrases que tienes un corazón ahí dentro. Un beso enorme, Kil.

Al colgar, no pude evitar emocionarme. Posiblemente, una de mis grandes carencias era el afecto. Tenía a Jack y a Mady, que ponían todo de su parte para darme el cariño necesario, pero nunca iba a ser igual. Nadie puede sustituir a esos dos seres que te han creado y, mucho menos, a la mujer que te llevó dentro. Lo poco que podía recordar de ellos no era suficiente para aplacar una soledad interior demasiado dura.

Aunque la tenía a ella. A su alegría. A sus ganas de vivir. Dakota era el sustento en mis peores días. Siempre estuvo cerca. Nunca me dejó del todo. Pero lo más importante era que cada vez que necesitaba un abrazo, ella recorría medio mundo si hacía falta para dármelo. Porque quizá los hermanos no tienen que llevar la misma sangre. Y ella era el caso más claro de esto que

os intento explicar. Hay veces que la vida te pone personas especiales por el camino. Seres que sin querer te hacen la vida más bonita. Y eso era Dakota: la persona más bonita del mundo.

Sus palabras me hicieron recapacitar acerca de mi vida sentimental. Y no solo en lo que tiene que ver con el sexo opuesto, sino en general. Creo que esa gran pérdida supuso un antes y un después en mi vida. No conseguía abrir mi corazón. Me costaba muchísimo exteriorizar mis emociones. El dolor y la muerte me perseguían sin darme unos segundos de respiro. Ellos eran todo y lo único. Y al perderlos, la soledad se convirtió en mi única compañía durante una época demasiado compleja. La vida me obligó a madurar antes de tiempo. No dejó que la naturaleza siguiera su curso y el niño que yo era pudiera crecer en un ambiente propicio. Pero la gran paradoja de mi vida fue que teniéndolo todo, en el fondo, no tenía nada. El dinero no tuvo el poder suficiente para sustituir la falta de cariño y una tristeza más allá de lo que cualquier persona es capaz de aguantar. Incluso llegué a odiar todo lo que me rodeaba. Porque hay cosas que no tienen explicación e intentas buscársela aunque te equivoques constantemente. Necesitaba culpar a alguien o a algo de la muerte de mis padres. Más que necesitarlo era mi único objetivo. Porque el dolor es mucho menor cuando tienes a quién odiar y reprochar todos tus males. Y, en este caso, yo encontré mi propio culpable: la vida.

De: Carmen

Hola, chico saltarín. Cómo va todo? 😊

14.30

El sonido del teléfono me devolvió al planeta Tierra. Al coger el móvil, vi que había recibido un mensaje nuevo. En la pantalla, el nombre de aquella preciosa mujer me hizo sonreír sin motivo.

Mi contacto con la tecnología era nulo. Rechazaba todo lo que tuviera que ver con ese dichoso aparato. Pero más aún los mensajes y las redes sociales. Nunca hice más caso del necesario a un producto tan adictivo como aquel. Mi poca libertad y tiempo libre nunca iban a ser desperdiciados por estar pendiente de una pequeña pantalla.

Aunque, en aquel caso, hacer un pequeño esfuerzo merecía la pena.

Tardé varios minutos en redactar el mensaje. Mi torpeza ascendía a límites insospechados. Manejaba el móvil con la misma destreza que un elefante una raqueta de tenis.

Para: Carmen
Hola! Muy bien! Y tú? Cómo estás?
14.33

No había transcurrido ni un segundo cuando recibí su respuesta. ¡Qué rapidez!

De: Carmen

Genial! 😀😀😀 no puedo dejar de pensar en lo del otro día! Quiero repetir!

14.34

Apuntando a las letras con mi dedo índice proseguí redactando el siguiente texto.

Para: Carmen
Cuando quieras. Ya sabes que por mí encantado. Me encantó verte sonreír.
14.36

Mientras escribía, iba pensando lo que quería redactar. Me apetecía ponerle mil cosas bonitas, pero quizá debería esperar un poco antes de lanzarme a la piscina. Nunca fui de tirarme sin saber si había agua.

De: Carmen

Es que fue una pasada, te lo juro. Que sepas que mi sonrisa fue gracias a ti 😊.

14.37

Su rapidez era abrumadora. Y mi torpeza exagerada. Sin pensarlo, busqué su nombre en la agenda y le di al botón de llamada.

—Jajajajajajaja, no eres de poner mensajes, ¿verdad?

Era más que evidente. Nada más descolgar su risa hizo que me ruborizase.

—No… la verdad es que no, ¿tanto se me nota?

Era un joven muy distinto a los demás. Cualquier chico de mi edad sabría manejar esos artilugios con una fluidez asombrosa. Pero yo huía de todo eso.

—Sí. Un poco. Pero, no te preocupes. Así mejor.

Ese «así mejor» podía significar varias cosas. Y todas iban encaminadas hacia algo muy bonito.

—Sí. Así mucho mejor.

Los dos permanecimos en silencio varios segundos. Se percibía la magia incluso estando lejos.

—Mmmm… Carmen…

—Dime, Kilian.

—¿Te apetece que nos veamos?

Podían más las ganas que la timidez. Hay veces que para que suceda lo que uno quiere, debe decirlo sin contemplaciones. Y en aquel momento, mi principal necesidad era volver a encontrarme con ella. Aunque fuera un instante.

—Sí. Claro que me apetece.

Su rotundidad fue determinante. Nada más colgar, me metí en la ducha y me vestí lo más rápido que pude. Había quedado en ir a buscarla y la ilusión volaba más rápido que mis pensamientos.

—Jack. Por favor. Llama para que me preparen la lancha.

Nada más llegar al despacho, donde mi tutor trabajaba sin descanso, le informé de que iba a salir a navegar esa tarde. El mar era otra de mis grandes pasiones. Tenía un yate para cuando quería hacer largas travesías y una lancha rápida que usaba más habitualmente. La velocidad combinada con el agua producía una subida de adrenalina y sensaciones indescriptibles.

—Ok, Kilian. ¿Le digo a Simón que prepare un coche?

Jack siempre iba un paso por delante. Su previsión era total.

De camino hacia casa de Carmen, mi estómago se convirtió en una montaña rusa. Me sentía como un chiquillo el Día de Reyes. No podía dejar de moverme en el asiento trasero del coche.

El maldito tráfico retrasaba nuestro encuentro más de lo debido. Transitar esa ciudad a cualquier hora del día se convertía en una misión muy complicada.

—*Will, please, can you catch any shortcuts to get there before?*

La impaciencia me podía. Cuando quería algo, lo quería para ya. Y tener que esperar en aquel momento me resultaba desquiciante.

Tras tomar un camino alternativo, conseguimos llegar hasta el punto de encuentro. En mitad de la acera, Carmen esperaba apoyada en la marquesina de una parada de autobús mientras trasteaba con el móvil. Cuando divisó el coche, se dirigió hacia nosotros. Antes de que llegase, salí para recibirla. Si me pongo a analizarla, necesitaría un libro aparte. La seguridad en su forma de andar y la sonrisa pícara al encontrarse nuestros ojos fue determinante para que me quedase embobado observando cómo se acercaba.

—Hola, Kilian.

Me costaba elegir un saludo acorde con lo que nos estaba pasando. No sabía bien si darle un par de besos, un abrazo o lanzarme a sus labios como un animal hambriento.

—Hola, Carmen. Disculpa si te hice esperar más de lo previsto, pero es que…

Antes de que terminase de hablar, puso su dedo índice en mi boca y me dio un abrazo que casi me parte el alma. Sus brazos me agarraban con delicadeza. Su aroma era dueño de mi

instinto. Sin palabras, nuestros cuerpos gritaban lo que la timidez ocultaba. La calle se quedó vacía pero mi corazón se sentía más lleno que nunca.

—Calla. No hace falta que te disculpes —susurró, apoyando la cabeza en mi hombro y haciendo que el mundo se detuviera por un instante.

Permanecimos varios segundos en esa posición. Se me había olvidado lo que era sentir con semejante intensidad. Y me daba miedo que ella no sintiese lo mismo. Porque a lo mejor esto era cosa de un músculo solitario y necesitado de cariño.

—*Sir, I'm sorry. The police…* (Señor, perdón. La policía…)

Simón rompió el encanto advirtiéndonos de que un coche patrulla les estaba obligando a mover el vehículo. Al separarnos, me di cuenta de que los misteriosos ojos de Carmen hablaban mi mismo idioma.

—Ven, tengo una sorpresa.

Cogiendo su mano, la llevé hasta el coche. Uno de nuestros acompañantes permanecía con la puerta abierta esperando a que subiéramos.

Eran casi las cuatro de la tarde y no nos quedaba mucho tiempo de sol, por lo que, sin perder ni un minuto más, pusimos rumbo hacia otra maravillosa experiencia.

—¿Otra sorpresa? ¡De dónde me vas a tirar esta vez!

Tenía una doble personalidad fascinante. A veces, podía parecer una mujer seria y fría, y otras, una alegre e inocente criatura. Era como dos personas. Una era como una niña que vive de la ilusión y le emociona cualquier agente externo. Pero, la otra, la otra persona era aquella que parece saberlo todo. Esa que persuade con su habla. Alguien que mantiene su firmeza de una manera innata

—¡Calla! Jajajajajaja, no te voy a lanzar desde ningún sitio esta vez.

Sonriendo y guiñándole un ojo, no di por finalizada nuestra experiencia voladora. Tenía ganas de volver a hacerlo, pero la próxima desde algo más de altura. Quería disfrutar del viaje a su lado unos segundos más.

No tardamos mucho en llegar hasta un muelle situado en el West Side. Allí nos esperaban con la embarcación lista para pasar una bonita tarde por la bahía de Manhattan.

Se trataba de una lancha rápida Wally 55 que había comprado hacía un año. La velocidad y el lujo se habían unido para crear la espectacular planeadora acuática. Casi dos mil caballos repartidos en cuatro motores que te hacían surcar los mares a la misma velocidad que un auténtico coche de carreras. Pero eso no era más que otro capricho para añadir a una larga lista.

La había utilizado pocas veces. Los estudios no me permitían demasiadas escapadas y la distancia me obligaba a centrarme en lo que para mí era el objetivo primordial: las dos carreras. Creo que mi padre me había inculcado esa obsesión. Que debía estudiar era algo que me repetía sin parar y tenía que ser consciente de que sin estudios no podría llegar a ningún sitio.

—¿Te gusta? —le pregunté.

Desde que habíamos llegado al puerto deportivo, Carmen no había pronunciado ni una sola palabra. Miraba a todos lados y también a mí con la misma ilusión que un niño en un parque de atracciones. Se la veía expectante y curiosa.

—¿Que si me gusta el qué? —replicó.

Señalando con mi dedo índice, hice que su mirada terminara fijándose en la espectacular embarcación. Estaba tan limpia que nos podíamos ver reflejados en el casco. El color negro y la madera le daban un aspecto agresivo y clásico. Sus diecisiete metros de eslora significaban poder y rapidez.

—¿Es tuyo? —dijo, aunque su expresión no era la que me esperaba. Me imaginaba que, al

ver semejante artefacto, se iba a quedar embobada.

—Sí.

—Ammm… muy bonito —soltó, pero dándole tan poca importancia que me dejó sorprendido.

—Ven, vamos.

En la lancha nos esperaba la tripulación. Estaba todo listo para salir a navegar en cuanto hubiéramos embarcado.

—Pero no me he traído traje de baño ni nada —se justificó.

Llevaba unos vaqueros claritos, unas sandalias de cuero marrón y una camiseta ajustada color beis. Los pantalones eran anchos, pero aun así su espectacular figura era capaz de hipnotizarte. Tenía una cintura diminuta y unas pronunciadas curvas bastante definidas. Parecía cuidar mucho su cuerpo porque su abdomen era plano y tenso como las cuerdas de una guitarra. Aunque la longitud de sus piernas era una de las características más destacables. Sus proporciones eran perfectas.

—No te preocupes. Seguro que encontramos solución —la animé.

Hacía un calor digno del verano neoyorquino. El sol en aquella época apretaba con fuerza.

—Seguro —dijo.

Tendiendo mi mano, la ayudé a subir en la embarcación. El patrón y una azafata nos dieron la bienvenida y nos ofrecieron algo de beber. La amabilidad y su trato cordial hacía mucho más agradable la estancia dentro de aquella lujosa lancha.

La bahía de Manhattan dejaba boquiabierto a cualquiera. Me parecía curioso que a aquella mujer le llamara más la atención un paisaje que el lujo de la embarcación. Sin duda, era una persona muy peculiar.

—Nunca había visto la ciudad desde esta perspectiva. Es alucinante —admitió.

Sentados en unos cómodos sillones de cuero blanco, situados en la cubierta, podíamos observar el *skyline* de la ciudad. Un verdadero espectáculo desde esa ubicación.

Pasamos una agradable tarde mientras degustábamos unos riquísimos cócteles que preparaba la azafata.

Era increíble que me fascinase hasta un mínimo gesto, su manera de gesticular, su rostro serio mientras contemplaba el horizonte, incluso sus silencios. Todo, y cuando digo todo es más, me tenía completamente embelesado. Nunca me había pasado algo similar. Ni en mis mejores sueños imaginé que iba a ser testigo de algo tan fuerte.

El tiempo volaba a su lado. Cualquier conversación me parecía interesante. Me hablaba de su vida con pasión y se apreciaba que era feliz.

Charlamos durante horas sin importarnos cualquier agente exterior. La magia del momento se veía envuelta por el olor a mar y unas preciosas vistas. El atardecer no tardó en presentarse haciendo que todo cobrará mucho más sentido. En aquel instante, con Carmen tumbada a mi lado, el sol escondiéndose tímidamente y un hilo musical perfecto, me di cuenta de que era muy afortunado. Y que la vida a veces puede ser un lugar infernal, pero otras algo realmente precioso. Y que una persona puede significar todo. Y que las cosas bonitas, al lado de alguien, pueden serlo mucho más.

—Madre mía, Kilian. Esto es realmente increíble.

El cielo se había puesto furioso. Su color rojizo se reflejaba en aquel mar tranquilo. La agresividad de ese tono se veía aplacada por una sensación que parecía poder con todo.

Carmen observaba el espectáculo mientras que el silencio se convertía en nuestro mejor aliado. Y, sin forzarlo, el espacio que había entre ambos, desapareció. Sutilmente, se pegó a mí.

En aquel amplio y mullido sofá, solo había cabida para dos cuerpos que desprendían necesidad. Porque eso era lo que generaba aquella mujer. Necesidad absoluta: de sus palabras, de su olor, de una sonrisa preciosa.

Y mis pensamientos cobraron voz. Lo que mi corazón gritaba se exteriorizó sin poder ponerle freno.

—Tú lo eres.

Entonces, al escucharme, giró la cara y nuestros ojos se encontraron irremediablemente. Fue un choque emocional de infarto. Aunque en aquel momento, me sentí más vivo que nunca. Porque jamás pensé que alguien podría oprimir tu corazón tan fuerte. Y ella tenía la maravillosa capacidad de nublarme la razón.

—Shhhhh, calla.

Sentí su respiración en mi boca. Nuestros labios estaban a escasos centímetros y a mí me pareció la distancia más cruel de este mundo. Mi cuerpo entregado a un sentimiento desconocido. Y la esperanza convertida en una preciosa criatura.

Aquello se asemejaba a ese sentimiento del que todo el mundo habla. Ese que mueve el mundo y nos obliga a vivir buscándolo. Eso debía de ser lo que todo el mundo llama amor. Porque no creo que haya nada que dé tanto miedo y felicidad al mismo tiempo.

—Kilian —me dijo varios segundos después—, pórtate bien conmigo, por favor.

Y, de repente, se transformó en una niña indefensa. Su seguridad se esfumó como el fuego de una hoguera sin leña. Y su mirada ya no era capaz de traspasarte.

—Sería imposible no hacerlo.

Mis palabras la abrazaron. Sentí la presión de su cuerpo contra el mío. Prácticamente no nos conocíamos, pero tenía la sensación de llevar toda la vida a su lado. Dos personas que están predestinadas a unirse en algún momento y que no existe distancia capaz de separarlas.

Pero, al final, la noche nos obligó a regresar a la vida real. El patrón tuvo que despertarnos de un sueño precioso. Aunque tenía la sensación de que esto solo era el principio de una aventura apasionante.

Las miles de luces de aquella ciudad cobraban vida al verse reflejadas en el agua. Nueva York no dejaba de sorprenderte. Todo lo que tenía que ver con aquella urbe era apasionante. Incluso las cosas malas siempre albergaban algo bueno. La intensidad y la velocidad hacían mantenerte alerta y, sobre todo, muy vivo.

—¿Te apetece cenar algo? —le pregunté.

Desde que nuestros labios estuvieron a punto de rozarse, no habíamos vuelto a decir una sola palabra. Pero hasta que la lancha atracó en el embarcadero, no nos separamos ni un centímetro. Incluso el instinto llevó a nuestras manos a una unión inseparable. Su tacto se podría definir como electricidad. Imantados por nuestras ganas y esa necesidad insólita.

—Vale, pero, esta vez, invito yo —propuso.

¿Invitar ella? Eso era algo que no concebía. Siempre pagaba yo. Tenía esa costumbre muy arraigada. Y me daba igual con quién fuera. Nunca había permitido a nadie que lo hiciera, quizá porque para mí el dinero era lo de menos y me sentía bien al hacerlo.

—Bueno, ya veremos.

Al escucharme, puso los ojos en blanco y gesto de resignación. Poco a poco nos íbamos conociendo y parecía ser consciente de lo que le costaría convencerme.

En el amarre nos esperaban Simón y otro hombre de la escolta. La tarde fue inmejorable. Aunque probablemente cualquier plan cerca de ella lo hubiera sido.

Sin dejarme opción, decidió el sitio adonde iríamos y le dio la dirección a chófer. Habían

cambiado de coche y esta vez nos recogieron con un gran todoterreno que tenía siete plazas. Imagino que porque allí iríamos más cómodos y todos juntos en el mismo vehículo. Mis dos guardaespaldas y el chófer no entrarían en un solo automóvil.

Al llegar a la puerta del local, una gran multitud se arremolinaba en torno a la entrada. He de señalar que odiaba los lugares tan masificados y que estaban de moda.

—Madre mía, ¿esto qué es? —no pude evitar exclamar.

—Este sitio está guay, te va a gustar —me aseguró ella.

Parecía uno de esos restaurantes en los que la gente, después de cenar, puede tomar una copa. No estábamos vestidos de forma acorde al resto de los clientes, pero seguramente no nos pondrían impedimento para acceder. Aunque mis deportivas no eran lo más adecuado para salir a cenar a un lugar tan selecto.

Al bajarnos del llamativo vehículo, acompañados por los guardaespaldas, todas las miradas se centraron en nosotros. Sin pensarlo, agarré a mi acompañante de la mano y rápidamente nos acercamos a la entrada. Unos porteros serios y elegantes, sin hacernos esperar, nos abrieron la cinta que impedía la entrada al público.

Nunca tenía que dirigirme a nadie porque mi fiel guardián se encargaba de todo. Él era quien hablaba con la gente cuando íbamos a algún lugar y quien se ocupaba de pagar, reservar una mesa, entablar cualquier conversación…

—Madre mía, Kilian, no sé cómo puedes acostumbrarte a esto.

Carmen, sujetando mi mano con fuerza, observaba todo el revuelo, asombrada. Por aquella época estaba en el punto de mira de muchos curiosos y medios de comunicación. Y cometía un grave error: en vez de aceptarlo y afrontar la situación, intentaba rehuir de ello con lo que generaba mucha más expectación. Ser un joven con tanto poder y dinero en una sociedad que está supeditada al consumo conllevaba este tipo de cosas.

—Yo creo que es por ti. Si yo viera una mujer como tú, también me pararía a observarla.

Se me daba genial evadir preguntas comprometidas. Y, de paso, dejaba claras mis intenciones hacia ella. Aunque, pensándolo bien, y por el tamaño del cartel publicitario que vimos en la entrada de aquel centro comercial, no tenía claro cuál de los dos sería más conocido.

El restaurante estaba llenísimo. En una antesala con una pequeña barra, había gente tomando un refrigerio en tanto, imaginé, esperaban a que alguna mesa quedase libre. Mientras Simón se acercó hasta un pequeño atril de metacrilato, en el que se encontraba una chica con rasgos árabes, esperamos unos segundos en un rinconcito en el que no había mucho ajetreo.

Las paredes del local eran de color negro al igual que casi todo el mobiliario. Y del techo colgaban cientos de cristales con diferentes formas psicodélicas en los que se reflejaba una tenue luz blanca. El espacio en el que se encontraban los comensales era diáfano y muy amplio. El local estaba muy bien distribuido y había un espacio prudencial entre las mesas. No me gustaban nada esos sitios en los que puedes escuchar con facilidad la conversación de los de al lado.

—Señor, pueden pasar. Nosotros le esperamos por aquí. Si necesita algo no dude en llamarme.

La efectividad de aquel hombre superaba los límites de la realidad. No sé cómo se las apañaba, pero siempre conseguía sus propósitos.

La chica de antes nos acompañó hasta una pequeña sala, separada del resto y más privada, en la que había una mesa de cristal y cuatro sillas de plástico transparente. En el centro, un jarrón con unos bonitos tulipanes y una luz idónea para crear un ambiente muy agradable. Un lugar mucho más íntimo para dos personas que sin saberlo, se necesitan.

—¿Tienes hambre?

Desde que entramos no se había soltado de mí. Tenía una expresión preciosa y su forma de mirarme era conmovedora. Parecía que aquel atardecer había hecho mella en sus sentimientos. Pero lo que más inquietud me causaba era saber si sentiría lo mismo que yo. Nunca había sido inseguro y me resultaba muy incómoda esa sensación. No me dejaba comportarme como era.

—¡Sí! ¡Aquí lo mejor son unos calamares pequeñitos con una salsa riquísima! —me explicó ella.

Nos sentamos a una distancia prudencial. Y desde que salimos del coche fue la primera vez que rompimos ese lazo invisible que nos unía.

Lo que me pasaba con ella era muy distinto y extraño. Había tanta atracción que cada movimiento, cualquier expresión, indicaba una necesidad casi enfermiza.

—¿Pides tú? —le dije.

Como ella había elegido el sitio, le di la opción de que escogiese la comida. Me volvía loco su gesto travieso y cómo sus preciosos ojos no paraban de buscarme aun teniendo que estar pendientes del menú.

A los pocos minutos, un camarero vestido de negro trajo una botella de cava y tomó nota de la comanda. No debía de ser la primera vez que Carmen iba a ese restaurante porque tenía muy claro lo que quería.

—Pufff, madre mía. Todavía sigo pensando en lo de ahí fuera.

La entrada al establecimiento había resultado un poco tortuosa. Debía de haber algún evento y, aparte de los curiosos e invitados, un montón de periodistas se amontonaban alrededor de los cordeles en busca de carnaza para cubrir aquel acto. Como nuestra intención era cenar algo nada más, ninguno de los dos estábamos al tanto de que hubiera alguna fiesta. Imagino que le había dejado sorprendida cómo se nos tiraron encima, literalmente, cuando vieron que salíamos del coche. Eran pocas las ocasiones que me prodigaba en actos públicos y eso causaba mucha más expectación cuando aparecía en alguno.

—Ya. La prensa es así.

No estaba muy de acuerdo con su manera de actuar, pero lo tenía asumido. Como antes dije, ese era uno de los precios que te toca pagar cuando tienes la suerte de nacer en una posición tan privilegiada. Aunque pienso que si me hubieran dado a elegir, hubiera preferido ser un chico normal que puede ir a cualquier sitio y pasar desapercibido. Podría dar la sensación de que soy un hipócrita. Nunca estamos contentos con lo que tenemos y siempre deseamos eso que parece imposible de conseguir. Cuando tienes, porque tienes. Y cuando no tienes, porque no tienes. Así es la vida.

—Jolín, ya. Sí me puedo hacer una idea. Pero nunca había visto nada igual. Pareces una estrella del rock o algo así. Jajajajajajajaja —reconoció ella.

Al escuchar su risa, fue inevitable que se me contagiase. Pero, la verdad, es que no me hacía ni pizca de gracia. Era un auténtico coñazo tener que ir siempre acompañado por aquellos hombres y mantener una imagen pública constantemente.

—¿Y lo llevas bien? —quiso saber.

Su pregunta no llevaba mala intención, pero la respuesta real no me gustaba exteriorizarla. En el fondo, no. No lo llevaba nada bien pero no me quedaba otra.

—Bueno, lo llevo. ¿Y tú? —repliqué, evasivo.

Porque allí no era yo el único famoso. Carmen estaba comenzando en el mundo del cine y, poco a poco, se iban oyendo bastantes cosas sobre ella. Aunque también hacía trabajos para marcas de moda y de belleza. Quizá no era tan conocida como yo, pero tampoco pasaba desapercibida.

—La verdad es que lo llevo bien. Pero es que lo mío no se puede comparar, ni lo más mínimo, a lo tuyo. ¡Casi no nos dejan ni pasar! —exclamó.

Rápidamente cambié de tema y proseguimos contándonos un poco de nuestras vidas. Más de la suya que de la mía, pero me encantaba escucharla.

Carmen vino a los Estados Unidos en busca de un sueño. Cosa que era de admirar y a lo que pocas personas se atreven. Debía de ser muy duro dejar todo e irte sola al otro lado del mundo persiguiendo algo que no sabes si podrás alcanzar. Me contó cómo fueron sus inicios. Sus primeros pasos en el mundo del cine en un país en el que muy pocos llegan a crearse ese hueco que les permite poder vivir de lo que realmente les apasiona. España era un sitio muy difícil para labrarse un futuro como actriz. Sus inicios en Nueva York, por lo que decía, habían sido muy complicados. Tuvo que realizar trabajos que no le gustaban para poder ir subsistiendo en un lugar en el que el dinero es absolutamente necesario. Aquella ciudad tenía muchas cosas buenas, y te brindaba bastantes oportunidades, pero era muy difícil aguantar su ritmo vertiginoso. Tras muchos *castings*, colas interminables de chicas en busca de una oportunidad, consiguió un pequeño papel que le permitió ir metiendo cabeza. De ahí en adelante, según contaba, todo fue sobre ruedas. Ese fue el pequeño empujón que necesitaba para abrirse camino en un complicado mundo. Pero, al final, sus sueños se cumplieron. La realidad muchas veces supera la ficción, y ella era un claro ejemplo. Una niña tozuda que no deja que la vida le quite la ilusión. Aunque ahora se había convertido en toda una mujer. Ganaba el suficiente dinero para poder vivir cómodamente y tenía unas expectativas muy buenas para proseguir con su andadura. Intentaba ser modesta pero había algo que me demostraba que era mucho más conocida de lo que ella me quería dar a entender.

Trajeron varios platos con una decoración muy vistosa pero muy poco contenido. Era uno de esos restaurantes a los que si vas con hambre tienes un serio problema. La comida minimalista y yo no terminábamos de congeniar. Aunque, he de reconocer que estaba todo bastante bueno.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—Sí. Sobre todo esto —admití, señalando los pequeños moluscos que antes había mencionado y que tenían un sabor muy especial. Pero ponían tan pocos que no te daba tiempo a degustarlos. Y tenía la sensación de que con lo que había pedido nos íbamos a quedar tal cual habíamos llegado.

—Pues, ya verás. Lo mejor de aquí son los postres —me anunció.

Durante toda la velada hubo una química increíble. Me hacía reír y eso no era cosa fácil. Me encontraba muy cómodo y ella parecía sentir lo mismo. No teníamos muchas inquietudes en común, pero me gustaba su forma de ver la vida y cómo se planteaba el futuro. Tenía pinta de ser una mujer muy independiente. De la diferencia de edad no hablamos en ningún momento. Que fuera menor que ella no suponía obstáculo para que le llamase la atención, o eso me hacía sentir. Aunque, en realidad, la edad no me hacía justicia. La vida me había obligado a crecer antes de tiempo.

Después de hacer una cata de casi todos los dulces de la carta que, como bien dijo, estaban riquísimos, me apetecía salir de aquel reservado. Me encontraba enjaulado entre aquellas oscuras paredes. Necesitaba salir a la calle y respirar un poco de aire fresco, aunque hiciese un calor de muerte.

—Bueno, ¿nos vamos? —propuse.

—¡Espera! ¡Habrá que pedir la cuenta! —exclamó.

Antes dijo que me iba a invitar a la cena, pero con la astucia que me caracterizaba, me adelanté y di órdenes a Simón para que se encargase de ello.

—No te preocupes. Ya está.

Puso los ojos en blanco y arqueó las cejas en un gracioso gesto de resignación y no discutió innecesariamente. Esa tontería no podía romper la magia que habíamos creado.

Mientras salíamos del establecimiento, un hombre trajeado se acercó para invitarnos a una fiesta que había en una sala adyacente al restaurante. Declinamos amablemente su proposición y nos dirigimos hacia la calle.

—Perdón, señorita, ¿le importaría sacarse una foto conmigo? —le preguntó el hombre a Carmen, con muchísima educación, antes de que empezáramos a avanzar. Ella accedió con soltura y amabilidad sin dudar.

—¿Ves? ¿Quién es el famoso de los dos? ¡A mí ni me ha mirado! —comenté divertido.

En la puerta del local, junto al coche, nos esperaban mis acompañantes. Antes de que nos diese tiempo a entrar en el todoterreno, unos cuantos fotógrafos se abalanzaron sobre nosotros, cámara en mano, mientras hacían algunas preguntas que no conseguí entender. Al percatarme, aceleré el paso con Carmen cogida de la mano, para esquivarlos. Mis chicos de seguridad hicieron lo posible por impedir el asedio poniéndose por medio.

—Creo que estaban esperando a que saliéramos —dijo ella.

Una vez dentro del automóvil, mi compañera observó por la ventanilla cómo apuntaban con sus objetivos y se acercaban hasta el vehículo de una forma muy violenta. Entendía que era su trabajo, pero no podía evitar sentir cierta animadversión hacia ellos.

—No creo… —repliqué.

Intentaba obviar todo lo que tuviera que ver con aquel círculo. Ni siquiera me apetecía hablar del tema. Darle importancia podía significar que me preocupaba más de lo debido.

El restaurante estaba bastante cerca de casa de Carmen. A los pocos metros de iniciar la marcha, el conductor preguntó hacia dónde nos dirigíamos. Los dos nos quedamos unos segundos callados sin saber qué responder. Aquel silencio era la conclusión de una maravillosa tarde. Y decía mucho de lo que sucedió: ninguno de los dos deseaba poner fin a aquella magia. Nunca había tenido una sensación tan intensa. Me costaba creer que alguien hubiera sido capaz de hacer que olvidara todas mis ocupaciones. Y más aún, un pasado que pesaba demasiado. Desde el minuto uno, en cuanto estaba cerca, una sensación desconocida se hacía dueña de todo. Mi mundo desaparecía tras el embrujo y la profundidad de unos apabullantes ojos negros.

Como si nunca hubiera quedado con una mujer, la indecisión me hacía tener un comportamiento extraño. No quería que nada de lo que pudiese decir o hacer enturbiase de alguna manera todo lo que había sucedido hasta ese momento.

La mejor opción, bueno, no la mejor, la más correcta sería llevarla a su casa. Y en el caso de que ella no quisiera, no podía precipitarme con una invitación a destiempo. Lo que quiero decir es que aunque me moría de ganas de estar con ella a solas, todavía no me veía con fuerzas para sugerirlo. Y además pensaba en lo que podía opinar ella, algo que antes no me hubiera planteado jamás. Todo me indicaba que Carmen era diferente a todas las mujeres que había conocido hasta entonces.

—¿Te dejo en casa? —pregunté.

—No sé. Como quieras.

Sentados en el asiento trasero, a una distancia prudencial, aquella decisión me atormentaba. Ella tenía las piernas cruzadas y tamborileaba con sus dedos. Parecía estar igual de nerviosa que yo. Parecíamos dos chiquillos que están empezando a conocerse.

—Te propondría ir a tomar algo, pero creo que ya hemos tenido suficiente con los periodistas del restaurante, ¿no? —aventuré.

No me apetecía en absoluto volver a un lugar público. Aunque no era una estrella de cine, ya había tenido demasiado ajetreo por aquella noche.

—Pues, vale… déjame en casa entonces —dijo finalmente, sin mirarme a la cara y con cierta indecisión y un tono de tristeza.

—Carmen, lo que menos me apetece es eso. Pero, no sé adónde llevarte.

El hombre decidido y seguro de sí había desaparecido dando paso a un quinceañero embobado por el embrujo de aquellos ojos negros. Mi raciocinio estaba ofuscado por la mirada de aquella preciosa mujer.

—Kilian —dijo, tras unos segundos de silencio—, no te preocupes, no pasa nada. Otro día quedamos.

Su «No te preocupes, no pasa nada» me dolió. Dolió muy adentro. Porque quizá no había sabido manejar la situación. Y porque me estaba comportando como un maldito niñato. Pero estaba tan asustado que no me veía capaz de decirle al conductor que se dirigiese a mi casa. Os parecerá una chiquillada, y más siendo un hombre hecho y derecho. Pero mis sentimientos eran tan fuertes que, en el fondo, me daba pánico quedarme a solas con ella entre cuatro paredes. Aunque lo desease, y aunque lo hubiera pensando en infinidad de ocasiones, a la hora de la verdad algo me impedía tomar ese camino.

—Vale. Como quieras —concluí.

Después de darle las instrucciones al chófer, se hizo el silencio más incómodo que hasta ahora había vivido. Los dos queríamos lo que nuestros labios no se atrevían a pronunciar. Era raro. Era exageradamente raro. Pero ninguno tuvo el valor de coger las riendas y dirigir ese precioso corcel hasta una pradera llena de sentimientos nuevos.

Al llegar a nuestro destino, salí del coche para acompañarla hasta el portal. Uno de los guardaespaldas hizo el amago de seguirnos, pero rápidamente le pedí por favor que nos dejase un segundo a solas. El inmenso todoterreno había estacionado en la acera contraria del edificio donde residía.

—Muchísimas gracias por la cena, y por el paseo, y por todo. Me lo he pasado genial —me dijo.

—Yo también. Y no me tienes que dar las gracias, ha sido un auténtico placer.

La calle estaba silenciosa. Vivía en una zona residencial llamada West Village. Un precioso barrio de Manhattan muy variopinto y con un ambiente bohemio que lo hacía mucho más especial. Allí vivían bastantes celebridades y se encontraban preciosos restaurantes y tiendas de ropa con mucho estilo. Era una zona perfecta para una mujer como ella, aunque no estaba al alcance de todos los bolsillos. Eso también era señal de que su carrera como actriz no debía ir mal del todo.

—Pues que sepas que te debo una invitación, y esta vez no vas a ser tan rápido.

Su comportamiento era de agradecer. Haciendo aquella broma suavizó el incómodo trayecto que pasamos hasta llegar allí.

—Calla, ya te he dicho lo que opino al respecto. Y, señorita, ahí no hay nada que discutir.

Sonriendo, al terminar de hablar, nos dimos un abrazo de esos que te paran la vida. Y, por si fuera poco, esa manía de oler a ella, que me partía en dos la razón, entró en mí como una manada de caballos salvajes. Desordenándolo todo y haciendo que se perdiera entre mis brazos. Se volvió tan pequeñita que deseé cuidarla el resto de mi vida.

—Buenas noches, Carmen.

Cuando nos separamos, nuestras manos se buscaron por instinto. Estábamos a escasos centímetros devorándonos con la mirada. Aquello no era magia. No. Era muchísimo más. Era

puro magnetismo elevado a su máxima potencia.

—Buenas noches, caballero.

Y al ir a darnos dos besos, el instinto volvió a actuar de nuevo. Aquellos labios se mostraron impacientes haciendo que la comisura de ambos se rozase. Nos dimos un beso tan cerca de la boca que pude sentir su aliento. Mi cuerpo entero reaccionó de la manera más violenta que jamás experimenté. Porque la tenía cerca. Porque la tenía demasiado cerca. Y porque cerca es donde quería que siempre estuviera.

El camino hacia casa fue una imagen en bucle. No podía quitarme de la cabeza cuando, antes de entrar al portal, se giró para despedirse. Me miró. Me miró como nadie lo había hecho antes. Tanto que mi cerebro no era capaz de desprenderse de ella. Carmen tenía el don de hacerlo todo precioso. Incluso las despedidas.

15

Me desperté con una sensación muy extraña. Estaba entre arrepentido y enfadado. Pero no con nadie, sino conmigo mismo. La noche anterior tenía que haberle echado un poco de valor para decirle a Carmen lo que sentía. Hay decisiones que te marcan la vida. Incluso que te la pueden llegar a cambiar. Y aquella noche mis sueños podían haberse convertido en realidad. Carmen era necesaria. Y cada vez que estaba a su lado era un poco más consciente. Desde que la dejé, mi cerebro no tuvo un momento de descanso. Solo existía ella. Su mirada. Su comportamiento. Su delicadeza. Esa seguridad mezclada con una timidez inaudita. Eran gestos y sensaciones destinados a paralizarlo todo a mi alrededor.

—Buenos días, señorito —me saludó una sonriente Mady.

—Buenos días, Mady.

Me encontraba una mañana más desayunando en aquel lugar. La cocina olía a felicidad. Y aquella mujer desprendía alegría y buenas energías. El tiempo te da golpes muy duros, pero también te pone personas en el camino que hacen que todo sea más bonito. La muerte se había llevado a mis seres más queridos pero la vida me había regalado a esta pareja para hacerme ver que el amor no solo depende de los genes. Ellos me querían y me lo demostraban a diario. Eran luz y ganas de seguir.

—¿Usted no tiene nada que contarme?

Mientras colocaba sobre la mesa el desayuno, una sonrisa pícara la delataba advirtiéndome de que algo sucedía y yo todavía no estaba al corriente.

—¿Yo? ¿Algo que contarte? —pregunté, boquiabierto y un poco confundido, sin entender a qué venía aquella sonrisa traviesa.

—Sí, sí. Usted —insistió.

—Venga, Mady. Qué pasa, a ver.

Tanto misterio me tenía perplejo. Tenía que haber pasado algo muy grave para que se anduviese con tantos rodeos.

—Mire —dijo con retintín y dejó al lado del plato de las tostadas un periódico. Quise comprobar qué le hacía tanta gracia.

«¡El soltero de oro ha sido cazado!», era el titular de uno de los periódicos más famosos de la ciudad. Me quitó el hambre de un plumazo. Bajo esas letras, una imagen más concluyente que cualquier frase propagandística: ¡los dos entrando en el local donde cenamos el día anterior!

Se me hizo un nudo en la garganta al ver aquella fotografía. Ahora entendía el comportamiento burlón de Mady.

Abrí el periódico por la página en la que se encontraba el artículo. Dos hojas, a todo color, con varias instantáneas de Carmen y yo, cogidos de la mano, entrando y saliendo del restaurante. No podía imaginar que publicasen algo así sin tener la certeza de nuestra relación. Como siempre, los periodistas elaboraban un reportaje en base a suposiciones. Ni siquiera nos habíamos dado un beso y ya daban por hecho que aquella mujer había conquistado el corazón de uno de los jóvenes más ricos del país, ¡increíble!

—¿Quién es esa muchachita?

La expresión divertida de Mady, acompañada de una sonrisa cómplice, lograron atenuar un poco el enfado que me había causado verme inmortalizado en aquel medio. Pero ahora me esperaba una situación mucho más complicada: debía dar explicaciones a la mujer más terca del planeta.

—¡Borra ya esa sonrisa malévola! —le ordené dulcemente.

Los dos nos echamos a reír Luego ella se puso a tararear una canción mientras se afanaba recogiendo cacharros: «Se me enamora el alma, se me enamora…».

Estaba todavía anonadado con la noticia y no era capaz de inventar una excusa creíble. ¿Una amiga? ¡Eso no se lo iba a creer nadie!

Desde que había entrado en edad casadera, siempre procuraba cuidar mucho todo lo que estuviera relacionado con las mujeres. No quería alimentar habladurías e intentaba por todos los medios ser discreto para que no se publicaran noticias como esa. Pero la noche anterior, no sé si a causa de la fascinación que sentía por Carmen o porque no me importaba que me relacionasen con ella, había bajado la guardia en presencia de los periodistas.

Mientras digería la noticia, y el desayuno, Jack, serio como de costumbre, entró en la cocina. Parecía que él no se había enterado del nuevo y estupendo acontecimiento.

Eran las nueve de mañana, me acababa de levantar y todavía no estaba del todo despejado. Carmen se había pasado toda la noche apareciendo en mis sueños sin dejarme pegar ojo y, por si no fuera suficiente, la presa sensacionalista de los Estados Unidos había decidido emparejarme sin consultar primero.

—Buenos días, señor —me saludó Jack.

—Buenos días, Jack —respondí.

Sabía que en cualquier momento oiría la voz traviesa de Mady desvelando el cotilleo. Si se quedaba callada, es posible que explotase.

—El coche ya está listo —me informó—. Le recuerdo que tiene una reunión bastante importante a las diez.

Tal era mi embobamiento que lo había olvidado por completo. Dejando el desayuno a medias, subí a mi habitación a toda velocidad para ducharme y vestirme. En el fondo, me había venido estupendamente. La huida de la cocina evitaba los comentarios jocosos de Mady.

—Tiene la carpeta en el asiento y la bolsa del gimnasio en el maletero, por si le apetece ir —dijo Jack, que, aparte de mi tutor, mi vigía, la voz de mi conciencia… aquel hombre hacía un papel excelente de niñera. Muchas veces pensé en qué sería de mí si él no existiera. No había nada que no estuviera bajo su control. Era tan meticuloso que rayaba en la absoluta perfección. Tenía un sexto sentido y me conocía mejor que nadie.

—Muchas gracias.

Me tuve que adecentar un poco para la reunión. Un grupo inversor europeo quería hacer negocios con nuestras empresas y debía dar una imagen digna y responsable. Aunque mi rebeldía superaba los límites del entendimiento, en situaciones como aquella hacía caso de las indicaciones de Markus. No paraba de recriminar mi aspecto descuidado y siempre me regañaba para intentar que me convirtiera en un hombre de negocios. Aunque, en el fondo, lo que creo que quería es que adoptase el rol que papá tenía en la empresa. Pero todavía era demasiado joven para comportarme como él sugería.

—Por cierto, señor. —Jack asomó la cabeza por la puerta abierta del coche antes de que el conductor iniciase la marcha.

—Dime, Jack.

—Hace muy buena pareja con la señorita de las fotos.

Y cerró la puerta dejándome con la palabra en la boca. Su faceta sarcástica con cierto toque de humor salía a relucir en muy contadas ocasiones. Pero cuando lo hacía te dejaba estupefacto. Y decía las cosas manteniendo su expresión inalterable. Era de ese tipo de personas al que tienes que conocer bien para saber cuándo bromea o cuándo habla en serio.

Al salir del edificio, justo en el portón de entrada, donde Franklin estaba apostado siempre,

un grupo de periodistas hizo que me percatara de hasta dónde había trascendido la noticia. Si estaban esperándome, es que la cosa pintaba mal.

—Por favor, ¿puede parar en algún lugar para comprar la prensa? —pedí al conductor.

Tuvimos que esquivar periodistas y cámaras para poder emprender nuestro camino. Me resultaba muy incómodo ver a toda esa gente apelotonada en torno a mi domicilio. La fama era algo muy relativo. Supongo que cuando uno quiere ser famoso es más fácil acostumbrarse a ello. Pero cuando intentas pasar desapercibido, dentro de lo posible, se convierte en una cruz que pesa demasiado. El día anterior había sido uno de los más especiales de mi vida. Sentí el impacto de un sentimiento desconocido y eso me tenía completamente obnubilado. Pero, cuando has vivido un sueño y te despiertas de esa manera tan mezquina, la magia se desvanece como el humo de un fuego que ya no arde.

De camino a la oficina, pensando en Carmen y la repercusión que tendría aquella noticia en nuestra incipiente amistad, me surgieron varias cuestiones que quería resolver cuanto antes: ¿qué éramos? ¿Y qué quería de mí?

Mi situación económica era de nuevo un obstáculo. Sin poder evitarlo, elaboré una imagen muy distorsionada de lo que había vivido la pasada tarde. ¿Le gustaría yo como persona? O, en el fondo, se estaría enamorando de mi personaje.

Esa cuestión era, sin duda, una gran sombra. El poder me perseguía y no me dejaba vivir tranquilo. La gente que me rodeaba me demostraba constantemente que buscaban algo que yo pudiera ofrecer. Y eso era muy triste. Pero ¿sería Carmen uno de ellos?

—¿Quiere algún periódico o revista en especial? —me preguntó uno de mis acompañantes.

Aparcamos en doble fila a la puerta de un local donde vendían prensa y uno de los chicos se bajó a comprarla. Quería saber la repercusión que había tenido aquella cita. Hasta entonces me daba igual lo que dijeran de mí los medios, pero aquel día sí estaba preocupado. Tal vez Carmen me importaba más de lo que yo mismo creía.

Los titulares eran casi todos similares: «El famoso joven multimillonario se muestra por primera vez en actitud cariñosa con una joven actriz». «Kilian Sotomayor sorprendido en la entrada de un famoso restaurante con una actriz española». «¿Será ella la afortunada que ha conquistado el corazón del soltero de oro?». «El heredero de la mayor fortuna de los Estados Unidos, por fin, encuentra el amor».

Ocupaba todas las portadas de las revistas y periódicos que trajo mi guardaespaldas. Las fotos daban vértigo. Es increíble cómo una decisión puede alterarte la vida de aquella manera. Si en vez de ir agarrados de la mano, hubiéramos ido caminando el uno al lado del otro, no hubiera pasado nada y no se habría generado tanta expectación. Leer todo aquello me puso de mal humor. Todo lo bonito que había sentido estaba siendo arruinado por la opinión de unos impresentables con el poder suficiente como para hacerte daño sin tan siquiera tocarte.

La reunión fue un auténtico desastre. Me resultó imposible concentrarme con semejante desbarajuste emocional. Incluso intenté posponerla para otro día inventándome una absurda excusa. Todo lo que hablamos ese día no sirvió para nada.

> De: Carmen
> Hola, Kilian. Imagino que te has enterado de la noticia. Madre mía, qué lío. Tengo la puerta de mi casa infestada de periodistas  y no ha parado de sonar el teléfono en toda la mañana. Tú cómo estás?
> 11.36

Leer ese mensaje, me dio mucho más vértigo que todas las noticias juntas. Ahora, cualquier paso que diese aquella pobre chica iba a ser inmortalizado por la atenta mirada de todos esos medios sensacionalistas. Por mi culpa, su vida sufriría un cambio radical.

—¡Kil! Pero ¡¿qué demonios ha pasado?! —Mi curiosa amiga Dakota, ¡cómo no!, no tardó

mucho en llamarme.

—*Hey, Daki. What's up?*

—¡Cómo que qué pasa! Eso digo yo. Pero ¿tú has visto la revolución que hay en todos lados? ¿Has puesto la tele?

Inevitablemente, su comportamiento siempre me sacaba una sonrisa. Aquel tono de voz y la manera de expresarse eran dignas de una adolescente revoltosa.

—Ya. Esto es increíble. Se les ha ido de las manos.

—Pero ¿le puedes explicar a tu amiga qué pasa con Carmen? La muy perra no me ha dicho ni una sola palabra.

Para que os deis cuenta de la influencia de la prensa, hasta mi mejor amiga se había creído la noticia. Era indiscutible que entre Carmen y yo había algo, pero todavía resultaba bastante precipitado admitir que existía una relación cuando ni siquiera habíamos sido capaces de darnos un beso.

—A ver. Lo único que le puedo decir a mi amiga curiosa es que esa chica me gusta. Pero de ahí a lo que dicen los titulares ¡va mucho trecho!

Mantuvimos una conversación de besugos, ella intentando sonsacarme información, y yo convenciéndola de la maldita realidad. Aunque no fui capaz de hacer que se lo creyera del todo.

Nada más colgar, volví a leer el mensaje de Carmen. Tenía que contestar, pero no sabía bien qué poner. Me costó un rato elaborar algo con cierto sentido.

> Para: Carmen
> Sí. Lo vi nada más levantarme. Espero que no estés molesta por tanto revuelo. Reconozco que fue culpa mía al no tener un poco más de cuidado. Te pido disculpas.
> 11.51

Fui algo seco en la redacción porque no tenía claro cómo se lo habría tomado. No todo el mundo llevaría bien despertar una mañana y encontrarse con su foto en todas las revistas del país. Aunque, su última pregunta interesándose por mi estado me demostraba que quizá no le había dado la importancia que creía.

> De: Carmen
> No tienes que pedirme disculpas. Además, quien te agarró de la mano fui yo. Aunque tengo una pregunta que hacerte, pero no quiero que te la tomes a mal. Vale?
> 11.54

¿Una pregunta? Sin perder un segundo, contesté intrigado.

> Para: Carmen
> Claro, puedes preguntar lo que quieras.
> 11.55

Escueto, pero muy directo. Me quedé mirando la pantalla del móvil el tiempo que tardó en contestar.

> De: Carmen
> Quiero saber qué has pensado tú al ver eso en la prensa. Pero, Kilian, puedes ser claro. Si te has agobiado o te sientes mal, prefiero que me lo digas.
> 11.56

Explicarme mediante mensajes iba a resultar una ardua labor.

—Jajajajajajaja. —Oí la risa cantarina de Carmen al descolgar—. Estabas tardando ya en llamarme.

Poco a poco me iba conociendo. Y sabía perfectamente que escribir en el cacharro ese no era de mi agrado.

—Es que, madre mía, esto de la tecnología me tiene loco.

Escucharla reír me aliviaba. Su tono de voz era como siempre y no sentía recelo en la manera de dirigirse.

—Pues vas a tener que ir acostumbrándote, porque ¡yo soy muy de mensajes!

Sus palabras sabían a futuro. Y era extraño que no me asustasen. Siempre que había pensado en hacer mi vida junto a alguien, inconscientemente, se me ponían los pelos de punta.

—Carmen —conseguí articular después de varios segundos—, en realidad no he pensado nada. Me ha enfadado tanto la falta de discreción de los periodistas que no me ha dado tiempo a nada más. Pero —continué, antes de que me interrumpiera— creo que sé a qué te refieres. Y no. No me he agobiado. Ni me he sentido mal al vernos juntos en esas fotos. Eres muy especial. Aunque no te conozca mucho, tengo claro que lo eres. —Ahora la que permaneció en silencio unos segundos fue ella. La tensión se palpaba aun estando muy lejos—. Quiero verte —concluí.

Dos palabras. Tan solo dos palabras que son capaces de darte la vuelta el corazón. Ese «quiero» implicaba necesidad. Y eso mismo era lo que sentía yo hacía ella.

—Y yo —replicó sin dudar.

Me impactó tanto su respuesta que no podía pensar con claridad. Lo único que tenía en ese momento en mi cabeza era sus labios pronunciando aquella frase.

—¿Estás vestida?

—No, ¿por qué?

—Ahora mismo mando a alguien que vaya a buscarte. Ve preparándote.

—¡Estás loco!

Tenía tantas ganas de verla que no dudé lo más mínimo. En cuanto colgamos, envié a mi chófer que fuera a recogerla a su casa.

Estaba sentado en mi despacho, observando la ciudad a través de la inmensa cristalera. Y, por primera vez, me sentí muy afortunado y agradecido con la vida. Había hecho que se cruzase un ser maravilloso en mi camino para demostrarme que tenía un músculo dispuesto a latir con fuerza.

Pero, a partir de ahora, aunque me molestase, debíamos tener más cuidado con las apariciones en público. No quería volver a protagonizar la portada de ninguna revista.

Aquella habitación me traía recuerdos imborrables. Era incapaz de olvidar la primera vez que papá me llevó a conocer aquel lugar desde donde presidía la empresa. Ese día le dije que quería trabajar en un sitio como aquel, pero nunca imaginé que él no iba a estar para verlo. No podía evitar que mi corazón se encogiera cuando observaba la foto que presidía el escritorio. Los tres fuimos muy felices ese verano. Consiguieron que entendiera que el amor no solo es un sentimiento. En ocasiones también aparece representado en seres maravillosos que te quieren por encima de todo.

—Señor, están a punto de llegar. ¿Quiere que acompañe a la señorita hasta aquí o prefiere verse con ella en otro lugar? —Simón irrumpió en la sala despertándome de un precioso viaje.

Aunque habían pasado muchos años, mis padres estaban siempre presentes. El tiempo no era más que una cifra que va sumando, pero los recuerdos son eternos. Ellos iban a ser los protagonistas principales de todo lo que me sucediera.

—Sí, Simón. Acompáñala hasta aquí, por favor. Pero una cosa. Intenta que sea de la manera más discreta posible. Gracias —le pedí.

Generalmente, no usaba el garaje para acceder al edificio. Me gustaba más entrar por la puerta principal para empaparme del encanto de aquel edificio y mezclarme entre los trabajadores como si fuera uno más. Pero cuando no me apetecía ver a nadie o tenía un mal día, desde el aparcamiento, un ascensor privado te llevaba hasta la última planta en la cual estaba situado mi despacho. Imagino que los chicos la acompañarían por aquel camino después de haberles advertido de que fueran discretos.

Saber que estaba a punto de verla me ponía bastante nervioso. Aquel comportamiento era

digno de un chiquillo, pero quizá eso era lo bonito de conocer a alguien especial: te hace sacar los sentimientos más profundos.

Como si estuviera loco, me puse a colocar la mesa, aunque estaba todo en perfecto estado. No sabía qué hacer con mis manos para que estuvieran quietecitas.

Después de oír un par de golpes, abrieron la puerta. Carmen, sonriendo, asomó la cabeza con gesto travieso.

—Hola, ¿se puede?

—Buenos días, señorita.

Se paró justo en la entrada mientras me miraba fijamente. Desde mi asiento, no pude hacer otra cosa que quedarme embobado analizando a aquella preciosa mujer: llevaba el pelo recogido con una coleta. No se le apreciaba maquillaje. Aunque, a mi forma de ver, no le hacía falta porque al natural estaba realmente bonita. Sus rasgos provocadores y aquella mirada salvaje eran suficiente motivo para no poder apartar tus ojos de ella. Llevaba unos vaqueros muy ceñidos y una camiseta blanca básica de tirantes. Pero lo que me sorprendió fueron unos altísimos tacones que la hacían mucho más esbelta, si cabe.

El calzado de las mujeres era mi perdición. Dicen que todos tenemos un fetiche, y aquel, sin remedio, era el mío. Unos zapatos en color camel que dejaban el empeine a la vista. Su manera de pararse subida en ellos era la perdición para cualquier hombre que se precie.

—Buenos días, Kilian.

Estaba jugando, la mueca que tenía dibujada en el rostro la delataba. Y a mí eso me ponía muchísimo más nervioso.

Movido por la impaciencia me levanté y andando despacio fui hasta donde se encontraba. Unos pasos antes de llegar hasta ella, me detuve indicándole que yo también sabía, y quería, participar en aquel juego.

Estaba altísima. Casi un poco más que yo. Tenía las piernas más largas del mundo y unas proporciones perfectas. Era muy delgada pero con las curvas necesarias para que su figura te hipnotizara.

—¿No me vas a dar dos besos? Qué maleducado —se quejó, sonriendo. Y tenía el mismo gesto de seguridad que el primer día que la vi desfilar por aquella pasarela. Algo que me desconcertaba y me hacía sentir muy pequeño.

—Perdona, Carmen. Pero las normas de educación indican que el que llega es quien tiene la obligación de saludar primero.

Aunque estaba abducido por sus profundos y misterioso ojos negros, mi cerebro actuaba con rapidez ante sus envites.

—Cierto. Tienes razón. Pero tú eres quien me ha raptado y ha hecho que me traigan hasta aquí. Qué menos que levantarte a recibirme, ¿no?

Y su despampanante chulería era lo único que faltaba para derretirme ante esa firmeza aplastante.

—Puede que sí. Pero «raptar», según el diccionario, es llevarse a alguien por la fuerza de un lugar y retenerle en contra de su voluntad, y, por lo que parece, no tiene pinta de que hayas venido hasta aquí obligada.

Mi elocuencia me sorprendía. Habría apostado a que no iba a salir una sola palabra de mi boca cuando la tuviera cerca.

—Parece que el chico tímido de ayer ha desaparecido. Qué curioso.

Quizá mi actitud podía desconcertarla. Pero era normal. Creo que hasta yo lo estaba.

Había tanta conexión que se palpaba. Nuestras miradas estaban unidas por una necesidad

exagerada. No podía esperar un segundo más para volver a oler ese fuerte aroma a ella.

—Ven —le pedí, haciendo un gesto con la mano. Mis intenciones fueron más que obvias. La quería cerca. La quería muy cerca.

Dio dos pasos y se detuvo a escasos centímetros de mí. Su actitud juguetona me atraía y con la decisión que la noche anterior no había tenido, la iba a poner ahora en un brete.

—Aquí me tienes.

No sé por qué, me convertí en el hombre seguro de siempre. Su mirada ya no tenía el poder de intimidarme. Sabía que estaba predispuesta a entregarse y eso me hacía el camino más fácil.

—¿Te tengo?

Y lo que era inevitable, por fin, sucedió. Nuestros labios se unieron para librar esa batalla que ambos deseábamos. La tensión fue liberada en una sala en la que solo tenían cabida dos cuerpos que se necesitaban. Su olor fue determinante para que me embarcase en el navío de la pasión. Ninguno se atrevía a tocarse. Nuestras manos no eran capaces de comenzar a investigarnos. Pero había tanta conexión que los sentimientos afloraban sin poder detenerlos.

La primera toma de contacto fue sutil. Muy suave. Mis labios se posaron en los suyos como si se tratara de una frágil y delicada flor. Sabía a misterio y allí había alguien dispuesto a descubrir todos sus secretos.

La intensidad, inevitablemente, fue aumentando. Se percibía que guardábamos demasiadas precauciones. Su respiración comenzó a agitarse poco a poco. Y con ello mis ganas.

De repente, nuestras manos se encontraron, entrelazándose como dos cómplices necesarios. Era extraño. La situación lo era. No había ni un ápice de agresividad. La pasión no se convirtió en esa esperada tormenta que podía destruirlo todo. Éramos jóvenes e impulsivos pero allí, en esa sala, había dos seres que tenían demasiado cuidado. Exactamente, no os sabría decir el motivo. Pero ninguno daba rienda suelta a sus deseos.

El tiempo se paró. Nuestras vidas también. Porque hay veces que existe tanto entre dos personas que lo demás no importa. Y eso mismo es lo que sentí. Que las cosas más apasionantes, a veces, tienen nombre de persona.

No era una simple atracción física. No. Aquello iba mucho más allá. Ella era eso con lo que todos alguna vez hemos soñado. Quizá por eso no nos atrevíamos a entregarnos del todo. Nos dábamos tanto miedo que la precaución no nos dejaba fluir.

—Kilian.

Nunca había escuchado pronunciar mi nombre de una forma tan hermosa. Ni tan cerca del corazón.

Sin darme cuenta, nos habíamos abrazado. Perdí la capacidad de actuar con conocimiento. Mis manos sujetaban con tensión su cintura mientras ella entrelazaba sus dedos en mi pelo. Era firme. Exageradamente firme. Cosa que me inducía a agarrarla con fuerza.

—Por favor, Kilian.

Ahora su respiración sí me demostraba que la intensidad estaba superando los límites de lo correcto. Emitía leves gemidos que eran capaces de hacer que se estremeciera hasta un cuerpo inerte. Era sensualidad elevada a su máximo exponente.

Dando pequeños pasos la hice retroceder hasta que chocamos con la puerta. Mi torso se comprimía contra ella con firmeza. Percibía su absoluta rendición.

—Kilian, por Dios. Puede entrar alguien.

Hablaba de forma entrecortada, en susurros casi inaudibles. Estaba abducido por una sensación incontrolable. En ese instante, noté cómo la pasión se había adueñado de nosotros.

Con violencia, mi boca buscó su cuello como una fiera que desea devorar su presa recién

cazada. A su vez, mi nariz se clavaba en su garganta para que aquel aroma terminara de apoderarse de la poca razón que me quedaba. Fue tan intenso que olvidé el lugar en el que nos encontrábamos.

Con avidez, comencé a descubrir sus curvas. La tersura y el tacto de esa piel me llevaba hasta una perdición absoluta. Estaba tensa como el hilo de una máquina de coser. Tanto que mis dedos no conseguían dejar huella en aquel cuerpo.

La lascivia adoptó el protagonismo que la ocasión merecía. Su forma de mirarme aclaraba todo lo que las palabras no eran capaces de explicar.

Pero, lo que me llevaba directo al limbo era observar cómo sus ojos se cerraban sin control alguno.

—Para, por favor.

La forma de expresarse le añadía un punto más de excitación al momento. Casi no se le entendía debido a la entrecortada manera de respirar. Con absoluta certeza, podría asegurar que era la mujer con la que más conexión sentí. Pero debía contener esa ansia que me estaba haciendo perder el control.

—Perdona, lo siento.

Separándome un paso, pude observar cómo Carmen permanecía pegada a la pared con sus pupilas clavadas en las mías. Su piel tostada brillaba al igual que sus carnosos labios que me incitaban al deseo más poderoso que había sentido hasta entonces. Era lascivia pura. Su seriedad lo era. Y yo no podía evitar ser arrastrado por el poder de sus oscuros ojos negros. Tenía la espalda pegada a la puerta y las piernas entreabiertas.

—No. No tienes que disculparte. Pero este no es el sitio.

Intentó calmarse mientras se colocaba la camiseta que yo había levantado presa de una pasión incontenible.

Pero tenía razón. Aquel no era lugar para dejarnos llevar hasta donde nadie sabía. Los límites entre dos seres que se buscan con tanta intensidad pueden superar la pura realidad y lo que está establecido como correcto. Aunque, a mí, lo que las normas dictaban no era algo que me importase mucho.

—Tienes razón. Pero es que…

Antes de que terminase de hablar, se acercó y me dio un beso pero con otro contenido. Me besó con el corazón. Fue un sentimiento precioso, porque no hay nada más bonito que te hagan sentir con tanta fuerza. Se me pusieron los pelos de punta. Desde la cabeza hasta los pies me recorrió un escalofrío dejando muy claro que ella iba a ser la encargada de enseñarme lo que significa querer a alguien.

—Ya tendremos tiempo. No te preocupes. Pero ahora hasta aquí es suficiente.

Me acarició la cara y guiñó un ojo. Luego se alejó para ir hasta la gran cristalera del despacho.

—Jolín. Menudas vistas. ¡Qué suerte!

Todo el mundo que entraba en aquella habitación se quedaba maravillado por la increíble panorámica. Nueva York era indescriptible y desde aquella perspectiva mucho más.

Papá estuvo muy acertado a la hora de escoger su centro de operaciones. Y ahora, yo tenía la fortuna, o la desgracia, según se mire, de poder disfrutar a diario de aquel magnífico espectáculo.

A lo de las vistas casi no le presté atención porque todavía seguía analizando la frase anterior: «Ya tendremos tiempo». Esa era toda una declaración de intenciones. Sus palabras sabían a futuro e inesperadamente me gustaba. Porque nunca imaginé que, de repente, alguien pudiera hacer que mirases tan lejos.

En aquella época, la universidad era el objetivo primordial. Más que por necesidad, lo había asumido como un gran reto personal. Debía demostrarme a mí mismo que era capaz de cualquier cosa que me propusiera y eso era lo más importante. Y, como las cosas normales no estaban hechas para mí, tomé la determinación de sacarme dos carreras a la vez. ¡Para cojones los míos!

Cuando murieron mis padres, por recomendación de Markus, que fue uno de los encargados de mi educación, decidieron llevarme a terapia infantil. Cada dos días, más o menos, me obligaban a hablar con una psicóloga que me escuchaba con mucha atención y me ponía un montón de juegos, que, poco a poco, me terminaron gustando. Al principio me costó muchísimo abrirme y, durante varios meses, permanecí en silencio todo el tiempo que duraba la consulta, pero, al final, la tozudez de aquella mujer pudo con la rebeldía de un niño que, en el fondo, necesitaba soltar toda su rabia.

Ella siempre se sorprendía por la rapidez que demostraba para resolver todas las incógnitas que me planteaba. Incluso hizo que me cambiaran de colegio porque, según decía, debía de ir a un sitio para niños con una mayor capacidad intelectual. Y no sé si tendría razón, pero lo cierto es que me costaba relativamente poco aprobar. La universidad era algo más complicada, aunque tampoco tanto como mis compañeros decían. De ahí que me matriculase en dos carreras. Eso sí podía decir que era una ardua labor y, en ocasiones, una locura.

—¿Quieres comer algo?

Entre unas cosas y otras, llegó la hora de comer. Pero, mientras le planteaba la cuestión, me di cuenta de que teníamos un gran problema: ¡a ver dónde íbamos sin que nos reconociesen, después de haber sido portada de todas esas revistas!

—Vale.

No podía dejar de mirarla. Su comportamiento me generaba una extraña adicción. Estaba a su lado, observando la Gran Manzana y tenía mucho más atracción ella que aquella misteriosa urbe. Sin poder evitarlo mis ojos la buscaban constantemente.

—¿Qué te apetece?

Mientras decidíamos el lugar y el tipo de comida, con curiosidad se puso a inspeccionar el despacho. La decoración era bastante sencilla y prácticamente la conservaba intacta. Quería que perdurase la esencia del hombre que hizo todo eso posible.

—Hacían una pareja increíble —afirmó, con la vista clavada en la foto que presidía mi escritorio. Y no podía tener más razón. Mis padres formaban la pareja más hermosa del mundo.

Los dos permanecimos unos segundos en silencio contemplando aquella bella imagen. No encontraba la manera de mantenerme fuerte cuando me acordaba de ellos. Los ojos se me llenaban de lágrimas y el corazón se me empequeñecía. Nadie había logrado amortiguar aquel duro golpe. Habían puesto todos los medios para que la pérdida no me marcase para siempre. Porque hubo un tiempo en que perdí el contacto con el mundo real. Me costó muchísimo superar y asimilar que nunca más los volvería a ver. Pero, sobre todo, que nunca me iban a querer como ellos lo hacían.

—¡Kilian, ¿me has oído?!

Tenía la mala costumbre de irme lejos cuando recordaba. El pasado todavía dolía demasiado como para que no me afectase.

—Sí, claro. Dime.

Se acercó a mí y nos volvimos a fundir en un abrazo de esos que son capaces de unir todos los pedazos. Creo que percibió mi añoranza. Y ahí es cuando me percaté de que no hace falta hablar para contar lo que llevas dentro. Me sorprendió que me entendiese sin prácticamente conocernos.

—Quiero que seas muy feliz, Kilian.

Y mientras esas palabras se me clavaron en el corazón, sus brazos apretaron con un poco más de fuerza. Quizá parezca muy precipitado aquel comportamiento, pero su forma de actuar y, sobre todo, el brillo de sus ojos me decían que Carmen no mentía.

16

Desde el centro comercial hasta mi casa no pude quitarme de la cabeza a Cristina. Pero tampoco fui capaz de borrar un pasado que todavía estaba muy presente.

Llevaba mucho tiempo andando por una ciudad que no me conocía. Echaba muchísimo de menos mi hogar y a los seres queridos: no eran muchos pero suficientes como para hacerte sentir bien y arropado. De hecho, nunca había estado tan solo. Ni siquiera cuando perdí a mis padres. Porque Mady y Jack siempre permanecían a mi lado. También tenía a Dakota. Y a alguna persona más que me quería incondicionalmente aunque fuera por el amor que sentían hacia los dos seres que me trajeron al mundo.

Momentos como aquel hacían que me plantease tirar la toalla. Una lucha interna que, a veces, pesaba más que la ilusión con la que debía afrontar esta nueva vida. Porque es muy difícil no saber cuál es tu sitio en el mundo. Por un lado, tenía Nueva York y todo lo que conllevaba. Y por otro, el dejar atrás todo eso que me robaba la felicidad a diario para comenzar de cero. Pero, quizá, cuando uno tiene todo, dejarlo a un lado para emprender un nuevo camino tiene esos momentos negativos que te hacen pensar en volver a tu zona de confort, en la cual estás más cómodo y seguro.

El dolor era un sentimiento muy duro. Y la soledad pesaba como una gran losa que no te deja alzar el vuelo.

Mientras caminaba sin rumbo, observaba a la gente intentando buscar en ellos eso que a mí me faltaba. Todos tenemos problemas y preocupaciones, pero los míos, a mi parecer, eran demasiado crueles como para digerirlos sin que lleguen a afectarte.

La vida no me había tratado bien. Nací con la suerte de tenerlo todo. Pero también con la desgracia de perder ese todo que me hacía feliz.

Era inmensamente rico. Poseía, materialmente hablando, todo lo que cualquiera puede llegar a imaginar. Pero, en triste contrapartida, no tenía absolutamente nada. Porque el corazón no entiende de bienes. Ni de lujos. El corazón solo entiende de sentimientos, una cuestión en la que yo me consideraba la persona más pobre del mundo.

En mi niñez me quisieron. Me quisieron tanto que era imposible no ser feliz. Y eso no te lo pueden arrebatar de golpe. Porque ese mismo sentimiento que antes te hacía ser tan dichoso es capaz de matarte aun estando vivo. Y eso es triste. Hace mucho daño. Porque nadie está preparado para vivir con un corazón prácticamente muerto.

Luego encuentras un hilo de esperanza. Alguien que es capaz de reanimar ese músculo que había dejado de latir. Te vuelves a sentir vivo ¡y sonríes! Sonríes cada día por haber vuelto a ser ese niño que miraba la vida con los ojos llenos de emoción. Pero la vida te asesta una vez más un duro golpe y te quita, de nuevo, el motivo por el cual te despiertas a diario con una preciosa sonrisa. Qué extraña maldición, ¿verdad? Pues eso es lo que me había impulsado a volar muy lejos. Porque llegué a convencerme de que en el lugar en el que yo era millonario, jamás podría convertirme en alguien rico en lo que de verdad importa. Rico de sentimientos.

Aquel avión me separó de todo. Llevándome muy lejos y alejándome de un futuro que se presentaba como un enemigo imposible de abatir. Pero los recuerdos no entienden de distancia. Y no por irte al otro lado del mundo puedes creer que el cerebro olvidará todo eso que un día te hizo añicos el alma.

Al llegar a casa, con las piernas como si hubiera corrido un maratón, la casera, como de costumbre, se encontraba sentada en la puerta.

—*Carlito*, hijo, ¿qué te pasa que tienes esa cara? —me preguntó, al ver mi semblante

taciturno.

—Hola, señora Virginia.

Aquella mujer hablaba por los codos. Era alegría constante pero cuando te cogía por banda te ponía la oreja al rojo vivo. Al principio, por educación, me paraba a hablar con ella, pero, con el paso de los días, aprendí a esquivarla de una manera muy sutil.

—A ti te pasa *argo*, bonito mío. Ven aquí, anda.

Siempre sacaba a la calle un par de sillas muy viejas de madera pintadas en color verde. Pero nunca la acompañaba nadie. Ella sola se las apañaba para pasar las calurosas tardes entretenida haciendo cualquier cosa.

Pero aquel día no rehuí su propuesta y tomé asiento a su vera. Necesitaba hablar con alguien. Y no de mis problemas, sino simplemente hablar para poder olvidar.

—Qué va. No me pasa nada que no tenga solución.

—Pues… menuda carita que traes, hijo mío. —Había aprendido a ocultar mi estado de ánimo, pero a veces era imposible. Tenía tal desbarajuste emocional que inevitablemente tenía que salir a relucir por algún lado—. Seguro que eso es por alguna mujer —aventuró.

Y no iba muy mal encaminada. Aunque el problema principal no era ese, había cierta relación entre el amor y mi estado. Porque Cristina me desordenaba lo poco que había conseguido ordenar. Y me hacía recordar un sentimiento que necesitaba olvidar.

—Es un poco todo, la verdad. Pero quizá sea demasiado largo de contar. Además, no quiero aburrirle con mis problemas.

Tenía la necesidad de abrirme a alguien. Hablar de ello seguro que me ayudaría o, por lo menos, me calmaría. Porque esto es como llorar. Cuando sueltas lo que tienes dentro parece que te liberas. Y en ese momento tenía el disco duro lleno de información que debía borrar para poder almacenar experiencias nuevas.

—¡Qué dices, chiquillo! ¡Tenemos todo el tiempo del mundo!

Antes de comenzar a hablar, lo pensé muy mucho. No lo tenía claro. Y tampoco sabía si podía confiar en una persona que apenas conocía. Pero lo que más me preocupaba era que aquella mujer fuese lo suficientemente discreta para guardar mi secreto.

—Pues, señora Virginia… Mi problema es la propia vida. No solo el amor o las mujeres, no. Es un poco todo en general.

Comencé desde el principio. Parecía ser el narrador de una película triste de Walt Disney. Pero es que mi vida era digna de una superproducción americana.

Le conté la trágica pérdida de mis padres cuando solo era un niño. Mientras tanto ella engullía con sus ojos mis palabras prestándome toda la atención posible.

Hablar sobre mí se me daba fatal. Porque era como si estuviese desnudándome en público. Y también me emocionaba. Fue muy difícil explicarle con detalle mi pasado sin que se me cayera alguna lágrima.

Después de detallar mi juventud, apareció Carmen como ese tablón que te salva en alta mar de morir ahogado. El amor había surgido en mi vida en un momento en el que vivía por inercia. Pero también le expliqué lo que sentí cuando la vida dejó que me sumergiera en un océano lleno de tristeza.

—*Mare* mía, hijo. Pues *menúa* mala suerte que has *tenío* tú. ¿Y qué problema hay con la muchachita esta?

Casi se estaba poniendo el sol. Pasamos un buen rato sentados en aquellas incómodas y bajitas sillas. Pero dentro de todo lo que le conté, omití una de las partes más importantes: el dinero. En ningún momento le dije de dónde venía ni lo que poseía. Quizá eso sería lo que más le

iba a costar mantener en secreto.

—Pues no lo sé. Hay algo que me impide dejarme llevar. No sé qué me pasa, Virginia.

Y eso, exactamente, era lo que me sucedía. No tenía claro nada. Porque mi vida no era transparente y así era imposible ser feliz.

—Pues si no lo sabes tú, ya me dirás quién lo va a saber. Dale una oportunidad a la chiquilla, ¡hombre! Y olvídate ya de tanto problema, que ahora estás en Andalucía y aquí no se *pué está* triste.

Al terminar de hablar, la señora se levantó y me dio un cariñoso abrazo. Una sensación extraña, porque no acostumbraba a mostrarme tan receptivo con gente desconocida. Aunque, si me detenía a pensarlo, a ella le había contado más cosas sobre mí que a cualquier otra persona con mucho más apego.

Cuando finalizó esa muestra inusual de cariño, me fui directo a mi habitación. Tenía la sensación de haberme quitado un gran peso de encima. Soltar lo que llevaba dentro me vino bien para descargar toda esa tensión acumulada. Pero lo que me había dejado claro esa charla fue que necesitaba olvidar y comenzar de cero. Todo lo que me impedía continuar eran unas barreras que yo mismo me había impuesto.

Los seres humanos tenemos esa capacidad innecesaria de ir poniendo obstáculos a cada paso que damos. Parece que lo fácil no termina de gustarnos. La vida sería mucho más sencilla si supiéramos entenderla o, por lo menos, si nos detuviéramos a intentar hacerlo. Mi pasado, evidentemente, había marcado mi vida de tal manera que era imposible obviarlo. Pero, ni poniendo miles de kilómetros de por medio, fui capaz de superar unos sentimientos que no dejaban de doler.

Las heridas tienden a curarse. Al final, terminan cicatrizando y se quedan para siempre en forma de señales que nos advierten que la vida, un día, se puso muy puta. Pero no hay ninguna herida que sangre para siempre. Y, como gran ejemplo, podría poner la trágica muerte de mis padres. Dolía su recuerdo. Y dolía la tristeza de no volver a sentirlos jamás. Pero terminas aceptándolo y continúas viviendo porque no queda más remedio. Porque la muerte me enseñó que ella no mata. Solo es la encargada de llevarse seres que están cerca hasta que decide que tú debes ser el próximo.

Cristina era luz. Esa esperanza que todos avistamos al final del túnel. Algo en ella me atraía. Lo hacía de una manera insólita. Porque nadie había conseguido despertar un corazón dormido y congelado por el frío invierno de la soledad.

En ese pequeño cuarto, aprisionado entre sus cuatro paredes, analicé el comportamiento que tuve con ella. Si lo pensaba bien, debía avergonzarme. Pero visto desde mi mundo interior, era mucho más complejo de lo que parecía. El amor puede ser angustia. Y mucho más cuando ha sido el principal motivo de tu propia felicidad. Aunque me daba pena renunciar a ese bonito sentimiento movido por una ira desgarradora.

Antes de quitarme la ropa, pensé, sentado en la cama, en el motivo principal de esa cobardía que me obligaba a huir cuando sentía que algo me podía remover las entrañas. Sin entenderlo, comencé a derramar todas esas lágrimas que tenía acumuladas. Lloraba con tanta rabia que tuve que tumbarme, con la vista perdida en el infinito, intentando sofocar un llanto que no me dejaba casi ni respirar. La agonía y la desazón se apropió de un corazón inválido.

—¡Carmen! ¡¡¡Carmen!!! Por favor, dejadme entrar.

Aquel cristal me separaba del amor de mi vida. Se encontraba postrada en esa cama impasible e inerte. Era ella. La mujer que daba sentido a mi vida. Mi sostén. Mi refugio.

—Por favor… sé que ella me necesita. Os lo ruego. Aunque sea una última vez.

No podía asimilar lo que mis ojos eran incapaces de entender. Estaba perdiéndola y no podía hacer nada. Pero, lo peor, es que no me dejaban. Necesitaba con toda mi alma estar a su lado. Sentirla. Volver a tocarla. Acariciar sus manos. Decirle todo aquello que siempre me costó expresar. Necesitaba decirle que la quería. Una última vez ¡o mil! Pero lo necesitaba.

—Por favor, señor Sotomayor. Tiene que abandonar el recinto. No nos haga esto más difícil de lo que es. Por favor.

Aquellos dos hombres uniformados no sabían que si me iba de allí, yo también moriría. No podía dejarla sola. No entendía el porqué de tanta rabia hacia alguien que solamente la había querido con toda su alma. Ella era mi princesa. La única y verdadera razón de mi existir. Y de qué me servía continuar si no tenía su preciosa sonrisa al despertarme.

—No me hagan esto, por favor. Se lo suplico.

Mis manos resbalaban por ese cristal que me separaba del amor de mi vida. Era tanta la angustia que mis ojos dejaron de enfocar esa maldita visión. Porque no se puede soportar tanto dolor y desde tan lejos. Porque aun estando tan solo a unos metros, parecía que se había ido para siempre. Incluso fuera de este mundo. Ese mismo que los dos creamos a base de sentimientos preciosos.

Me estaba rompiendo por dentro. Algo en mí se había hecho añicos y mi forma de respirar me indicaba que se puede sufrir sin medida. Intentaba mantenerme en pie, pero mis piernas no soportaban el peso de tanta tristeza. La vida no podía ser tan injusta, ni tan despiadada. ¡Qué había hecho para merecer tremenda desdicha!

—¡Sáquenlo de aquí! ¡Él es el culpable de que mi hija esté así!

De lo único que me podían acusar es de haberla querido con toda mi alma. De eso sí era culpable. Pero de nada más. Y no era capaz de entender esa animadversión hacia mi persona. Tanta que ni viendo cómo me estaba descomponiendo daban su brazo a torcer.

—¡Culpable! ¡Culpable de entregarle mi vida! Culpable de permanecer a su lado a pesar de todo. Culpable de quererla por encima de cualquier cosa. Por favor…

¡¡¡¡¡Culpableee!!!!!

Pero lloraba con tanta angustia que mis palabras se perdían tras un sollozo desconsolado. Y allí nadie parecía comprender que me estaban asesinando. Que no podían separarme de un trozo de mí.

Su cuerpo menudo yacía cubierto por una sábana blanca. A su alrededor, numerosos aparatos que dejaban entrever el grave estado en el que se encontraba. Un tubo blanco saliendo de su boca conectado a una máquina, que al verlo se te encogía el corazón hasta casi dejarlo parado.

—Ya está bien. Señor, acompáñenos.

Mientras me agarraban por los brazos y me arrastraban por el pasillo, percibí cómo mi cuerpo se abandonaba. La adrenalina no fue suficiente para hacer frente a los hombres que me obligaron a salir de aquel lugar. Cuando cruzamos las dos puertas metálicas, me di cuenta de que al cerrarse, la había perdido para siempre. Eso no fue más que la decisión de una familia que no entendía que nos quisiéramos de aquella manera.

Y sentía que le había fallado. Que no había luchado lo suficiente. Que, quizá, me rendí antes de tiempo. Pero no se puede pelear contra tantas adversidades. En ese caso, ni el poder ni el dinero pudieron ayudarme a permanecer junto a ella. Carmen se marchó y con ella mi ilusión y mis ganas de continuar. Vivir sin ella ya no se podría considerar como vida.

—¡Niña!

Me desperté sobresaltado. Tuve que mirar a mi alrededor para cerciorarme del lugar en el que me encontraba, impactado por la realidad de aquel sueño. Fue tan veraz que hasta me costaba

recuperar la calma.

Todavía era de noche. Me incorporé para coger un poco de aire y tranquilizarme. El pasado se me había presentado con demasiada claridad y en forma de pesadilla. Y sin querer eso me alteraba y atormentaba de una manera demasiado violenta.

—Madre mía, Kilian, ¿qué te está pasando?

Mis pensamientos afloraron convirtiéndose en palabras. Con los dedos me restregué los ojos para intentar recuperar la visión, porque todavía no me podía creer que un sueño pudiera llevarme tan lejos.

La echaba demasiado de menos. Me hacía mucha más falta de lo que pensaba. Porque la distancia no es suficiente como para recomponer un corazón que vive en un mundo lleno de nostalgia.

¿Quizá no luché lo suficiente? ¿Debería haber hecho más por conseguir eso que me hacía realmente feliz? Preguntas como esas me surgían a diario. Y así era imposible continuar y recuperar la ilusión por vivir. Aunque, en este tipo de casos, forzar las cosas no servía de nada. Tenía que dejar fluir mis sentimientos y no perder la esperanza. Y, si mi intuición no fallaba, Cristina podía ser ese salvavidas al que te aferras cuando te encuentras en mitad de un océano de tristeza. Pero no tenía que ser tan idiota como para desperdiciar esa pequeña oportunidad que se me había presentado. Porque eso que tuve jamás volvería.

Por la mañana, con los primeros rayos de sol, no tenía claro del todo si había tenido o no esa maldita pesadilla. Las sábanas me pesaban, por lo que decidí levantarme y desayunar algo. Ya en la cocina, y a pesar de ser muy temprano, estaba la señora Virginia entretenida con las labores del hogar.

—¿Pero qué haces tú a estas horas? ¿Mala noche? —me preguntó, mientras fregaba los cacharros de la noche anterior, mirándome con un gesto indefinido. A veces, no sabía cómo interpretar las expresiones de aquella mujer.

—Pues sí. No he dormido mucho, la verdad.

—*Carlito*, hijo. Tienes que intentar cerrar esa etapa. No puedes seguir dándole vueltas al coco, ¡te vas a volver loco, *mi arma*!

Su desparpajo le daba un toque humorístico a la sinrazón. Era muy sencillo destruirse a base de recuerdos. Porque la fortaleza de aquel chico americano se estaba agotando. Mi cuerpo no podía soportar más peso. Ni siquiera mis sueños. Y eso, poco a poco, estaba convirtiendo todo en ruinas. Se me estaba desgastando la poca ilusión con la que había aceptado encararme a esta nueva etapa.

—Lo sé, Virginia. Lo sé —admití.

Echaba de menos demasiadas cosas. Puede que motivado por la poca destreza que tenía para afrontar el día a día. Parecía un minusválido social, no sabía ni prepararme un desayuno digno. Y eso era un impedimento más en el camino. No tenía suficiente con la tortuosa angustia de los recuerdos. No. Todo iba convirtiéndose en una altísima montaña que parecía imposible de escalar. Y esto me dejaba claro una cosa: el dinero te convierte en un inútil. Mis años de universitario no fueron capaces de enseñarme lecciones básicas de vida. Era muy triste ser un adulto con la capacidad de un niño pequeño. Demasiado triste.

—Lo que tienes que hacer es llamar a la chiquilla esa y dejarte de tonterías. Mira la cara que tienes. Pareces un viejo.

Después de desayunar, las palabras de la señora Virginia cobraron sentido. Al mirarme al espejo, me di cuenta de que no reconocía aquel reflejo. El tiempo que llevaba en España no había hecho más que deteriorar mi imagen. Por primera vez tenía ojeras, una novedad. Los ojos no me

brillaban como de costumbre. Pero lo que más me impresionaba era sentir la tristeza que reflejaba mi rostro. Eso, inevitablemente, hacía muchísimo daño.

La habitación cada vez se me hacía más pequeña. Y me recordaba un poco a las celdas de cualquier prisión que había visto en la tele. Todo el colorido y la alegría de esa ciudad se perdían al entrar en lo que se suponía que debía llamar hogar. Y estaba siendo tan estúpido que yo era mi propio carcelero.

Al principio lo acepté e incluso me ilusioné con ese gran cambio. Viví los primeros meses con pasión empapándome de un nuevo lugar que me acogía con hospitalidad. Pero el paso del tiempo iba acabando con esa esperanza que se disipa tras el recuerdo. Sevilla ya no tenía tanta luz. Ni tanta alegría.

Tumbado en la cama, mientras sacaba todas esas conclusiones descabelladas, una voz interior me dijo que debía acabar con ese maldito victimismo. Porque nunca había sido así y siempre me consideré una persona dura. Los sucesos no podían acabar con la entereza de un chico que aprendió a base de golpes. Porque esa es la lección más contundente que recibí durante mi juventud: al final, siempre vuelves a sonreír.

> Para: Cristina
> Siento lo que pasó. Necesitaba decírtelo. Mi comportamiento ha sido digno de un crío. De verdad, me siento muy avergonzado. Cristina, por favor, no quiero que pienses que es por ti, ni nada parecido. El único culpable soy yo y demasiados fantasmas que no me dejan mirar hacia delante.
> Espero que me comprendas, aunque no sepa explicarme con claridad. Pero me gustaría algún día hablar contigo en persona y pedirte disculpas como te mereces.
> Un beso.
> 9.38

Con el teléfono en la mano, tuve que borrar y releer varias veces el mensaje antes de enviarlo. Tomé la decisión de afrontar los problemas de la única manera que creía posible. E iba a hacer caso a la señora Virginia. La graciosa andaluza era capaz de hacerme sentir de nuevo y lo necesitaba. Un corazón no puede vivir con tanta apatía.

Me costó muchísimo elaborar una excusa a través del teléfono. Escribir en ese cachivache me resultaba muy complicado y más cuando intentas que la otra persona entienda a través de palabras lo que sientes en ese momento. Pero no me atrevía a llamarla y tampoco sabía con certeza si querría volver a hablar conmigo.

> De: Cristina
> No te preocupes. No pasa nada. Pero eso podrías haberlo pensado antes y nos hubiéramos ahorrado el tiempo.
> 10.30

Recibí su respuesta al cabo de una hora. Iba camino del gimnasio cuando el teléfono soltó el pitido de advertencia. Sus palabras tenían un ligero tono a resquemor y era normal que actuase de aquella manera. No podía pretender que los demás entendiesen mis problemas.

Al final, mi actividad cotidiana consiguió alejarme un poco de aquel marasmo de recuerdos. Tenía la cabeza tan saturada que no podía pensar con claridad.

Hacer deporte fue fundamental. Era de las pocas cosas que me ayudaban a evadirme y, sobre todo, a despejarme. Lo había adoptado como forma de vida y me convertí en un obseso del ejercicio. Además, era barato.

Mi vida se reducía a trabajar y poco más. Conocí bastante gente gracias a las miles de personas que pasaban todos los fines de semana por la discoteca y conseguí hacer muy buenas migas con algunas de ellas. Pero con quien más conexión tuve fue con el compañero de trabajo del que os hablé antes: Manuel.

Los comienzos en el local no fueron fáciles y gracias a él conseguí integrarme de una forma más sencilla.

Sin saber por qué, hay personas que conectan nada más conocerse. Una unión intangible pero

real. El destino te presenta seres que debes mantener cerca y, sin duda, aquel chico sevillano parecía ser uno de ellos.

A las dos semanas de que nos presentasen, empezamos a quedar con asiduidad. Al principio, me costó mucho abrirme a alguien desconocido. Pero sus ojos me ofrecían mucha confianza. Y lograba algo que cada vez me resultaba más complicado: me hacía reír. Debido a su carácter, era imposible no sonreír con alguna de las miles de payasadas que hacía sin parar.

Poco a poco, me iba acostumbrando a llevar el teléfono encima. Y ¡a poner mensajes! La tecnología es necesaria cuando no tienes un regimiento de personas que te hacen la vida más fácil.

«*Carlito*, ¿cómo vas? Vamos a quedar para tomar unas cañas, ¿te vienes?».

«Qué pasa, Manuel. Aquí en casa. Vale, ¿a qué hora?».

Conocía a casi todos los de ese grupo de amigos. La mayoría eran compañeros de trabajo y sus parejas. La verdad es que eran muy buena gente y me habían acogido con bastante cariño.

Las tradiciones españolas me parecían realmente curiosas. La capacidad que tenían para reunirse y sus relaciones de amistad eran dignas de admirar. Era una sociedad basada en las relaciones humanas. Eso me ayudó mucho a integrarme con facilidad y poder ocupar mi mente. Además, lo pasaba bastante bien escuchando sus historias y la manera de contarlas.

«A las nueve en El Rocío».

«Vale, pues allí te veo».

Iba mendigando libros por todos lados. Era mi mayor afición y lo que me trasladaba a un mundo mucho más feliz. Pero no tenía suficiente dinero como para comprarme todos los que quería. Por eso, entre los pocos que había por casa de la señora Virginia y el señor Pepe, y los que iba pidiendo por ahí, me mantenía entretenido.

Pasaba horas y horas tumbado en la cama leyendo cualquier cosa. Aunque, en cuanto tenía la oportunidad, salía a dar una vuelta para no estar todo el día recluido entre aquellas cuatro paredes.

El Rocío era un bar típico andaluz: una barra larga, dos máquinas tragaperras y una gran televisión para ver el fútbol. Con gente muy sevillana y con un ambiente más del sur que el flamenco. Locales como aquel no existían en los Estados Unidos. Y era increíble cómo la gente sociabilizaba mientras bebían cerveza sin parar, hablaban a voces y picoteaban de unas bandejas con comida que llamaban raciones. Eso de sentarse en una mesa, pedir dos platos y postre, allí no se estilaba. ¡Ah! Y con una curiosidad muy típica: el suelo lleno de restos de comida, servilletas de un papel muy fino usadas y todo tipo de desperdicios. Vamos, que a la gente se la sudaba la higiene del local y no tenían ningún problema en tirarlo todo al suelo. Increíble. Pero he de reconocer que se lo pasaban en grande con algo tan sencillo como eso. Sin duda, un comportamiento jovial digno de admirar.

Cuando llegué, solo estaba Manuel con un par de chicas.

—¿Qué haces, *quillo*? Mira, ellas son Sofía y Sandra —me las presentó con educación.

—Encantado —dije, dándoles dos besos, aunque todavía me costaba ir repartiendo besos a toda mujer que iba conociendo. No me acostumbraba a ese tipo de acercamiento con gente que no es de tu entorno.

—¿Qué quieres tomar?

—Una coca-cola —pedí. No había sido capaz de cogerle el gustillo a la cerveza. No me explicaba cómo les gustaba tanto aquella bebida que a mí me resultaba ligeramente amarga.

—Venga, chiquillo. Tómate una cervecita rica. *Mi arma*, qué soso eres —se mofó con gracia Manuel. Siempre me pinchaba un poco por mi comedimiento. Pero no me importaba. Lo hacía

de buena fe. Luego se dirigió a las chicas—: Él es el guiri del que os hablé. Es de Nueva York.

Las dos chicas mostraron bastante interés y me preguntaron bastantes cosas de la ciudad. La conversación estaba siendo agradable y distendida. Una de las chicas, la que respondía al nombre de Sandra, me miraba con gesto extraño y con una expresión de curiosidad. Era una chica bajita y rechoncha, con unos enormes ojos color miel y una cara muy peculiar. Daban ganas de morderla en los mofletes.

—Oye, ¿nunca te han dicho que eres clavado a un chico americano muy famoso? —me preguntó de pronto, dejándome completamente helado.

—¿A un chico muy famoso? Pues… no, la verdad es que no —titubeé. No era muy ducho en salir de situaciones comprometidas, aunque al trabajar con Manuel me sentía a salvo de que pudieran relacionarme con mi verdadera identidad.

—Sí. Eres igualito. Joder, tía —se dirigió a su amiga—, ¿no sabes quién te digo? El millonario ese que su padre era sevillano.

Y entonces comenzó una discusión sobre ese personaje pero sin saber que le tenían delante. Me resultó tan curioso que dejé que continuasen para escuchar la opinión que se tenía sobre mí a tanta distancia de mi lugar de origen.

—¡Ah! ¡Es verdad! Jolín, ¿cómo se llamaba?

—¡Kilian Sotomayor! Sí. Ese es el nombre del chiquillo.

Mientras tanto, Manuel observaba la situación sin abrir la boca pero, eso sí, siempre con una cerveza en la mano.

—¡Eso! ¡Madre mía! Es que eres una fotocopia, hijo.

—Pues no tenía ni idea. Aunque, de todas formas, nunca he sido de leer la prensa ni de enterarme de nada que tuviera que ver con famosos.

Lo más natural que pude, evité que me relacionasen conmigo mismo. Era muy curioso y, sorprendentemente, no me molestaba.

—Pues no veas. Por lo visto, los padres murieron y el chaval heredó una *milloná*. Anda que si me dan a mí ese dinerito…

Las jóvenes elucubraban acerca de mi vida con un toque cómico. Yo me hacía el tonto mientras me tomaba la coca-cola y picoteaba algo de los aperitivos que nos había puesto el camarero.

—Ya te digo. Es que no veas la suerte que tienen algunos…

Cuando escuché lo de «suerte» se me revolvió el estómago. Y no pude evitar saltar.

—¿Suerte? Pero ¿no habíais dicho que murieron sus padres? A mí no me parece que eso sea tener mucha suerte.

Se hizo un silencio un poco incómodo. Pero fui incapaz de permanecer callado al oír esa palabra.

—Hombre… la verdad es que eso es fatal, pero con pan las penas son menos penas.

Ese refrán me sentó muy mal. Aunque tuve que tragar saliva y sonreír para que no notasen que me había picado.

—Pues sí. Además, el chaval, no veas las que lía. Una vez salió en la prensa que alquiló una isla entera para irse de vacaciones con una chica.

—¿No me digas, tía? Anda que si te viene uno y te dice que te invita a su isla… ¿cómo te quedas? Jajajajajajaja.

Lo que en un principio me había hecho gracia, poco a poco, estaba empezando a molestarme. Hablaban como si conocieran a la persona solo por haber leído alguna publicación en alguna revista sensacionalista. Esa actitud en la gente me enervaba.

—Una isla no tenemos, pero os podemos llevar de *tour* por Chiclana si queréis. Ya veréis qué arte.

Los tres rieron a carcajadas. Y la propia risa consiguió calmarme. El comentario de Manuel dio por concluido ese tema, lo cual agradecí por dentro.

Al rato, llegaron unos cuantos amigos más que convirtieron aquella reunión en una fiesta. Y eso mismo era lo que necesitaba para aliviar demasiados pensamientos oscuros. Pidieron raciones y bebida para un regimiento y no paraban de bromear y charlar sobre todo tipo de temas. Pero con una guasa y un arte digno de una tierra con duende. Aunque yo solo tomé un par de coca-cola porque no había dinero para más.

Esas cosas me hacían entender un aspecto de la vida. Para ser feliz no era necesario ser multimillonario. Ni amasar una gran fortuna. Porque ellos no lo eran y, con su comportamiento, destilaban pura felicidad. Compartir con un grupo de amigos te hacía ser mucho más rico que todo el dinero del mundo.

17

Siempre consideré el Día de los Enamorados como una campaña lucrativa para los grandes centros comerciales. La ciudad se llenaba de propaganda para hacer que sus habitantes se gastasen lo poco o mucho que tenían en regalar algo a la persona que aman. Pero, para que veáis cómo somos las personas, aquel año iba a ser distinto.

Hacía un frío de muerte, el invierno estaba en pleno apogeo y las calles blancas dejaban patente una temperatura casi inhumana. Aunque, para mí, esa estación iba a ser muy distinta a otras pasadas.

Para: Carmen

Cómo estás, cariño? 😊

14.35

Carmen había entrado en mi vida como un huracán capaz de desordenarlo todo. Todas las prioridades y mi forma de afrontar los días cambiaron por completo. Ahora entendía por qué la gente necesita el amor como forma de vida. Todo se ve completamente distinto. Colores nuevos. Sonrisas que se contagian. Caricias que te hacen estremecer durante días. Y eso me había abordado como si fuesen piratas salvajes.

De: Carmen

Hola!!!! 😊😊😊 Muy bien, y tú? Acabo de hacerme las fotos para *Vogue*!!! Han quedado increíbles! Por cierto, te echo muchísimo de menos 😔

14.42

Desde el encuentro en mi despacho, nos volvimos un solo ser. Manteníamos contacto diario si no estábamos juntos. Aquella chica se había convertido en una prolongación de mí mismo. Era la primera vez que alguien me preocupaba realmente. Nunca había experimentado ese afán protector en mi vida. Pero la universidad y su trabajo nos distanciaban sin poder evitarlo. Aunque vivía a caballo entre New Haven y Nueva York, en cuanto tenía tiempo, no dudaba en volar hacia la ciudad de los rascacielos para pasar un rato con ella. Tan solo unos segundos a su lado me bastaban para tener un motivo precioso para sonreír.

Para: Carmen

Y yo, enana. Y yo. Pero no voy a poder ir a verte al final. Iré en unos días porque estoy muy liado con los estudios. Ten paciencia, cariño. 😔

14.44

En los Estados Unidos se celebraba el Día de los Enamorados con ilusión y euforia. Aunque siempre renegara de ese día «especial», ahora había adquirido un significado muy distinto. Una semana atrás, hablamos de hacer algo bonito los dos juntos. Le dije que iba a intentar por todos los medios ir a la *city* para celebrarlo. Y por supuesto que lo iba a hacer, pero le puse aquel mensaje para darle una sorpresa que, espero, nunca olvidase.

De: Carmen

Jooooo 😭😭😭 me prometiste que vendrías!!!

14.45

Para: Carmen

Ya, cariño. Pero de verdad que no puedo. Te prometo que te lo compensaré 😉 Te dejo, que tengo que hacer cosas. Luego te llamo. Te quiero ♥

14.47

Estaba en el avión cuando escribí ese último texto. La ilusión de encontrarnos sin que se lo esperase me hacía tener una sensación muy extraña en el estómago. Como un cosquilleo constante. Eso quizá se pueda llamar amor.

Pocas veces utilizaba el jet privado, pero la ocasión lo merecía. Tenía tantas ganas de llegar

que no me imaginaba cómo sería el trayecto en coche. Dos horas y media en ese estado eran demasiadas.

De: Carmen

Vale 😊 ♥

14.49

Cuando nos empezamos a conocer, me dijo algo que definiría nuestra relación a partir de entonces. Estábamos cenando en un pequeño restaurante del Soho.

—Kilian… —empezó, mirándome a los ojos—. Quizá pienses que estoy loca, pero nadie me había hecho tan feliz en mi vida. Casi no nos conocemos y llevamos poco tiempo, pero te juro que lo siento así. Tienes los ojos del color verde más bonito que he visto en mi vida. Ellos me dan esperanza.

Y se refería a mí, ¡y me llamó esperanza! Y a mí se me cayó el mundo al escuchar unas palabras que salían de un corazón sincero. Porque no es solo cómo se dicen, sino cómo se sienten. Y yo las sentí como un puñal afilado. Traspasando todos mis miedos e inseguridades.

De ahí en adelante empezó a utilizar ese emoticono verde. Un dibujito que significaba el sentimiento más profundo que jamás me habían demostrado. Fue increíble.

El trayecto se me hizo muy corto. No podría decir cuánto tiempo transcurrió, pero casi despegamos y aterrizamos sin darme cuenta.

—Eh, Jacky, ¿cómo estás? —saludé a Jack, que me esperaba en el aeropuerto en un coche para llevarme a casa. Aunque no era habitual, ese día había querido venir él personalmente, algo que agradecí y me hizo una enorme ilusión.

Siempre era un placer volver a verle. Estábamos en una época en la que Jack y Mady se habían convertido en mi auténtica familia y yo lo dejaba traslucir. Carmen había conseguido despojarme de ese caparazón que llevé durante demasiado tiempo.

—Muy bien, señor, ¿qué tal el vuelo? —preguntó, correcto y comedido pero con esa mirada cómplice que tanto decía. Era tan importante para mí que no imaginaba mi vida sin él.

—Muy corto, ¿has preparado todo lo que te pedí?

—Sí. Está todo listo.

Y como siempre tan perfecto. No había nada que no estuviera al alcance de aquel hombre. La sorpresa estaba a punto de comenzar.

En el automóvil fui ultimando los detalles para hacer de ese día un recuerdo imborrable. Quería dejar sin habla a la mujer que me estaba haciendo sentir el hombre más feliz del mundo.

—¿Está en casa ya?

Una de las decisiones más importantes que tomamos había sido irnos a vivir juntos. Nunca había metido a alguien desconocido en mi refugio y eso era un paso más para darme cuenta de que lo que sentía hacia ella no era normal. Porque no tuve que pensarlo demasiado. Tenía tantas ganas de compartir mi vida con ella que no encontré mejor manera que vivir bajo el mismo techo. Y, por fortuna, y gracias al carácter abierto de Carmen, congenió perfectamente con Jack y Mady. Ellos observaban ilusionados ese gran cambio. Porque, sin querer, mi felicidad era la suya.

—No, todavía no. Pero tiene que estar al llegar. Ahora mismo llamo para decir que me avisen cuando esté —respondió.

Estaba ansioso por verla. No llevábamos mucho tiempo separados, pero sí el suficiente como para echarla de menos. Hay veces que tienes una conexión tan fuerte con alguien que solo unos minutos lejos son demasiado.

Aquel día iba a vivir un gran acontecimiento. Aunque podía haber elegido cualquier otro, porque nunca fui de dejarme llevar por las normas establecidas. El Día de los Enamorados es la

oportunidad para que todos los que se quieren tengan el valor de demostrarlo sin que parezca que se están abriendo más de la cuenta. Y yo no quería eso. Yo necesitaba demostrarle todos los días que me hacía muy feliz.

Nueva York estaba sumida en pleno invierno. Las prendas de abrigo eran necesarias para afrontar una estación que dejaba helado a cualquiera. Pero el frío no era impedimento para que el corazón me latiese con fuerza. Ni para que las inclemencias meteorológicas acabaran con la ilusión y las ganas de sentir cosas bonitas.

Le costó dar el paso y venirse al Upper East Side. Tuve que desplegar todas mis artes disuasorias para convencerla. Porque, aunque ambos estábamos seguros de lo que sentíamos el uno por el otro, parecía que iba poniendo freno a nuestra relación. Sin embargo, yo me había tirado ya por una montaña muy empinada sin cerciorarme si encontraría la manera de parar. Realmente, y aunque me cueste reconocerlo, ella era la parte madura de la relación.

—Señor. Me acaban de decir que la señorita ha llegado a casa.

—Muchas gracias, Jacky. Entonces avisa, por favor, de que lleven el regalo allí.

La gente conducía con precaución y, aunque la ciudad estaba preparada para esa dura estación, transitar por ella se hacía realmente difícil. Estaba impaciente por llegar y verle la cara al recibir la sorpresa que tenía preparada.

—*Morning, Franklin. How do you feel?* (Buenos días, Franklin ¿cómo te sientes?)

Ni siquiera el frío era capaz de hacer que aquel hombre perdiese su compostura habitual. Por mucho que yo le dijera, a pesar de estar a mis órdenes, permanecía impasible custodiando la puerta de entrada al edificio como un valiente y perspicaz guardián. Me admiraba su constancia y dedicación.

—*Good morning, sir. Everything goes perfectly.* (Buenos días, señor. Todo va perfectamente.)

Hice que el conductor se parase para saludar a aquel maravilloso hombre antes de adentrarnos en el edificio. Se merecía todos mis respetos.

—Madre mía. Es precioso.

Ya estaba el regalo listo justo en el patio de entrada. La emoción no me permitía esperar un segundo más.

Todavía seguía alucinando con los cambios decorativos que Mady había hecho en el patio. Cada vez había más plantas y más colorido en un lugar que siempre se había caracterizado por la sobriedad y la sencillez. Cosas tan tontas como el brillo del suelo me dejaban impresionado. Parecía que se limpiaba cada adoquín para darle un lustre digno de cualquier palacio renacentista. La señora de la casa era meticulosa hasta tal punto que no podía ver una mota de polvo.

—Por favor, Jack, ¿puedes subir a buscarla?

Decidí quedarme esperando junto al regalo. Porque la sorpresa iba a ser por partida doble. A los pocos minutos bajó ella.

Nada más salir por la puerta de doble hoja que daba entrada al portal, al verme, echó a correr y se tiró a mis brazos. Llevaba una cazadora de esas gigantes y mullidas para resguardarse del frío y un gorro muy gracioso con un pompón en lo más alto. Con cualquier cosa estaba preciosa.

—¡Kilian!

—Hola, cariño.

Ese abrazo fue el resultado de dos personas que se necesitan. Sentíamos al unísono algo tan fuerte que se creaba una conexión inexplicable. Nadie consiguió hacerme tan feliz con tan poco.

—Te voy a matar. ¿No tenías muchas cosas que hacer? —me regañó, poniendo un gesto de

enfado que me cautivaba. Pero podía más la ilusión que le hizo verme que cualquier otra cosa. Le resultaba imposible ocultar la alegría que le suponía tenerme allí, con ella.

—¿Qué cosa puede ser más importante que tú?

Y de nuevo volvió a estrecharme, pero esta vez con más delicadeza y ternura.

—Te quiero, ¿sabes? Aunque seas muy capullo, te quiero muchísimo.

Sentía cada una de sus palabras como un auténtico terremoto. Y el epicentro era ese músculo resucitado gracias a aquellos infinitos ojos oscuros.

Para que veáis el poder que tiene el amor, ni siquiera se fijó en el regalo que teníamos justo al lado. Porque cuando esa persona lo es todo, lo demás pasa a un segundo plano.

Permanecimos abrazados el tiempo suficiente para volver a unir los pedazos que separó la distancia. El corazón es el único músculo que tiene la capacidad de regenerarse a base de sensaciones. Sensaciones bonitas que alguien te hace vivir sin darte cuenta. Pero también es el órgano más fácil de romper. Esa misma persona que te lo pone a galopar desbocado puede ser quien te lo parta en millones de pedacitos.

—Venga, vamos arriba, que hace un frío de muerte.

Y tenía más razón que un santo. La temperatura no acompañaba para nada. Al respirar nos salía un vaho que evidenciaba que no hacía tiempo de permanecer a la intemperie.

—Un segundo —le pedí, rebuscando en uno de los bolsillos de la chaqueta—. Toma.

Al coger lo que la entregué, se quedó mirándome perpleja.

—¿Esto qué es?

—Tu regalo.

Volvió a dirigir la mirada a la llave que tenía en la mano. Era roja con tres botones de goma en color negro. Al girarla descubrió un símbolo grabado en plata. Era un caballo desbocado.

—¿Cómo que mi regalo?

Pero su expresión era distinta a la que me esperaba.

—Sí. Eso de ahí es tuyo. —Y con los ojos señalé hacia donde quería que dirigiese la vista.

—No. No, no. ¿Pero tú te has vuelto loco? —replicó, cuando se dio cuenta a qué me refería, arqueando las cejas de la impresión—. No me lo puedo creer.

Un impresionante deportivo rojo, con un gran lazo en el mismo color, esperaba impaciente a su nueva propietaria. Hice que lo llevasen hasta allí para darle la sorpresa que se merecía. Porque su ilusión era también la mía.

—Completamente en serio, cariño. Es para ti.

El automóvil relucía de tal manera que no le podías quitar ojo. Era precioso y exageradamente llamativo. Un Ferrari 458 Italia escogido con todo el amor del mundo para una mujer que me hacía apreciar la vida de un color tan intenso como el regalo.

—Pero, a ver, Kilian, ¿cómo va a ser eso para mí?

El presente la dejó petrificada. Tanto que no podía moverse del sitio. Lo observaba con los ojos abiertos como un búho real. Pero con una expresión diferente a la que había imaginado.

—Pues claro, enana. Te mereces eso y mucho más. ¿No vas a acercarte a verlo por dentro?

Inspeccionando la llave, presionó uno de los botones haciendo que sonasen un par de pitidos y parpadeasen los intermitentes en varias ocasiones.

—Es que no sé qué decirte. Es precioso, cariño, pero es demasiado. No hace falta que me regales algo así.

Alargó la mano e hizo el gesto de devolverme la llave. Cosa que no me hizo la más mínima gracia.

—¿Cómo que no hace falta? Ya sé que no hace falta, pero quiero regalártelo y, encima,

puedo.

Seguía con el brazo estirado a la espera de que cogiera la llave. Pero la reacción que esperaba se convirtió en otra totalmente distinta. No imaginaba que alguien pudiera rechazar una sorpresa así.

—Ya, cariño. Sé que te lo puedes permitir. No hace falta que me lo digas. Pero no. Esto no es necesario. Con que me quieras es más que suficiente.

No entendía nada de lo que sucedía. Por supuesto que la quería y el coche no era más que la conclusión de lo afortunado que me sentía por tenerla en mi vida. No lo había hecho con ninguna intención, solo con el entusiasmo de verla un poco más feliz.

—Y claro que te quiero, cariño. De verdad que esto no lo hago por nada en especial. Simplemente quiero que seas feliz.

—Lo soy, Kilian. Lo soy. Un coche no me va a hacer más feliz de lo que soy ahora mismo. Porque tú consigues que lo sea. Y con eso me vale.

Decepcionado, recogí la llave y me la guardé de nuevo. Y aunque sus palabras eran las más bonitas que alguien puede decirte, me sentí más idiota que nunca. No estaba acostumbrado a que me rechazasen y menos aún cuando la intención era tan simple como querer sacarle una sonrisa.

Su reacción arruinó lo que esperaba que fuera un día mágico. Había organizado todo lo que íbamos a hacer: lo primero ir a probar el flamante deportivo. Verla conducir por las calles de Nueva York con la felicidad de una niña pequeña a la que le regalan lo que más deseaba. Porque ella tenía ese punto de chicazo que me fascinaba. Le gustaban la velocidad, los coches, las motos, los deportes de riesgo… compartíamos muchas cosas que nos hacían ser más amigos que pareja. De ahí que se me ocurriera comprar el dichoso cochecito. Porque sabía que le iba a encantar. Pero no. Generalmente, la mente de la mujer va mucho más allá de lo que los hombres imaginan. Un paso, o cien, por delante de nuestra capacidad sentimental.

La decepción no me dejó actuar como me hubiera gustado. Y el largo trayecto que había recorrido para encontrarnos no fue tanta distancia como la que sentía en ese momento estando a su lado.

—Venga, vamos arriba, que hace un frío espantoso —me dijo, agarrándome de la mano y llevándome hasta el ascensor que subía a nuestra planta.

Pero de camino al portal, me di cuenta cómo Jack, en la sombra, observaba la situación con una medio sonrisa que no comprendí del todo. Si bien no le dije nada, ni le pregunté el motivo de esa risita, eso me lo iba a guardar para cuando estuviéramos solos y que me explicase qué tenía aquello que le podía hacer tanta gracia.

El olor del hogar me resultaba en todo momento reconfortante. Por mucho tiempo que pasase, volver a casa siempre era la mejor opción. Porque allí se guardaban todos mis anhelos. Y ahora mucho más. Era la primera vez que compartía lo mío con alguien y que dejaba entrar en mi fortaleza a alguien desconocido. Y eso me hacía sentir extraño y al mismo tiempo exageradamente feliz.

Al abrirse la puerta de casa, Mady nos esperaba para recibirme con un gran abrazo. Tenía el don de hacerme muy dichoso y otorgarme mucha felicidad con el simple hecho de estrecharme contra ella.

Mi flaca de ojos oscuros había congeniado a la perfección con todas las personas que conformaban mi vida. No eran muchas, pero para mí era muy importante, y me quitaba un peso de encima, que se llevasen bien entre ellas. Aunque era imposible no querer a aquella mujer. Bueno, en el fondo, era imposible no querer a aquellas dos mujeres. Carmen tenía un carácter muy fuerte, pero sabía cómo adecuarlo para según con quién. Y Mady era todo bondad y amor.

Además, ellas eran perfectamente conscientes de lo importante que era para mí que en mi hogar reinase un ambiente cálido y cordial.

—Bienvenido, señorito, ¿cómo fue el viaje? —quiso saber Mady.

—Perfecto, Mady. Y tú, ¿cómo se porta el cabezota de Jack?

Siempre bromeábamos acerca del comportamiento del gruñón de la casa. Alguien debía poner ese punto serio y necesario en todas las relaciones. Aunque no os imagináis cómo quería aquel hombre a la mujer con la que llevaba compartiendo más de la mitad de su existencia.

—Ya sabe, *mijo*. Aguantándole, qué más se puede hacer.

Nos reímos al oír su queja, aunque sabía perfectamente que se trataba de una broma. Mady no entendía su vida sin Jack.

Nunca me había parado a preguntarles qué les parecía la idea de tener a Carmen conmigo. Había sido una decisión unilateral. Pero, sin duda, porque necesitaba tenerla muy cerca. Aun estando separados, sabía que si ella estaba en mi casa nada malo podría pasarle y la sentía casi al lado. Eso eliminaba preocupaciones, puesto que ya estaba bastante liado con los estudios y algunas cosas que debía solucionar de la empresa.

—Pues a mí no me parece tan gruñón como decís —observó Carmen.

—Claro. Porque tú eres la niña bonita de la casa —dije en tono irónico.

Y eso sí que me sorprendía. No sabía debido a qué, pero Carmen se había ganado a Jacky. Su comportamiento era totalmente distinto con ella que con los demás. Incluso conmigo, que siempre creí que tenía cierta debilidad hacia mí. Hasta le vi sonreír en alguna ocasión mientras hablaban. Algo inaudito y digno de estudio. El colombiano sacaba a relucir su aspecto más tierno con una muchacha que le trataba como si fuera de la familia.

—Es que usted no sabe la última —dijo Mady, poniendo los ojos en blanco.

—A ver. Sorpréndeme.

Carmen nos observaba con una sonrisa pícara capaz de conquistar todos los reinos.

—El otro día la llevó de compras él, ¡en persona! Y ya sabe usted lo poco que le gusta eso. Pero ahí no acaba la cosa, no. —Resultaba muy cómico escucharla intentando explicarme la situación—. ¡Se compró un par de trajes y unas camisas!

—¿Es eso cierto? —pregunté a Carmen, impresionado por lo que acababa de oír.

—Sí. Se los regalé yo, ¿qué tiene de malo?

Si le conociera tan bien como nosotros no se hubiera sorprendido por mi pregunta. Nunca, y cuando digo nunca es jamás, había visto a Jack comprarse nada para él. Incluso desde que alcanza mi memoria le recuerdo siempre ataviado de la misma forma. Su armario se componía de un traje negro y otro gris marengo. Unas cuantas camisas blancas, ¡ah! y dos o tres pares de zapatos exactamente iguales.

Estaba tan acostumbrado a verle de esa guisa que no le imagino vestido de ninguna otra manera. Hasta cuando bajábamos a Central Park a jugar a la pelota iba así.

—¿Que se los regalaste tú? ¿Y los aceptó?

Jamás me había aceptado un regalo. Ni siquiera en su cumpleaños. Era terco como una mula, por lo que yo había desistido hacía ya algunos años. Porque al final terminábamos discutiendo y no era ese el fin último de los regalos, por supuesto.

Sabía que aquella mujer tenía un don muy especial. Algo que la hacía distinta al resto del mundo. Pero con este tipo de cosas cada día lo iba teniendo más claro. Era lo que todos alguna vez soñamos y que piensas que nunca se hará realidad. Y ahora tenía el privilegio de poder vivirlo muy muy de cerca.

Continuamos la conversación en la cocina. Se había disipado un poco el disgusto que me

llevé por la reacción de Carmen ante mi sorpresa. Escuchar a Mady cómo explicaba el trato que daba su marido al nuevo miembro de la familia me hacía mucha gracia e inmensamente feliz. Porque ellos habían entendido y aprobado rápidamente nuestra repentina relación y la necesidad que teníamos el uno del otro.

—Bueno, y… ¿qué le pareció el regalo que le hizo el señorito? —preguntó Mady, con esa manía suya de meterse en todos los berenjenales y de hacer preguntar un poco comprometidas.

—Creo que a la señorita no le ha gustado mucho, Mady —respondí, encontrando así una forma sutil de darle a entender a Carmen que su inesperada reacción me había decepcionado.

—¿No le gustó? Pero ¿cómo así? —continuó la colombiana, metiendo el dedo en la llaga. Aunque he de reconocer que yo me sentí expectante por saber cómo iba a responder Carmen.

—Pero ¿cómo no me va a gustar? Pues claro que me gustó, Mady, pero no puedo aceptar un regalo como ese. Además, tampoco lo veo necesario. ¡No me podría permitir ni pagar el seguro!

Parecía que hablaba en broma, pero yo sabía que lo decía totalmente en serio. Porque siempre iba un paso por delante. No la conocía del todo, pero ya me iba haciendo a la idea de cómo pensaba y cuáles eran sus prioridades.

Decidí permanecer calladito y no volver a tomar parte en esa conversación. Tenía claro que si seguía por ese camino, terminaríamos discutiendo y todavía, por el momento, no había sucedido.

—Pero, *mija*. El señorito lo hizo con toda su buena intención. No puede rechazar un regalo y menos cuando este está motivado por eso tan bonito que sienten. No sea tan terca —insistió Mady, a los pocos segundos, después de un silencio sepulcral—. Además, seguro que no habrá problema para que le echen una mano en el mantenimiento, ¿verdad, *mijito*?

Mady, al igual que sabía enmarañarlo todo, tenía la capacidad de volver a desenredarlo y hasta inclinar la balanza a mi favor. Y encima lo hacía con tanta gracia y ese gesto bondadoso que nadie se le podía tomar a mal.

—Bueno. Ya está bien. Creo que esto es un complot hacia mi persona y jugáis con ventaja: ¡dos contra uno! —exclamó Carmen, y volviendo a agarrar mi mano, me sacó de la cocina para evadir la situación. La conversación había tomado un cariz en su contra, aun habiendo intentado dar una explicación lógica.

Subimos a la habitación para buscar ese momento de intimidad que los dos necesitábamos. Y aunque el disgusto había sido monumental, aún me quedaban ganas de deshacer la cama con ella. Dicen que en ese lugar se libran las mejores batallas y ahí iba a tener que poner mucho de su parte para poder rechazarme; no me iba a dar por vencido tan rápido.

Sexualmente, Carmen era fuego puro. Desprendía pasión por todos los poros de su tostada piel. Y en ese aspecto también me había ganado. Porque sabía cómo actuar en cada situación y me leía perfectamente. Cuando necesitaba cariño, me lo entregaba sin dilaciones, pero cuando se percataba de que tenía hambre de su carne se dejaba devorar como si fuera la presa más inocente.

En ese rectángulo conseguía que todos los problemas se desvaneciesen. Era fácil olvidar cualquier cosa que me perturbara porque solo existían ella y sus ojos capaces de hipnotizarte. Pero lo que más me asustaba era su capacidad de entrega. Me hacía sentir tan hombre que consiguió generar una extraña adicción y deseo constante. No podía tenerla cerca sin que la tentación se adueñase del raciocinio.

—No sabes cuánto te necesitaba.

Entre gemidos, musitaba palabras cerca de mi oído. El sudor facilitaba la fricción de nuestros cuerpos haciendo que resbalasen el uno contra el otro a un ritmo casi diabólico. Nadie había conseguido llevarme hasta esa sinrazón aterradora. Nadie había logrado hasta entonces que caminase por el borde de un precipicio sin temor alguno.

—Y yo, cariño. Y yo.

Mis embestidas iban acorde a su respiración. Encima de ella, situado entre sus largas piernas, empujaba con pasión ahondando salvajemente en lo más profundo de su deseo. Cada arremetida le sacaba un suspiro que me pertenecía. Porque no os podéis imaginar lo mía que la sentía.

Y ella me lo daba sin dudarlo. Se plegaba a cualquiera de mis deseos. Pero, de repente, con sutileza y sigilosa como un lince, conseguía invertir la situación tomando las riendas de un caballo que trotaba sin rumbo.

Cabalgaba encima de mí como una experta amazona. Con tanta delicadeza que no había un solo centímetro de mi piel que no reaccionase ante tal arrojo. Ella era sexo. Sexo elevado a su máxima expresión. Y su olor era capaz de advertirte de la peligrosidad de sus curvas. Desprendía un aroma a perdición y dependencia. Carmen tenía el poder de llevarte hasta donde quisiera.

Pasamos casi toda la tarde jugando entre las sábanas. No creo que hubiese cosa que me gustase más que eso. Desnudos, resguardados tras el enorme edredón de plumas contemplando a través de la enorme cristalera cómo la ciudad cambiaba al compás de las inclemencias del tiempo.

Entonces es cuando te das cuenta de que las personas escondemos varias personalidades. Y ella era el vivo ejemplo. Podía pasar de ser una persona fría, seria, comedida, a esa otra totalmente distinta que yacía tumbada a mi lado. Una niña juguetona, sonriente y con la misma inocencia de alguien a la que le queda muchísimo por vivir. Aunque mostraba una cara más: esa que se le transformaba a base de caricias. La sutileza hecha mujer. La pasión y el deseo. La sensualidad y la perdición. El sexo a raudales. Alguien que tiene la capacidad de adueñarse de tus pensamientos.

—Cariño, he pensado una cosa —me dijo. Estábamos abrazados mientras jugaba enredando su cabello entre mis dedos. Percibía el calor de su cuerpo desnudo contra el mío.

—Miedo me da —repliqué, con cierta ironía, porque sus ocurrencias eran sinónimo de cambio. Y en ese instante todo lo que estaba sucediendo me parecía precioso.

—Qué tonto, calla. —Puso los ojos en blanco al hacer un gesto que tanto me gustaba—. En serio. He pensado que me gustaría ir a vivir contigo a New Haven. Cada vez me cuesta más que estés tan lejos.

Al oírla me dio un vuelco el corazón. Ese «Cada vez me cuesta más que estés tan lejos» era la declaración de intenciones más bonita que me habían hecho jamás. Y yo también lo sentía así. Pero no me atrevía a pedirle que se viniera conmigo porque era demasiada responsabilidad hacer que renunciase a su vida en la *city* para venirse conmigo a vivir la mía.

—¿En serio? Me encantaría.

No tuve que pensarlo ni un segundo. La respuesta fue clara y contundente. Y su sonrisa, la conclusión de dos personas que no pueden vivir la una sin la otra.

18

—¡Mi *arma*! Nos vamos a Zahara a hacer *wake*, que tiene un amigo una lancha, ¿te vienes?

No sé cómo se las apañaba Manuel, pero siempre tenía algún plan interesante. No había conocido a nadie tan inquieto como él. Si no era para tomar unas cañas, era para ir al cine, a la nieve y ahora, que hacía buen tiempo, al mar. Pero siempre haciendo cosas con tal de no estarse quietecito. Era la persona más sociable del mundo. Tenía amigos hasta debajo de las piedras. Y es que era comprensible porque estando a su lado no podías parar de reír un segundo. Entre el acento andaluz y su cara de chiste te sacaba una sonrisa con una facilidad pasmosa.

—¿A Zahara? ¿Eso qué es?

—Madre mía, *picha*. Eso es como si te preguntasen a ti quién es esa señora que sostiene una antorcha en mitad del mar. Qué coraje, *illo*.

—Y yo qué sé. A mí me sacas de los alrededores de casa de Virginia y me pierdo.

—Ay, Dios mío. Zahara de los Atunes es *to* arte. Venga, anda, que nos lo vamos a pasar en grande.

No le costó mucho convencerme. Conocer un poco más sobre la cultura y la geografía de aquel país me atraía bastante. Pero no había tenido mucho tiempo, ni el suficiente dinero, como para poder moverme fuera de los límites de Sevilla. Todo lo que estuviera más allá de donde mis piernas me pudieran llevar me parecía muy lejos.

En cuestión de minutos se pasaron a recogerme. Alguna vez había coincidido con los otros dos chicos que nos acompañarían, pero no había tratado con ellos. Aunque, pensándolo bien, me parecía una forma bastante buena de hacer amigos y cambiar de aires. Mi vida se había vuelto algo monótona y un tanto aburrida.

—*Illo*, mira. Este es el que te dije que era de los *States*.

Todavía me seguía llamando la atención esa curiosa forma que tenían de referirse a uno incluso cuando estás delante. No les importaba en absoluto y lo hacían con toda la naturalidad del mundo.

—¿Ah, sí? Pues yo soy un fanático de aquel país y esa cultura. Me parece una auténtica pasada. Si pudiera me iría a vivir allí sin pensarlo.

El chico que hablaba era el prototipo por excelencia de señorito andaluz. Ya, más o menos, iba diferenciando las distintas clases sociales. Era digno de estudio: había tanta diferencia entre cada una de ellas que sorprendía. Además, todas muy diferenciadas y sin interactuar entre sí.

Tenía unos veintitantos y media melena ondulada. Flaco como una sardina y los ojos color avellana. Pero sabía perfectamente dónde encuadrarle porque nadie se pondría un polo de marca con un bañador de rayitas y, encima, metido por dentro de los pantalones. En los pies se estilaban unas sandalias con la suela de esparto que casi todos los jóvenes llevaban en la época estival.

—Bueno, sí. La verdad es que es un sitio muy curioso y llamativo.

Quería desviar la atención para no proseguir con ese tema. Siempre me sentía un poco incómodo cuando me hacían preguntas sobre mi país. Y casi siempre también acababa mintiendo de algún modo.

—¿Curioso? ¡Madre mía, *picha*! Curioso, dice el tío.

Al no responder, y girando la cabeza sin prestarle más atención, se cortó de raíz la conversación. De ahí en adelante, y hasta que llegamos a nuestro destino, no volvieron a dirigirse a mí en todo el tiempo que duró el trayecto.

Cuando llegamos a la pequeña población, quedé deslumbrado por sus casitas en donde el blanco era el denominador común de una tierra que rezumaba alegría por doquier.

—Qué te dije, compadre. ¿Bonito o no? —preguntó Manuel al ver mi cara de bobo. Y es que aquel pequeño enclave era sinónimo de pura belleza.

—Precioso, Manuel. Precioso —admití.

Y para completar, una inmensa playa de arena dorada y un agua cristalina en la que el sol se reflejaba con entusiasmo. Hacía tiempo que no sentía la fuerza del mar y me di cuenta de una cosa: lo necesitaba. Necesitaba su olor, su brisa, su poder, su viveza. Porque el mar lo era todo y más. Cientos de recuerdos, miles de experiencias, demasiados anhelos.

Uno de los chicos tenía una pequeña embarcación. Una modesta lancha preparada para *wakeboard* y en la que entraban, aproximadamente, cinco o seis personas bien repartidas. ¡Ah! Y no soy de mucho alardear pero tengo que aclararos que cualquier cosa que implicase cierto riesgo y adrenalina llevaba mi nombre. Y este deporte no iba a ser menos.

—Bueno, pues aquí tienes la tabla. Vamos a ver qué es lo que sabe hacer el guiri. Tanto presumir, tanto presumir… —me dijo Manuel entre risas.

—Vale, vale. O sea que me cedes el honor de ser el primero.

Con tranquilidad, ajusté las fijaciones y me cercioré de que todo estaba en orden y tenía una posición óptima sobre la tabla para poder darles la sorpresa. Quien me la dejó era muy parecido a mí, en cuanto a complexión, por lo que, más o menos, me encontraba bastante cómodo sobre ella. Aunque las botas me quedaban un pelín grandes.

—Claro claro. Tú dale ahí, que nosotros podemos esperar.

Llevaba tiempo sin practicar, pero ese deporte es como montar en bici: por muchos años que lleves sin hacerlo, nunca se olvida.

Al principio me noté raro, sobre todo por la atenta mirada de mis acompañantes. Pero, en cuanto sentí el poder del mar bajo mis pies, una extraña fuerza me embargó. Resultaba increíble la sinergia que puedes llegar a experimentar con la naturaleza. Casi nunca somos conscientes de la energía que te aporta el medio en el que vivimos, pero cuando consigues conectar, experimentas una cantidad de vivencias que superan los límites del entendimiento.

El océano Atlántico ese día estaba tranquilo. Su agua estaba calmada y no soplaba demasiado viento. Unas condiciones idóneas para practicar ese tipo de actividad. Entonces fue cuando comenzó el espectáculo.

Cuando regresé a la embarcación, después de haberles ofrecido un pequeño *show*, todos me miraban con la expresión totalmente cambiada. Habían desconfiado de mi pericia y los dejé patidifusos. Y eso que nunca presumía de mis dotes en ningún tipo de actividad física. Pero reconozco que tenía un don para algunas cosas.

—¿¿¿En serio??? Pero ¿tú quién eres, chiquillo? —exclamó Manuel cuando volví al barco.

—Ya te dije que no se me daba mal del todo. Cuando quieras y haya nieve, podemos ir, que el *snowboard* lo hago también bastante bien.

Lo pasamos increíble surcando las aguas tranquilas. A lo lejos se podía ver la costa de Marruecos. Mis acompañantes fueron unos buenos anfitriones y me iban dando explicaciones de todos los lugares que resultaban interesantes.

A media mañana, después de habernos hartado de hacer piruetas acuáticas, nos fuimos a comer a un chiringuito típico de la zona. Una especie de caseta prefabricada, a pie de playa, pero muy bien decorada y con un ambiente y unas vistas inmejorables.

—Oye, amigo, ¿te puedo hacer una pregunta?

El chico que antes había mostrado tanto interés por mi cultura y la ciudad que me vio nacer llevaba toda la mañana mirándome con un gesto difícil de descifrar. Pero di por sentado que se debía a la destreza que demostraba en la práctica del *wake*.

—Claro, sin problema.

En realidad, sí lo había pero no podía decir lo contrario si quería seguir guardando las apariencias.

—Es que es muy raro, *picha*, ¿tú tienes un hermano o un familiar que se llama Kilian?

Os podéis imaginar mi cara al escucharle. Casi se me caen los palos del sombrajo (como habría dicho mi amigo Manuel).

—Qué va. Soy hijo único y tengo muy poca familia —dije, dentro de lo posible, un poco cortante para ver si no insistía en el tema.

—Imagino que te lo habrán dicho más veces, pero es que eres igualito a un chico famoso de allí, sabes quién te digo, ¿no? —volvió a la carga.

Los demás prestaban atención mientras esperábamos la comida e iban picoteando de unos cuantos entrantes que había traído un joven camarero.

—Ah, sí. Alguna vez me lo han dicho, pero qué más quisiera yo ser familia de ese —solté con despreocupación. No podía negar que conociese a Kilian, debido a la fama que había alcanzado. Cualquier chico de mi edad, viniendo de Nueva York, con algo de vida social tenía que saber de quién hablaba.

—Es que es una pasada. Eres *clavaíto*.

—¿Y quién es el tal Kilian ese? —preguntó Manuel con la boca llena de unos pescaditos fritos, que, por cierto, sabían a gloria.

—Un chaval millonario de allí. Además, es que el padre era sevillano, *ojú* no veas la cantidad de cuartos que hizo allí el compadre ese.

Oírles hablar de mi familia me resultaba un poco violento. Pero imagino que es el precio que tienes que pagar por proceder de una familia que se había hecho famosa en todo el mundo. El señor Sotomayor había levantado un emporio tan enorme que incluso a mí me sorprendía que lo comentaran a miles de kilómetros del lugar en donde se había originado semejante fortuna.

—Joder, *Carlito*. Es verdad. Ahora que me acuerdo, el otro día las muchachas esas también te confundieron con ese prenda. Anda, que ya podrías tener tú la tela que tiene el chiquillo.

Manuel restó importancia a la charla poniendo su toque de humor. Y con ello finalizaron las conjeturas. Gracias a Dios, porque en una de esas, al final, terminarían reconociéndome de verdad.

Al rato, el mismo camarero trajo una sartén gigante con un arroz que, como dijeron todos, «estaba que quitaba el *sentío*». Lo llamaron paella, y aunque no era un plato tradicional de aquella tierra, en aquel establecimiento les salía riquísimo.

Cuando terminamos de comer, pidieron unas copitas, acomodándose en sus asientos y disfrutando de la sobremesa como buenos españoles. Otro rasgo característico de esa sociedad. En mi país no se estilaba permanecer sentado más tiempo del que durase la comida.

Me hicieron pasar un día estupendo. Volver a disfrutar del mar me ayudó muchísimo a recargar mis energías. Estaba con el ánimo un poco bajo y aquello fue una inyección de alegría y ganas, realmente, importante. Porque, en ocasiones, perdemos la ilusión y la motivación. Y, en el fondo, cada día que pasaba, tenía menos clara la razón de haberme ido tan lejos: ¿encontrarme a mí mismo? ¿Escapar de todo eso que me hacía daño? ¿Ser alguien corriente y poder vivir como tal? Cada vez con más frecuencia me hacía preguntas como esas. Me encontraba en un punto de mi vida que no sabía hacia dónde tirar. Varado en medio de la nada esperando ese motivo al cual aferrarme para llegar a quién sabe qué lugar. Era triste e incomprensible. Y más cuando tu pasado te golpeaba con fuerza en repetidas situaciones. ¿Cuál de los dos me hacía más feliz? ¿Kilian o Carlos?

Javier, el encargado de la discoteca, me trataba genial y siempre que había cualquier extra contaba conmigo. Era consciente de mis necesidades económicas e intentaba echarme una mano en todo lo que estuviera a su alcance. Pero la verdad era que, poco a poco, y gracias a que ya iba conociendo gente, me salían bastantes cosas para poder ganarme mejor la vida. Desde trabajos como azafato, hasta dando clases de inglés a unos cuantos jóvenes que había conocido en el gimnasio mientras practicaba algo de deporte. Y eso me hacía un poco más feliz porque me ayudaba a creer en mí y en mi capacidad de supervivencia.

Aquel día, Javier me llamó por teléfono.

—¿Qué tal? Esta noche tenemos que abrir antes, que hay un evento. ¿Puedes venir? —me pidió.

—Por supuesto. Cuenta conmigo —accedí.

Aunque no tenía mucho que hacer, siempre que me llamaba requiriendo mis servicios, no dudaba un segundo en darle un sí por respuesta. Una de las cosas que papá me dejó muy clara fue esa: corresponder. A la gente que te estimaba, siempre tenías que compensarles de alguna forma.

Al llegar al trabajo, a la hora que había pactado con mi encargado, un regimiento de personas se encontraba poniendo a punto lo que parecía que iba a ser un festejo por todo lo alto. Focos, moqueta roja, plantas de gran tamaño decorando la entrada… Un conjunto escogido con muy buen gusto y preparado para dar una buena impresión a los asistentes.

Nada más verme, Javier se acercó a mí con una mujer de unos treinta años, para presentármela y ponerme sobre aviso de quién era.

—¡Eh! ¡Carlitos! Mira, ella es Claudia. Es la que organiza el evento. Ya le he dicho que se ponga de acuerdo contigo. Te pasará ahora el listado de invitados para que les vayáis dando acceso según vayan llegando.

—Encantado, Claudia. Carlos.

En solo dos besos, al saludarnos, me percaté de un aroma muy suave pero extremadamente inquietante. Era un experto en distinguir olores, pero aquel me desconcertó bastante. No era el típico perfume o una fragancia común. No. Tenía un toque personal muy embriagador.

—Encantada. A ver, te explico. Hemos metido ya la lista en este dispositivo y lo único que quiero es que se contabilice y marque a todo el mundo que asista. Están colocados por orden alfabético, aunque imagino que cada persona llevará una invitación que les hemos mandado a sus casas. En cada tarjeta vendrá el nombre de cada uno de ellos. Si me haces el favor, las retiras y me las guardas para luego poder hacer un conteo de la afluencia. —Mientras me daba las explicaciones pertinentes, no podía dejar de observar su manera de comportarse. Demostraba tanta seguridad que era imposible no prestarle atención—. ¿Me has escuchado?

—Sí, sí. Perdona —contesté, tan aturdido que me costó reaccionar cuando terminó de hablar.

Tenía el pelo castaño, suelto y no extremadamente arreglado. Llevaba un traje gris oscuro de chaqueta con una camiseta blanca debajo. Unos zapatos de tacón bastante altos pero sencillos y un pequeño colgante que llamó mi atención. Su forma era la de una tabla de surf, pero con un diseño muy especial y bonito. Su aspecto, aun yendo tan arreglada, denotaba libertad.

—Si tienes algún problema, no dudes en avisarme. Estaré por la puerta al principio para supervisar que todo marcha como es debido.

Era curioso. Aquella mujer tenía algo. No sabría bien cómo definirlo pero hasta su forma de moverse le hacía verse distinta.

El acto comenzó a las nueve en punto, hora acordada por la organización en la que todo debería estar dispuesto para dar acogida al público. Se trataba de la presentación de una

aplicación para los teléfonos móviles en la cual podías buscar distintos tipos de diversiones según en la zona en la que te encontrases. No era muy ducho en ese tipo de cosas, pero, por lo que había indagado, tenía pinta de ser algo así.

La media de edad de los asistentes era bastante joven. Y creo que se esperaba mucha más gente de la que en realidad vino. Se podría decir que no fue como esperaban. A ojo, asistirían menos de quinientas personas. Aunque yo lo agradecí porque no tuve mucho trabajo y se me pasó relativamente deprisa.

La mujer que me habían presentado parecía un tanto disgustada. Quizá porque no había obtenido el resultado requerido, aunque en ningún momento perdió esa actitud de mando y una preciosa sonrisa para todos los que se acercaban a saludarla. Durante el tiempo que duró el acceso no pude dejar de observarla porque me resultaba llamativa hasta su forma de pararse. Recibió a sus invitados como una maestra anfitriona. Y acompañaba a cada uno de ellos hasta el interior del local. Con una capacidad innata, hacía de algo tan simple como caminar un precioso arte de la sensualidad representado en el cuerpo de una mujer. Irradiaba tentación y deseo.

Poco tardó Manuel en acercarse para advertirme de su interés hacia esa nueva e inesperada compañera. Le gustaban más las mujeres que a un niño jugar a la pelota. ¡Qué trajín de hombre!

—No veas cómo está la jefa, ¿eh?

—¿Claudia? Sí, no está mal.

—¡Que no está mal ni qué niño muerto! Madre mía, *Carlito,* hijo, ¿a ti qué te pasa con las chiquillas?

Mi compañero se extrañaba por el absoluto desinterés que demostraba hacia el sexo opuesto. Todo lo contrario que él. Le atraía una falda más que un sonajero a un bebé. Era un auténtico torbellino sexual. No había día que no viniera una chica distinta a verle a la discoteca. Y lo mejor de todo era que me presentaba cada dos por tres a chicas con la poca vergüenza de decir que eran sus novias. Vamos, un sinvergüenza en toda regla.

Yo nunca había sido muy mujeriego. No sé por qué, pero era un tema que no me preocupaba ni me había preocupado jamás. Que me gustaban las chicas era evidente, pero no todas. Tenía un radar muy agudo para fijarme en mujeres que tenían algo distinto o especial. Y entonces sí prestaba atención e intentaba desplegar todas mis armas de seducción posibles.

—Perdón, ¿guardaste las invitaciones como te dije? —me dijo Claudia, adoptando el papel de jefa demasiado rápido. Porque, aunque yo no la consideraba como tal, me hizo gracia la manera en que se había dirigido a mí.

—Sí. Se los he colocado en orden alfabético y ya le he hecho un conteo de los asistentes que vinieron exactamente. Lo tiene todo apuntado aquí.

Sabía que lo que más le llama atención a una persona eficiente es que cuando te pida algo lo tengas hecho y con creces, si es posible. Y noté su sorpresa cuando le entregué todo detallado.

—Por favor, no me trates de usted —me rogó al segundo mientras me miraba con una sonrisa interesante—. Muchísimas gracias. Cuando me dijo Javier que me podía fiar de ti, tenía toda la razón. Gracias.

Y acto seguido guiñó un ojo y se fue contoneándose hacia el interior del local.

Os puedo asegurar, y para mi sorpresa, que fue la primera vez desde Carmen que alguien hacía que mi libido se despertara. Quizá no estaba tan muerto como pensaba.

En cuanto la puerta quedó despejada y ya no era esencial mi presencia, decidí entrar para ver de qué iba aquella convocatoria.

La discoteca estaba decorada con decenas de carteles con el nombre de la marca y había unos cuantos hinchables, con forma de teléfono móvil, repartidos por toda la sala.

La gente dirigía su atención a un pequeño escenario en el que generalmente se encontraba la cabina del *disc-jockey*. Ahí, un hombre de unos cuarenta años de edad, vestido con ropa informal, iba dando información de la app de la que antes os hablé. Pero, debido a mi poco interés y que me resultaba bastante aburrido, decidí regresar a la puerta junto a mis compañeros.

—Perdón, Carlos, ¿ha venido alguien más después de que me marchase de la entrada? —me preguntó Claudia antes de que me diera tiempo a salir.

—No. Creo que no, pero ahora mismo pregunto si pasó alguien mientras yo no estaba.

—No te preocupes. Vale así, entonces. Oye y una pregunta…

Era raro, pero parecía que quería buscar tema de conversación para seguir hablando conmigo.

—Claro, dime.

—¿Siempre trabajas aquí? Vamos, me refiero a que si solo trabajas de esto.

Se había quitado la chaqueta del traje y se le marcaban los pezones sutilmente. También me miraba a la boca cuando hablaba y eso me ponía un poco nervioso.

—Bueno, mmmm, sí. Más o menos. A veces doy clases de inglés a unos chicos.

—¿En serio? ¿Sabes inglés?

—Sí. Soy de los Estados Unidos.

—Jolín. Pues no lo pareces. Tu castellano es perfecto. No tienes ni pizca de acento extranjero. Aunque, ahora que me fijo bien, tienes un poco de aspecto de no ser de aquí —admitió, echándose un par de pasos atrás y analizándome con una mirada provocativa.

La señorita directora tenía toda la pinta de estar flirteando con el joven apuesto de la entrada. Y aunque yo era nulo para percibir ese tipo de señales, sus ojos decían todo lo que la boca no se atrevía.

La conversación se alargó hasta que Javier, el encargado, nos interrumpió para avisarme de que la discoteca abriría sus puertas en breves instantes. Se me pasó el tiempo volando hablando con una mujer que hacía muy fácil el sentirse cómodo a su lado. Tenía una bonita capacidad de embaucarte con sus palabras. Y no demostraba el interés que la gente normal tiene al comenzar a charlar sin apenas conocerse. Ella iba más allá.

—Bueno, Claudia. Te tengo que dejar, que hay que volver al trabajo. Ha sido un placer conocerte.

Y de veras que lo había sido. No fue el típico cumplido que se le dice a alguien cuando te le presentan y mantienes unas cuantas palabras con él.

—Igualmente. Ha sido un auténtico placer.

Sus ojos color avellana brillaban mientras los mantenía fijos en los míos. La fuerza que imprimía aquella mirada era similar a la de un mar bravo cuando escuchas cómo sus olas rompen con fuerza a escasos centímetros de ti. Me generaba cierta atracción y eso me gustaba, y no me hacía sentir como en otras ocasiones: culpable porque parecía estar faltando a alguien que está a miles de kilómetros.

La noche transcurrió como cualquier otra. Los viernes era el día en que salían más jóvenes para disfrutar del buen ambiente que se creaba en aquel lugar. Tanta afluencia que no te aburrías ni un segundo, y cuando te querías dar cuenta era hora de cobrar y marcharte a casa. Realmente era un buen trabajo y bastante entretenido.

—Oye, tú, ¿qué pasa contigo? Me han pedido por favor que te dé esto, no te digo *na* —me dijo Javier, con una risita sospechosa, entregándome un papel.

Al abrirlo descubrí un número de teléfono apuntado a boli. Sin decirme quién era quien se lo había dado, supe perfectamente a quién pertenecía. Por una parte, no me lo esperaba, pero, por otra, sabía que una mujer como aquella no se iba a quedar con ganas de nada.

Con absoluta determinación, saqué el teléfono del bolsillo para apuntar el contacto en la agenda.

Y en un acto reflejo, redacté un mensaje y lo envié de inmediato. Reconozco que hasta a mí me sorprendió la naturalidad con que lo hice. Sin pensar en nada ni sentirme mal por cualquier recuerdo que pudiese empañar algo tan natural como dos personas que conectan sin querer.

Para: Claudia

Hola, Claudia. Soy Carlos. Este es mi número para que tú también lo tengas 😉
00.07

A los pocos segundos, el móvil vibró para advertirme de que había recibido alguna notificación.

De: Claudia
No soy de dejarme llevar por situaciones así, pero no he podido evitarlo. Espero que no te haya molestado.
Creo que deberíamos continuar la charla. Si te apetece, dímelo y te invito a un café.
Muakkkkkk!!!!
00.07

Su respuesta fue tan rápida que parecía estar esperando mi mensaje con el teléfono en la mano. Y muy directa. No tuvo ningún problema en mostrar su interés hacia mí dejando bien claro cuáles eran sus intenciones.

Y le correspondí con la misma decisión.

Para: Claudia
Por mí cuando quieras. Mañana?
00.09

Me apetecía proseguir con la conversación porque desde que había llegado a Sevilla me había cruzado con muy pocas personas que realmente suscitasen mi curiosidad. Quitando a la pequeña Cristina, obviamente. Ella era especial. Mucho. Tanto que no quería dañar algo que parecía ser tan bonito. Era como esa flor preciosa que quieres que permanezca intacta para siempre. Esa que deseas que conserve todos sus pétalos. Con la delicadeza de un argumento imborrable. Una ilusión que se desvanecerá en el momento que la hagas sufrir. Porque tenía claro que aquella andaluza de sencilla belleza era alguien digno de tenerla muy cerca. Una persona que puede colorear con acuarelas llenas de vida otra existencia que se llenó de grises. Pero yo me encontraba justo en ese momento tortuoso en el que los colores habían desaparecido de mi paleta artística. Me dolía el pasado y no era capaz de obviar los pinchazos que sufría mi corazón al recordar.

De: Claudia

Escríbeme cuando te levantes, que imagino te acostarás tarde 00.11 😊😊😊

El tiempo se me hizo eterno entre jóvenes alocados y personajes curiosos de la noche sevillana. Por regla general, había un ambiente muy selecto, pero, a veces, los críos invadían la discoteca para derrochar toda esa tensión acumulada los días de diario. Me asustaba ver las castañas que se cogían aquellos muchachos siendo tan jóvenes. Salían casi a última hora como si fuera una película de zombis.

De camino a casa, después de la intensa jornada laboral y lidiar con el tumulto, recapacité sobre lo acontecido la tarde anterior. Claudia era una mujer. Y actuaba como tal. Sin andarse con rodeos y expresando, tanto con palabras como con gestos, todo lo que quería decir. Y si no me fallaba el sensor, lo que le atraía de mí no solo era mi don de palabra y una conversación fluida e interesante. No. Había algo más. Porque sus ojos la delataban. Y su expresión corporal también. Cuando alguien te mira a la boca mientras hablas denota sed y hambre. Pero ¿estaba preparado para sentir la tensión que se genera entre dos cuerpos que se desean? En un rato lo descubriría.

Por la mañana, nada más levantarme, incluso antes de quitarme las legañas, escribí el mensaje pertinente. Asombrado por la valentía y la decisión, esperé impaciente una respuesta que no

tardó mucho en llegar.

De: Claudia

Te recojo en donde nos vimos ayer en una hora? Tráete un bañador… 😊

12.25

Si yo pensaba que había sido descarado y directo, ella me superaba con creces. Y, encima, demostraba ese carácter autoritario que adquirió el día anterior en el evento. El rol de jefa le sentaba genial.

Aprisa, desayuné algo y me vestí con lo primero que tenía a mano. Ya había adquirido algo de ropa con los pequeños ingresos que percibía de las clases de inglés y podía ir un poco más apañado a mis citas. ¡Nunca imaginé que costasen tanto una camiseta y unos pantalones chulos!

En el tiempo convenido, Claudia apareció en un pequeño todoterreno y me invitó a subir.

—Venga, sube.

—Buenos días, señorita.

No parecía la chica de la noche anterior. Llevaba un peto vaquero con una camiseta de tirantes y el pelo recogido con una coleta. Tenía el aspecto de una niña de veinte años.

—Buenos días, caballero. Aunque ya son casi tardes… ¿tienes algo que hacer hoy?

Estábamos aparcados a la puerta de la discoteca, con el coche interrumpiendo la circulación pero no tenía pinta de importarle.

—No, ¿por qué? Hasta esta noche que entre a trabajar, nada.

Su gesto era distinto. Como más sonriente.

—Vale. Pues no te preocupes, que a esa hora regresaremos.

Emprendió la marcha hacia algún lugar desconocido. Mientras conducía, sonaba una música de fondo que nunca había escuchado pero que me resultaba bastante armoniosa y bonita.

—¿Quiénes son?

Tarareaba la canción con ritmo y, a mi parecer, con un precioso tono.

—Es un grupo que se llama Funambulista con Pablo Alborán. ¿No lo conoces?

Musicalmente era un desastre. Pero sabía apreciar una melodía que te hace sentir fuerte. Y la letra de aquella, sin duda, lo conseguía. Decía algo así: «Los dos nos abrazamos sin tenernos fe. Sin tenerlo nada claro…».

Hay canciones que son personas. Vivencias. Lugares. Te transportan y te hacen renacer. Justo en ese momento que sentiste con violencia. Son capaces de ponerte triste, nostálgico y alegre, todo al mismo tiempo. Porque la música es arte, y el arte es vida. Y no podemos dejar de vivir. Como tampoco podemos dejar de ser arte.

—No. Nunca, pero cantan bien.

—Pues, espera. Te voy a poner algo de él.

Y se puso a hurgar en el móvil. Al minuto, comenzó a sonar una canción interpretada por una preciosa voz de hombre. Era capaz de erizarte la vida entera. Tenía el don de colarse hasta el fondo de un corazón inerte.

El trayecto fue muy especial. Las ventanillas abiertas dejando que el aire entrase, la música sonando de fondo y el hermoso tarareo de una mujer que hacía de sonreír un gesto simple y perfecto. Vivencias simples pero imborrables. Dos desconocidos hacia alguna parte con demasiados puntos en común y con ganas de descubrirse.

Al rato de conducir sin descanso, llegamos hasta un sitio mágico. Nada más detenernos, me di cuenta de que la naturaleza puede ser felicidad. Una inmensa playa con metros y metros de arena dorada y un mar salvaje y enfurecido. Ese paisaje hacía del silencio un arma pacífica.

—¿Dónde estamos?

—Qué más da.

Y salimos fuera del coche para dejar que la brisa nos encendiera el alma. Soplaba con pasión. Se te metía por todos los poros.

—Venga, ¡vamos! ¡Coge el bañador!

Echó a correr hacia la playa. Atravesando unas pequeñas dunas que hacían de frontera entre el mundo real y el paraíso y la libertad. Se quitó las zapatillas dando pequeños saltitos mientras yo la observaba embriagado por una sensación hermosa.

—Va. ¡Venga!

A lo lejos, haciendo aspavientos con los brazos y una enorme sonrisa, me gritaba para que fuera a su encuentro. Tenía la misma expresión de una chiquilla que vivía con inocencia e ilusión. Estaba preciosa. Se había soltado el pelo y el aire lo movía dándole un aspecto descuidado, libre y salvaje. Una combinación perfecta para aquella mirada intimidante.

Caminado hacia ella fui consciente de que ese instante era alegría. Y que todos mis fantasmas se habían esfumado gracias al entusiasmo de una persona que hace de la vida un motivo para ser dichoso. Porque la felicidad está en uno mismo. Y solo tú eres capaz de arruinarlo todo. Con problemas que quizá no lo son tanto y recuerdos que son solo pasado. Creo que en ese momento fue la primera vez que decidí tomar de nuevo las riendas de mi vida para ser quien yo quisiera. Sin pensamientos turbadores y barreras estúpidas creadas a base de infinitas dudas. Lo que dejé en América no volvería jamás. Y Carmen ya no estaba, ni estaría. Por desgracia, pero así era.

—¡Vamos al agua! ¡Corre! —me apremió.

Quitándose el peto vaquero y la camiseta, dejó al descubierto un cuerpo bronceado y trabajado a base de mucho deporte. Se le marcaban unos pequeños músculos que salen de la ingle y te llevan hasta el secreto y el deseo.

Sin pensarlo, se adentró en el agua galopando como un potro salvaje. Y cuando el agua la cubría lo suficiente, de un salto, se zambulló atravesando las olas. Desde la orilla, analizaba estupefacto el clamor de una belleza hecha vida. Una sirena tostada por el aire y el sol de aquella tierra. Y el precioso reír de alguien que no necesita mucho para encontrarse en este mundo difícil.

Con el bañador en la mano, me di cuenta de que tenía un pequeño problema. Si quería ponérmelo iba a tener que desnudarme mostrando todos mis atributos. Y no es que hubiera mucha gente, porque la playa estaba prácticamente vacía, pero aún no me veía con la suficiente confianza como para quedarme en cueros delante de aquella desconocida.

—¡Está buenísima! ¡Ven!

Desde el interior de ese mar bravío, me reclamaba a voz en grito mientas daba pequeños brincos y jugueteaba con las olas. Sin pensarlo, me desvestí un tanto ruborizado y, con apremio, me puse el traje de baño. No tardé ni un segundo en reunirme con ella en mitad de ese azul intenso.

—¡Buenísima!

A escasos metros de ella, sentí una conexión inexplicable. El mar y Claudia eran la conjunción perfecta.

Al mirarla, mi mente hizo un análisis rápido: nos habíamos conocido hacía apenas unas horas. Y solo habíamos cruzado unas cuantas palabras pero tampoco tantas como para tener esa sensación tan impactante. El camino hacia este maravilloso lugar. Los dos en silencio sin que nos hiciera falta hablar para estar unidos. Y la perspicaz audacia de dos cuerpos que emiten señales constantemente. Nunca había hecho una locura similar porque basaba las relaciones humanas en la desconfianza. Tenía demasiados miedos acerca de los que me rodeaban y eso era un gran error por mi parte. En mi tierra, y debido a mi posición, no podía ser de otra manera. Pero aquí todo

era distinto. Aquella chica no buscaba en mí más que eso que tenía delante. Porque solo era eso. Un chico como cualquier otro del que no se puede querer más que su compañía y algo que te aporte una felicidad inesperada.

—Este sitio es mi lugar favorito. Es increíble, ¿verdad?

Su forma de gesticular, de moverse, su comportamiento en general me atraía sin piedad. Y aunque no fuese mi manera de actuar, tenía la necesidad de descubrir partes mucho más íntimas y cercanas: su olor, el sabor de sus besos, su respiración agitada que hablaba del deseo de estar cerca, la suavidad de sus manos al tocarme…

—Sí. Es una pasada, Claudia.

Y sus ojos eran capaces de hablar por sí mismos. Sin emitir sonido alguno. Sin pronunciar palabras que se las llevaría el viento. Porque, sin entenderlo, estábamos a un metro y yo la sentía demasiado lejos. Y la quería cerca. Mucho más cerca.

—Acércate —me pidió.

Parecía que escuchaba mis pensamientos. Con el agua cubriéndonos por encima de la cintura, de un par de brazadas llegué hasta la necesidad y el deseo. Hasta quedarme a escasos centímetros de ella.

El mar estaba tan revoltoso como mis ganas, pero eso no fue impedimento para que nuestras bocas se juntasen con pasión. Su sabor fue exactamente como lo había imaginado. Salado y dulce. Intenso pero suave. Una contraposición perfecta del necesitar y el tener.

Entonces, el tiempo dejó de ser importante. Echábamos chispas por la fogosidad acumulada. En pocas horas había conseguido incendiar mi vida provocando un estallido emocional digno de cualquier cataclismo. Me tenía. Y no solo entre sus brazos. Además no me sentía extraño. Ni culpable. Ni con miedo.

—¿Sabes una cosa? —le dije.

Tumbados en un enorme paño de mil colores, observaba el cielo y el viajar de las nubes hacia quién sabe dónde.

—Qué.

—Me has devuelto algo que pensé que jamás recuperaría. —Se puso justo a mi lado, mirándome fijamente esperando una explicación a esa última frase. Y añadí—: Gracias, de verdad.

Había conseguido recuperarme a mí mismo. Y aquello que sucedió en ese precioso paraje no fue solo la pasión desbordada de dos jóvenes que se desean. No. Fue la necesidad de resurgir como persona. Como hombre. Porque una de las dudas que más me atormentaba era si iba a ser capaz de volver a estar con alguien sin sentirme mal. Todo lo contrario a lo que había pasado junto a ella.

Al no continuar, no siguió preguntando.

No sabría definir lo que pasó allí exactamente: ¿sexo? ¿Conexión? ¿Espiritualidad? Porque sus manos no me buscaban con la fogosidad de una mujer hambrienta de carne. Esas caricias sinceras me traspasaban el alma. Y sus gemidos se me colaban directos al corazón. Me regalaba mucho más que una simple relación sexual. Era como si se estuvieran uniendo los pedazos de algo roto. Volviendo a poner en marcha el engranaje de una vida que dejó de funcionar hacía bastante tiempo.

—¿No tienes hambre? A unos kilómetros de aquí hay un sitio que se come guay.

El desbarajuste de sentimientos me había cerrado el estómago. Tenía un cosquilleo maravilloso en la zona abdominal que me hacía inmensamente feliz. Pero, aun sin ganas de comer, acepté la propuesta y nos dirigimos a aquel lugar.

El día entero fue mágico. Y esa es la única palabra que se me ocurre para describir lo que viví cerca de ella. Claudia era eso: magia pura. Y me hizo partícipe de ella, llenándome de ilusión y cosas bonitas. Es curioso cómo, a veces, alguien a quien acabas de conocer es capaz de hacer que tus problemas dejen de serlo. Y de hacerte olvidar que fuiste infeliz. Es increíble que haya una persona en el mundo capaz de lograr que vuelvas a reír de verdad.

Sentados a escasos metros de la playa, en un restaurante con una preciosa decoración, me miró con la intención de querer saber mucho más.

—Carlos, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

El local era muy bonito y transmitía mucha calma y paz. La decoración era casi toda en tonos blancos entre la que destacaba el mobiliario de caoba, que hacía más acogedor el lugar. Antes de entrar, había una pequeña terraza que daba al paseo marítimo del pueblo y te permitía contemplar unas vistas maravillosas de una tranquila playa. En el interior del local habían colocado unos hermosos motivos florales que le daban un enorme colorido que conjuntaba perfectamente con el resto de la decoración.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Claudia de repente

—¿Aquí? —respondí de inmediato, sin entender muy bien la pregunta.

—Sí. En Sevilla. Y trabajando en ese sitio.

Tuve que dar un pequeño sorbo a la copa de vino para darme tiempo y poder pensar una respuesta creíble. No me veía con la suficiente confianza como para explicarle la verdad.

—Pues… escapar.

—¿Escapar? ¿De qué?

—Escapar de todo en general. En mi país no era del todo feliz y necesitaba darme una vuelta por el mundo —repliqué al cabo de unos segundos y con la mirada perdida en el horizonte, donde se unen mar y cielo—. Conocer. Bueno, más que conocer, conocerme.

—Esperaba esa respuesta.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Claudia mantenía sus ojos clavados en los míos. Parecía que quería desentrañar mis pensamientos basándose en lo que mis pupilas no podían ocultar.

—Porque no tienes pinta de estar aquí simplemente por estar. Se ve que estás por un motivo que va mucho más allá de lo que la gente pueda entender. Carlos, nunca dejes que el pasado no te deje vivir el presente. —Conseguía entenderme casi sin conocernos. Sabía leer entre líneas todo eso que no era capaz de contarle. Y veía más allá de lo que generalmente vemos—. Además. No tienes aspecto de necesitar ese trabajo. Ni de estar aquí para labrarte un futuro. La manera en que te comportas y cómo actúas no es la de un chico que sale de su país en busca de aventuras o a ganarse la vida.

Tenía la necesidad de abrirme a ella. Contarle todos mis miedos y ese pasado tortuoso que me había hecho huir de una vida que era como una constante tormenta.

—Cierto, Claudia. No te equivocas —admití—. El motivo es mucho más complejo de lo que parece. ¿Nunca has sentido que teniéndolo todo, en realidad, no tienes nada?

—No. La verdad es que no. Pero quizá puedo llegar a entenderte.

—Allí disfrutaba de una buena vida. No me iba nada mal. Y llegué a tener todo lo que uno puede desear. Pero la propia vida me arrancó el estímulo de cuajo. Entonces me perdí. Me perdí tanto que la única manera de volver a ser yo fue esta. Irme. Irme lejos de todo eso que me hacía demasiado daño. —La comida estaba sobre la mesa pero ninguno de los dos habíamos probado bocado. La conversación se volvió tan intensa que lo demás dejó de importar—. He de confesar

que no me llamo Carlos —continué—. Ni he trabajado nunca en un sitio como en el que estoy. Pero una de las partes importantes de todo esto es empezar de cero. Quiero dejar de ser eso que fui. Y necesito que la gente me mire con los mismos ojos que miraría a cualquiera. No sé si me entiendes…

—Sí. Más o menos, te voy siguiendo. ¿Y cuál es tu nombre verdadero?

—Kilian.

—Guau, me parece un nombre precioso. Pero no te preocupes, te seguiré llamando Carlos. Ese será nuestro secreto.

Desvelar mi pasado era la forma más sincera de entregarme. Pero sentía que podía confiar en ella. No había nada que me indicara lo contrario. Claudia me escuchaba con el corazón abierto y yo lo percibía así. Era imposible seguir ocultando la verdad. En ocasiones, sin saber por qué, te suceden cosas bonitas. Conectas y se enciende esa luz que te advierte de que te puedes dejar llevar sin miedo. Y aquella mujer era todo eso. Un salvavidas necesario para permanecer a flote en el mar de la vida.

—¿Algún día me contarás todo eso que te trajo hasta aquí? —quiso saber.

—Claro. Algún día aquello lo tendré como un recuerdo más…

19

Después de tanto tiempo, por fin, lo había conseguido. Graduarme fue una de las sensaciones más bonitas de mi vida. Porque vi en ello una forma de hacer a mis padres partícipes de mi alegría. Desde el lugar donde se encontrasen, seguro que estarían muy orgullosos de mí.

Papá había insistido muchas veces en lo importante que era mi educación, y otras tantas mamá me regañó para que no abandonase un camino que sería fundamental para todo el resto de mi andadura vital.

Ahora sí podía decir que era un chico con estudios, y mi trabajo me había costado. Pero no había sacado dos carreras única y exclusivamente por el título que te dan al finalizar. También me habían servido para asentar mi personalidad. Y para ser consciente de que con empeño y dedicación puedes conseguir todo lo que deseas.

Era hora de cerrar una etapa y comenzar otra nueva con muchísimas ganas. Sentía que era justo el momento de descubrir el apasionante mundo empresarial. Porque no había tenido el tiempo suficiente de dedicarme en cuerpo y alma a mi legado, y eso no podía continuar así. Mi padre construyó con mucho esfuerzo y sudor un gran imperio y yo debía perpetuarlo. Se lo debía. El señor José Sotomayor siempre iba a permanecer vivo mientras su hijo estuviera en este mundo.

Lo demás iba viento en popa. Podría decir que fue una de las épocas más felices que viví. La relación con Carmen era perfecta. Nos queríamos con locura y compaginábamos nuestras vidas a la perfección. No os podéis imaginar lo bonito que era estar a su lado.

Y mi pareja de colombianos adorables no podían quererme más y, por supuesto, yo a ellos. Incluso les obligué a que contratasen otras personas para que se ocuparan de las labores y tuvieran más tiempo para estar juntos y vivir como se merecían. Hasta habilité el piso que estaba justo debajo de casa para que tuvieran más intimidad y pudieran formar ese hogar que se merecían. Jack y Mady ya no eran dos personas que trabajaban para mí. No. Se habían convertido en mi familia. En mi todo.

—Será que tendremos que celebrar la graduación, ¿no?

Mi querida y rechoncha Mady se vistió de gala para asistir al acto de graduación. Cuando terminó, le entregué el diploma que no soltó hasta que no llegamos a casa. Se la veía tan feliz que era imposible no contagiarse de su estado. Y Jack, con esa rectitud y sobriedad, demostraba en su rostro el orgullo por un muchacho que siempre fue ese hijo que nunca tuvo.

—Sabe lo orgullosos que estarán ellos desde ahí arriba, ¿verdad?

Mady tenía siempre esa frase necesaria para subirte la autoestima. Y no es que me hiciera falta que me regalasen los oídos, pero mis padres estaban junto a nosotros en un día que permanecería para siempre en el cajón de los recuerdos bonitos.

—Sí. Lo sé. Aunque, Mady, hoy ellos también están aquí.

Con esa amplia sonrisa que lo cubría todo, mi madre adoptiva me miraba con el mismo cariño que lo habría hecho Alyn. Y aunque era un día para festejar, la nostalgia no dejaba paso a una celebración como Dios manda. Porque prefería que fuera así. Y con recordarles me era suficiente.

—Quiero que vayamos a comer todos juntos, he reservado mesa para cuatro.

Tenía la necesidad de estar con todos los que formaban parte de mi vida. Juntos, reunidos en un momento que compartir, era lo más importante. Aunque allí faltaba una persona muy especial: Daki. Como siempre, se encontraba perdida por el mundo metida en vete tú a saber qué jaleo. La joven india no había parado quieta desde que cumplió la mayoría de edad. Pero aun en

la distancia, también sentía que estaba allí junto a nosotros.

La celebración fue inmejorable. Carmen ya estaba plenamente integrada en casa y, aunque pareciese mentira, Jack y Mady la habían adoptado demostrándole el mismo cariño que me tenían a mí. Especialmente el testarudo de Jack, que se moría de amor por una chiquilla que, según expresaba su mirada, parecía recordarle a esa pequeñaja que la vida le arrebató.

Al terminar de comer, sentados todavía en la mesa del precioso restaurante, requerí la atención de todos los allí presentes dando unos golpecitos con la cucharilla en una copa.

—Por favor, atención. Necesito que me escuchéis un segundo.

La mesa era redonda y se encontraba justo en el centro del salón. Jack estaba sentado frente a mí, Carmen a mi derecha y Mady a la izquierda. Levantándome de la silla, y habiendo acaparado la mirada de mis acompañantes, y de algún curioso que nos observaba con timidez, hice un gesto levantando la mano. Simón, apostado en la distancia, se acercó hasta nosotros para entregarme una pequeña cajita de terciopelo en color plata.

—Hoy es un día muy especial para mí. Quiero agradeceros que estéis a mi lado, no sabéis lo feliz que me hace teneros en mi vida, pero hay algo que quiero pedirte a ti, cariño. —Carmen me observaba incrédula al ver que la miraba con el estuche en la mano. No sé si porque el ambiente parecía mágico o porque yo lo sentí de esa manera, se hizo un silencio precioso cuando terminé de hablar. El restaurante entero estaba pendiente de las palabras de un chico que tímidamente miraba a la mujer que tenía al lado—. Quiero que seas para siempre, señorita. ¿Te quieres casar conmigo?

Y antes de que me diera tiempo a entregarle el presente, una lágrima descendió por su rostro inundado por una preciosa y determinante sonrisa.

Sin responder, abrió la cajita y descubrió que en su interior estaban todas esas caricias que nos faltaban por dar, todos los momentos que nos quedaban por compartir y todos y cada uno de los besos que necesitaría el resto de mi vida para poder seguir siendo el hombre más dichoso del planeta.

Le temblaban tanto las manos que prácticamente no era capaz de sostener la funda que contenía mi ilusión. Con delicadeza, cogí el anillo y se lo puse en el dedo que creo que era el correspondiente.

Miraba atónita la deslumbrante sortija mientras lloraba de pura impresión. Aunque fue tal la emoción que no encontró la forma de reaccionar. Se quedó petrificada, sentada en la misma posición y con la vista perdida en esa mano en la que había colocado nuestro mayor compromiso.

—Cariño. Te quiero.

Mirándome desde su sitio, con esas dos palabras me dio la respuesta más bonita que te pueden dar. No hacía falta que pronunciase el «Sí, quiero» para saber lo que sentía. Porque su cara lo decía todo. Y sus ojos brillaban como los de una pantera reflejados en una noche de luna llena.

La abracé poniendo su cabeza en mi abdomen. Y al mirar a mi alrededor, vi la expresión de Mady y Jack que hacían de mi júbilo el suyo. Mady lloraba como una magdalena y Jack tenía esa mueca que tanto le costaba enseñar: reía precioso.

Aquel día fue un estallido de emociones. Terminó mi época como estudiante, quitándome una gran losa de encima, y pedí la mano de la mujer que me había enseñado lo que significaba la palabra amor. No se le podía pedir más a la vida. Los negocios, según me decían en el consejo, iban viento en popa. Ese año la compañía había dado los mayores beneficios desde su creación. Y, evidentemente, no me podía atribuir esa hazaña porque no estaba todavía al mando, pero me

hacía inmensamente dichoso ver cómo lo que para papá había significado tanto continuaba su ascenso y no paraba de crecer.

—Hola, señor Sotomayor. Tiene una llamada de una periodista llamada Astrid Newman. Le llama de parte de la señorita Dakota. ¿Desea atenderla o le digo que está ocupado?

Ya había ocupado mi lugar correspondiente. El despacho de mi padre pasó a ser el mío. Y empecé a tener un horario como cualquier trabajador que se precie. Me levantaba muy pronto y comenzaba la jornada laboral antes que el edificio abriese sus puertas para el resto del personal. Ese fue un aspecto que también aprendí de mi progenitor: si quieres que las cosas funcionen y la gente te respete como su jefe, debes ser el primero en llegar y el último en irte. Y así intentaba hacer, siempre que no me surgiera ningún imprevisto.

—¿Astrid Newman? Pues no tengo ni idea, pero, sí, pásamela.

Si llamaba de parte de Dakota merecía, por lo menos, que la escuchase. Aunque cada vez que oía la palabra periodista me daban unas ganas tremendas de salir corriendo.

—Hola, buenos días, ¿el señor Sotomayor?

—Sí, dígame.

—¡Oh! Muchísimas gracias por atenderme, un gusto.

Tenía un tono de voz muy alegre y su acento era del sur de América.

—Encantado, Astrid, ¿en qué le puedo ayudar?

—Sí, mire —se escuchaba el ruido de unos papeles de fondo—. Es que hablé hace unos días con Dakota, su amiga, ¿verdad? Y le comenté un proyecto que tenía.

—¿Ah, sí? Hace un tiempo que no hablo con ella. Le perdí la pista entre tanto viaje y trabajo.

—Cierto, es que no para. Pues mire, le explico un poco de lo que trata, ¿sí?

—Vale. Explique.

Se le notaba supernerviosa. No podía ocultar que le chocaba haber conseguido contactar conmigo y más con tanta facilidad.

—Ok, pues… se trata de una entrevista para la revista *Times*. Pero, un segundo, antes de que me interrumpa. Ya me dijo Dak que usted nunca ha concedido una entrevista, pero esto se trata de algo distinto.

—¿Algo distinto?

Esto me olía a encerrona de mi maravillosa y simpatiquísima amiga. En cuanto consiguiera eludir a miss «algo distinto», iba a llamarla adondequiera que estuviese para echarle tremenda regañina.

—¡Sí! De veras que lo es. La editorial quería otorgarle un reconocimiento como hombre del año en un número especial…

—Señorita Newman. Discúlpeme, pero como usted bien sabe… —la interrumpí.

—Señor Sotomayor, de verdad —me pidió, sin dejarme terminar la frase—. Concédame una cita y le explico todo con detalle. Le aseguro que le gustará el motivo.

Se hizo un silencio de varios segundos. La insistencia de la joven me obligó a plantearme la posibilidad de aceptar la propuesta. Nunca me había prodigado en público y quizá ya iba siendo hora de mostrar al mundo la imagen real del joven rico sobre el que tanto se había especulado.

—De acuerdo. Hable con mi secretaria y ella le dará una cita para vernos en persona. Pero, con esto no crea que estoy aceptando, ¿ok?

—Muchísimas gracias, señor Sotomayor. Le aseguro que no se arrepentirá. Yo le explico de qué va la entrevista y usted decide.

Al colgar, medité durante varios minutos la conversación con aquella joven sudamericana. La revista para la que trabajaba tenía gran reconocimiento a nivel mundial y todos sus reportajes

mantenían la dignidad del personaje y contaban con exactitud lo que quisiera mostrar. Nunca había leído nada de ellos que fuera propaganda sensacionalista o rumores creados a base de suposiciones.

—Por favor, Daniela, ¿me puedes hacer el favor de localizar a Dakota?

Antes de quedar con la insistente periodista, quería hablar de ella con mi amiga para averiguar por qué había dado su aprobación a la entrevista sabiendo mi aversión a los periodistas.

—Señor, le paso con la señorita Dakota a su línea privada —me comunicó mi audaz secretaria al cabo de un buen rato.

—¡¡¡¡Mi gruñón!!!! *How's it going*?? ¿Sabes que te echo muchísimo de menos?

Era imposible regañar a esa mujer. Porque solo con escuchar su voz me bastaba para ponerme muy contento.

—¿Se puede saber dónde demonios estás?

—Madre mía, ¿eso es lo que te alegra oírme? Jajajajajajaja. —Su risa te contagiaba sin poder evitarlo.

—¿D-ó-n-d-e d-e-m-o-n-i-o-s te metes? —deletreé para evidenciar el disgusto que sentía por no haber tenido noticias suyas desde hace tiempo. Dakota apenas paraba en Manhattan últimamente. Además tenía una noticia que darle.

—*Now in London* —contestó—. Esto es precioso pero hace un tiempo horrible. ¿Tú cómo estás?

Charlamos acerca de las cosas más básicas: el trabajo, la vida en Europa, cómo le iba…

—Por cierto, tengo una cosa importante que decirte.

—¿Una cosa importante?

—Sí. —Permanecí unos segundos callado para acrecentar el misterio.

—Oye, ¡venga! ¡Qué cosa! —me apremió, impaciente.

—Carmen y yo… —Hice otra pausa prudencial para hacerla rabiar un poco.

—Carmen y tú ¡qué! —casi gritó.

—Que tendrás que venir a Nueva York para la boda en unos meses.

—¿Boda? ¿Qué boda? *Really????* ¡¡¡¡Júramelo!!!!

Podía escuchar su risa nerviosa aun estando separados por miles de kilómetros. Imaginaba su cara y no podía evitar sonreír yo solo.

—Sí, Daki. Tu amiga y yo nos casamos.

Comenzó a gritar como una loca. Decía un par de palabras en español, otra en inglés, luego volvía al castellano. Así constantemente haciendo que riera a carcajadas. Estaba tan emocionada que esa misma locura le hacía ser una persona especial y maravillosa.

—¡Será desgraciada! ¡No me ha dicho ni pío!

Hasta que decidimos colgar, no hubo un momento que no parase de hablar compulsivamente. Me hizo tantas preguntas que se me olvidó el principal motivo de la llamada: preguntarle por la periodista. Pero me pareció feo volver a llamar para plantearle aquella cuestión después de la alegría con la que habíamos puesto fin a esa bonita conversación. Por lo que no me quedó más remedio que tomar la decisión sin consultar a nadie.

—Daniela, por favor, ¿puede llamar a la señorita Newman para concertar una cita?

—Por supuesto. Dígame, ¿cuándo le vendría bien?

—Lo antes posible. Muchas gracias.

Con rotunda rapidez, en menos de diez minutos, recibí un mensaje con la fecha y la hora acordada. ¿Esa misma tarde a las seis y media? Por lo que daba a entender, la periodista tenía bastante prisa en dejar zanjado el tema.

—Señor, la señorita que esperaba ha llegado un poco antes, ¿la hago pasar o le digo que espere?

Astrid había llegado veinte minutos antes de la hora a la que habíamos quedado.

—Sí, pídale que pase.

Con timidez se abrió la puerta del despacho.

—Permiso.

Por su voz, había imaginado otro tipo de mujer. Su tono dulce y delicado no correspondía con la persona que tenía delante. Era bastante alta y corpulenta. Se le marcaban las curvas aun llevando un traje de chaqueta y pantalón. Y aunque su manera de dirigirse a mí fuera insegura y retraída, para nada se le veía con ese tipo de carácter. Por lo menos en una primera impresión.

—Por supuesto, adelante.

Tenía el cabello negro y muy liso, labios gruesos, facciones poco definidas y unos enormes ojos oscuros. Portaba una carpeta de cuero marrón a juego con su atuendo y en los pies un calzado elegante, pero, a simple vista, cómodo.

—Buenas tardes, señor Sotomayor.

Me puse en pie para recibirla. Con mucha educación me ofreció su mano en señal de afecto y gratitud.

—Encantado, señorita Newman.

—Por favor, no me hable de usted.

—De acuerdo. Pues, encantado, Astrid.

Tenía esa capacidad innata de observar la gestualidad de las personas para saber cómo abordarles. Creándote un perfil imaginario, tenías muchas más posibilidades de sacar un rendimiento fructífero a las relaciones humanas.

Por lo que pude observar, era una mujer un tanto insegura pero con intención de demostrar lo contrario. Contenta con su físico, porque no ocultaba su gran tamaño escondiéndose tras ropa ancha. Directa y concisa. Y por su comportamiento desde que comenzó la conversación, persistente y con las cosas muy claras.

—Primero, antes de nada, le quería agradecer que me recibiese con tanta prontitud. Imagino que será un hombre muy ocupado. Pero, a lo que íbamos —mientras hablaba yo la observaba desde el otro lado del escritorio—, el motivo por el cual hablé con Dakota de usted es este.

No era capaz de mantenerme la mirada. No centraba su vista en mí, intentando ocultar el nerviosismo y la falta de confianza.

—Bueno… Y ¿cuál es ese motivo? —la apremié, al ver que tardaba en darme la explicación.

—El otro día oí en una conversación que querían otorgarle un reconocimiento. Señor Sotomayor, su vida es un referente para gran parte de este país y, sobre todo, para miles de jóvenes.

Sus palabras fueron demasiado elogiosas para el concepto que yo tenía sobre mí mismo. Cierto que pudiera suscitar algo de expectación: el dinero y el poder van de la mano con la curiosidad. Pero tampoco me creía el ombligo del mundo como para pensar que a los demás les podía interesar la vida de alguien que lo único que hace es trabajar y estar con su chica el tiempo que las obligaciones le permiten.

—Y creo que usted no es consciente —continuó—. Debería aceptar algo así. Pero quizá no solo por usted, sino para que todo el mundo conozca su verdadero yo. No puede permitir que la gente sepa de usted a partir de habladurías y chismorreos. Además, para su absoluta tranquilidad, la revista no pondrá ni una sola coma que no haya salido de su boca. —Tenía el discurso más que estudiado. Su elocuencia me sorprendía porque para nada se la veía una mujer con tanto poder de convicción—. Y ahora es cuando viene la parte que me corresponde a mí. Le explico.

—Soy todo oídos —repliqué, acomodándome en mi sillón para oír lo que seguía a los elogios.

—Jajajajaja —se rio con nerviosismo—, pues… bueno. Quizá piense que soy un poco entrometida, pero es que al oírle mencionar en dicha reunión, recordé que Dakota le conocía. Y, claro… imaginé que quizá viniendo de su parte… pues… posiblemente… aceptaría que fuera yo quien le hiciese la entrevista.

Me habían llamado de los programas con más audiencia y los periodistas con más repercusión y fama de nuestro país. A todos les había dicho exactamente lo mismo. Pero concederle mi primera entrevista a una completa desconocida me resultaba, como poco, curioso. Y también con la premisa de que aquella chica tenía algo que me gustaba: actuaba con la ilusión de alguien que quiere hacer algo que le apasiona. Y eso es digno de admiración. Quizá yo podía darle ese pequeño empujón para meterse de lleno en ese mundo que tanto parecía gustarle. Porque la vida a veces se basa en eso: impulsos que te hacen conseguir eso por lo que luchas y crees que te llegará a hacer feliz.

—¿Y tiene ahí las preguntas que me quiere hacer?

Su expresión cambió por completo. Los ojos se le iluminaron e hizo que una gran sonrisa llenase casi toda la sala.

—Mmm… sí. Bueno, más o menos. Pero, sí. Por aquí las tengo. —Muy nerviosa, rebuscó dentro del portapapeles sacando un montón de folios escritos a ordenador—. A ver. Déjeme un segundo, que lo tengo todo por aquí.

Y eso mismo me impulsó a elegirla para la esperada entrevista. Era naturalidad y sencillez. Y seguramente no me iba a hacer las preguntas que me habría hecho cualquier periodista resabidillo y con la experiencia suficiente como para creerse dueño de la situación y del contexto. Me causaban cierta animadversión esas personas que se piensan que por el mero hecho de ser conocidas tienen derecho a todo.

—Tiene todo el tiempo del mundo.

Mientras ordenaba el desbarajuste de papeles, yo la observaba contento por ser partícipe de esa felicidad tan espontánea. Y, en ese mismo instante, el móvil sonó avisándome de que había llegado un mensaje.

> De: Carmen
>
> Hola, cariño! Me acaba de llamar Dak!!! Le dijiste lo de la boda!!!! 😀😀😀 no te imaginas la ilusión que le ha hecho. Te quiero todo ♥
> 18.47

Ese texto contenía la ilusión de las dos personas más importantes de mi vida. Porque ellas eran todo.

> Para: Carmen
>
> Sí 😊 hablé con ella hace un rato y se lo conté. Aunque me regañó un poco por no habérselo dicho antes. Jajajajaja, cómo me alegro, enana, de que seas feliz. Todo ♥
> 18.50

—Perdón, señor. Ya lo tengo, ¿quiere que le haga alguna?

Hizo que dejara el móvil sobre la mesa para seguirle prestando atención. Al mirarla, me di cuenta de que portaba un pequeño aparatito en una mano y en la otra unos cuantos folios.

—No. Alguna no. Debería hacérmelas todas, ¿no?

Si sus ojos no estaban lo suficientemente iluminados, aquellas palabras hicieron que se convirtieran en un estallido de júbilo luminiscente.

—¿En serio? Puffff, madre mía. No sabe cuánto se lo agradezco ¡Cuando se lo diga al director no se lo va a creer! —exclamó, y se levantó del asiento, vino hasta a mí y me plantó un beso en la mejilla que casi me tira del sillón—. Perdón, perdón. Jajajajajajaja. Ha sido el subidón

del momento. Bueno, pues comencemos. Me gustaría que esto fuera una charla, no una entrevista, por eso lo grabaré todo para luego poder sacar las cosas que mejor nos parezcan, ¿de acuerdo?

—Sí, sí. Como tú quieras. Vamos a ello.

No paraba de moverse mientras demostraba alegría a raudales. Sin querer, esa sensación se había adueñado del despacho.

—Ok, pues vamos a ello. —Pulsó un botón de la grabadora y puso los papeles encima de sus piernas—. Buenas tardes, señor Sotomayor. Mi nombre es Astrid Newman y trabajo para la revista *Times*.

—Buenas tardes, señorita Newman.

Era bastante cómico volver al principio después de haber hablado durante un rato.

—Es un placer encontrarme en su despacho personal en el edificio donde tiene la sede principal de su empresa. Gracias por atenderme y gracias por su amabilidad. Me gustaría hacerle una cuantas preguntas para que la gente supiera un poco más de usted. La primera es: ¿cómo es Kilian Sotomayor?

La primera cuestión directa y determinante. Pero me gustaba.

—Pues, mire, Kilian es un chico como cualquier otro. Pero con el destino, o la suerte, de haber nacido en una familia como la mía.

—¿Familia? Pero ¿no es cierto que no tiene muchos familiares directos? O, por lo menos, ¿que usted conozca?

Rápidamente nos fuimos al punto más complicado de mi vida. Pero sabía que no iba a poder ser de otra manera.

—Cierto. Pero cuando digo familia, hablo de ellos. De mis padres. Quizá nunca han terminado de dejarme del todo. Y sí. He tenido la gran fortuna de ser el hijo de ellos dos.

—Se ve añoranza en sus palabras. Pero ¿ha conseguido superar ese duro golpe el hombre de negocios más influyente del país y casi, podría asegurar, que del mundo?

—¿Superar? Una pérdida de esa magnitud nunca se supera del todo, señorita Newman. Pero se aprende a vivir con ello y, sobre todo, nunca se olvida. Ellos lo fueron todo para mí y seguirán siéndolo para siempre.

Se hizo un silencio difícil de digerir. Pero es que hablar de aquel tema tenía esa carga emocional que no dejaba que fuese de otra manera. Su foto presidía la sala donde nos encontrábamos y no pude evitar hablar mientras les observaba con cariño.

—Y, Kilian, porque me permitirá que le tutee, ¿verdad?

—Claro, sin problema.

—¿Es cierto qué has encontrado el amor?

—Sí. Estás en lo cierto. Después de tantas mujeres que me han atribuido, puedo decir que, por fin, han acertado con una.

Los dos reímos ante tal respuesta.

—Es que, como comprenderás, el chico de oro, como siempre te han llamado, tiene un montón de *pretendientas*. Eres consciente, ¿no?

—Pues, aunque no lo creas, no del todo. La prensa ha creado una imagen de mí algo distorsionada. Mi círculo es muy cerrado y no pienses que he tenido tantos *affaires* como se ha dicho o elucubrado. Evidentemente, he sido y soy joven, pero de ahí a ese sin parar sentimental…

—Hombre, se te han atribuido muchos romances porque había pistas o pesquisas que lo demostraban. ¿O puedes negar que cuando alquilaste esa isla, en la Polinesia francesa, con

aquella cantante tan conocida, fue una suposición?

Ese escándalo me persiguió una larga temporada. Y también recibí una buena reprimenda por parte de Markus y Jack. Pero tenía diecinueve años y no me paré a pensar en la repercusión de mis actos hasta que no los vi reflejados en todos los medios del país.

—Todos hemos sido jóvenes, ¿no? Eso es de lo único que me puedo declarar culpable.

Fui muy correcto para esquivar ese tipo de preguntas. No las veía necesarias tratándose de una entrevista seria.

—Sí, tienes toda la razón. También se ha dicho que tienes manía a los medios de comunicación. ¿Es verdad esa afirmación?

—Manía no es la palabra. Creo que la más adecuada sería respeto. Respeto mutuo. Respeto general hacia y para con todas las personas. Yo entiendo que haya gente que quiera exponer su vida a los demás, y me parece loable. Pero si quieres mantener tu privacidad y es prácticamente imposible, ¿tú cómo lo asumirías?

—Pero ese es uno de los precios que hay que pagar cuando se tiene tanto poder y dinero, ¿no?

—Sí. Es un altísimo precio. Y no te queda más remedio que asumirlo. Pero, Astrid, de veras, que mi vida es la misma que la de cualquier otro ciudadano, pero adornada por cosas materiales de gran valor.

—Eso me lleva de nuevo a lo de antes. Es que la gente normal no tiene la capacidad de alquilar una isla para sus vacaciones. Por eso mismo les llama la atención.

—Cada uno a su nivel, pero todos hacemos lo mismo. Tú quizá no puedas alquilar una isla. Pero te vas al Caribe diez días a un hotel precioso y con todas las comodidades. Aunque con eso no suscitas el interés suficiente como para que te persigan cientos de periodistas para arruinar lo que va a ser tu momento de paz con los que a ti te apetece, ¿no? Es un poco injusto. Pero, al final, lo asumes y también aprendes a convivir con ello.

—Sí. Visto desde ese punto, puede ser así. —Cambió de hoja y continuó con las preguntas —: ¿Y Jack y Mady? ¿Son ellos su familia actual?

Me alegraba de que mencionase a esas dos personas tan importantes en mi vida.

—Sí. Ellos son más que mi familia.

—Pero trabajaban para tus padres.

—Sí, claro. Pero cuando sucedió la tragedia, asumieron el rol de tutores. Han hecho un papel digno de admirar. Y, al final, te das cuenta de que la familia también la puede escoger uno.

—Ellos asimismo sufrieron un duro golpe, ¿no?

—Muy duro. Todos lo sufrimos. Ellos perdieron a su hija y yo a una hermana.

Recordar la muerte de Andrea fue impactante. Porque no somos conscientes de lo que duelen las cosas hasta que alguien aparece para revivirlas.

—Y, cambiando de tema, ¿cómo llevas asumir un puesto de tanta responsabilidad siendo tan joven?

—Para ser exactos, yo solo echo una mano. Todavía no me veo con la capacidad de asumir nada dentro de algo de tal magnitud y tan complicado. Para ello hay un gran equipo humano que se encarga de que todo siga el camino correcto. Mi padre tuvo mucha suerte al encontrar un personal como el que forma la empresa. Todos y cada uno de ellos aportan un granito que hace que todo esto sea posible.

—¿Con «todo esto» te refieres a este sitio donde nos encontramos? Porque nunca había estado en un lugar con estas vistas tan espectaculares.

—Con «todo esto» me refiero a todo en general. La compañía entera. Esto no es más que

parte del decorado. Pero sí. Soy muy afortunado al poder disfrutar todos los días de este maravilloso espectáculo.

—Este era el despacho de tu padre, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y sigue todo igual?

—Exactamente igual. Es reconstituyente volver todos los días aquí. Él siempre permanecerá entre estas cuatro paredes.

—Le echas mucho de menos, ¿verdad?

—Más de lo que te pudiera explicar.

Y ese día, como todos los demás, allí estaba. El espíritu del señor Sotomayor jamás se apagaría.

—Tiene que ser muy complicado… Y, hablemos un poco de ella. ¿Cómo es esa mujer que ha sido capaz de conquistar el corazón más preciado de América?

Ese tipo de afirmaciones me generaban cierta animadversión. Yo no me consideraba como tal y no me gustaba que se tuviera esa imagen de mí. Sabía que el dinero es un gran atractivo, pero de ahí a que todo el mundo quisiera tener una relación conmigo había una enorme diferencia.

—Más preciado tampoco, Astrid. Como antes he dicho, soy un chico como cualquier otro. Con mil manías y defectos como todos los demás. Me resulta exagerado que se me otorgue una responsabilidad como la que acabas de afirmar.

—Bueno, pero es que, en el fondo, es así. Creo que a cualquier mujer que se precie, le causarías cierto interés.

—¿Por lo que soy yo? ¿O por mi fortuna?

—Por el conjunto, señor Sotomayor. —Y me miró fijamente a los ojos con una expresión difícil de descifrar, ¿estaba flirteando la joven periodista?—. Bueno, todavía no me has contestado. ¿Cómo es ella?

—Ella es todo —dije, y volvió a hacerse un silencio pero esta vez con nombre y apellidos—. Carmen ha llegado en el mejor momento de mi vida. Es una mujer increíble, pero lo mejor de todo es lo que me hace ser estando a su lado. Sin querer, su grandeza es contagiosa.

—Se te ve muy enamorado, qué bueno. Pero ¿crees que el amor dura para siempre?

Era la primera pregunta trascendental que me hacía. Pensando un momento, respondí:

—Para eso que me has preguntado, solo se me ocurre responder con otra cuestión: ¿hay algo que sea eterno? Nada dura para siempre. Pero el tiempo que permanezca debemos saber aprovecharlo al máximo. Y con esto no digo que lo que siento hacia ella tenga fecha de caducidad, porque no me gustaría que así fuera. Pero partiendo de la base de que ninguno seremos para siempre, el amor tampoco puede serlo.

Ella también meditó mi respuesta. Esta vez no esquivaba mis ojos como había hecho hasta entonces.

—Tienes toda la razón, Kilian. Pero una afirmación así resulta bastante dura de asimilar. Yo sí quiero creer que haya alguien que sea para siempre.

—Tú y todos, Astrid. Pero debemos ser consecuentes y vivir con los pies en la tierra. Lo único que pido es que esto que me está sucediendo dure el mayor tiempo posible. Porque querer con tanta intensidad es la sensación más bonita que una persona puede llegar a experimentar.

La entrevista se alargó durante un buen rato. Hablamos de mil aspectos de mi vida y, para mi sorpresa, no me sentí incómodo en ningún momento. La intrépida cronista tenía una extraordinaria capacidad para hacer que me sintiera a gusto durante el interrogatorio. Y eso hizo que me diera cuenta de que aquella joven con espíritu luchador, algún día, sería alguien muy

importante en el mundo de los medios de comunicación. Todos sabemos cuándo una persona está destinada para ser algo en concreto. Astrid, con total certeza, había nacido para vivir eso que había elegido.

—Pues, muchísimas gracias, señor Sotomayor. Ha sido un auténtico placer. Ni por asomo me esperaba que fuera así. Como bien has dicho antes, nos creamos una imagen de los demás por lo que se cuenta de ellos. Y contigo puedo asegurar que todos están muy equivocados. Tiene un precioso corazón escondido ahí dentro. Muchas gracias, Kilian.

Aquel colofón a la entrevista me pareció lo más bonito que alguien había dicho sobre mí. Me parecía increíble el don que tenía esa mujer para desentrañar el interior de cada uno en tan poco tiempo. Prácticamente no nos conocíamos y supo hacer un resumen con las palabras que yo hubiera elegido para definirme.

—Gracias a ti, Astrid. Y quiero decirle a todos los que lean esta entrevista que este país tiene la suerte de tener grandes profesionales como tú. Un placer, señorita Newman.

Y volvió a presionar el botón de la grabadora pero, esta vez, para dar por finalizado ese inesperado y alentador encuentro. Fue un gran acierto conceder a esa mujer luchadora mi primera aparición en público. Porque sabía que por mucho que la presionasen, iba a sacar mi aspecto más humano. A veces es necesario afrontar tus miedos y plantarles cara. Y ese era uno de mis fantasmas más temidos: el mostrarme a los demás. Gracias a la insistencia y la audacia de esa chica, conseguí superar una barrera que yo mismo me había impuesto y no me dejaba continuar.

20

El día con Claudia supuso un antes y un después. Mi pasado ya no pesaba tanto y resurgieron las ganas de continuar con ese nuevo recorrido. Porque, si lo pensamos bien, la vida se trata de eso: vivencias que nos hacen crecer como seres humanos. En ocasiones, nos equivocamos. Pensamos que fue un error meternos en según qué líos y que no deberíamos haber caído en eso que te hizo algún daño, pero erramos al verlo de esa forma. Todos los fallos son parte del largo trayecto que llamamos vida. Y eso es lo que nos hace ser conscientes de lo que queremos y lo que no. Sin errores, nadie sabría con certeza qué es lo que desea.

Claudia apareció para darme una lección que me valdría para siempre. Confiar en la gente es necesario. Porque uno no es consciente de qué se esconderá tras unos ojos hasta que no les deja expresarse. Seguro que no todas las miradas tendrán el mismo efecto, pero, de repente, aparece una que te enseña tanto que no puedes obviarla como si tal cosa.

Nos hicimos muy amigos. Lo que sucedió en la playa no fue más que la atracción de dos personas que se buscan. Pero nunca volvió a repetirse. Me sorprendía la naturalidad con la que hablaba y describía las relaciones humanas. Cuando dije que tenía algo que le hacía parecer un alma libre, no me equivoqué en absoluto. Ella era libertad en su perfecta esencia.

Si su trabajo se lo permitía, quedábamos con frecuencia. Conseguí, por fin, desvelar todos mis secretos a alguien al otro lado del océano. Hablar de mi vida anterior fue esa tirita que necesitas para que la herida no te duela cuando vuelves a sentir el contacto con la realidad. Pero lo mejor de ella era cómo me escuchaba. Con el corazón abierto y una mirada que me decía: puedes confiar en mí. Le conté mis comienzos en un mundo en el que el dinero y la posición social podían con todo. Y cómo eso fue determinante para hacerme escapar del sitio que me vio crecer. Sin juzgarme, ni dejarse llevar por eso que un día tuve y que, para los ojos de los demás, quizá no supe aprovechar.

También me empezaron a ir mejor las cosas. Sevilla volvió a recuperar el colorido y la ilusión de cuando llegué. Además ya tenía un sueldo digno con el que me podía permitir algunos caprichos. Lo primero que hice fue cambiar de domicilio. Mi habitación era demasiado siniestra como para poder ver la vida con un toque de felicidad.

Manuel, por aquel entonces, vivía con una amiga suya. Pero, gracias al destino, ella decidió irse a estudiar fuera, por lo que dejó una habitación libre. Cuando me dijo si quería compartir piso con él, no lo dudé un instante. Ese paso también me ayudó mucho a ir reconstruyendo mi vida. Aunque el andaluz saleroso era un auténtico desastre. Me convertí en fiel amigo, chacha y despertador por el módico precio de quinientos euros al mes. Pero todo eso lo compensaba el reír constante por las tonterías que no paraba de hacer aquel nuevo compañero. Nunca conocí a alguien con tanto arte y tan payaso. No obstante reconozco que había algo que me crispaba: ese hogar no era una simple casa, no. Era un auténtico motel de carretera. No había día que no tuviéramos visita de alguna muchachita incrédula que intentaba acaparar la atención del donjuán del sur. Si bien a todas me las presentaba como si fueran las más especiales del mundo. Todo un caballero sin ningún tipo de vergüenza.

—¡*Illo*! ¿Se han *acabao* los *cereables*?

Y comilón como él solo. Llenábamos la nevera y en un par de días, o tres, volvía a hacer eco al abrirla.

—Tú sabrás, que eres el que te los comes.

—*Mare* mía, de *mi arma*. ¿Yo qué me voy a comer?

Así nos pasábamos todo el día. Pero la verdad, y aunque no parase de regañarle, es que me

hacía bastante feliz tenerle al lado.

—¡Oye! Hemos quedado esta tarde con unas pijitas de Nervión, ¿te hace?

Siempre intentaba hacerme partícipe de sus planes descabellados. Aunque, en el fondo, creo que me utilizaba como señuelo para atraer a jóvenes indefensas a la madriguera. Él decía que ser de Nueva York tenía un punto a mi favor y que eso generaba cierta expectación a las chicas con las que quedaba. Por regla general, no aceptaba dichas invitaciones, pero ese día, aburrido como una ostra y sin nada que hacer, decidí acompañarle.

Nos juntamos un buen grupo de gamberros. Santi, otro compañero de la discoteca y también muy saleroso. Marcos, un amigo de Manuel que, según tenía entendido, no le hacía falta trabajar porque su familia iba bien de dinero. Mi compañero desastre y yo. Cuatro chicos con un aspecto en común: intentar disfrutar del buen tiempo de la capital andaluza con la siempre grata compañía de unas cuantas inocentes señoritas. El plan a seguir sería el habitual: una terraza a la que íbamos asiduamente, unas cuantas cervezas y chistes y bromas hasta intentar que picasen el anzuelo las criaturas indefensas. Yo no iba con ese fin, pero me hacía muchísima gracia ver cómo desplegaban su plumaje aquellos tres pavos reales para atraer la atención de la nueva compañía.

—Venga, vale, ¿a qué hora hemos quedado?

—Ya, o sea que ve vistiéndote.

Eran las seis de la tarde. El verano a esas horas era muy difícil de llevar. No sabía qué tenía aquella ciudad, pero hacía un calor seco insoportable. Aun así, para el grupo de lobos, las inclemencias meteorológicas eran lo de menos. Si había carne fresca, aunque las ranas tuvieran que ir con cantimplora, ellos salían de caza.

Antes de partir, me di una ducha rápida y me puse unos vaqueros, zapatillas y una camiseta ancha y cómoda.

El sol había hecho mella en mi piel. Y me gustaba ese tono tostado que te da exponerte a sus intensos rayos. Nunca había estado tan moreno en mi vida. Otra de las cosas que también solíamos hacer era ir a la piscina de cualquiera. Manuel tenía tanta cara que él solito se invitaba y, cómo no, a su compañero de fatigas.

Marcos tenía un deportivo blanco bastante bonito. Un Audi A5 con cuatro enormes ruedas y un interior de cuero negro precioso. No era de altísima gama, pero llamaba la atención y lograba su cometido: atraer a las jóvenes. Era un poco más bajo que yo, tenía el pelo muy corto y los ojos marrón oscuro. No era el chico más guapo del mundo pero tampoco se le podía considerar feo. Podríamos encasillarle en el grupo de los normales. Pero su arma fuerte, y que a mí me causaba bastante rechazo, era intentar demostrar constantemente el alto nivel adquisitivo de su familia. Creo que quería utilizarlo como reclamo sexual.

Santi, sin embargo, no tenía ni un duro y, además, tampoco lo ocultaba. Vestía como un vagabundo, siempre llevaba una media melena muy descuidada y no hacía nada por intentar agradar al sexo opuesto. Pero, eso sí, él pertenecía al grupo de los guapos. Porque tenía unos ojos azules infinitos, cara de muñeco y un físico cincelado como cualquier escultura griega.

Llegamos al punto de encuentro pasados diez minutos. La impuntualidad me crispaba, pero, poco a poco, me iba acostumbrando a ella. En el sur de España la gente se toma con mucha calma lo de vivir. Pero, aun así, ellas todavía no habían llegado. Para esperar, pidieron unos botellines de cerveza, y yo, como siempre, una coca-cola bien fría. Mientras bebíamos iban ideando un plan de ataque. Se repartían el botín como si fueran piratas que están a punto de asaltar una embarcación enemiga.

—Mira, *picha*. Ya están ahí —dijo Manuel, para que nos diéramos cuenta de que nuestra cita

se estaba aproximando. Como me pillaba de espaldas, me giré sobre la silla alertado por el comentario.

—Madre mía, ¡cómo está la del sombrerito!

Y cuando mis ojos consiguieron enfocar, sentí ese fuerte golpe que sabía que algún día me tocaría afrontar. Entre ellas se encontraba Cristina. Llevaba unos vaqueros, zapatillas de deporte, una camiseta ancha Nike y una gorra a juego. Parecía una quinceañera recién salida del instituto. Inevitablemente, nuestras miradas coincidieron y percibí en su rostro una mueca de disgusto.

—Buenas tardes, señoritas.

Mi compañero se levantó para recibirlas y darles los dos besos correspondientes. Los demás del grupo hicieron la misma operación. Pero yo no pude. Me quedé tan cortado que parecían haberme clavado al asiento.

—¿Qué queréis tomar? —les preguntó Manuel.

Mientras, los otros dos chicos unieron una mesa contigua con unas cuantas sillas metálicas.

Mi falta de educación les obligó a acercarse hasta a mí para saludarme simplemente por cortesía. Pero ella no lo hizo. Escogió el lugar más lejano de donde yo me encontraba. Podría decir que la primera toma de contacto fue un auténtico fracaso.

Durante el tiempo que estuvimos allí charlando no cruzó ni una maldita mirada. Se limitó a ignorarme como si fuera el mismísimo hombre invisible. Me daba la sensación de que mi comportamiento, la última vez que nos vimos, no le había sentado nada bien. Pero con el resto de los chicos, su forma de actuar fue normal e incluso agradable. Aunque no fui invisible solo para ella, el resto de chicas me ignoraron como si mi silla estuviera vacía. Creo que ya sabían lo sucedido entre nosotros.

—¿Vamos a tomar unas tapitas a El Rocío?

Como era habitual, terminaríamos en el mismo bar de siempre. Eran gente de costumbres y, cuando algo les hacía sentir a gusto, era imposible sacarles de ahí.

Las chicas aceptaron y pusimos rumbo hacia donde había sugerido Manuel. Pero yo no me sentía nada cómodo, o sea que en cuanto las chicas fueron por su coche, decidí irme a casa. Me hubiera gustado hablar con ella y pedirle disculpas. Pero no vi el momento, ni las circunstancias eran las idóneas como para sincerarme. No era el sitio.

—Pero ¡qué dices! Pero ¿tú has visto cómo están las muchachas?

Intentaron convencerme, pero ya había tomado la decisión de darme un paseo hasta el apartamento. La soledad volvió a hablarme mientras caminaba sin rumbo. Llevaba bastante tiempo entre aquellas calles pero todavía no las conocía como para moverme con libertad. Aunque eso no era importante. En ese instante sentí la necesidad de estar un rato conmigo para darle vueltas a eso que me llevó a una situación tan incómoda.

¿Cristina me gustaba? ¿Hacía que se me removiera algo dentro? No lo tenía muy claro, pero de lo que sí estaba seguro es de que cuando la vi un fuerte pinchazo me alertó de que se acercaba. Y eso no es normal. Y tampoco creo que estuviera motivado por cómo terminó nuestra última cita. Esa chica tenía algo muy especial. Tenía una preciosa mirada y parecía ser una fuente inagotable de alegría, algo que es digno de tener cerca y no dejar que se escape. Porque cuando tenemos la suerte de cruzarnos con seres de esa índole, no podemos ser tan idiotas de permitir que se vayan.

Para: Cristina
Deberías darme una oportunidad. Hay veces que somos tan idiotas que no actuamos con el corazón. Nos dejamos guiar por los miedos y ellos pueden con lo que sientes. Aunque no fue cómodo para ninguno de los dos, me gustó verte.
Un beso enorme, Cristina.
20.38

Y ese sentimiento sin descifrar fue el que escribió el mensaje. Y el que pulsó el botón de enviar. ¿Contestaría? Quizá no lo hice con esa intención. Simplemente lo hice. Porque hay cosas que se hacen sin esperar nada. Y yo tenía la necesidad de que supiera lo que sentí al verla. Aunque no encuentres respuesta, tu corazón te agradecerá, tarde o temprano, que seas sincero con él.

Después de un largo trayecto, di con mi casa. Yo solito y sin preguntar. Seguramente no escogí el camino más corto, pero el resultado fue el mismo. Al entrar en el piso, sonó el teléfono. Y a mí me dio un vuelco el alma.

> De: Cristina
> Ya te dije que eso deberías haberlo pensado antes de quedar. En mi vida me habían hecho sentir tan ridícula.
> 21.26

Tenía más razón que un santo. Y seguía en sus trece. Pero contestar abría una pequeña puerta a la esperanza.

> Para: Cristina
> Y te pediría perdón mil veces si hiciera falta. Pero quizá, si me das la oportunidad, puedas llegar a entenderlo. Piénsalo, por favor.
> 21.29

Nunca me había rebajado por nadie. Era inusual en mí ese comportamiento, pero así me salió. No puede herirse a alguien por culpa de tu propia indecisión. Y si tenía la oportunidad de enmendarlo pondría todo de mi parte. Quizá no consiguiese el resultado esperado, aunque realmente no sabía qué quería obtener con disculparme, pero poner tiritas en corazones ajenos, al final, hace que el tuyo lata con tranquilidad.

> De: Cristina
> No, no creo que pueda llegar a entenderlo. Pero, aun así, acepto tus disculpas. Ya nos veremos algún día…
> 00.36

Y su respuesta tardó en llegar unas horas. Aunque quizá tampoco la esperaba. Ya metido en la cama, mientras veía programas absurdos en un pequeño televisor que había adquirido de segunda mano, intenté hacerme el fuerte y dejar ahí la conversación. Ella estaba muy negativa y mediante mensajes no iba a entrar en razón. Generalmente, es mejor dejar enfriar las cosas para luego verlas con una perspectiva más racional. El corazón actúa mediante impulsos y eso nos lleva a tomar decisiones precipitadas.

Al día siguiente, me desperté con una sensación extraña. Volví a coger el teléfono y releí la conversación que tuve con Cristina. Había tenido un sueño tan real que la única manera de devolverme a la tierra era esa. No había estado con ella. Ni era tan feliz como ese sueño me advertía. Nada de lo que mi imaginación creó había sido cierto. Y ese móvil me bajó de una nube que había construido a base de ganas e ilusión.

La pequeña andaluza me gustaba. Me gustaba mucho más de lo que creía. Porque yo no me consideraba ese tipo de hombres que buscan sin tener claro si encontrarán. Y en esa chica había escondido mucho más de lo que podía imaginar. Lo sentía. Fue una corazonada.

—Buenos días, Manuel. ¿Qué tal anoche?

Me interesaba bien poco todo lo que tuviera que ver con lo sucedido. Pero necesitaba averiguar más de esa joven.

—Qué dices, *illo*. Bien, unas cañas y eso. Y *na*, al final, todos para casa muertos de hambre.

En el argot de mi compañero, eso quería decir que no obtuvieron el resultado esperado. Vamos, que no se comieron un colín. Las «pijitas» no fueron tan fáciles de cazar como el grupo de tramperos esperaban.

—O sea, que nada de nada. Jajajajajajaja.

Se acababa de despertar y todavía no se había lavado ni la cara. Llevaba un pantalón de pijama de esos de cuadros horribles y el torso al descubierto. Despeinado como si hubiera tenido

una batalla con la almohada y una cara de sueño que no podía con ella.

—Y tú, ¿de qué te ríes tanto? Encima de que nos dejaste tirados a mitad de la faena.

Se sentó a mi lado en un sillón que era de todo menos cómodo. Cuando lo eligieron, no se dieron cuenta de que el cuero y el verano en Sevilla no son compatibles. Cuando llevabas diez minutos tumbado en él, comenzabas a sudar como si llevaras dos horas corriendo por la calle.

—Oye, y una cosa. ¿Cuál es la chica que conoces del grupo?

—La flaca alta esa del sombrero. Pero a ti qué mosca te picó ayer. Anda, que pasaste de ellas como si no estuvieran. La próxima vez no te digo *na*.

Menos mal que la perspicacia no era su fuerte. Porque las que me ignoraron por completo fueron ellas.

—¿Y tú me puedes hacer un favor?

La única manera que tenía de investigar acerca de Cristina era él. Y aunque dudaba de su discreción, tenía que darle un voto de confianza si quería averiguar un poco más sobre su paradero y vida en general.

—¿Un favor? Venga, suelta.

Le conté todo lo que me había sucedido. Desde el primer día en el restaurante hasta el fatídico hecho del centro comercial. A lo mejor, debía haberle dejado unos minutos para desperezarse porque no sé si iba a poder procesar tanta información recién levantado.

—Entonces, ¿puedo confiar en ti?

Esa incógnita es la que siempre te ronda cuando pones en manos de otro algo que para ti es importante. Pero como no había otra forma, solo me quedaba cruzar los dedos.

—Claro, *illo*. Yo te hago las gestiones.

Con la misma eficacia que un espía ruso, a los pocos días, me dio toda la información necesaria para poder llevar a cabo el plan que me rondaba: hacerse el encontradizo nunca fallaba. Estando los dos solos, tendría muchas más posibilidades de poder hablar con ella sin agentes externos que pudieran turbar el cometido.

Cristina trabajaba como becaria en una consultoría bastante prestigiosa. Y, gracias a mi perspicaz cómplice, tenía la dirección y el horario. También me dio información sobre dónde vivía y de la familia a la que pertenecía. Cosa que ratificó mis suposiciones. El padre de la criatura era un abogado muy conocido, propietario de uno de los bufetes con más renombre de la ciudad. De ahí imagino que vendría ese talante altivo que demostró cuando ella nos presentó. Como todo buen patriarca, no le haría ninguna gracia que la que parecía la mayor de sus hijas tuviera un idilio con un simple camarero.

Al día siguiente, con esa impaciencia característica, decidí apostarme por las inmediaciones de su oficina. Tenía el maldito defecto de que cuando quería algo, lo quería para ya.

Eran las dos de la tarde. Hacía todo el calor que puede hacer un verano en el sur de España. Pero aun así allí me encontraba, libro en mano, sentado en un banco de piedra justo frente al portal por donde debía salir a la hora prevista. Tenía una perspectiva perfecta para cerciorarme de todos sus movimientos.

Haciendo que leía, vigilaba sigilosamente que no se me escapase detalle alguno, ni ninguna persona que pudiera salir o entrar en el edificio. ¿Me sentía un poco ridículo? Pues sí. Pero no había otra forma de conseguir que me diera una oportunidad.

A los diez minutos aproximadamente de estar en el puesto de guardia, salió. Lucía un sol radiante, que se reflejaba en su cabello haciendo que se viera mucho más dorado. Hay veces que las princesas se visten de calle para pasar desapercibidas. Pero algunos tenemos el inmenso placer de darnos cuenta. Estaba preciosa. Llevaba una falda blanca hasta las rodillas y una

camisa azul celeste. Unas sandalias que dejaban sus pies a la vista y una pequeña mochila de cuero marrón. Nada más verla, sentí con fuerza.

Sin pensarlo un segundo, me levanté y fui hacia ella intentando interceptar su trayectoria. No quería parecer tan descarado y prefería simular un encuentro fortuito. A paso ligero, conseguí acercarme lo suficiente como para que pudiera percibir que alguien le rondaba. Por suerte, se despidió de una compañera y prosiguió su camino en solitario. Las condiciones eran ideales para que el plan surtiera efecto.

Mientras esperábamos a que se pusiera un semáforo en verde, se giró y nuestras miradas se encontraron.

—E, ¿qué tal? ¿Qué haces por aquí?

Se me daba fatal actuar, pero ese día debía sacar unas dotes ocultas para interpretar el papel de mi vida.

—Kilian, por favor. Te he visto sentado enfrente del portal nada más salir.

Con cara de «no me cuentes películas», se quedó parada a unos pasos de mí. El semáforo se había puesto en verde y los viandantes pasaban entre nosotros. No os podéis imaginar la vergüenza que sentí y el silencio tan incómodo que se instaló entre nosotros. Estábamos en plena calle, en una de las más céntricas de Sevilla, pero a mí me parecía estar en un lugar en el que no existíamos más que ella y yo.

—¿Podemos hablar un segundo?

Abrumado por la situación, lo único que me quedaba era rendirme ante tan comprometida situación. Ese plan que creía infalible acababa de arruinarse por la perspicacia de una chica que era mucho más hábil de lo que pensaba.

—¿Hablar? ¿En serio crees que estas son maneras?

Y encima no me lo ponía nada fácil. Ni siquiera con mi cara de pobrecito y aleteando las pestañas en señal de sumisión.

—Ya, joder. Perdón. Pero es que no veía otra manera de que me escuchases.

—O sea que te presentas en la puerta de mi trabajo, haces como si nos hubiéramos encontrado y tienes la poca vergüenza de pedirme que te escuche. Ridículo, ¿no?

Su comportamiento era el de alguien con demasiado resquemor. Además, no creía que hubiera sido tan grave como para recibir un trato tan despectivo. Pero lo peor de todo fue el gesto de desprecio mientras reprendía mi manera de actuar.

—¿Te parece ridículo que quiera pedirte disculpas? Cristina, casi no nos conocemos. Pero te aseguro que esto para mí no tiene nada de ridículo.

Con la cabeza gacha y entristecido por ese trato tan altivo, opté por poner fin a la conversación. Antes de que prosiguiera, me di media vuelta para volver por donde había venido.

—Kilian. Un segundo. —Al notar que su tono de voz había cambiado, me giré—. Ven —me pidió con la mano que me acercase. Ya había dado unos cuantos pasos y nos encontrábamos a cierta distancia.

Apesadumbrado por la incómoda situación, fui hasta ella pero con cierta desconfianza.

—No puedes venir así como si nada, Kilian. No te puedes presentar aquí de imprevisto. Eso no está bien.

Y aunque continuaba con la reprimenda, el semblante le cambió y su voz se percibía muy distinta. Ya no notaba el rechazo del principio.

—Ya. Pero, entiéndeme, no veo otra manera que esta. Y te juro que siento mucho lo que pasó el otro día. De verdad.

La comisura de sus labios se arqueó en dirección opuesta. Ya no tenía esa cara de mala leche

que me mostró nada más acercarme.

—Te dije que ya nos veríamos, ¿no? Por lo que veo eres bastante cabezota. Por cierto, ¿qué prefieres? ¿Que te llame Kilian o Carlos?

Esa última pregunta fue un claro indicativo de que ya no estaba tan enfadada. Y parecía que había posibilidad de volver a abrir la puerta que yo mismo fui tan idiota de cerrar a cal y canto.

—Kilian.

Con una medio sonrisa intenté recomponer el buen entendimiento que un día hubo entre nosotros. Quería que volviera aquella chica que lo veía todo con alegría.

—Bueno, pues soy toda oídos.

No entendía muy bien la jerga española, pero eso me dijo que esperaba el porqué de tan repentina huida.

—¿Aquí?

Estábamos en mitad de la nada. En una calle repleta de gente, tráfico y, sobre todo, mucho ruido.

—¿No querías explicarme el motivo?

—Sí. Pero ¿me dejas invitarte a un café?

Me indicó un bar próximo al lugar en el que estábamos. Fuimos todo el trayecto uno junto al otro, aunque sin pronunciar palabra. Pero la tensión que se mascaba hacía un momento entre los dos había desaparecido. Entramos en una cafetería donde, según dijo, solía desayunar todas las mañanas. Era un local bastante grande con mesas para sentarse. Sin preguntar a nadie, escogimos una que había libre y, rápidamente, se acercó un camarero con gesto bonachón para atendernos.

—¿Qué quieren tomar?

—Yo quiero una Fanta.

—A mí ponme una coca-cola, por favor.

—A ver… —recapacité unos segundos mientras me pasaba los dedos por el pelo—, el otro día fue un desastre. Y, en realidad, no sé bien por qué tuve esa reacción. Cristina, después de tanto tiempo sin sentir nada por alguien, quizá me da miedo volver a vivir lo que pasé.

—¿Y qué te pasó?

Ella me escuchaba con atención. Y yo intentaba parecer que no estaba nervioso. Nunca fui muy bueno dando explicaciones respecto de mis sentimientos.

—Hace algún tiempo, en donde vivía, conocí a una mujer que fue todo para mí. Tuve la relación más bonita del mundo, pero el final fue demasiado traumático.

—¿Demasiado traumático? No entiendo.

Y ahora es cuando debía abrir la caja de los recuerdos que dolían. Pero no me quedaba más remedio que contárselo porque no había otra forma de justificar lo que sucedió.

—Sí. La chica se llamaba Carmen. Era mi novia. Todo apuntaba a que íbamos a estar juntos para siempre. Incluso tuve la suerte de poder pedirle matrimonio y que aceptase. Pero la vida decidió arruinarlo todo.

El camarero nos interrumpió para servir las bebidas que minutos antes habíamos pedido. Esos segundos me vinieron bien para tomar aire y tranquilizarme un poco.

—Pero yo ¿qué tengo que ver en todo eso?

—Nada. Pero, déjame que siga. —Después de darle un trago al refresco, continué—: Éramos tan felices que no imaginaba pasar un día sin ella. Hicimos de dos vidas una. Y sentí la fuerza del amor con tanta intensidad que no podía imaginar que eso pudiera terminarse. Pero, como siempre, todo tiene un principio y un final.

—Bueno, ¿me quieres contar de una vez qué pasó?

Hablar de ello me costaba muchísimo. Sentía que se me partía algo dentro y renacía un dolor que un día fue insoportable.

—Sí. Pues que la vida me separó de eso que tanto quería.

—Jolín, Kilian. Pero ¡el qué!

Y entonces comencé a contarle lo que viví en uno de los peores días de mi vida.

—Me levanté una mañana…

21

—Señor Sotomayor, buenos días.

—Hola, Astrid.

Todavía seguía comportándose con distancia y respeto.

—Ya está lista la entrevista para que le eches un vistazo y nos des el consentimiento.

—Perfecto, pásamela por correo y hoy mismo te doy una respuesta.

Desde que mantuvimos aquella amena charla, no habíamos vuelto a tener contacto. Pasaron un par de semanas en lo que imagino fue el proceso de edición. Estaba contento por cómo había transcurrido y sabía que había acertado al conceder la entrevista a una mujer a la que le apasionaba su trabajo.

Guardé en riguroso secreto todo lo que tenía que ver con el tema. Ni siquiera Carmen tuvo conocimiento de que pronto vería reflejada nuestra relación en las páginas de una de las revistas más cotizadas del mundo. Y me hacía mucha ilusión dar una sorpresa a todos aquellos que formaban parte de mi vida y habían hecho posible que un chico con miedo a sufrir recuperase la ilusión y las ganas.

A los pocos minutos de colgar el teléfono, vi una notificación en el ordenador de mesa del despacho, en la bandeja de entrada del correo electrónico. Me puse cómodo para leer el resultado final de algo que me tenía un poco intranquilo.

Antes de comenzar, observé la foto de mis padres situada en un lateral de mi mesa. Seguro que estarían muy orgullosos de mí. Y mi padre, desde ese lugar donde acogen a las personas de buen corazón, estaría pendiente de todos mis pasos. Porque siempre creí que alguien nos cuida desde ahí arriba. Dos ángeles que se marcharon para permanecer siempre a mi lado y quedarse muy muy cerca.

Y ahora me encontraba en su puesto. Donde pasaba la mayor parte del tiempo. Entonces sientes que te toca hacer justicia y llevar a cabo todo eso que aquel buen hombre soñó y logró a base de esfuerzo y constancia.

De: Astrid Newman
Para: Kilian Sotomayor

Entrevista del señor Sotomayor para la revista *Times*

Como acordamos, a continuación, te dejo todo detallado según se publicará en el número del mes que viene. Las fotos y titulares te las mandaré en PDF para que puedas ver exactamente cómo quedarán cuando se impriman. Espero tu respuesta.

Muchas gracias por todo.

EL JOVEN MÁS INFLUYENTE DE 2016. KILIAN SOTOMAYOR

Quizá uno no es consciente de lo que representa hasta que no lo ve escrito en una pantalla. Aquel titular me dejó bastante impactado. ¿El joven más influyente de 2016? Nunca puedes hacerte una idea de hasta dónde puede ascender el poder del dinero. Pero, como bien dijo Markus el día que me otorgó las riendas de mi vida, el legado de mi familia superaba con creces lo que podía llegar a imaginar. Aun así, después de haber pasado un tiempo prudencial, seguía sin ser consecuente con lo que poseía.

Muchas veces había leído cosas sobre mí. Habladurías y conjeturas que no eran más que suposiciones de gente que cree tener la capacidad de adivinar la vida de los demás. Pero eso que seguía al titular eran mis pensamientos y esa peculiar forma de entender el mundo en general. Bueno, el mundo, no. Mi mundo.

He escalado hasta la cima de una de las sedes empresariales más importantes del mundo. Ilusionada como una joven quinceañera, sin saber que el personaje público más deseado por todos los medios de comunicación estaba a punto de concederme el privilegio de mostrar su cara más humana al mundo por primera vez.

Antes de comenzar a contaros lo que viví durante esa intensa charla, en lo que parecía ser un par de amigos

dialogando sobre la vida, os diré que el lugar desde donde ese joven observa el pasar de los días es el sitio más impactante en el que jamás he estado. Su despacho parece estar por encima de cualquier adversidad y problema. Se encuentra en la última planta del inmenso rascacielos que ostenta el apellido de su familia. Solo con mirar por esas enormes cristaleras te das cuenta del poder que alberga un chico de ojos verdes que observa a los demás con ansia de descubrir. Podría asegurar que alguien con esa forma de actuar y comportamiento está predestinado para ser eso que ha heredado. Kilian es todo un caballero.

El señor Sotomayor se mostró en todo momento educado y muy cordial. Me hizo sentir cómoda desde que cruzamos las primeras palabras. Podría definirle como un joven intuitivo, despierto, agradable, misterioso, autoritario e inteligentísimo. Ese sería un breve resumen de lo que pude ver reflejado en su mirada durante el tiempo que permanecimos charlando. También puedo destacar el trato humano que da a los demás sin apenas conocerlos. Iba con una imagen muy distinta sobre él, lo que hizo que su comportamiento me sorprendiera mucho más.

Reconozco que, al principio, los nervios no me dejaban pensar con claridad. Pero gracias al buen ambiente y la predisposición del entrevistado, todo fue mucho más sencillo y conseguí normalizar la situación sin que se me notase que mis manos no eran capaces de sujetar un simple bolígrafo. Él tiene eso. Un don o una capacidad innata de desestabilizarte con tan solo una mirada. Sus ojos desvelan la posición y el poder de alguien que tiene como cometido ser un grande entre los grandes.

El comienzo me ruborizó. Demasiados halagos reunidos en un pequeño párrafo. Pero me sentí muy orgulloso de haber dado esa primera imagen a alguien totalmente desconocido.

A partir de ahora, podréis leer las palabras exactas que respondió sobre aspectos de su vida que jamás fueron contados en primera persona. Es un placer poder presentarles al hombre elegido como «joven más influyente del año» en su faceta más humana.

Astrid Newman.

—¿Cómo es Kilian Sotomayor?

De ahí en adelante, pude leer mi vida tal y como yo se la había descrito. No cambió ni una sola coma a mis respuestas, cosa que me alegró. Vi en ese texto una oportunidad esperanzadora para dar una imagen real a todo aquel que alguna vez se hubiera visto interesado por la vida de aquel niño huérfano.

Pero lo que más me gustó fue esa maravillosa capacidad de representar mis sentimientos mediante palabras. Las preguntas más personales fueron descritas con tanta claridad que seguramente los que las leyesen iban a poder revivir el momento, como si hubieran sido ellos los que me estaban haciendo la entrevista.

—¿Es cierto que has encontrado el amor?

Al hacerle esa pregunta, su gesto cambió y los ojos se le iluminaron. Es imposible ocultar el amor cuando uno lo debe sentir con tanta fuerza.

—Sí, estás en lo cierto. Después de tantas mujeres que me han atribuido, puedo decir que, por fin, han acertado con una.

Según iba leyendo, más me iba gustando. Esa mujer no era una periodista corriente. Parecía ser una experimentada novelista que contaba con pelos y señales todo lo que vivió en mi despacho.

En cuanto terminé, ilusionado cual niño chico, pedí a mi secretaria que me pusiera en contacto con ella. No había pasado más de media hora desde que recibí su correo.

—Señor, le paso a la señorita Newman por la uno.

—Muchas gracias.

—¿Astrid?

—¡Qué rapidez, señor Sotomayor!

—Sí. Me puse con ella según la recibí.

—¿Y bien?

—Me parece perfecta. Yo no hubiera sido capaz de expresar mis propias palabras con tanta claridad como tú hiciste. Te doy mi más sincera enhorabuena.

Y así era. Todo el reportaje fue de diez. No había nada distorsionado aunque fuese bajo la perspectiva de otra persona. Se había limitado a redactar fielmente mi declaración, explicando pregunta por pregunta mis estados de ánimo, mis gestos, mi forma de expresarme, el ambiente que había vivido… una preciosa conjunción que dio lugar a un corto resumen de los aspectos

más importantes para mí.

—No sabes cuánto me alegro. Pues ahora mismo hablo con el director y le digo que pueden empezar con todos los preparativos. Kilian, no sé cómo podré agradecerte alguna vez en mi vida esta oportunidad que me has dado, pero si necesitases cualquier cosa, no dudes en hacérmelo saber. ¡Muchísimas gracias!

Su voz reflejaba ilusión y entusiasmo. Aunque, en el fondo, el favor había sido mutuo. Yo le iba a dar la oportunidad de dar un saltito en su carrera como periodista y ella iba a mostrar al mundo lo que siempre quise reflejar.

—De nada, Astrid. Ha sido un auténtico placer. Gracias a ti por esa preciosa manera de entender a las personas.

—¡Por cierto! ¿Has visto las fotos, el encabezado y todo lo demás? —me preguntó antes de despedirnos.

Me había dejado llevar tan solo por esas emocionantes letras y no me acordé de revisar el documento adjunto que me había enviado.

El día después de la entrevista, la editorial mandó a un par de fotógrafos para realizar unas instantáneas para la portada e interior. Sin pensarlo, el lugar donde quería salir inmortalizado fue ese donde papá también tenía su sitio.

—Huy, pues no. Pero, da igual. No te preocupes. Seguro que los fotógrafos han hecho bien su trabajo.

La imagen física era lo de menos. Cualquier persona que perdiera unos segundos de su tiempo en leer el contenido del reportaje tendría justo eso que yo quería ensalzar de mi persona. El envoltorio, en estos casos, no es importante si el interior es tan apetecible que, al final, te deja un buen sabor de boca.

Cuando terminamos, me recosté en el cómodo sillón satisfecho por vencer a ese fantasma que siempre me ganó todas las batallas. Ahora solo quedaba esperar el día estelar: la publicación.

—Señor Sotomayor, un tal Enrico Santillana al teléfono, director de la revista *Times*.

Esa misma tarde, todavía en la oficina entretenido entre papeles y obligaciones, recibí esa llamada que esperaba hacía tiempo. No era la primera vez que intentaban ponerse en contacto conmigo, imagino que motivados por el interés con respecto a alguna publicación futura, pero nunca había aceptado hablar con ellos. Sin embargo, en ese momento, era distinto y no me quedaba más remedio que atenderle con cordialidad.

—Buenas tardes, señor Santillana.

—¡Señor Sotomayor! Un gusto hablar con usted.

—Igualmente. Dígame, ¿en qué puedo servirle?

Era del tipo de personas que tenían el poder de la palabra. Algo que en el mundo en el que vivimos tiene la misma fuerza que todo un ejército. Ellos podían subirte a lo más alto o hacer que tu imagen se viese deteriorada de tal manera que ni tú mismo fueses capaz de reconocerte. De ahí ese miedo a exponerme. Nunca estás seguro del todo si sus publicaciones irán acorde con lo que quieres dar a entender.

Una vez oí decir que un periodista es aquel que tiene el valor de contar lo que los demás no se atreven. El que dice lo que todos quieren oír es, más bien, un relaciones públicas. Y eso se me quedó grabado a fuego. Aunque, en este caso, con Astrid había tenido la oportunidad de abrirme y desempolvar un sinfín de vivencias que tenía guardadas con recelo.

—Lo primero, agradecerle que nos otorgue el privilegio de publicar su primera aparición en un medio de comunicación. Hemos pensado organizar la entrega del galardón que le ha sido otorgado. Sé a ciencia cierta que nunca se prodiga en actos de esa índole, pero, tratándose de

algo de esta magnitud, sería un placer poder contar con usted en dicho acontecimiento.

Tuve que pensar la respuesta con la suficiente rapidez para que no se diera cuenta de que lo estaba haciendo. Odiaba esos despliegues de ostentación y nunca asistía a ese tipo de eventos. Pero tal vez era necesario acudir a este para que mis palabras se vieran acompañadas por una imagen más real y humana.

—Señor Santillana, como bien dice, no soy de prodigarme en ese tipo de actos, pero creo que es mi obligación acudir para demostrarle el agradecimiento por haberse portado con tanta sencillez y humanidad conmigo.

—Entonces, ¿acepta?

—Sí. Lo único que le ruego es que, en cuanto sepa la fecha, me la comuniquen para ver la disponibilidad en mi agenda.

—Perfecto, no se preocupe. Si no, nosotros nos amoldamos. Muchas gracias, de verdad.

La educación que mostró fue digna de admirar. Quizá, lo mismo que había sucedido conmigo, uno se crea una imagen distorsionada de las personas en función del puesto o la posición que ocupan en la vida. El director de aquella publicación había demostrado un saber estar excepcional.

Pasaron varias semanas desde aquella conversación. Ya me habían comunicado el día en cuestión, y yo di mi beneplácito para que se llevase a cabo en esa fecha. Aunque mantuve en estricto secreto el acontecimiento. Iba a ser una sorpresa para todos aquellos que consideraba parte de mi vida. Y, aunque suene paradójico, me sentía cohibido por el mero hecho de tener que aparecer en público para recibir el importante galardón. Si ellos me consideraban el joven más influyente del año, debido a su credibilidad y reconocimiento, el mundo entero lo haría. Pero ¿estaba preparado para un nombramiento de tal magnitud? Eso, sin lugar a duda, iba a ser por y para ellos.

—Cariño, este sábado no hagas planes que tenemos que ir a un sitio. Habla con Jack y Mady, que ellos vienen también.

Mi reina andaba metida en una nueva producción de cine y prácticamente no nos veíamos. Su carrera iba viento en popa y no paraban de llamarle para nuevos proyectos y posibles largometrajes. Pero ella, recelosa de pensar que el interés podía estar supeditado a nuestra relación, escogía muy mucho cualquier propuesta de gente desconocida. No llevaba bien que por nuestro *affaire* su fama hubiera incrementado notablemente.

—¿Y adónde se supone que vamos a ir? —preguntó, sorprendida por la cita inesperada y curiosa, como de costumbre. Y todavía más al enterarse de que Jack y Mady nos acompañarían.

—Es una sorpresa. Déjate de tantas preguntas.

Mientras se acicalaba para ir al trabajo, y al escuchar mi respuesta, volvió a mostrar esa cara que me recordaba por qué estaba tan enamorado. Cuando ponía los ojos en blanco y me miraba con el ceño fruncido me daban ganas de estrujarla como si fuera un muñeco de peluche.

Mientras desayunaba, Carmen ya se había marchado, Mady, también curiosa, me formuló la misma pregunta, pero con más sutileza.

—*Mijito*, me dijo la señorita que el sábado tenemos que ir a un sitio. Pero ¿no será una de esas fiestas en las que todos van bien engalanados?

—No, no te preocupes. Aunque no estaría de más que cogieses a ese cascarrabias y te lo llevases a comprar algo, porque ¡madre mía!

Ellos no salían casi de casa. Ni aun habiendo contratado personal nuevo para el servicio, seguían haciendo exactamente lo mismo que desde el primer día. Ella no paraba quieta un segundo haciendo las labores del hogar y Jack supervisando mi agenda, mi seguridad y mi vida

en general. No había valido de nada la charla que tuvimos. Incluso con mi consentimiento, eran incapaces de tomarse un día libre para disfrutar de cualquier entretenimiento que les apeteciera, o de ellos mismos. Pero imagino que eran así. Y aunque estaban todo el día regañando, se querían por encima de todo. No me cabía más amor hacia esa pareja que se había entregado a mí en cuerpo y alma.

—¡Huy, sí! A comprar… ese viejo es bien agarrado, *mijo*.

Pero, inevitablemente, ese comportamiento me hacía reír. La peculiar pareja lo hacía constantemente. Porque la felicidad, en ocasiones, tiene nombre de persona. Y una gran parte de la mía se la debía a ellos dos.

—Espera un segundo.

Con determinación fui en busca del tenaz colombiano. Cómo no, se encontraba en su despacho revisando vete tú a saber qué cosa, sentado en el escritorio en el que pasaba las horas amontonando papeles.

—Jacky, ¿tienes un segundo?

—Sí, claro. Dígame.

—¿Puedes venir un momento a la cocina?

Extrañado, se levantó siguiendo mis pasos.

—Vamos a ver. Una cosa. —Cuando comencé a hablar, me miraron con cara de no entender nada—. El sábado tenemos un acontecimiento muy importante. Quiero que vayáis a compraros algo especial para ese día, ¿entendido?

Mady se reía como una chiquilla traviesa. Y el hombre de rictus serio me observaba como si hubiera visto un fantasma.

—¿Un acontecimiento muy importante? Pero eso no está apuntado en la agenda, ¿sí?

Aquel hombre y esa maldita agenda eran uno. Todo tenía que estar planificado al milímetro. Y en cuanto le cambiaba alguna de mis citas, me regañaba como si tuviera diez años.

—No. No está apuntado en ningún sitio, gruñón.

—¿Y adónde se supone que debemos ir?

Mady estaba entretenida haciendo la comida pero con esa medio sonrisa cómplice que me advertía de que los dos permanecíamos en el mismo bando.

—Es una sorpresa, o sea que ya me podéis ir haciendo caso e ir a comprar algo. Y llévala a cenar, ¡por Dios!

—Vea, haga caso por una vez en su vida y así salimos a dar una vueltica.

Jack nos miraba con el ceño fruncido y adusto. Pero el complot obtuvo el resultado esperado.

—Dale, pues. Vístase que nos vamos.

Y sonrió de una manera preciosa. Porque aunque intentaba siempre mostrar esa solemnidad, escondía un gran corazón y un humor muy inteligente, eso sí, para los que lo entendiesen.

El gran día estaba a punto de llegar. No se volvió a sacar el tema pero mis compañeros de vida me miraban recelosos por haberles dejado con la intriga. Y no entendía cómo no se habían enterado porque la publicidad que le dieron al evento fue bestial. Aunque en ningún lugar apareció mi nombre como el galardonado. Habían hecho una campaña de *marketing* a partir de la celebración y entrega del premio al joven más influyente del año, pero sin dar los datos de ningún candidato. La prensa se limitaba a hacer conjeturas y a aventurar quién sería el elegido.

—Markus, ¿cómo estás? ¿Puedes pasar un momento por mi despacho?

Quería reunir a todas las personas que, de un modo u otro, habían formado parte de mi vida. Y él ocupaba un gran puesto.

—*Hi*, Kilian. *Ahorra* mismo voy.

También se quedó sorprendido por dicha invitación. Cuando le expliqué que me gustaría que me acompañara a un acto, su gesto fue similar al de Carmen, Jack y Mady. Pero para ese gran día me faltaba una de las piezas más importantes: Dakota.

—Por favor, Daniela, ¿me puedes poner en contacto con Daki?

Era tan imprescindible que todo el mundo tenía conocimiento de que ella existía. Y, aunque no nos viéramos mucho, siempre estaba muy presente.

—Sí, por supuesto.

Localizarla no era cosa fácil. Continuaba dando vueltas por el mundo incomunicada y con ese afán de descubrir qué le hacía ser esa persona tan especial.

—¡¡¡¡¡Kil!!!!! *What's going on?!?!?* ¿Cómo está el chico más guapo de este mundo? —me contestó, tras unos minutos de búsqueda.

Su alegría desbordante se podía sentir aunque estuviera a miles de kilómetros.

—Déjate de halagos y dime cuándo regresas, venga.

—Ay, por favor, ¿no te alegras de escuchar la voz de tu amiga?

—Sí, sí, sí. Muchísimo. Esa amiga que no tiene ni un segundo para preocuparse por su pobre amigo.

—¡Cómo que no! ¡Si te quiero más que a nada en este mundo! ¿Quién te va a aguantar a ti todos estos años si no es porque te quiere con locura? ¿Me lo explicas?

Le costaba unos segundos hacerme reír. Siempre tenía las palabras indicadas para cada ocasión. Y me conocía mejor que nadie.

—Oye, una cosa. —Permanecí en silencio un tiempo para ponerle un poco de seriedad al asunto—. Este sábado me van a dar el premio ese. Sabes lo que te quiero decir con eso, ¿no?

—¡¡Joooo!! ¿Es ya este sábado?

—Sí. O sea que ya puedes espabilar e ir haciendo las maletas.

—Jolín, Kilian. De verdad que me gustaría muchísimo pero es que no puedo. Tengo este fin de semana un trabajo importantísimo y no puedo dejarles tirados, ¡qué rabia!

Su repuesta me cayó como un jarro de agua fría. Porque no era la que esperaba. Para mí no había nada más importante que ella. Y me habría dado igual cualquier tipo de obligación si me hubiera llamado para algo así.

Sin querer, me puse triste. Incluso podría decir que más que triste, decepcionado.

—Bueno, no pasa nada. Lo entiendo —contesté, tragando saliva y ocultando que me había dolido.

De ahí en adelante, escuché lo que iba diciendo porque en el fondo la quería y tenía mucho cariño. Pero, cuando colgamos, tuve una sensación hacia ella muy difícil de explicar.

La amistad debe estar por encima de cualquier cosa. Y así nos lo habíamos demostrado desde que tengo uso de razón. Era la primera vez que Dakota me fallaba como persona. Aunque mi juicio fuese demasiado precipitado, era imposible que no doliera. Aquel día me hacía muchísima falta y me había cambiado, sin pensarlo un segundo, por un simple trabajo. Creo que a cualquiera le hubiese sentado igual de mal que a mí.

Aquella charla me quitó las ganas de todo. Hasta la ilusión que tenía de recibir el premio. Las decepciones son mucho peor que las heridas. No sangran. No dejan cicatriz aparentemente visible. Pero son para siempre y jamás se olvidan.

—Simón, voy a ir caminando hasta casa.

—Perfecto, señor. Ahora mismo le digo al chófer que no le necesitamos.

—No, no. No me has entendido, Simón. Voy a ir andando a casa yo solo.

Necesitaba despejarme y meditar la conversación anterior. Respirar un poco de aire para ver

si así me calmaba y podía darle otra perspectiva al asunto.

—Mmmm… pero, señor, ¿cómo va a ir usted solo? No se preocupe, que nosotros le seguiremos sin que nadie se dé cuenta. Ni tan siquiera usted.

—Por favor. De veras que no es necesario. Podéis esperarme en casa.

Siempre que quería escabullirme de ellos me costaba un buen rato convencerlos. Y eso que ya era mayorcito.

En aquella ciudad la gente va tan aprisa que no se detienen a mirar al que pasa a su lado. Nueva York me hacía sentir seguro. Aunque no lo pareciera, dado a todo ese complejo equipo de seguridad que siempre me arropaba. Pero yo lo veía así. La *city* es y será globalización en estado puro. Y sus gentes perciben ese aire cosmopolita y así lo demuestran. Cada cual va inmerso en su vida sin importarle qué pasará a su alrededor.

Desde la oficina hasta el Upper East Side había un largo trayecto. Casi tenías que recorrer Manhattan entero. Pero, por suerte, no tenía ninguna prisa.

Lo primero que hice fue desconectar el móvil. Sabía que Jack no tardaría en llamar alertado por la inesperada decisión.

Lo segundo, poner rumbo a esa heladería a la que papá me llevaba bastante a menudo. Tenía tantas ganas y había transcurrido tanto tiempo sin poder deleitarme con uno de esos maravillosos cucuruchos que solo de pensarlo se me hacía la boca agua.

El día estaba empezando a sucumbir. Y de vez en cuando podías observar cómo el sol se asomaba curioso entre los enormes rascacielos. Las calles, como siempre, repletas. El tráfico un caos. Y esos fuertes olores característicos que daban vida a una ciudad con mil historias.

Caminando entre mis vecinos, me di cuenta de la suerte que había tenido naciendo en aquella magnánima ciudad. La veía como el centro del universo. Todo me llamaba la atención aun habiendo pasado allí toda mi vida. Pero mi perspectiva, o más bien la perspectiva de un niño rico, no es la misma que la de cualquier ciudadano. Yo no había tenido el placer de desentrañar todos los intríngulis de esa magistral urbe. En primer lugar, porque casi nunca me habían dejado ir solo. Y, en segundo, porque el maldito dinero había puesto demasiados límites en mi recorrido. Aunque esto que digo puede resultar un tanto paradójico: quizá todos buscamos eso que no tenemos. La mayoría luchamos por un trabajo digno y una manutención acorde con nuestras necesidades. En resumidas cuentas, vivir bien y no tener problemas de ningún tipo. Pero el tema económico, aunque muchos dicen que no da la felicidad, ayuda. Yo siempre había gozado del privilegio de que eso nunca fuera un impedimento. Pero tenía otros muchos que sí me afectaban. La libertad era el precio más caro que había tenido que pagar por haber nacido con esa serie de beneficios. Siempre había querido ser un joven como todos los demás.

Después de un largo trayecto, de empaparme bien de lo que me rodeaba, sentí una bocanada de aire fresco. Estaba solo, caminando entre la multitud y observando a cada persona con la que me cruzaba. Algo tan simple me resultó maravilloso. Hasta la decepción sufrida momentos antes se había aplacado por un sentimiento de libertad estremecedor.

Al llegar a la puerta de mi edificio, vi al portero silencioso que permanecía como siempre impasible en su puesto sin prestar atención a viandantes ni turistas. Nada más verme, con gesto de estupor, se acercó.

—*Hey, Franklin. What's happened?* —le saludé.

—*Sir, what do you do alone?*

Su pregunta me causó risa. Su cara de sorpresa era un auténtico poema.

—*Walking a little.*

Sin darle importancia, y después de haber estrechado su mano, me adentré en los confines de

mi mundo. En muy pocas ocasiones había actuado de aquella manera. Casi se me había borrado de la memoria cuando entraba caminando en mi propia casa a la vuelta del colegio. Curioso, ¿verdad?

Jack permanecía de pie en el patio. Nada más verme, escondió un cigarrillo que tenía encendido en la mano y pude notar cierta preocupación en su rostro.

—Señor, por favor. Le ruego no vuelva a hacer algo así —me amonestó.

Todavía me costaba entender esa actitud protectora. Porque creo que uno nunca llega a ser consciente de los peligros que puede acarrear el tener una fortuna tan importante. Pero, pensándolo bien, ¿de verdad correría tanto peligro como para tener que ir siempre con ese séquito de guardaespaldas? ¿Quién iba a querer hacer daño a un joven que no se mete con nadie?

—Fuma tranquilo, Jacky. Ya somos mayorcitos para estar escondiéndonos.

Sabía que de vez en cuando lo hacía. Y no entendía por qué se avergonzaba de ello. Siempre me trató con tanto respeto que imagino sería por una cuestión de educación. Pero el olor, muchas veces, le delataba.

—Kilian, se lo digo de verdad. Por favor, hágame caso, aunque solo sea en eso.

Enseguida tiró el pitillo y lo pisó para ocultarlo bajo el zapato. Se le notaba muy nervioso y preocupado.

—Jack —le dije, manteniendo mi mirada en la suya—, sé que lo haces por mí. Y no sabes cuánto te lo agradezco. Pero necesito algo de libertad. Te lo digo en serio, no puedo ir todo el día con mis niñeras como si fuera a perderme o algo por el estilo. ¡Me voy a volver loco!

Ya habíamos tenido esta discusión en alguna que otra ocasión. Pero siempre terminaba ganando el bando contrario. No sé si porque yo ya no quería discutir más o porque en el fondo era consciente de que tenían razón. Pero ¿cómo sería poder ir con mi chica a dar una vuelta, los dos solos, por Central Park sin que nadie estuviera pendiente de cada uno de tus movimientos?

—Vea, señor. Sabe que yo le entiendo. Y esto ya lo conversamos alguna vez. Pero usted parece no darse cuenta de quién es en realidad.

Sí, tal vez debería plantearme saber de una vez quién era de verdad. Zanjamos la cuestión y subimos los dos al piso y yo me dirigí a mi habitación para quitarme los zapatos porque tenía los pies destrozados de tanto andar. Uno pierde hasta el aguante de algo tan sencillo como caminar cuando no lo practica. Siempre iba a todos los sitios subido en uno de esos enormes y vistosos coches fúnebres.

Ya en mi cuarto, me tumbé en la cama para reflexionar sobre mi vida en general. Era Kilian Sotomayor: el joven más influyente del año y el que menos libertad tendría de todos los candidatos.

Tenía todo lo que un chico de mi edad puede desear: deportivos de lujo, embarcaciones inmensas, mansiones insultantes…, pero todo implicaba renunciar al bien más preciado: las riendas de mi vida. Porque, aunque suene extraño, las decisiones que tomaba cada día se analizaban meticulosamente por un gabinete de personas que evaluaban qué era lo mejor para mí. ¡Qué desastre!

> De: Mi amor
> Hola, cariño! Qué tal tu día? Oye, no me esperes para cenar que el rodaje se va a alargar hoy y vamos a terminar a las tantas. Te quiero ♥
> 20.17

Y con ese mensaje me sentí un poco más solo. Y mi habitación un poco más vacía. Las obligaciones son desastres naturales que nos alejan sin querer. Y yo, ese día, necesitaba estar al lado de ella aunque solo fuera para tenerla cerca.

De todos modos, no le hacía falta trabajar. Cosa que le sugerí infinidad de veces. Cada vez que rodaba fuera se llevaba un trocito de mi corazón. Era muy difícil aguantar tanta distancia

cuando quieres con fuerza. Pero Carmen era casi tan testaruda como yo y quería labrarse un futuro por sí sola. Algo comprensible y que no me quedaba más remedio que aceptar. El amor cuando lo sientes lejos, duele.

Por fin había llegado el gran día. Me levanté con una sensación muy bonita de plenitud y entusiasmo. Tendría la ocasión de poder vencer todos mis miedos en tan solo una batalla.

Recién levantado, bajé al despacho donde papá continuaba con sus obligaciones después de todo un largo horario de oficina. Todavía, cada vez que entraba en aquella habitación, podía recordarle sentado tras el escritorio recibiéndome con una enorme sonrisa. Cuando me veía, sentía que se paraba el mundo. Dejaba lo que estuviera haciendo para atender a un niño que entendía muy poco sobre la vida.

Papel y boli en mano, decidí elaborar un discurso acorde con el meritorio acto. Esta vez no tenía a nadie que hiciera eso por mí porque a la vista de todos era estrictamente confidencial.

Carmen se había despertado minutos antes que yo. Andaba por el baño arreglándose para salir pronto de casa hacia no sé qué sitio para no sé qué cosa de ropa.

—Cariño, voy a ir a la tienda de Sara para lo del vestido de esta noche, ¿necesitas algo?

—No, mi amor. Ten cuidado.

Antes de marcharse, se acercó y me dio un beso. No sé cómo lo hacía pero sus labios siempre me sabían a gloria.

Arrugué más de veinte folios. No podía creer que fuese tan leño como para no poder elaborar un discurso coherente. Apesadumbrado por mi falta de creatividad, puse fin a la ardua labor y fui directo a la cocina, embaucado por un fuerte olor a pan tostado.

—Buenos días, Mady.

—Buenos días, *mijito*.

Su rostro se iluminaba cada mañana al verme. Eso era uno de los mejores motivos que puedes tener para levantarte feliz.

—Oye, ¿al final te llevó tu marido de compras?

No tenía conocimiento si el cabezón de la casa había hecho caso a mis indicaciones.

—¡Sí! Y nos acompañó la señorita también.

Mientras disponía la mesa con el desayuno, sonreía ilusionada contándome cómo lo pasaron, los tres juntos, eligiendo el atuendo para la gala.

—¡Cómo me alegro! A ver si con un poquito de suerte le da por hacerlo más a menudo.

Después de desayunar como es debido, regresé al despacho para reanudar el dichoso discurso. Pasé la mañana entera intentando sintetizar todo lo que quería decir. Pero resumir mi vida entera en un folio me resultaba realmente difícil. Al final, tomé la determinación de improvisar, porque sentía que justo en ese momento, entusiasmado por la emoción, se me ocurriría el discurso perfecto para que entendieran lo que quería transmitir.

Hay que dejarse llevar por el corazón en situaciones que quieras transmitir algo a los demás. Y eso es lo que iba a hacer. Aun nervioso como un recién casado, me dejaría llevar por ese músculo que te impulsa durante toda la vida.

22

Ese sábado no pintaba como los demás. Tenía la sensación de que se me iba a quedar grabado para siempre. No sé por qué pero lo percibía. Una alegría constante que no cesaba. Ni el mal trago de saber que mi pequeña india no asistiría podía empañar la ilusión de momento.

—Venga, vamos, ¿te quieres empezar a arreglar ya? —oí a Carmen en la lejanía.

Permanecí todo el día sin moverme de casa. La poca gente que había invitado ya estaba al tanto del lugar y de la hora. El evento se iba a celebrar en un emblemático edificio de la *city* a las nueve en punto de la noche.

Después de comer, recibí una llamada de una mujer que se presentó como Catherine Mchartny. Por lo que pude entender, iba a ser la encargada del acto. Me hizo un resumen muy corto y preciso de cómo se desarrollaría y me envió por *mail* la escaleta con todo detallado al milímetro.

Habían organizado una cena en el salón principal de un conocido hotel de la ciudad. Esta iba a estar amenizada por varios artistas de renombre y luego, al finalizar, se procedería a la entrega del galardón.

In situ se daría el nombre de los diez candidatos elegidos para obtener el preciado reconocimiento, pero solo nosotros sabíamos que eso ya estaba decidido de antemano.

Después de recibirlo, tendría el tiempo oportuno para decir unas palabras a los asistentes y medios de comunicación que, según dijo, habían hecho una convocatoria de prensa a nivel mundial. Eso, sin querer, acrecentó mi nerviosismo. No solo tenía la responsabilidad de hablar para todos los allí presentes, sino que mis palabras se oirían a lo largo y ancho de los países más importantes.

Para relajarme y evadirme del nerviosismo, me acomodé en uno de los salones mientras leía un libro que había comenzado hacía unos días pero no había tenido tiempo de terminar. Era la historia de un joven que luchaba con la propia vida para sacar a su familia adelante. El escritor describía con tal virtuosismo los hechos que parecías estar viviendo exactamente las aventuras de ese personaje ficticio. Cuando una novela conseguía engancharme, era una de las mejores sensaciones que podía experimentar. Unas cuantas páginas bien redactadas se convertían en un precioso viaje por la vida de alguien completamente desconocido.

—Madre mía, ¿todavía sigues así?

Alertado por la voz de Carmen, levanté la vista en dirección a la puerta del salón y vi a mi espectacular mujer enfundada en un vestido gris antracita. Era un traje de una pieza, entalladísimo, que resaltaba su insultante figura. Unos sencillos zapatos negros de altísimo tacón y el pelo negro azabache recogido en una simple coleta. No llevaba escote, ni siquiera una falda que dejase entrever más cuerpo que tela, pero la sencillez y el corte de aquella prenda hacían que resaltase lo primordial: ella.

—Madre mía, cariño. Estás preciosa.

—Déjate de preciosa y venga, ¡vístete, que mira qué horas!

Le sentaba genial regañarme porque se ponía guapísima. Y yo, embobado por ese gesto autoritario, no podía hacer otra cosa que ir hasta ella para darle cien o doscientos besos. Creo que no se puede querer más a alguien. Pero si se pudiera, seguro que volvería a ser la elegida.

—Ven aquí, anda.

Agarrando su cintura y en una especie de dulce combate, conseguí estrecharla entre mis brazos. Su olor seguía siendo exactamente el mismo que el primer día. Ese que logró poner en marcha la maquinaria estropeada de un joven que vivía en un estado de letargo. Carmen me hizo

creer en muchas cosas. Regeneró sentimientos que parecían haberse diluido a base de tristeza y desidia. Se convirtió en motor y esperanzas. Cosa que se notaba con tan solo mirarme cuando la tenía cerca.

—Por favor, señor Sotomayor, déjese de zalamerías y ¡sube ahora mismo a ponerte la ropa!

Después de darle unos cuantos achuchones, besos y arrumacos varios, la sargento que tenía como compañera de vida me obligó a vestirme. Los preparativos para ese tipo de festejos me daban una pereza terrible, pero no sé si por ser un día tan especial, lo hice con más ganas de lo normal.

Elegí un traje de corte muy clásico. Unos zapatos negros del mismo estilo y una camisa blanca sencilla y sin adornos. Decidí no ponerme corbata, aunque la ocasión lo requería, para no perder ese toque juvenil y desenfado en un acto en el que la edad era el factor más importante.

Acicalado cual principito, y bajo la supervisión de Carmen, llegó la hora de partir hacia el lugar acordado.

—¡Pero bueno! ¿Quién va a ser la mujer más guapa de todos los invitados?

Mady brillaba de pura alegría. Tenía los ojos tan llenos de ilusión que era inevitable no contagiarse de ese sentimiento tan bonito. Hasta Jack tenía un gesto muy distinto al que acostumbraba. Los dos se habían engalanado para esa misteriosa cita.

Me parecía increíble que una decisión personal pudiera hacer de la felicidad un bien común para unos cuantos. No somos conscientes de que nuestros actos sirven para hacer que el entorno que nos rodea sea un poco más dichoso. Quizá deberíamos pararnos a pensar en los demás antes de hacer cualquier cosa.

Sin esperar más, y bajo las amenazas de Carmen, partimos hacia el lugar en cuestión. Yo era un maniático de la puntualidad y, sin querer, se lo había contagiado a ella.

Para ese día se habían incrementado las medidas de seguridad, por lo que aquello parecía más la escolta de un gran mandatario que la de un joven que va a recibir un premio.

Los coches abrían paso a dos enormes todoterreno en los que íbamos. Faltaban apenas quince minutos para la hora estipulada por la mujer que me había detallado el *timing*. O sea que íbamos a llegar justo a la hora señalada.

Todavía me sorprendía que ninguno se hubiera enterado de mi participación en aquella distinción. Quizá todos los planetas se alinearon para hacer de esa noche un recuerdo imborrable.

Al aparcar en la puerta del majestuoso hotel, la iluminación y el gentío resultaron elocuentes a la hora de mostrar la magnitud de dicho evento.

—Pero, cariño, ¿esto qué es? —preguntó Carmen, estupefacta.

—Calla, curiosa. Es una sorpresa…

Unos inmensos focos alumbraban toda la fachada del edificio y, en una especie de holograma, se leía el nombre de la revista reflejado en lo alto de la puerta de entrada.

El tumulto era exagerado, pero gracias a las fuertes medidas de seguridad no fue complicado aparcar justo en la entrada para acceder al interior.

Nada más salir de los automóviles, unos hombres muy amables nos acompañaron hasta el *hall*. Todo estaba perfectamente delimitado por vallas custodiadas por agentes de seguridad y policía.

Nada más entrar, un enorme rótulo desveló el secreto que hasta ahora había guardado con celo. Mis acompañantes me miraron atónitos al leer el eslogan.

«The young man of the year»

—Pero, *mijo*, ¿le van a dar a usted ese premio?

Como siempre, Mady no pudo contenerse y fue la primera en preguntar. Pero, justo cuando iba a contestar, una señorita de unos treinta años, muy elegante y con una carpeta en la mano se

acercó hasta nosotros.

—Buenas noches, señor Sotomayor. Soy Catherine. Hablé con usted hace unas horas, ¿recuerda?

Estábamos en mitad de una enorme sala rodeados por cientos de invitados que, como nosotros, parecían impresionados por el portentoso despliegue.

—Sí, por supuesto. Encantado, Catherine.

Amablemente y con delicadeza estreché su mano y le presenté a mis acompañantes.

—Por favor, si son tan amables, acompáñenme.

Abriéndonos paso entre el gentío, nos condujo hasta una sala adyacente. Era un gran salón de techos altísimos con decenas de mesas redondas en las cuales ya había gente sentada. Todas estaban cubiertas por inmaculados manteles blancos y con distintos motivos florales adornando el centro de cada una.

De camino pude observar que entre los asistentes había muchos personajes públicos y de actualidad. Según se iba acercando el momento mis nervios acrecentaban a un ritmo vertiginoso. Pero ese estado me resultaba muy curioso: no conocía esa versión de Kilian.

—Bueno, señor Sotomayor, este es su sitio. Si necesita cualquier cosa, estaré por aquí cerca para lo que desee —nos dijo la chica muy amablemente.

Mientras tomábamos asiento, me pude fijar en la cara de asombro que tenían la pareja de colombianos.

—A ver, señor misterioso, ¿nos vas a decir de qué va todo esto de una vez? —me pidió Carmen.

Ella se sentó justo a mi izquierda, Jack a la derecha y Mady al lado de su marido. Quedaban todavía cuatro asientos vacíos que estaban reservados para Markus y su mujer, y dos huecos libres por si acaso venía mi secretaria personal con algún invitado más.

—Ya es imposible seguir ocultándolo, ¿no?

—Venga, ¡di!

Se la veía casi más nerviosa que a mí.

—Hace un mes, más o menos, se pusieron en contacto conmigo para comentarme la posibilidad de entrar entre los diez seleccionados para la entrega de este galardón —dije una pequeña mentirijilla para seguir manteniendo la emoción hasta el final—. Como veis, acepté la proposición y… aquí estamos.

—¿Y has sido capaz de estar todo este tiempo sin decir una sola palabra?

Jack y Mady prestaban atención con una preciosa sonrisa que no había dejado de brillar desde que salimos de casa.

—Me vas a regañar por esto durante mucho tiempo, ¿no?

Y antes de que le diera tiempo a contestar, me levanté para darle un beso y así sellar su preciosa boca. No conocía a muchas españolas, pero, como todas tuvieran ese carácter, los hombres de aquel país lo iban a tener muy muy complicado. Ya hacía tiempo que me había percatado de quién iba a llevar los pantalones en mi casa: ella.

Poco a poco, el salón se fue llenando. Markus y su mujer no tardaron en llegar; y mi secretaria, Daniela, que vino acompañada de un chico joven muy bien parecido, lo que me sorprendió bastante, también hicieron acto de presencia a la hora convenida.

Haciendo un sondeo, me di cuenta de la importancia que tendría aquel festejo. La decoración del lugar era muy sencilla, apenas tenía elementos que resaltasen. Lo único que de veras llamaba la atención era un gran escenario, al que se accedía por unas escaleras centrales, con una enorme pantalla de led como fondo. En él estaba reflejado en letras luminosas el nombre de la revista que

nos había llevado hasta allí: *TIMES*.

El acto se desarrolló con mucha fluidez. Cantaron varios artistas de renombre mientras una legión de camareros iba abasteciendo las mesas con un menú bastante suculento. La cena estaba, en general, buenísima. Sirvieron un pescado con una salsa de no sé qué que se deshacía en la boca. Además, fue tal la variedad de entretenimientos que prácticamente permanecimos en silencio el tiempo que duró todo el despliegue.

El director de la revista, con el que había hablado anteriormente, subió al escenario al terminar la última actuación. Llevaba un esmoquin negro y pajarita. Era un hombre menudo, con una gran cabeza para su tamaño y de gesto cordial y simpático.

—Buenas noches. Mi nombre es Enrico Santillana y soy uno de los muchos que mantienen a flote esta publicación. Muchos ya nos conocemos pero a los que no, decirles que estoy encantado de tenerles a todos este día tan especial. Como cada año, celebramos nuestro aniversario por todo lo alto. Cada día es más difícil sostener una revista en papel cuando la tecnología ha adquirido una función tan importante en nuestra sociedad…

Después de un elaborado discurso explicando cómo seguía viva una de las revistas más vendidas del planeta, llegó la hora señalada.

—Hay personas que están predestinadas a cambiar el mundo. Algunas conscientemente y otras, sin saberlo, son responsables de que la vida de miles, incluso de millones de personas, cambie. Por eso pensamos en elegir al joven del año. Ese que mediante sus actos es capaz de hacer que el planeta gire con un poco más de facilidad y alegría. Como antes os decía, y bajo la decisión unánime de un jurado formado por los periodistas e *influencers* con más criterio de distintos países, hemos decidió otorgar el título de «el joven más influyente del año»; pero no voy a ser yo el que desvele tan guardado secreto. Taylor, aquí te dejo toda la responsabilidad.

Una de las artistas que antes nos deleitó con una preciosa canción volvió a subir al escenario cogiendo un sobre que Enrico había dejado encima del atril. Sin hacerse esperar, lo abrió y…

—¡Kilian Sotomayor!

Al pronunciar mi nombre, el foco que alumbraba a la chica cambió de posición para iluminar nuestra mesa. Bajo unos ensordecedores aplausos y después de que mi chica me diera un beso lleno de ilusión, me dirigí hasta el lugar donde se encontraba la guapa *celebrity*. Al llegar hasta ella, con una enigmática sonrisa me dio un abrazo, me entregó un cuadro con la portada de la revista enmarcada, en la que se mostraba mi retrato en grande, y me dejó solo alumbrado por ese foco que había seguido mis pasos hasta el escenario.

Al encontrarme allí solo, frente a esa cantidad de gente, siendo el centro de atención de todos los allí presentes, sentí una sensación que hasta ese momento no había experimentado. Siempre me consideré un hombre seguro. Con cierto don de palabra y para nada tímido o retraído. Pero aquello superaba con creces cualquier situación pasada. Ni siquiera se podía comparar a ciertas ocasiones en las que tuve que hacer alguna ponencia en la universidad, delante de cientos de compañeros.

Tímidamente me situé tras el atril y coloqué el micro a una altura óptima. Me di cuenta de que me sudaban las manos y me temblaban ligeramente.

—Hola, buenas noches…

Al escuchar mi voz cesaron los aplausos creándose un silencio mágico. Los focos no me dejaban ver con claridad al público asistente, cosa que fue de gran ayuda para no sentirme tan observado. A la izquierda, justo en una de las primeras mesas, se encontraban mis acompañantes. También pude localizar, haciendo una rápida panorámica, a Astrid. Ella permanecía en pie, pegada a la pared en otro de los laterales de la sala.

—Hace años, cuando era muy niño, un hombre trató de inculcarme una serie de valores. No sé si consiguió su cometido como él hubiera querido que así fuera, pero, sobre todo, hizo hincapié en una cosa: que fuera buena persona. He tenido muchos altibajos a lo largo de mi todavía corto recorrido vital y para muchos, que han opinado sin saber, tal vez no lo haya sido del todo. Creo que eso fue haciéndome un poco retraído y haya provocado en mí cierta animadversión a mostrarme en público.

Todos permanecían atentos a las palabras que surgían directamente de mi corazón.

—Hoy… —continué—. Hoy es la primera vez que decido mostrarme a los demás como en realidad soy. Gracias a la ilusión de alguien que hace de su vida un hermoso motivo para vivir, me di cuenta de que yo también lo necesitaba. Por eso accedí a estar aquí. El galardón que se me otorga no es más que el justo colofón a aquello que intentaron enseñarme mis padres. Influyente o no, joven del año o no, esto es lo que soy. Alguien que vive intentando ser feliz. Y esa es, quizá, la lección más bonita que aprendí de ellos. La felicidad debe ser y estar por encima de todo, incluso cuando la vida se convierte en algo difícil de sobrellevar y no ves manera de serlo.

Tenía la boca seca pero, poco a poco, mis manos parecían relajarse y me encontraba más cómodo frente a todos esos desconocidos.

—He tenido la suerte de nacer en un hogar que me ha proporcionado todas las posibilidades para que los problemas que tiene la mayoría de la gente no sean tan difíciles. He tenido la gran fortuna de poseer todo lo que se puede desear. Pero toda esa riqueza no ha hecho más que mostrarme el gran aprendizaje de mi vida. El amor no es un bien que se pueda comprar o vender, por mucho dinero que tengas. Un ideal que las personas que hoy me acompañan han conseguido hacer realidad. Gracias a ellos y a su amor infinito fui capaz de volver a creer que se puede querer y que te pueden querer. Muchas gracias, Jack, por haber sabido transmitir todo aquello que papá no pudo. Nunca podré agradecértelo como mereces.

Dirigí mi mirada hacia la mesa donde estaba todo lo que era importante para mí.

—Y tú, Mady. ¿Qué podría decir de alguien como tú? Es imposible querer de una forma tan bonita como me llevas demostrando desde que tengo uso de razón. Gracias, de verdad. Vosotros dos habéis conseguido que un niño que, aun teniéndolo todo, parecía no tener nada. Fuisteis capaces de quererme tanto que conseguí ser feliz de nuevo. Os quiero. Os quiero por encima de todo.

Me costaba no emocionarme y mantener esa imagen de hombre duro que siempre intenté demostrar. Esa era la primera vez que decía abiertamente lo que en realidad sentía. Sin rodeos ni disimulos.

—Pero, de repente, cuando crees que ya tienes todo eso que necesitas, aparece alguien para demostrarte que el amor se puede representar en forma de mujer. Y que se puede querer mucho más. Sin barreras e impedimentos. Sientes que hay una persona que es más importante que tú mismo. Y eso eres tú, Carmen. El sol causante del deshielo. Una fuente inagotable de alegría. Un motivo más para vivir con ganas. Con muchísimas ganas. Te quiero, cariño. Y espero que seas para siempre.

Al pronunciar ese «siempre» la gente rompió el silencio con unos preciosos y sinceros aplausos. Pude observar cómo la mayoría permanecía de pie con su mirada fija en mí, que no había hecho más que expresar mis sentimientos y dejar que mi corazón fuese el encargado de elaborar un discurso real.

Continué mirando inevitablemente hacia la mesa donde estaban reunidas las personas que más quería. No podía ver con claridad su expresión, pero les sentía tan cerca que lo demás no tenía importancia. Aunque, al fijarme en la silueta de Carmen, pude observar que había otra

persona a su lado que me era muy familiar. El estómago se me encogió al tener esa mágica ilusión. Era ella, no podía ser nadie más.

—Perdón, perdón.

Al escucharme, la sala volvió a quedarse en silencio.

—Hay una persona más a la que quiero agradecer todo esto. Daki, tú también tienes tu parte de culpa.

Levantando el premio se lo mostré. Pude ver cómo al pronunciar su nombre se abrazó a Carmen. Sin duda era ella. Aunque había puesto en entredicho su amistad, siempre nos dijimos una frase: si me necesitas, recorreré el mundo por ti. Y eso había hecho. Y con ello demostró que nunca me fallaría. Y que no se puede subestimar el poder del amor.

Después de mis últimas palabras, entre vítores y aplausos, subió de nuevo al escenario el editor de la revista.

—Un placer tenerle hoy aquí, señor Sotomayor —dijo—. Es para nosotros un orgullo entregar este título a una persona que tiene una forma de ver la vida tan bonita. Hasta hoy era una persona completamente desconocida, a partir de ahora será ese chico del que nos ha hablado. Muchísimas gracias, Kilian.

Con sus palabras daba a entender que el cometido del acto había sido el previsto.

—Igualmente, Enrico —agradecí yo también—. Es un honor para mí que hayáis tomado esta preciosa decisión. Muchas gracias. Y muchas gracias también a todos los que habéis asistido. Gracias.

Me moría de ganas por bajar a reunirme con los míos. Tenía la necesidad de sentir los abrazos de todos los que me habían acompañado.

Con el galardón en la mano, y tras saludar afectuosamente al hombre que había pronunciado palabras tan hermosas sobre mí, abandoné el escenario para dirigirme hacia la mesa.

Antes de que me diera tiempo a llegar, Daki, deslumbrante como siempre, salió corriendo hacia mí y se tiró, literalmente, a mis brazos. No os podéis imaginar lo que sentí en aquel momento. Tuve la sensación de plenitud más increíble que jamás había experimentado. El pequeño cuerpo de mi india se suspendía agarrado a mi cuello mientras podía escuchar su llanto. Lloraba de la manera más bonita que alguien lo puede hacer. Sus lágrimas sabían a felicidad, que, a su vez, también era la mía.

—Pensé que no vendrías…

—Cómo no voy a venir, cabezota. Te quiero tanto…

No hubo un centímetro de mi cuerpo que no reaccionase ante esas palabras cargadas de emoción y cariño. Fueron unos cuantos segundos, pero los suficientes para recibir el calor y la felicidad de esa menuda princesa.

Al separarnos, tuve una de las visiones más impactantes de mi vida. Jack y Mady me miraban con los ojos llorosos mientras él agarraba a su mujer en un acto de cariño inusual.

Carmen también tenía los ojos completamente inundados de pura emoción.

—Te quiero, cariño.

Solo esas tres palabras la hicieron derrumbarse y caer en mis brazos completamente rendida. Y yo no pude hacer otra cosa que agarrarla con fuerza. No tiene explicación lo que alguien te puede hacer sentir cuando le quieres de una manera tan natural y sincera. Todavía me seguían recorriendo esos preciosos escalofríos al notar su cuerpo pegado al mío. Ese cosquilleo indescriptible en mi estómago que me hacía parecer un chiquillo que acaba de conocer al amor de su vida.

—Ha sido precioso. Nunca imaginé que pudieras hacer algo tan increíble, Kilian. Te aseguro

que voy a ser para siempre.

Y su para siempre fue todo lo que necesitas escuchar.

Después de una larga demostración de cariño a todos mis compañeros de viaje, que, por cierto, tengo que apuntar que fue la primera vez que el estirado alemán me estrechaba entre sus brazos, la mujer encargada del evento se acercó hasta nuestra mesa.

—Señor Sotomayor, si me disculpa, los medios de comunicación le esperan.

Como antes me había explicado, después de la entrega tendría que acudir a una rueda de prensa para todos los periodistas asistentes al acto. Pero lo que menos me apetecía en ese momento era separarme de los míos. Tenía la necesidad de estar con ellos.

—Perdón, señorita Mchartny, ¿no hay manera de posponerlo para otro día?

Su gesto me indicó que el deber estaba reñido con lo que en ese instante me hubiera gustado.

—Señor, son muchos los que han estado esperando este momento. Desde mi humilde opinión, creo que debe comparecer ahora.

Hay veces que uno no puede hacer lo que quiere sino lo que debe. Cuando acepté meterme en ese berenjenal, lo hice con todas sus consecuencias. Y, al parecer, esa comparecencia era una de ellas.

—Listo, entonces. Voy con usted.

Me despedí de mis acompañantes. Como no sabía cuánto tiempo tardaría, les invité a que se fueran a casa dándoles las gracias por haberme hecho pasar una noche tan especial. No quería tenerles esperando mientras me entrevistaban.

Siguiendo los pasos de la encargada, me condujo hasta una sala en la que, al entrar, sentí el impacto real de hasta dónde podía ascender la repercusión de aquella decisión. Había tantos periodistas hacinados en aquel cuarto que casi no entraban todos. Me sentí muy cohibido al ver tal despliegue de medios.

—Por favor, tome asiento. Serán solo unas cuantas preguntas.

Amablemente, me llevó hasta un pequeño estrado con un *photocall* en el que quedaba reflejada la portada de la revista que saldría a la venta al día siguiente. Era una foto enorme de mi cara con el encabezado «El joven más influyente del año». Justo al lado había una banqueta en la que debía acomodarme para dar comienzo al aluvión de cuestiones.

—Buenas noches, señor Sotomayor. Para el *New York Times*, ¿cómo es en realidad Kilian Sotomayor?

Esa primera pregunta fue la misma que me hizo Astrid. Con total sinceridad, respondí.

—Hola, buenas noches. Pues, Kilian Sotomayor es eso que acabáis de ver hace unos minutos. Un joven como todos los demás…

Con aquella se inauguró una ronda interminable de incógnitas sin resolver acerca de mi vida en general. Como pude, salí del paso. Los periodistas te preguntan sin importarles si eso que destapan te podrá causar algún tipo de daño. Les da igual abrir heridas del pasado. Simplemente se centran en aquello que puede resultar atractivo para los lectores.

—Buenas noches, para el *Tribune*, ¿cree que será capaz de mantener el imperio que heredó de su padre?

—Creo que con esta última pregunta podemos dar por finalizada la rueda, ¿no?

Mi gesto y mi expresión corporal daban síntomas de que no me sentía nada cómodo. Todo lo bonito de ese día se vio empañado por la curiosidad de unos cuantos. Pero esa era una de las reglas del juego. Cuando decides exponerte, tienes que tener claro que eso puede suceder y es uno de los aspectos que te toca asumir.

Al escucharme, la mujer que me había llevado hasta allí intercedió sacándome del aprieto con

gran pericia.

No sé el tiempo que estuvimos allí, pero al salir prácticamente no quedaba nadie en el *hall*.

—Simón, por favor. Nos vamos a casa.

Mi equipo de seguridad me sacó del edificio con eficacia. Después de la rueda de prensa lo único que me apetecía era volver a reunirme con los míos.

Mientras íbamos en el coche, pensando en lo sucedido me di cuenta de algo que siempre tuve claro: el pasado aún me dolía. Me costaba muchísimo destapar el baúl de los recuerdos. Sin querer, me ponía triste.

—Señor, ya hemos llegado.

Mi guardián me despertó de un viaje por mi memoria. Cuando recuperé la conciencia, me percaté de que estábamos en el patio de casa. Al salir del automóvil, tomé aire con fuerza para tranquilizarme. Por fin había llegado a mi guarida después de una velada cargada de emociones.

En casa me esperaban Jack, Mady, Carmen y Dakota. Nada más entrar supe dónde está ese sitio que todos consideramos como nuestro hogar. Se percibía el calor de aquellos que te quieren. Con muchísimo cariño me fueron abrazando uno a uno. Aunque solo fuera por eso, todo aquel despliegue había merecido la pena. Recibir el calor de los míos era una de las sensaciones que más rico me podían hacer sentir.

23

Después de la publicación, el acoso mediático se intensificó. Lo bonito del evento se vio arruinado por la insistencia y tozudez de decenas de periodistas que se atrincheraron en la puerta de casa, a la espera de cualquier noticia que tuviera que ver conmigo o la gente que me rodeaba. Y eso era lo peor de todo, aquella decisión no solo había influido en mi vida, sino en todos los que formaban parte de ella.

—¡Qué desesperación, cariño! ¿No se van a ir de la puerta de casa en la vida? Casi no he podido comprar. ¡Me han perseguido hasta la puerta del centro comercial!

—Ya, es increíble. Pero, no te preocupes, niña, pronto se les pasará.

A Carmen también la tenían harta. Su vida social, que era mucho más ajetreada que la mía, se vio muy afectada. Comenzaron a hacer de nuestra relación un circo mediático horrible. Cualquier cosa, por absurda que fuera, era motivo suficiente para que volviéramos a ocupar la portada de alguna revista sensacionalista.

—Eso espero, porque esto es insoportable.

Y encima, era una rueda que no sabía cómo frenar. Si volvía a conceder alguna entrevista para intentar calmar el acoso, podría tener el efecto contrario y avivar el fuego más aún.

Habían pasado unos meses, mis días eran exactamente iguales diferenciándose únicamente cuando tenía algún viaje de negocios. Aunque eso no era impedimento para que me siguieran a diario como si formasen parte de mi escolta privada. Daba igual la hora, el tiempo, la lluvia, festivos… ellos siempre aparecían cuando menos lo esperabas. Y aunque me traían por el camino de la amargura, tenía que alabar ese comportamiento tan tenaz. No existía nada que les impidiese realizar su labor. ¡Los periodistas deberían tener un lugar en el cielo única y exclusivamente para ellos!

Las obligaciones y el trabajo se convirtieron en una rutina que, poco a poco, iba minando mi felicidad. Perdí esa ilusión aventurera por descubrir cosas nuevas y hacer todo tipo de deportes y actividades que me hacían sentir muy vivo. Y en lo que se refiere al amor, la empresa ocupó un puesto tan importante que, sin querer, fui dejando de lado algo que nunca se debe perder. Estaba descuidando a Carmen, pero era tan estúpido que no me daba cuenta o no quería percatarme de la realidad. Prácticamente no nos veíamos. Rara era la vez que compartíamos una simple cena o nos acostábamos los dos juntos a la misma hora. Dejaron de existir esos preciosos juegos de enamorados y ya no sentía el brillo de sus ojos cuando me veía aparecer.

Nos metemos en el ritmo vertiginoso de la vida y solo sabemos mirar en una dirección. Asumir el rol empresarial consiguió que descuidase todo lo demás. Incluso a mí mismo. Trabajaba de sol a sol. Pasaba muchas más horas en el despacho que en mi propia casa. Pero no era consciente de que por hacer lo que creía que era lo correcto estaba abandonado lo que realmente es importante.

> Para: Vida
> Hola, cariño, cómo llevas el día? Hoy no voy a poder ir al sitio ese donde me dijiste. Tengo un montón de cosas que hacer y voy a estar en la ofi hasta las mil. Te quiero ♥
> 20.35

Mensajes como ese se convirtieron en la tónica general de mi vida. Cosa que, inevitablemente, iba destruyendo el afecto y la complicidad entre dos personas que significaban todo el uno para el otro.

Pero ella aguantaba estoicamente. Y me ponía su mejor sonrisa cada vez que nos veíamos. Nunca recibí un mal gesto por su parte. Ni una tonta discusión. Hasta cuando me iba fuera unos cuantos días, ella lo aprobaba e, incluso, era la encargada de prepararme la maleta para que no

me faltase de nada. Su amor era tan fuerte que no parecía existir nada que le afectase.

Pero eso, si lo unimos a que nuestra relación se vio demasiado afectada por los medios de comunicación, se estaba convirtiendo en una bomba que al final me iba a explotar en la cara. Lo sentía.

Hasta aquel precioso ritual que había llevado a cabo durante años, cambió por completo. No tenía tiempo ni de sentarme a desayunar esos manjares que Mady siempre estaba dispuesta a prepararme. O sí lo tenía, pero la estupidez del ser humano se cree que por salir corriendo de casa y tomarte un triste café en cualquier sitio, tu vida irá mucho mejor. Si te paras a pensarlo, es para morirse de pena. ¿Cuánto tardas en sentarte a la mesa y saborear un desayuno como Dios manda? ¿Veinte minutos? ¿Y de verdad crees que en esos veinte minutos más que pasas en la oficina vas a cambiar el mundo? Triste realidad…

Mientras terminaba de arreglarme y revisaba el maletín para cerciorarme de que no me dejaba nada, Mady se acercó hasta mi despacho.

—*Mijito*, ¿le puedo decir una cosa? —me preguntó.

—Sí, claro, Mady. Dime.

—¿Usted cree que esto es normal?

Asombrado por la pregunta, dejé lo que estaba haciendo.

—¿Esto? No entiendo.

—Sí, jovencito. Su vida —dijo muy seria, un gesto poco habitual en ella.

—¿Cómo que mi vida? No sé qué me quieres decir, Mady.

—Su vida, *mijo*. Usted se pasa todo el día metido entre sus papeles y sus obligaciones y no se da cuenta de que está desaprovechando un tiempo que jamás volverá a vivir.

Ese pensamiento filosófico sabía que tenía un porqué. Ella nunca me diría algo así sin tener claro que algún aspecto de mi vida marchaba mal. Tenía que haber visto o percibido algo que le llevaba hasta esa conclusión.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué me dices esto?

—Mírese, señorito, mírese. Pero, sobre todo, mire a su alrededor.

Y salió del despacho dejándome con la palabra en la boca.

Al quedarme solo, tomé asiento en la silla de escritorio e intenté analizar lo que Mady quería decirme. Era evidente que aquella mujer se había dado cuenta de algo que yo no conseguía ver. Porque muchas veces nos pasa eso. Somos capaces de ver la paja en el ojo ajeno pero no vemos la viga en el nuestro.

La vorágine del día a día me tenía completamente sumido en un bucle imposible de frenar. Eran tantas las obligaciones que veinticuatro no eran suficientes horas para hacer todo lo que quería. Pero, si lo analizas bien, no hay nada que sea tan importante como para que lo tengas que hacer ¡ya! Bueno, sí. Vivir tu propia vida. Reuniones, comidas de empresa, cenas, viajes, papeles y más papeles… En eso se había convertido la ilusión de un joven que su *leitmotiv* era sentir sin parar.

¿Hacía cuánto tiempo que no saltaba de un avión? ¿Y que no me perdía por cualquier parte del mundo sin importarme horarios y obligaciones? Pero lo más importante, ¿cuánto tiempo hacía que no me sentaba a cenar con la mujer de mi vida y le decía sin palabras lo importante que era para mí?

—Señor, le estaba buscando, ¿no escuchó el celular? Tenemos una cita en quince minutos, o sea que hay que salir ya —me apremió Jack, que había aparecido para devolverme a la cruda realidad una vez más.

Mi agenda humana era la encargada de que el orden fuese lo primordial. No había ni un

momento que no supiese lo que tenía que hacer. Estaba todo meticulosamente estudiado para que, según saliese de casa, mi vida fuera en piloto automático. Pero lo peor es que me gustaba, y me sentía realizado teniendo todo tipo de problemas y obligaciones. Quizá esa era la pelea interna más difícil de afrontar, ¿es compatible el amor con las metas que uno se pone?

Si quería ser el mejor en lo que hacía, tenía que dedicarme a ello a tiempo completo. Y eso excluía al amor de una manera esencial. Pero sin Carmen creo que no podría vivir. Porque aunque no nos viéramos casi, o no compartiéramos muchos instantes, el mero hecho de saber que estaría en la cama cuando llegase a casa me valía para ser un hombre feliz. Pero ¿sería suficiente para Carmen?

Para: Vida
Hola!!!! No te desperté al irme porque estabas preciosa durmiendo. ¿Le apetece cenar conmigo, señora Sotomayor? ♥
10.38

Quizá esa no fuese la solución más acertada. Pero debía poner un poco de mi parte para volver a generar esa sinergia tan bonita que había entre ambos. Lo que me dijo Mady tenía pinta de ir en esa dirección. No pude dejar de darle vueltas al asunto desde que salí de casa.

De: Vida
Hola cariño. Cenar? Los dos solos? Fuera de casa? 😊😊😊
10.45

Su respuesta fue determinante para saber que nuestra relación se había convertido en rutina. Si te sorprende que tu chico te lleve a cenar es que hay algo que no va bien.

Para: Vida
Sí. Tú y yo.
10.47

Carmen era una mujer intuitiva. Sabía adaptarse con suma facilidad al entorno. Eso me gustaba, pero había veces que me impedía leer lo que de verdad escondía dentro. Y aunque sus expresiones hablaban por sí solas, tenía la capacidad de ser lo que yo necesitaba en cada momento. Si me veía agobiado, servía de bálsamo y sosiego. Si me encontraba triste o cansado, ella se volvía felicidad y sustento. Si tenía un día difícil, su comprensión y alegría me devolvían al mundo de los dichosos.

De: Vida
Pues si mi futuro marido tiene esta noche libre, estaré encantada de cenar con él ♥
10.50

A eso me refería antes cuando intenté explicar lo que era ella. El mensaje lo resumía a la perfección. Me quería. Me quería a pesar de todo. Y no debía ser tan idiota de quedarme esperando que su amor fuese eterno. Porque todos los fuegos, al final, si no se avivan terminan apagándose.

Los días se me pasaban volando. Una maquinaria que trabajaba a un ritmo vertiginoso y podía aplastarte en cualquier momento si no eras capaz de ir a la velocidad correcta. Cuando no te das cuenta de lo que vale el tiempo, tiendes a desaprovechar una época que jamás regresará.

—Jacky, por favor, anula todo lo que tenga a partir de las ocho. La señorita y un servidor nos vamos de cena.

Como si tuviera diez años, no me quedaba más remedio que avisar a mi niñera de cualquier cambio de planes. Eso me entristecía, pero debía aceptarlo y asumir el rol que me había tocado desempeñar.

—Tiene una cena bastante importante con los dueños de esa compañía china. Creo que debería asistir.

Él era la voz de mi conciencia. La perfección hecha persona. No daba un paso sin antes cerciorarse que el camino era el adecuado. Pero tanta perfección me resultaba demasiado

aburrida. Nada te podía sorprender si sabías en todo momento lo que iba a suceder. Y las mejores cosas son las que llegan sin esperar.

—Pues, Jack, vas a tener que decirles a los señores chinos que esta noche será imposible.

Entonces, cuando cambias los planes a alguien tan meticuloso, ves cómo su gesto se transforma y empieza a poner caras extrañas. Hubo un tiempo en que me encantaba hacerle de rabiar con situaciones como aquella.

—Pues, señorito, me parece una falta de responsabilidad por su parte. Pero, no se preocupe, ahora mismo informo del cambio.

Y salió del despacho con cara de indio cabreado. Últimamente venía mucho por la empresa y estaba más pendiente de mí que de costumbre. Desde que la prensa comenzó con el acoso y derribo, cuidaba mucho mi imagen y hacía lo posible para que no me agobiasen demasiado.

A las ocho en punto, di por finalizada la jornada laboral. Con toda la ilusión fui directo a casa en busca de mi acompañante para pasar lo que se vaticinaba como una velada preciosa.

Nada más entrar por la puerta, lo primero que me encontré fue a Mady, plumero en mano, limpiando compulsivamente. Esa mujer era como los conejitos del anuncio, ¡sus pilas no se agotaban jamás!

—¿Ve cómo es usted más listo de lo que parece?

—A ver. Qué te pasa ahora…

Pero la intuición me advertía del doble fondo de aquellas palabras.

—Pues, sencillo. Suba a su habitación para que se dé cuenta.

Sin esperar, le hice caso. Mientras subía por las escaleras, escuché una preciosa voz de mujer tarareando.

—¿Eres tú la mujer más bonita del mundo?

Sigiloso cual felino, me acerqué hasta ella. Estaba en el vestidor rebuscando entre su ropa.

—¡Ay! ¡Idiota! ¡Me has asustado! —Como un resorte se dio la vuelta al escuchar mi voz. Estaba en ropa interior y tenía la cama llena de ropa amontonada.

—Estás preciosa.

Su pelo estaba recogido con una coleta. Llevaba unas braguitas blancas y un sujetador a juego. Era tentación y deseo. Pero hasta eso se había perdido por culpa de mi aturdimiento laboral. No entendía cómo había dejado que sucediera algo así. Tenía la gran fortuna de compartir mi vida con la mujer más bonita del mundo y no sabía valorarlo.

—Pero ¿qué te pasa a ti hoy?

Mis insinuaciones le sorprendían. Me había acercado demasiado insinuándome de una manera bastante clara.

—¿A mí? Nada…

Cogiéndola por las muñecas, la llevé hasta el centro de la habitación. Allí había una mullida alfombra blanca. Con delicadeza acerqué mi nariz a su cuello. Ese olor no había cambiado en absoluto. Aquel que un día consiguió nublar mi razón. Aspirando con pasión impregné mis sentidos de ella. Carmen no hacía otra cosa que rendirse ante ese inesperado ataque.

—Cariño. Tu olor…

Mis labios impacientes comenzaron a recorrer su cuerpo. Sabía a perdición. Un manjar digno de reyes.

No tardé en obligarle a que se tendiera sobre ese acolchado lecho. Con su cuerpo estirado, me coloqué en uno de sus costados mientras la miraba con ansia. Estaba de rodillas, justo a su lado y ella no dejaba de observarme fijamente con un gesto difícil de descifrar. Su seriedad se mezclaba con una respiración agitada que me volvía loco. Entonces mi boca comenzó a deslizarse por todo

su cuerpo. Según la zona, se arqueaba y emitía tímidos gemidos a la vez que sus ojos se cerraban. Tenía un gusto dulce y salado. Una combinación perfecta capaz de apoderarse de los sentimientos más ocultos. Pero no podía evitar que mi lengua buscase sus zonas más íntimas. Poco a poco la intensidad iba en aumento. Al igual que su forma de jadear.

—Cariño…

Lo que parecía un juego se volvió una disputada batalla. Mis manos dejaban huella por donde pasaban. Era inevitable que mis dedos se clavasen con ansia en una piel tersa inductora de la lujuria y el deseo. Movido por la desesperación y la necesidad de hacerla mía.

—Pero… ¡Kilian!

Agarrando con fuerza su ropa interior y con un movimiento violento, se la rasgué. Acto inusual en mí que causó un efecto impactante: se le abrieron los ojos como platos, se incorporó un poco apoyándose en los codos y emitió un agudo sollozo. Se encontraba con las piernas abiertas y yo seguía en la misma posición: de rodillas, justo a sus pies. Deleitándome con la visión más sexual del mundo de los vivos.

—Eres mía, Carmen. No lo olvides.

A la vez que mis palabras se colaban hasta lo más profundo de su corazón, me introduje dentro de ella con firmeza y seguridad. Muy adentro. Tanto que su gemido hizo eco en el poco control que me quedaba. A partir de ahí, convertí su cuerpo en mi más preciado tesoro. Manejándola a mi antojo y apoderándome de sus sentimientos más íntimos. Con violencia pero con la suficiente delicadeza para hacer del dolor el placer más aterrador.

—Y lo vas a ser siempre.

Entonces sentí cómo su cuerpo comenzó a vibrar. Temblaba. Me había entregado su placer más preciado. Ese sentimiento que nadie es capaz de ocultar. Y yo tenía la suerte de poder disfrutar de ella entre mis brazos. Tiritaba como una chiquilla muerta de miedo. Había perdido el control. Me lo entregó todo. Me sentí igual que un artista cuando termina su mejor obra. Impactado por la belleza de una creación que, en lo más profundo de su alma, le pertenecía.

Después de aquel acto primitivo, nos duchamos juntos. Con la misma destreza que un experimentado alfarero, cubrió mi cuerpo con jabón.

El baño era uno de mis lugares favoritos. Poseía una inmensa ducha separada por un cristal del resto de la estancia. Al lado de un gran ventanal se encontraba la bañera de hidromasaje para tres o cuatro personas. Y en uno de los laterales, los sanitarios y un espejo que ocupaba toda la pared y del que salían dos grifos con sus respectivas pilas en forma de cuencos asiáticos. El color grisáceo de la piedra que adornaba las paredes le daban un toque frío y misterioso.

—Oye, venga, ¡mira qué hora es!

Carmen se salió antes de la ducha. Siempre me había gustado quedarme unos minutos disfrutando del agua tibia resbalando por mi cuerpo.

—Ya voy, ya voy. Por cierto, ponte unos vaqueros y una cazadora, que tengo una sorpresa.

Pude oír cómo se quejaba a lo lejos. La velada no podía haber comenzado mejor y debía continuar en la misma línea.

Una vez vestidos, y después de haberme preguntado un millón de veces cuál era la sorpresa, bajamos a la planta principal en busca de Jack. Había elegido unos tejanos desgastados, una camiseta blanca sencilla y muy corta de mangas y unas deportivas muy chulas de una prestigiosa marca de moda. ¡Ah! Y aunque todavía no la llevaba puesta, una cazadora de cuero marrón oscuro tipo aviador que le quedaba perfecta.

—¡Jacky! ¿Has reservado donde te dije?

Cuando le cambié los esquemas, también le pedí que reservase una mesa en un precioso

restaurante del que había oído hablar maravillas. No había tenido oportunidad de ir, aunque me habían invitado en varias ocasiones. Parecía estar muy de moda por aquel entonces.

—Sí, señor. Está todo listo. Tiene preparado el coche para cuando quiera, pero le tengo que advertir que si no salen pronto van a llegar muy tarde.

Se nos había echado el tiempo encima después del inesperado encuentro sexual. Pero, con una sonrisa pícara, pensé que ojalá fuese siempre ese el motivo por el cual me retrasase a cualquier tipo de cita.

—Oye, una cosa, ¿crees que arrancará alguna de las motos?

Al escucharme, tanto Carmen como Jack pusieron cara de sorpresa.

—Pues… no lo sé. Tendríamos que probar. Pero, no creo que…

—¿Podemos bajar a comprobarlo? —le interrumpí.

Al percatarse de mis intenciones, el testarudo sudamericano, sin oponerse ni pedir más explicaciones, nos condujo hasta un garaje que había en el sótano del edificio.

Las motos siempre habían sido una de mis grandes pasiones. Tenía una pequeña colección de motocicletas, pero casi no las usaba porque no había manera de convencer al señor cabeza cuadrada. Pocas veces me había dado una vuelta con ellas por las calles de la ciudad.

—¿Cuál de ellas es la que quiere? —preguntó Jack.

—Esa.

Carmen observaba sin abrir la boca y estupefacta al descubrir aquella faceta secreta.

Con el dedo señalé una preciosa bestia de carretera en color rojo y un par de franjas blancas. Era una Ducati último modelo. Una réplica exacta de la superbike con la que corrían el campeonato del mundo. Aquel artefacto era un despropósito de caballos desbocados.

Con cara de cabreo, mi guardián se acercó hasta un cajetín en el que estaban todas las llaves y escogió la que correspondía a la motocicleta elegida. Tenía cinco más, pero, sin ninguna duda, aquella era la joya de la corona.

Al accionar el dispositivo de arranque, el bronco sonido de aquel motor enfurecido ensordeció el silencio.

—¡Madre mía! Pero esto cómo puede sonar así —exclamó Carmen, asustada por el fuerte estruendo.

—¿Te importa traernos un par de cascos?

—Pero, vamos a ver, señor, usted sabe perfectamente que…

—Jacky, por favor. No vamos a ponernos a discutir esto. Te prometo que solo hoy.

Y como siempre que hacía algo que no le gustaba, intentó rebatírmelo para ver si había alguna posibilidad de convencerme. Pero esa decisión ya estaba tomada de antemano.

—Un día me dijiste que te gustaban las motos, ¿no?

Recordaba que en una de nuestras primeras conversaciones, comentó que le encantaba la velocidad y todo lo que implica esa sensación de libertad al ir surcando las carreteras de una manera tan salvaje.

—Sí, cariño. Me encantan. Pero creo que Jacky nos va a matar.

Porque su expresión era todo un poema. Arrugaba el morro y se le fruncía el ceño cuando hacía algo que no aprobaba.

—Aquí tienen. Pero, por favor, tenga mucho cuidado y esté pendiente del celular.

Todos los días de mi vida me hacía sentir como un chavalín que acaba de salir del cascarón. Tenía una edad como para no tener que estar dando explicaciones a todas horas y alerta del teléfono por si mi niñera quería saber de mí en cualquier momento, ¡qué desesperación!

Como yo no tenía la cabeza muy grande, a Carmen le valía uno de mis cascos y no hubo

problema para que se sintiera cómoda y segura con él. Abrochándonos bien la cazadora, todavía no había entrado el verano y hacía un poco de frío, nos subimos en aquella bestia de dos ruedas. No podía evitar que al sentir la potencia del motor bajo mis piernas se me pusiera el vello de punta.

—¿Lista?

Percibía el peso del cuerpo de mi acompañante recostado sobre mi espalda. Al ser una motocicleta deportiva, el copiloto se encontraba unos centímetros por encima de mí con las manos rodeándome y apoyadas sobre el depósito. No había nada que me resultase más sexi que una mujer sobre una motocicleta de gran cilindrada.

Al salir a la calle, algunos periodistas que permanecían apostados en la puerta del edificio se quedaron asombrados por el violento rugir de ese salvaje corcel rojo. Hoy iban a tener una labor muy complicada si querían seguirnos.

El trayecto hasta el restaurante fue un sinfín de emociones. Conducir la moto sorteando coches a gran velocidad me aportaba tantas sensaciones que no podría definirlas en una sola palabra.

—Esto es una pasada, cariño.

Al llegar a nuestro destino, después de aparcar la moto justo en la puerta, descubrí que a mi chica le brillaban los ojos más de lo normal. Aquella explosión de adrenalina quedó reflejada en su rostro.

—¡Tenemos que hacer esto más veces!

Su sonrisa era la típica que se te queda después de realizar algo que te remueve por dentro. Pocas cosas te pueden proporcionar las sensaciones que experimentas subido en un misil de esas características.

La expresión que reflejaba su rostro era la prueba de que nuestra relación seguía muy viva. Solo necesitaba un poco de combustible para que el motor que nos movía no dejase de funcionar.

Pasamos una velada increíble. Me recordó a las primeras veces que salimos juntos. Reaparecieron de nuevo todas esas preciosas emociones que se habían diluido por culpa del paso del tiempo. Una de las peores cosas que le pueden suceder a las parejas es la costumbre. Vamos asumiendo y normalizando que estar juntos es algo predeterminado. Un gran error que nos separa inevitablemente.

Carmen era fuego. Una de sus principales características era la magistral forma en que afrontaba la vida. La felicidad y el entusiasmo eran su motivo principal de vivir. Pero hasta eso se había ensombrecido por culpa de la maldita rutina y mi falta de atención. Los dos trabajábamos de sol a sol. Al principio cualquier momento era bueno para compartirlo y disfrutar el uno del otro. Pero sin saber por qué, eso se fue perdiendo haciendo que nuestra convivencia se convirtiera en algo mecánico y aburridísimo.

Mientras degustábamos una variada selección de dulces que nos recomendó el encargado del local, me entró la imperiosa necesidad de comunicarle lo que casi nunca tuve el valor de expresar.

—¿Sabes una cosa?

—Qué cosa.

—Eres lo más bonito que me ha pasado en la vida.

El salón estaba repleto de comensales. Nos habían situado en una pequeña mesa en un íntimo rinconcito. Pero al pronunciar aquella frase, tuve la ilusión de que nos habíamos quedado solos. Carmen me miraba fijamente con los ojos anegados de lágrimas.

—Te lo digo muy en serio, cariño. Y te pido perdón si no he sabido atenderte como mereces.

No pudo contener la emoción y comenzó a llorar con una deslumbrante sonrisa dibujada en su rostro. Sin importarme el lugar y la gente que nos rodeaba, me levanté para estrecharla entre mis brazos. Precisaba de ella y del calor de ese menudo y delicado cuerpo.

Al abrazarla se le escaparon las palabras más bonitas que me habían dicho. Un te quiero a tiempo puede ser el salvavidas que te ayude a sobrevivir en un mar bravo y repleto de adversidades.

—Te quiero, cariño. Te quiero muchísimo.

—Señora de Sotomayor, ¿nos vamos?

La cena había llegado a su fin. Fue como una brisa de aire fresco. Un vagón del que hacía tiempo nos habíamos bajado y volvimos a coger para recuperar nuestra alma aventurera. Las personas son como los teoremas. Solo tienes que prestar un poco de atención para conseguir descifrarlos. Pero, si te das por vencido, nunca encontrarás la solución que te lleve al esperado final. Y ella era una preciosa ecuación que como final tenía un único resultado: mi absoluta y más anhelada felicidad.

—Con gusto, señor Sotomayor.

Salimos del restaurante escoltados por uno de los encargados. Nuestra popularidad conllevaba ese tipo de situaciones. Te tratan genial en todos los sitios pagando un precio demasiado elevado: la discreción.

—Ha sido un placer atenderles, esperamos que todo haya sido de su agrado y vuelvan de vez en cuando a hacernos una visita.

Gracias a la perspicacia de Jack, antes de salir de casa, me dio un pequeño portatarjetas. Si no, no sé cómo hubiera podido pagar la cuenta. Mi vida era tan extraña que en muy pocas ocasiones había tenido que hacerme cargo de la cuenta de ningún sitio. Siempre había alguien cerca que se encargaba de ello. Ni siquiera sabía el funcionamiento de esos artilugios que la gente llamaba datáfonos. Tuvo que ser mi acompañante la que realizase el pago porque yo tenía ni idea.

—Ha sido todo perfecto. No dude de que volveremos. Muchas gracias.

Antes de salir nos entregó las cazadoras y los cascos. Justo en una pequeña antesala, que parecía el recibidor, nos enfundamos las prendas para combatir el aire que soplaba entre los rascacielos.

Al abrir la puerta, la realidad se presentó de nuevo en forma de decenas de fotógrafos y periodistas. Todo estaba siendo demasiado bonito, algo tenía que suceder que empañase esa perfecta noche.

—Kilian, please, one moment.

—Sir Sotomayor, here.

—Please, only one question.

—Is it true that they are getting married?

—What will be the next movie?

Entre el barullo, subimos en la moto como pudimos. Era tal el acoso que estuvieron a punto de tirarnos al suelo. Pero ni siquiera podía enfadarme. Aquello lo único que hacía era entristecerme.

—Please!!!! Be careful!!!

Al arrancar, el fuerte sonido consiguió apartar a los periodistas. Con destreza, los esquivé y dejamos atrás esas malas vibraciones. Porque si a mí me afectaban, no os podéis imaginar el mal rato que pasaba Carmen.

A doscientos metros, tuvimos que detenernos en un semáforo en rojo.

—Jolín, cariño, ¿crees que algún día nos dejarán tranquilos? —se quejó, levantándose la visera del casco.

—No lo sé, niña. La verdad es que no lo sé.

Antes de que se pusiera en verde, un coche se situó a nuestro lado con las ventanillas abiertas. Alertado por lo cerca que estaba, giré la cabeza por curiosidad.

—Agárrate, cariño.

Desplegando toda la potencia del vehículo, y en un acto imprudente, me salté el semáforo al percatarme que desde el asiento de atrás del coche, un hombre con una cámara intentaba grabarnos invadiendo nuestra intimidad de una manera que ya me pareció inaudita. La paciencia tenía su límite y aquello lo superó con creces.

—Kilian, tenemos que hacer algo para acabar con esto. Por favor —me pidió cuando llegamos por fin al patio de casa.

Con destreza había perdido de vista a los curiosos *paparazzis*. Aunque reconozco que la situación se me estaba escapando de las manos. Siempre había estado en el punto de mira de los medios de comunicación, pero aquello se estaba convirtiendo en un callejón sin salida. ¿Podría acostumbrarme alguna vez a aquel exagerado acoso?

Habíamos pasado una velada increíble. Rememoré la época maravillosa en la que nos mirábamos como si fuéramos lo único en el mundo. Mi princesa volvía a brillar como de costumbre y podía sentir esa envolvente aura de la que quedé prendado al conocernos. Pero, por culpa de situaciones como aquella, nuestra felicidad se veía empañada a causa de aquel acoso incontrolable. Me consideraba un hombre capaz de resolver todos los problemas. Nunca dudé de mi capacidad para afrontar las adversidades. Pero aquello superaba los límites del entendimiento. ¿Cómo salir de un bucle en el que la presión social supera tu forma de asimilar la vida?

Sin volver a hablar del tema, nos metimos en la cama. Lo que se presentaba como un broche perfecto para una velada increíble terminó siendo distancia y tristeza. Porque al acostarnos, tuve la maldita sensación de que Carmen se había vuelto a ir muy lejos.

Al despertar, vi a Carmen trasteando en el vestidor. Era bastante extraño porque, por regla general, si no había que trabajar, siempre me levantaba yo antes. Le gustaba dormir más que a los osos la miel.

—Buenos días, princesa.

—Buenos días, cariño.

Percibí su tono de voz muy apagado.

—¿Qué te pasa?

Al escucharme, vino hasta la cama y se sentó a los pies.

—No puedo más con esto, Kilian. Te lo prometo.

Esas palabras hicieron que me despertase de golpe. El impacto al oír «No puedo más con esto» fue terrible.

—¿Cómo que ya no puedes más con esto?

—Sí, cariño. Ya no aguanto más. —Parecía como si en cualquier momento fuese a romper a llorar—. Te quiero muchísimo. De verdad. Te quiero más de lo que nunca imaginé, pero te juro que ya no lo soporto más.

Anonadado, me incorporé, apoyando la espalda en la pared, para sentarme e intentar digerir lo que me estaba diciendo.

—Kil, yo soy una chica normal. Todo este circo que tenemos a nuestro alrededor puede conmigo. No soy capaz de ir de compras sin llevar una cámara pegada a mi espalda. No puedo salir a pasear con mi chico como una persona normal. Ni siquiera puedo centrarme en el trabajo

porque siempre hay alguien que cuestiona mi profesionalidad por culpa de esta relación. Los coches, las casas, el dinero, los barcos, ¡ser la mujer del joven más influyente del mundo! Todo esto es demasiado para mí, cariño.

—Pero, enana…

—No, Kilian. De verdad que no puedo más. ¿Y sabes lo peor de todo? —Sin contestar, esperé a que se respondiera ella sola—: Que no veo una solución a todo esto.

Intentando evitar las lágrimas, me miraba fijamente con un gesto de dolor que nunca había visto reflejado en su rostro.

—Carmen, entiendo lo que quieres decir. Incluso para mí, que soy el culpable de que todo esto esté pasando, es muy duro. Pero no nos queda más remedio que vivir con ello. Cuando comenzamos a salir juntos, los dos sabíamos perfectamente que esto podía suceder…

—Ya, cariño. Y he intentado que no me afectase, pero es imposible. Ni en mis peores pesadillas pude imaginar que nuestra vida se iba a convertir en un fenómeno social. Quiero volver a ser una chica normal, amor. ¡Quiero volver a ser feliz!

Y aunque no lo pretendiese, sus palabras eran como dardos envenenados. Su última exclamación me dejaba claro una cosa: que yo no era capaz de hacerla feliz. Y eso, inevitablemente, y más para alguien que estaba enamorado hasta la médula, era el mayor fracaso sentimental al que te puedes enfrentar.

—He decidido irme a España una temporada. Necesito estar con mi familia y apartarme de todo esto durante un tiempo.

Se estaba dirigiendo a mí como «Todo esto», dos palabras que hacían muchísimo daño.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

No podía creer lo que estaba oyendo. Era como si todavía no me hubiera despertado y estuviera teniendo una terrible pesadilla.

—Sí. Kilian. Te lo digo muy en serio.

De repente, se había convertido en una mujer fría. Una faceta desconocida que me tenía completamente estupefacto. Jamás percibí que pudiéramos llegar hasta ese punto. Ni siquiera pensé que nos íbamos a separar en algún momento de nuestra vida. Y podía recordar con claridad el día que le dije que lo único que quería es que fuera para siempre. Palabra que quizá sea demasiado como para soportar su peso.

—No sé qué decirte, niña.

Aquella inesperada noticia me dejó consternado. Fue demasiado impactante como para digerirla de golpe. Estábamos los dos en nuestra casa. En nuestra habitación. Donde habíamos logrado una sinergia digna de dos almas gemelas. Pero esa mañana, sin previo aviso, me quedé solo de nuevo. Aun estando ella allí, sentía la soledad como un sentimiento al que, sin invitarle, se cuela de improviso.

—Kilian, te juro que lo he pensado muchísimo. Sé perfectamente que tú no tienes culpa de nada. Incluso que no está en tu mano la solución a este problema. Pero creo que es lo único que puedo hacer para volver a encontrarme a mí misma.

Tan pronto terminó de hablar, se levantó y volvió al vestidor. Me sorprendía su frialdad y la forma de explicar lo que sentía. Tenía la sensación de que no conocía a aquella persona que me estaba hablando.

Me quedé unos segundos en la misma postura con la vista perdida en el hueco que había dejado en el colchón, intentado asimilar un razonamiento demasiado duro para ser real. Me estaba diciendo que se iba. Que se marchaba. Que me dejaba solo. Carmen abandonaba el barco en plena tormenta. Era tal la impresión que ni siquiera me dolía. Seguramente porque no podía

creer que todo aquello fuera verdad.

Sin volver a dirigirme a ella, bajé a la cocina. Eran las diez y media y Mady tenía un suculento desayuno listo para ser devorado. Conmocionado por la noticia, me senté a la mesa después de darle un cariñoso beso a la artífice de aquel maravilloso olor a pan tostado.

—¡Huy! Pero ¿qué bicho le picó a usted?

Mi cara debía reflejar la conversación anterior. Hay veces que somos incapaces de ocultar las heridas que sufre el corazón.

—Se va, Mady.

Todavía con la mirada vagando por el valle de la desdicha, lo único que pude decir fueron aquellas tres palabras.

—¿Cómo que se va? ¿Quién se va?

—Carmen.

Mientras me servía la comida, me observaba con cara de no entender nada.

—¿La señorita? Pero ¿se va adónde? Explíquese, *mijo*.

—Se marcha a su país, Mady. Vamos… que me deja.

Se quedó parada justo a mi lado.

—¡Qué dice! ¿Cómo le va a dejar? La señorita le quiere con locura.

—Sí. Sé que me quiere mucho, pero hay veces que el amor no es suficiente.

De mi boca salían las palabras más tristes que una persona puede expresar. Pero al mismo tiempo eran destructivamente ciertas. El amor no había sido capaz de vencer aquella batalla. El dinero, la fama, mi posición social volvían a ganarme la partida.

—No diga bobadas. No sé qué habrá pasado, pero ya verá cómo esto se le pasa pronto.

—No, Mady. Esto no es ninguna bobada.

Nos giramos sorprendidos por la repentina intromisión.

—Señorita…

—Bonita mía. Como le ha dicho Kilian, me marcho una temporada. Pero prometo volver muy pronto.

Ahora el que tenía unas ganas terribles de llorar era yo. En cuestión de horas habíamos pasado de querernos con locura a ser un par de desconocidos con cientos de recuerdos en común.

—Si me hace el favor, despídase de Jack por mí. Dígale que le quiero muchísimo.

Se encontraba en el marco de la puerta. Con una pequeña maleta cargada con todos esos preciosos instantes que vivimos juntos. Lo que seguramente no sabía era que dentro de ella también se llevaba un trozo de mi corazón.

—*Mijita*, por favor, no me diga eso. ¿Dónde va a estar mejor que aquí, con nosotros?

Yo permanecía inmóvil observando cómo la ilusión se escapaba de mi vida

—Les quiero. Nunca lo olviden. —Se acercó hasta ella y le dio un cariñoso abrazo. Al separarse, me miró—. Hablamos pronto, cariño. Te quiero.

Y me dio un beso que sabía a final.

—¿Pero te vas ya? ¿Cómo te vas? Déjame que llame para que te preparen el avión, por lo menos.

—Ves. No entiendes nada, Kilian.

Con lágrimas en los ojos, se dio media vuelta, cogió la maleta y se fue. Y a mí se me partió el alma en mil pedazos. No pude ni moverme del asiento. Estaba dejando marchar al amor de mi vida, pero mi cuerpo no fue capaz de reaccionar.

24

Desde su partida, los días carecían de sentido. La soledad había regresado sin llamarla. Al igual que la tristeza. El hogar se quedó desprovisto de esa vitalidad constante y necesaria. Pero, lo peor de todo fue que perdí la ilusión de hacer cualquier cosa. Me refugié en el trabajo. No me apetecía salir de casa si no era para ir a la oficina. Me sentía tan culpable que no era capaz de asimilarlo. Porque achacaba esa gran pérdida a todo lo que tenía que ver conmigo. Y me planteaba si alguna vez podría mantener a alguien a mi lado sin que el ambiente que me rodeaba lo arruinase todo. Con preguntas como aquella me torturaba constantemente.

Pero la vida continuaba. Y las horas se sucedían sin que mis problemas importasen. Yo era el único responsable de todo lo que me pasaba. Y de no saber manejar las riendas de ese corcel salvaje en el que un día me monté sin tener claro si iba a conseguir domarlo.

No habíamos vuelto a tener contacto. Su tozudez ascendía a límites insospechados. Se fue sin darme las explicaciones necesarias para entender el porqué de tan inesperada reacción. Lo meditaba casi a diario. Y no podía creer que simplemente hubiera sido por ese acoso mediático al que nos sometían los periodistas. Tenía que haber algo más. Eso me pesaba y atormentaba sin cesar.

Jack y Mady hacían todo lo posible para sacarme de ese pozo en el que parecía sumido. Pero, de nuevo, la vida me había asestado un duro golpe dejándome casi KO.

—Kilian, ¿cómo estás?

Nada más descolgar el teléfono, reconocí la voz que estaba al otro lado.

—Hola, pequeña. Bien. Y tú, ¿dónde andas?

—En Londres. Aquí sigo sin parar. ¿Estás bien de verdad?

No demostraba esa felicidad a la que me tenía acostumbrado.

—Pues… ahí vamos.

—Venga, no te andes con rodeos. Hablé con Carmen ayer.

Dakota me conocía a la perfección y sabía cómo me podía encontrar. Porque aunque siempre había mantenido una imagen de chico duro al que parecía que nada le afectaba, con mi tono le bastaba para darse cuenta de cómo me sentía.

—Pues si hablaste con ella, imagino que te habrá contado, ¿no?

—Sí, pero eso me da igual. Yo quiero saber cómo estás tú.

El despacho se me hacía inmenso. Y lo único que me devolvía a la realidad era trabajar sin descanso para no pensar en nada más que no fuese la empresa.

—Se ha ido, Daki. Pero lo peor es que todavía no soy capaz de entenderlo.

—Ya. Ya me dijo que había vuelto a su casa.

—¿Y te explicó a ti el motivo?

—¿Pero no hablasteis nada antes de que se marchase?

Mi amiga demostraba la misma incredulidad que yo desde el día en que Carmen decidió hacer las maletas.

—Prácticamente no. Lo único que me dijo es que no soportaba la vida que llevábamos.

—Me quedo loca. Pero ¿cómo se va a ir sin decirte nada? Y tú ¡mendrugo! ¿No hiciste nada para impedir que se fuera?

Si lo pensaba bien, aquel día no supe reaccionar. Fue tal la consternación que no pude ni levantarme de la banqueta. Me quedé helado, abducido por una manera de actuar tan fría como esas palabras que salieron de su boca.

—Vamos a ver, Kilian. Ayer, cuando hablamos, parecía estar muy jodida. La he notado muy

rara.

—Pero ¡¿qué te dijo?!

—Pues que no aguantaba esa vida. Vamos, en resumen, que no tenía vida. Y que tú no hacías más que trabajar y no te dabas cuenta de nada.

—¿Que no me daba cuenta de nada? Dakota, te juro que no percibí nada extraño como para tener que preocuparme. Nunca me habló de esto. Ni siquiera me lo hizo sentir. Cierto es que nuestra vida se había convertido en una rutina bastante monótona. Pero los dos estábamos metidos en nuestro trabajo y pensaba que ella era feliz haciendo lo que creía que le gustaba.

—Kil, déjate de tonterías. A ella le gustabas tú. No tu vida, ni lo que puedas representar. Ella te quería a ti como persona. Eres muy idiota, y es verdad. No te has dado cuenta de nada.

Dakota me hacía plantearme si en realidad no había sabido querer a la mujer de mi vida.

—Daki, ¡te lo digo en serio! Todo iba bien. Y cuando nos veíamos no daba ningún síntoma de que todo fuese tan mal como para tomar una decisión tan drástica.

—¡Pero vamos a ver! ¡Cómo que cuando nos veíamos! ¡Es tu mujer! No puedes decir «cuando nos veíamos». Se supone que si quieres a alguien necesitas de ella constantemente, ¿no? ¿Vivíais en la misma casa y no os veíais a diario?

—Sí. Claro que nos veíamos todos los días. Pero muchas veces yo llegaba muy tarde y ella estaba durmiendo. Y cuando me levantaba seguía durmiendo y me daba pena despertarla.

Echando un vistazo al pasado, quizá había muchos aspectos de la relación que no supe manejar. Porque eso que acababa de decir era una realidad llena de tristeza. Compartíamos la misma cama y no éramos capaces de vernos. Y no hablo de vernos en el sentido más estricto de la palabra. No era capaz de ver eso que estaba destrozándolo todo. Estaba tan cegado por la rutina que no me daba cuenta de que estaba distanciándome de lo más importante: mi amor.

—¿Te estás oyendo? Qué pena, Kilian. Carmen te quiere con locura. Y creo que te lo ha demostrado. Pero así, con esa forma de ver la vida que tienes, va a resultarte imposible mantener a alguien a tu lado. Para recibir, tienes que estar dispuesto a dar.

Mi amiga no tenía pelos en la lengua. Y me decía las cosas tal y como las sentía. Uno no consigue abrir los ojos hasta que no aparece alguien y lo hace por ti.

Después de colgar, habiendo escuchado ese montón de verdades, necesitaba hacer una reflexión para intentar ver, por mí mismo, todo lo que había hecho mal.

Me encontraba en el lugar donde pasaba la mayor parte de mi vida. Rodeado de obligaciones y quehaceres que ocupaban demasiado espacio. Y lo más triste es que nadie me exigía permanecer allí tanto tiempo. Yo solito me había metido en ese berenjenal pensando que era imprescindible. La empresa funcionaba a la perfección antes de estar yo. Y seguiría haciéndolo aunque no estuviera. Mi progenitor había elegido un gran equipo humano que se encargaba de ello. Aunque ese sentimiento de querer perpetuar lo que papá logró estaba consiguiendo que me olvidase de vivir mi propia vida, cayendo en el gran error de pretender vivir la suya. José Sotomayor solo había habido uno.

Entristecido, y después de hacer un exhaustivo análisis de lo que había hablado con Dakota, decidí concluir mi jornada laboral. Tanto pensar me había provocado un fuerte dolor de cabeza.

—Simón, por favor, ¿puedes llamar a Jack para que me preparen la lancha?

Hacía frío, no era una buena época para salir a navegar, pero necesitaba aislarme del mundo y perderme por algún lugar en el que nada perturbase mi tranquilidad.

Antes de ir al embarcadero, pasé por casa para cambiarme de ropa y coger alguna prenda más acorde con la temperatura. El traje no era lo idóneo para salir a alta mar.

—Señor, ¿está seguro de lo de la lancha? Hace un tiempo bastante complicado.

Cómo no, la voz de mi conciencia actuaba siempre que había algo que le rechinaba.

—Sí, ¿te vienes?

Aunque la intención era disfrutar de la calma y la soledad del océano, se me ocurrió proponer a Jack que se viniera conmigo. Quizá él tuviera algún buen consejo para entender esa pesadilla que me estaba tocando vivir.

—Señor, sabe que a mí no me gustan nada ese tipo de cachivaches.

—Venga, vamos. Nos seas gruñón.

Al final, y tras mi insistencia, accedió. En el fondo, sentía la debilidad que ese hombre tenía por mí. Y más al verme totalmente derrumbado.

El cielo estaba cubierto por un manto gris. La temperatura no era la indicada para salir a mar abierto, pero gracias a unas prendas de abrigo diseñadas especialmente para ese tipo de actividad nos sería más llevadero aguantar las inclemencias meteorológicas.

—Señor, como este cacharro no deje de menearse, voy a echar hasta la primera papilla.

El mar estaba encrespado. No en exceso pero lo suficiente como para que la embarcación se zarandease con viveza. Para alguien que no está acostumbrado podía resultar un tanto incómodo. Y la cara de Jack era el vivo ejemplo.

—Mira.

Mientras nos alejábamos de la costa, me giré para deleitarme con las espectaculares vistas. Los altísimos rascacielos se escondían tímidos entre las nubes y servían de carta de presentación a una ciudad que reflejaba poder y bonanza. Aquella magnánima urbe era capaz de sorprenderte una y mil veces.

—Todavía recuerdo el día que llegué.

Ya tenía conocimiento de esa historia pero me encantaba escuchar la voz de aquel hombre mientras me contaba alguna vivencia pasada. Su voz me tranquilizaba. Desde muy pequeño lo hacía. Hubo una época que me quedaba dormido embelesado por ese tono grave parecido al de un narrador de cuentos.

—Si me hubiera visto. —Sonreía mientras observaba la ciudad con añoranza—. Nunca había estado en un lugar así. O sea, imagínese. Todo, absolutamente todo, me dejaba embobado. Llamaba a Mady a diario para contarle hasta el mínimo detalle.

Aquel hombre dejó su tierra para intentar labrarse un futuro. No sabía con certeza el tiempo que llevaba en los Estados Unidos, pero, haciendo un cálculo a ojo, entre veinte y treinta años seguro.

—¿Y sabe una cosa? —seguía hablando con la vista perdida en el infinito—. A los pocos meses de estar aquí, me topé con un buen hombre que me ayudó sin conocerme de nada.

Permanecíamos acurrucados en un pequeño espacio que tenía la lancha en cubierta, donde nos podíamos resguardar del frío viento.

—¿Quién?

—Su padre, *mijo*.

Nunca habíamos hablado de eso. En alguna ocasión me contó sus comienzos en la ciudad de los rascacielos, pero jamás mencionó nada que tuviera relación con mi familia. Siempre cuidaba sus palabras porque sabía que los recuerdos, a veces, duelen. Pero, en ese momento, me apetecía muchísimo escuchar aquella historia.

—Era muy joven. Y demasiado inocente para sobrevivir en un sitio como ese —dijo, señalando con el dedo la ciudad—. Vivía a las afueras en un piso de dos habitaciones, que compartía con seis personas. E iba subsistiendo con trabajos temporales que me daban lo justo para pagar la renta, unos pocos frijoles y mandar algo a mi país. —El cielo se abrió con timidez,

agradeciendo el calor de unos asustadizos rayos de sol—. Una mañana, recuerdo que era invierno y no podía estarse en la calle del frío que hacía, mientras repartía panfletos de un restaurante de comida mexicana, vi cómo una mujer mayor, con aspecto de vagabunda, resbalaba en plena calle porque las aceras estaban cubiertas por una gruesa capa de hielo y nieve. *Mijo*, nadie fue capaz de detenerse a ayudarla. La gente pasaba a su lado como si tal cosa. No podía creer lo que estaba viendo. No entendía por qué todas esas personas ignoraban a la mujer, e incluso la esquivaban para continuar su camino.

No me imaginaba cómo sería Jack de joven. Siempre le recordaba igual: con ese traje, su camisa blanca y el mismo gesto imperturbable. Parecía haber hecho un pacto con el diablo porque seguía exactamente igual que el primer día que le vi.

—No podía quedarme quieto viendo a esa mujer allí tendida —continuó—. O sea que me acerqué aprisa, dejé los papeles de propaganda en el piso e intenté socorrerla. La mujer era muy corpulenta y no había manera de levantarla yo solo. Pero, y aunque todo el mundo estaba viendo que no era capaz, parecía no importarle a nadie. Y, de repente, de un lujoso coche negro que estaba aparcado muy cerca, salió un hombre bien engalanado y me echó una mano con aquella mujer.

Hay personas que están destinadas a cruzarse en tu camino. Y Jack había sido una de ellas para mi padre. Imaginaos lo que hubiera cambiado mi futuro si ese día no se hubieran encontrado.

—Después de ponerla en pie y ver que se encontraba bien, el hombre sacó de su billetera un puñado de dólares y se los dio. No podía creer que le regalase esa cantidad de dinero. Kilian, con esa plata me hubiera solucionado casi un mes de trabajo. La mujer tampoco daba crédito y se lo agradeció con muchísimo afecto. ¡Se dieron un abrazo precioso! Pero, *mijo*, lo que más me llamó la atención no fue la generosidad de aquel joven, no. Lo realmente increíble fue cómo estrechó entre sus brazos a aquella vagabunda, sin importarle el aspecto y la evidente falta de higiene. Ahí, justo en ese instante, me di cuenta de que su papá era muy especial.

Sus palabras me emocionaban. No podía evitar sentir muy fuerte cada vez que escuchaba hablar a alguien de él.

—Pero… y ¿cómo volvisteis a tener contacto? ¿Cómo terminaste trabajando con él? ¿Os volvisteis a encontrar?

—El destino, *mijo*, el destino.

—Venga, Jacky. Cuéntamelo, no te hagas el remolón.

La historia no me podía estar gustando más. Rememorar el nombre de mi padre de aquella manera tan bonita me hacía olvidar todos los problemas.

—Pues… a los dos o tres días, no recuerdo bien, mientras seguía repartiendo la propaganda muerto de frío, en la misma esquina, su padre se me acercó, apareciendo de la nada, y se quedó mirándome. Al principio pensé que sería un loco más de aquella extraña ciudad, pero, a los pocos segundos, se dirigió a mí con mucha educación. «Perdón, ¿le puedo hacer una pregunta?», me dijo. «Sí, claro». «¿Cuántas horas pasa aquí vestido de esta manera?». Todavía no había ganado el dinero suficiente para comprarme una buena cazadora. Me ponía todos los jerséis que tenía para poder soportar el gélido invierno neoyorquino. *Mijo*, le aseguro que llegaba a casa y no sentía la mayor parte del cuerpo. Fue una época muy muy dura.

—Bueno. ¿Y qué le contestaste?

Nos habíamos alejado un poco de la costa y se veía perfectamente buena parte de la maravillosa arquitectura de Nueva York. Jamás me cansaría de observar algo tan mágico.

—Que estaba más de diez horas diarias. Pero la verdad es que me quedé bastante cortado y

no fui demasiado explícito. Todavía actuaba con mucha cautela por el desconocimiento de vivir en un sitio nuevo. Al principio, me generaba mucha desconfianza esta ciudad. Tanta gente de diferentes lugares del mundo, coches por todos lados, esos enormes edificios… Estaba tan asustado que no me fiaba de nadie.

Me resultaba curioso oír eso de su boca. Jack parecía controlarlo todo. Y su carácter para nada dejaba entrever eso que decía.

—¿Y qué te dijo papá?

—Me ofreció trabajar con él. Y aunque no me fiaba ni de mi sombra, vi algo en aquel desconocido que me hizo confiar.

Y me explicó con detalle cómo fue ese primer contacto y el comienzo de una relación que perduraría para siempre. La lealtad que demostraba al hablar de mi padre hacía que se me pusiera la piel de gallina. Jack era un hombre fiel, no cabía la menor duda.

—Señor Sotomayor, creo que es hora de volver.

Los días, en esa estación, eran muy cortos. El sol se escondía asustado por el frío invernal, aunque ya asomaba con timidez la primavera. No quedaban muchas horas de luz, por lo que la decisión del capitán de la embarcación parecía la más acertada. Habíamos pasado una agradable tarde y más después de sentir cómo aquel hombre se sinceraba conmigo y me mostraba su parte más humana.

Al llegar al embarcadero, pudimos observar cómo las luces se iban encendiendo para alumbrar una ciudad que vivía sin descanso.

—Y, una cosa, señor, ¿va a ser usted tan idiota para perder a esa mujer?

Con sutileza, me dio su más sincera opinión con respecto a mi relación con Carmen en tan solo una pregunta. Jack era igual de cariñoso que un cactus, pero, sin saber por qué, se le notaba en su expresión que ella había conseguido abrir una brecha en ese corazón acorazado.

—Soy muy idiota, ¿verdad?

—Mucho, señor. Mucho.

Había pensado que mantendríamos una interesante charla acerca de la repentina partida de mi chica. Incluso imaginé que podría guiarme con algún buen consejo que me daría. Pero, como era habitual en él, seguía deleitándome con esa peculiar forma de decir las cosas. Resumió todas mis preguntas e inquietudes en una sola frase. Bueno, más bien, en una sola palabra: idiota.

El tiempo sin ella iba a cámara lenta. Parecía estar viviendo una película en *slow motion*. Mi hogar, en el que la soledad me proporcionaba la calma necesaria para afrontar la vida, ahora pesaba como una gran losa. Ya no había abrazos bonitos, ni sonrisas que te dejaban sin habla. Ya no había mañanas llenas de ella, ni despertares preciosos con olor a mujer y cariño. Realmente, ya no había nada. Y esa misma sensación de vacío era mi única compañía.

Sentado en la cama, después de haberle dado mil vueltas a la triste pregunta de Jack, fui más consciente que nunca de quién era, dónde me encontraba y muchos aspectos de mí en los que jamás había pensado fríamente.

Desde esa postura, veía la enorme terraza en la que pasé tantos ratos maravillosos durante mi infancia. Todavía conservaba esas dos porterías que papá mandó instalar para disfrutar de la felicidad de un crío que jugaba a la pelota. Porque mi felicidad era la suya. Todas aquellas plantas que mamá cuidaba con sus propias manos como si fueran un preciado tesoro. Y esas altas palmeras que, inexplicablemente, soportaban el duro clima de aquel lugar llamado Manhattan.

Allí había sido feliz. Tuve todo lo que un niño puede desear. Sentí tanto amor que era imposible recordarlo sin emocionarme. Pero también sentí dolor. Tristeza. Soledad. Desamparo. Y mucha, mucha rabia.

Cuando parecía que había conseguido estabilizar mis emociones, aparece una mujer maravillosa que con una simple mirada hace que el mundo gire con más intensidad. Lo llena todo de color y expectativas. Vuelvo a percibir esa sensación de vértigo que te asusta pero te atrapa al mismo tiempo. Y comienzo a vivir una historia digna de un cuento de hadas. El amor reaparece en forma de mujer. Unos ojos infinitos que te dicen que nada podrá ir mal a su lado y que jamás dejará que te sientas solo de nuevo. Entonces, la estupidez del ser humano entra en escena como un huracán que arrasa lo que coge a su paso. Entre ello el amor y la felicidad. Ahí, justo en ese instante, sientes que la vida puede ponerse muy puta. Que la felicidad hay que cuidarla. Que las cosas no duran si no estamos pendientes de ellas. Y que el amor igual que sana, mata.

Después de escuchar varios tonos, saltó el contestador de su teléfono móvil. Me apresuré a dejar un mensaje.

—Hola, cariño. Ya han pasado demasiados días sin ti. He esperado todo este tiempo para ver si recapacitabas sobre lo nuestro. Pero ya veo que tu decisión es firme y no tiene pinta de cambiar. Quiero pedirte perdón. No tuve la oportunidad de hacerlo. Todo sucedió tan rápido que no he sido capaz de asimilarlo hasta que he sentido tu ausencia de verdad. Me gustaría volver a intentarlo. Que me dieras una oportunidad para enmendar ese error que consiguió acabar con nuestra relación. He sido muy egoísta. Lo sé. Y muy estúpido. Pero a veces necesitamos que alguien nos abra los ojos para darnos cuenta de que no sabemos querer a alguien que lo hace incondicionalmente. Te necesito, pequeña. Te necesito más de lo que nunca imaginé. Un beso enorme.

Quizá mi mensaje se perdiera en el olvido pero, como bien dijo Jacky, no podía dejar escapar a Carmen sin intentarlo al menos. Me parecía una actitud muy cobarde. Abandonar todo eso que me llenaba de felicidad por el orgullo de no dar mi brazo a torcer. No era menos hombre por expresar lo que mi corazón gritaba a los cuatro vientos.

Pasaron unos cuantos días sin obtener respuesta. Y eso me generaba más dudas aún. Porque aunque era consciente de que no había hecho las cosas bien, tampoco creo que mereciese un trato tan despectivo. Ignorar a alguien puede ser mucho más doloroso que todos los insultos del mundo. Aquello me extrañaba y me enfadaba. Era un sentimiento tan contradictorio que se escapaba a mi entendimiento. Por un lado la quería con locura, pero, por otro, y debido a este extraño comportamiento, la odiaba porque me trataba como si fuera un completo desconocido. ¿Tan mal lo había hecho?

Las dudas son el peor enemigo del ser humano. Hacen que te cuestiones y generan un puñado de inseguridades que, poco a poco, van minando tu integridad como persona. Y más cuando creíste que todo iba bien. Carmen fue el epicentro de mi mundo. Yo giraba en torno a ella como los planetas orbitan alrededor del Sol. O eso pensé. Pero después de sacar mil conclusiones, obtuve una que seguramente sería la más acertada: el sol era yo mismo. Y ella no era más que uno de esos planetas que intentaban seguir mi estela.

Así pasaba las horas muertas. Divagando sobre el porqué e intentando buscar un motivo coherente que me dejase seguir respirando. Todo lo demás se reducía a trabajo, trabajo y más trabajo.

Después de escuchar unos cuantos golpes, la puerta del despacho se abrió despacio y oí la voz de una mujer al otro lado. Era raro que la secretaria no me hubiera alertado de esa visita.

—¿Se puede?

—Sí, claro. Adelante.

—Hola, Kil.

—¡Daki! ¿Qué haces aquí? —exclamé, extrañado al descubrir la inesperada aparición de mi amiga. Sin embargo, la expresión de su rostro no me gustó nada.

Con parsimonia se acercó hasta la mesa. Solo con mirarla sabía que algo no iba bien.

—Dakota, ¿vas a decirme qué te pasa?

Asustado por su actitud, me puse en pie y fui hasta ella. Su comportamiento en una situación normal hubiera sido entrar sin avisar y tirarse a mis brazos como si fuera un monito. Todo ello acompañado por una gran sonrisa y la alegría de una persona que ve la vida llena de colores.

—¿Daki? Venga, no me gustan estas bromas.

A escasos centímetros de ella, me quedé inmóvil esperando una respuesta.

—Carmen…

Y sin saber por qué, y antes de que dijera nada, había presentido que el motivo de tan inusual visita era porque le había pasado algo a mi pequeña. El corazón me latía dentro de mi pecho, desbocado cual caballo salvaje.

—¡Qué! ¡Carmen, qué! —Sin querer mi tono de voz se volvió arisco y desproporcionado.

—Kilian, ha intentado suicidarse.

Sus lágrimas fueron el renacer de las mías. Y esa maldita frase el mayor temor al que te puedes enfrentar. El mundo se derrumbó en un solo suspiro y miles de fotogramas con mi princesa se convirtieron en una terrorífica película imaginaria.

—¿Cómo que ha intentado suicidarse? Dakota, por favor, explícate.

—Sí. Ayer me llamó una amiga y me lo dijo. He llamado varias veces a su teléfono pero está apagado y no tengo el número de nadie de su familia para enterarme bien de qué ha pasado o cómo se encuentra. Cogí el primer vuelo según me enteré.

Dicen que siempre que las cosas van mal, pueden ir mucho peor. Me hubiera esperado cualquier reacción por su parte, pero nunca sospeché que haría algo tan descabellado. ¿Suicidarse? ¿Por qué? ¿Qué capítulo me había perdido de mi propia vida para no enterarme de nada de lo que estaba pasando?

La noticia me dejó exhausto. Inmóvil. Perplejo. Ni siquiera pude abrazarme a la persona que siempre me había servido de consuelo. Fue tan impactante que mi cuerpo se olvidó de emitir señales. Me encontraba en una especie de limbo en el que las sensaciones no terminan de ser reales.

—¿Kilian? ¿Me escuchas? —No oía nada. Solo tenía una cosa en la cabeza: Carmen—. ¡Kilian! ¡Por favor!

Cuando recuperé la noción del tiempo, la pequeña india se encontraba a mi lado zarandeándome con los ojos arrasados en lágrimas.

—No puede ser, Daki. No puede ser.

Generamos un mecanismo de defensa para las cosas que no somos capaces de asimilar o que nos superan. Y aquello fue demasiado duro para poder digerirlo sin antes rechazarlo.

—Espabila, Kil. Tenemos que hacer algo.

Necesitaba sentarme y pensar. Dejar a un lado los sentimientos e intentar elaborar un plan para cerciorarme de que aquello era cierto. Habíamos hablado pocas veces de su familia o de su entorno. Parecía tener cierta animadversión a su pasado. Pero nunca lo tuve en cuenta y no le di la importancia que realmente tenía. Solo me limité a esperar que un día me contara el porqué de tanto misterio. Quizá, en el fondo, nunca llegué a conocer a la persona con la que compartía mi vida.

—¿Por qué no llamas a tu amiga a ver si sabe algo más?

Mientras Dakota recababa información, me senté para tranquilizarme y pensar la forma de

averiguar algo de lo acontecido.

Si lo analizaba bien, nuestra relación había sido un tanto peculiar. En ese momento, y viéndolo con distancia, no saber casi nada acerca de la que iba a ser mi futura esposa me parecía una incongruencia inmensa. Yo podía tener parte de culpa por no haber indagado o preguntado más, pero ella siempre esquivó con mucho arte cualquier pregunta o situación que pudiera desvelar algo de su pasado. No sé por qué no me sorprendió nunca esta cuestión.

En ese momento, recibí una llamada de Jack. El día había comenzado de una forma aciaga, y parecía que iba a complicarse más. Seguro que aquella llamada estaba relacionada también con Carmen.

—Señor, necesito que venga a casa lo antes posible —me pidió.

Sin dilación hice caso a sus palabras. En el coche Dakota intentaba averiguar algo más sobre lo que había sucedido.

Las malas noticias son como pesadillas que tienes estando despierto. Quieres que no sean reales y que alguien te despierte para volver a la normalidad lo antes posible. Así me encontraba mientras decenas de hipótesis descabelladas se sucedían por mi mente como enemigos que quieren acabar con tu cordura.

—Esta chica me dice que está en Los Ángeles y que, por lo visto, se tiró por el balcón de la *suite* del hotel en el que estaba alojada. No entiendo nada, Kilian.

Al colgar el teléfono, y con el rostro desencajado, me dio los datos que había averiguado. Ella no entendía nada, pero yo menos aún. Parecía estar metido en una maldita película de ciencia ficción. ¿Qué le había llevado a hacer algo así? ¿Cómo que estaba en Los Ángeles? Eran tantas las preguntas que mi cerebro se había quedado completamente en blanco.

En el patio de casa nos esperaba Jack con la misma expresión con la que minutos antes había aparecido Dakota. Era la maldita mañana de los misterios.

—¿Qué pasa, Jacky?

Nada más bajar del automóvil, vino hacia nosotros y me entregó unas hojas.

> Conocida actriz española intenta suicidarse.
>
> Novia del joven multimillonario Kilian Sotomayor, salta al vacío desde la habitación de su hotel en L. A.
>
> Carmen Silva, la joven actriz se debate entre la vida y la muerte en el hospital Central de Los Ángeles.
>
> Inesperado intento de suicidio de la actriz Carmen Silva.

Todos los folios contenían el mismo mensaje. En algunos detallaban un poco más la noticia, pero el grueso era similar. Leerlo fue mucho más duro que escuchar a Dakota. Y aun teniéndolo frente a mis ojos, seguía sin creerlo.

—Jack, por favor, diles que preparen el avión lo antes posible.

La decisión estaba clara. En lo único que pude pensar fue en ir a Los Ángeles lo antes posible.

La fecha del suceso era del día anterior, a primera hora de la mañana. O sea que, por lo que imaginé, llevaría en el hospital más de un día y medio. El trayecto hasta California era de seis horas, más o menos. Si partíamos de inmediato, esa misma noche podría estar allí con ella.

—Voy contigo —dijo Dakota.

—Claro, pequeña.

Una vez más estaba a mi lado en los momentos más duros. Porque, aunque no lo quería pensar, tenía que irme preparando para lo peor. Si bien hasta que no estuviera allí no quería sacar conclusiones precipitadas.

En menos de dos horas, mi eficaz secretario tenía todo listo para poner rumbo hacia la ciudad de las palmeras. Evidentemente, él también vendría con nosotros.

Durante todo el viaje el silencio fue inevitable. Ninguno se atrevía a abrir la boca porque las palabras podían despertar sentimientos muy dolorosos. Pero mi mente no sabía discernir esa

información. Era un pensamiento único y constante. Y el futuro se presentaba como ese fantasma con el que sabes que no puedes luchar. ¿Sería capaz de asumir otra pérdida tan importante? ¿Había sido yo el culpable de aquella atrocidad?

—Señor, ¿necesita algo? —se interesó Jack.

Mi fiel guardián permanecía siempre cerca y muy atento a lo que yo precisara. Se me había olvidado lo que era volver a sentir miedo. Mis manos temblaban sin control y mi mente volaba por el valle del desaliento. Es increíble cómo en situaciones críticas el cuerpo genera un sistema de defensa dejándote en una nube permanente. Me costaba reaccionar, incluso perdí la capacidad de escuchar lo que tenía alrededor.

—Señor, señor, ¿se encuentra bien?

Su insistencia me devolvió al mundo de los vivos. En el avión íbamos Dakota, Jack, dos hombres del equipo de seguridad, la secretaria de Jack y yo. Pero si cerraba los ojos podía parecer que viajaba completamente solo. El único ruido que se escuchaba era el leve zumbido de los motores.

—Sí, Jacky. No te preocupes, gracias.

Intentaba mantener esa imagen neutra para dar la maldita sensación de controlar mis emociones. Aunque por dentro no controlaba nada.

Antes de que volviera a su asiento, se me escapó una pregunta que me atormentada.

—Jack, una cosa —hablaba entre susurros para que no me escuchasen los demás—, no la perderemos, ¿verdad?

Tenía un nudo en el estómago y una fuerte presión en el pecho. Me costaba muchísimo respirar.

—*Mijo*, eso ya no depende de nosotros. Ahora todo está en manos del de arriba. Pero le puedo asegurar que las personas como ella no se rinden fácilmente. Seguro que se pondrá bien.

Siempre tenía palabras de aliento para darme ánimos en los momentos más difíciles. Pero por mucho que me dijesen, y aunque mi pregunta buscaba esa respuesta, sabía que me esperaba una situación muy complicada.

Por fin llegamos a Los Ángeles. En el aeropuerto nos esperaba una furgoneta para trasladarnos hasta el hospital. Con impaciencia, me dirigí al conductor para que nos llevase directamente y con la mayor rapidez posible.

Hacía un día gélido y lluvioso. Además la noche se había adueñado de la claridad a la vez que de nuestros corazones. Todos teníamos cara de pocos amigos.

Al llegar a la puerta, la presencia de periodistas hizo que me pusiera mucho más violento. Ni siquiera respetaban un momento tan duro como aquel.

—Por favor, Jacky, mantenedlos lo más lejos posible.

No iba a soportar lo más mínimo. Pero irremediablemente las preguntas se sucedieron clavándose en mi pecho como decenas de cuchillos afilados.

—Kilian, un segundo, ¿cuál es el estado de su chica?

—Señor Sotomayor, ¿qué cree que le llevó a hacer algo así?

—¿Siguen manteniendo relación de pareja?

Como esas, fui oyendo una oleada de cuestiones que me causaban un dolor muy profundo. Y aunque mis chicos los mantuvieron a una distancia prudencial, el sonido de los *flashes* me taladraba el alma.

Nada más entrar, nos dirigimos al mostrador de información. El enorme vestíbulo estaba bastante concurrido. Odiaba esos lugares e intentaba ir lo menos posible. Solo con el olor se me revolvía el estómago.

—Perdón, pregunto por la señorita Carmen Silva.

A escasos metros de Jack, estaba pendiente de lo que el hombre que había tras el mostrador le decía. Según me iba aproximando y sintiendo su presencia, los nervios se incrementaban de una forma demasiado violenta.

—¿Son familiares?

—No… bueno, más o menos. Él es su pareja.

Girándose me señaló con la mirada para aclarar las dudas del recepcionista.

—La señorita Silva se encuentra en la unidad de reanimación y en este momento no se aceptan visitas, pero pueden permanecer en esa sala de espera por si surge alguna novedad.

El lugar en el que dijo que se encontraba tenía un nombre que daba miedo.

—¿Y no podemos hablar con alguien que nos diga el estado en el que se encuentra?

—No. Eso no será posible. Solamente pueden acceder a esa información los familiares directos.

En este caso, el protocolo y el procedimiento de actuación hospitalario me importaban bien poco. Necesitaba saber algo de ella y que me aclarasen aquella terrible incertidumbre.

Sin poder evitarlo, me acerqué hasta el hombre con el que hablaba Jack.

—Sí, señor. Entiendo que esa sea la manera correcta de actuar. Pero, ahora, entiéndame usted a mí. Es mi futura esposa.

El recepcionista me miró sin mover un músculo. No tenía pinta de importarle mucho lo que le decía.

—Ya, caballero. Le comprendo perfectamente, pero las normas son las normas y contra eso no podemos hacer nada.

Mi enfado iba en aumento. Me crispaba la falta de humanidad de la gente en según qué situaciones. Le habíamos explicado la problemática con toda la educación del mundo. Solo necesitábamos que nos pusiera en contacto con el doctor que llevara a Carmen para saber, al menos, en qué estado se encontraba. Pero «las normas» eran tan importantes que parecía darle igual lo que una persona puede estar pasando en un momento tan crítico.

—Le pido, por favor, que me entienda. ¡Necesito saber cómo está!

Mis dos hombres de seguridad, al oírme subir el tono, también se acercaron hasta el mostrador.

—Y yo le pido que se tranquilice, señor.

La situación se me empezaba a escapar de las manos. La impotencia y la rabia eran más poderosas que la razón y el entendimiento.

—Kil, cariño, tranquilízate, que así no vamos a conseguir nada.

Dakota, cogiéndome la mano, desvió mi atención y me alejó de la recepción, mientras Jacky, que era mucho más comedido, se quedó hablando para intentar buscar una solución al problema.

—Dak, necesito verla ya.

Sin querer se me escaparon un par de lágrimas. Tenía un barullo sentimental tan grande que me costaba reconocer mi propio estado: triste, asustado, rabioso, enfadado…

A escasos metros de información, unas cuantas hileras de sillas permitían hacer la espera más cómoda a los que asistieran al centro.

—Ven, anda. Vamos a sentarnos ahí.

El calor de mi amiga no solo me tranquilizaba, sino que me servía de guía y aliento. Es muy difícil mantener la calma cuando toda tu felicidad pende de un hilo.

Los minutos parecían horas. La frialdad del lugar se te colaba hasta lo más profundo del alma. Y cuanto más tiempo pasaba, más suposiciones descabelladas generaba mi perturbado

cerebro.

Al rato, mi guardián se acercó con un señor vestido con una bata blanca. Raudo me levanté para saludarle.

—Señor, le presento al doctor Millner —dijo Jack.

—Encantado, ¿es usted el doctor de Carmen? ¿Cómo está? —No pude disimular mi ansiedad.

—Acompáñeme, señor Sotomayor —me pidió, sin contestar a mi pregunta.

Me hizo una indicación para que me dirigiera hacia una sala cercana al vestíbulo. Iba caminando tras él por aquellos pasillos, iluminados con esa terrible luz blanca y un fuerte olor a tristeza, y mi cabeza no dejaba de imaginarse lo peor. La esperanza se diluía según iban pasando los segundos.

—Quiero que sepa que vamos a hacer una excepción por tratarse de un caso tan particular. Hablé con el director del centro y me dio permiso para darles la información que solicitan. Lo único que le ruego es discreción absoluta.

Por fin, alguien con un poco de sentido común les había hecho entrar en razón, aunque seguro que Jack había echado mano de todos sus contactos para que nos proporcionaran información.

—No se preocupe, le prometo que no saldrá de aquí —le aseguró Jack.

En la estancia solo estábamos mi fiel compañero, el doctor y yo. Aunque parecía que estaban ellos dos solos, porque yo no era capaz de emitir sonido alguno.

—Les voy a hablar con total sinceridad. La señorita Silva, en este momento, se encuentra en estado crítico. Ha sufrido graves lesiones en varias partes del cuerpo debido al fuerte impacto, pero, sobre todo, hay una que es la de mayor gravedad.

Me daba la sensación de que la voz procedía de un lugar muy lejano. Incluso le miraba, pero no era capaz de enfocar la vista en un punto. Era como si estuviera viendo un filme distorsionado, en todos los sentidos.

—Pero, doctor, con claridad, ¿cree que se pondrá bien? —preguntó Jack, siendo consciente de lo afectado que yo podría estar.

—La intervenimos con carácter de urgencia y todo parece haber salido bien. Pero hay un contratiempo.

«Contratiempo» en boca de un cirujano sonaba mucho peor que viniendo de cualquier otra persona.

—¿Cuál?

—La lesión que ha sufrido en el cerebro, en principio, es incompatible con la vida. Pero necesitamos las siguientes veinticuatro horas para saber si reaccionará por sí sola. Ahora mismo lo único que podemos hacer es esperar.

La impaciencia era uno de mis peores defectos. Tal vez porque nunca había tenido que aguardar demasiado para conseguir las cosas. Llevaba fatal las esperas. Y más cuando la vida de la persona más importante de mi vida dependía de ello.

—¿Esperar? ¿Cuánto? ¿Cómo que incompatible con la vida? Le ruego que hagan todo lo posible, por favor.

Jack parecía tan afectado como yo, pero él podía controlar un poco más sus emociones. Aunque se le notaba en su expresión que aquello le superaba.

—Le aseguro que haremos todo lo que esté en nuestras manos. Pero, como antes le dije, ahora hay que dejar veinticuatro horas para cerciorarnos de si su cerebro responde por sí solo.

No quería creer lo que estaba escuchando. Se me hacía imposible relacionar esas palabras

con la dueña de mi felicidad.

—Doctor Millner, ¿no habría ninguna manera de poder verla, aunque fuese un segundo…? —intervine, tragando saliva y sacando fuerzas de donde no tenía.

Aun sabiendo que esa imagen sería capaz de destruirme, necesitaba sentir el tacto de su piel.

—No, señor Sotomayor. Eso no va a ser posible. La paciente se encuentra en un lugar al que solamente puede acceder el personal de la unidad.

—Pero, doctor. Ahora le hablo de persona a persona. Imagínese que pasa lo peor, a usted seguro que le gustaría ver, aunque sea un momento, a su mujer por última vez.

Se quedó varios segundos en silencio y pensando. Yo no podía dejar de mirarle, tratando de transmitirle un estado de ánimo imposible de plasmar a través de palabras.

—Bueno… esperen aquí un momento. Voy a ver qué se puede hacer.

Cuando el médico salió, el dolor y la incertidumbre, nuestro denominador común, se instalaron junto al miedo entre nosotros. La muerte volvía a aparecer en mi vida para destrozarlo todo. De nuevo se presentaba ante mí el anochecer más oscuro. La soledad y el desaliento entraban en escena acompañados por la inseguridad que me generaba la incertidumbre.

—Acompáñeme —me pidió el médico, que apareció de improviso en la puerta.

De un salto, me levanté del asiento y fui tras él como los ratones tras el flautista.

Cruzamos varias puertas caminando por unos pasillos en los que se percibía la gravedad de los allí internados. Nunca había notado esa sensación tan siniestra en mi vida. Aunque me asustaba reconocerlo, entre aquellas paredes se respiraba la muerte demasiado cerca.

Entramos en una pequeña sala en la que había unas taquillas y prendas para uso quirúrgico. Me pidió que me pusiera una bata y una especie de mascarilla, imagino que para proteger a los pacientes de cualquier posible infección externa.

Con todo el equipo puesto: bata, mascarilla, patucos y guantes, el médico abrió una puerta de doble hoja que daba paso a una gran estancia, en la que había varios compartimentos separados por unas cortinas de color verde. Allí se encontraban los pacientes postrados en diferentes camas con un montón de aparatos electrónicos alrededor. Los pitidos de aquellos cacharros se te clavaban como dardos envenenados.

Al final, en uno de los laterales, había habitaciones individuales con grandes cristaleras que permitían la visión del interior sin necesidad de entrar. Al detenerse el doctor, no pude evitar dirigir mi mirada hacia la que teníamos más cerca. El tiempo se paró de repente.

—¿Señor? ¿Me ha oído?

Pero no solo se paró el tiempo. No. Mi corazón dejó de latir.

—Sí, disculpe.

—Tiene solo cinco minutos, ¿de acuerdo?

No podía apartar la vista de aquella terrible imagen. Con las pocas fuerzas que me quedaban, asentí con la cabeza y entré en la salita. Una decena de enfermeros, enfundados en prendas similares a las que me tuve que poner, estaban pendientes de los internos, paseando sin pausa, cerciorándose de que todo iba bien.

—Hola, enana.

Me quedé petrificado justo a los pies de la cama. Me temblaba todo el cuerpo. Un sudor frío hizo que mi piel se estremeciera. Mi pequeña estaba postrada en aquella cama conectada a unos aparatos electrónicos que emitían estridentes sonidos y con varios tubos que advertían de la gravedad de su estado. Ni siquiera podía respirar por sí sola porque permanecía enganchada a una máquina que hacía el mismo ruido que unos pulmones artificiales.

—Tienes que ser fuerte, cariño.

Me resultaba imposible contener las lágrimas. La imagen era tan dura que daba pánico. Tenía los ojos cerrados y de su cabeza salía un fino tubito cubierto por una gasa. Estaba tapada hasta el pecho y sus brazos descansaban por fuera de las sábanas, de ellos salían diferentes vías cogidas en sus venas. En los monitores se reflejaban varios números y gráficas que supuse serían las constantes vitales.

Su tono de piel estaba apagado. Reflejaba tanta tristeza que sin querer se contagiaba.

—No me puedes abandonar, Carmen. No puedes. Te juro que todo cambiará.

Me daba miedo acercarme a ella. Se la veía tan frágil que mis movimientos eran medidos como si estuviera manipulando el material más delicado del mundo. Con muchísimo cuidado, me situé en uno de los laterales. Sus brazos estaban tendidos a lo largo del torso. Pero tenía tantos tubos que no me atrevía ni a rozar su piel. Era la viva imagen de todo eso que no supe manejar. Gran parte de la culpa de que estuviera allí la tenía yo. Porque no somos conscientes de nuestros actos hasta que la vida nos da una lección tan cruel como aquella.

—Sé que me estás escuchando. Lo siento. Aunque tengas los ojos cerrados, sé que sigues aquí conmigo. Carmen, cariño, ¿por qué has hecho esto? Te juro que intenté quererte como te merecías. Pero soy un estúpido. Lo sé. Y como bien me dijiste: no fui capaz de entender nada.

Aunque nadie me contestase, sabía perfectamente que esa conversación era de ambos. Tenía la esperanza de que mis palabras le sirvieran de aliento.

—¿Sabes una cosa? ¿Te acuerdas cuando me dijiste que mis ojos eran esperanza? ¿Que yo lo era? Tú eras la culpable de todo eso. Mis ojos lo único que hacían era reflejar lo bonito que me hacías ver la vida. Y aunque no te lo supe demostrar, te aseguro que nadie me ha hecho tan feliz como tú lo hiciste.

Con muchísima delicadeza puse mi mano sobre la suya. Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo como si un rayo hubiera impactado en lo más profundo de mi corazón.

—Dame una oportunidad más. No me dejes. Una vez te dije que lo único que le pedía a la vida es que fueras para siempre. Y tienes que serlo. No consigo imaginarme sin ti. Aunque hayamos estado separados este tiempo, sabía que tarde o temprano volveríamos a estar juntos. Porque nos queremos, Carmen. Con todos los problemas que una pareja puede tener, pero te quiero más que a nada en este mundo.

Me costaba muchísimo hablar. El llanto era capaz de reconocer mi dolor. Y así lo expresaba: partiéndome la voz en millones de pedazos.

—Cuando perdí a mis padres, me prometí a mí mismo no volver a sufrir jamás. Por eso creo que rehuí del amor durante tanto tiempo. Algo me decía que podía ser lo único que me volviese a hacer tanto daño. Pero apareciste. Sí. Apareciste para demostrarme que se puede volver a querer. Cogiste mis miedos y los lanzaste tan lejos que desaparecieron. Poco a poco me enamoré de lo que conseguiste que fuera. No solo de ti. Hiciste que mi mundo recuperase la razón. Con tu preciosa locura llenaste un hogar que tenía demasiados huecos. Nos llenaste de vida, Carmen. A mí y a todos los que tuvimos la suerte de conocerte. Por eso no puedes irte así. No puedes, cariño. Ahora te toca luchar. Y yo voy a estar aquí para luchar contigo. Nunca te dejaré, mi vida.

Mis palabras iban acompañadas de necesidad y esperanza. Disfrazadas de ternura pero llenas de tristeza y abatimiento. Cuando crees que la vida no se puede poner más difícil, te vuelve a asestar un terrible golpe haciéndote caer a la lona con el temor de no levantarte antes de que termine la cuenta atrás. El fuego que mantiene las llamas de tu corazón deja de dar calor y te conviertes en hielo y distancia.

No había manera de entender qué hacía allí postrada. ¿Cuál sería el motivo que le llevó a hacer esa atrocidad? Me hacía esa pregunta una y mil veces. Quería meterme en su mente para

buscar algo de lógica a todo aquello. Pero, cuanto más la miraba, más me costaba comprenderlo.

—Señor, lo siento mucho pero tiene que salir ya.

Una celadora o enfermera, vestida de verde, me avisó de que mi tiempo había terminado. No quería discutir pero me daba muchísima pena dejarla allí sola de nuevo. Creo que la energía se transmite, y yo iba a hacer todo lo que estuviera en mi mano para ofrecerle la mía y que sintiera lo importante que era para mí.

No había separado mi mano de la suya. Y aunque no se moviese, ni fuera capaz de emitir señal alguna, el calor me indicaba que todavía quedaba algo de esperanza.

—¿Puedo darle un beso para despedirme?

Con lágrimas en los ojos y la voz entrecortada, pedí un último deseo. No sabía cuánto tiempo quedaba para que se cumpliesen las veinticuatro horas fatídicas.

—Sí, claro.

Con delicadeza y como si fuera el primer beso que daba, me recosté sobre la cama, apoyando mis manos a los lados de ella, para tener todo el cuidado posible y no dañarla. Al posar los labios sobre su mejilla, vi pasar nuestra relación por delante de mis ojos. Desde el primer día que su belleza me dejó impactado, hasta esa mañana en la que me miraba como si fuéramos dos desconocidos con miles de recuerdos en común.

—Te quiero muchísimo, cariño. No lo olvides nunca.

Salir de aquella sala era como desprenderme de un trozo de mi vida. Fue tal el desconsuelo que nada más cruzar la puerta me entraron unas ganas horribles de vomitar. Tenía náuseas y me encontraba mareado. No era la primera vez que me sentía así. Sin querer, relacionaba la muerte de mis padres con lo que estaba pasando. Y aunque no quería imaginarlo, la pérdida cobraba de nuevo un papel muy importante en mi recorrido.

La mujer me acompañó hasta el lugar donde esperaban Jack, Daki y los dos hombres de la escolta. Nada más llegar, mis compañeros, muy consternados, se levantaron, ansiosos por saber el estado de Carmen.

—¿Cómo está?

Dakota tenía los ojos enrojecidos. Parecía haber estado llorando. Se percibía la inquietud de todos los allí presentes. Pero no tenía fuerzas ni para explicarles lo que acababa de experimentar en aquel desafortunado lugar.

—Necesito tomar el aire.

Las paredes del hospital se me caían encima. Me faltaba oxígeno. Era como si algo estuviera presionando mi pecho y me impidiera respirar.

—Señor, fuera está plagado de periodistas. Espere un segundo que voy a preguntar si hay algún otro sitio para salir al exterior de una manera más discreta.

Ni siquiera respetaban un momento tan duro como aquel. Su comportamiento me crispaba y me llevaba hasta ese punto en el que puedes perder la paciencia. Nunca me comporté despectivamente, ni fui maleducado, pero el aguante tiene sus límites. Y más cuando te encuentras en una situación extrema.

—Venga por aquí.

Recorrimos varios pasillos hasta llegar a una especie de pequeño patio. Yo seguía los pasos de Jack, y Dakota los míos. Con educación, pedí a los guardaespaldas que nos esperasen en el coche porque, en ese momento, lo que menos me preocupaba era que me sucediera algo. Y me parecía muy violenta su presencia en un lugar como ese.

—No está bien, Jacky. No está bien.

Sentado en un bordillo y con las manos en la cabeza, las lágrimas volvieron a brotar sin

control. Cada vez que recreaba la imagen de Carmen, tumbada sobre aquella cama, se me partía el alma.

—*Mijo,* ahora toca esperar. La señorita es fuerte. Ya verá cómo se pone bien.

Con su voz pausada y poniendo una mano sobre mi hombro, aquel colombiano me transmitió su positivismo. Él tenía ese autocontrol digno de un hombre curtido en mil batallas. Las pérdidas y los fracasos sentimentales fueron determinantes para generar ese caparazón que le impedía mostrar su parte más humana. Yo, por desgracia, y aunque también había sufrido grandes ausencias, no había desarrollado esa difícil capacidad. Mi cara era el espejo de mi alma.

—Eso es, Kil. Carmen tiene un corazón tan grande que no se va a rendir tan fácilmente —dijo Dakota.

Y justo al lado, sentada a mi vera, la pequeña india, que siempre aparecía para recordarme que la amistad es uno de los grandes valores de la vida.

El aire exterior me sirvió de bálsamo. Conseguí recuperar la poca entereza que me quedaba para volver a la sala de espera.

Las horas no pasaban. Un minuto se hacía interminable. Y allí no aparecía nadie para despejar nuestras dudas. La sala de espera tenía varias filas de asientos exactamente iguales. Una de las paredes era de cristal y dejaba ver a las personas que deambulaban por un largo pasillo. En uno de los laterales había una pequeña televisión sin sonido. De repente, acuciado por la incertidumbre, el mismo doctor con el que habíamos hablado volvió a aparecer. Cuando me puse en pie como un resorte.

—Dígame, doctor, ¿cómo está? ¿Alguna novedad?

Antes de que le diera tiempo a decir nada, lancé la única pregunta que realmente me importaba. No quería escuchar palabras técnicas. Ni ese lenguaje complicado que usan los médicos para hablar de algo que solo ellos entienden. Necesitaba, ante todo, claridad y sinceridad.

—Pues, señor Sotomayor, parece que la operación ha tenido éxito y su cerebro responde a estímulos. Todavía no podemos evaluar los daños que ha podido sufrir, pero hay bastantes esperanzas de que la señorita Silva se ponga bien.

Era la primera buena noticia que recibía. Como si me hubieran enchufado a un enorme cargador, mi cuerpo se llenó de energía de nuevo. Y no solo yo, en los rostros de Dak y Jacky también se dibujó una sonrisa que dejaba ver resquicios de ilusión.

—Pero, una cosa, ¿creer que se pondrá bien quiere decir que volverá a ser la misma que antes?

—Eso no se lo puedo asegurar, señor. Este es un proceso muy complicado y tiene dañadas partes que pueden dejar graves secuelas. Pero todavía no podemos dar un diagnóstico concreto. Hay que esperar.

Esa palabra albergaba todos mis miedos. Esperar me producía tanta inseguridad que no sabía cómo manejar la situación.

Hablar de daños o secuelas me daba pánico. Solamente pensar en que mi niña no volvería a ser esa fuente inagotable de energía me trastocaba todos mis planes. Era inevitable soñar con un futuro precioso junto a ella.

—Kilian… —me habían dejado solo en la sala de espera—, creo que deberíamos ir a descansar. Es muy tarde y aquí no podemos solucionar nada.

Eran las tantas de la madrugada. El hospital se había quedado prácticamente vacío. Y si ese lugar era siniestro durante el día, no os podéis imaginar el mal rollo que se respiraba a aquellas horas de la noche. Reinaba un silencio aterrador. Las luces blancas se apagaron para dar paso a

unas de color amarillento que le daban un aire mucho más siniestro.

Llevábamos un buen rato sin recibir noticias. Y por lo que parecía, durante toda la noche no volveríamos a tener novedades, a no ser que pasase algo que prefería ni pensar.

—Yo me quedo, enana. No os preocupéis. Id a descansar. Estaré bien.

No me iba a ir de allí si Carmen no venía conmigo. Estaría el tiempo que hiciese falta pero no estaba dispuesto a dejarla sola de nuevo.

—Pero, señor, escuche a Dakota. Tiene razón. Aquí no hay nada que hacer. Necesita descansar.

Por mucho que insistiesen, la decisión estaba más que clara. De allí no me movería nadie hasta que no se recuperase del todo. El médico nos había dado un ápice de esperanza, a lo que me aferraba como un náufrago que encuentra un salvavidas en altamar.

—No, Jacky. No insistáis más. Estoy bien.

Era incapaz de permanecer sentado más de diez minutos. Paseaba y paseaba sin descanso por los lúgubres pasillos intentando buscar esa explicación que tanto me atormentaba. Mis acompañantes, al final, no se fueron pero se mantenían distantes para darme el espacio que necesitaba. No tenía ganas de hablar con nadie ni de escuchar posibles suposiciones acerca de algo para lo que ninguno encontrábamos respuesta.

Los primeros rayos de sol me avisaron de que comenzaba un nuevo día. El manto gris desapareció para dejar que el sol amaneciera con timidez.

Llevaba bastante tiempo sin probar bocado. Mi estómago rugía como un felino gigante. Pero no tenía cuerpo para comer algo sólido.

—Señor, voy con Dakota a desayunar, ¿le apetece venir?

Aunque no me encontraba con fuerzas para ingerir alimentos, opté por acompañarles.

Entramos en la enorme cafetería del hospital, en la que había decenas de mesas para que los clientes las utilizasen a su antojo. En un lateral había una especie de *self service* en el que podías escoger entre una gran variedad de platos preparados y, al final, una pequeña barra en la cual debías pagar y te servían cafés, infusiones o cualquier tipo de refrigerio.

—¿Qué te pido? —me preguntó Daki.

—Una manzanilla, por favor.

—Tienes que comer algo, Kil. No puedes estar sin dormir, sin comer y sin nada.

Dakota hizo de camarera mientras Jack y yo esperábamos en la mesa. Y aunque escuchaba a mi estómago cómo pedía algo sólido a gritos, no tenía muy claro que me fuese a sentar bien. Al final, sin hacerme caso, como siempre, mi pequeña criatura especial trajo una bandeja con comida variada, algo que en el fondo agradecí porque no dejamos ni las migas.

Después de ese copioso desayuno, volvimos a la zona en la que estaba la unidad de reanimación y la de cuidados intensivos. Al llegar, en la sala de espera se encontraban una pareja de señores mayores y una chica de unos treinta años, con el gesto compungido. Si estábamos allí era porque algún ser querido se debatía entre la vida y la muerte. El ambiente estaba cargado de tristeza.

—*Silva's family?*

Una mujer de unos cuarenta años, de aspecto agradable y vestida con una bata blanca, irrumpió en el cuarto haciendo que mi corazón diese una sacudida. De un salto me puse en pie. Pero, para mi sorpresa, el señor mayor que estaba a mi lado, también. Los dos nos miramos con cara de sorpresa.

—*Yes.*

El hombre se me anticipó respondiendo antes de que me diera tiempo a hacerlo a mí. Al

fijarme bien en aquellas personas, me di cuenta del gran parecido entre la chica joven y Carmen. Si mi intuición no fallaba, estaba ante la familia de la que iba a ser mi futura mujer.

—Perdón, ¿es usted el padre de Carmen? —pregunté con mucha educación y antes de que la mujer pudiese hablar.

El hombre, extrañado, se giró y me miró fijamente. Sin saber por qué, aquellos ojos reflejaban un dolor y una desconfianza que me hizo sentir un fuerte escalofrío.

—Sí —me respondió, seco y receloso.

—Hola, me gustaría presentarme. Mi nombre es Kilian. No sé si su hija les habrá hablado de mí.

Con timidez y bastante comedido, hice lo posible por romper el hielo que desprendía su mirada.

—No.

La doctora observaba la situación sorprendida. Y no era para menos, porque el comportamiento de aquel hombre era ciertamente peculiar. Su sequedad era demasiado evidente.

—Pues soy el novio de su hija. Encantado.

Al ofrecerle mi mano, se dio media vuelta haciéndome un desplante incomprensible. Abrumado, miré a Jack con cara de resignación.

La mujer, al sentir la tensión, intercedió para calmar los ánimos. Pero había un gran problema, parecía que la familia de Carmen no entendía el idioma y la observaban con estupor.

—Señor, si no le importa, yo le traduzco.

Aun habiéndome dejado con la mano tendida y con cara de bobo, me ofrecí para ayudarles. Achaqué ese comportamiento a la desconfianza y el desconocimiento.

—Sí, por favor. Se lo agradecería —respondió la que parecía la madre de Carmen. Se mostró más agradable y sin una actitud tan distante.

Mientras la doctora hablaba, yo iba traduciendo. Básicamente, lo que quería contarnos era que Carmen había reaccionado bien a la operación y que la habían trasladado a la unidad de cuidados intensivos. Antes de terminar, nos dijo que, en unas horas, vendría el doctor encargado de su supervisión para informarnos de más novedades.

Cuando se fue la mujer de la bata blanca, la señora me dio las gracias. Pero él continuó con ese semblante desafiante. No entendía el porqué de esa manera de actuar tan extraña. Mientras tanto, la chica joven se mantuvo al margen.

Fue tan impactante ese desplante que ni siquiera tuve tiempo para alegrarme de la buena noticia que nos dio la doctora.

Para aliviar tensiones, decidí salir de la sala y darme un paseo. Poco a poco, el hospital cobraba vida. Durante toda la mañana, nos tuvieron a la espera sin recibir novedades. Cosa que no sabía cómo tomarme. Por un lado, podía ser una buena señal, pero, por otro, tanta incertidumbre me estaba volviendo loco.

—Perdón, señor, ¿puede ver esto?

Jack, me entregó una revista después de haberme encontrado deambulando por la planta baja del edificio.

—Pero ¿esto qué cojones es?

Al ver el titular en la portada, el corazón me dio un vuelco.

El intento de suicidio de la actriz española Carmen Silva, bajo sospecha por un alto consumo de drogas.

Eso que leía no solo me dejaba estupefacto sino que dolía. Me hacía tanto daño que no pude continuar con el resto de la notica. Suposiciones que sin ningún pudor vertían sobre alguien que jamás había consumido ese tipo de sustancias.

—No me lo puedo creer. Por favor, llama a mi secretaria y dile que preparen una demanda.

Todos mis intentos por mantener una buena relación con los periodistas se iban al traste al leer todas aquellas mentiras. Intentaba ser comedido y correcto con ellos, pero la sinrazón y el ansia por captar lectores ponía en entredicho el honor de las personas. Creo que no son conscientes del daño que pueden hacer con unas palabras basadas en un quizá.

Movido por la ira, fui al mostrador de atención al paciente. Necesitaba hablar con el doctor para que me entregase los análisis que seguramente le hicieron al ingresarla.

Jack me seguía para supervisar mi comportamiento. Sabía que en aquel estado podía perder el control en cualquier momento.

Una chica joven permanecía con los ojos fijos en el ordenador mientras una pequeña fila de personas esperaban a ser atendidas. La parsimonia de todos los trabajadores de ese sitio me sacaba de mis casillas.

—Perdón, señorita. Buenos días —dije.

—Caballero, tiene que guardar su turno —me contestó, displicente.

—Es muy importante. Le pido por favor que…

—Sí, tan importante como lo de todos ellos —y con el dedo señaló hacia la fila—, o sea que le ruego que espere su turno.

Con violencia di un golpe en el mostrador.

—¡Necesito hablar con el doctor Millner!

La joven se echó hacia atrás asustada por el ruido y mi reacción.

—Señor, le pido que se tranquilice o tendré que llamar a seguridad.

Rápidamente, mi guardián intercedió poniéndose entre ambos. Con su tono sosegado, se dirigió a la mujer.

—Discúlpenos. Pero entienda que es muy urgente para nosotros. Lo que le pedimos es muy sencillo: solamente queríamos que nos pusiera en contacto con el doctor Millner, si fuera posible.

La actuación de Jack surtió efecto. A los pocos minutos apareció el hombre con el que habíamos hablado el día anterior. Hasta me sorprendió la rapidez con la que acudió.

—Buenos días, señor Sotomayor, ¿a qué se debe tanta prisa? Creo que ya ha hablado con ustedes una de mis ayudantes, ¿no?

Al señor no parecía haberle sentado nada bien nuestra impaciencia. Y, seguramente, le habrían informado de mi salida de tono.

—Buenos días, doctor Millner. Disculpe nuestra intromisión, pero hay algo que nos tiene muy preocupados.

Jacky me quitó la revista de las manos y se la entregó al doctor. Mientras la ojeaba, continué hablando.

—¿Entiende ahora el motivo?

El titular explicaba claramente nuestra impaciencia.

—Mmmm… sí. Entiendo. Vengan conmigo.

Nos llevó de nuevo a la misma sala en la que estuvimos el día anterior. Una vez allí, después de tomar asiento, cogió una carpeta y la abrió.

—No entiendo cómo se ha podido filtrar esa información y les pido mil disculpas. —Tenía cara de preocupación—. En los primeros análisis que realizamos a la señorita Silva, dio positivo en cocaína y mirtazapina. Eso se ha mantenido en…

Antes de que continuase, quería que me aclarase una duda.

—Perdón, doctor, ¿qué es la mirtazapina?

—Es el componente de lo que todos conocemos como antidepresivos. Son medicamentos muy fuertes que mezclados con lo otro pueden provocar serios trastornos.

Todo lo que estaba contándonos me sonaba a chino. Se refería a la mujer con la que había compartido estos últimos años y daba la sensación de que estaba hablando de una completa desconocida. ¿Carmen se drogaba y yo no había sido capaz de enterarme? ¿Tomaba antidepresivos?

—Pero ¿me lo está diciendo en serio?

Jack tenía la misma cara de incredulidad que yo.

—Sí. Muy en serio. Lo que no entiendo es cómo se ha podido filtrar algo de tanta relevancia. Les vuelvo a pedir disculpas y les aseguro que pondré todos los medios para averiguar quién ha sido el culpable.

En aquel momento, eso era lo de menos. Estaba tan conmocionado por la información que mi cerebro se quedó atascado en esas duras palabras.

—Le juro que es la primera noticia que tengo acerca de algo así. Doctor, es mi mujer. Vive conmigo. En mi casa. Y jamás he notado nada. Y es más, si me hubieran preguntado antes habría asegurado que nunca había tenido contacto con las drogas. Es una mujer deportista y muy muy sana.

Cuanto más lo pensaba, menos lo entendía. Desde que Dakota entró en el despacho, la cosa se iba torciendo según iban pasando los minutos. No era suficiente con el desafortunado incidente de Carmen, no. Ahora tenía que enfrentarme a la dura realidad que el doctor nos había desvelado. Mi niña, esa con la que compartí los mejores momentos de mi vida, se drogaba. Y eso generaba un sinfín de dudas que no podía obviar como si nada. Porque, sin querer, la desconfianza se presentaba de improviso. ¿Cómo no había sido capaz de enterarme de que la persona con la que convivía se drogaba? ¿Fue solo ese día motivada por la desazón y mi falta de cariño? ¿Tenía Carmen una doble cara que desconocía?

25

Después de contarle mi desafortunado contacto con el amor, me sentí un poco más libre. Evidentemente, omití las cosas que tenían que ver con el dinero y mi posición social. No quería que Cristina se enterase de que en el fondo era un niño rico que huía de los problemas como un animal asustado. Lo que intenté explicarle era difícil de entender, pero ella me escuchaba completamente entregada a mis palabras. No me interrumpió desde que comencé a hablar. Se limitaba a prestar atención mientras jugaba con su pelo y daba pequeños sorbos a la bebida. Hablar del pasado me hacía muchísimo bien. Lo había comprobado con Claudia, pero ese monólogo que acababa de representar me lo confirmaba. Era como si dejase libres todos mis demonios. Los soltaba y me sentía tan ligero que parecía estar levitando.

Cuando me quedé callado, pensando en todo eso que acababa de decir, Cristina puso una de sus manos sobre una de las mías y me miró con ternura. Había estado conteniendo las lágrimas, pero se me debía de notar la tristeza en los ojos. Todavía me resultaba muy difícil hablar del pasado. Aunque creo que esa explicación sirvió para regenerar el sentimiento que se había desvanecido por culpa de mi estupidez. La pequeña andaluza volvía a brillar como el primer día que la vi.

—Qué historia tan triste y tan bonita, Kilian. Pero, ahora tengo una pregunta que quiero que me respondas. Y tienes que ser muy sincero —me pidió, seria, pero con ese precioso gesto que no sabía ocultar. La sonrisa era el buque insignia de su vida.

—Lo seré.

El tacto de su piel me provocaba sentimientos encontrados. Por un lado, me calmaba pero a su vez convertía mi corazón en un desbarajuste de latidos sin control.

—¿Por qué yo? —preguntó.

Con sus pupilas clavadas en las mías y las puertas de su alma abiertas de par en par, sacó esa cuestión de lo más profundo de su corazón.

—Pues… —pensé muy mucho lo que iba a decir, esos segundos que permanecí en silencio fueron suficientes para saber lo que debía expresar—, porque he aprendido que la vida te pone seres especiales en el camino. Y tú eres uno de ellos.

Aquello no era palabrería. Lo percibí desde ese primer instante. Y si una cosa tenía clara es que debes saber de quién te rodeas. De ello dependerá tu propia felicidad.

Al escucharme, sus ojos se encendieron como dos luciérnagas. Ya no tenían ese color verde que tanto me cautivó. Eran como un precioso paisaje del cual no puedes apartar la vista.

—Kilian, solo te pido una cosa.

Solemne pero muy viva. Así la sentía.

—Qué.

—Si te dejo entrar, por favor, no rompas nada.

Y esa frase fue como un torbellino. Quizá las palabras más bonitas que jamás me habían dicho. Tenía muy claro lo que quería. Por eso fui tras ella aun después de haber sido rechazado en varias ocasiones. Y no iba a ser tan idiota de desaprovechar una nueva oportunidad.

—No lo haré, niña. No lo haré.

Entonces sentí la necesidad de besarla. Y de estar muy juntos. Llevábamos un buen rato sentados en esa cafetería, experimentando la misma complicidad de dos personas que se buscan. Ya no había malos gestos, tampoco caras extrañas. De repente, todo había vuelto a la normalidad haciéndome realmente feliz. Sevilla volvía a tener ese color especial. Porque el amor hace que los colores cobren mucha más intensidad.

—¿Nos vamos?

—Sí. Pero, un momento.

Cuando me giré hacia ella, se reclinó sobre la mesa y me dio un beso que me dejó completamente inmóvil. Sus labios sabían a esperanza. Ese olor a ella volvió de nuevo para explicarme lo precioso que es sentir por alguien.

—¿Y esto?

Sorprendido y sonriente como un niño chico al que le dan su dulce favorito, la obligué con esa pregunta a que abriera el cajón de los sentimientos ocultos.

—Porque sí.

Pero eludió la cuestión de una forma magistral. Rápidamente, se levantó y me cogió de la mano. Riendo con gesto cómplice salimos a la calle. Se nos había pasado la tarde entera entre explicaciones y miradas cómplices.

—¡Oye! ¡No hemos pagado!

Como dos niños traviesos salimos corriendo de allí. Escucharle reír era esa melodía que jamás quieres que acabe. Como dije en alguna ocasión, su felicidad se contagiaba. Era ese tipo de personas que te llenan de alegría sin querer.

Desde ese momento, comenzó una relación tan intensa que no podíamos estar el uno sin el otro. La adicción que me generaba superaba los límites del entendimiento. Pasábamos juntos todo el tiempo que podíamos. Compartíamos hasta la mínima tontería. Por primera vez desde que llegué a esa ciudad me sentí dichoso de verdad. Cristina fue el impulso que necesitaba para volver a vivir de nuevo.

En el trabajo, el encargado me valoraba cada vez más. E incluso me subieron el sueldo y me dieron más responsabilidades. Ya no era el chico de la lista. Me ascendieron al puesto de segundo encargado, cosa que me dio la oportunidad de aprender muchísimo sobre hostelería. Las discotecas, ese misterioso mundo por el que nunca había transitado, se convirtieron en una forma de vida que me dejaba muchísimo tiempo libre y me proporcionaba el suficiente dinero para vivir cómodo. Uno de los aspectos más importantes que aprendí de ello fue a subsistir con lo estrictamente necesario. Era feliz con poco porque necesitaba poco. No tenía barcos, ni lujosos coches, vivía en una casa compartida con un auténtico desastre, mi armario se componía de las prendas justas, y, aun así, conseguí picos de felicidad que no experimentaba desde hacía mucho tiempo. Ese viaje me mostró muchos aspectos de la vida que eran completamente desconocidos. Era una persona como todas las demás. Podía andar solo por la calle sin ser perseguido por un par de personas pendientes de todos mis movimientos. Los periodistas ya no eran ese gran problema. Podría definir todos mis sentimientos en una sola palabra: libre.

La salerosa andaluza hacía de la vida un constante chiste y me enseñó a no darle importancia a cosas que no la tenían. Todo se lo tomaba a guasa. Hasta los problemas. No recordaba una época en la que la risa fuera algo tan determinante.

Dicen que cuando eres feliz, el tiempo pasa mucho más deprisa. Y, sin duda, esa relación me lo confirmó. Las semanas a su lado volaban a un ritmo vertiginoso.

—Cariño, he quedado con las chicas para ir al cine, ¿te vienes?

Tenía un grupo de amigas muy dispar. Eran un conjunto de niñas pijas pero con un denominador común que las unía: todas utilizaban la alegría como *leitmotiv*. Pero, por suerte, caí bien a todas. Me aceptaron como si fuera una más.

—Vale, ¿cómo quedamos?

—Te paso a buscar a las ocho.

Terminé acostumbrándome a sumar unos cuantos minutos a la hora de la cita. No llegaba

puntual ni aunque le fuese la vida en ello. Pero también aprendí a no ser tan intolerante y cascarrabias. Cosas que jamás aguantaba terminé normalizándolas y aceptándolas. Ya no era ese joven exigente y autoritario que estaba acostumbrado a que el mundo girase en torno a él.

En la entrada del centro comercial se entabló un debate en el que yo no quise participar. Escoger la película siempre resultaba una ardua labor cuando se trataba de unas cuantas chicas en desacuerdo. Al final, la democracia se abrió paso y se optó por la más votada. La elegida fue uno de esos largometrajes de terror que, he de decir, a mí no me hacían ni cosquillas. Pero después de lo que nos había costado alcanzar un acuerdo, me abstuve de decir nada.

Esperando en la cola para comprar las entradas, sucedió algo que tarde o temprano tenía que pasar.

—No me lo puedo creer, ¿en serio? ¿Eres tú? ¿Te puedes hacer una foto conmigo?

A pesar de que mi imagen había cambiado, tenía el pelo más corto y estaba más moreno, no pude evitar que me reconocieran un par de niñas que se acercaron a mí con la algarabía de un grupo de fans que se encuentran con su cantante favorito. Cristina no salía de su estupor.

—¿Perdón?

Una de las jóvenes, móvil en mano, me miraba con cara de asombro.

—Eres Kilian Sotomayor, ¿verdad?

—No. Te confundes de persona.

Amablemente hice lo posible para eludir la comprometida situación. Pero las amigas de mi chica me miraban con la misma expresión de sorpresa que ella.

—Venga, en serio. Eres tú.

La chica era bastante insistente. No le bastaba con una negativa para darse por vencida.

—Muy en serio. No sé de qué me estás hablando.

La situación no podía ser más violenta e incómoda. Sin darle demasiada importancia, me di media vuelta dejando a las niñas con la palabra en la boca. Reconozco que fui muy maleducado, pero no se me ocurrió otra forma para salir airoso de aquella comprometida tesitura.

—¿Qué decían esas chicas? —me preguntó Cristina.

—Ni idea, cariño. Me confunden bastante con un chico americano. Esto ya me ha pasado varias veces.

Tuve que buscar una excusa creíble porque no podía obviarlo como si nada. Noté cómo las amigas de Cristina, y ella incluida, se quedaron un poco sorprendidas por la repentina intromisión de esas dos niñas. Lo único que esperaba es que la curiosidad no le llevase a investigar un poco más sobre el suceso. Internet podía ponerme en un aprieto del cuál sería mucho más difícil salir.

—Qué extraño —comentó ella.

La película fue un auténtico desastre. Aunque no le presté demasiada atención, ya que no paré de darle vueltas a lo que había pasado en la entrada. ¿Sería tan curiosa como para no pasar por alto lo sucedido? Tampoco tenía muy claro si había llegado a oír el nombre por el que me llamaron. Aunque todo pintaba a que si no era ella, alguna de sus amigas indagaría.

En el trabajo me había pasado en más de una ocasión. Pero allí era más fácil salir airoso porque a la gente le costaba relacionar a uno de los chicos más ricos del mundo trabajando en la puerta de una discoteca. La fama me perseguía incluso habiendo un océano de por medio. Pero Sevilla me había dado la oportunidad de comenzar de cero y ser esa persona con la que soñé durante muchos años. La libertad era un bien que nunca pude obtener. Su valor era incalculable y superaba con creces a todas las cosas materiales. Poder hacer lo que quisiera durante todo el día no tenía precio. Levantarme a la hora que me diera la gana. Tener la mente vacía de

preocupaciones. Hablar única y exclusivamente con quien me apeteciese. No tener que aguantar a nadie que no me aportase algo positivo. Cosas como esas que poco a poco te van minando y hacen de la felicidad un pasajero desconocido.

La capital andaluza me había ofrecido un paisaje nuevo. Un lugar increíble con infinidad de rincones que merecía la pena descubrir. También me tendió la mano del amor. Me puso en el camino a una mujer estupenda. Alguien que te hace la vida más sencilla y con la que creces día a día. Cristina apareció en una época demasiado dura e inhóspita. Pero la vida es sabia y debes confiar en su buena fe. Porque nunca deja que te hundas del todo. Cuando parece que vas a morir ahogado, aparece ese salvavidas al que te aferras con fuerza y consigues salir a flote.

Una lección muy importante que aprendí fue que el amor igual que mata, da vida. Lo sentí en mis propias carnes. La relación con Carmen estuvo a punto de destruirme. Hasta tal punto que no era capaz de reconocerme. Sin embargo, cuando uno pende de un hilo, alguien te mira y renaces cual ave fénix. Es capaz de encender la luz de tu alma. Y ves salida en ese laberinto que estaba acabando con tu paciencia.

—Cariño, vamos a salir hoy un rato. Te veo luego, ¿vale?

Cristina no era de fiestas nocturnas. En contadas ocasiones vino a visitarme al local. Y percibía cierto resquemor cuando salía a relucir mi ocupación. Según decía, no parecía gustarle mucho que estuviera rodeado de jóvenes desenfrenadas. Aunque yo no lo veía de esa manera e intenté explicárselo muchas veces. Pero mis argumentos no parecían ser muy convincentes. Para mí era como cualquier otro trabajo. Y encima no me disgustaba. Pues gracias a ese horario tan dispar, tenía mucho tiempo libre para poder vernos cuando quisiéramos. Cosa que no apreciaba y a la que ponía pegas muy a menudo. Aunque teníamos una afinidad tan increíble que nada nos hacía discutir. En todo el tiempo que llevábamos juntos no hubo un mal gesto o una mala cara por parte de ambos.

Era viernes noche. Un día en el que la sala solía llenarse de un público bastante selecto. Estaba muy de moda entre los jóvenes más elitistas de la ciudad. Después de tanto tiempo trabajando allí, me di cuenta de que el grupo de empleados eran como una pequeña familia. Reinaba el buen ambiente y te hacían sentir muy cómodo. Y eso lo conseguía Javier, el encargado. Con su manera de entender a las personas y un trato excepcional y muy respetuoso. Parecía uno más entre todos nosotros. Incluso bromeaba como si fuera cualquier compañero. De él también debía aprender muchas cosas. No todo el mundo sabe mandar. Hasta podía considerarse como un don. El liderazgo solo está predestinado a unos cuantos. Y ese hombre había nacido para ello.

—*Mare mía, picha,* ¡esto hoy se va a poner hasta arriba de víctimas!

Manuel, como siempre, tenía un único pensamiento: mujeres. Antes de abrir ya había una larga cola de jóvenes esperando impacientes para entrar. La cual estaba compuesta, sobre todo, por féminas. De ahí su comentario.

—Venga, anda. Déjate de muchachas y vamos a colocar esto —le dije entre risas.

Aunque no me correspondía, siempre ayudaba a los chicos de la puerta a organizarla. Me resultaba muy curioso su trabajo y la psicología que debían tener para tratar con tanta gente. Me parecía digno de admirar que cuando había un problema, o una pelea, ellos intervinieran como si fuera algo normal. Yo me ponía muy nervioso siempre que se daba una situación de ese tipo, pero mis compañeros se lo tomaban como el que oye llover.

El comienzo fue como de costumbre. Un enjambre de *under eighteen* intentando engañar al personal de control con mil artimañas dignas del más experimentado espía ruso. Los menores utilizaban técnicas de falsificación tan depuradas que rayaban la maestría documental.

A partir de las dos de la mañana, empezaba a llegar un público más mayor y tranquilo. Esas dos horas eran colas infinitas, empujones y un barullo de chiquillos que podía acabar con la paciencia del mismísimo Dalái Lama. Yo permanecía a un lado de la entrada supervisando el buen discurrir del público y para atender las reservas y a los clientes más «especiales».

—Shhhhh, ¡*picha*! ¡La jefa!

Mi compañero de fatigas era el prototipo de hombre extraño. Tenía la capacidad de hacer varias cosas a la vez. Podía flirtear con las chicas, organizar las filas, seleccionar el público y vigilar los alrededores de posibles amenazas. Con sutileza me alertó de que Cristina y sus amigas acababan de llegar. Parecía tener un radar.

Nada más verlas, abrí uno de los cordeles que delimitaban el acceso y salí a recibirlas. Como venía tan poco a verme al trabajo, me hacía muchísima ilusión cuando ocurría.

Otra de las cosas que aprendí de Andalucía fue a mostrar en público mi parte más cariñosa. En Nueva York nunca pude hacerlo porque vivía obsesionado con la maldita prensa. No recordaba haber hecho una cosa tan simple como dar un beso a la persona que quieres en plena calle. Y eso, si lo piensas bien, es duro y triste.

Llevaba unos vaqueros ajustados y una sencilla camisa blanca. El pelo suelto pero no excesivamente arreglado. Casi nada de maquillaje. No era una chica exuberante pero tenía algo que llamaba muchísimo la atención. Tampoco era la mujer más bonita del mundo, aunque a mí sí me lo parecía. Y se comportaba de una manera muy discreta. Eso sí, cuando cogía confianza tenía más arte que Paco de Lucía. Cristina era el polo opuesto a Carmen. Dos personas preciosas por dentro pero con un envoltorio muy distinto. La seguridad y la sofisticación frente a la sencillez y la frescura.

—Cariño, estás preciosa —le dije a modo de saludo.

—Gracias —respondió ella.

Se ponía roja como un tomate cuando le decía algún halago. Y a mí me hacía muchísima gracia ver ese gesto de niña inocente y vergonzosa.

Después de darle un abrazo, con beso incluido, saludé al resto de sus acompañantes. Había venido con cinco chicas. Inconscientemente, giré la vista buscando a Manuel porque sabía que estaría observando al grupo como el lobo a un rebaño de ovejas. Me asombraba la vitalidad y virilidad de ese donjuán sevillano. Era una fuente incansable e inagotable de amor social.

Amablemente, las acompañé hasta el interior. Con el permiso de Javier, el encargado, les di unas cuantas invitaciones para que se tomasen algo y luego las dejé a su libre albedrío. Casi siempre estaba en el exterior, la mayor parte del tiempo en la entrada, algo que agradecía porque el alto volumen de la música, cuando llevaba un rato dentro, me molestaba muchísimo y llegaba a casa con un dolor de cabeza fuera de lo normal.

Las pocas veces que Cristina vino al local siempre fue acompañaba de gente. Nunca lo hizo ella sola exclusivamente para verme a mí. Aunque tampoco me importaba, incluso lo entendía. Imagino que le podría resultar un tanto incómodo estar en la puerta conmigo mientras todos mis compañeros cuchicheaban cual marujas. Porque eso más que una discoteca parecía el patio de un colegio.

Esa noche había una fiesta de algo relacionado con el circo. Toda la sala estaba decorada acorde con la temática: gente disfrazada de payaso, gigantes y cabezudos, motivos circenses por todos lados y, como número especial, una pareja que hacía un *show* con unas telas que colgaban del techo, justo en el centro de la pista de baile. Aunque ya los había visto actuar, nunca dejaban de sorprenderme. Hacían unas complicadísimas piruetas, perfectamente compenetrados y a varios metros de altura. Un derroche artístico inigualable que merecía la pena parar lo que

estuvieras haciendo para deleitarte con ese maravilloso despliegue de magia. Ese tipo de fiesta solía repetirse un par de veces al mes, por lo que ya conocía a los acróbatas. Él era un chico muy atlético, bien parecido, de una zona llamada País Vasco y de estatura media. Y ella era bastante bajita, fibrosa, con el pelo corto y dos enormes ojos grisáceos. Habíamos charlado en alguna ocasión. Aunque notaba mucho más interés por parte de él que de ella. Me daba la impresión de que al vasco le gustaban los hombres más que a mí las mujeres.

Como sabía a la hora que les tocaba actuar, entré para verles. Cuando finalizó el número, al percatarse de que andaba por las inmediaciones, se acercaron a saludarme.

—Joder, eso que habéis hecho ha sido increíble —les felicité.

—¿En serio? ¿Te ha gustado? —preguntó ella.

—Mucho. No sé cómo no os da miedo hacer cosas así a esa altura.

—¿Queréis algo de beber? Voy a pedir agua, que estoy seco —dijo él, y se acercó a una barra a por un refrigerio. Se les veía muy cansados y sudorosos.

—¡Oye! Me han dicho que eres de Nueva York. Qué bien, ¿no? —quiso saber la acróbata.

Con ella no había casi hablado. Por lo general siempre era él el que sacaba algún tema de conversación.

—Sí —respondí tímidamente. Cuando me sacaban ese tema intentaba no dar pie a que la conversación siguiera por ese cauce.

—¿Y qué tal Sevilla? ¿Te gusta? —La chica estaba más parlanchina que de costumbre, aunque nunca había tenido la oportunidad de hablar con ella a solas.

—¡Sí! ¡Me gusta muchísimo! El carácter de la gente es muy distinto al de mi país.

Mantuvimos una charla muy amena. Me transmitía muchísima energía positiva. Y sonreía de una forma muy bonita.

—Oye, voy a buscar a Iker, que no sé dónde se habrá metido. Ha sido un placer, Carlos.

Todavía me seguía rechinando que me llamasen de esa manera. Pero la verdad es que me libraba de muchas situaciones comprometidas cuando alguien me reconocía.

La pequeña acróbata se despidió dándome un par de besos. Era como un duendecillo enfundado en *body* color carne. Tenía la misma gracia.

El local estaba a reventar. Antes de volver a la puerta, eché un vistazo para ver si localizaba a Cristina, pero entre tanto gentío fue imposible.

—¡*Carlito*, se acaba de ir tu muchacha ahora mismo! —me avisó uno de los chicos de control.

Me pareció muy extraño que ni siquiera se hubiera despedido.

—¿Y no preguntó por mí?

—Qué va. Salió con una chica sin decir nada.

Me parecía rarísimo ese comportamiento. Para resolver mis dudas, decidí llamarla por si le había pasado algo. Después de varios tonos, saltó el contestador. Me inquieté todavía más. Siempre respondía a la primera.

> Para: Cristina
>
> Enana, llámame cuando lo leas 😘😘😘😘
> 03.45

Quizá podría parecer exagerado, pero esa actitud me preocupaba. Nunca se había comportado así. En condiciones normales me habría buscado por toda la discoteca para darme un beso y despedirse.

Entre unas cosas y otras, llegó la hora de cerrar. Se me había pasado la noche sin apenas darme cuenta. Con todo recogido y listos para marchar, eché un ojo al móvil para ver si había tenido respuesta. Pero, no. Ni mensajes, ni llamada, ni nada. La situación me resultaba

desconcertante

—Joder, no sé qué le habrá pasado a Cristina, que se ha ido sin decir nada, y encima ahora no me coge el teléfono —le expliqué a mi compañero de piso de camino a casa, para ver si él podía sacar alguna conclusión

—Pero ¿qué le has hecho?

—¿Yo? ¡Qué le iba a hacer! Si no la he visto en toda la noche.

Estos sucesos me causaban cierta incertidumbre. Inevitablemente me llevaban hasta el pasado. La inseguridad volvía de nuevo por culpa de un comportamiento inexplicable. ¿Será que no soy capaz de entender a las mujeres? Por culpa de mi falta de atención y mi errónea capacidad de comprensión, ya había perdido uno de los pilares de mi vida. No podía permitirme que eso volviera a suceder. Mi pequeña andaluza, en ese momento, lo era todo. Su amor me había hecho superar demasiado dolor acumulado. Incluso podría asegurar que volví a ser feliz a su lado. Esa sonrisa mágica, su preciosa manera de mirarme, las caricias sinceras con sabor a para siempre, el olor a ella que tanto bien me hacía. Un compendio de cualidades que me hacían volar sin necesidad de extender las alas.

Volvió a saltar el contestador y decidí dejarle un mensaje. Había intentado comunicarme con ella por todos los medios, pero no hubo manera.

—Hola, cariño, cuando escuches esto llámame, ¿vale? Un beso muy grande.

Ya en la cama, dándole vueltas y vueltas e intentando sacar una conclusión, me resultaba imposible conciliar el sueño. Los demonios del ayer tenían más poder del que creía. Carmen cobró vida sin querer y su imagen regresó tan real como un jarro de agua fría.

A la mañana siguiente, me desperté sudoroso y muy alterado. Lo primero que hice fue revisar el móvil para ver si había recibido el mensaje esperado. Pero no. La pantalla no reflejaba lo que mi corazón pedía a gritos.

Me senté en el sillón mientras mi cerebro viajaba por el jardín del sin saber. Hasta que mi compañero se levantó para despertarme de un sueño que carecía de sentido.

—Manu, esta todavía no ha dado señales.

—Pero ¿qué bicho le ha picado a esta muchacha?

Eso mismo es lo que quería descubrir. Harto de esperar a que el teléfono sonase, volví a marcar su número.

—Sí.

Después de un par de tonos, su respuesta fue esa: seca y distante.

—Joder, cariño, me tenías muy preocupado.

—¿Y eso?

Siempre pensé que las mujeres deberían llevar un manual incorporado. Y en ese momento lo necesitaba con carácter de urgencia. ¡Qué demonios había sucedido para que se comportase así!

—¿Cómo «qué» y «eso»? Ayer te fuiste sin despedirte. Te llamé. Te escribí. Y no me has contestado, ¿te parece poco?

—Pues anoche no parecía preocuparte mucho cómo me encontrase.

—Pero ¿qué me estás diciendo? ¡Cómo que anoche no parecía preocuparme cómo estabas! No entiendo nada, Cristina.

La conversación se había convertido en la misma que pueden mantener un par de besugos. Ella no se explicaba y yo no comprendía nada de lo que decía.

—Siempre me dices que nunca entras porque no te gusta nada estar dentro. Ni siquiera te dignas a venir a verme. Pero para hablar con la chica esa del pelo corto no parece importarte que la música esté muy alta y la discoteca esté llena de gente, ¿no?

¡Huy! Esa respuesta me sonaba a mujer celosa.

—Pero ¿qué dices, cariño? Te estuve buscando, pero entre tanto barullo fue imposible encontrarte.

—Ah, vale. Ya entiendo. Mientras hablabas con la chica, estabas buscándome pero no me encontraste. Vale, vale. Ahora ya lo entiendo mejor.

—¡Madre mía! ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Jajajajajajaja. O sea, te haces el ofendido porque te digo que estabas hablando con una chica que te comía con la mirada. Me parece increíble.

Era la primera vez que sacaba esa actitud a relucir. Jamás percibí nada que tuviera que ver con eso que estaba escuchando. ¿Celos? Pero aún entendía menos esa conducta cuando no hubo ni el mínimo flirteo por parte de ambos.

—Vamos a ver. Creo que esto se nos está yendo de las manos. ¡No conozco de nada a esa chica! Es una compañera, Cristina. Solo una compañera.

Aunque no sé por qué me daba que, por mucho que le explicase, no iba a dar su brazo a torcer.

—¡Venga! ¡Kilian! ¡Que ya no tienes diez años! La «compañera» estaba como loca por conocerte mejor.

—Mira, cariño, ¿sabes lo que te digo? Luego hablamos, que ahora mismo va a ser imposible que nos entendamos.

Seguir discutiendo me parecía absurdo. Y más por teléfono. Ella iba a continuar en sus trece y yo, poco a poco, me iba a ir enfadando cada vez más.

—¿Que luego hablamos? Venga, hasta luego, Kilian.

Y me colgó, dejándome con la palabra en la boca.

Permanecí sentado en el sillón. No daba crédito a lo que acababa de suceder. La pizpireta andaluza me había dejado alucinado con esa inusual manera de comportarse. En todo el tiempo que estuvimos juntos nunca imaginé esa faceta tan extrema. Los celos no entraban dentro de mi forma de ver la vida. Nunca fui celoso y tampoco entendía a la gente que lo era. Sin querer, y tras mucho meditarlo, eso haría mella en nuestra relación a largo plazo.

Durante todo el día no recibí noticias de ella. Y yo no pude borrar de mi mente la extraña conversación que habíamos mantenido. Nunca había vivido un episodio semejante. Tampoco había tenido muchas relaciones, ni nadie que se pudiera tomar la libertad de recriminarme algo así, pero, no sé si por suerte o porque nunca di motivos, las mujeres que habían pasado por mi vida jamás me habían reprochado nada que tuviera que ver con una falta de respeto por mi parte. Me consideraba un hombre leal y de palabra. Desde siempre. Desde muy joven eso es lo que vi en mi casa y una cualidad más de mi padre que se me grabó a fuego. Él respetaba a mamá por encima de todo. Y se le notaba que no existían más mujeres que ella. Cosa que me parecía digna de admirar; una vez me dijo algo, que si lo piensas bien, es la declaración de amor más bonita hacia una persona: «Hijo, cuando encuentres alguien que te quiera de verdad, debes cuidarlo. Porque si le fallas, no solo la hieres a ella, sino a ti mismo».

El domingo tampoco tuve noticias. Me asombraba la tozudez que demostraba Cristina por una suposición que no tenía fundamento alguno. Evidentemente, había hablado con la joven acróbata. Y era cierto que la chica demostraba un poco de interés hacia mí. Pero en ningún caso lo veía tan grave como para retirarme la palabra y echar a perder una relación. No podía tener ninguna duda de que la quería. Se lo demostraba constantemente. Y en todo ese tiempo permanecimos juntos, sin separarnos un segundo. Mi andaluza apareció como un haz de luz para iluminar un camino en el que la oscuridad dolía demasiado.

A la mañana siguiente, lunes, decidí poner fin a ese juego de niños pequeños. La tozudez de ambos no debía ser más poderosa que el amor que sentíamos el uno por el otro. Después de darme una ducha y vestirme, fui directo al trabajo de Cristina y esperé en el portal a que saliera a comer. Eran las dos y cuarto y no debía de faltar mucho para que terminase la jornada.

Nada más verla salir por la puerta, me acerqué hasta ella.

—Creo que tenemos que hablar, ¿no?

—¿Qué haces aquí? —Me recibió con un gesto que nunca me había mostrado. Su mirada albergaba un desprecio que no me merecía.

—¿Cómo que qué hago aquí? Se supone que eres mi novia, ¿no?

—Eso parece. Pero no te creas que lo tengo muy claro.

Llevaba rebajándome desde que decidió que mi comportamiento no había sido correcto. Y aquella actitud empezaba a cansarme y, lo peor de todo, a enfadarme. Me parecía muy injusto recibir un trato tan despectivo.

—¿Que no lo tienes muy claro? Esto me parece de cachondeo, Cristina. ¿De verdad crees que me merezco esto?

Estábamos discutiendo en medio de la acera, justo en el portal de su trabajo.

—¿Y tú crees que me merezco lo del otro día? Mira, Kilian, me hiciste sentir ridícula delante de todas mis amigas.

Cuanto más intentaba entenderlo, menos lo hacía. El que se sentía ridículo era yo debatiendo algo que no era real. Ahora iba a resultar que no podía hablar con ninguna mujer para no hacer sentir mal a la mía.

—Pero, vamos a ver, niña. Te digo muy en serio que no hay motivo para que te pongas así. —Dejé unos segundos mientras pensaba lo que iba a decir a continuación—: Aunque si de verdad crees que eso es tan grave como para mandarlo todo a la mierda, tú ganas.

Cansado de discutir bobadas, me di media vuelta y me marché. Mientras caminaba sin rumbo, no podía quitarme de la cabeza la absurda conversación.

La nostalgia me llevó hasta mi antigua casa. El hogar de la señora Virginia.

—Pero ¡Carlito! *¡Hio! ¿Comosta?*

Su peculiar acento y el desparpajo andaluz me hacía sonreír hasta en un momento que no encontraba el motivo. Esa mujer era alegría y luz.

—Bien, y yo a usted la veo igual de guapa.

—¿Me *va* a dar un par de besos o no?

Habíamos congeniado a la perfección. Era evidente el gran corazón que aquella mujer albergaba en su interior. Percibía su sinceridad y el cariño que me tenía solo con una mirada.

—Ya era hora de que vinieras a vernos, sinvergüenza.

Desde que me mudé, no había vuelto por allí. Y, realmente, no tenía una excusa para no hacerlo porque de tiempo iba sobrado.

—Tiene toda la razón. Entonces, ¿todo bien por aquí?

—Sí, *hio*. Ya sabes. Aguantando al *marío* y con mis planticas.

En realidad, creo que el destino me llevó hasta allí porque necesitaba las palabras sabias de alguien que era capaz de entender la vida. Los años son como libros de texto. Te van enseñando a vivir y explicándote los acontecimientos según van sucediendo. En esa larga carrera, aparecen en nuestra vida distintos maestros para guiarnos hacia el camino correcto. Ellos, con su experiencia, nos ayudan a solventar los problemas que van presentándose en forma de barreras infranqueables. En ese momento, los celos, enemigo desconocido, había llamado a mi puerta sin haber sido invitado. Y lo peor de todo es que no sabía cómo afrontarlo. Porque las cosas que no

entran dentro de nuestros planes son muy difíciles de asimilar.

—¿Has comido algo? —me preguntó.

Inconscientemente, me recordaba muchísimo a Mady. Las dos tenían ese carácter protector digno de cualquier madre. Si cerraba los ojos, aunque el acento y el tono fueran completamente distintos, podía viajar hasta el Upper East Side sin necesidad de coger ningún avión. Después de tanto tiempo sin tener contacto con ellos, notaba lo que es echar de menos en mis propias carnes. Esa decisión drástica que tomé venía acompañada de esa nostalgia que sabía que, tarde o temprano, aparecería para recordarme dónde estaban los míos. España me acogió sin preguntar. Me dio la oportunidad que tanto anhelaba: ser un completo desconocido para poder crecer como ser humano. Pero Jack, Mady, Markus, Dakota… formaban lo que fue mi mundo durante casi toda mi vida, y eso es imposible de olvidar. Muchas veces me planteé buscar la manera de ponerme en contacto con alguno de ellos. Sobre todo en esos momentos en los que me perdí en mi propio yo. Pero la valentía y el amor propio me lo impedían. Debía ser consecuente con lo que decidí y eso podía considerarse como una gran derrota en una batalla que debía librar yo solo.

—Bueno, *Carlito*, ¿a qué se debe esta visita? —quiso saber.

Virginia tenía la capacidad de leer entre líneas. A eso me refería antes con lo de que los años son experiencia y aprendizaje. Ella sabía, sin necesidad de decirle nada, que algo me pasaba.

—Jajajajajajaja. Eres un poco bruja me parece a mí, ¿no? —me reí.

—A ver, *hio*. Una es gallina vieja.

—Pues sí. La verdad es que sí me pasa algo —admití.

—Venga, suelta —me animó.

Estábamos sentados en esas dos pequeñas sillas que siempre sacaba a la calle. Hacía un calor que quitaba el sentido, pero en aquel estrecho callejón andaluz solía correr una brisa que hacía más llevadera la estancia. Las paredes blancas y las flores de mil colores eran alegría y esperanza. Y ese olor a azahar te hacía sentir la influencia del sur con pasión.

—¿Te acuerdas de la chica esa de la que te hablé?

—¿La sevillana?

—Sí, esa. Pues al final cayó.

Al decir eso, se me dibujó una sonrisa pícara. Hablar de ello me recordaba lo difícil que había sido conseguirla.

—¿Y?

—Hace unos días nos pasó algo que no tiene sentido. Virginia, todavía no he conseguido asimilarlo.

—¡Venga! *Mare* mía, lo que te gusta darle vueltas a las cosas.

Desde pequeño me costaba mucho abrirme a los demás. Con el tiempo iba consiguiéndolo, pero, aun así, tenía miedo a descubrirme del todo.

—Vale, vale. —Antes de comenzar la explicación le di un trago de agua a un recipiente que llamaban botijo, que mantenía el líquido interior siempre fresco—. El viernes vino a verme al trabajo, pero no te creas que es algo habitual. Bueno, pero a lo que vamos. A mitad de la noche, más o menos, entré para ver un espectáculo de una pareja que hacen acrobacias, a varios metros de altura, colgados de unas telas. Cuando terminaron, hablé un rato con ellos, pero durante un momento el chico me dejó solo con su pareja de *show*.

—Una chica, ¿no? Y guapa, imagino.

—Sí sí. Bastante guapa, pero ¿eso qué más da?

—Mira, muchachillo, ¡eso es lo más importante!

Me daba la impresión de que sabía perfectamente lo que le iba a contar sin necesidad de hacerlo.

—¡No me seas igual que ella! ¡Hablar es simplemente hablar!

—Vamos, que te vio con la criatura y se cogió un cabreo de arte, ¿no?

—De arte, no, ¡mucho más! Se fue y todavía sigue enfadada.

—¡Ay, *hio* mío! Es que los hombres no entendéis nada.

Seguimos charlando acerca de lo que pasó y la reacción, para mí desmedida, de Cristina. La señora no me quitaba la razón, pero tampoco me la daba. E intentaba explicarme la complejidad y el entramado psicológico que una mujer puede llegar a elaborar a partir de una imagen que le rechina. La chica voladora era bastante bonita. Y tenía un alma que parecía preciosa. Pero de ahí a ese revuelo que se formó por una simple conversación, iba mucho trecho. Al final, la conclusión fue que debía luchar por lo que en realidad quería. Y si la pequeña andaluza lo era, tenía que dejar el orgullo a un lado e intentar poner remedio lo antes posible. Aunque todavía no entendiese del todo el significado de los celos, Virginia consiguió darle una perspectiva que pude comprender, más o menos. Nosotros no somos conscientes de lo que la otra persona puede imaginar basándose en una sola imagen. Lo que para algunos no significa nada, para otros puede ser todo.

Nada más despedirme de la entrañable mujer, marqué el número de mi chica (o la que era mi chica) y le di al botón de llamar. Evidentemente, no lo cogió. Pero sin darme por vencido, redacté un mensaje y lo envié.

> Para: Cristina
> Niña, no seas cabezota. Coge el teléfono. Quería pedirte disculpas por irme así. Y necesito hablar contigo de lo del otro día. Te quiero. Aunque no lo creas, te quiero muchísimo. No existe nadie que pueda romper esto que tenemos. Piénsalo.
> Un beso enorme.
> 18.45

En el amor el orgullo no debería tener cabida. Es un sentimiento que termina arruinándolo todo. Quizá podría parecer que estaba rebajándome demasiado, porque, a decir verdad, no había hecho nada para merecer tanta inseguridad. Jamás fui mujeriego. Ni di razones para que desconfiasen de mí. Pero los celos son algo incontrolable. Y yo siempre los consideré como una enfermedad que no tiene cura. En ese momento era hora de hablar con ella para hacerle entender que no debía preocuparse por algo que no entraba dentro de mis planes. La quería a mi lado. Eso es lo único que importaba.

> De: Cristina
> ¿Dónde estás? Quiero verte.
> 18.56

Su respuesta fue concisa y directa. Posiblemente, habría pensado que su manera de actuar había sido demasiado dura e inmerecida.

Después de varios mensajes, y ya montado en un taxi, me presenté en la puerta de su casa lo antes posible.

Con cautela fui hasta ella al verla salir. Vivía en una zona residencial de Sevilla. Su familia tenía un precioso chalé rodeado por un alto muro de piedra por el que asomaban grandes árboles que impedían ver el interior. No hacía falta ser muy perspicaz para darte cuenta a la clase social que pertenecían.

—Hola, cariño.

—Hola, Kilian.

—Antes de nada —estábamos a menos de un metro de distancia—, creo que esto se nos ha ido de las manos. Te juro que lo del otro día no es lo que te piensas. Cristina, no hay nadie que se pueda entrometer entre nosotros. Esa chica es solo una…

—Escucha, Kilian —me interrumpió antes de que pudiera terminar de explicarme—, quizá tú no tuvieras ninguna intención, pero ella sí. Y debes darte cuenta de eso. No me gusta nada ver cómo le ríes las gracias a una chica que te está comiendo con la mirada. Ya te lo dije antes.

Todavía seguía enfadada, pero su gesto era muy distinto al de hacía unas horas. El desprecio que mostró fue inmerecido.

—Ya. Ya sé lo que me dijiste antes. Pero créeme, Cristina, yo no sentí eso que me dices, ¿crees que si me hubiera dicho algo fuera de lugar no la habría cortado?

—Pues… no sé. Imagino que sí. Pero entiende que me sentase como una patada en el culo.

Me costó convencerla un buen rato. Seguía con cara de indio cabreado, pero, poco a poco, conseguí sacarle una pequeña sonrisa haciendo alguna gracia. Sabía que era una mujer con carácter, pero no tanto. Era terca como una mula.

—Bueno, qué, ¿un abrazo?

Cuando quería era capaz de poner mi cara más tierna y conmovedora. Y eso que nunca se me dio bien ir tras de nadie. Pero esa señorita tenía algo que me llevaba hasta ella sin poder evitarlo.

—Eres…

Y antes de que terminase la frase, la sujeté por la cintura levantándola unos centímetros del suelo y acercándomela contra mi pecho. Pesaba tan poco que se me perdía entre los brazos. Y olía a felicidad. A la mía. Porque ese aroma era el único que quería llevar conmigo para siempre.

Aquel episodio fue el primero de demasiados. Los celos habían llegado a nuestra relación para enturbiar todo eso que parecía mágico. Lo único que nos salvaba de una ruptura irremediable era que nos queríamos como dos animales. Bueno, y también que, prácticamente, no conocía a ninguna chica por la que pudiera desconfiar. Las únicas mujeres con las que tenía relación eran las clientas que pasaban por la discoteca y era mínima. Y ella, gracias a Dios, después de ese capítulo desafortunado, no volvió a visitarme.

Aunque esa maldita enfermedad siempre daba algún motivo para sacar a relucir su lado más oscuro. Cualquier mirada o gesto se podía interpretar de una manera equivocada. Cosa que me causaba muchísima inseguridad y me cohibía para relacionarme con los demás. Mi pequeña andaluza debía de tener alguna herida de su pasado que le hacía reaccionar así. Porque yo no daba motivos para ese comportamiento.

El problema viene cuando aceptas esa situación y la normalizas. En mi vida había pasado por algo así. Y nunca pensé que lo aguantaría. Los celos y los reproches no entraban dentro de mi raciocinio. Pero el gran error viene cuando accedes y lo permites. Quieres convivir con un sentimiento que es demasiado implacable para poder vencerlo. Ese mismo que te va destrozando por dentro.

—Cariño, sé que no te gustan esos jolgorios, pero me encantaría que vinieras. Creo que ya es hora de conocer a mi familia ¿no? —me propuso un día.

Había eludido esa invitación siempre que la había planteado. Recordaba con recelo el trato de su padre el día que nos presentaron en la feria. ¡Y su mirada! Esos ojos solo me hablaban de desconfianza.

—¿A tu familia? Pero, es que…

—Jooo, Kilian. Siempre pones excusas para conocerles. Aunque si no quieres, no pasa nada. No te voy a obligar.

Esa era la típica frase, con doble fondo, que te advertía de que si no hacías lo que se te pedía, tendrías problemas asegurados.

Se podría llamar timidez y vergüenza. Presentarme a la familia como su chico me daba más miedo que un callejón oscuro lleno de criminales. Imaginaba todos esos ojos examinándome de

arriba abajo como si fuera el enemigo que se ha equivocado de trincheras.

Al final, como buen calzonazos, acepté la invitación. La hermana pequeña cumplía años e iban a celebrar la fiesta en su casa. Una especie de merienda-cena a la que, según dijo, solo asistirían los familiares más allegados y amigos de la cumpleañera.

Tenía que ofrecer mi mayor despliegue de amabilidad forzada y eso me causaba muchísimo rechazo. Cuando dije que me iba lejos de todo, una de las cosas que me prometí fue que no haría jamás nada que no me apeteciese, ni hablaría con nadie que no me aportara algo positivo. Pero la vida es así de compleja y te va ganando pulsos constantemente. Siempre hay alguna razón por la que debes dar tu brazo a torcer. Y en este caso, el amor tenía la culpa.

A la hora acordada, me presenté en la puerta de la casa. Fui vestido lo más comedido posible para intentar causar una buena impresión. Me puse una camisa azul con pequeñas motas blancas, unos vaqueros y unas zapatillas que tenía para las ocasiones especiales. Esa nueva vida me había enseñado a simplificar. No me hacían falta cien pares de deportivas, ni decenas de trajes y de camisas para ser feliz. Tampoco necesitaba mil relojes, zapatos, vaqueros… Al final, siempre te pones lo mismo y lo demás pasa a formar parte del decorado. También fui a la peluquería para que me adecentasen la salvaje melena. Había descuidado tanto mi aspecto que parecía el niño de la selva. Pero me gustaba. Me gustaba mucho no verme obligado a mantener una imagen que los demás creían que era la correcta. Cuando vives entre rascacielos y reuniones, no te queda más remedio que adecuarte a su ritmo y costumbres. Te conviertes en lo que ellos quieren, no en lo que tú sueñas.

Era increíble que me pusiera nervioso por algo tan simple como conocer a la familia de Cristina. Siempre me había dado igual el efecto que producía en los demás. Aunque, pensándolo bien, cuando vivía en Nueva York, la primera entrevista que concedí fue justo para eso. Quería cambiar la opinión de la gente y mostrarme como creía que era realmente. Algo que me metió en una espiral que pagué demasiado caro.

—Hola, mi amor. ¡Qué guapo!

Al minuto de llamar por un interfono que había a la izquierda de una gran puerta metálica, apareció mi pequeña andaluza vestida con un precioso vestido de flores. Llevaba una diadema en el pelo que le quedaba genial. Su tono de piel tostado le resaltaba el verde de sus enormes ojos. Y unas sandalias dejaban sus diminutos dedos a la vista. Estaba guapísima.

Con un abrazo y un par de besos, entendí que dentro de esos muros debíamos mantener la compostura. Cogidos de la mano, nos adentramos en el interior de la residencia de la familia Freisa.

La casa era bastante grande. Y lo parecía más aún por el blanco inmaculado de sus paredes. Tenía un jardín enorme y lleno de colores. Las flores de esa tierra alumbraban más que el enorme sol radiante. El tejado era de tejas muy antiguas con una marquesina de roble. Y las ventanas de madera estaban cubiertas por un forjado de hierro con distintos motivos arabescos. La conjunción del blanco y la madera me gustaba.

Habían puesto en un lateral de la vivienda una enorme mesa rodeada por sillas de plástico. Y todo estaba decorado con guirnaldas y globos de mil colores. Aunque allí todavía no había llegado nadie.

Antes de entrar en la casa, la señora mayor que vi en el restaurante, salió a recibirme.

—Mira, Kilian, te presento a mi madre.

No sabía bien cómo actuar, por lo que esperé a que la mujer diera el primer paso. En mi país me hubiera ofrecido su mano, pero allí la demostración de afecto era mucho más expresiva. Con cariño me dio un par de besos y se presentó con muchísima amabilidad. Poco a poco, fueron

saliendo todos los integrantes del festejo, a los que tuve que saludar con la misma cortesía que a la matriarca. Di más besos y abrazos que en casi toda mi vida. Pero, como colofón, me tocaba adentrarme en las entrañas de un grupo de hombres mayores, que se encontraban arremolinados en torno a una gran barbacoa situada tras una gigantesca piscina con forma de óvalo.

—Ven, que te voy a presentar a mi padre.

Receloso, la acompañé. Nada más llegar adonde estaban los hombres, soltó mi mano para llamar la atención de su padre y sacarlo del grupo.

—Papá, ¿te acuerdas de Kilian? Te lo presenté en la feria.

Su mirada era exactamente la misma. Sentía su desconfianza sin tener que decir una sola palabra.

—Ah, sí. El camarero, ¿no?

Y el mismo trato despectivo y altanería correspondiente. Me causaba tanto rechazo que, si no hubiera sido porque era un día muy especial para Cristina, me hubiera marchado en ese mismo instante, dejándole con la palabra en la boca. Hasta ella notaba que su comportamiento dejaba mucho que desear. La mayor de sus hijas expresaba con sus gestos cierta vergüenza.

—Sí. Ese mismo. Encantado, señor Freisa.

Pero a educación y saber estar no me ganaba nadie. Mi padre me enseñó que para luchar contra ese tipo de seres lo mejor era hacerles ver sus propias carencias.

El patriarca estrechó mi mano con desprecio. Y acto seguido se dio media vuelta y continuó charlando con los otros señores. A decir verdad, aquello ni siquiera me enfadó. Me daba pena que alguien pudiera reaccionar así ante la ilusión de uno de sus seres más queridos.

En cuestión de media hora, el jardín estaba repleto de jóvenes que habían acudido a la celebración del cumpleaños de la pequeña de la familia. Mientras, yo permanecía a un lado observando la felicidad y el entusiasmo de una niña que traspasaba la frontera de la mayoría de edad. Mi chica me había dejado solo entre una jauría de señoritas que bailaban al son de música típica de la región.

—Perdón, ¿un servicio?

Pregunté a otra de las hermanas, que estaba igual de aislada y aburrida que yo. Estaba claro que la fiesta le pertenecía a la menor y esa celebración era única y exclusivamente para ella.

Siguiendo sus explicaciones, entré en la casa buscando el servicio. En verdad no tenía ninguna necesidad fisiológica, pero necesitaba darme un respiro de tanto ajetreo juvenil.

—No entiendo qué haces invitando a un chico así a nuestra casa.

Nada más cruzar la puerta de entrada, oí la voz del padre y el llanto tímido de una chica. Expectante, me quedé inmóvil para no hacer ruido y evitar alertarles con mi presencia y así poder seguir espiando esa conversación.

—Cristina, hija, ¿crees que yo te he dado esta educación para que termines con el camarero de un restaurante?

Al seguir escuchando, me di cuenta de que el hombre se refería a mí, y la que sollozaba era mi chica.

—Jo, papá. ¡Pero es que le quiero!

—¡Qué le vas a querer! Esto solo será un capricho de la edad, cariño. Tú te mereces algo mucho mejor.

¡Estaban hablando de mí! De nuestra relación. Esas palabras eran como flechas envenenadas. Al oír al padre hablar así, me entraron ganas de entrar en la habitación y explicarle lo que un simple camarero era capaz de hacer con un enfado monumental.

—¡Que no! ¡De verdad! ¡Es muy buen chico y se porta conmigo genial!

Ella intentaba defender lo nuestro a capa y espada. Algo que me hacía sentir muy orgulloso. Siempre supe que lo que sentía hacia mí era muy real.

—Hija, ¡eso qué más dará! Cuando llevéis un tiempo y forméis una familia, como Dios manda, a ver quién es el que mantiene la casa. Ese chico tiene que estar con la gente como él, cariño. Ya verás cómo encuentras un chico que te hará más feliz que ese camarerucho.

—¡No es un camarerucho! ¡Y que sepas que voy a seguir con él!

—¡A mí no me hables así! Y tú verás lo que haces. Pero mientras que vivas en mi casa vas a hacer lo que yo te diga. O sea, que ya sabes.

—¡Me parece increíble, papá!

Según pasaban los segundos, el tono de ambos iba en aumento. Y el llanto de Cristina se percibía con más agonía. El patriarca era un auténtico capullo y su forma de entender la vida era patética. No comprendía cómo, teniendo un padre así, había podido salir un mujer como ella. Aunque no me sorprendía en absoluto porque me había criado en un mundo lleno de eso: gente que se cree superior a los demás por su patrimonio. Triste pero cierto.

—¿Qué haces aquí, *mi arma*?

La pregunta de la madre me sorprendió. Casi me da un infarto al oír su voz a mi espalda.

—Mmmm… es que no encontraba el baño.

Inmediatamente se callaron al escucharnos.

—Justo ahí tienes uno.

Con apremio, y después de darle las gracias, entré en el aseo. Con la puerta cerrada y mirándome en un pequeño espejo que había sobre el lavabo, intenté tranquilizarme después de esas duras palabras. El dinero reaparecía para demostrarme el daño que podía causar. Mi corazón latía con ímpetu y mi cerebro era incapaz de obviar la cruel explicación que ese hombre intentaba hacer entender a la que era mi chica. Lo único que me importaba en aquel instante era que esa charla no causara el efecto deseado. No podía dejar que algo así nos separase.

Al volver al jardín, me reuní con ella. Se le notaba en los ojos que había llorado, pero hice como si no me hubiera dado cuenta. Aunque una de sus cualidades era que no sabía esconder los sentimientos. Cuando algo le afectaba se le notaba muchísimo en el rostro.

Prepararon comida para un regimiento. Pero mi estómago, después de sufrir ese altibajo, no estaba para festivales gastronómicos. Lo que se presentaba como un día especial fue empañado por unas palabras cargadas de desprecio y dolor.

—Enana, os voy a dejar, ¿vale? Tienes que estar con tu familia.

No me encontraba nada cómodo. Cada minuto que pasaba allí se me hacía más cuesta arriba. Sin querer, cuando veía a aquel hombre, se me revolvía el alma y me daban ganas de decirle un par de cosas.

—¿Ya? Jo, quédate un rato más. Yo estoy bien aquí contigo.

—En serio. Luego, si quieres, cuando terminéis, llámame y hablamos. Me ha encantado conocer a tu familia.

Tuve que tragarme el orgullo y decir una pequeña mentira para no preocuparla. No quería hacer que se sintiera peor por mi culpa. El padre ya se había encargado de jodernos el día a ambos.

—Bueno… espera, que les digo que te vas para despedirte.

—No, no. No te preocupes, cariño. Déjales, que ahora están liados con la fiesta. Seguro que no se dan ni cuenta de que me he ido.

—¿Pero cómo no vas a decir nada?

Esto me iba a costar una discusión, pero no me sentía con ánimo para estrechar, de nuevo, la

mano del señor Freisa. La falsedad era algo que no concebía y no iba a entrar en ese juego.

—Otro día que haya menos gente vengo. Despídete por mí.

Al final, conseguí escapar de la casa sin tener que pasar por ese mal trago. Pero la despedida con mi pequeña, después de acompañarme hasta la puerta, la sentí como si fuera mucho más que un hasta luego. Sus infinitos ojos esmeralda brillaban. Pero no ese brillo que te da la ilusión y el compromiso, no. Estaban incendiados por culpa de la tristeza y la rabia.

Cuando por fin me quedé solo, en el taxi camino de mi apartamento, las palabras de ese padre hicieron eco en mi entereza. La frase «Ya verás cómo encuentras un chico que te hará más feliz que ese camarerucho» dolía. Pero no por el contenido despectivo y esa manera de referirse a mi persona. Hería mi capacidad de entender al ser humano. Y me sentía impotente por no poder poner a ese hombre en su sitio. Todo su dinero, el poder social que creía tener y esa altanería, digna de seres que se creen superiores a los demás por los números de su cuenta bancaria, me daba tanto asco que no podía ocultarlo.

¿Le valdría para su hija si en vez de un simple camarero fuese el joven más influyente del maldito mundo? Qué pena.

26

Cuando tienes un rival contra el que pelear, es sencillo. Puedes ganar o perder, pero, al menos, sabes a quién te enfrentas. Puedes combatir contra mil oponentes, pero siempre, de cada una de esas batallas, aprenderás algo nuevo. Incluso de las derrotas. Pero cuando la lucha es contra ti mismo, la cosa se complica. Porque no hay rival más duro que tu propio yo. El cerebro humano es intolerante y muy exigente. Desecha todo aquello que no entiende. Y ese era el duro combate en el que me debatía.

Los resultados de los análisis ratificaban algo que se escapaba a mi entendimiento. Las drogas jamás habían sido protagonistas en mi vida. Y, sin embargo, en aquel preciso instante, se convirtieron en tempestad y desastre. No podía, o no quería, hacerme a la idea de que nunca llegué a conocer a la mujer que más quise. Carmen era esperanza. Vida. Ilusión. Carmen era todo y demasiado. Un enorme motor que hacía girar el complejo mundo de un joven que vive con ansia. Pero ¿era en realidad eso que me mostró? ¿O había actuado todos esos años interpretando el papel que compaginaba con esa imaginaria película?

El tiempo se convirtió en un arma de doble filo. Podía ser esperanza o final. Es muy duro cuando tu futuro está en manos de la suerte. O del destino.

—Jacky, por favor, hay que hacer algo para parar todo esto.

Las noticias se sucedían sin parar. Elucubraban acerca del estado de ella y los motivos del incidente, sin importarles los sentimientos de los que la queríamos. La prensa no dejaba la puerta del hospital ni a sol ni sombra y yo, cada vez que quería salir, tenía que hacer malabarismos para no cruzarme con ellos.

Carmen todavía no había despertado o, por lo menos, nadie nos había dicho lo contrario. El secretismo y la falta de información me taladraban el alma. Me sentía impotente por no poder hacer nada. En ese caso, todo mi dinero y poder no sirvieron de ayuda. La salud está por encima de cualquier cosa.

Tenía a mis dos fieles acompañantes todo el día pendientes de mí y de las posibles novedades que fueran surgiendo. Los chicos de la escolta permanecían en el exterior para no incomodar a nadie con su presencia

Su familia me evitaba constantemente, sobre todo el padre. Si iba a la sala de espera, no tardaban ni un minuto en irse a otro sitio. Comportamiento que no entendía porque intenté ser lo más correcto posible y les ofrecí mi ayuda siempre que la necesitasen. Aunque podía entender el estado en el que debían encontrarse. Tener a una hija, y hermana, debatiéndose entre la vida y la muerte no creo que les dejase tiempo para pensar en cómo debes actuar con los demás.

—¿Te importa si me acerco a casa con Daki? Necesito darme una ducha y cambiarme de ropa.

—Claro, no te preocupes, yo me quedo aquí pendiente de todo.

—Muchas gracias, Jack.

Mi residencia en Los Ángeles estaba a una hora escasa del hospital. Llevaba, desde que pisé suelo californiano, recluido entre las paredes del centro hospitalario y necesitaba salir de allí con urgencia. El olor a desinfectante y medicamentos se te introducía por todos los poros. Creo que ni después de varias duchas sería capaz de desprenderme de dicho aroma.

Una furgoneta con los cristales tintados y de color oscuro estaba a nuestra disposición para los traslados. De camino a Holmby Hills, sentados en unos amplios asientos, en la parte trasera del automóvil, Dakota se recostó sobre mis piernas quedándose dormida. Mi pequeña india había sucumbido ante el cansancio y el estrés acumulado. Con la vista perdida en el enigmático paisaje

de esa zona de Los Ángeles, acariciaba la larga melena azabache de la que había sido mi más fiel compañera. Mi niñez no hubiera tenido sentido sin ella. Era dura como una roca y tierna como una madre con sus hijos. Albergaba esas dos caras que le hacían ser tan especial. Frágil pero indestructible.

En el trayecto me dio tiempo a poner los pies sobre la tierra. Parecía que aún no había bajado del avión que nos llevó hasta el universo del sinsentido. Carmen estaba internada en la unidad de cuidados intensivos. Con un pronóstico todavía incierto. Pero la realidad me advertía de que mi princesa, después de aquel impactante suceso, no iba a ser la misma jamás. Era duro, pero debía ponerme en lo peor para poder asimilarlo y afrontarlo. Sin remedio, mi mente viajaba hacia el futuro elaborando escenas dignas del drama más caótico. Y yo cerraba los ojos con fuerza para intentar borrar esas imágenes y contener las lágrimas. Pero, para mí, lo único importante era que mi amor fue verdadero. Tanto, que ese drástico futuro no era suficiente para acabar con lo que sentía por ella. Esa mujer había sido y sería el motivo que siempre necesité para continuar siendo feliz.

—Venga, enana, que ya hemos llegado —desperté a Dakota con delicadeza.

Al llegar a la impresionante mansión, también aparecieron miles de recuerdos. No había vuelto allí desde aquellas vacaciones mágicas. Mis padres me enseñaron cómo dos personas pueden quererse sin límite. El respeto y las miradas cómplices. La confianza y el orgullo de tener alguien al lado que es todo.

—Mmmm… ¿ya? Jo, me he quedado superdormida.

Era como si un ángel se hubiera dormido sobre mi regazo. Sus ojos azules, al abrirse tras ese pequeño *break*, brillaban como dos faros en una costa totalmente vacía. Tenía la bonita capacidad de hacerme sonreír aun sin tener una razón para ello. Porque hay personas que nacen para hacerte la vida mucho más sencilla.

—No tardaste ni un segundo…

—Kil. No te preocupes. Todo va a salir bien.

Mirándome con ternura y con una de sus manos puesta en mi mejilla, intentó transmitirme toda su fuerza y ese positivismo que le hacía tan especial.

—Eso espero, Daki. Eso espero…

Aparcaron justo a la entrada de la enorme residencia. En la puerta nos esperaba la familia de mexicanos que estaba a cargo de su mantenimiento y cuidado. Al bajarme del coche, sentí el paso del tiempo más que nunca. El hijo de la familia ya era un hombre y ellos estaban muchísimo más mayores de como los recordaba. Habían pasado, más o menos, quince años desde la última vez que les vi.

Con timidez se acercaron hasta nosotros. Amablemente y como si formaran parte de mi familia, nos saludamos. Se les notaba muy nerviosos por recibir esa inesperada visita del que era el heredero de todo aquello.

—Buenos días, señor. De parte de nuestra familia, le damos nuestro más sincero pésame por lo ocurrido.

El padre, cabizbajo y cohibido, expresó sus condolencias en nombre de todos. Después de agradecérselo, les di un abrazo. Porque, en el fondo y aunque no nos viéramos nunca, formaron parte de una época que, para mí, fue la más importante de mi vida.

La vivienda seguía exactamente igual. Todo ordenado meticulosamente y limpio como una patena. Pero lo que seguía impresionándome eran las enormes palmeras que formaban parte de un jardín exuberante y de vivos colores. Al echar un vistazo a la propiedad, vi las dos pequeñas porterías en las que jugué con papá durante aquellas maravillosas vacaciones. Los ojos se me

humedecieron al trasladarme a una etapa libre de preocupaciones y pérdidas. La vida te va arrebatando personas como un enamorado arranca los pétalos de una flor. Hasta que, un día, te das cuenta de que solo te queda el tallo y la tristeza de tener una flor sin vida.

La ducha fue un gran alivio para liberar la tensión acumulada. Pero, al relajarme y después de tanto tiempo sin descansar, me entró tanto sueño que no pude evitar acostarme en una inmensa cama que había en el dormitorio principal. El mullido colchón hizo la función de esos brazos que necesitaba.

—Señor, perdóneme.

Escuchaba una voz, pero me resultaba imposible abrir los ojos.

—Señor, señor, despierte.

Al final, lo conseguí. Había perdido la noción del tiempo. Pero al mirar a la ventana me di cuenta de que estaba anocheciendo.

—Sí, dígame.

El mexicano estaba a los pies de la cama con cara de preocupación. Creo que despertar a su jefe en la primera toma de contacto no era trago de buen gusto.

—Perdón, señor. Pero es que llamó Jack y me dijo que era importante.

Eso hizo que me despejase de golpe. Las llamadas importantes del colombiano solían ser como una fuerte bofetada en toda el alma.

—¿Le importa traerme el teléfono?

—Aquí tiene.

Casi antes de pedirlo ya me lo había entregado. Nada más ponerlo en mi oreja desapareció sigilosamente para darme más privacidad.

—¡Qué sucede!

—Kilian, hay un problema aquí. Creo que debería venir cuanto antes.

La palabra «problema» en ese contexto me revolvía el estómago.

—Déjate de misterios, Jack. Dime ¡qué pasa!

—No es nada grave, pero debería estar aquí.

—Pero ¿le pasa algo a Carmen?

Me recosté en la cama, alarmado por tanta intriga.

—No. De la señorita no hay noticias aún.

—¿Entonces? Explícate, por favor.

Los nervios no me dejaban permanecer sobre la cama. Mientras hablaba me puse en pie dando vueltas a la habitación como si estuviera loco.

—Es un problema con la familia de ella. Pero es un poco largo de contar por teléfono. Venga y se lo explicaré.

Colgué el teléfono y me fui directo a la ducha. La secretaria de Jack era tan eficiente que tenía preparada ropa para que pudiera cambiarme y ponerme algo limpio y cómodo. Una vez vestido y listo para partir, avisé a Dakota para que se apresurase.

Nada más llegar al hospital y entrando por una puerta distinta a la principal, para evitar a la prensa, fui directo a la sala de espera donde, seguro, se encontraría mi fiel acompañante.

—Qué pasa, Jacky.

Estaba muy alterado por las prisas y la incertidumbre. Notaba el corazón cómo me latía a mil por hora.

—Hay un problema, como le dije. Hace un rato pregunté al doctor por el estado de Carmen y me dijo que no podía facilitarme esa información.

—¿Por qué? ¿Qué bicho le ha picado ahora a este hombre?

—No, Kilian. A él no le picó ningún bicho. El problema es que el padre, que es su tutor legal, le ha prohibido que diese esa información.

—Pero… no entiendo nada, ¿por qué ha hecho eso? Necesito hablar con él.

No entendía qué le pasaba a aquel hombre conmigo. Su comportamiento había sido desastroso e irrespetuoso, pero de ahí a negarse a que nos dijeran cómo se encontraba la que iba a ser mi futura mujer iba mucho trecho. Me parecía una falta de decoro inexplicable.

Con Jack siguiendo mis pasos, busqué al hombre por toda la planta baja del centro. Pero la búsqueda fue en vano. Parecía que se lo había tragado la tierra.

Lo único que se me ocurría era hablar con el médico responsable del cuidado de mi chica. Con educación, le pedí a la señorita de información que le llamasen. A la media hora, el doctor de aspecto sobrio apareció acompañado de otro vestido de traje.

—Buenas noches, señor Sotomayor. Le presento: él es Max Stiller, subdirector del centro.

—Encantado.

Estreché la mano de ambos. Su semblante era serio.

—Imagino que el motivo de su llamada es porque su acompañante le habrá informado de cuáles son los deseos de los familiares de la señorita Silva. Y antes de que nos diga algo, debo decirle que contra eso no podemos hacer nada.

Me dejó bastante claro que no había posibilidad de réplica. Pero, aun así, debía intentarlo.

—Sí, algo me dijo. Pero ¿no entienden que Carmen es mi futura esposa? No pueden hacer esto. Moralmente no es correcto, señores.

—Señor Sotomayor, le comprendo perfectamente. Pero ahora entiéndanos a nosotros. Las normas son las normas.

El hombre trajeado entró en la conversación para ratificar lo que había dicho el doctor. De repente, me subió un calor a la cabeza que me resultaba imposible de controlar.

—Ya. Pero es que a mí me importa una mierda lo que digan las normas. Están hablando de mi mujer, ¡joder! ¡Qué cojones les pasa! ¿No tienen corazón?

—Por favor, Kil —intercedió Jack, colocándose en el medio. Él me conocía a la perfección y sabía que en cualquier momento podía estallar.

—Señor, si va a ponerse así, esta conversación ha finalizado.

La prepotencia era algo que me sacaba de mis casillas. Y mezclado con la noticia que me acababan de dar se convirtió en una maldita bomba de relojería.

—Señores, perdónennos. Sé que no hay que perder la compostura, pero esto que dicen es muy duro para nosotros. Hagan el favor de entenderlo —terció Jack, siempre tan cometido y pausado. Si hubiera sido por mí, les habría arrastrado por toda la planta principal de su maravilloso centro hospitalario.

Se despidieron y nos dejaron igual que estábamos. Todavía no me creía lo que acababa de oír. Con la vista perdida y preso de una ira incontenible, decidí ir a la sala de espera para ver si podía calmar aquella ansia de destrozarlo todo.

—Tiene que tranquilizarse. Ya verá cómo encontramos una solución. No se preocupe —dijo Jack.

Me molestaban hasta aquellas palabras conciliadoras. Sentía tanta rabia que no podía pensar con claridad. Tampoco podía quedarme allí sentado como si nada.

—Me la suda, Jack. Tengo que verla.

Al levantarme, intentó ponerse en mi camino. Sabía que en ese estado podía cometer cualquier locura. Pero su intento fue fallido. De un empujón le aparté de mi trayectoria poniendo rumbo hacia el lugar donde se encontraba la mujer que estaban intentando arrebatarme. Mi

corazón ahora no latía con el mismo ritmo, ni con el mismo sentir. Estaba desbocado por culpa de esa falta de humanidad exacerbada.

—Kilian, ¡por favor!

Oía una voz a mi espalda pero no existía nada que pudiera frenar esa decisión. Crucé varias puertas que me llevaban hasta donde suponía que se encontraba Carmen. Los pasillos se me hacían cortos movido por una tensión incontenible. Los carteles de «Prohibido el paso» y «Solo personal autorizado» no eran impedimento para continuar mi búsqueda. Hasta que llegué al lugar en cuestión. Unidad de cuidados intensivos.

—Perdón, señor. Este es un lugar restringido —me advirtió, sorprendida por mi presencia, una mujer de unos cincuenta años cuando me vio aparecer.

—Vengo a ver a la señorita Silva.

Sin mirarla a la cara y buscando a mi alrededor, eché un vistazo para ver si encontraba alguna pista que me llevase hasta ella. Estaba en una especie de *hall* con un mostrador a mi derecha y varios pasillos con diferentes puertas a los lados.

—Pero, oiga, aquí no puede entrar nadie. Haga el favor de salir —dijo la mujer, poniéndose en medio para intentar detenerme, aunque no me tapaba la vista porque era más bajita que yo.

—Señora, por favor. Tengo que verla.

La celadora me miraba asombrada porque no parecía entender cómo había llegado hasta allí. A los pocos segundos, apareció Jack.

—Perdón, perdón. Discúlpenos, ya nos vamos.

Intentó cogerme del brazo, pero, con fuerza y de un movimiento seco, me escabullí con destreza.

—¡Quítate! ¡No se te ocurra volver a tocarme!

Desafiándole con la mirada, le advertí de la peligrosidad del asunto. Nadie podría interponerse entre Carmen y yo.

—Señor, o sale de aquí o tendré que llamar a seguridad.

—Llame a quien quiera.

Escogí el pasillo que tenía justo enfrente. Esquivando a la mujer y obviando la presencia de Jack, comencé la búsqueda por aquel inquietante lugar. A los pocos pasos, a mi derecha, una gran cristalera dejaba ver una pequeña sala. En su interior, la familia de Carmen al completo y tres personas más esperaban sentados.

—¿Por qué se comporta así? ¿No puede entender que quiero a su hija? ¡No me puede hacer esto!

Fue inevitable reprender el comportamiento del padre. Dicen que una persona que lo da todo por perdido es capaz de cualquier cosa. Pues así mismo me sentía en ese instante.

—No tengo nada que hablar con usted.

El padre, un hombre de unos sesenta años, con el pelo canoso, un poco más bajo que yo, el rostro ajado por el transcurso de la vida y de aspecto sencillo, se dio media vuelta dejándome con la palabra en la boca.

—Pues, yo sí. O sea que me va a escuchar.

Lo sujeté del antebrazo para girarle y que diese la cara. No entendía cómo podía comportarse de una manera tan inhumana. Y por qué.

—No se te ocurra volver a tocarme.

La madre y la hija se levantaron asustadas. Y Jack, que me seguía sigiloso, volvió a hacer el amago de reprender mis actos.

—Por tu culpa, y el mundo ese en el que vivís, mi hija no volverá a moverse jamás. ¡Con

vuestras malditas drogas y todo ese dinero habéis acabado con su vida!

De repente, esas palabras me dejaron completamente helado. Que me echase la culpa de tan desgraciado incidente, dolía. Pero escuchar que jamás volvería a moverse fue como si me hubieran partido el corazón en mil trozos. La rabia y la ira desaparecieron de golpe. En aquel momento, solo tenían cabida la tristeza y el desasosiego.

—¿Estarás contento? Lo único que le pido a la vida es que te devuelva todo el dolor que has causado a esta familia.

Hablaba con tanto desprecio que no pude reaccionar. Eran las palabras de un padre completamente hundido. Tanto o más que yo.

—¿No podrá volver a moverse?

Eso fue lo único que mi cerebro consiguió procesar. El miedo a su respuesta hizo que mi cuerpo entero se tambalease.

—¡Nunca! Ahora ya puedes volver a ese mundo del que vienes.

Me dio la espalda de nuevo mientras que madre e hija me observaban con tristeza. Era horrible pensar lo que había dicho. Y ya no hacía falta que ningún doctor me diera el diagnóstico de Carmen, porque las desgarradoras palabras de aquel padre tenían más credibilidad que cualquier prueba médica.

—Necesito verla.

Como un zombi, salí de la sala y caminé desorientado por un largo pasillo. Parecía uno de esos sueños en los que vas por un túnel que nunca termina y se estrecha a la vez que las luces se ven más lejos.

—Señor, deténgase.

Escuchaba voces pero también parecían provenir de ese terrible sueño. Aunque, en un segundo de lucidez, me di cuenta de que, al final del pasillo, había una puerta de doble hoja con varios carteles que restringían el acceso. Sin saber por qué, algo me dijo que allí se encontraba mi gran tesoro. Acelerando el paso, me dirigí hacia ella. Pero antes de entrar, noté cómo alguien ponía una mano sobre mi hombro. Con violencia y de un manotazo, la retiré.

—¡Ponga las manos sobre la cabeza!

Al girarme, pude ver a dos hombres uniformados que me miraban con cara de pocos amigos.

—¡No se les ocurra tocarme!

Caminando de espaldas, dichas puertas impidieron que siguiera avanzando.

—Por favor, Kilian. Tranquilízate.

Tras los dos vigilantes, Jack intentaba mediar.

—Haga el favor de poner las manos en alto o tendremos que usar la fuerza —me amenazó uno de ellos, un poco más alto que yo y de aspecto fornido, que sujetaba una porra que colgaba de su cinturón.

—Señor, haga caso y no ponga más difíciles las cosas —terció el otro, de complexión más delgada y tez morena. También portaba una porra, pero tenía sus brazos extendidos para darme a entender que la violencia no sería la solución más acertada.

—Quiero ver a Carmen, Jacky. Por favor, explícaselo a estos señores.

Un poco más atrás, un grupo de personas, entre ellos los familiares de mi chica, observaban la escena completamente consternados.

—Kilian, de verdad. Tranquilízate. Haz caso a los guardias de seguridad y luego solucionaremos esto de alguna manera.

La discusión duró varios minutos. Hasta que llegó el doctor que momentos antes nos había explicado el problema.

—Señor Sotomayor, por favor. Acompáñeme, que ya verá cómo encontramos una solución. Haga caso a su amigo.

Se puso por delante de los vigilantes, situándose a un par de metros de mí. Pero no había palabras que pudieran calmarme. Sabía que me estaban diciendo eso para sacarme de allí.

—Hasta que no la vea no me voy a mover de aquí. O sea, que vosotros veréis. Eso sí, vais a tener que echarle mucho valor para impedírmelo.

La cosa iba complicándose por momentos. Pero lo que me hacía estar tan seguro de mi decisión era que en sus caras percibía muchísima inseguridad.

—Por favor, dejen el pasillo libre.

La voz de otro par de hombres hizo que todo el mundo se retirase. Con ligereza, dos agentes se me acercaron quedándose a escasos centímetros. Su expresión era totalmente distinta: ellos no tenían ni un ápice de miedo.

—Muchachito, deja de hacer tonterías y ven con nosotros —me pidió uno de los policías con tono conciliador.

—Agente, se lo ruego. Solo quiero ver a mi chica.

—Ya. Y seguro que podrás verla, pero ahora tienes que venir con nosotros.

La desconfianza y la rabia hicieron que mi reacción fuese desmedida.

—Ya se lo he dicho a ellos. Hasta que no la vea, de aquí no me muevo.

—Mira, joven. No nos obligues a usar la fuerza.

El otro, como en las películas, hacía la función de poli malo.

—Venga, vamos.

Al intentar agarrarme, repetí la misma operación que cuando me pusieron la mano sobre el hombro. Con fuerza le golpeé en el brazo, lo que hizo que retrocedieran unos pasos.

—¡Pon ahora mismo las manos sobre la cabeza y tírate al suelo!

Mi desobediencia hizo que su semblante cambiara. Ahora sí había conseguido enfadarles de verdad. Sin hacerles caso, empujé una de las puertas pero estaba bloqueada. Me encontraba totalmente atrapado.

—¡Que te tumbes en el suelo!

—¡Kilian! ¡Por Dios! Hazles caso —gritó Jacky desde lejos.

—Pero ¡por favor! Yo no he hecho nada malo ¡Solo quiero verla! —Se me saltaban las lágrimas de pura rabia.

De un lateral de su cinturón, uno de los agentes sacó una especie de pistola cuadrada y me apuntó con ella.

—¡Tienes cinco segundos!

Cuando terminó la cuenta, después de escuchar un sonido metálico, sentí una fuerte descarga eléctrica en el torso, una gran quemazón y, acto seguido, caí redondo.

—¡No! ¡No! ¡Pero qué hacen!

Oía los gritos de mi protector, pero no veía nada ni me podía mover. Entonces, sentí que todo el esfuerzo había sido en vano. Algo me dijo que, a partir de ese momento, Carmen se había ido de mi vida para siempre.

27

No podía borrar de mi mente las palabras del padre de Cristina. Cómo le había hablado a su hija de mí sin ni siquiera conocerme y el desprecio con el que se refirió a mi antiguo trabajo. «Camarerucho» no era un insulto, pero me hizo más daño que cualquier ofensa mucho peor.

En el trayecto hasta mi apartamento, no hubo un segundo en que no pensase en lo que acababa de vivir. Y si lo analizaba bien, incluso me podía hacer gracia. Estaba hablando del estatus social de un joven del que no sabía absolutamente nada. Solo se guiaba por el oficio y los pocos segundos que recordaría de su paso por el restaurante. E inevitablemente me daba muchísima pena. Porque, por desgracia, el mundo estaba lleno de gente así. Anda, que si supiera la verdad…

Lo único que me preocupaba era que Cristina no se dejase influir por los desafortunados consejos de su progenitor. Porque, aunque teníamos alguna discusión que otra, nos queríamos de una manera preciosa. Ella me daba estabilidad y cariño y yo le proporcionaba calma, entrega y amor verdadero. Había conseguido algo que ni el tiempo logró sanar. Construyó, de nuevo, mi castillo de naipes. Mi entereza se había ido al garete y, con ello, todo mi mundo. La situación en los Estados Unidos se había vuelto insostenible. Me derrumbé por culpa de la hostilidad de muchos. Ser un personaje tan público terminó pasándome factura, y no aguanté la presión que ejercían los comentarios de la prensa. Las mentiras y las suposiciones eran como heridas que nunca dejaban de sangrar.

Después del desafortunado incidente, me aferré al desastre y a la tristeza. Era incapaz de ver el lado positivo a la vida. Quizá las pérdidas consiguieron superarme. Me dolía demasiado seguir viviendo y tuve que poner remedio encontrando en la distancia un único salvavidas. Al final, basé mi curación en la huida y el olvido.

Llegó la hora de acostarme. Se me hizo muy tarde viendo una serie en la televisión. Mi compañero de piso no estaba y tenía toda la casa para mí solo. Eso también era algo que había aprendido en la ciudad andaluza. Jamás había disfrutado de la soledad más de unas cuantas horas. Siempre me rodeaba un enjambre de personas que, por regla general, trabajaban para mí. Casi podría asegurar que encontraba mis momentos de relax cuando me aislaba en mi despacho.

> Para: Cristina
> Qué tal fue el cumpleaños? Disculpa por haberme ido antes de tiempo, pero es que creí más oportuno que estuvieras con los tuyos. Espero que lo hayas pasado genial. 😘😘😘
> 1.32

Antes de dormirme, le mandé ese mensaje. Si bien me resultaba raro que no me hubiera llamado. ¿Le habría afectado la charla que mantuvo con su padre? Inconscientemente, eso me generaba bastantes dudas.

—¡Vamos! ¡Despierta, gorrión!

No sé qué hora era, pero me pesaban los párpados como dos sacos de cemento. Manuel, con esa vitalidad desbordante, tenía una manera muy peculiar de despertarme: ¡a gritos! Habíamos quedado con un grupo de amigos para ir a la playa. Y como habitualmente, el impaciente sevillano se habría levantado muy temprano para preparar todo. Ya empezaba a hacer suficiente calor y queríamos aprovechar esos primeros días de sol radiante.

—Ya voy.

Tumbado en la cama, intentando abrir los ojos, cogí el móvil para comprobar si Cristina había contestado. No recordaba lo que soñé, pero tenía la sensación de que ella fue la protagonista principal de esa noche. Si me resultaba extraño que no hubiera llamado ayer, aún me sorprendía mucho más que no hubiera respondido al mensaje. Siempre solía contestar a los

pocos minutos de escribirle.

Mi pasado era el culpable de tantas inseguridades. Tenía pánico a perder. Nunca fui una persona insegura. Y podría afirmar que la seguridad era una de mis grandes virtudes. Pero la vida te va poniendo obstáculos que, aunque los sortees, se te quedan grabados para siempre. La muerte me había hecho mucho daño. Y separarme de Carmen me abrió una nueva puerta a la inestabilidad y lo desconocido. Porque me planteaba mi capacidad de entender al ser humano. Si no había sabido cuidar lo más importante de mi vida, ¿cómo sería capaz de atender a todo lo demás?

Pasamos un día estupendo de mar, arena y brisa. Me llevaron a un sitio llamado Rota, el cual no conocía, que no podía ser más bonito. La playa de la Ballena, con su gran extensión y colorido, conquistó un poco más el corazón de un joven norteamericano. Pero hubo algo que no dejó que disfrutase de aquel precioso momento de amistad, risas y alegría. Cristina y el móvil eran más importantes que cualquier pasatiempo.

—¿Qué te pasa, *picha*? ¿Dónde cojones estás?

Poco a poco, Manuel me iba conociendo. Con solo mirarme sabía perfectamente que algo me perturbaba.

—Ayer fui al cumpleaños de la hermana de Cristina y me presentó a toda su familia.

—¿Por fin te decidiste? Jajajajajajaja.

Era consciente de mi animadversión por las presentaciones formales. Las esquivaba como si fueran un monstruo horrible. Aunque, al final, no me había quedado más remedio que dar mi brazo a torcer.

—Sí. Pero el padre es insoportable.

—¿Por qué?

Me prestaba atención mientras sacábamos las toallas y las cosas que llevamos a la playa. Estaba destrozado después del ajetreado día. El mar tenía algo que me relajaba, tanto que luego no podía con mi alma.

—Les oí hablar sin que se dieran cuenta y no te imaginas las cosas que dijo ese hombre de mí.

—¿Sobre ti? Pero si no te conocía de *na*, ¿no?

—Me lo presentó cuando me perdí en la feria y me había visto en Lolita el día que vinieron a comer. Pero, vamos, que no me conoce de nada.

Las toallas estaban llenas de arena y los bañadores seguían húmedos. Nos repartimos el trabajo y él dejó lo que estaba haciendo para preparar algo de cena. No era un gran cocinero, aun así, por supuesto, mucho mejor que yo. Lo poco que aprendí en mi época universitaria no era suficiente como para hacer algún plato digno.

La casa tenía un salón bastante amplio y la cocina estaba justo al lado. Sin embargo debía hablar bastante alto para que pudiera escucharme.

—¿Y qué dijo el *gachó*?

Este era un tema muy serio para estar gritando de una habitación a otra.

—Pues que no sabía qué hacía con un chico como yo y un montón de idioteces de ese tipo.

Estaba preparando pasta con los restos de comida que quedaban en la nevera: un poco de aguacate, pavo, tomate y unos daditos de queso.

—Vamos, que como no eres un pijeras de esos no le vales para su hija, ¡qué *malaje*!

—Sí. Pero lo peor de todo no es eso. El muy canalla le dijo que mientras que viviese en esa casa no le iba a permitir estar conmigo.

Ese fue el colofón de dicha charla. El señor se pensaba que aún vivía en la época del

Régimen y actuaba con sus hijas de la misma forma que un dictador.

—No me lo puedo creer. ¿Y ella qué contestó?

—Pues de ahí viene mi cara de acelga. Ayer por la noche le escribí un mensaje antes de acostarme y todavía no ha contestado. Me huele muy raro.

Removía los macarrones con una paleta de madera, mientras que con la otra mano trasteaba con el móvil. Todo ello prestando atención a la conversación y haciendo preguntas con sentido. Esa capacidad de realizar tantas cosas a la vez me dejaba patidifuso. Aunque reconozco que también me crispaba.

—¿Y la llamaste para preguntarle qué le pasa?

—No. Estaba esperando a que contestase.

—¡Coño! ¡Pues llámala, hijo de mi *vía*! *Mare* mía, ¡qué poca sangre!

Y quizá tenía razón. Porque, para saber, lo mejor es preguntar.

Después de cenar esa improvisada ensalada, que, por cierto, estaba bastante buena, me fui a mi habitación a seguir comiéndome la cabeza. Estaba consiguiendo ser un auténtico maestro en el noble arte de darle vueltas a las cosas.

Leí el mensaje varias veces. Y pensé en mandarle otro preguntando: ¿qué te sucede? Pero, al final, hice caso de los sabios consejos de plurilópez y le di al botón de llamar.

—Hola.

El comienzo no pintaba bien. Seca y distante.

—¿Cómo estás, niña?

—Bien. Aquí, en casa.

Era evidente que algo le pasaba. Y, con certeza, la maldita charla del padre tenía mucho que ver.

Si Cristina se dejaba influenciar por algo tan material, iba a defraudarme muchísimo. Porque, de nuevo, mi capacidad de entender a las personas se vería muy afectada.

—Cristina, ¿me puedes decir qué te pasa?

Ir directo al grano nos iba a ahorrar una gran pérdida de tiempo. Lo cual, ambos, terminaríamos agradeciendo.

—Nada, ¿por?

Respuesta obvia cuando uno sabe que la verdad puede ser dolorosa.

—¡Cómo que nada! Venga, por favor. —Transcurrieron unos instantes y, como no contestaba, continué hablando—: Ayer oí lo que te dijo tu padre, ¿piensas igual que él?

El silencio se volvía más incómodo según pasaban los segundos. Y demasiado determinante. Tanto que casi no hacía falta decir nada para saber su respuesta.

Es increíble la capacidad que tiene el amor de hacerte el hombre más feliz del mundo o el más desgraciado. Te sube hasta el cielo con la misma facilidad que te lanza contra el suelo.

—¿Cómo que oíste lo que me dijo mi padre? ¿Nos espiaste?

—¡Qué os voy a espiar! Fue casualidad. Pasé al baño y justo estabais hablando de eso.

—Ya. Y por casualidad también te quedaste escuchando…

Lo que faltaba es que se hiciera la indignada por haberme entrometido en una conversación privada. Cualquier ser humano se hubiera comportado igual.

—Creo que eso es lo de menos, Cristina. Lo importante es saber qué piensas tú. Y por qué demonios no me contestaste.

De la impotencia y la rabia me tuve que sentar en la cama. Me había tumbado para estar más cómodo pero no podía estar quieto.

—Kilian. Yo te quiero. Eso está claro. Pero no puedo luchar contra mi familia. Todavía vivo

en mi casa. Mi trabajo me lo consiguió él. El coche. Todo lo que tengo es gracias a ellos. Y estoy hecha un lío. Quizá deberíamos darnos un tiempo para pensar esto mejor…

Las palabras no duelen hasta que no las pones en boca de alguien que te importa. El dinero reaparecía para destrozarlo todo, una vez más. ¿Sería una maldición que me tocaba asumir por no haberle dado la importancia que se merece? Jamás imaginé que iba a ser un lastre tan pesado.

Te vas a miles de kilómetros. Rechazas todo eso con lo que sueña la mayoría. Intentas comenzar de cero. Quieres ser una persona como todas las demás. Trabajas duro. Empiezas a darle valor a las cosas. Poco a poco te integras en una sociedad totalmente desconocida. Y se te presentan los problemas que puede tener cualquiera. Pero todo eso no es suficiente y la vida te sigue castigando sin piedad alguna.

—¿Eso está claro? Pues yo no lo veo tan claro, Cristina. Pero si es eso lo que quieres, me parece estupendo.

Estaba harto de arrastrarme cada vez que teníamos un problema. Siempre era yo el que iba tras ella. Posiblemente porque había encontrado ese sendero que me conducía hacia una vida estable. Pero la dignidad y el orgullo tienen sus límites. Y más cuando se trata de un muchacho que nunca tuvo que rebajarse por nada ni por nadie.

Colgué el teléfono dejándola con la palabra en la boca. E intenté dormir sin pensar. Labor imposible porque la rabia me lo impedía. Mis suposiciones se confirmaban: lo material había vencido a los sentimientos. Ese hombre puso en una encrucijada a su hija y con ello desbarató todos los planes que teníamos juntos. Aunque, si a la primera de cambio daba al traste con nuestra relación, sin buscar un remedio, quizá es que no sentía tanto como para entregarle mi corazón.

Yo siempre estuve seguro de mis sentimientos. Hasta cuando el pasado me pesaba demasiado. Esa joven risueña, desde el primer día, había conseguido restaurar mi alma en ruinas. Me había ayudado muchísimo para encontrar mi lugar en el mundo. Y eso nunca lo olvidaría. Pero no existe cosa más dura que suplicar que te quieran. La elección era muy sencilla y clara. Su posición social y todo lo que conllevaba o yo. Y ella parecía que ya se había decantado por una de las opciones.

Pasaron varias semanas sin tener contacto. Al principio, me resultó muy complicado no tenerla. A veces, miraba el teléfono buscando un mensaje que nunca llegaba. Y reconozco que lloré su ausencia en demasiadas ocasiones, porque echaba de menos su sonrisa contagiosa y el olor que dejaba en mi cama cuando se quedaba a dormir. Sí, la echaba muchísimo de menos. Pero la decisión ya estaba tomada y, aunque sabía que el sufrimiento iba a durar bastante, jamás volvería a perder la dignidad por alguien que no se lo merecía.

Aunque empezaba la estación de los mil colores, para mí se volvió todo un poco más gris. Si hacía un repaso de mi vida, siempre que sufría un duro golpe me sucedía lo mismo: terminaba encerrándome en mi mundo y me volvía a poner la coraza pensando que nada del exterior podría afectarme. Un gran error, pues lo único que conseguía adoptando esa postura era aislarme y, poco a poco, hundirme más en mis propios problemas. Esta vez lo planteé de otra manera. Iba a hacer todo lo posible por estar ocupado con distintas cosas para no darle demasiadas vueltas al asunto. Aunque lo que me quedó muy claro fue que las mujeres terminaban doliendo.

Retomé las clases de inglés, el gimnasio y todas las actividades que el calor te permitía hacer: playa, deportes acuáticos, quedadas con los amigos… y, con tanto ajetreo, surtió efecto ese nuevo remedio. Eran tantas las ocupaciones que casi no me quedaba tiempo para pensar en ella y en esa carencia afectiva que tanto miedo me daba.

El trabajo también ayudó bastante. Porque, sin querer, esas noches con mis compañeros me

devolvían una sonrisa que parecía haberse diluido.

—Oye, ¿has visto cómo te mira la de las volteretas?

Manuel estaba pendiente de todas las féminas que pasaban por delante de nosotros. Era tal esa capacidad casi obsesiva que se daba cuenta hasta del mínimo detalle.

—¿Qué volteretas?

—Joder, *Carlito*, hijo. No te enteras ni de los precios, ¡esa!

Con la cabeza señaló hacia la entrada. Al darme la vuelta para ver de quién me hablaba, me percaté de que se refería a la pequeña acróbata que hacía el espectacular y complicadísimo *show*. Segundos antes nos habíamos saludado y no noté ningún interés por su parte. Simplemente era educada y correcta. Inconscientemente me vino la imagen de Cristina y sus celos.

—¡Pero qué dices! Ya estás con tus suposiciones de macho hispánico.

Pero aunque llevase razón, no tenía cuerpo para mujeres ni todo lo que conlleva conocer a alguien nuevo.

—Sí, sí. *Mare mía*, qué desastre de hombre.

Siempre que había esa fiesta, la sala se ponía hasta la bandera de jóvenes alocados. Como siempre, pasada la mitad de la noche, me daba una vuelta por el interior para echar un vistazo y, de paso, ayudar a Javier en lo que pudiese o me mandase. Aunque me habían ascendido al puesto de segundo encargado, no tenía ningún reparo en realizar cualquier ocupación en la que hiciera falta: desde recoger vasos, en el *office* o poniendo copas. Ese día había tanto trabajo que tuve que arremangarme y ser un barquero más.

—¡Hola!

Mientras iba recogiendo vasos por la sala, la pequeña voladora se interpuso en mi camino.

—Hola.

—¿Te ha tocado hoy hacer esto?

Miraba el gran recipiente de plástico en el que iba apilando los vasos.

—Sí. Es que no veas qué lío hay hoy.

—Ya. *Joé*. Está llenísimo.

Disimuladamente no pude evitar echar un vistazo al atuendo que había escogido. Llevaba un *body* color carne, con diminutos brillantes, tan ceñido que se le marcaban todos los músculos. Era muy chiquitita pero tenía un físico superdesarrollado y muy fibroso.

—Oye, ¿y tu compañero?

Me resultó extraño que no fuese con ella el chico vasco.

—Puffff… se ha lesionado y me toca hacer el número a mí sola. Creo que tiene un par de meses de recuperación.

Su cabeza me llegaba por el pecho. Me hacía gracia cómo se ponía de puntillas para hablar conmigo. La música estaba tan alta que nos teníamos que pegar bastante para poder escucharnos.

—Pues vaya. Pobre…

La verdad es que nunca me había fijado en ella físicamente, pero tenía una cara preciosa combinada con unos ojos color gris enormes. Su rasgo más llamativo era el pelo: muy corto, casi como un chico, que, por cierto, le quedaba bastante bien. Sus rasgos eran tan suaves que ese *look* le sentaba genial. Pero lo más gracioso era su complexión. Parecía una pequeña muñequilla con abdominales y el culo respingón.

—Bueno, te dejo, que imagino que tendrás que seguir.

—Si me esperas un segundo, dejo esto y nos tomamos una coca-cola.

Y sin querer me salió aquella invitación sorprendiéndome a mí mismo. Antes dije que no me sentía con ganas de quedar con chicas ni nada que tuviera que ver con ello, pero aquella

simpática mujer me llamaba bastante la atención. Pero no de la manera que os estaréis imaginando. No, mal pensados. Me apetecía conocerla porque parecía tener un interior digno de descubrir.

—¿Te quieres tomar una coca-cola conmigo? ¡Vale!

Entonces, su permanente sonrisa se hizo más amplia y los ojos le brillaron.

Nos tiramos hablando casi hasta la hora de cerrar. Ella había terminado, porque solo hacía un *show*, y yo me escaqueé seducido por los encantos de aquella interesante chica. Me contó casi toda su vida: los sueños que tenía, lo que quería alcanzar, sus metas… Parecía tener muy claro cuál iba a ser su futuro.

—Jo. Menuda charla te he dado. Y tú, ¿no me cuentas nada de ti?

—Bueno. Es que tu vida es mucho más interesante que la mía.

Ahora venía la parte en la que me tocaba mentir. Era inevitable que cuando conoces a alguien no muestre interés por tu pasado.

—Aunque, ¿quieres que te cuente un secreto?

—A ver. Dime.

—Sé mucho más de ti de lo que imaginas.

La conversación se puso misteriosa, ¿qué podría saber de mí si casi nadie me conocía?

—¿Cómo que sabes mucho de mí? Explícate.

Era hora de cerrar. Encendieron las luces para advertir a los clientes que la fiesta estaba a punto de llegar a su fin.

—Si quieres quedamos un día y te lo explico.

Percibí en esa última frase cierto interés de la acróbata. Vernos fuera del trabajo era un paso que no tenía muy claro. Y tampoco sabía si estaría preparado para conocer a alguien un poco más a fondo. Podrían aparecer esas dudas que tanto me perturbaban.

—Vale. Pero que sepas que me dejas con la intriga.

—Eso es bueno… ¿Tienes ahí el teléfono?

—Sí.

—Apúntate mi número.

Al sacar el móvil, me di cuenta de que tenía un grave problema: no recordaba su nombre. Rápido de mente, le entregué el teléfono para que fuera ella quien lo hiciera.

—Escríbeme un mensaje, ¿vale?

—Sí. Ahora lo hago para que te guardes el mío.

Pero, al despedirnos, sucedió algo que me dejó muy confundido.

—Ha sido un placer hablar contigo, Kilian.

Después de darnos dos besos, y antes de irse, pronunció mi nombre real. Fue tal el impacto que no supe reaccionar y me quedé como un pasmarote viendo cómo se marchaba.

> Para: Valeria
>
> Hola. Este es mi teléfono 😉
> 7.36

Tuve que rebuscar en la agenda para saber cómo se llamaba. Menos mal que casi no tenía contactos y fue rápido.

Estaba amaneciendo, habíamos llegado a casa y Manuel, como cada mañana después de trabajar, se preparaba un copioso desayuno mientras me contaba alguna anécdota de la noche. No sé cómo lo hacía, pero siempre le pasaba algo curioso. Aunque, por regla general, la conversación matutina tenía una fémina como protagonista.

Ese día, al que le había pasado algo curioso había sido a mí. La chica de las volteretas, como decía el simpático andaluz, después de hacerme un pequeño resumen de su vida, alimentó mi

interés pronunciando un nombre del cual rehuía. No tenía ni idea de cómo se enteró, porque ese era un secreto que guardaba con celo. Además, la forma pícara al decirlo me advertía de que no solo sabía eso sino algo más.

De: Valeria

Apuntado quedas  ahora tienes que decirme qué día te viene bien para vernos.

7.40

Su respuesta no se hizo esperar. Y lo cierto es que había generado bastante expectación y me apetecía averiguar de dónde había sacado esa información.

Dejé a mi compañero en el salón mientras terminaba el tempranero festín y me fui a la habitación para contestar a Valeria. Manuel no iba a tardar mucho en preguntarme con quién me escribía al verme con el teléfono en la mano. Era tan cotilla como un programa de sobremesa.

Para: Valeria

Cuando quieras, además, ¡me debes una explicación!

7.45

Al final, y después de varios mensajes, quedamos al día siguiente. Me resultó una chica muy agradable y, para mi sorpresa, no me importaba en absoluto compartir un café con ella y continuar la charla.

Antes de dormirme, pensé en esa discusión que tuve con Cristina por culpa de la actitud que demostraba Valeria ante mí. Ella dijo que esa chica me comía con la mirada y yo siempre pensé que se equivocaba. Pero, después de haberla tenido cerca y poder analizarla un poco más, no iba tan mal encaminada. Creo que se sentía atraída por mí, aun siendo un auténtico zoquete para percibir señales del género opuesto.

Y ya que había aparecido Cristina por mi mente, no pude evitar pensar en ese comportamiento tan frío y lejano. Jamás volvió a dar señales. Ni siquiera se preocupó por cómo me podría haber sentado su drástica decisión. Lo único que me dejaba claro esa extraña forma de actuar era que nunca terminas de conocer a la persona que tienes al lado. Cuando todo va bien y no hay agentes externos que enturbien la relación, es sencillo querer, pero cuando surge algún impedimento, la forma de pensar puede variar hasta tal punto que nos convertimos en un par de extraños con algún recuerdo en común. Triste y peligrosa realidad.

Los sábados, Sevilla se convertía en un hervidero de gente. Extranjeros y locales se lanzaban a las calles para disfrutar del buen tiempo y las maravillas de una ciudad, que es arte puro. La gente solo necesitaba unos rayos de sol para llenar las calles de la capital andaluza. Y eso, inevitablemente, era alegría y esperanza. No se puede estar triste en un lugar tan lleno de magia.

Me desperté temprano para la cita. Habíamos quedado para picar algo y darnos una vuelta por el centro. Cosas tan simples como esa me parecían un gran regalo. Nunca pude hacer algo parecido en Nueva York. Para salir a la calle, tenía que advertírselo a un montón de personas que se encargaban de que mi vida fuera un auténtico caos. Visto con distancia, siempre fui un niño rico que deseaba ser feliz pero el entorno no se lo permitía. Por fin había conseguido esa libertad tan preciada.

Mientras me arreglaba, me di cuenta del aspecto tan desastroso que tenía. Había descuidado tanto mi imagen que parecía un *hippie* en pleno festival de Woodstock. Llevaba bastante tiempo sin afeitarme y sin cortarme el pelo. Prácticamente, durante la relación con Cristina, no fui al gimnasio y me había quedado como una espátula. Vamos, que podría ponerme en la puerta de un restaurante y seguro que algún alma caritativa me ofrecería un bocadillo.

A la una y media estaba en la discoteca. Ese era un lugar que ambos conocíamos, por lo que decidimos quedar allí. A los pocos minutos de estar esperando, apareció. No recordaba haberla visto vestida de calle y estaba realmente graciosa. Llevaba unas zapatillas de deporte diminutas, unos vaqueros ajustados e igual de pequeños y una camiseta de tirantes que dejaba a la vista sus

fibrosos y formados hombros. No usaba maquillaje, lo que le hacía parecer una joven quinceañera.

Al verme, sonrió de un modo tan bonito como acostumbraba.

—¡Eh! ¡Hola! No llego tarde, ¿no?

Caminaba de una forma muy simpática: dando pequeños saltitos como si fuera un cervatillo.

—No, qué va. Más o menos es la hora.

Para darme dos besos tenía que alzarse sobre las puntas de los pies. Y como si fuera un monillo, se agarraba a mis hombros para facilitarse la acción.

—Bueno, ¿comemos algo?

—Claro. Tú decides, que yo no conozco mucho esto.

Me llevó a un bar-restaurante repleto de gente. Con dificultad, nos hicimos hueco y, en unas mesas altas, nos acomodamos como buenamente nos dejaron. Había muchísimo ajetreo y tenías que ir tú a la barra para pedir lo que quisieras. Era como un *self-service* pero típico andaluz. Aunque al final cogimos un hueco en una esquinita y no estábamos tan mal.

Valeria se acercó a pedir unos cuantos platos para picar y algo de beber, y yo me quedé guardando el sitio. Le costaba mucho trabajo caminar entre el gentío y más cargada con la comida y la bebida. Pero jamás perdió la sonrisa.

Comenzamos a picotear mientras charlábamos acerca de cosas con poca relevancia. Pero en cuanto vi la oportunidad, saqué el tema que más me importaba.

—Bueno, qué, ¿me vas a explicar lo de ayer?

—Sí, ¿no? Creo que en el fondo has quedado conmigo para eso.

La verdad es que ese había sido uno de los principales motivos para dar ese gran paso. Porque las mujeres no entraban dentro de mis planes todavía. Aunque he de reconocer que Valeria era un espécimen digno de conocer.

Me consideraba un tipo con suerte. Siempre tuve la fortuna de cruzarme con seres muy especiales. Sobre todo mujeres. Y ella parecía ser uno de ellos.

—Hombre… no solo por eso. Pero, la verdad, ayer me dejaste muy intrigado.

—Me lo imaginé. Tendrías que haberte visto la cara. Jajajajajajaja.

Se le escapó una risa bastante malvada. De vez en cuando, se quedaba mirándome y me cortaba. No podía mantenerle la mirada más de unos segundos. Tenía algo inquietante.

—Bueno, venga. Di.

—Pues, a ver. Hace unos meses, de las primeras veces que íbamos a actuar, Iker, mi pareja de *show*, me dijo: «Mira ese chico que hay en la puerta». Estábamos entrando en el local y tú permanecías a un lado controlando que todo estuviese en orden. Esa fue la primera vez que me fijé en ti y me sonaste un montón. Incluso se lo dije a mi acompañante. Pero pensé que sería porque Sevilla no es muy grande y te habría visto por ahí en alguna ocasión. Luego Iker, que no tiene vergüenza, se te acercaba casi siempre que íbamos a actuar al local y tú te comportabas con él de una manera muy correcta. Yo siempre me quedaba a un lado, ya que me moría de vergüenza. Le di mil vueltas, porque tu cara me resultaba cada vez más familiar. Hasta que un día, alguien nos dijo que eras de Nueva York, y a mí se me encendió una bombillita.

—¿Una bombillita?

Según iba hablando se acercaba al meollo de la cuestión.

—Sí. Fue como una visión superclara. Entonces, nada más entrar al camerino, busqué en internet: «Kilian Sotomayor». No hay muchas fotos, pero las suficientes para saber que eras tú. Se lo enseñé a Iker, pero no me hizo ni caso. Y la verdad es que no tenía ningún sentido que uno de los chicos más ricos del mundo estuviera trabajando en una discoteca, y más en Sevilla.

Estaba en un pequeño aprieto. Y lo peor es que no sabía cómo afrontarlo. ¿Continuaba en mis trece negando mi identidad? ¿O le decía la verdad corriendo el riesgo de que se enterase todo mi entorno?

—Pues sí. La verdad es que no tiene mucho sentido, ¿crees que si tuviera tanto dinero iba a estar ahí aguantando a todos esos jóvenes descocados?

La negación fue la solución más evidente. No conocía de nada a esa chica como para contarle un secreto tan íntimo.

—Pues yo estoy segura de que eres tú.

Mientras masticaba unas deliciosas croquetas, tapándose la boca y con el semblante serio, afirmó sus suposiciones. Eso hizo que se creara un ambiente muy incómodo. Porque no sabía cómo salir de ese embrollo y ella no parecía creerse lo que le decía.

—¿Y si fuera ese chico del que hablas? ¿Cambiaría algo?

—No. Pero me atraerías mucho más.

Entonces, me comió con la mirada de la misma manera que se acababa de comer esos deliciosos bocados. Puedo decir que me intimidó bastante. La enana acróbata tenía muchísima fuerza expresiva.

—¿Y sabrías guardar un secreto?

Afirmó con la cabeza mientras me decía con los ojos un sí con mucho más valor que si lo hubiera hecho con palabras.

—Hola.

La voz de una chica me salvó de esa situación para ponerme en otra mucho más comprometida. Al darme la vuelta, mi corazón frenó en seco.

—Hola, Cristina.

—Qué coincidencia, ¿no?

Observaba a mi acompañante con cara de sorpresa y pocos amigos. Teniendo en cuenta que Valeria había sido en su día causa de discusión, podía imaginar lo que sintió al vernos juntos.

—Pues, sí. Mira, ella es Valeria. Cristina, Valeria.

Haciendo las presentaciones pertinentes, para intentar poner un poco de calma, percibí el gran mosqueo de la que había sido mi chica. Tenía una cara que pocas veces me había mostrado. Pero, si lo analizaba bien, no tenía motivo alguno, ni derecho, para comportarse de esa forma. Ella fue la que decidió entre nuestra relación y las palabras vacías de su padre.

—¿Podemos hablar un segundo?

—Sí, claro. Cuando quieras.

Estaba cansado de las tonterías de esa niña malcriada. Ahora que me había visto con otra mujer sí quería hablar conmigo. ¡Qué lista! Lo que no sabía era que mis sentimientos estaban demasiado dañados. Le iba a costar muy mucho hacerme cambiar de opinión con respecto a lo que sucedió.

—¿Ahora?

—No, Cristina. Ahora no. Estoy acompañado.

Se dio media vuelta y desapareció entre la gente antes de que me diera tiempo a terminar la frase. Una cosa estaba clara: la joven sevillana tenía un carácter de cojones. Y reconozco que me hacía bastante gracia.

—*Joé*. ¿Quién es ella? Menudo rebote que se ha cogido.

La inesperada aparición tuvo una parte buena y otra mala: la buena fue que me salvó de tener que contar toda mi vida. Y la mala es que arruinó la magia que había entre Valeria y yo. Se me quitaron de golpe las ganas de seguir charlando.

—Mi chica. Bueno, no. Mi ex. Hace unos días que ya no estamos juntos.

—Puffff… qué marrón, ¿no?

También era muy mala suerte, con todos los bares que había en Sevilla, encontrarme con ella. Aunque contra el destino nada se puede hacer. Sabía que tarde o temprano sucedería. Porque el que se va sin ser echado, vuelve sin ser llamado.

Valeria notó que nuestra cita ya no tenía sentido. No podía ocultar el malestar después de ese imprevisto. Casi se me atragantan las croquetas, el *pescaíto* y todo lo que comimos.

—Siento mucho si por estar conmigo te voy a causar un problema. Me ha gustado mucho charlar contigo. Si algún día quieres, escríbeme y nos vemos.

Esas palabras fueron el final de nuestra cita. Con un par de besos sellamos nuestra corta relación. Porque al ver a Cristina me di cuenta de que todavía quedaban ascuas en ese incendio. Fue capaz de removerlo todo.

Ahora tenía que confiar en la buena fe de Valeria y que no contase quién era en realidad. No le dije que sí pero tampoco fui determinante y conciso. Y ella tenía muy claras sus sospechas. Si no mantenía ese secreto, iba a arruinar todo eso que había construido a base de distancia y olvido.

28

Mi intuición decía que no iba a tardar en llegar ese mensaje. Y no me equivoqué en absoluto. Antes de llegar a casa, el móvil sonó.

De: Cristina
Me gustaría hablar contigo. Sé que lo he hecho mal, Kilian. Aunque si no quieres lo entenderé. Un beso grande.
15.52

Su actitud me sorprendió. Esperaba un estallido de ira por haberme visto con la acróbata. Pero fue todo lo contrario. Su texto desbarató mis intenciones. Tenía pensado regañarla y comportarme como se merecía. Me había hecho muchísimo daño con su manera tan drástica de romper lo que habíamos construido. Y aunque intenté que no me afectase, fue una herida más en un corazón lleno de cicatrices. Cuando piensas que ya nada te puede afectar, aparece alguien para recordarte que todavía sigues vivo. Tanto como para hacerte feliz, como para partirte por dentro.

Para: Cristina
Ya te he dicho que cuando quieras, pero tienes que saber que no puedes desaparecer y aparecer cuando te dé la gana. Esto no es un juego, Cristina.
16.00

Tenía que hacerle ver mi enfado. No podía rendirme tan pronto. Y aunque presentía que iba a venir con la intención de arreglar lo nuestro, su manera de actuar me generaba muchísimas dudas. Realmente no tenía claro si quería compartir mi vida con alguien que a la primera de cambio echaba todo por tierra.

Las relaciones tienen sus altibajos. Ahí es cuando hay que demostrar que no se está por estar. Esos momentos son los que consolidan el lazo que une dos corazones. Y ella no había sabido manejar las riendas de su vida. Me desechó como si fuera un pasatiempo. Antepuso lo material a los sentimientos. Creo que no hay cosa peor que esa. Ni que haga más daño.

De: Cristina
Quiero verte ahora.
16.02

Tan directa como de costumbre. Una gran cualidad que sacaba a relucir cuando quería algo. Me gustaba eso de ella. Siempre demostró una gran valentía al afrontar situaciones comprometidas.

Para: Cristina
Ahora no puedo. En estos días te escribo y nos vemos. Un beso.
16.08

No me consideraba una persona rencorosa pero tampoco se lo iba a poner tan fácil. Me gustaría que pudiera sentir el duro varapalo que experimenté después de su última conversación. Ni siquiera se dignó a decírmelo a la cara. El teléfono fue el que se encargó de poner punto y aparte.

Cuando llegué a casa, tuve una sensación muy extraña. En el salón teníamos una mesa grande con cuatro sillas en la que comíamos habitualmente. Manuel había dejado todos los restos del desayuno sin recoger. La ropa del trabajo encima de una de las sillas y los zapatos en el medio. El apartamento estaba hecho un desastre. Aunque no sé por qué ese día me sentó tan mal, pues esa era la tónica general de convivencia. Me pasaba las horas muertas recogiendo lo que mi compañero desordenaba. Inconscientemente, hice el amago de recoger. Pero quizá porque ya estaba harto o porque ese día tenía demasiadas cosas en la cabeza, dejé todo como estaba y me fui a mi habitación. Odiaba el desorden.

El cuarto en el que vivía era un poco más grande que el de casa de la señora Virginia. Y no tenía aquel aire tan tétrico. La pintura estaba en perfecto estado y la decoración era un poco más alegre. La chica que lo habitó antes que yo me había dejado prácticamente todos sus muebles. Se notaba la mano femenina, pero no me desagradaba. Tenía una cama bastante grande y cómoda.

Un par de mesillas en color blanco. Un pequeño mueble de madera con varios cajones, en el que podía guardar parte de mi ropa. Y elementos decorativos como cuadros, unas bonitas lámparas para las mesillas, un par de maceteros con flores, de esas que viven por inercia, y velas. Un regimiento de velas de todos los tamaños y colores repartidas por toda la estancia. Descubrí que su luz estaba viva. Itinerante. Y eso hacía que la habitación también cobrase vida. Me hice muy fan de su luz.

Pero, tumbado en la cama, observando el lugar al que había ido a parar, los recuerdos y la añoranza se volvieron demasiado reales. Echaba de menos mi casa. O eso que conocía con el nombre de hogar. Extrañaba a Jack, a Mady, a Dakota: me hacía mucha falta su cariño. Añoraba mi trabajo. Mi lugar. La comodidad de tenerlo todo. Incluso echaba un poco de menos ser el señor Sotomayor. Estaba cansado de pasar por la vida de puntillas. Viviendo sin ningún motivo. Con la simpleza de encontrar algo que ni yo mismo sabía lo que era. Este nuevo camino me había ofrecido cosas maravillosas. Y me enseñó muchos aspectos que jamás hubiera aprendido en mi zona de confort. Pero entre esas cuatro paredes tenía la sensación de que no iba a poder ir más allá. Me sentía estancado. Feliz, pero aprisionado en el discurrir de los días sin un motivo aparente.

Con tanto pensar, al final, me quedé dormido. Mi cerebro iba a más revoluciones que el cuerpo. Y eso terminaba exteriorizándose de alguna manera. Me sentía agotado mentalmente. Porque nunca había tenido más problemas que los relacionados con el trabajo. De lo demás se encargaba mi fiel guardián. Me preguntaba muchísimas veces cómo se encontrarían. La dulce Mady. Con su preciosa manera de darme los buenos días. Dakota. En qué lugar del mundo estaría. Eran demasiadas las incógnitas sobre un pasado que necesitaba que se volviera presente. Fue la primera vez desde que abandoné Nueva York que me planteaba, seriamente, regresar.

Después de dormir un rato y de pasar toda la tarde dándole vueltas a mi estado emocional, decidí solucionar algo que también ocupaba gran parte de mis pensamientos. Ella.

Para: Cristina
Quieres que nos veamos ahora?
21.48

No tardó ni un segundo en contestar. Es curioso cómo somos los seres humanos. Cuando nosotros llevamos las riendas de cualquier situación, no le damos mucha importancia. Pero cuando parece que eso que teníamos controlado se nos está escapando y encima no encontramos la manera de sujetarlo, pasa a ser prioridad y le damos toda la importancia del mundo.

De: Cristina
Sí. Voy a tu casa?
21.49

En media hora estaba en el portal de mi edificio. Me lo advirtió haciéndome una llamada perdida. Esa era la forma habitual de actuar. Muy pocas veces subió a casa porque nunca congenió con Manuel. Tenían un trato cordial y respetuoso, pero se notaba que no había *feeling* entre ellos. Creo que eso de que fuera tan mujeriego nunca le gustó y, menos aún, que nuestra casa pareciera un hostal de carretera. Algo que entendía, porque no creo que fuera plato de buen gusto que el apartamento en el que vive tu chico sea un sin parar de mujeres entrando y saliendo.

—Hola.

Nada más entrar en el coche me di cuenta del estado de Cristina. Parecía haber llorado y no tenía ese aspecto tan cuidado como de costumbre.

—Hola, niña.

Opté por comportarme distante. Antes de tomar una decisión, quería escucharla.

Las luces de las farolas alumbraban la inhóspita calle. No era un lugar muy transitado. Nuestro barrio se componía por varios edificios residenciales pero con muy poca vida comercial.

—Kilian, lo siento mucho.

Su primera frase sonó muy sincera. Aunque ya empezaba a dudar de mi capacidad para entender a los demás.

—¿Y hasta hoy no te has dado cuenta?

—Sí. Joder. Sí me he dado cuenta, pero he estado hecha un lío. Mi padre no me deja en paz con lo nuestro. Me gustaría que me entendieras…

Olía muchísimo a ella. El coche estaba impregnado de su aroma. Sabía que no me gustaba el olor a tabaco y ese día parecía no haber fumado ni un solo cigarrillo.

—No, Cristina. No te entiendo. Es imposible hacerlo. Te juro que creí que lo nuestro era especial. Vi en ti la posibilidad de comenzar una nueva vida. Me aferré a unos sentimientos que lo eran todo. ¡No puedes tirar todo eso por la borda por la decisión de otro!

—¡Ya lo sé, Kilian! Te juro que no he dejado de pensar en esto. Pero necesitaba este tiempo para darme cuenta de lo importante que eres.

Tenía los ojos llorosos. En cualquier momento iban a brotar lágrimas de ellos.

—¿Darte cuenta? ¡Pero qué dices! ¿Antes no lo era?

—Sí, cariño. Sí lo eras. Y soy una idiota por darme cuenta tan tarde. Te prometo que no he parado de pensar en ti.

—¿Y por qué no me escribiste? ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Sabes el daño que me has hecho?

Estábamos sentados dentro de su deportivo. A escasos centímetros el uno del otro. Y me sorprendía la fortaleza con la que estaba afrontando la situación. Lo había pasado tan mal que no me salía ser más razonable.

—Kilian, no me vas a perdonar, ¿verdad? Nunca te sentí tan frío. Pero necesito que sepas que, aunque no lo hagas, te quiero con toda mi alma.

Y yo tenía la maldita manía de quererla, aun habiéndome tratado como un juguete. Escuchar eso de su boca rompió el caparazón que me había puesto para mantener mi dignidad intacta. Sus palabras me hacían plantearme muchas cosas. ¿La perdonaba? ¿Podría vivir con la incertidumbre de que volviera a tratarme como una segunda opción? ¿Me quería tanto como sus ojos gritaban? Preguntas y más preguntas que se sucedían sin parar mientras la miraba fijamente. Era un conjunto de todos mis deseos. Pero también de todos mis miedos. Una pequeña criatura de ojos esmeralda que reía y conseguía que desapareciesen los problemas. El infinito con forma de mujer. Cristina era todo y demasiado.

—No llores, venga. Ven aquí.

Sentí la necesidad de estrecharla entre mis brazos. Porque, inevitablemente, y aunque antes dije lo contrario, no podía verla sufrir. Llamadme tonto, o débil, pero ese llanto era capaz de partirme el corazón de nuevo. Ya estaba bien de heridas. Y de dolor.

El abrazo fue interminable. Casi como mis ganas de tenerla. Su olor calmó todos los reproches. Y sin querer, volvía a quererla como si nada hubiera pasado.

—Te quiero, cariño. Nada nos separará jamás. Lo juro.

Necesitaba que sus palabras fuesen verdad. Necesitaba creerla. Porque cuando la sentía cerca, el mundo se volvía más bonito.

Al final, terminamos besándonos como si fuera la primera vez. La pasión se adueñó de nosotros como si no existiera otro sentimiento más que ese. Su llanto fue aplacado por unos tímidos gemidos. Cosa que hizo que se nos olvidara el lugar en el que nos encontrábamos. Hicimos el amor en el coche. Retozando al igual que lo harían dos jóvenes alocados. Sentada sobre mí me entregó su tesoro más íntimo. Temblaba como una niña asustada. Con sus manos en

mi cara y sus pulgares metidos en mi boca, me asía con fuerza y apretaba la pelvis contra mi cuerpo para sentirme muy dentro.

No existía nada mejor que las reconciliaciones. Y más cuando se tiene tanta rabia acumulada. Te dejas llevar por una ira incontenible y la expresas contra la otra persona de una manera muy agresiva. Pero muy placentera. En ese instante es cuando se acaban las rencillas y se vuelve a empezar como si nada hubiera pasado.

—Madre mía, enana. Se nos ha ido un poco, ¿no?

El coche parecía un vestidor. Estábamos casi desnudos en plena calle sin importarnos que alguien pudiera vernos. Y no tenía pinta de que a ninguno de los dos le afectara.

Cristina estaba muy bonita. Tenía el pelo revuelto y la piel sudorosa y brillante. Su expresión había dado un giro de ochenta grados. Ahora sonreía tímidamente mientras me miraba a los ojos.

—Entonces, ¿me perdonas?

Echamos a reír mientras que nos vestíamos. No hizo falta contestar para saber la respuesta. Aquello había sellado todas nuestras diferencias. En aquel coche volvimos a ser lo que nunca debimos dejar de ser.

Desde ese día no volvimos a separarnos. Cristina abandonó todo por estar conmigo. Se fue de casa, dejó el trabajo y se enemistó con su familia por una simple palabra: amor. Me demostraba constantemente que se había equivocado y que me quería. La relación iba mejor que nunca. Incluso dejó a un lado los celos y jamás se mostró desconfiada o inquieta. Pero, con el paso del tiempo, surgió un nuevo y gran problema. La convivencia con Manuel se volvió insostenible. Ni esforzándose conseguían llevarse bien. Aunque yo le estaba muy agradecido por dejar que se quedara en nuestra casa. Que no era mía, sino suya. Pero tenía que buscar una solución o tarde o temprano saltaría esa chispa que iba a provocar el gran incendio.

Vivíamos con lo justo. El dinero también era otro inconveniente. Sevilla estaba muy difícil para encontrar trabajo y ella no paraba de echar currículos en diferentes sitios relacionados con su anterior trabajo. Parecía que la sombra de su padre la perseguía porque en ningún lugar le contestaron. El salario de la discoteca no nos daba para mucho. Y ese cambio tan drástico de vida, inevitablemente, la afectaba. Antes era una joven con todas las comodidades. Tenía su coche, la suerte de permitirse todos los antojos y, lo más preciado de todo, la independencia de cobrar un sueldo íntegro para sus caprichos. Aunque nos queríamos muchísimo, sabía que eso también afectaría a nuestra relación a corto plazo.

—¿Quieres que pregunte al *maître* si necesitan camareras o algo así?

La única opción que nos quedaba era que se pusiera a trabajar en la discoteca. Seguro que Javier me haría el favor de darle un puesto.

—¿Por la noche? Cariño, en mi vida he puesto una coca-cola.

No parecía hacerle mucha gracia. Siempre había renegado de aquel trabajo. Sin embargo, la situación era tan adversa que no le quedó más remedio que aceptar.

El primer día que le tocó estar tras una barra fue también el primero que discutimos. Al salir, de camino a casa con Manuel y una inesperada invitada, vi en su rostro un gesto que no me gustó. Era como si estuviera decepcionada o desilusionada.

Cuando llegamos al apartamento, se quitó la ropa y, rápidamente y sin darme las buenas noches como de costumbre, se durmió. La situación comenzaba a pasarme factura. El dinero no da la felicidad, pero sí la tranquilidad de poder vivir sin temores. Eso hacía que me plantease volver a Nueva York. Ya no lo veía como una derrota. Sino como una nueva etapa con la sabiduría que me aportó ser una persona normal. El tema económico terminaría dañando la relación tan bonita que teníamos mi andaluza y yo. Me imaginaba por Central Park con ella de la

mano. Siendo la señora Sotomayor y presentársela a Mady, a Dakota y al testarudo de Jack. Seguro que Cristina también sería aceptada entre los míos. Esa mujer tenía el don de hacer feliz a los demás. Y esa es una de las cualidades más bonitas que alguien puede tener.

—Enana, ¿quieres algo de comer?

Aunque los fines de semana me acostaba muy tarde, intentaba levantarme a una hora decente para no perder el ritmo del día a día. Todo lo contrario que Manuel. Él podía empalmar el trabajo con la cama y así sucesivamente.

—No, ¿qué hora es?

—Las dos y media.

Restregándose los ojos se incorporó en la cama. Estaba seria.

—Kilian. No quiero volver a la discoteca. Esta semana buscaré algo. De lo que sea. Pero no quiero ir más allí.

—Como tú veas, cariño. Con lo mío nos vamos apañando mientras. Seguro que pronto encontrarás algo. Ya verás.

—No. Kilian. Tu dinero es tuyo y me sienta fatal tener que pedirte hasta para comprar tabaco. No aguanto más así, te lo prometo. No aguanto a Manuel. No quiero tener que pedir permiso para ir al baño. No me gusta estar encerrada en esta habitación todo el santo día, porque esta casa parece un hostal.

Sabía que en algún momento explotaría. Era evidente. La situación se estaba volviendo insostenible. Entendía perfectamente su postura. Yo había decidido vivir así, pero ella no tenía que verse arrastrada por mis decisiones. La relación con mi compañero empeoraba día tras día. Y yo también estaba un poco harto de hacer de mediador entre ambos.

—Ten un poco de paciencia, niña. Verás cómo pronto se arregla esto. Al final, encontrarás un trabajo y con tu sueldo y el mío podremos alquilar una casa para nosotros solos.

—Eso no es tan fácil. Necesitamos un contrato y varios requisitos que no cumplimos. He pensado una cosa, Kilian.

Estábamos los dos sentados en la cama. Me temía lo peor.

—¿Qué cosa?

—Creo que voy a hablar con mi padre. Con mamá y mis hermanas sí tengo contacto y me han dicho muchas veces que vuelva a casa. Que papá seguro que, al final, aceptará lo nuestro. Y que me echan muchísimo de menos.

—Tú verás, Cristina. Esa decisión es solo tuya.

No me podía sentar peor su postura. Y eso sí que lo veía como un gran fracaso. No poder mantener a la persona que estaba a mi lado era una triste derrota que se me quedaría grabada para siempre. Tenía que buscar una solución antes que tomase ese camino. Si volvía a su casa, terminaría perdiéndola de nuevo.

—Lo sé. Pero míranos. Así es imposible que seamos felices. Si volviera a mi trabajo, podríamos alquilar una casa y tener una vida mejor.

—Seguro que sí. Pero, niña, eso no lo habríamos conseguido nosotros. Yo quiero cuidarte. Consentirte. ¿Dime en qué posición quedo yo si no soy capaz de mantener a mi propia familia? No podemos tirar tan pronto la toalla.

Rodeé sus manos con las mías. Quería transmitirle toda mi fuerza y optimismo. Se la veía muy triste y desanimada. Y eso, sin querer, me hacía muchísimo daño. Ella era mi mujer. La persona más importante de mi vida y no era capaz de que fuese feliz. Sentimentalmente le daba todo lo necesario, pero en lo material había muchas carencias. Un punto más para que los Estados Unidos cada vez estuvieran más cerca.

—No es tirar la toalla, cariño. Es un pequeño empujón para conseguir nuestros propósitos. Mi familia nos puede ayudar un poco. Y no por eso tú serías menos importante, Kilian.

Intentaba convencerme de algo que jamás iba a entender. Recurrir a su padre, que tenía esa forma de ver la vida, me parecía un auténtico desastre. Aunque él fuese mi suegro si algún día se formalizaba nuestra relación, nunca iba a perdonar el daño que nos había hecho con aquella maldita conversación materialista.

—¿Antes de hablar con ellos me dejas llevarte a un sitio?

Se le cambió la expresión. Sus enormes ojos verdes se abrieron más de lo normal. Tenía luz en ellos. E iluminaba mi vida.

—¿A un sitio?

—Sí. Quiero que veas dónde nací y presentarte a las pocas personas que son importantes para mí. Después puedes hablar con tu padre o con quien quieras.

Lo dije. Sin querer lo había dicho. Se me escapó, pero porque vi en eso la única solución para aquella encrucijada. Me había prometido no volver a perderla. Y tenía claro que si dejaba que cruzase los muros de esa casa, sus habitantes se encargarían de separarnos para siempre.

—Vale. Pero ¿de dónde vamos a sacar el dinero para ir? ¡Los billetes a Nueva York deben de estar carísimos!

—Tú por eso no te preocupes. Yo me encargo.

Mis ahorros eran los mismos que los del Ratoncito Pérez. Vivíamos al día. Bueno, más que al día se puede decir que subsistíamos. Ser un mileurista en Sevilla era una ardua labor. Y más cuando esos mil euros tienen que mantener a dos personas.

Nos levantamos a comer. Mi sevillana había recuperado ese carácter dicharachero y preparó una ensalada y un par de filetes que me supieron a gloria. Después nos sentamos en el sillón para ver la tele. A ella le gustaban esos programas de sobremesa que hablan de los famosos españoles. Y a mí me valía con recostarme sobre sus piernas y que ella jugara con mi pelo. Mientras que Cristina estaba entretenida con los cotilleos, intenté idear un plan para conseguir el dinero lo antes posible. Ahorrarlo nos llevaría un par de meses o tres. Y pedirlo me daba tanta vergüenza que no quería ni imaginarlo. Aunque parecía que no me iba a quedar otra opción.

Lo que me causaba cierto temor era cómo reaccionaría al encontrarse con mi mundo. La cruda realidad de aquello que me hizo huir despavorido. Y cómo se tomaría que le hubiera ocultado, o mentido, sobre quién era. Si le sentaba mal, sería completamente comprensible. Y me tocaría asumir mi error. Perderla por ese motivo iba a ser el único que podría aceptar.

Esa noche no acudió al trabajo. Era sábado y avisé con tiempo a Javier para que cubriese la vacante. Cristina lo decidió así y había que respetarlo. Al llamarle por ese tema, pensé en él como una de las posibles personas para pedirle el dinero de los billetes. Cuando me vine a España, justo antes de montar en el avión, eliminé todos los números de teléfono para alejar la tentación de llamar en algún momento de flaqueza. Si no, la solución a ese problema me hubiera supuesto una simple llamada.

Pedir no es plato de buen gusto para nadie, pero hay ocasiones en las que no puedes luchar tú solo contra el mundo. Por eso vivimos en un lugar en el que interactuamos los unos con los otros. Es más fácil vencer estando unidos. Por eso me iba a tragar mi orgullo y hablaría con quien hiciera falta para conseguir mi propósito.

—Javier, disculpa, ¿tienes un segundo?

Me recordaba a la escena en la que tuve que pedir el adelanto para comprarme el atuendo necesario para un trabajo.

—Sí, claro. Dime.

Tenía que ir tras él mientras hablábamos, porque la discoteca estaba a punto de abrir y debía cuidar hasta el último detalle.

—Tengo un problema. Sé que no tenemos la suficiente confianza para pedirte algo así y entenderé si me dices que no.

—Venga, *mi arma*. Suéltalo —me interrumpió, y se quedó quieto para prestarme atención.

—Necesito un adelanto.

—¿Un adelanto? Mira, *Carlito*. Nosotros nunca damos adelantos a nadie. Aquí se cobra al final de la semana, ya lo sabes.

Cabía la posibilidad de que no aceptase, y así fue. Mi gozo en un pozo. Aun así le agradecí que me escuchase y no se lo tuve en cuenta. Fue tan tajante que no le insistí.

La primera opción, y la única, quedaba descartada. En esa ciudad no conocía a tanta gente como para solicitar un favor de tal magnitud. Amigos, lo que se dice amigos, solo tenía a Manuel y estaba más pelado que yo. Dándole vueltas al coco, mientras veía cómo accedía el público a la sala, apareció una persona que vi como mi ángel de la guarda. Ese hombre me había ayudado siempre y de forma altruista.

—¡Qué *dice, Carlito*! ¿Cómo te trata Sevilla?

—Pues, mira. No me puedo quejar. Jajajajajaja.

Él era Raúl. El dueño del gimnasio al que iba y jefe de seguridad de la discoteca. No teníamos mucho trato, pero siempre me saludaba con amabilidad y, en alguna ocasión, charlamos sobre cosas de poca trascendencia. En mis comienzos me ayudó bastante. Gracias a él había conseguido el puesto en la discoteca y algún que otro extra que me venía al pelo. Siempre que necesitaba alguien que hablase inglés no dudaba en llamarme.

—*Mare* mía. Parece que esto se va a poner hasta arriba de chavales.

La puerta del local estaba repleta de chiquillos. Todos ansiosos por entrar y disfrutar de la fiesta del sábado noche.

—Oye, una cosa, Raúl. Tengo un problemilla.

Me resultaba tan violento que no podía evitar ponerme nervioso.

—Qué problema.

El armazón de músculos cuando se ponía serio intimidaba.

—Tengo que ir a mi país y no tengo dinero para comprar los billetes. Se lo acabo de pedir al jefe y me ha dicho que la empresa no da adelantos. Y la verdad es que no sé qué hacer.

Sutilmente le expliqué lo que necesitaba. Me observaba con ese rictus neutro que te impide saber qué se le estará pasando por la cabeza.

—¿Y en qué te puedo ayudar yo?

Su cuestión me iba a obligar a formular la pregunta clave.

—Tengo pocas posibilidades para conseguir el dinero. No conozco a casi nadie aquí. Por eso cuando te he visto me he decidido a pedírtelo. Si no me lo prestas, no…

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

No me dejó terminar la frase. Los vuelos directos eran carísimos, y más en esa época del año. Pero había visto alguno con varias escalas que salía bastante económico.

—Creo que con mil doscientos euros tendré suficiente.

Se quedó pensando unos segundos. Serio y con la mirada perdida. Su silencio era bastante incómodo.

—¿Y cómo y cuándo piensas devolvérmelo?

Su respuesta abría una puerta a la esperanza.

—En cuanto llegue a mi país te hago un ingreso o te lo envío como tú me digas. No sabes

cuánto te lo agradecería.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Yo te dejo lo que me pides, pero eso te costará un poco más.

Entendía a la perfección lo que me quería decir. Ese hombre veía negocio en todo.

—Por supuesto, ¿te parece bien el doble? Tú me dejas mil doscientos y yo te devuelvo dos mil cuatrocientos.

Me miró sorprendido. Me daba la impresión de que no me iba a pedir tanto de recargo.

—No te tengo que decir nada de lo que pasará si no me lo devuelves, ¿no?

Le salió esa vena callejera tan acentuada. Pero era algo que no me preocupaba en absoluto porque el dinero, en mi país, no era un problema.

—Lo sé, Raúl. No te preocupes. Nunca olvidaré esto que haces por mí.

Al día siguiente, tenía el dinero que le pedí. Fui a recogerlo al gimnasio y sellamos nuestro trato con un apretón de manos. De camino a casa, sentí un hormigueo en el estómago que me advertía de que pronto iba a volver a ese lugar que me vio crecer. Antes de ir al apartamento, pasé por un centro comercial en el que había una agencia de viajes y abría los domingos. Con la cantidad en metálico, compré los primeros billetes que se acomodaban a mi presupuesto.

—¡Enana! Ve haciendo las maletas que la semana que viene ¡nos vamos!

29

Me desperté en los calabozos de alguna comisaría de Los Ángeles. Sufría un fuerte dolor en el pecho y en la cabeza. Estaba muy mareado y confuso. Si no fuera porque me encontraba en aquel lúgubre habitáculo, habría pensado que todo había sido una terrible pesadilla. Tenía ciertas imágenes en la memoria, pero no me acordaba de todo lo que sucedió. Lo único que me quedó muy claro es que me habían arrebatado a Carmen. Todavía me duraba la angustia de no haber conseguido verla.

La actuación de los familiares había sido nefasta y cruel. Ni siquiera me dieron la opción de explicarles lo que sentía por ella. Criminalizaron nuestra relación y me culparon sin conocerme. Achacaron a «mi mundo» el triste suceso. Y se crearon una imagen de mí totalmente distorsionada. Odiaba las drogas y todo lo que tiene que ver con ellas. Pero el padre de Carmen, dolido por el estado en el que se encontraba su hija, ni siquiera dejó que me defendiera. No podía exculparme de ese intento de suicidio porque, sin duda, yo tenía mucha culpa de que mi pequeña se encontrase así. Pero mi cerebro quería pensar que todo se intensificó debido a la influencia de los psicotrópicos y los sedantes. Una mezcla que resultaba ser una bomba de relojería.

Los minutos no pasaban allí encerrado. Y yo no podía dejar de torturarme con el recuerdo de ella llena de tubos y los pitidos de las máquinas a las que estaba conectada. Todo me llevaba hasta esa triste habitación. Me moría de pena.

—*Open twenty-two!*

Una voz aguda y autoritaria hizo que me espabilara. La pequeña celda era un rectángulo diáfano con un altillo que se podría denominar como una cama. El suelo era de un material raro: parecía cemento pero muy liso y con un tacto bastante distinto. Las paredes estaban repletas de obras de arte realizadas a base de arañazos. Los que estuvieron allí recluidos pasaron el tiempo entretenidos en desarrollar toda su creatividad. Y la puerta, metálica y robusta, tenía una especie de ventanita por la que entraba un poco de luz artificial.

—*Come on! Come with me!*

Escuché un fuerte sonido hueco y acto seguido la puerta se abrió. Tras ella, un guardia del mismo tamaño que la catedral de San Patricio, y con cara de haber pasado mala noche, me ordenó que le siguiera. Si alguien hubiese tenido la maravillosa idea de fugarse, al ver a semejante mamotreto, creo que sus planes de fuga se habrían ido al traste.

Recorrimos un pasillo con varias puertas a los lados, iluminado por una horrible luz artificial amarillenta, hasta llegar a una pequeña sala con una mesa y tres sillas a cada lado.

—*Sit down!*

Cualquiera se negaba a las «sugerencias» del policía. A los pocos minutos, que a mí me parecieron días, entró en el cuarto Markus, acompañado de dos personas más. Uno de ellos iba vestido de uniforme.

Esa escena ya la había vivido. Al ver al corpulento germano, me retrotraje hasta ese día en el que la juventud y las hormonas me llevaron a una situación muy parecida.

—Hola, Kilian.

El alemán estaba más serio que de costumbre.

—Hola, Markus.

Tomaron asiento frente a mí. Algo que me resultó muy incómodo porque todas las miradas iban en una dirección.

—Te presento, él es Robert García, jefe de policía de Los Ángeles.

El otro hombre que le acompañaba me sonaba bastante. Creo que era uno de los abogados de

la empresa.

Amablemente nos saludamos. El hombre demostraba una seguridad inquietante. Su mirada era capaz de ver más allá de simples imágenes. En tan solo unos segundos parecía haberme analizado al completo.

—Señor Sotomayor, imagino que sabrá el motivo por el que se encuentra aquí. —Revisaba unas carpetas mientras hablaba sin mirarme—. Los cargos de disturbio y resistencia, debido a la amistad que teníamos su padre y yo, los vamos a pasar por alto. Pero la denuncia que han efectuado los familiares de la señorita Silva, contra eso, no podemos hacer nada. De momento, usted va a salir en libertad con cargos hasta el juicio, pero han emitido una orden de alejamiento que si incumple nos veremos en la obligación de detenerle con graves consecuencias.

Era como si me estuvieran contando una película policiaca. Con la única diferencia que yo participaba en ella como uno de los protagonistas principales. Escuchar aquello fue muy duro. Tanto que me quedé en silencio varios minutos. Parecía que no había entendido nada, pero la realidad es que lo comprendí absolutamente todo.

—Kilian, ¿sabes lo que *quierre* decir el señor García con eso?

Evidentemente que lo sabía. Y no se podían imaginar el daño que hacían esas palabras.

—Sí, Markus. Sé perfectamente lo que quiere decir.

Enfadarme no solucionaba nada, pero era inevitable. Tenía una mezcla de sensaciones muy extraña: estaba triste, confundido, rabioso, indignado, humillado. Y si todo eso lo juntamos dentro de un ser humano, hay que estar muy cuerdo para no volverse loco.

Me habían declarado culpable de querer. De amar por encima de todo. Ese era mi gran delito. Querer a Carmen como un auténtico loco. Y por mucho que me dijesen, nada iba a poder calmar la ira que me estaban haciendo sentir.

—Pues si está todo aclarado, no hay más que decir por mi parte. Lo único, reiterarle que, por favor, no se acerque a ella. Le digo muy en serio que si lo hace no le valdrá de nada tener tan buenos amigos.

El jefe de policía me advirtió de lo que podría suceder si me saltaba la orden judicial. Pero, en ese momento, tenía tal lío emocional que no era capaz de procesar nada de lo que me dijesen.

Una vez más, mi apellido me libraba de un gran problema. Pero no me sirvió de nada para conseguir lo que más deseaba. Tenía que idear un plan para poder estar junto a mi pequeña.

Al salir de la comisaría, Jack, su secretaria y Dakota esperaban en la puerta a que termináramos. El abogado se quedó en el interior arreglando no sé qué papales.

—Señor, ¿cómo se encuentra?

Mi guardián tenía cara de estar muy preocupado. Al igual que Daki. Nada más verme, se tiró a mis brazos para abrazarme con cariño. Pero, aunque parezca paradójico, no me alegraba en absoluto de haber salido airoso de esa detención. Tenía un único pensamiento que me martirizaba: Carmen.

—¿Sabéis algo de ella?

Mi pregunta fue concisa. Y demostraba cuál era mi preocupación.

—No. He intentado hablar con el doctor, pero no hay manera de sacarle nada de información. También he llamado al director del hospital y nada. Me dice que no pueden saltarse el protocolo.

Jack me conocía como nadie. Y sabía perfectamente cuáles serían mis intenciones. No me hacía falta abrir la boca para entendernos.

El cerco se estaba cerrando cada vez más. Se nos acababan las opciones para recabar novedades. No había manera de saltarse las órdenes que el padre dio.

Lo único que sabía acerca de su estado era lo que dijo el patriarca: nunca volverá a moverse.

Y de esa frase sacaba mil conclusiones descabelladas.

—Kilian, yo voy a volver a Nueva York. Y creo que vosotros *deberríais* hacer lo mismo. Aquí ya no hay nada que hacer. Entiendo cómo te *sentirrás*, pero ya has oído a Robert. Hazme el favor y no se te ocurra ir al hospital más.

Markus, antes de irse, me dio su opinión sobre cómo debía actuar. Palabras vacías que no iban a solucionar nada. Entendía su postura y su preocupación pero no me podía rendir tan fácilmente.

Necesitaba darme una ducha y cambiarme de ropa. Estaba lleno de mierda después de haber pasado todo ese tiempo encerrado en esa sórdida celda. En el coche, de camino hacia la residencia de Holmby Hills, puse a funcionar la maquinaria para elaborar una estrategia. La madre y la hermana no actuaban con tanto resentimiento y tal vez esa fuese la brecha por la cual podría acceder al corazón del padre. Está claro que si tus seres queridos te hablan bien de algo, tú terminas aceptándolo.

—Jacky, una cosa, ¿habría manera de conseguir el teléfono de la hermana?

—Me pongo a ello. Pero, señor, tenga cuidado con eso, que se puede volver en nuestra contra.

Me hablaba girado sobre el asiento del copiloto. Daki iba a mi lado sin decir una sola palabra. Sus expresivos ojos ya se encargaban de contarme lo que ella no se atrevía. Y se notaba la preocupación que albergaban. Pero la prudencia no le dejaba opinar sobre algo que me producía tanto dolor.

—Otra cosa. Quiero que llames al director del centro y le digas que me haré cargo de todos los costes. Absolutamente de todo. Y que tenga claro que no quiero que se escatime lo más mínimo. Si hace falta traer el mejor médico desde el último rincón del mundo, que lo hagan. Por favor. Me da igual lo que diga el padre y la Santísima Trinidad.

—Ok. No se preocupe. Ahora mismo le llamo.

Estaba afrontando uno de los momentos más complicados de mi vida. Quitando la muerte de mis padres, no recordaba nada que me hubiera desestabilizado tanto. Me dolía el corazón. Y contra eso no existe remedio. No me podía hacer a la idea de vivir sin Carmen. Y tampoco quería. Luchar contra el sinsentido era prácticamente imposible. Porque yo no había hecho nada. Ni me merecía algo así.

Dakota, dio un par de golpecitos en la puerta y entró tímidamente.

—¿Se puede?

Estaba tumbado en la gigantesca cama del dormitorio principal. La estancia era tan grande como una casa sencilla. Desde esa posición, las vistas eran increíbles. Tras una gran cristalera se veía la enorme parcela, llena de palmeras y vegetación.

—Sí. Pasa.

Me incorporé en la cama para recibirla.

—¿Qué tal estás?

—Bien, enana.

—Imagino cómo te sentirás, Kilian. No hace falta que te lo diga, pero si necesitas lo que sea, cuenta conmigo.

Se sentó a los pies de la cama.

—Lo sé, Daki. Lo sé. Pero, creo que ninguno podemos hacer nada.

—Ya, jolín. Es que no veas cómo se ha torcido todo. No entiendo por qué hizo eso.

—¿Tú sabías que se drogaba?

Esa era una incógnita que tenía que resolver. Nunca noté ningún síntoma que me advirtiera

de que la mujer que dormía conmigo, a diario, pudiese tener un problema de esa índole. En realidad, mis conocimientos acerca de ese tipo de sustancias eran nulos. Ni en mi época rebelde tuve escarceos con ese complicado mundo. Pero por lo poco que sabía, si las hubiera utilizado en mi presencia, lo habría notado en algún comportamiento extraño. Eso también me traía por la calle de la amargura.

—Pues… mmm… hombre. No sé…

Sus dudas hicieron que me alterase.

—¡Daki! ¡Por favor! Tienes que ser sincera.

Dejó de mirarme a los ojos y su mirada se perdió por algún recóndito lugar.

—Kil, no quiero que te enfades conmigo.

—Venga, por Dios. Di.

—Alguna vez. En alguna fiesta. Pero no pienses mal.

—¿Tú también? No me lo puedo creer.

Se la veía muy avergonzada. Me esquivaba constantemente.

—A ver, Kilian. No soy una drogadicta, ¡y Carmen tampoco!

—Eso es evidente, Dakota. Pero ¿por qué me has ocultado algo así?

Yo también me senté, justo a su lado. La cama era tan alta que casi me colgaban los pies.

Demasiadas novedades en mi vida. Tantas que no me dejaban estar tranquilo. Llevaba ya muchos días con el cerebro a mil revoluciones y eso, tarde o temprano, me iba a pasar factura.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Que me drogo?

—Hombre… así, a lo mejor, no. Pero teniendo en cuenta que eres mi mejor amiga, ocultármelo, no lo veo normal.

—¿Y no puede ser que lo haya escondido porque tengo un amigo con la cabeza más dura que una piedra? Estaba segura de que si te lo decía, me ibas a echar una bronca increíble. Hasta llegué a pensar que me dejarías de hablar. Pero, Kil, lo he hecho muy pocas veces. En alguna fiesta y cosas así. No quiero que pienses nada raro.

—Estoy alucinando. Increíble. —Me puse en pie con las manos en la cabeza. No me podía creer lo que estaba escuchando—. ¿Y Carmen?

—No lo sé, Kilian. No te puedo responder a eso. Pero si lo que quieres oír es si alguna vez nos drogamos juntas, la respuesta es sí. Pero no sé hasta qué punto eso sería un problema para ella.

Ahora entraba en acción otro sentimiento más para una gran lista. La decepción dolía tanto o más como cualquier otro. Estaban ratificándome lo que decían esos malditos análisis, y, aun así, tenía la necesidad de pensar que todo el mundo se equivocaba. Mi niña no era una drogadicta. Ni estaba enganchada a ningún tipo de sustancia. Quizá, en alguna ocasión, y motivada por lo que hace su entorno, probó la cocaína. Pero de ahí a ser una enferma o tener una adicción había mucha diferencia. Pasé los últimos años junto a ella. Compartiendo a diario y viviendo preciosas experiencias. Y durante muchísimo tiempo nos convertimos en una sola persona. Al principio, solo nos separábamos para ir al trabajo. Por eso me costaba tanto hacerme a la idea de esa triste realidad.

La conversación con Dakota terminó de una manera un poco agridulce. Nos dimos un abrazo, pero, en el fondo, me sentía de algún modo traicionado por ocultarme una cosa tan importante.

—Yo voy a regresar a Nueva York, Kil. Creo que aquí ya no pinto nada. Ten muchísimo cuidado, por favor. Y no te metas en más líos. No siempre se gana, pequeño. Te quiero muchísimo, no lo olvides.

«No siempre se gana», esa frase se me clavó con rabia. Estaba acostumbrado a conseguir

todo lo que quisiera. Un gran defecto, porque algún día me tocaría perder. Aunque con la vida ya lo había hecho. Siendo un niño tuve la mayor pérdida que un ser humano puede tener. En momentos como aquel siempre me venían a la cabeza mis padres. Cuando me surgía algún imprevisto o las cosas se ponían difíciles, ellos me ayudaban desde dondequiera que estuviesen.
—Señor, debería comer algo. Cuando quiera, la comida está lista —señaló Jack.

Debían de ser las tres de la tarde. Llevaba sin probar bocado desde antes de que pasase el incidente del hospital. Y, aunque tenía el estómago encogido, hice caso de la sugerencia.

—¿Hablaste con el director?

Confiaba en el buen hacer de Jack. Siempre lo hice. Era el pilar principal de mi vida.

—Sí. Eso ya está solucionado. No se preocupe. Y aquí tiene el teléfono de la hermana. Se llama Lucía.

Sabía que él no me fallaría. Ese hombre no conocía lo que significaba la palabra imposible. Desde bien pequeño me demostró que con constancia y perseverancia podías llegar adonde te propusieras.

Me dio el número apuntado en una servilleta. Impaciente, busqué el móvil, que lo había perdido de vista, para grabar el número en la agenda. Esa era una decisión muy complicada. Y como antes había observado el colombiano, podía ser un arma de doble filo.

La mujer mexicana preparó comida para un regimiento. Varios platos típicos de su tierra, como frijoles, enchiladas y tacos con mole. También una gran fuente con distintos tipos de carne y una gran ensalada para acompañar. Al final, comí todo lo que no había comido esos días.

Sentado en un inmenso porche que daba a la piscina, rodeada por un manto verde de césped, decidí llamar a la hermana de Carmen.

—¿Sí? ¿Quién es? —respondió.

—Hola. Soy Kilian.

Permaneció unos segundos en silencio.

—¿Quién?

—Kilian, el novio de tu hermana.

Sin darme opción a nada más, colgó. Me quedé mirando el móvil, perplejo ante aquella reacción. No había duda de que la familia entera tenía la misma opinión sobre mí. La cosa se complicaba según pasaba el tiempo. Y se me estaban acabando todas las alternativas. Me planteé ir al hospital sin importarme las consecuencias. Pero la intuición me advertía de que iba a ser en vano. Recapacitando y buscando un camino distinto, fui consciente de que mi futura esposa se alejaba de mi vida sin remedio. Tenía muchísimas ganas de llorar pero parecía que se me habían agotado las lágrimas. Quería gritar, darme de cabezazos contra cualquier sitio, patalear como un niño enfadado.

Estaba a miles de kilómetros de mi casa, en un sitio que había sido felicidad en estado puro. Pero en un giro inesperado, ese mismo lugar se convirtió en el maldito valle de la desdicha. Desde donde me encontraba, contemplaba esas porterías en las que jugué aquel verano. Los recuerdos eran tan claros que podía ver a papá corriendo tras de mí mientras daba fuertes patadas a la pelota, y mamá nos miraba desde lejos. El señor Sotomayor tenía la sonrisa más bonita y verdadera del mundo. Seguro que él encontraría un buen consejo que me sacase de este dilema.

No podía más. Estaba agotado mentalmente. Me urgía descansar. Todas las soluciones finalizaban con un único resultado: la derrota. El padre de Carmen, como tutor legal y familiar directo, fue muy inteligente al interponer a las autoridades entre su hija y yo. Eso ponía fin a cualquier intento de acercamiento por mi parte.

Recostado en uno de los amplios sillones de bambú, mi guardián y compañero se acercó

sigiloso.

—¿Me permite? —me pidió.

—Sí, claro.

Tomó asiento frente a mí.

—Kilian, creo que es hora de volver a casa.

Desde que tenía uso de razón, Jack había tomado infinidad de decisiones en mi lugar. Siempre buscaba el camino correcto y lo que fuese mejor para mi futuro. Incluso cuando algo se me atragantaba, acudía a él para que me aconsejase. Todo lo que tenía de gruñón, lo tenía de sabio.

—No puedo, Jacky. No puedo abandonarla.

—Esto no es cuestión de abandonar a nadie. La señorita no puede decidir por sí misma. Y ya ha visto la reacción de su familia. Contra eso no podemos luchar.

—Sí podemos. Tengo que encontrar la manera. La quiero, ¿sabes? La quiero demasiado como para dejarla.

Una lágrima descendió por mi mejilla. Una única lágrima que contenía toda mi tristeza.

—Sabe que voy a estar con usted hasta el final. Decida lo que decida, aquí me tiene para lo que necesite. Pero le pido que recapacite, *mijo*. Y que no piense así. Si algún día la señorita se recupera, seguro que le buscará dondequiera que esté.

Me dio un beso en la frente y se fue. Su cariño era más que obvio. Tenía la gran suerte de que siguiera a mi lado. Y si él, que siempre quería lo mejor, lo veía de esa manera, quizá era porque tenía razón.

Cualquier aproximación la iba a pagar muy cara. Me podía enfrentar a varios años de cárcel por quebrantar una orden judicial. Eso sí que arruinaría cualquier opción, pero sobre todo mi vida.

No me moví en toda la tarde del sitio. Los acolchados y mullidos cojines me atraparon. Hasta me quedé unos minutos traspuesto mientras observaba la salvaje naturaleza tropical. Siempre creí que en un lugar con palmeras es más fácil ser feliz. Y aunque la felicidad no se encontraba dentro de mi paleta de emociones, me tranquilizaba mirar esos gigantescos árboles.

—Nos vamos. Prepáralo todo —le pedí a Jacky.

La vida nos da lecciones. También curas de humildad. Estaba muy mal acostumbrado a ganar y a tener todo lo que quisiera. Y, como antes dijo Dakota, no siempre se puede. Estaba viviendo un claro ejemplo. Por mucho que tú quieras, por mucho que lo intentes, hay veces que las circunstancias son más poderosas que los deseos.

La injusticia es uno de los peores enemigos del ser humano. Cuando uno piensa que tiene razón y pelea por lo que cree que es correcto, el resultado suele ser positivo. Pero, de repente, sin saber por qué, el universo confabula en tu contra y es imposible cumplir tus metas.

—*Mijito,* ¿cómo te sientes?

La preocupación de Mady era evidente. Pero desde que volvimos de Los Ángeles me dejó espacio y no sacó el tema.

—Bien. Peleando.

Pero no había manera de ocultar algo que se percibía a simple vista. Deambulaba por la casa como si no encontrase mi sitio entre esas paredes.

—¿Sabe una cosa? Usted es una buena persona. Nunca lo olvide.

No entendía a qué venía eso, pero lo dijo con tanto cariño que me reconfortaba.

—Y Jacky y yo vamos a estar aquí siempre. Porque usted no es nuestro patrón. No. —Sus ojos estaban llorosos—. Para mí es usted un hijo, Kilian. Vea, venga aquí y deme un abrazo.

Después de esas palabras, al que se le inundaron los ojos fue a mí. No podía controlar las emociones después de esa preciosa demostración de sinceridad y afecto. Creo que nunca me habían dicho algo tan bonito.

—La quiero muchísimo, Mady.

Carmen lo fue todo. Y hablo en pasado porque una herida incurable me ratificaba esa terrible pérdida. Me sangraba el corazón. Me lloraba el alma. Pero lo que más dolía no era su ausencia. Lo más trágico era que todas las mañanas soñaba que regresaba. Eso hacía imposible que se borrasen las huellas que dejaron sus manos en mi piel.

Nueva York se volvió triste. Ni el sol era capaz de darme el calor que tanta falta me hacía. El Upper East Side se quedó completamente vacío. Y volví a refugiarme entre papeles y reuniones. Casi a diario me torturaba con esa dura decisión. Me había rendido sin estar seguro de que era imposible.

Los medios de comunicación se regodearon en la desgraciada noticia. Durante varias semanas, volví a ocupar portadas de revistas y periódicos. Incluso la televisión, en esos programas que hablan de la sociedad norteamericana, sacaron a relucir los trapos sucios que unos cuantos se inventaron. Me atribuyeron el consumo de drogas cuando jamás lo hice. Se me culpabilizó de la tragedia. Y, aunque intentaba que no me llegase toda esa espeluznante información, siempre había alguien, o algo, que me recordaba la maldad de los periodistas. Una mezcla que estaba a punto de acabar conmigo. El acoso era insoportable. Tanto que mis días se limitaban a trabajo y casa. Abandoné el amor por miedo a la cárcel y yo solo me interné en mi propia prisión. Mi vida se convirtió en una absoluta reclusión.

—Jacky, ¿tienes un segundo?

—Sí, claro. Pasa.

Si buscaba a mi fiel colaborador, siempre sabía adónde acudir. Pasaba horas y horas en su despacho, entretenido en una única misión: Kilian Sotomayor. Sobre la mesa había un par de marcos con dos fotos. En la primera, una imagen de su hija, sonriente y con su preciosa mirada. Y, en la otra, un retrato que nos hicieron el día que me gradué. Eso me conmovía sobremanera. Estaba al lado de uno de los pilares de su vida. Una gran pérdida que llevaba en silencio y nunca olvidaría. Tenía claro el dolor que sufrió, pero era tan reservado que jamás hablamos de ello.

—No aguanto más.

—¿Cómo?

Dejó una carpeta que estaba ojeando para prestarme atención.

—Que no puedo más, Jacky. Te lo juro.

—Pero, vea. Escuche. Usted ha podido con cosas mucho peores. Al final, todo pasará. *Mijo*, solo es cuestión de tiempo.

—No. Esto no es cuestión de tiempo. Mi vida en general es una mierda. Jack, ¡no puedo salir a la calle sin que me persigan decenas de cámaras! ¡No paran de inventarse mentiras sobre mí! ¡Hablan de Carmen como si fuera un juguete! ¡Me echan la culpa de su estado! Y ¡no! Esto no es cosa del maldito tiempo. He perdido todo lo que más quería. He luchado por ser alguien que jamás podré ser. Me da igual el dinero, los lujos, ser el puto joven del año, ¡nada de eso me importa! No, Jacky. No. Esto no es cuestión del jodido tiempo. Cada día sueño con mandarlo todo a la mierda. Irme lejos donde nadie me conozca. Ya no puedo más, de verdad. ¡No puedo!

—Kilian, entiendo que esté así. Y ni Mady ni yo sabemos qué hacer para que se sienta mejor, pero estamos a su lado. La señorita se pondrá bien, ya lo verá. Ella es una mujer muy fuerte. Entonces usted podrá hacer algo. Pero ahora le toca ser paciente, *mijo*. No desespere.

No existían palabras que me pudieran calmar. Ni siquiera los sabios consejos de un hombre

que entendía mi pesar. Me veía en un callejón sin escapatoria y no encontraba la manera de salir indemne. Necesitaba alejarme de esa espiral arrolladora. Si continuaba, si seguía luchando contra ese adversario, terminaría perdiendo la poca cordura que me quedaba.

—Me voy, Jack. Lo siento. Pero me voy.

—¿Cómo que se va?

Se le abrieron los ojos como platos al escucharme.

—Sí. Ya está decidido. Necesito irme lejos.

—Pero ¿adónde va a ir? Esta es su casa, mijo. Y aquí estamos todos los que le queremos.

Esa era mi única alternativa. Tenía que decidir entre comenzar a vivir o continuar viviendo como si estuviera muerto. No había más remedio. Y aunque me diera miedo dejar atrás todo lo que consideraba importante, sabía que ellos estarían bien. Tenía que intentarlo.

—Me voy a España. No sé adónde. Pero eso es lo de menos. Me voy sin dinero, sin nada material, sin ser el señor Sotomayor, Jacky. Quiero ser Kilian. Lo necesito.

—No le entiendo, señor. No sé qué quiere decir. ¿Se va para siempre? ¿Nos deja?

Había visto llorar a aquel hombre en muy pocas ocasiones, y aquella fue una de ellas. Intentaba mantener esa expresión neutra y seria, pero lo que estaba escuchando parecía superarle. Poco a poco su rostro fue desencajándose hasta dar síntomas de tristeza y conmoción.

—Nunca os dejaré, Jacky. Jamás. Aunque esté lejos, siempre me tendréis en vuestros corazones. Al igual que yo os tendré en el mío. Aun así debéis entenderme. El niño que habéis criado ya es un hombre. Pero un hombre sin vida. Un ser humano completamente vacío.

—Nos vamos con usted. Adonde sea, no se preocupe por nosotros. Estaremos bien, pero solo si usted también lo está. ¿No se da cuenta de que su felicidad es la nuestra? Podemos encontrar una casa en cualquier parte del mundo y empezar de cero. Sin periodistas, sin reuniones, sin nada que usted no quiera. Pero ¿quién le va a atender cuando le pase algo? Necesita a Mady para que le haga esos platos ricos. Y a mí. Aunque sea un viejo cabezota. Me necesita, Kilian. Y nosotros le necesitamos a usted.

—No me lo pongas más difícil, Jack, por favor. Ya está decidido. Lo tengo demasiado claro. Solo te voy a pedir una única cosa.

—No, señor. No puede ser.

—Sí, Jacky, sí. Lo único que os pido es que no os preocupéis por mí. Que no me busquéis. Solo así podré encontrarme a mí mismo.

Los dos nos mirábamos a los ojos llenos de lágrimas. La tristeza debía existir para darnos cuenta de cuándo realmente somos felices. Sabía que separarme de aquella pareja iba a ser muy duro, pero no podía arrastrarles tras de mí por culpa de mi inestabilidad emocional.

—Pero ¿cómo no le voy a buscar? Kilian, usted es mi hijo. No puedo perder otro más.

Me levanté y le di un abrazo que contenía todos esos años que estuvo a mi lado. Todo el cariño que me ofreció incondicionalmente. Todas las veces que no le dije lo importante que era para mí. El amor que, sin ser mi padre biológico, me regaló sin buscar beneficio alguno. Ambos lloramos sintiendo la presión de unos brazos sinceros. Se me partía el alma al escuchar el llanto de mi guardián silencioso. Fue otro de esos momentos que siempre se quedaría grabado en mi corazón. Le quería. Le quería tanto como se puede querer a un padre.

—Habla con Markus y Dakota y explícales esto. Seguro que lo entenderán. Y despídete de Mady por mí, ¿vale? Dile que la quiero. Jack, recuérdalo, siempre os tendré aquí dentro.

Puse su mano sobre mi corazón. Después, le di un beso en la mejilla y salí del despacho. Con una pequeña mochila, donde llevaba todo lo necesario para comenzar a vivir, estaba dispuesto a poner un punto y aparte en mi propia historia. Esa mañana, Kilian Sotomayor nació de nuevo.

30

—¿Para cuántos días hago la maleta?

Cristina estaba muy nerviosa y emocionada por el viaje. Siempre que salía el tema de Nueva York, hablaba de esa ciudad con verdadera pasión. Pero lo que no sabía es que se iba a encontrar con más de una sorpresa: no solo los grandes rascacielos le dejarían con la boca abierta. Estaba a punto de conocer el verdadero mundo de ese camarero que un día se cruzó en su camino.

Hizo el equipaje como si nos fuéramos para toda la vida. Me hacía muchísima gracia verla seleccionando cosas que para ella eran imprescindibles, con la misma ilusión de una niña que se va a su primer viaje de fin de curso.

Compré los billetes más baratos que había. Teníamos que hacer varias escalas pero no había más remedio. La economía no dejaba otra opción, y eso, inevitablemente, me hacía pensar en lo paradójico del asunto. Yo tenía mi propio avión, con todas las comodidades posibles, y me veía retorciéndome durante no sé cuántas horas en un pequeño asiento para regresar a mi lugar de origen. Curioso.

En el fondo, y aunque me hiciera mucha ilusión, tenía la incertidumbre de cómo se lo tomaría. Mi intención era no regresar. Sevilla me había entregado todo lo que necesitaba. Pero, sobre todo, me había dado una lección de humildad y realismo. Aprendí algo tan simple como ser feliz con menos. Con casi nada. Eso se lo debía no solo a ese conjunto de edificios llenos de arte, sino a sus gentes y a la manera tan bonita de entender la vida que tienen. Me enseñaron a estar contento. Cosa que no tenía precio. Habían sido más de dos años llenos de altibajos y problemas. Pero no los problemas de niño rico, sino dilemas reales y cotidianos, los que tiene cualquier persona normal.

La única amistad verdadera que me llevaba era la de Manuel. Aunque me había cruzado con seres extraordinarios como Javier (mi encargado), Raúl (el dueño del gimnasio), Claudia (la mujer que desveló todos mis secretos), Virginia y su marido (mis caseros), María (la encargada de Lolita), Valeria (la pequeña chica voladora) y alguno más que me dejaré en el tintero. Todos formaron parte de una necesaria regeneración. Sentía que regresaba con la barra de energía llena.

Ahora tocaba pensar en cómo debía afrontar la vuelta. Si quería seguir siendo el hombre de negocios que huyó despavorido o me limitaba a vivir y a disfrutar de lo que la vida me había regalado. Tenía ambas opciones. Aunque, quizá, era muy apresurado tomar una decisión en la distancia. Eso ocupaba parte de mis pensamientos. No quería volver a caer en el error de vivir lo que los demás creían que era lo correcto. No pasaba nada por no ser el joven más influyente del año. Ni por dejar las empresas en manos de gente mucho más capacitada que yo. Debía pensar en que solo tenía una vida y tenía que aprovecharla sin importarme la opinión de los demás. Regresaba enamorado. Y no solo de Cristina, sino de mí mismo. Eso sí que era importante de verdad.

—Bueno, como es solo una semana, no hace falta que me despida de mi familia. Si no digo nada, es posible que ni se enteren.

Respuestas como esa me generaban bastantes dudas. No tenía claro si querría alejarse de sus seres queridos por una larga temporada. Aunque recordaba algo que dijo cuando nos conocimos: vivir en la Gran Manzana sería como un sueño para ella.

Estábamos en el aeropuerto Charles De Gaulle de París. Esa era nuestra última escala antes de llegar a la *city*. No sé por qué pero ese día estaba más radiante de lo normal. Llevaba unos pantalones deportivos grises, unas zapatillas blancas Nike y una sudadera con capucha. Un atuendo cómodo para el largo viaje. Se había hecho una coleta y tenía aspecto de niña de quince

años. Nada de maquillaje que enturbiase su belleza natural. Y como buque insignia, esos enormes ojos verdes llenos de vida y entusiasmo.

Íbamos de la mano, caminando por la terminal viendo tiendas y haciendo tiempo para embarcar. Observaba sus movimientos y la felicidad que demostraba estando a mi lado. Me llegaba por la mitad del pecho. Tan chiquitita que daban ganas de apretujarla. De vez en cuando, sin aviso, se tiraba a mi cuello para darme un beso. Estaba tan contenta que me hacía estarlo a mí también.

—¿Estás preparada para que te enseñe todo sobre mí? —le pregunté.

—¡No sabes las ganas que tengo! ¡Quiero que me lo enseñes todo! —replicó sin dudarlo.

En mi mente, intentaba recrear su cara al ver la realidad de esas mentiras piadosas que le conté. La verdad es que tampoco se podían considerar mentiras como tal, sino una verdad a medias. Oculté cierta información para no desvelar más de lo que quería que supiera.

—Señores y señoras, pónganse el cinturón, que en breve aterrizaremos en el aeropuerto John F. Kennedy de Nueva York. Espero que hayan tenido un agradable vuelo…

Se había quedado dormida recostada sobre mi hombro. Dicen que uno se da cuenta de que realmente está enamorado cuando es capaz de observar a la otra persona mientras sueña. Pues yo no solo la miraba, sino que me quedaba embobado viendo cómo descansaba a mi lado. Despertaba mi instinto protector. Sentía la necesidad de cuidarla. Cristina, con sus defectos y virtudes, me había devuelto la ilusión por amar. Hizo que volviese a creer en el amor y en las personas. Porque el varapalo que sufrí con la pérdida de Carmen fue muy duro. Aún me preguntaba, todos los días, qué sería de ella y cómo se encontraría. Habían pasado varios años desde la tragedia y, muchas veces, en la soledad de mi alcoba, la sentía tan presente como si jamás nos hubiéramos separado. No sé si lo que tuve con ella fue más fuerte que lo que tenía con Cristina. Pero si analizaba aquellos primeros besos, el cosquilleo de conocer a alguien que te desordena la vida, con Carmen fue todo mucho más intenso. Quizá debido a la edad y a la etapa que estaba viviendo. No lo sé. Hay gente que aparece para marcarte para siempre. Y mi preciosa morena de ojos negros, sin duda, fue una de ellas.

Antes de bajar del avión, justo cuando estábamos a punto de salir, un par de azafatas me pararon para ponerme en la primera situación comprometida de ese viaje. Sabía que en mi ciudad iba a ser muy difícil pasar desapercibido.

—Perdón, señor Sotomayor, ¿le importaría hacerse una foto con nosotras? —me preguntaron.

—¿Una foto? Señorita, creo que se equivocan de persona.

Puse cara de sorpresa, como si no entendiera de qué hablaban y sin darle demasiada importancia. Mi compañera observaba la situación con la misma expresión que yo intenté escenificar.

Las dos chicas, abrumadas por mi respuesta, me pidieron disculpas y no insistieron. Cosa de agradecer, porque hubiera sido muy incómodo seguir con la actuación.

—Jolín. Pues sí que te debes parecer a ese chico, porque te ha pasado ya varias veces.

Me resultaba rarísimo que, con lo curiosa que era, que no hubiese investigado sobre aquellos extraños sucesos. Era tan fácil como poner mi nombre en internet y ahí descubriría todo el pastel.

—Ya. Es raro.

Andando y sin prestarle atención, para no darle más vueltas al tema, nos dirigimos hacia el control de pasaportes. Ella tenía que pasar por un sitio distinto al ser extranjera, así que me tocó esperar un rato, mientras le hacían las preguntas pertinentes y le permitían el acceso al país de las barras y las estrellas.

—¡Madre mía! ¡Qué pesados con el «para qué vienes y qué vas a hacer aquí»! ¡Ni que fuera una delincuente!

La salerosa andaluza estaba indignada por el trato que le habían dado los policías de aduanas. Ese aeropuerto se caracteriza por las fuertes medidas de seguridad y el control exhaustivo de las personas que desean entrar a los Estados Unidos. Cuando ponía ese gesto de enfado no podía evitar reírme. Estaba guapa hasta con el morro arrugado.

—*Hi, to Upper East Side. Please. Fifth Avenue with Seventy Two Street. Thanks.*

Estar en suelo americano, después de tanto tiempo, me generaba unas sensaciones desconocidas. Parecía que llevaba mucho más fuera de lo que en realidad había estado. Me sentía como ese extranjero que vuelve a visitar un lugar conocido.

Los taxis amarillos me devolvían a mi tierra natal. Sus carreteras, los atascos interminables, el tránsito exagerado de viandantes y turistas. La ciudad de las luces tenía un olor característico. Un compendio de vivencias que me hicieron crecer como ser humano. En el trayecto hasta mi casa, no pude evitar emocionarme. Estaba a punto de ver a las dos personas más especiales de mi vida. Jack y Mady se iban a llevar una gran sorpresa.

Casi llegando a nuestro destino, recorriendo el corazón de la Gran Manzana, Cristina, curiosa como siempre, miraba por la ventanilla del coche como una joven ilusionada.

—¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa, calla.

Central Park seguía con el mismo esplendor. Sus enormes árboles daban ese verde necesario a una ciudad que estaba compuesta por cemento y metal. Él es el pulmón de miles de neoyorquinos que viven frenéticamente.

Al girar en la Quinta Avenida y llegar a mi calle, me vinieron miles de recuerdos.

Ahí seguía. En el mismo sitio. Con la misma sonrisa. Y con ese atuendo característico, custodiando la finca.

—¿Cómo está, Franklin? —le saludé.

—¡Señor! —exclamó, abriendo los ojos como platos. Mi andaluza estaba a mi lado expectante.

—¿No me va a dar un abrazo?

Al hombre se le notaba el cariño que me tenía. Solo había que ver la cara que se le puso al tenerme delante.

—No sabe cuánto le hemos echado de menos.

Fue muy comedido a la hora de saludarme. Siempre había sido muy correcto y educado manteniendo la distancia que requería su puesto. Aquel hombre llevaba en ese mismo sitio desde que yo tenía uso de razón.

—Y yo, Franklin. Y yo. Mire, le presento a Cristina.

La andaluza le plantó dos besos como dos soles. El hombre de color se puso rojo como un tomate, aunque su tono de piel no diese síntomas de ello. Casi se muere de vergüenza. En los Estados Unidos no es usual tanta efusividad en el saludo cuando te presentan a alguien. Normalmente se formalizan las presentaciones con un apretón de manos.

Cristina absorbía toda la información sin hacer preguntas. Me resultaba curioso que no lo hiciera, dado el nivel de curiosidad que siempre demostró. No se callaba ni debajo del agua.

Acto seguido, nos adentramos en el edificio por el gran pórtico de granito. El patio seguía igual de pulcro y con la misma cantidad de flores y plantas. Mady se encargaba personalmente de regarlas y cuidarlas como si de sus hijas se tratase. Alguna vez, al salir de casa para ir a la oficina, la oí tarareando canciones mientras se cercioraba de que estuvieran en perfecto estado.

Decía que la música las mantenía vivas y con ese color tan alegre.

—¿Quién vive aquí? Parece un sitio carísimo.

Mientras hacía esa pregunta, Cristina miraba hacia arriba contemplando todo el antiguo edificio. Sin contestar, entramos al portal en el que había un único ascensor. El suelo era de mármol blanco y estaba tan reluciente que podías verte reflejado en él.

Al llegar a la cuarta planta, accedimos a un descansillo con varias puertas. Tras una de ellas estaba el piso que reformé para que vivieran la adorable pareja de colombianos.

—¿Sí? ¿Quién llama?

Al escuchar su voz al otro lado de la puerta, el corazón me dio un vuelco.

—Preguntaba por el señor Sotomayor.

Nada más abrir, se quedó inmóvil mirándome embobada.

—Hola, Mady. —Cristina estaba a mi derecha sin abrir la boca—. ¿Sabes cuánto te he echado de menos?

Comenzó a llorar desconsoladamente. Con las manos en la cara me miraba como si hubiera visto un fantasma. Sentía cómo el corazón daba fuertes golpes dentro de mi pecho. Rápidamente me dirigí a ella y la estreché entre mis brazos. Ese llanto era la demostración de afecto más bonita del mundo. Casi se le cortaba la respiración del acongoje.

—Nunca más te dejaré, te lo prometo.

Con su cabeza apoyada sobre mi torso, intenté calmarla.

—No hay que llorar, Mady. Ya estoy aquí. Mírame.

Levantó la vista y me enseñó todo el amor que pueden albergar unos ojos.

—*Mijo*, ¿está aquí?

Casi no se le entendía. Se le cortaban las palabras debido al sofoco.

—Sí. Sí. Estoy aquí.

El abrazo fue infinito. Y a mí se me partía el alma viendo a aquella pequeña y robusta mujer llorando como una Magdalena. En el fondo, yo era el único culpable de esas lágrimas. Pensé mucho en el daño que le podía haber hecho al irme sin siquiera despedirme. Pero, en aquel momento, no podía soportar más tristeza.

—*Mijito*. No se puede hacer a la idea de cuánto le pensé. —Se separó unos centímetros para observarme de arriba abajo—. ¡Está más delgado! ¡Qué pasa! ¿No le dieron de comer?

Al sonreír me di cuenta de que la felicidad había regresado a su vida.

—Mira, Mady. Ella es Cristina.

Nos soltamos para que pudiera saludar al inesperado acompañante. Esta vez los dos besos fueron correspondidos y parejos en cuanto al afecto.

—Encantada, señorita. Espere un momento que voy a por las llaves.

En cuestión de unos segundos, regresó para acompañarnos al piso de arriba. En él se encontraba mi casa.

Nada más abrirse el ascensor, había que acceder a esa planta con una llave que se metía en una cerradura situada en el cuadro de mandos y que ponía *«main floor»*, el aroma hizo que se me pusieran los pelos de punta. Olía a ellos. Olía a mi sitio.

—¿Quieren que les prepare algo de comer?

Tan servicial y atenta como de costumbre. Era casi la hora de cenar y la verdad es que tenía bastante apetito. El viaje me había dejado molido. No sé si tenía más hambre que sueño.

—Vale, ¿tú tienes hambre?

—Sí. Pero no se moleste, por favor.

Cristina parecía abrumada por la hospitalidad de la desconocida. Todavía no sabía el puesto

que Mady ocupaba en mi vida.

—¡Huy!, molestia… ¡Qué dice! Será un gusto. Les voy a preparar algo rico. Pónganse cómodos mientras tanto.

Antes de que se fuera a la cocina.

—Oye, ¿y Jack?

—Ahora mismo le llamo. Se fue después de comer a no sé qué cosa. ¡Este viejo no para quieto!

—Vale. Pero no le digas que estoy aquí.

La casa permanecía intacta. Exactamente igual que el último día.

La pizpireta colombiana, con una enorme sonrisa pintada en el rostro, nos dejó solos en el vestíbulo. Antes de que me diera tiempo a explicarme, comenzó la ronda de preguntas.

—Pero, vamos a ver, ¿de quién es esta casa? ¿Y quién es esta señora?

Sin querer, se me escapó la risa. Teníais que haber visto su cara mientras observaba la antesala en la que nos encontrábamos. Perfectamente podría ser del tamaño de una casa normal.

—Ven. Vamos un segundo al salón y te explico.

Era imposible seguir ocultando mi identidad real. Esa vivienda me delataba.

Agarrados de la mano, fuimos hasta el salón principal. Los techos altos, el gran piano, las espectaculares lámparas de cristal en forma de araña, los muebles antiguos, todo lo que componía esa estancia parecía sacado de un palacio. Esa era una de las salas que jamás se utilizaban. Era tan grande que me resultaba fría y poco acogedora.

—Pero, Kilian, ¿esto qué es?

Contemplaba el entorno como si estuviera viendo una película de dragones y princesas.

—Siéntate aquí.

Tomamos asiento en uno de los inmensos y lustrosos sillones. El estampado floral me parecía horrible, pero estaba acorde con los demás elementos decorativos.

—Pero ¿cuántos balcones tiene esta casa?

No paraba de preguntarme cosas con el estupor que le suponía estar en un lugar como aquel.

—Cariño, esta casa es mía.

—¿Cómo que tuya?

—Sí. Mía. Bueno, era de mis padres. Pero ahora es mía.

—No entiendo nada. Te estás quedando conmigo, ¿verdad?

Su expresión era el reflejo de lo que estaba viviendo. No podía creer lo que le decía.

—No, Cristina. Aquí es donde me he criado. Mira, ellos son mis padres.

Le mostré a mi familia señalando un enorme cuadro que presidía una de las paredes. En él estaban papá y mamá, muy arreglados y sonrientes.

—No, no, no. A ver, *mi arma*. O sea que tú tienes este casoplón y trabajas de camarero en un restaurante en Sevilla. Pero ¿tú de dónde has *salío*?

—Jajajajajajaja, es una larga historia. Pero sí. Este es mi sitio, cariño. Aquí nací. Esto es lo que quería que vieses. Te lo oculté porque no estaba preparado para contárselo a nadie. Quería seguir siendo ese camarero que consiguió conquistar a una preciosa andaluza de ojos verdes.

Mientras me sometía a un exhaustivo cuestionario, Mady nos interrumpió para avisarnos de que la cena estaba lista.

—Luego seguimos, ¿vale?

—Sí. Vale. Porque ahora mismo estoy alucinando.

La mesa de otro de los salones estaba repleta de infinidad de platos diferentes. Seguía siendo igual de exagerada con la comida. Durante el suculento festín, escuché a lo lejos la puerta del

ascensor. Alguien había entrado en la casa.

—¡Dónde está, mami!

La voz de Jack volvió a poner mis latidos a mil revoluciones.

—¡Aquí! ¡En el salón de los delfines!

Lo llamábamos así por una escultura de dos delfines que se entrelazaban como dos personas que se necesitan.

—Jacky.

Se quedó parado justo bajo el marco de la puerta. Nada más verle, me puse en pie para acercarme hasta él. No había cambiado nada, ni siquiera su forma de vestir.

—Señor.

Los ojos se le humedecieron. Me lo advirtió un intenso brillo.

—He vuelto.

No fue capaz de contener la emoción, ni las lágrimas. Verle llorar me desarmaba.

Hay abrazos que son salvavidas. Abrazos que significan todo. Abrazos que contienen demasiado. A veces, son capaces de gritar la necesidad que sientes hacia alguien. Mi guardián era eso y mucho más. Y así me lo demostró con un gesto tan simple y sencillo.

—Jacky, te he echado muchísimo de menos. Muchísimo.

—Y yo a usted, *mijo*.

La sinceridad estaba presente en cada uno de sus gestos. Me miraba completamente conmovido por la inesperada aparición. Aquel hombre había sido padre, maestro, niñera, secretario, guardián, confidente… y gracias a él, que me guio por el camino correcto, no me convertí en un niño repelente y malcriado.

Le presenté a Cristina y nos sentamos los cuatro a compartir mesa y un delicioso y suculento festín. Podía considerar que en esa sala se encontraba lo más importante de mi vida. Bueno, faltaba Dakota que, en cuanto tuviese un segundo, intentaría ponerme en contacto con ella.

Después de la cena, y de contar a la pareja pinceladas de mi experiencia por tierras españolas, agotados por el viaje, subimos a la parte superior de la vivienda.

—¡Guau! Cariño, ¿esta es tu habitación?

Estaba todo reluciente y ordenado. Incluso, encima de la cama, tenía uno de mis pijamas doblado y con ese olor a limpio que tantos recuerdos me traía.

—Sí, ¿te gusta?

Parecía embelesada con cada habitación de la casa. Yo no sé si debido a que siempre había vivido allí o a que no la veía tan exagerada, creo que no era consciente de su magnitud.

—Es increíble, ¡y mira qué vistas! Por cierto, ¿ellos quiénes son?

Tenía que resumirle mi vida para que fuera entendiendo, poco a poco, mi pasado. Podía hacerme una idea de cómo se sentiría después de descubrir este nuevo aspecto sobre mí. El humilde guiri que un día conoció sirviéndole una ensalada escondía mucho más de lo que podía imaginar.

—Ellos son quienes han cuidado de mí desde que pasó lo de mis padres.

—¿Y qué les pasó a tus padres?

Si me ponía a desarrollar ese tema, podríamos tirarnos la noche en vela. Comenzar desde mi niñez suponía una larga conversación y estaba demasiado cansado como para algo así.

—Niña, estoy roto. Vamos a dormir, que tenemos todo el tiempo del mundo para hablar de eso, ¿vale?

No pareció estar muy de acuerdo, pero asintió con la cabeza. Después, nos desvestimos, nos duchamos y con un cariñoso beso puse fin al comienzo de una nueva aventura.

La cama es algo que jamás se olvida. Cientos de noches eché en falta mi confortable colchón. Había dormido en sitios que, para mí, eran inimaginables. Algo que también me sirvió para dar una perspectiva más al mundo. Pero, ese día, iba a disfrutar de mi cama como si fuera la única en la tierra.

Por la mañana, el olor a pan tostado me llevó hasta mi juventud. ¿Cuántas veces me habría despertado con ese maravilloso aroma? Mi pequeña yacía a mi lado con aspecto de no haber roto un plato en la vida. Con cuidado y sin hacer ruido, salí de la habitación para dejar que descansase un poco más.

—Buenos días, Mady.

Agarrándola por la espalda, le di un abrazo y un beso en la mejilla. Levantarme en mi hogar y que todo estuviera como lo había dejado era reconfortante.

—Buenos días, *mijo*. ¿Descansó, pues?

—Sí. Muchísimo.

—¿Quiere desayunar ya o espera a la señorita?

—No, no. Espero. No te preocupes.

A la media hora, Cristina, deambulando por la casa, nos encontró.

—Jolín. Llevo un rato dando vueltas. Pero ¿esto qué es? Parece un laberinto, chiquillo.

Después de desayunar, volvimos al cuarto y seguimos retozando entre las sabanas.

—Quiero que me hagas el amor, Kilian.

Con una sola frase fue capaz de desestabilizarme. De las risas y las bromas, pasamos a la pasión y al fuego. Tanto, que me costaba reconocer a la persona que tenía entre mis manos. Desde que volvimos, la notaba mucho más fogosa. Nuestros comienzos fueron muy lineales y sin altibajos. Sabía que la quería pero tampoco había un motivo que destacase. Simplemente, siempre me pareció un ser adorable.

Su cuerpo sobre el mío era una conjugación perfecta. Se movía muy despacio. Con sus piernas a horcajadas y con un ritmo constante y preciso. Me miraba fijamente mientras apoyaba sus manos en mi pecho. Pero cuando apretaba contra mi pelvis, se le cerraban los ojos a causa del placer que debía de sentir al tenerme muy dentro. Aunque era imposible controlar esa armonía cuando se trata de dos personas que se buscan.

—Me voy a correr, Kilian.

Solo con sentir cómo temblaba sabía que me estaba entregando sus deseos más ocultos. Con su mirada clavada en la mía y la boca entreabierta, me decía lo suficiente para saber que la tenía. Era mía. Sí. Tanto que me asustaba.

—Madre mía, cariño. Quiero esto todo el rato.

Se quedó a mi lado como un conejillo asustado y tembloroso. Casi no podía hablar debido a un tímido jadeo que intentaba ocultar.

—Bueno, ¿me vas a contar qué es todo esto?

Justo en ese momento, comenzó una larguísima y complicada explicación. Durante la charla, no me interrumpió ni una sola vez. Escuchaba superatenta sin perderse un solo detalle.

—No sé ni qué decir, Kilian. Me dejas sin palabras.

—No hace falta que digas nada, enana. Esta es mi vida. Y esto es por lo que un día decidí irme muy lejos.

—Pero ¿nunca más has vuelto a saber nada sobre ella?

—No. Nunca más.

—Es una historia muy triste, cariño. Siento mucho que hayas tenido que pasar todo eso.

Para los ojos de cualquiera, podría parecer una película. Mi vida había tenido momentos muy

duros, pero también preciosos. Todo ello aderezado por el dinero y el poder de una de las fortunas más grandes del país. Algo que sin duda atraía la atención de miles de curiosos, que siguieron los pasos de un niño rico que tenía la ardua labor de crecer en un entorno hostil y peligroso. Salir indemne había sido imposible. Por eso tuve que poner un océano de por medio para recuperar el rumbo y no perderme por el valle de la tristeza.

—¿Quieres que salgamos a comer? Aunque, antes, tengo que advertirte de una cosa.

—¿Una cosa más?

Puso los ojos en blanco y se llevó una mano a la cabeza. Quizá habían sido demasiadas novedades para poder asimilarlas en tan poco tiempo.

—Sí, una más. —Reí para quitarle hierro al asunto—. Es posible que en algún momento nos saquen en la prensa. Te lo digo para que no te asustes si un día nos levantamos y eres portada de una revista americana.

—Venga, hombre. Pero ¡cómo me van a sacar en la prensa de ningún sitio! Tú estás loco, chiquillo. Vamos, que ahora me voy a volver famosa. ¡Ay, madre!

Se lo tomaba a guasa, pero era algo que debía tener bastante presente. En cuanto que alguien diera información de que estaba en un sitio público, aparecería ese enjambre de periodistas para tener un poco de material y rellenar páginas en blanco. Esperaba que cuando llegara esa situación no le afectase demasiado.

—Señor, creo que debería adoptar las mismas medidas de seguridad que antes.

Cuando nos disponíamos a salir a la calle, mi fiel protector me recordó el lugar donde estaba y quien volvía a ser.

—Cierto, Jack. Déjame hoy solo. A partir de mañana puedes organizarlo para que vuelvan los chicos.

—De acuerdo. Tenga muchísimo cuidado.

Ni aun habiendo estado varios años fuera, podía dejar de preocuparse por mí. Aunque imagino que estando lejos se preocuparía igual o incluso más.

—¿Digo que le preparen algún coche?

—No, no te preocupes. Iremos en taxi.

Cualquiera de los automóviles atraería la atención de muchos curiosos. Si quería pasar desapercibido, esa no era muy buena idea.

—Cariño, ¿medidas de seguridad?

Mientras bajábamos en el ascensor, la curiosa andaluza no se dejaba nada sin preguntar.

—Sí. Desde muy joven me acompañan un par de personas o tres.

—Creo que esto se nos está yendo de las manos, Kilian. ¿Me estás diciendo en serio que llevas guardaespaldas?

Mi gesto fue suficiente respuesta. Luego, salimos a la calle y, Franklin, con esa amabilidad característica, nos tenía un taxi preparado justo en la puerta del edificio.

La semana que debíamos estar allí se fue sin apenas darnos cuenta. El billete de vuelta estaba previsto para el domingo y ya era sábado. Ahora me encontraba en una difícil tesitura. Yo no iba a regresar a España, pero tenía que ver la reacción de Cristina al comentarle mi decisión.

Por cierto, pensaréis que me había olvidado de Dakota. Pues no. Fuimos incapaces de dar con ella, a pesar de que Jack estaba en eso todo el día. Y no me preocupaba. Mi india era un alma libre y aparecería el día menos pensado. Aunque tenía claro que me esperaba una buena bronca por haber desaparecido todo ese tiempo sin haberla avisado antes.

—Niña, ¿te sientes bien aquí?

—¿Aquí dónde?

—Aquí. En Nueva York.

—Sí. Ha sido una semana increíble. Muchísimas gracias, cariño. Ha sido genial.

Estábamos sentados en una cafetería tomando un refrigerio. Llevábamos todo el día andando para enseñarle mis rincones favoritos de la ciudad. Los chicos de la escolta tenían órdenes de mantenerse alejados y ser lo más discretos posible.

—¿Te gustaría vivir aquí?

Me miró fijamente y en silencio. Fui incapaz de descifrar la cara que puso.

—¿Vivir aquí? Pufff… No sé qué responderte, Kilian. Siempre he soñado con vivir en esta ciudad, pero es que en Sevilla tengo a todos los míos.

Aunque, para ser exactos, los que ella definía como «los suyos» no habían formado parte de su vida esa última temporada.

—Yo, Cristina, he decidido que no voy a volver a España. Este es mi sitio. Y creo que debo estar aquí. Pero me gustaría muchísimo que te quedaras conmigo. Y podrías ir a ver a tu familia siempre que quisieras. Incluso ellos podrían venir a visitarte.

Me costaba decantarme entre ella y mi pasado, pero allí, en Sevilla, sentía que ya no tenía nada que hacer ni que me motivase.

—¿Y no crees que esto me lo deberías haber dicho antes de traerme hasta aquí? Me parece un poco egoísta que me pongas en esta encrucijada a miles de kilómetros de mi casa.

Esta era una de las opciones que podían suceder. La fácil hubiera sido que dijera que sí, abandonando todo para comenzar una nueva vida. Pero Cristina no era una chica fácil. Ni solía hacer lo que los demás considerarían como lo más normal.

—Lo sé. Pero no sabía cómo explicarte todo esto sin que lo vieras con tus propios ojos. Entenderé cualquier decisión que tomes.

—Necesito tiempo para pensar. Creo que voy a regresar a España y desde allí ya veré lo que hago. Evidentemente, vuelvo sola, ¿no?

Hacía tiempo que no me mostraba esa expresión. Era la misma que ponía cuando le atacaban los celos o teníamos una fuerte discusión. Tenía mucho carácter y no lo sabía ocultar. Se le notaba a la legua cuando algo le molestaba.

—Sí, enana. Yo me quedo.

—Perfecto. Pues entonces ya hablaremos.

Lo que parecía una semana magnífica, terminó siendo una catástrofe. Pero me había prometido no sufrir más por amor. Ni ir tras de nadie. Si Cristina quería estar conmigo, dependería, única y exclusivamente, de ella. Mi corazón no estaba preparado para más heridas.

—¿Y cuándo dices que es el vuelo? ¿Mañana?

—Sí. Pero no vas a ir en ese. Diré que te preparen mi avión para que vayas más cómoda.

—Ah, claro. Que también tienes un avión. Se me olvidaba que aquí eres una persona muy importante.

Su altanería, en esas situaciones, me sacaba de mis casillas. Tenía el don de hacer aflorar lo mejor y lo peor de mí. Aunque debía ponerme en su lugar y entender su postura. La había puesto en un dilema una vez más.

Esa misma noche, tomó la determinación de abandonar la ciudad de los rascacielos. Desde esa última conversación no volvió a dirigirme la palabra. No quiso ni que la acompañara al aeropuerto. Un triste final para una hermosa y especial relación. Aunque no sé por qué, pero tenía la sensación de que lo nuestro no podía terminar de una manera tan fría.

En poco tiempo, mi vida retomó la misma dinámica que antes de marcharme. Volví a ocupar mi lugar en la empresa, pero de una forma mucho más calmada. Ya no pasaba allí todo el santo día.

Me dediqué más tiempo a mí y retomé esos hábitos que, durante mi juventud, me habían hecho feliz. Sobre todo el deporte y navegar. Esos fueron mis métodos de evasión y ocio.

También encontré a mi amiga. Después de una larga investigación, gracias a las redes sociales, me puse en contacto con ella. Vivía en Australia y trabajaba para Greenpeace en un proyecto para salvar el Ártico. La única palabra que podría definir lo que sentía por ella era: admiración. Perseguía siempre lo que su corazón le dictaba.

También retomé todos los buenos propósitos que mamá comenzó. Sobre todo una ONG que ayudaba a miles de niños en todo el mundo. Con los contactos que tenía Alyn, consiguió concienciar a muchas familias ricas para promover una asociación benéfica. Mi andadura por España me hizo recapacitar acerca de muchos aspectos. Pero el que más, a darme cuenta de la suerte que había tenido, aun sufriendo la desgracia de perder a mi familia. Tenía que dar gracias por la posibilidad de disponer de tantas comodidades y no vivir con la preocupación de cómo llegar a fin de mes.

Acepté mi posición social y a la prensa. Conseguí asumir quién era y sus consecuencias. Todo ese circo no era más que una pequeña parte del mundo que me tocó vivir. Jamás volví a culpabilizar a los periodistas de nada. Incluso aparecí en actos públicos cuando era por una buena causa o para ayudar a cualquiera que emprendiese un nuevo proyecto humanitario. Eso sí, solo me prestaba para ocasiones muy especiales y sin ánimo de lucro.

La empresa estaba en pleno esplendor. Según me decía el consejo, estábamos alcanzando unos números exagerados. Aunque yo no notaba gran cambio porque aprendí a vivir con lo justo y rechacé todos los caprichos y lujos innecesarios. Pero, tampoco debo ser hipócrita, seguía viviendo en una casa de millones de dólares, tenía un equipo de seguridad todo el día tras de mí, un barco, avión privado y demás lujos que le correspondían a un hombre de mi posición.

—Señor, ha llamado la señorita Dakota para decirle que está en Nueva York. Ha dejado el recado de que la llame.

Otra de las cosas de las que prescindí fue del teléfono móvil. Si querían ponerse en contacto conmigo, siempre había alguien a mi alrededor al que podían llamar en caso de urgencia. Pero no tener que llevar ese aparatito todo el día conmigo, aunque parezca una tontería, me hacía sentir mucho más libre.

—Vamos a ver, ¿qué quiere mi amiga la desaparecida?

—¡Kil! ¡Estoy en la *city*! ¿Cuándo te veo? ¿Cuándo te veo? ¿Cuándo te veo?

Me hacía falta un poco de vitalidad y buena energía. Y, por supuesto, no existía mejor manera que permanecer unos días a su lado.

—Venga, vente para la ofi.

En cuestión de una hora la tenía entre mis brazos, muerta de risa y con esa vivacidad exagerada. Estaba igual de bonita, aunque notaba cierto cambio en su mirada. Ya no era esa niña traviesa sin ningún propósito. Ahora se la veía mucho más madura y asentada. Mucho más mujer.

—Esta tarde, a las ocho, hacen una cosa muy chula los de Save the Artic aquí, en Nueva York. Me han pedido que les eche una mano en la convocatoria. Quieren hacer ruido para concienciar un poco más a los americanos. Va a ir un montón de gente y amigos, ¿me acompañas? ¡Porfi! ¡Porfi!

La respuesta estaba clara: cualquiera le decía que no.

A las siete en punto se presentó en la puerta de casa. Una hora antes del evento, vestida y preparada. Por su atuendo, no hacía falta ir muy arreglado. Llevaba unos vaqueros, una camisa blanca y unos zapatos de tacón negro. Muy sencilla, pero exageradamente elegante y bonita.

Algo que me vino muy bien porque copié su vestimenta menos, por supuesto, el calzado.

El acto se celebraba en un teatro de Broadway. La organización era excelente y la decoración impresionante. La entrada al edificio estaba ambientada en ese lugar por el que tanto luchaban. Consiguieron que pareciese que nos encontrábamos en el mismísimo Ártico.

La afluencia de personas influyentes también fue un éxito. Fueron capaces de reunir a una gran cantidad de cantantes, actores, políticos, modelos… lo más granado de la sociedad neoyorquina y algunos que se desplazaron desde otros puntos del país.

—Ven, que te voy a presentar a la jefa de todo esto.

Pusieron varios vídeos preciosos sobre el daño que los seres humanos hacemos al planeta. Después, una mujer de unos cincuenta años dio una breve charla y luego pasamos a una sala contigua en la que se podía picar y tomar algo.

Dakota, muy concienciada con el tema, y la mujer que me presentó como la directora de Greenpeace América me dieron tal mitin sobre el cambio climático y la conservación del planeta, que estuve a punto de abandonarlo todo e irme a dar de comer a los pingüinos. ¡Qué pesadas! No me dejaron ni que probase unos canapés que tenían una pinta increíble. Aunque demostraban tanta pasión en su lucha que se merecían mi atención y la de todos los allí presentes.

—Oye, Daki, ¿esa no es Ariana Grande?

Nada más verla, recordé la curiosa escena que viví con ella en mi primer y único escarceo en el mundo de la seguridad.

—Sí, ¿por? ¿Ahora te gustan las cantantes?

—Calla, anda.

Me escabullí de mi acompañante para acercarme a la conocida *celebrity*. Aunque hacer cosas así me daba bastante vergüenza, quería ver si recordaba la curiosa situación.

Estaba rodeada de gente. Aproximarme a ella era una labor complicada. E iba a parecer un fan loco.

—Ariana, ¿tienes un segundo?

Esquivando personas, conseguí llamar su atención. Aunque me miró con cara de «qué quiere este pesado».

—Hola, mi nombre es Kilian. Quería preguntarte una cosa.

—Sí, sé quién eres. Pregunta.

Se mantenía bastante distante y seca, pero me sorprendió que una persona tan famosa me conociese.

—Es que, hace tiempo, coincidimos en un concierto en Sevilla, ¿lo recuerdas?

—*Oh, my gosh!* ¿Eras tú? ¡Lo sabía!

Después de mi pregunta mostró mucho más interés. Y me resultó muy curioso que se acordase de lo que le decía.

—Jajajajajaja. Sí. Era yo. Pero estaba de incógnito. Jajajajajaja.

Los dos reímos mientras continuábamos charlando sobre mi curiosa actuación como guardaespaldas.

—¿Pero se puede saber qué hacías allí? ¡Y en ese puesto! Lo mismo necesito un guardaespaldas para la siguiente gira. La verdad es que no se te da mal. Si te interesa… Jajajajajaja.

Pero, de repente, y como si me hubieran atravesado el corazón con una lanza, vi, entre la gente, una mujer en silla de ruedas que me observaba desde lejos. Se me cortó la risa de golpe. Hasta la joven artista se dio cuenta de que había visto algo que me conmocionó.

—¿Estás bien?

—Sí. Perdona.

No podía creer lo que estaba viendo. Parecía el típico oasis que surge en mitad del desierto después de llevar demasiados días muerto de sed. No era real. Era imposible.

Según me acercaba, tenía la sensación de que en cualquier momento desaparecería. Sus ojos negros me traspasaban el alma.

—Hola, Carmen.

—Kilian.

Estaba tan guapa como siempre, pero físicamente bastante desmejorada. A pesar de estar postrada en aquel artilugio, su expresión y seguridad eran las mismas. Incluso la fuerza que desprendía.

Siempre que la imaginaba lo hacía tendida en una cama, completamente inmóvil. Igual porque esa fue la última imagen que tenía de ella. O por las desafortunadas palabras de su padre cuando dijo que no se movería jamás.

—Estás preciosa.

—Gracias.

Pero se mostraba fría y lejana. Habían pasado más de dos años desde la tragedia y a saber qué le habrían contado sobre mi repentina desaparición.

—¿Cómo estás?

—Pues, mira. Ya lo ves. Pero ¿alguna vez te ha importado eso?

Sus palabras sabían a resquemor. Estaba claro que nadie le había contado lo que luché por ella.

—No digas tonterías. Siempre me has importado. Y siempre me importarás.

—Ah, claro. Yo también lo hago bastante. Cuando me importa alguien, desaparezco. Obvio.

Carmen, sin duda, era eso con la que todos hemos soñado alguna vez. Creo que todos nos merecemos encontrar a una persona a la que querer de una manera tan sincera y bonita. Pero, ahí, en ese instante, noté cierto rechazo.

—No digas eso. Sabes perfectamente cómo soy. No desaparecí porque sí, sino que me obligaron a hacerlo. Carmen, habría dado mi vida por ti.

Continuaba con esa mirada helada por lo que parecía un dolor irreparable. Una imagen que me dolía mucho más que su ausencia.

—No, Kilian. ¡No! Creía saber cómo eras. Pero me equivoqué. Jamás hubiera imaginado que fueses así.

Me daba muchísima rabia que tuviera esa imagen de mí. Distorsionada por culpa de unos cuantos que no tenían ni idea de lo que sentía por ella.

—¿Y cómo soy? ¡Tu familia fue la que no me quiso en tu vida!

—Por favor, baja la voz.

Recordar ese día en el hospital me enervaba. No podía controlarme. Su padre consiguió su propósito y me arrebató lo más importante: el corazón. Y no se puede vivir sin el músculo que te hace sentir vivo.

—Perdón. Pero, Carmen, te lo juro. Deja que te lo explique, por favor.

Esto no era cuestión de rebajarme o ir tras de nadie como un perrito faldero. Necesitaba contarle la verdad para que ella pudiera decidir, teniendo una perspectiva real de lo que sucedió. Me había crucificado antes de saber si era culpable.

—No tienes nada que explicarme. No hace falta. Eso ya pasó. Espero que te vaya muy bien y seas muy feliz.

Moviendo las ruedas de la silla, se alejó un metro, más o menos. Y antes de desaparecer entre

el tumulto, giró la cabeza para decirme una última cosa.

—Pero haz un favor a la sociedad, deja de joder la vida a los demás con tu maldito dinero y poder.

Casi me hicieron más daño sus palabras que haberla perdido. La promesa de no sufrir por amor se fue al garete por culpa de un pasado sin cicatrizar. La que había sido «mi niña» me odiaba tanto que era insoportable.

Evidentemente, se me quitaron las ganas de estar en la fiesta. Ni siquiera tuve fuerzas para despedirme de Dakota. Me fui a casa con la tristeza y el dolor de un sentimiento más intenso que el propio deseo de seguir vivo. Estaba destrozado. Y me daba miedo la soledad y volver a pensar en lo que me había dicho Carmen. Yo no había jodido la vida de nadie. O, por lo menos, no lo veía de esa manera. La culpa de que ella estuviera en ese estado podría achacarse a mi forma de ser o al desconocimiento y la rutina. Pero jamás debía pensar que algo así fuese hecho adrede. Lo que la había llevado a ese punto había sido una mezcla explosiva de sentimientos confusos, droga y tranquilizantes. Nadie tendría el valor de decirme que no la quise.

Al rato, en mi habitación, después de darme una ducha fría, llamó Dakota al teléfono de casa.

—Creo que sé por qué te has ido, ¿estás bien?

—Tú también la viste, ¿verdad?

—Sí. Llevaba años sin encontrarme con ella. Me quedé impactada. Desde el accidente intenté ponerme en contacto con ella, pero fue imposible.

—¿Y hablasteis?

—No mucho. Casi ni me saluda, ¿tú lo hiciste?

—Sí. Pero te juro que preferiría no haberlo hecho.

—¿Por qué?

—Me odia, Daki. Me odia.

El consuelo de mi amiga no sirvió de nada. Cuando colgamos, hice un intento de análisis. Pero aquello no había por dónde cogerlo. Volvía a ese callejón sin salida del que no encontraba manera de escapar. Pero ahora con un añadido más. Ya no solo era la familia la que no me quería en su vida, ella tampoco. Esa fue una de las pocas cosas que me hacían tener algo de esperanza. Siempre soñé con que, si algún día se curaba, tendría la posibilidad de explicarme y comenzar de cero. Quizá no con el amor como estandarte, pero jamás pensé que también perdería su amistad.

A la mañana siguiente, después de haber pasado una noche infernal, decidí vestirme con el valor que me faltó en Los Ángeles.

—Buenos días, Jack. Necesito que me hagas un favor. —Atento, me escuchaba mientras desayunaba una rebanadas de pan tostado con tomate y aceite de oliva—. Quiero que averigües todo lo que puedas sobre Carmen: dónde vive, con quién, qué hace, cualquier cosa…

Su cara me lo dijo todo.

—Señor, discúlpeme, pero no creo que sea buena idea. Recuerde que en su día le pusieron una orden de alejamiento. No sé si seguirá vigente, pero si le vuelven a denunciar, es posible que tengamos un gran problema.

La rabia era más poderosa que el miedo. No renunciaría jamás a lo que mi corazón gritaba. Necesitaba verla y hacerle entender lo que nos separó.

—Me da igual. Asumiré todo lo que pase. Jacky, nadie puede condenarme cuando voy con la razón de la mano. No me puedo permitir vivir con esta injusticia.

Mady, de espaldas, escuchaba la conversación mientras recogía los cacharros que utilizó para hacer el desayuno.

—No, Kilian. No le voy a ayudar a que le metan en la cárcel. Haga lo que quiera, pero no

voy a ser yo el que le facilite esa locura. ¿No se da cuenta de que usted ya tiene todo lo que necesita?

El colombiano era duro de mollera. Y sabía que me iba a costar un triunfo hacerle cambiar de opinión. Aunque si él no me ayudaba, buscaría otra alternativa.

Pero mi ángel de la guarda intercedió por mí. Mady, hablaba poco, pero cuando lo hacía era porque estaba convencida de algo. Una mujer muy discreta y nada entrometida, pero consecuente y con mucho carácter.

—Vea, ¡cómo puede ser tan terco! Ayude al muchacho, viejo pesado. Si él quiere a esa chica, no va a ser usted quien le impida luchar por ella. ¡Qué pena con usted!

Los dos la miramos sorprendidos. Nunca se metía en «nuestras cosas», como ella decía, pero esa mañana fue distinto. Su opinión me daba un gran empujón para proseguir con mi propósito.

Jack salió de la cocina medio enfadado. Y aunque no dijo que lo haría, esa reacción me indicaba que pronto tendría lo que le pedí. En labores de investigación no había otro como él.
Tener a Dakota en la ciudad me vino genial. Estaba todo el día conmigo y me ayudaba a no pensar demasiado. También me di un respiro en el trabajo porque me tenía todo el santo día haciendo cosas distintas. Era un culo inquieto y siempre encontraba la forma de hacerme feliz con muy poco.

En pocos días, tenía toda la información necesaria para iniciar la búsqueda. En una carpeta llena de folios, me detalló los datos suficientes para localizar a Carmen. Esta vez nada iba a detenerme.

Vivía en un edificio bastante céntrico y trabajaba en una empresa que buscaba jóvenes talentos y los ayudaban a perseguir sus sueños. Ella sabía mucho de eso. Con las direcciones y los horarios, no perdí un segundo y fui a su encuentro. Si tenía que pagar mi error, prefería que fuese por haberlo intentado.

No iba a elaborar ninguna estrategia, ni me haría el encontradizo como ya hice en alguna ocasión. Esta vez iba a afrontar el problema de frente.

Tras un mostrador, un joven de unos treinta años, muy bien vestido, atendía a los posibles clientes. La empresa se encontraba en un local a pie de calle y con una fachada muy moderna y vanguardista. Actors. Ese nombre presidía la parte superior de la puerta de entrada.

—Perdón, quisiera hablar con la señorita Silva —me dirigí al recepcionista.

—¿De parte de quién?

Si le decía mi verdadero nombre, era posible que ni me atendiera.

—Dígale que es un viejo amigo.

Ocultando mis datos, no tenía muy claro si la llamaría. Aun así, me lo jugué todo a una única carta. Eso sí, puse mi mejor sonrisa, que eso siempre ayuda bastante.

—Espere un segundo.

La antesala tenía varias puertas que accedían al interior del local. El *hall* se componía de un mostrador y varios sillones para que esperasen los clientes cómodamente. Pero yo no estaba para sentarme. Tenía un fuerte cosquilleo en el estómago y me temblaban un poco las manos. Sensaciones que solo conseguía hacer aflorar ella y saber que la tenía cerca.

El chico apareció por una de las puertas, y tras él, Carmen. Tenía el pelo recogido e iba vestida con una camiseta blanca y vaqueros. Se le notaban más los pómulos y estaba un poco más delgada. Verla sentada en esa silla era un imagen muy dura.

—¿Qué haces aquí?

Seria y desafiante me traspasó con la mirada.

—He venido a hablar contigo.

El recepcionista observaba la situación en silencio.

—Ya te lo dije el otro día. No hay nada de qué hablar.

Seguía comportándose con la misma altanería.

—Lo sé. Pero necesito que me escuches. Solo te pido eso. Luego me iré y, si me lo pides, no volveré a molestarte más.

Se quedó unos segundos pensando. Crucé los dedos esperando que me concediese esa oportunidad.

—Vamos fuera.

Le abrí la puerta y salimos a la calle. Los chicos de seguridad esperaban con el coche aparcado a escasos metros. Al verla, los tres se acercaron a saludarla. Simón, el jefe del grupo, y con el que más trato tuvo, quedó impactado al observar su estado. No pudo esconder su tristeza. Mientras que vivió en casa, todos los miembros de mi equipo de seguridad, los encargados de la limpieza y conservación del edificio, Jack y Mady, Franklin, todos en general, le cogieron muchísimo cariño. Se supo ganar un hueco en un entorno nuevo y, encima, adoptando una posición tan complicada. En el fondo, y aunque a ella no le gustase, era la jefa.

—Bueno, venga. Qué quieres.

Nos separamos para que la conversación fuera más íntima. Tampoco era necesario que se enterase todo el mundo de nuestros problemas.

—Quería explicarte lo que pasó. Necesito que sepas la verdad.

—Será tu verdad, ¿no?

—No, Carmen. Aquí solo hay una. Creo que te contaron lo que les interesó. Y no es justo.

—Soy toda oídos.

Cerca del local, había un pequeño parque con varios bancos metálicos, columpios y un espacio habilitado para los perros. Nos acercamos hasta allí y tomé asiento en uno de los bancos para estar más cómodo y ponerme a su altura.

Con los pantalones no se apreciaba el estado de sus piernas. Tenía mucha curiosidad por saber cuáles fueron los daños que sufrió, pero, a simple vista, parecía que de cintura para arriba estaba bien.

Durante más de dos horas, le conté, con pelos y señales, cómo viví la tragedia y cómo se desarrollaron los acontecimientos. Era durísimo recordar esa época y más con tanto detalle. Desenterrar aquellos sentimientos hacía que los volviera a vivir casi con la misma intensidad que cuando pasaron. Me costaba contener la emoción. Lo que le duele al corazón es muy difícil de ocultar.

El gran problema vino cuando tuve que hablar de su padre y sus familiares. Debía escoger bien las palabras para no ofenderla. Pero verdad solo había una, y era que su progenitor decidió que yo no era bueno para su hija. Me eliminó con la misma facilidad que arrancas una mala hierba.

Prestaba atención sin interrumpirme. Me dejó darle todas las explicaciones que creí oportunas. Incluso, cuando hablé del padre, me escuchó sin réplica.

—¿Cómo que una orden de alejamiento?

Llegado a ese punto, fue la única cosa que pareció rechinarle.

—Sí. Reconozco que en el hospital hubo un momento que se me fue de las manos. Pero te prometo que no entiendo por qué tu padre se comportó así conmigo. Carmen, ni siquiera me dejó hablar con él. Me culpabilizó de todo sin saber qué había pasado. Yo no me merecía eso.

Estaba a punto de que se me saltasen las lágrimas. Pero más por rabia que por pena. Todavía no había sido capaz de olvidar el trato despectivo al que fui sometido.

—No entiendo nada de lo que me estás diciendo. Espero que esto no sea otra mentira.

—Te lo juro, Carmen. Además, ¿cuándo te he mentido yo? Incluso estuve detenido varios días. Puedes preguntar a Dakota o a Jack. Hasta tus padres y tu hermana estaban presentes.

—Ellos me han contado una cosa totalmente distinta.

—Obvio. Ellos son los que quisieron que me alejase de ti.

—Pero, Kilian. ¡Qué necesidad tenían de hacer eso! No te conocen de nada.

Sabía que me costaría hacerla entrar en razón. Pero su expresión me abría una ventana hacia la verdad. Su gesto se suavizó, ya no se mostraba tan arisca.

—¡Eso mismo pensé yo! Joder, niña, te prometo que no te abandoné. Me fui de Los Ángeles con el corazón completamente roto.

Su silencio fue elocuente. Parecía que mi explicación la había descolocado tanto como a mí volver a verla.

La conversación terminó en ese mismo instante. Sentí un gran alivio después de que me escuchase. Y aunque no sirviera de nada, tenía claro que cuando estuviera sola, algún día, iba a darse cuenta de que la amé con toda mi alma. Porque cuando alguien lucha por la verdad siempre gana.

En el coche, de vuelta a casa, el recuerdo del día que la vi por primera vez me golpeó muy fuerte. Caminaba como un felino con esa seguridad de la que me enamoré sin remedio. Era huracán y tormenta. Arrasaba todo a su paso. Jamás algo me impactó tanto como sus ojos infinitos. Desde ese primer contacto, supe que existen los extraterrestres. Que a veces se transforman en personas e intentan pasar desapercibidos a la vista de los demás. Pero, si te detienes a observarlos, te percatas de que nunca volverás a ser el mismo si consigues llamar su atención.

Eso ya no volvería jamás. Esa silla apagaba su luz. Y aunque quería demostrar que todo seguía igual, su mirada decía lo contrario. Me mataba verla así.

Cuando me fui, aunque me quitaba un gran peso de encima, tenía una sensación extraña. Porque sabía que había sembrado dudas acerca de lo que pasó, pero no quedamos en nada, ni tomamos una decisión. Nuestros lazos estaban en manos del destino. Si tenía que volver, ya no dependía de mí.

Siempre me caracterícé por querer controlarlo todo, buscaba la seguridad como forma de vida. Pero el amor, con sus idas y venidas, había sido capaz de demostrarme esa maravillosa capacidad de desorden y emociones extremas. Quizá por eso, es lo que buscamos incondicionalmente. Durante mi corto recorrido sentimental, las mujeres habían sido determinantes. No me consideraba un gran donjuán, ni estuve embarcado en infinidad de relaciones, pero aprendí a querer aunque doliese.

Carmen fue un punto de inflexión. Cuando menos lo esperas, aparece ese ser que te desbarata los esquemas. Te hace ver que compartir te da un punto de vista mucho más bonito y que los días junto a alguien cobran un sentido distinto. Ella fue el buque insignia de mis sentimientos ocultos. Activó un mecanismo que parecía estar oculto. Me enseñó que la humildad no depende de lo que posees y que no solo se es rico cuando se tiene la cuenta bancaria llena de ceros. Pero yo fui tan estúpido que pensé que el dinero también podía comprar el cariño. Le ofrecí todo lo que tenía y no supe leer entre líneas que lo único que necesitaba era que la quisieran.

Cristina también consiguió remover mi interior. Había sido la encargada de devolverme al planeta tierra. Estaba tan perdido que no sabía cuál era mi sitio. Mi cerebro viajaba sin rumbo buscando la manera de no caer en una irremediable locura. El amor me asestó una puñalada que estuvo a punto de matarme. Pero ella se encargó de curarme y hacer que esa herida dejase de sangrar.

Nunca quise compararlas. Tenían dos universos completamente distintos. La personalidad, su carácter, el tipo de vida, la visión del mundo… eran demasiado distintas, pero con muchas cosas en común. Aunque, si hacía un análisis exhaustivo de lo que sentí por cada una de ellas, Carmen me dio unos picos de felicidad mucho más altos. Posiblemente, porque estaba más receptivo o porque la relación no comenzó en un momento tan duro. No lo sé…

Durante varios días, viví con la esperanza de recibir una llamada o un mensaje. Ese artilugio, del cual renegaba, se convirtió en una ramificación de mis extremidades. Tenía tantas ganas de verla que se colaba en mis sueños casi todas las noches.

—Daki, tengo que contarte una cosa.

—Escupe.

Necesitaba que alguien me escuchase. Me daban igual los consejos y las opiniones. Lo único que quería era soltar toda la rabia y la incertidumbre acumulada. Y quién mejor que la felicidad personificada para darme un poco de sus buenas vibraciones.

—El otro día vi a Carmen.

—¡Qué dices! ¿Y no me has dicho nada hasta ahora? Maldito perro del infierno.

Imaginaba su cara al otro lado del teléfono. No era momento para sonreír, pero no pude evitar esbozar una sonrisa.

—Calla y escucha, anda.

—Venga, vale. Me callo.

—Fui a su trabajo.

—*What the fuck.* No me lo puedo creer.

—¡Dak! ¿Me vas a interrumpir todo el rato?

Había veces que su efusividad me sacaba de mis casillas. Era inquieta hasta hablando por teléfono.

—Jo, vale. *Sorry*.

—Pues, como te dije, fui a su trabajo. Y conseguí que me escuchase. Le expliqué todo lo que pasó. Y, como me imaginaba, la familia le había contado una película que nada tenía que ver con la realidad. No sé qué demonios le habré hecho a esa gente.

—¿Y qué te respondió?

—Que no entendía nada. Y que su padre no tenía ningún motivo para hacer algo así. Al principio, pensé que me había creído y tenía alguna posibilidad, pero ni me ha llamado, ni me ha puesto un mensaje, ni nada de nada.

Esa era la cruda realidad. Mi gozo en un pozo, como diría el refranero.

—Kilian, sé perfectamente cómo eres. Y cómo te sientes en este momento. Debes tener paciencia. Si ella es para ti, no habrá nada que lo impida. Si no, tendrás que dejarla marchar de nuevo.

Después de hablar con Dakota, mis pies volvieron a tocar el suelo. Me estaba haciendo ilusiones infundadas en la necesidad y las ganas. No debía caer en un error que me daría muchos quebraderos de cabeza.

A lo largo de varias semanas, su recuerdo me acompañó en demasiadas ocasiones. Imaginaba cómo sería nuestra vida con ese nuevo impedimento. La invalidez supondría un gran cambio en la relación. Pero, aun así, todas las secuencias con las que soñaba tenían la felicidad como denominador común. Entonces, cuando te sucede algo de este calibre, te das cuenta de que el amor no entiende de apariencias. Has conseguido amar a la persona por lo que esconde, no por lo que muestra. Y eso es muy bonito como para no luchar por ello.

Una mañana, tomando un café antes de ir al despacho (tenía como costumbre parar en una

pastelería en la que hacían unos dulces exquisitos), un cartel publicitario llamó mi atención. El gran letrero decía: «Solo se pierde lo que no se intenta». Sin saber por qué, leer aquello me dio un empujón para seguir peleando por ella. Mis dotes como Casanova eran nulas. La conquista no era mi fuerte. Pero, aun así, iba a poner todo de mi parte para sacar mi mejor versión como donjuán.

—Simón, por favor, ¿podemos desviarnos un segundo a algún lugar que vendan flores?

¡Ese era el primer paso para que comenzase la reconquista! Indeciso, opté por las rosas. Los grandes expertos en romance siempre regalaban esa flor como símbolo indiscutible de entrega. No tuve dudas en mandarle un gran ramo. Total, si no las quería o las rechazaba, yo no iba a estar ahí para llevarme el chasco. El hombre encargado del envío, me dio una tarjeta para que escribiera un mensaje, de mi puño y letra, para adjuntarla con el presente.

«Siempre estaré cerca».

Medité un buen rato qué ponerle. Al final, me decanté por un mensaje directo pero que englobaba todos mis sentimientos. Esas tres palabras significaban más de lo que se puede decir en una larga conversación.

—Las recibirá en un par de horas.

Me hubiese gustado ponerle una camarita para ver su reacción. Ahora solo quedaba esperar un poco más. Carmen me estaba dando una lección de paciencia que jamás iba a olvidar.

El día se me hizo interminable. Estaba nervioso y expectante. Las dudas y la incertidumbre no me dejaban tranquilo. Pero, al final, la tenacidad obtuvo su fruto. A las once de la noche, mientras leía un libro de la invasión del imperio otomano, el sonido de un mensaje me advirtió de una nueva notificación.

> De: Carmen
> Kilian, te pido por favor que no sigas intentándolo. Las rosas son preciosas, y te lo agradezco. Pero esto que quieres es imposible. No estoy en condiciones para tener una relación con nadie. Sería una carga para cualquiera y eso, tarde o temprano, se volvería insoportable.
> He hablado con mi hermana y me dijo que tenías razón. Que fue papá el que se interpuso entre nosotros. Te pido perdón por cómo me comporté y espero que entiendas que no sabía nada. Lo siento.
> También quería agradecerte que te hayas hecho cargo de todos los gastos. Es un gran detalle por tu parte. Pero creo que ya es hora de dejar de hacerlo. Tengo mi trabajo y, más o menos, puedo vivir de ello cómodamente.
> Ahora, Kilian, te suplico que no aparezcas más. Ya no soy la mujer que conociste. ¡Estoy inválida! Ni siquiera puedo ducharme yo sola. Desde el día que te vi, no he podido quitarme de la cabeza el recuerdo de los dos caminando felices por cualquier sitio. Eso, algo tan simple como eso, jamás volverá a pasar.
> Cariño, puedes tener a la mujer que quieras, no pierdas el tiempo en algo que no tiene sentido. Ya no puedo hacerte feliz.
> Te quiero. Y te querré siempre. Mil besos.

Leer ese texto fue un disparo directo al corazón. Las palabras matan. Y más cuando contienen demasiada tristeza. Debe de ser muy difícil vivir con tanta pena. Carmen era vitalidad y energía en estado puro. Imaginaba lo que estaba sintiendo al verse en ese estado. Pero la vida continúa «*The show must go on*» y a ella le quedaba todavía mucho camino por recorrer. Una silla de ruedas no iba a ser impedimento para quererla con todas mis fuerzas. Lo único que había hecho aquel mensaje fue ratificarme que estaba enamorado de ella hasta la médula.

Nada más despertarme, con una preciosa sensación, sin desayunar para no perder tiempo, puse rumbo a la dirección que me había dado Jack como su domicilio. No podía aguantar un segundo más sin decirle lo que la quería. Esa mañana iba a prescindir de mi equipo de seguridad. Debía afrontar ese gran reto yo solo.

—Simón, hoy tenéis todo el día libre. No hay problema por lo que diga Jack, que yo me hago cargo. Lo único, si me puedes hacer el favor de decir que me preparen un coche, te lo agradecería.

Puse en el GPS la calle y dejé que el automóvil me guiase. Según decía el navegador, en

diecisiete minutos estaría enfrentándome a uno de los retos más complicados de mi vida. El amor lo es.

Al llegar al lugar, me quedé unos segundos observando el edificio en el que vivía. Era una antigua construcción de tres plantas situada en West Village. La calle era de un solo carril y pude aparcar el coche con facilidad. Nervioso pero ilusionado, me acerqué hasta el portal. Sin pensarlo, presioné el botón que decía: bajo A.

—¿Quién es?

Contestó una voz extraña. Eran las ocho y cuarto e imaginé que todavía no habría salido a su trabajo.

—Soy Kilian. Preguntaba por Carmen Silva.

Dudaba si me habría confundido de piso.

—¿Quién?

—Kilian. Kilian Sotomayor.

Tardaron un par de minutos en volver a contestar.

—Sí. Soy Carmen. ¿Qué quieres?

Esa voz sí era la suya. Al escucharla sentí un fuerte hormigueo.

—¿Puedes salir un segundo? Quiero hablar contigo.

Mi pregunta no obtuvo respuesta. Al rato de estar esperando, pensé en volver a llamar de nuevo, pero, avergonzado, opté por irme. Te creas unas expectativas y, cuando no se cumplen, la realidad te golpea con la misma violencia que lo haría un boxeador profesional.

Cuando me giré, vi un grupo de niños arremolinados en torno al coche. Lo observaban como si fuera el tesoro más preciado. Eso me hizo pensar en lo que perdemos cuando vemos las cosas desde una perspectiva distinta a la de los demás. Ese lujoso deportivo, con el que todos quedaban asombrados, a mí me parecía la cosa más normal del mundo. No apreciamos el valor de lo que tenemos por eso mismo. Porque lo tenemos. Triste verdad. Y lo mismo nos pasa con las personas: las relaciones se vuelven rutinarias y vacías. Porque pensamos que tenemos a la otra persona y no le damos importancia. Entonces, cuando perdemos a nuestra pareja, justo en ese momento, es cuando somos conscientes de lo importante que era. Luego, las lágrimas serán las encargadas de explicarte lo que significaba en tu vida.

—Kilian.

Mientras contemplaba la ilusión de esos críos dando vueltas alrededor del deportivo, Carmen pronunció mi nombre. Una conjunción de letras que se convirtió en catástrofe. Mis latidos se desataron. Di media vuelta y me quedé mirándola. Estaba a varios metros parada justo en la puerta del edificio.

—Te quiero, ¿sabes? —le dije con los ojos llenos de esperanza.

—Ven, anda.

La distancia no nos permitía escuchar con claridad. Pero pude leer en sus labios lo que me pidió. Lentamente y con timidez, me acerqué hasta ella.

—No te vas a dar por vencido jamás, ¿verdad?

Su gesto era serio, aunque sus ojos decían lo contrario.

—No.

Con cara de resignación y esa expresión que solía poner cuando hacía algo que no le gustaba, me dio a entender que tenía muchas posibilidades de vencer esa pelea.

—Kilian, por favor, ¿no me ves? ¡Mírame!

La amargura podía palparse en cada una de esas sílabas. Se percibía claramente que no había asimilado aún el estado en el que se encontraba.

—Te miro. Claro que te miro. Y me pareces el ser más adorable de este planeta.

—¡Calla! No vale decir cosas así cuando intento hablar en serio.

Y se le escapó una sonrisa. Una mueca que daba comienzo a una preciosa aventura. Esa que tenía delante sí volvía a ser mi morena.

—No te voy a dejar nunca más. Lo prometo.

—Pero, Kil. Ya no soy esa mujer de la que te enamoraste. Ni siquiera voy a poder darte lo que cualquier chica. Eres joven aún y tienes toda la vida por delante. No la desaproveches por culpa…

Antes de que terminara de hablar, me recliné apoyándome en los laterales de la silla y le di un beso. Mis labios sellaron su tristeza. Me daba mucho coraje escucharle decir cosas tan duras. Tenía que subirle la autoestima como fuera.

—Niña, no hace falta que me des nada porque tú eres todo.

La emoción y el llanto ejercieron de respuesta. No podía hablar del sofocón que había cogido por culpa de mis ganas de quererla. Pero ese llanto no era triste, no. Estaba motivado por una alegría incontrolable.

—Y no te preocupes por nada. Los dos superaremos esto, te lo prometo.

Dicen que el amor es capaz de ganar todas las guerras. Y yo, a esta, iba preparado con el corazón como bandera. Cuando las cosas se hacen con pasión y cariño, no pueden salir mal.
Desde esa mañana, no volví a separarme de ella. Pasaron los días y Carmen fue recuperando la sonrisa. El Upper East Side la acogió con las mismas ganas que yo. Había vuelto «la señora» a un hogar que echaba en falta ese peculiar aroma a mujer. Jack y Mady, aun habiendo visto cómo sufrí por ella, le abrieron las puertas de nuevo como si nada hubiera pasado. El viejo testarudo tenía cierta debilidad por Carmen, no lo podía ocultar.

—Simón, por favor, quiero que llevéis a la señora de compras.

Como todos los años, junio traía el buen tiempo, los colores, la vitalidad, el olor a verano y, lo más importante, mi cumpleaños. Desde mi juventud, no había vuelto a celebrarlo. Ni fiestas, ni sorpresas, ni nada de nada. Como mucho, una comida sencilla o una cena con la pareja de colombianos y Dakota, si es que coincidía que estaba en Nueva York. Esos eran todos mis seres queridos. Y aunque suene triste, a mí me parecía la familia más bonita del mundo. Pero no siempre se cumplen los treinta. Y menos al lado de la mujer que te hace volar por un cielo repleto de brillantes estrellas. Ese iba a ser especial.

Pensé en organizar una cena con mis cuatro personas favoritas. Pero no quería que fuese algo tan habitual como de costumbre. Tenía que preparar algo distinto y que dejase a todos con la boca abierta. Les iba a dar una sorpresa que jamás olvidarían.

—Kil, ¿le has dicho a Simón que me lleven de compras?

—Sí, ¿qué pasa? En algo tendremos que gastarnos el dinero, ¿no?

No le dije el motivo para no desvelar el secreto.

—Pero ya tengo suficiente ropa. Además, aquí sentada no se puede lucir mucho.

—Te equivocas. Ahí sentada brillas, enana. Además, quiero que te compres algo, que tendremos que ir guapos el día de mi cumpleaños. Vamos, digo yo.

Al final, accedió a salir con los chicos de *shopping*. Era tan terca como una mula, pero había veces que me hacía caso.

A espaldas de Jack, coordiné con mi secretaria y Simón todos los preparativos. Aunque sabía que no iba a ser fácil poner a todos de acuerdo. Tenía que urdir un plan para que no sospechasen nada hasta estar subidos en el avión.

—Jacky. El sábado por la mañana no hagáis planes, que vamos a ir a un sitio a celebrar mi

cumpleaños, ¿vale?

Fin

Con la ayuda de mi secretaria, organicé un viaje por todo lo alto. Quería pasar unos días con mis personas favoritas en un lugar solo para nosotros. Había oído hablar alguna vez de una residencia que compró mi padre en una isla próxima a las Bahamas. Aunque parezca increíble, la fortuna que heredé era de tal calibre que yo no era consciente de todos los bienes que poseía mi familia.

—Hola, Daniela, ¿me puedes hacer el favor de informarte sobre la casa que tenemos en Bahamas?

Mi secretaria, que a su vez fue la del señor Sotomayor, se encargaba de todo lo que tuviera que ver conmigo. Era tan eficiente y hacía tan bien su trabajo que jamás le encontré un solo fallo. Lo que le pedía, al instante, lo tenía.

Desde que Carmen había vuelto a mi vida, se produjo en mí un cambio radical. Todos mis errores pasados me servirían como aprendizaje y me prometí que jamás volvería a caer en ellos. Ella se convirtió en prioridad. Mi vida giraba en torno a sus necesidades. La llevaba al trabajo e iba a buscarla todos los días, sin excepción. Me ocupaba personalmente de sus cuidados. Le daba espacio para no agobiarla. E hice de tripas corazón y acepté a su hermana, aunque se hubiera portado como una auténtica cretina. Verla feliz era mi razón de vivir.

—Señor, ya me he informado de lo que me pidió. La casa está en perfecto estado. Hay una familia que se encarga de su mantenimiento desde que se compró. Cuando quiera ir me dice, para avisarles.

—Pero ¿cómo es? No he estado allí en mi vida.

—La vivienda está en una isla próxima al aeropuerto de Nassau. Allí les esperará un helicóptero para llevarles hasta la residencia. Si quiere alguna foto, esta misma tarde se las puedo conseguir.

—No, no te preocupes. Confío en que si mamá compró esa vivienda fue porque será un lugar maravilloso. Prepara todo para salir este sábado por la mañana. Seremos cuatro o cinco. Muchas gracias, Daniela.

Sabía que esa adquisición fue cosa de mi madre y Alyn tenía un gusto impecable.

—¡Ah! Y anula todos los compromisos para la semana que viene.

Abandonó el despacho mientras apuntaba lo que le dije en la agenda que siempre le acompañaba. Me apetecía mucho compartir unos cuantos días con los míos. Un buen descanso nos vendría bien a todos.

Nada más salir del trabajo, llamé a Dakota para ver si podía venir a esas minivacaciones. Pero, como siempre, estaba dando vueltas por el mundo y no me aseguró nada. Aunque, conociéndola, podría aparecer en cualquier momento.

Cambié de vehículo por uno adecuado para la incapacidad de Carmen. También compramos otro adaptado para que pudiera conducir cuando quisiera. Hice todo lo posible para que las limitaciones no obstaculizaran su vida cotidiana. En este caso, el dinero fue una bendición. Porque nos ayudaba muchísimo a que el día a día fuese más sencillo.

—¿Qué tal el día, cariño?

—Uffff. Tenemos muchísimo trabajo. Pero bien. La verdad es que estamos muy contentas. ¡La empresa va genial! Ándate con ojo, que, como te descuides, la mía va a dar mil vueltas a la tuya.

Resultó que el sitio donde trabajaba lo habían creado entre ella, su hermana y un par de amigas. Bueno, en realidad, lo fundaron sus amigas y la hermana, porque ella estaba

recuperándose cuando comenzaron. Pero, según tenía entendido, Carmen era el motor de la compañía. De superación, perseguir sus metas y luchar sabía un rato.

—¡Cómo me alegro, enana! Al final, las cosas que se hacen con cariño y dedicación terminan dando su fruto.

El éxito la perseguía. Parecía estar tocada por una varita mágica. Ni la parálisis era capaz de frenar ese ímpetu voraz. La quería tanto como la admiraba. Tener cerca a alguien con esa fuerza y esas ganas de vivir, inevitablemente, te da un gran impulso para seguir persiguiendo tus propósitos. Y, en ese caso, los míos eran nosotros.

Los días se sucedieron a un ritmo vertiginoso. Se me pasaban las semanas volando. Ella trabajaba de sol a sol pero todas las noches eran nuestras. No había nada más importante que ese rato juntos. Salíamos a cenar, al cine, nos comportábamos como cualquier pareja, y eso me hacía muy feliz. La prensa nos concedió un respiro. Dejamos de ser «interesantes» porque no hacíamos nada fuera de lo común y no había novedades que pudiesen llamar la atención de la gente. Pero lo mejor que me sucedió fue ver cómo ella recuperaba ese brillo que conquistaba almas. La silla de ruedas dejó de ser un martirio y su forma de ver la vida dio un giro total.

—Mady, prepara una pequeña maleta, que mañana nos vamos unos días. No le digas nada al viejo, que seguro que pone algún problema.

Era viernes por la noche. Acabábamos de llegar del trabajo y Carmen se encontraba entretenida con algo que se había traído de la oficina.

—¿Nos vamos? ¿Adónde? No se preocupe, que no le digo nada. Ya sabe cómo es este hombre.

Lo que estaba haciendo de cena olía riquísimo. Me podía pasar horas viendo cómo cocinaba. Le ponía tanto cariño que todas sus recetas sabían a gloria.

—No seas curiosa tú también. Mañana lo verás.

La dejé en su centro de operaciones tarareando canciones típicas de su tierra. Las dos mujeres de la casa andaban en sus cosas y me sentía completamente fuera de lugar. Entonces, decidí darme un respiro, me puse cómodo y retomé un libro que había dejado por la mitad. Tenía muy poco tiempo para concentrarme en esa bonita costumbre. Aunque todos los días, antes de dormir, intentaba dedicarle un rato.

—Cariño, han llamado los de seguridad para decir que hay una chica en la calle preguntando por ti.

—¿Una chica?

—Sí. Me han dicho que insistía mucho en que quería verte y estaba muy alterada.

Carmen se acercó hasta el cuarto en el que me encontraba leyendo tranquilamente, para advertirme de esa inesperada visita. La verdad es que era bastante inusual que alguien se presentara en la puerta de casa solicitando mi presencia. Además, para eso estaban los vigilantes. Ellos eran los encargados de disuadir a cualquier curioso que quisiera acceder al edificio. Me entregó un teléfono por si quería llamar a los guardias y, sin darle demasiada importancia, volvió a su despacho. La misma que le di yo, que sin inmutarme seguí enfrascado en la lectura haciendo caso omiso.

—Señor, perdone que le moleste, pero creo que debería bajar.

El móvil sonó de nuevo. El tono de voz del de seguridad me señaló que pasaba algo fuera de lo normal.

—Pero, vamos a ver, ¿es necesario que vaya yo para disuadir a una joven que quiere verme?

—Señor, no es solo una joven. Baje, por favor.

Su insistencia me obligó a hacerle caso. Tal como estaba vestido, un pantalón de deporte y

una camiseta ancha, me dispuse a resolver el misterio. Una chica, que seguramente sería una fan o una curiosa, perturbaba uno de los pocos momentos que tenía para mí. Enfadado, cogí las llaves de casa y bajé a la calle.

—¡No! ¡No me voy a mover de aquí hasta que no le vea! Así que vosotros veréis.

Al salir al patio, los gritos me resultaron muy familiares. No encontré una explicación coherente a un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo. Andando por el ancho pasillo, por el que accedían los vehículos al edificio, vi a lo lejos cómo dos de los vigilantes estaban obstaculizando la entrada a la señorita que insistía en verme.

—Vale, vale. A ver, qué problema hay.

Cuando me oyeron, los chicos de seguridad se dieron la vuelta y dejaron espacio suficiente para ver quién era la que estaba montando el espectáculo.

—Señor, perdone por molestarle, pero…

Antes de que terminase de hablar, la imagen que tenía ante mí hizo que le interrumpiera.

—Por favor, Darwin. Pueden retirarse, ya me encargo yo.

El corazón me dio un vuelco. Me quedé tan absorto que no supe reaccionar. Estaba a un par de metros de ella y no daba crédito.

—Hola, Kilian.

Creo que jamás imaginé que eso pasaría. Cristina, después de tantos meses sin tener contacto, había cruzado un océano para encontrarse conmigo. Sin avisar, sin una llamada, sin dar señales.

—¿No me vas a decir nada? Te he echado muchísimo de menos. —Tenía los ojos llorosos y se comportaba como una niña tímida y asustada—. No he podido dejar de pensar en ti un solo día. Siempre esperando un mensaje y una llamada que nunca llegó. Me has olvidado, ¿verdad? —No me salían las palabras. Estaba en *shock*. Tan pequeña y desprotegida. Con el miedo reflejado en una mirada que hacía daño—. Dame un abrazo, por favor.

Muy despacio, se acercó y puso su cara en mi pecho, con los brazos estirados en señal de derrota. El instinto me forzó a estrecharla con fuerza. Pero, en el fondo, no sabía de qué color eran mis sentimientos. Estaba confuso, sorprendido y acobardado. Cristina era lo que menos me esperaba y algo que podía dañar la felicidad que había encontrado gracias a Carmen. No sabía cómo actuar y eso me generaba muchísima inseguridad.

—No me voy a ir más, Kilian. Te lo prometo. Viviré aquí o en el fin del mundo.

Eran las palabras más bonitas que alguien te puede decir y a mí me resultaban una atrocidad. Quizá la más grande a la que me había enfrentado. ¿Cómo se combate un amor tan puro?

—Cristina. Esto…

Cualquier excusa no sería suficiente, ni le haría entrar en razón. Cuando quieres con tanta fuerza da igual lo que te digan. Todo lo que no fuese una respuesta positiva tendría un mal final.

Durante varios segundos, permanecí en silencio intentando elaborar una justificación acertada y que no le hiciese demasiado daño. Pero tenía que armarme de valor y decirle la verdad.

—Esto no puede ser, enana. No puedes presentarte aquí sin avisar. No está…

—No está bien, ¿no? ¿Ya me has sustituido por otra?

Sin dejar que terminase, se alejó y me hizo esa pregunta con el rostro desencajado. A la andaluza se le escapaba el genio por todos los poros de su piel. No lo podía ocultar.

—Cristina, esto no es cuestión de otra. No puedes venir así. Yo tengo una vida y no puedo…

—No puedes ¿qué? ¿No puedes quererme ya? Era tanto lo que me querías que en unos meses se te ha olvidado. Es así, ¿no? He venido solo por ti, Kilian. Te quiero, ¿no te das cuenta?

—No es eso. La que no lo entiendes eres tú. Esto no puede ser. No es normal. Te fuiste y no

volviste a dar señales. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Esperar por si algún día te da por aparecer?

Su expresión dio un giro de ciento ochenta grados. Ya no estaba asustada, ni se comportaba como una cría tímida. Los ojos se le llenaron de esa rabia que me había mostrado en varias ocasiones.

—Eso quiere decir que hay otra, claro. El problema lo tengo yo. Y la culpa es mía porque no te escribí. Claro claro. Soy una estúpida, lo sé.

—Kil, cariño, ¿pasa algo?

Dicen que las cosas siempre pueden empeorar, pues así fue. Apareció Carmen para darle una vuelta más a la tuerca.

Al girarme, la vi sentada en su silla, con el pelo recogido y la ropa que usaba para estar por casa. No sabía el tiempo que llevaría allí, ni qué parte de la conversación había oído. Pero su cara era un auténtico poema.

—No, no te preocupes. Sube, que ahora voy.

Hice todo lo posible para que no se me notara la tensión. Aunque disimular nunca fue mi fuerte.

—Vale. Pero no tardes.

No se acercó demasiado. Sin parecer muy convencida, dio media vuelta y nos dejó solos, de nuevo. Al volver a mirar a Cristina, vi la tristeza reflejada en su rostro.

—Es Carmen, ¿no? En el fondo nunca dejaste de quererla, ¿verdad? Una vez más vuelves a destrozarlo todo, Kilian. Muchas gracias.

Ella también se dio media vuelta y se alejó caminando calle abajo. Necesitaba darle una explicación aun con la certeza de que no hallaría consuelo que pudiera calmar tanta rabia. Esa mujer había sido muy importante en mi vida. No quería que ese fuera nuestro final. Me dolía en el alma recordarla de esa manera y quedarnos con una imagen tan agria de una época muy feliz.

—¡Cristina! ¡Espera! —Aligerando el paso, fui tras ella. Pero hacía caso omiso. Se alejaba a toda prisa, aunque eso no era impedimento para escuchar su llanto en la distancia—. Para, joder. Déjame explicarte.

—¡Qué demonios quieres explicarme! ¿Que has vuelto con ella y yo no entro dentro de tus planes?

Sujetándola por un brazo, conseguí frenar su huida. Debían de ser la diez de la noche y la calle estaba completamente desierta. El Upper East Side era un barrio residencial muy tranquilo y, llegada una hora, se convertía en un paraje sin vida, alumbrado por la tenue luz de las farolas.

—No. Quiero que me entiendas. Carmen apareció de nuevo, Cristina. Y, evidentemente, tú ya no estabas. Pensé que la que te habías olvidado de mí eras tú.

Escuchaba lo que le decía, pero me miraba como si no entendiera nada. Llevaba el pelo suelto y le caía a los lados de la cara. En su expresión se veía que estaba destrozada.

—Y sí, tienes razón. Nunca he dejado de quererla. Pero eso no quiere decir que no te haya querido a ti también. Niña, Carmen me necesita más que nunca. Y yo a ella. Pero no puedo permitir que te vayas así. Pase lo que pase, siempre seré tu amigo.

—¿Quieres ser mi amigo? ¿Hago casi diez mil kilómetros para que me digas que podemos ser amigos? Creo que tú te estás volviendo loco.

Se soltó bruscamente y siguió caminando. Esta vez algo me dijo que tenía que dejarla marchar. Mi silencio le iba a doler mucho menos que las palabras.

Ver cómo se alejaba cabizbaja me partía el alma. Aquella andaluza había sido brisa y luz. Todo lo contrario que eso que se desvanecía entre las sombras de la Gran Manzana.

No somos conscientes del daño que podemos causar. Nos imaginamos lo que la otra persona pensará y creemos que esa es la única verdad. Había dado por perdida una relación que seguía latiendo a miles de kilómetros. Me prometí que jamás dejaría al corazón actuar sin mi consentimiento, pero ese músculo tiene la capacidad de obrar sin permiso de nadie. No se puede controlar, es imposible.

No sé cuánto tiempo tardé en reaccionar. Tenía una sensación de vacío indescriptible. Me veía solo, con la imagen de Cristina derrotada por culpa de una desafortunada determinación. Volver sin avisar no había sido la decisión más acertada.

—Venga, vamos, ¡que se va a quedar la cena fría!

Al entrar en casa, oí la voz de Mady desde la cocina. Pero lo que menos me apetecía era sentarme a la mesa y tener que poner cara de que no había pasado nada. En el fondo, todavía sentía algo por aquella mujer. Ese capítulo nunca había finalizado. Y lo que jamás pensé fue que se cerraría de esa manera. Aunque en el amor nunca llueve a gusto de todos.

—Cenad vosotros, no tengo mucha hambre.

Contesté desde el pasillo para no cruzar ninguna mirada incómoda. Tenía que meditar esto que acababa de suceder. Me sentía fatal. No hay peor dolor que el del corazón, porque no existe medicamento que sea capaz de solventar tanta angustia.

En lo que fue la habitación de mis padres, en el piso de arriba, instalé un improvisado despacho en el que me perdía cuando necesitaba un poco de paz. Todos sabían que si me encerraba allí no debían molestar a no ser que se estuviera desatando la tercera guerra mundial. Era mi guarida.

Cristina había ocupado un lugar muy importante en mi vida. Y, como tal, me daba muchísima pena que nuestro último recuerdo fuera tan triste. El amor tenía esa dualidad tan puta. Igual que te sube hasta el cielo, puede hundirte en el más oscuro océano. Admiraba su valentía. Había recorrido medio mundo en mi busca. Y aunque el final no fue el esperado, mi pequeña andaluza luchó por aquello que quería. Pero mi corazón, en ese momento, estaba ocupado por un ser maravilloso y no podía fallarle. Habíamos recuperado un sentimiento que se perdió tras las cortinas de mis indecisiones. Y aunque tuvimos un gran bache, conseguimos regenerar un lazo que parecía haberse deshecho. Superamos todos los impedimentos que se pusieron a nuestro paso. Y aun no estando en las mismas condiciones que cuando la conocí, lo importante era que estaba completamente enamorado de su alma. Solo con escuchar esa risa me sentía el hombre más dichoso de la tierra.

Me senté en un cómodo sillón Chester que había situado frente al enorme ventanal de la *suite* presidencial. Desde allí podía observar la inmensidad del maravilloso Central Park. Contemplar mi ciudad me proporcionaba una calma necesaria para afrontar situaciones tan complicadas. Los sentimientos me habían vuelto a poner en una encrucijada. Pero, esta vez, tenía una cosa muy clara: Carmen estaba por encima de todo. Dejar que Cristina se marchase había sido inevitable. Pensándolo bien, ¿qué podría haber hecho para que no hubiera sido una despedida tan amarga?

—¿Cariño? Me voy a acostar, ¿bajas?

Se me había pasado el tiempo viajando por mis pensamientos. Intentando buscar una solución a algo que no tenía remedio. A Cristina, la amistad jamás le parecería suficiente. Quizá la distancia y el olvido, algún día, nos volvería a conceder una nueva oportunidad y podríamos ser eso que le ofrecí con total sinceridad. Un trocito de mí le pertenecía y eso era inevitable. Porque creo que todas las personas que pasan por nuestra vida y tiene tanta importancia, sin querer, se llevan una parte de nosotros que nunca podremos recuperar.

—¡Sí! ¡Ya voy!

Como si fuera un ritual, todas las noches acostaba a Carmen. Cogerla en brazos y tumbarla sobre la cama era uno de los actos más bonitos y la demostración más clara de mi entrega y amor hacia ella. El instinto protector se incrementó a límites fascinantes. Adopté un papel que jamás me había tocado asumir. Era su novio, su amigo, sus piernas, el que cuidaba de ella, su sustento. Era todo lo que podía darle.

—¿No vas a cenar nada?

—No, no me apetece comer.

De camino a la habitación, mientras empujaba su silla por el pasillo, me di cuenta de que iba a ser imposible obviar lo que había pasado. Tenía esa mirada extraña de indecisión y curiosidad que se le ponía cuando había algo que no entendía. Pero ¿debía esperar a que fuera ella la que preguntase? ¿O tenía que sacar yo el tema para que no pensara que estaba intentando ocultarle algo?

Antes de acostarnos, siempre hacía lo mismo. Tenía una característica que me llamaba muchísimo la atención. Era una mujer de costumbres. Incluso se podría decir que un poco maniática. Se lavaba la cara varias veces con un producto de no sé qué plantas, cepillaba sus dientes con un aparatejo electrónico y se echaba varias cremas. Eso cada día de su vida, pasase lo que pasase. Acomodamos el baño de nuestra *suite* para que pudiera desenvolverse cómodamente y no le resultase muy aparatoso y prácticamente imposible desempeñar sus cuidados por sí sola. Mientras tanto, yo la observaba embelesado. Esa era una de las cosas preciosas de estar enamorado: me quedaba mirándola embobado como si no existiera nada más que ella.

—Oye, ¿quién era esa chica? No la conozco, ¿verdad?

Mientras se preparaba para acostarnos, como quien no quiere la cosa, sacó el tema sin darme tiempo a idear un plan coherente.

—Pues… —debía ser rápido de mente y pensar una excusa que no le rechinase en exceso—, una chica que conocí mientras estuve por ahí viajando.

Eso fue todo lo que mi cerebro pudo elaborar. Si me ponía a analizarlo, seguro que sentiría pena de mí mismo. Mentirle no lo veía como una opción acertada. Y aunque quizá jamás descubriese la verdad, tarde o temprano eso me iba a pasar factura. Pero explicarle todo con pelos y señales, seguro que no le iba a sentar nada bien. Mi chica no era celosa, ni insegura. La consideraba una mujer bastante razonable y con la que podía hablar de cualquier cosa. Pero escuchar cómo estuve con otra persona mientras ella permanecía postrada en la cama de un hospital no tenía pinta de que le fuera a agradar demasiado.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué lloraba?

Tampoco sabía hasta dónde había escuchado, ni en qué momento de la conversación había llegado. O sea que debía tener cuidado porque cualquier cosa que dijese podría ser utilizado en mi contra. Me sentía como un espía alemán en un interrogatorio de las fuerzas enemigas. Ella se encontraba en el baño y yo permanecía sentado en la cama esperando a que terminase.

—Pues… es un poco largo de contar, niña. Pero tampoco tiene mucha importancia. Venga, termina ya y vamos a dormir, que mira qué hora es.

Mis palabras denotaban inseguridad. Cuando utilizas el «pues» y dejas unos segundos para pensar lo que debes decir, significa que o estás ocultando algo o mintiendo. Y sabía perfectamente que Carmen era lo suficiente inteligente como para darse cuenta de ello. Además, yo jamás titubeaba al hablar.

—¿Largo? Pues ahora tenemos todo el tiempo del mundo para que me lo expliques. Ven, ayúdame.

Mi intento por finalizar la incómoda conversación no obtuvo el resultado esperado. Aunque

sabía que ella no iba a permitir quedarse con la duda de quién era la misteriosa chica.

—Agárrate del cuello. Eso es. Ya está.

Aprendí a manipularla con cierta destreza. La invalidez no le permitía mover su tren inferior, pero, poco a poco, fue cogiendo mucha fuerza en la parte superior de su cuerpo, lo que me ayudaba bastante.

Llevaba puesto un camisón de raso. Todavía me impresionaba ver sus piernas completamente inertes. Después de arroparla con una sábana fina, me recosté a su lado para proseguir con las explicaciones.

—La chica se llama Cristina. Nos conocimos en Sevilla mientras estuve allí viviendo.

—Y fuisteis más que amigos, ¿no?

La perspicacia femenina era implacable. Creo que antes de contarle lo que pasó, lo sabía.

—Mmmmm… bueno… algo así. Pero, vamos, que no fue nada importante.

Restarle importancia era la única salida que veía para no meterme en un buen berenjenal.

—Hombre, importante debió de ser porque la chica ha venido hasta aquí para verte, ¿o vive en Nueva York?

Su audacia era imposible de esquivar. Aunque intentase quitarle hierro al asunto, mi chica no se iba a dar por vencida hasta que no supiera toda la verdad.

—No. No vive aquí. Y sí. Fue más que una amiga. La conocí en un momento muy difícil y me ayudó mucho. Estaba inmerso en un socavón del que no podía salir yo solo. Ella fue la que me hizo ver un haz de luz al final del túnel.

—O sea que fuisteis novios, o algo parecido. ¿Y a qué ha venido?

El morro se le iba torciendo ligeramente mientras me escuchaba y hacía la ronda de preguntas.

—Sí. Algo así. —Después de varios segundos, respondí a la segunda y más importante de las incógnitas—. En realidad, no sé por qué ha venido, niña. Llevábamos mucho sin tener contacto. Se ha presentado de improviso. Pero, Carmen, te lo digo muy en serio, no quiero que dudes de mí, ni que pienses cosas raras.

—No, no dudo de ti, ni pienso cosas raras, pero me parece muy extraño que aparezca así.

—Ya. Y a mí.

—Pero ¿qué se supone que quería? ¿Y cómo sabe que vives aquí?

La situación se estaba volviendo muy incómoda. Tenía claro lo que pretendía y cuál era la información que quería recabar con el exhaustivo cuestionario.

—Carmen, esa chica me quería a mí. Y vino a casa porque estuvimos juntos una semana aquí. Pero ya le dije que eso que pretendía era imposible. Y que estabas tú, y eso era lo más importante para mí.

—¿Aquí? ¿En casa? Pues parece que fue más serio de lo que yo pensaba.

Tenía una expresión inquietante. Casi nunca se ponía sarcástica y me chocaba bastante que lo hiciera.

—Fue serio, sí. La quise mucho. Y fue una gran ayuda. Lo pasé fatal después de lo que viví en Los Ángeles. Estaba completamente perdido y no encontraba la manera de alejarme de esos malditos recuerdos. Entonces, sin esperarlo, apareció ella. Y me devolvió la esperanza. Porque creí que ya no volvería a querer a nadie después de ti. Niña, tú eres la mujer de mi vida. Lo tenía claro cuando me dejaste y lo tengo igual de claro ahora.

—Pero ¿no decías que no fue tan importante? Kilian, no me mientas. No hace falta.

Intenté por todos los medios evitar una discusión entre ambos, pero la charla estaba cogiendo un cariz bastante complicado. Según iba descubriéndome, Carmen parecía que se enfadaba a

pasos agigantados.

—Mira, niña. No te estoy mintiendo. Te he contado las cosas como son. Antes, cuando te dije eso era porque no quería llegar a este punto. No debemos discutir por una tontería así.

Se incorporó sobre unos cojines que le servían como almohada. Me miró fijamente y puso una mano sobre mi mejilla.

—Yo no estoy discutiendo, cariño. Solo quería saber qué era eso que te hacía tener esta cara. No estoy enfadada ni nada por el estilo. Te noto muy preocupado y eso me preocupa a mí también.

De repente, su gesto cambió por completo y sus ojos me hablaban en un lenguaje muy distinto. Con ternura acarició mi rostro. La dualidad que demostraba era fascinante. Parecía estar enfadada, pero esas palabras demostraban todo lo contrario.

—Es que no quería que te enfadases, cariño. Te juro que entre ella y yo no hay nada más que un precioso recuerdo.

—Lo sé. Lo sé. Ahora sería prácticamente imposible que estuvieras con nadie porque estás pendiente de mí todos los segundos de tu vida. Te quiero, Kilian.

Dos palabras que significaban un mundo. Su comprensión liberó todas las tensiones. En un instante me volví a sentir cómodo y pude experimentar un gran alivio.

—Y yo, enana. Más que a mí mismo…

Después, nos fundimos en un abrazo. Eso era lo que le hacía tan especial. Porque no actuaba como el resto. Lo que hubiera desencadenado una inevitable riña, ella se lo tomó de una manera muy humana y lógica. Desde ese día supe que esa mujer de ojos negros sería la encargada de demostrarme que la felicidad tiene nombre de persona.

A la mañana siguiente, partimos hacia las Bahamas. En el avión, justo antes de despegar, les desvelé el secreto que había guardado con recelo. Iba rumbo a un lugar mágico con los seres que más quería. Me podía considerar un hombre privilegiado y muy dichoso. Por una vez en mi vida tenía la sensación de estar en paz conmigo mismo.

La residencia se encontraba en una isla privada a escasos treinta minutos, en helicóptero, del aeropuerto de Nassau. El viaje se nos hizo relativamente corto porque todos estábamos muy ilusionados. Jack y Mady también se merecían unos cuantos días de asueto sin tener que estar pendientes de mí como si fueran mis niñeras. Aunque creo que al hombre tozudo del traje le gustaba lo que hacía.

El paraje era increíble. Parecía sacado de una postal de esas que venden en las tiendas para turistas. Una enorme edificación en color blanco, a pie de playa, con un increíble jardín poblado por innumerables palmeras era lo que nos esperaba para esas maravillosas y ansiadas vacaciones. La arena blanca y el agua cristalina incitaban a una felicidad plena. Y un manto verde con miles de flores en distintos colores daba una viveza y un esplendor al lugar digno del paraíso.

—¿Hace cuánto que no te bañas en el mar?

Después de acomodarnos y dejar el equipaje en las habitaciones, Carmen y yo nos acercamos hasta donde comenzaba la salvaje y paradisiaca playa.

—Pufffff… hace muchísimo. Casi ni me acuerdo.

Observaba el mar, sentada en su silla. Notaba cómo le brillaban los ojos de emoción.

—Pues, venga, ¡vamos al agua!

—¡Qué dices! Así no puedo, cariño. Este cacharro no rueda por la arena.

Sin pensarlo, la cogí en brazos dirigiéndome hasta la orilla.

—Pero ¿qué haces? ¡Estás loco! ¡Para, cariño!

—¡Calla!

Se agarraba fuerte mientras y me clavaba la nariz en el cuello. No existía melodía más preciosa que su risa nerviosa.

—No creo que se te vaya a ocurrir meterme al agua, ¿no?

Íbamos vestidos con la ropa del viaje. Ella llevaba un vestido blanco muy bonito y yo unos vaqueros y una camiseta de rayas. Tenía el pelo suelto y el aire hacía que ondease como una bandera en lo alto del mástil.

—¡Cariño! ¡Por favor!

Con decisión, me adentré en las aguas tranquilas del hermoso paraje. Carmen se agarraba con fuerza como si fuera una niña atemorizada.

Cuando me llegaba el agua por encima de la cintura, con mucho cuidado la dejé resbalar por mis brazos mientras la sujetaba con las manos.

—Niña, no te preocupes. No te voy a soltar.

Precavida, se fue dejando llevar hasta que casi todo su cuerpo estaba sumergido. Sus ojos negros daban tanta luz como el inmenso mar azul.

—Esto es increíble, Kilian.

Se le escapaban las lágrimas al sentir el contacto del agua en su cuerpo. Quizá se imaginaba que jamás volvería a poder bañarse. Su invalidez la limitaba demasiado.

—Cariño, mientras esté vivo, no habrá nada que no puedas hacer.

Con sus ojos clavados en los míos y llorando de alegría, me dijo algo que me valdría como *leitmotiv* el resto de mis días.

—Te quiero, pequeño. Nunca me dejes, por favor.

—Te lo prometo, enana.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
© Manuel Montalvo Ruiz, 2017
© La Esfera de los Libros, S.L., 2017
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (mobi): octubre de 2017
ISBN: 978-84-9164-152-0 (mobi)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Table of Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
in
réditos